TRISTÁN E ISOLDA

EILHART VON OBERG
GOTTFRIED VON STRASSBURG

Edición de Victor Millet

Traducciones de
Victor Millet y Bernd Dietz

TRISTÁN E ISOLDA

EILHART VON OBERG
GOTTFRIED VON STRASSBURG

Edición de Victor Millet

Traducciones de
Victor Millet y Bernd Dietz

El TRISTÁN de EILHART VON OBERG es el único poema altomedieval sobre los amores entre este héroe y la reina Isolda que ha sobrevivido completo hasta nuestros días. La historia de esta inmortal pareja de amantes comenzó a componerse en la segunda mitad del siglo XII, y de los múltiples manuscritos en los que se plasmó solo se conservan fragmentos. Con estas limitaciones, la versión de Eilhart von Oberg resulta una pieza clave para reconstruir fielmente una de las novelas de amor más originales y complejas de la literatura universal.

Por su parte, los casi veinte mil versos que nos han llegado del TRISTÁN E ISOLDA de GOTTFRIED VON STRASSBURG paradójicamente constituyen, a pesar de su fragmentariedad, una visión del mundo global, codificada en sus aspectos filosóficos y teológicos, que a través del culto a la pasión erótica desarrolla diversas concepciones místicas medievales. De ahí se derivan las numerosas y polémicas interpretaciones de la obra, que, lejos de producir un consenso entre los estudiosos, no hacen sino sugerir la inagotable vigencia que anima esta historia de extraña e intensa belleza.

Eilhart von Oberg & Gottfried von Strassburg

Tristán e Isolda

ePub r1.0
Titivillus 09.03.17

Título original: *Tristan und Isolde*
Eilhart von Oberg & Gottfried von Strassburg, 1210
De la introducción, prólogos, traducción de *Tristán e Isolda* de Eilhart von Oberg, Victor Millet
De la traducción de *Tristán e Isolda* de Gottfried von Strassburg, Bernd Dietz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Introducción

Victor Millet

En la segunda mitad del siglo XII aparece en el occidente medieval el relato sobre los amores entre el joven Tristán y la bella Isolda, esposa del rey Marc, su tío. Sin duda alguna, la historia ofrecía los mejores elementos para desarrollar a nivel narrativo todas las inquietudes que la temática amorosa generaba en el público literario no latino en aquellas décadas y las siguientes. De ahí que fuera tratada, hasta principios del siglo XIII, nada menos que en cuatro poemas extensos en verso, dos franceses y dos alemanes. De las versiones en lengua romance, la primera fue compuesta hacia 1160-1170 por un autor anglonormando conocido como Thomas d'Angleterre, y la segunda por un poeta que dice llamarse Béroul y que probablemente escribió a finales del siglo XII. Las obras en lengua alemana se deben, de un lado, al sajón Eilhart von Oberg, quien terminó después de 1185, y del otro, a Gottfried von Strassburg, brillante clérigo alsaciano que compuso en torno a 1210. Estas últimas son las que se recogen en el presente volumen.

La destacable riqueza literaria que significa la existencia de estos cuatro grandes poemas escritos en menos de medio siglo tiene el inconveniente, sin embargo, de que se nos presenta ensombrecida por la irreparable destrucción parcial o total de los testimonios. En efecto, la versión de Thomas solo se conoce a través de algunos fragmentos de cierta extensión procedentes del final de la historia y de un episodio hacia la mitad (además de una muy sintética prosificación islandesa de la primera mitad del siglo

XIII), mientras que de la obra de Béroul únicamente se conserva un largo pasaje de la parte central. Por otro lado, el monumental poema de Gottfried von Strassburg permanece incompleto porque la composición fue interrumpida después de casi veinte mil versos, pero a falta de una cuarta o quinta parte de la acción. Asimismo, la versión de Eilhart solo se ha conservado en unos pocos fragmentos de códices de hacia 1200, mucho más breves que los de los textos franceses, aunque conocemos el poema completo gracias a dos manuscritos del siglo XV. Afortunadamente, dado que las lagunas se reparten de forma tan desigual, este desolador panorama no nos ha impedido conocer a grandes trazos la historia en su conjunto, aunque sí ha dificultado la comprensión del proceso de génesis de esta materia narrativa y —sobre todo— del vivo interés histórico y estético que suscitó.

En su conjunto, el relato de Tristán e Isolda tiene una estructura singular y propia que determina en buena medida el significado, si bien la mayoría de los temas y motivos de los que se compone la leyenda tiene antecedentes en otras tradiciones narrativas, lo que refleja de manera ejemplar los vastos conocimientos literarios que estaban a disposición del público medieval. Siguiendo el esquema común deducible de las distintas versiones, Tristán llega a la corte del rey Marc de Cornualles para servirle, y destaca allí por sus cualidades, que demuestra sobre todo en el combate contra el invencible Moroldo, a quien mata, liberando así el reino de Marc de su amenaza. Se trata, sin duda, de la primera parte de un relato de conquista amorosa de corte tradicional y heroico: en las historias épicas de este tipo, el héroe desconocido que viene de otra tierra posee cualidades excepcionales y se convierte en salvador de la comunidad, recibe como premio a la mujer (hija o hermana del rey) y funda una nueva dinastía[1]. Pero en la corte de Cornualles no hay mujer que entregar, porque ya se la llevó el padre de Tristán por el mismo procedimiento y porque, en consecuencia, el héroe es sobrino materno del rey y puede ser sucesor al trono; el propio Marc lo designa como tal. Sin embargo, esa sucesión se interrumpe debido a que el joven debe curar primero una herida envenenada que le ha producido Moroldo. Puesto que no halla un médico que sepa sanarle, se embarca y llega de incógnito a Irlanda, donde Isolda, la sobrina del adversario

derrotado e hija del rey, la mujer más hermosa y sabia, le salva la vida, desconocedora de su verdadera identidad. Este motivo parece proceder de un tipo de relatos irlandeses antiguos (los *imrama*) sobre el viaje de un héroe a ultramar, donde encuentra a una dama de otro mundo[2]. Tristán, sin embargo, no tiene ningún interés por esa doncella que no sea el estrictamente médico, y una vez sanado regresa a la corte de Marc para —ahora sí— instalarse en ella como heredero. Pero los cortesanos inician una intriga política y presionan al monarca para que tome esposa, confiando en que así el sucesor sea otro. Marc, que no tiene ningún deseo de casarse, escoge justamente a aquella mujer que parece imposible de conseguir, Isolda, de modo que Tristán parte de nuevo hacia Irlanda y mata allí un dragón que amenazaba la seguridad del reino. El premio por esta proeza salvadora es, nuevamente, la mujer; aunque en un encuentro privado ella descubre que tiene ante sí al caballero que mató a su tío, ante la amenaza de ser entregada a un pretendiente de mala fama, opta por no vengarse y consiente en ser entregada a Marc. Tras una reconciliación pública entre ambos reinos, Tristán la llevará al rey de Cornualles. Otra vez el prototipo es el de la conquista amorosa, solo que en este caso hay una constelación peculiar que es determinante en esta leyenda[3]. Tristán actúa como ayudante en la conquista de la mujer; la figura del colaborador subordinado la conocen muchos relatos de este tipo, pero en ellos el personaje de referencia es siempre el rey: el monarca puede enviar embajadores, pero es él quien, por su valía, mantiene el derecho a obtener a la princesa. Aquí, sin embargo, la historia se desarrolla desde la perspectiva del emisario, quien por su carácter de protagonista aparece también como héroe: sus victorias sobre Moroldo y el dragón lo definen como tal y, aunque el relato esté construido de manera que Tristán quede descartado como pretendiente de Isolda, esas proezas le otorgan un derecho implícito a conquistar a la mujer; el más valiente siempre logra a la más hermosa. En su condición de ayudante y miembro de la corte, Tristán entrega a Isolda al rey; como héroe, en cambio, el bebedizo de amor que ambos beben por error en la travesía (debían haberlo tomado Marc e Isolda en la noche de bodas) hace de alguna manera *justicia* y une a la mujer con quien en cierto modo también tiene derecho sobre ella.

A partir del regreso de Tristán a Cornualles, comienza una serie de episodios de tono a veces satírico y con interesantes paralelismos orientales (me refiero al poema persa de *Wîs* y *Râmîn*)[4], que muestran por un lado la buena voluntad de Marc hacia los amantes, y por otro la presión de la corte para hacer público el adulterio y convertirlo así en deshonra hacia el rey, quien se vería obligado entonces a tomar las medidas oportunas. La sucesión de engaños y encuentros secretos de los amantes se interrumpe cuando son descubiertos y tienen que huir al bosque, donde viven una existencia marcada por las privaciones con las que deben pagar la posibilidad de vivir plenamente su pasión. Aunque Marc termina descubriéndolos, no los mata, únicamente les deja señales inequívocas del derecho que como rey tiene sobre ellos, abriendo así la posibilidad del retorno. El motivo de la huida al bosque también parece tener origen irlandés, aunque en las historias insulares (los *aitheda*) a los amantes les sobreviene aquí el trágico final. De regreso a la corte, Isolda supera, gracias a un engaño urdido con Tristán, una ordalía para probar su fidelidad al monarca, y recupera su condición de reina. El héroe se exilia, llega a un país extraño cuyo rey se ve amenazado por el alzamiento de sus príncipes, se pone al servicio de ese señor, vence a los rebeldes y en recompensa obtiene, otra vez, a la mujer, que también se llama Isolda. Sin embargo, Tristán deja claro que esa esposa le interesa muy poco y no consuma con ella el matrimonio. Este motivo de la duplicación de la figura femenina tiene nuevamente interesantes paralelismos orientales (la biografía del poeta Quais, recogida en el *Kitâb el Agâni* árabe del siglo X)[5] y sirve para demostrar la diferencia sustancial entre ambas mujeres: una es amada por Tristán y la otra no. Desde su nueva residencia, Tristán viaja repetidas veces a Cornualles para reunirse con la esposa de Marc y se oculta bajo disfraces distintos que reflejan el progresivo aislamiento social en el que se enmarca este amor: peregrino, leproso, loco. Finalmente, Tristán es herido de muerte en una escaramuza y manda llamar a Isolda para que venga a curarlo. Ella abandona toda su dignidad real sin dudar un instante y se embarca para reunirse con su amado, pero cuando su nave está ya a la vista, una mentira de la otra Isolda, la esposa oficial de Tristán, hace creer a este que la reina y salvadora tantos días esperada no ha accedido a venir. El motivo de la

esposa traicionada que deniega la ayuda al marido es de tradición clásico-latina (recuérdese a Oenona, la mujer de Paris), como también lo es en cierta manera la estructura biográfica de la narración (como Apolonio o Alejandro, pero también como las vidas de santos). Tristán muere y, cuando finalmente llega hasta él, Isolda se abraza a su cadáver y fallece. Los amantes no mueren por amor (como en la ópera de Wagner), sino por la ausencia del otro.

Un relato parecido al que aquí he resumido, la *estoire*, creado según apuntan indicios diversos en el ámbito del reino anglonormando, se divulgó por el entonces centro europeo a principios de la segunda mitad del siglo XII. Aunque basándose en un antecedente irlandés muy próximo a Tristán e Isolda (el relato de *Diarmaid y Grainne*) se ha argumentado que pudo haber existido una versión anterior que habría contado la historia solo hasta la huida de los amantes al bosque, donde habrían fallecido, lo cierto es que ni hay indicios de ella ni se concibe la leyenda de Tristán e Isolda sin una de las partes más características y apreciadas por el público de la época: los encuentros entre los protagonistas después del destierro del héroe. Varios relatos breves en francés antiguo —el lai *Chievrefeuil* de María de Francia (ca. 1160-1170), las dos *Folie Tristan* (la de Oxford y la de Berna, ambas de finales del siglo XII), el episodio insertado en el *Donnei des amants* (ca. 1200), así como el *Tristan ménestrel* (de principios del siglo XIII)— y uno alemán —el *Tristan als Mönch*, de mediados del siglo XIII[6]— narran distintos viajes de Tristán a Cornualles (después de su destierro de ese país) para encontrarse en secreto con su amada, y resaltan el carácter privado de este amor así como el sacrificio que exige. A la vez, tales textos prueban la amplia difusión y el interés del público por esta materia. Otro reflejo de ello son las frecuentes alusiones a la pareja en poemas de trovadores occitanos (Bernart de Ventadorn, Raimbaut d'Aurenga, por citar solo a dos), *trouvères* franceses (Chrétien de Troyes, Châtelain de Coucy) y *Minnesänger* alemanes (Heinrich von Veldeke, Bernger von Horheim)[7], quienes suelen escoger ese amor ejemplar para iniciar reflexiones generales o como medida de *und die Germanistik in der Bundesrepublik. Vorträge des Augsburger Germanisten* comparación para la definición del propio

sentimiento (con afirmaciones del tipo: «Yo te amo tanto como Tristán amó a Isolda, pero no necesité del bebedizo»).

No sabemos si esa primera historia que se divulgó era un relato escrito o de tradición oral. En todo caso, por un lado es obvio que quien la compuso tenía una visión amplia y sólida del intrincado conjunto y de sus múltiples partes, con sus paralelismos, repeticiones y contrastes internos, y por el otro parece indudable que los autores de los poemas extensos (Thomas y Béroul, Eilhart y Gottfried) se enfrentaron a una materia narrativa bastante clara, con una estructura bien definida, cuyos motivos encajaban con precisión; al mismo tiempo, sin embargo, la historia ofrecía espacio suficiente para su elaboración, incluso en cuanto al contenido. Puede observarse, por ejemplo, que los refundidores prestaron especial atención a las motivaciones que llevan de un episodio a otro, y que gozaron de un margen para modificar el número de escenas y las características de algunas de ellas, de modo que resultaba fácil imprimir en cada caso una acentuación particular a la obra, según los intereses del autor y de su público. Prueba de ello es que, en los cuatro poemas conservados, el narrador admite en algún momento que hay distintos modos de contar la historia, pero que el suyo es el verdaderamente fiable.

A pesar de esta teórica libertad, sin embargo, se constata que las obras de Eilhart y Béroul tienen semejanzas en el estilo, en la organización de algunas partes de la estructura y sobre todo en el desarrollo del tema amoroso, y que estos paralelismos las distinguen al mismo tiempo de los poemas de Thomas y Gottfried. Hasta hace poco, la crítica hablaba —respectivamente— de una *versión común* y de una *versión cortesana*, porque creía que el tratamiento menos delicado e introspectivo del amor procedía de una fase previa al desarrollo de ciertos ideales característicos de la lírica y la novela; pero hoy sabemos que ambas tendencias pertenecen a la cultura cortés de la segunda mitad del siglo XII, aunque sean manifiestamente divergentes. Es más, de hecho una mirada atenta revela que las versiones de Thomas y Gottfried vulneran las concepciones integradoras y moderadas que suelen entenderse como cortesanas y son —en lo que se refiere a las concepciones que exponen— mucho más osados que Eilhart o Béroul.

Ignoramos si Béroul fue la fuente en que se basó Eilhart para su refundición; existen indicios que apuntan más bien a un antecedente común para ambos. En cambio, es seguro que Gottfried se basó en Thomas, porque lo dice en su prólogo y porque se puede comprobar en los dos breves pasajes coincidentes. Así pues, para hacerse una idea de cómo el alsaciano habría podido continuar su obra, de haber tenido ocasión para ello, deberían leerse los fragmentos del de Inglaterra, del mismo modo que para imaginar el resto del poema de Béroul puede recurrirse a Eilhart, aunque en ningún modo estoy hablando de la posibilidad de reconstruir un texto con otro, pues los cuatro autores son fundamentalmente independientes. En este volumen, sin embargo, presentamos juntas las obras del poeta de Oberg y del de Estrasburgo. Esta combinación tiene antecedentes históricos, pues las dos continuaciones del poema del alsaciano que se compusieron en el siglo XIII no se basaron en el texto de Thomas, sino en el del autor sajón, de manera que en Alemania el público medieval leyó mayoritariamente a Gottfried seguido de un final similar al de Eilhart.

Para el lector moderno, la conjunción de ambas obras supone sobre todo la ventaja de tener reunidas la única versión completa de la historia (Eilhart), así como la más extensa y elaborada artísticamente (Gottfried); pero no es mi intención destacar el placer estético que puede suponer la lectura de un relato completo o bonito, según sea el caso, sino el interés que genera el hecho de que solo en estos dos textos alemanes se puede observar de forma diáfana y exhaustiva la problemática de fondo de la materia tristaniana y las dificultades y posibilidades de su tratamiento literario. Y es que no cabe duda de que el amor entre dos personajes tan contrapuestos por sus antecedentes y a la vez destinados uno a otro como son Tristán e Isolda, el adulterio continuado de la reina, la integración o exclusión de la pareja en la corte, la lealtad a pesar de la separación, el matrimonio no consumado de Tristán, la progresiva destrucción de la pareja y de las cortes en que residen, todo ello, digo, plantea cuestiones fundamentales sobre el individuo y sus relaciones personales que no son fácilmente compatibles ni con la concepción cristiana del matrimonio, que le otorga un valor de sacramento y en consecuencia muy superior al erotismo, ni con los usos feudales de la sexualidad, para los que el amor solo es un medio de reproducción y

mantenimiento del poder dinástico. La materia está estructurada de tal modo que los amantes, a la vez que sucumben progresivamente ante los impedimentos a los que se debe enfrentar su relación, arrastran consigo, destruyéndolo, todo el universo que les rodea y en el que viven ese amor. Las exigencias de dos individuos que se aman chocan frontalmente con las expectativas de orden político-feudal o religioso del colectivo. La historia de Tristán e Isolda solo puede acabar en muerte y no acepta salvación de ningún lado, de manera que el amor que describe y defiende solo puede ser entendido como antítesis paradójica, como el gran motivo por el cual la vida en este mundo, a pesar de la destrucción generalizada a la que conduce y a pesar de sus miserias, merece ser vivida. Pero es indudable que esta concepción no encajaba con todas las posiciones ideológicas del momento, ni las laicas ni las clericales[8].

Tristán e Isolda,

de Eilhart von Oberg

Prólogo

El *Tristán* de Eilhart von Oberg, aun siendo el único poema altomedieval sobre los amores entre este héroe y la reina Isolda que ha sobrevivido entero hasta nuestros días —singularidad en que reside uno de sus atractivos principales—, no ha permanecido ajeno a la destrucción y pérdida de manuscritos que, como se ha señalado en la Introducción, afectó a las demás versiones[1]. El texto genuino solo se ha conservado en unos pocos fragmentos de códices de hacia 1200; el poema completo solo lo conocemos gracias a dos manuscritos del siglo XV que muestran considerables divergencias entre sí. Además, una comparación con los versos del siglo XII permite constatar que, entremedias, la obra fue sometida a una reelaboración estilística notable. Un breve fragmento hallado no hace mucho ha permitido determinar con seguridad que esta revisión tuvo lugar en el siglo XIII. Así pues, el texto de Eilhart que podemos leer es muy tardío y, aunque no haya indicios de cambios de contenido sustanciales, la realidad es que resulta imposible certificar plenamente que se corresponde con el que compuso nuestro autor.

La escasez de testimonios no significa, sin embargo, que la obra careciera de éxito, pues, de hecho, la propia actualización estilística acometida varias décadas después de su creación presupone ya un interés vivo y duradero, y hay muestras claras de que dicha popularidad no decreció en ningún momento. Ante todo, Heinrich von Freiberg y Ulrich von Türheim, los dos autores alemanes que en el siglo XIII completaron, independientemente uno de otro, la obra truncada de Gottfried von Strassburg, conocían y utilizaron generosamente el texto del poeta de Oberg para sus propias composiciones. Para continuar, en el siglo XV se realizó

una traducción al checo, cuyo autor se basó para la redacción de algunos episodios en Gottfried o en uno de sus continuadores; otros en cambio los vertió a su lengua siguiendo la versión de Eilhart. Esta, por último, fue objeto de una prosificación —impresa por vez primera en 1484— que tuvo un éxito editorial bastante notable durante los siglos XVI y XVII. Si bien en los siglos XIII y XIV la popularidad de Eilhart y la de Gottfried parece haber sido similar, a partir del siglo XV el público alemán conocía la historia de Tristán e Isolda casi exclusivamente a través de la obra del primero.

Del autor de este *Tristán* no sabemos casi nada. *Eilhart* es solo uno de los cuatro nombres documentados en los testimonios del siglo XII y aparece junto a *Enthart, Filhart* y *Segehart*, pero hay que señalar que el manuscrito que contiene la forma Eilhart suele tener el texto de mayor calidad. El gentilicio ofrece menos problemas, aunque también se presente en tres variantes distintas; por los rasgos lingüísticos, el autor debió de proceder de una zona relativamente al norte de Alemania, y en ese ámbito geográfico solo la pequeña población de Oberg, cerca de Brunswick, coincide con los topónimos transmitidos. Pero mucho más que el origen del autor nos interesa el público para el que trabajó, pues Eilhart solo pudo componer su poema bajo el mecenazgo de alguna corte que dispusiera de los medios materiales y humanos suficientes y tuviera serio interés en el tema. Durante mucho tiempo, los indicios resultaron contradictorios, de modo que mientras un sector de la crítica quería situar al autor del Tristán en alguno de los centros de poder del bajo Rin, al oeste, otros se inclinaban por Sajonia, al este. Paralelamente, se descubrió a un Eilhart von Oberg que, como testigo, firmó algunos documentos a finales del siglo XII y principios del XIII en la corte del duque de Sajonia, Enrique el León (*ca*. 1129-1195); pese a no existir una prueba a favor de la identidad entre el personaje histórico —vasallo de rango inferior del duque güelfo— y nuestro poeta, este hallazgo parecía resolver la ubicación geográfica, aunque no la cronológica.

Porque, a falta de datos externos, en el caso presente los criterios para determinar la fecha de composición son dos: la relación de Eilhart con otros poetas coetáneos y el estilo. En cuanto al primer criterio, el debate se centra principalmente en torno a la figura de Heinrich von Veldeke, autor del

Eneasroman, una refundición novelada de la *Eneida* de Virgilio, basada sobre todo en el *Roman d'Eneas* francés[2]. Y es que parece indudable que, en el extenso monólogo de Isolda después de tomar el bebedizo que le produce el amor hacia Tristán, se encuentran una serie de importantes coincidencias verbales con los monólogos de Dido y de Lavinia en la obra de Heinrich von Veldeke, que no pueden ser casuales y que indican que uno de los dos poetas adoptó como modelo el texto del otro. La cuestión sería determinar quién copió de quién. Aquí entra en debate el otro criterio: el estilo de Eilhart es árido, repetitivo, se diría incluso que algo rudo, carente de florituras retóricas, con predominancia de la rima asonante; da lugar a algunos diálogos rápidos y ágiles de apariencia ciertamente moderna en su contexto, pero en conjunto resulta arcaico o arcaizante. Heinrich von Veldeke, por el contrario, destaca por su estilo fluido y de gran brillantez y su obra impuso la rima consonante en la literatura alemana (los poemas narrativos de esta época se escribieron todos en versos pareados). Sabemos con seguridad que Heinrich comenzó su *Eneasroman* antes de 1174 y que, tras un intervalo de nueve años, lo terminó después de 1184. Si el *Tristán* fuera anterior, habría que situarlo hacia 1170; en este caso, Eilhart sería un autor clave en el desarrollo de la novela cortesana alemana, pues sus ágiles diálogos deberían considerarse como los primeros indicios de una modernización estilística, y el monólogo de Isolda sobre el amor sería el primero en la literatura alemana y habría creado escuela al inspirarse en él Heinrich von Veldeke. Sin embargo, en este caso nuestro autor no tendría relación alguna con el Eilhart que firmó documentos entre 1189 y la segunda o tercera década del siglo XIII. Si, por el contrario, nuestra obra fuera posterior al Eneasroman, su composición habría que retrasarla hasta casi 1190; esto nos permitiría identificar históricamente al autor y al público para el que trabajó, pero en esta época —en comparación con los poemas de Heinrich von Veldeke o de Hartmann von Aue (quien probablemente escribió sus primeros textos en los años ochenta del siglo XII)— aparecería como anticuada, producto de un autor estilísticamente poco competente y mal imitador de su modelo (Heinrich), que ni siquiera en el tratamiento del tema del amor ha visto las posibilidades abiertas por los poemas de sus coetáneos.

Sin embargo, esta valoración negativa, que ha conducido incluso a juicios muy despectivos por parte de algunos críticos importantes, solo es posible bajo una concepción rigurosamente evolucionista de la historia de la literatura, que es la que ha predominado durante más de un siglo y medio y ha impedido que el debate saliera de las dos posiciones antitéticas que he trazado aquí a grandes rasgos. Desde hace algún tiempo, en cambio, se intenta superar esa dicotomía. Por un lado, se han encontrado nuevos indicios para identificar a Eilhart con el vasallo homónimo de Enrique el León —por ejemplo, el hecho de que en el texto parezca aludirse repetidamente a personas y circunstancias próximas a esa corte—, de modo que la datación tardía adquiere una verosimilitud cada vez mayor[3]. Además, la corte güelfa tenía excelentes relaciones con los territorios anglonormandos en los que se escribieron las primeras versiones francesas: la segunda esposa del duque sajón, Matilde de Inglaterra, era hija del rey Enrique II Plantagenêt, y Enrique el León se exilió con ella, entre 1182 y 1189, en Normandía e Inglaterra; ninguna otra corte alemana le podría haber ofrecido a Eilhart mejores posibilidades para conseguir un manuscrito de su fuente francesa. Por otro lado, se ha señalado que el estilo del autor, más que arcaico, parece intencionadamente arcaizante, de manera que no se podría hablar solo de una cuestión de calidad, puesto que se trataría de un registro escogido a voluntad para acentuar determinados aspectos de la composición. El mecenazgo literario del duque güelfo se caracterizó por la apreciación de lo tradicional y conservador; el *Rolandslied* de Konrad, una refundición de la *Chanson de Roland* al alemán medio, o el anónimo *Herzog Ernst*, son buena prueba de ello, y ambas obras reflejan además el interés por la política de Estado que encontramos también en el *Tristán*[4].

Desde nuestros actuales conocimientos de los intereses literarios de la corte sajona, no puede sorprender tampoco el estilo conservador de Eilhart. Su modo de narrar es rápido, de una progresión casi vertiginosa; el autor no se entretiene mucho en reflexiones, comentarios o descripciones. El lenguaje carece de una gran elaboración retórica, las construcciones sintácticas se repiten a menudo, algunas incluso parecen fórmulas de corte épico, y a este estilo pertenecen también las frecuentes anticipaciones de lo que va a suceder. Es cierto que también hay algunas interrupciones, como

los diálogos rápidos y de frases brevísimas que de vez en cuando inserta el autor —y que deben entenderse como meros juegos retóricos porque transmiten muy poca información— o como el monólogo de Isolda después de tomar la pócima; pero se trata de casos excepcionales que pronto vuelven a dar paso al relato continuado. Las motivaciones o bien residen en la propia trama (lo que significa que una acción conduce directamente a la siguiente por la situación que crea) o bien se omiten por completo, obligando al lector a encontrar la explicación por su cuenta; el caso emblemático es la aparición de Curneval con el caballo y las armas de Tristán justo en el momento de la huida de este[5]. Rara vez el autor explica los motivos por los que un personaje actúa de una manera determinada.

Probablemente este estilo narrativo tenga mucho que ver con la perspectiva desde la cual Eilhart desarrolla la historia. Se trata, sin duda alguna y como ya he insinuado, de un relato de tono épico; el autor se interesa sobre todo por los rasgos heroicos de su protagonista, por presentarlo como un guerrero intrépido y un señor poderoso. En apariencia, el tema del amor no le atrae en absoluto, como puede comprobarse desde el prólogo mismo, donde anuncia que contará la vida de Tristán y hablará de todas sus proezas, pero no menciona a Isolda más que al final y como otra de las conquistas del héroe. Este desinterés concuerda con el tratamiento extenso y detallado que reciben casi todas las acciones de combate. Hay que tener en cuenta también que la fuerza de Tristán como guerrero es expresión de su poder monárquico, y este tiene su vertiente pacífica en las actuaciones públicas de la corte feudal. De ahí la generosidad con que se describen también todas las escenas de juicios, consejos y toma de decisiones. Al menos hasta la escena del bebedizo, la acción gira exclusivamente en torno a cuestiones de Estado. El prototipo narrativo de la conquista amorosa que tantas veces se repite en la obra no deja de ser, pese a todo, un relato épico que expone problemas de poder y en el que la mujer, que es la única que puede garantizar la continuidad del mismo, juega un papel crucial, aunque pasivo. El interés por los temas de la fuerza guerrera y el gobierno del reino se mantiene también en la segunda parte, donde Tristán se gana en Karahés un nuevo espacio político gracias a sus acciones militares y asume luego la herencia del reino de su padre, Leonís. Sin embargo, mientras no hace

aparición el amor a través del bebedizo, la acción transcurre a una velocidad mucho mayor. Eilhart narra toda la parte anterior al enamoramiento de los protagonistas, tan rica en acción, en apenas dos mil cuatrocientos versos, una cuarta parte del poema. Esto solo puede entenderse como evidencia de que le interesa mucho más hablar de la conjunción del amor y del poder y de los problemas que de ella se derivan, y de ahí nace nuestro especial interés no solo por ver de qué manera el autor ha organizado el conjunto de la materia y cómo la narra, sino sobre todo por comprender su concepción del amor y la solución que encuentra al conflicto entre amor y sociedad planteado, por su propia esencia, en la historia de Tristán e Isolda.

Eilhart se esmera en retrasar al máximo el contacto entre los protagonistas. En el primer viaje de Tristán a Irlanda los futuros amantes ni siquiera se ven. En el segundo viaje, Tristán busca a otra mujer, no sabe bien a cuál, pretende evitar Irlanda a toda costa, pero una tempestad lo arrastra hasta allí y entonces descubre que a ella pertenece, efectivamente, ese cabello que encontró Marc, lo que la convierte en la única mujer con quien el rey de Cornualles accederá a casarse. Los encuentros azarosos con Isolda se han considerado genuinos de la historia tristaniana, pero es probable que al menos en el segundo viaje fuera el propio Eilhart quien cambiara por un encuentro casual lo que en origen pudo haber sido una conquista amorosa en toda regla. Lo que este autor pretende es que Tristán no mata al dragón para obtener a la mujer que busca —como lo plantea el prototipo narrativo—, sino para salvar su vida y la de sus compañeros. De este modo, ambos personajes parecen menos destinados el uno para el otro, a Tristán se lo mantiene en el ámbito heroico y la aparición del afecto resulta más sorpresiva y abrupta.

El bebedizo que produce el amor entre los protagonistas simboliza, como en toda la tradición tristaniana, la irrupción del sentimiento en el individuo, pero en la obra de Eilhart tiene sobre todo una particularidad muy destacada: su doble efecto. De un lado produce un amor que durará «mientras vivan», pero del otro genera a la vez un deseo erótico que no cesará hasta pasados cuatro años y que no les permitirá separarse ni un solo día. Esta pasión inducida por el filtro resulta determinante para la acción posterior, pues a diferencia del amor es ella la que genera todos los

problemas a los amantes mientras residen en la corte. El rey Marc nunca tuvo ganas de casarse y, en consecuencia, tampoco ahora siente interés por Isolda; de ahí que tolere la proximidad de Tristán a la reina. Más aún, después de espiar a los amantes en el vergel y cuando el héroe amenaza con marcharse, el monarca lo invita abiertamente a trasladar su lecho al dormitorio real y a estar con la reina siempre que lo desee, de noche o de día. Pero la relación erótica no debe hacerse pública, y eso mismo tratan de conseguir los celosos de la corte, porque aunque al rey no le importe personalmente, en el ámbito oficial la relación entre Tristán e Isolda se convierte en adulterio y debe ser castigada como tal. Los cortesanos aprovechan precisamente el irreprimible deseo producido por el filtro para hacer caer a los amantes en la trampa y descubrirlos. La ira que el rey muestra durante el juicio no se debe al hecho mismo de que el héroe amara a la reina, sino a la deshonra pública que le ha causado la incapacidad de la pareja para mantener el secreto.

La vida que los amantes inician en el bosque tras su huida les permite vivir plenamente su pasión erótica, pero los sume en un estado de precivilización que se refleja en las múltiples privaciones y en el carácter primitivo de sus alimentos, sus ropas y su vivienda. Marc los descubre, pero no les causa ningún daño. Tolera su relación en privado (el rey ha evitado que la corte acudiera al lugar), pero deja a los protagonistas dos señales claras de que por encima de su deseo hay una estructura jurídica a la que deben someterse: a Tristán le quita la espada que él mismo le dio cuando lo armó caballero y con la que este mató a Moroldo y al dragón, lo que significa que lo despoja del derecho a la mujer que, como héroe, conquistó; el guante que deja sobre Isolda es un conocido símbolo que indica vinculación legal. El cese de ese segundo efecto del bebedizo, que estaba limitado a cuatro años, permite por fin que los amantes dejen de estar condicionados por ese apego incontenible, puedan separarse y, en definitiva, reintegrarse. El exilio del protagonista hace desaparecer el aspecto físico y visible de la relación, el deseo; no del todo, porque Tristán volverá a estar con su amada, pero sí de manera sustancial. A cambio, el amor se convierte a partir de este momento en un sentimiento más personal e íntimo que logrará sobreponerse al abismo de la separación.

Tristán es desterrado, pero su estancia en la corte del rey Artús y sus proezas militares frente a Karahés le devuelven su cualidad de héroe, dañada durante la vida en el bosque. Ahora se produce una reorganización de los papeles. Mientras Tristán e Isolda estuvieron en la corte de Marc, había dos hombres y una mujer; se trataba de un desdoblamiento de la figura masculina, pues el rey representaba la acción del poder feudal y Tristán la del amor, y la presencia del héroe dentro de la alcoba o en la profundidad del bosque marcaba los intentos de integración o de aislamiento de la pareja. Ambas estrategias fracasaron, la primera por el desequilibrio que producía en la corte el hecho de que un miembro destacara sobre los demás por una proximidad a la reina fundamentada en un deseo erótico; la segunda porque el destierro de Tristán e Isolda ponía en peligro la continuidad del poder al dejar a Marc sin esposa ni sobrino. Después del destierro, Marc deja de ser el centro de la acción y, con la victoria de Tristán en Karahés y su boda con la otra Isolda, la anterior proporción se ha invertido y tenemos a un único hombre frente a dos mujeres. En consecuencia, Tristán engloba ahora bajo su figura tanto el ámbito político como el amoroso, pero representados cada uno por una mujer; con una el héroe solo se relaciona para conservar el poder, mientras que la relación íntima que mantiene con la otra permanece al margen de lo público[6].

En definitiva, la acción caballeresca y la amorosa quedan disociadas y esto explica la sucesión meramente aditiva de los episodios. La distancia física que separa los lugares en que se desarrollan, con el mar por medio, significa la diferencia que hay entre los dos ámbitos. Por un lado, y como ya se ha señalado, las actuaciones del héroe relacionadas con la estructura feudal siguen siendo de gran relevancia: las dos guerras para restablecer el orden en Karahés y la sucesión en el trono de Leonís. Su figura señorial y caballeresca permanece incuestionable. Incluso acciones menores llevan el inconfundible sello del sin par Tristán: Marc ve que solo él pudo haber lanzado el venablo y la piedra a tanta distancia y dar un salto tan largo; Nampetenís descubre su visita al castillo porque únicamente él es capaz de clavar un dardo dentro del otro. Todo ello permite la continuidad de la perspectiva épica y del estilo narrativo rápido y poco introspectivo

mencionados antes. Por el otro lado, sin embargo, en la medida en que la corte deja de ser el espacio de referencia para la relación amorosa, Tristán goza cada vez de mayor libertad para reunirse con su amada y consigue llegar más cerca de ella —el bosque de Blancatierra, el vergel, el aposento — y quedarse también más tiempo —hasta tres semanas en la última ocasión—. El amor ya no se manifiesta como deseo, sino como relación particular al margen de la vida pública de los personajes[7]. La creciente intimidad de este vínculo se refleja en un progresivo aislamiento de la pareja: primero Tristán tiene que arreglárselas sin el senescal Tinas, al final falta incluso el fiel compañero Curneval; por el lado de Isolda, primero fallece Branguena y luego desaparecen incluso Guimela y Perenís. Pero esto no significa en modo alguno una negación de las cualidades humanas o cortesanas de los protagonistas. Los disfraces que Tristán utiliza para encubrirse en las sucesivas visitas a su amada no siguen un orden descendente —leproso, peregrino, juglar, loco—, y el héroe mantiene en todo momento su dignidad: cuando Isolda lo manda azotar, no tolera la ofensa y se aleja de ella por un año. Pero donde mejor puede constatarse esta sobriedad y conciencia propia de Tristán en su relación amorosa es en el episodio del bufón. El motivo de la visita de Tristán, desfigurado y actuando como un necio, a la corte de Marc para reunirse con su amada parece haber sido relativamente conocido en la tradición tristaniana; la *Folie Tristan* de Oxford y la de Berna ofrecen sendas versiones del motivo. Pero de manera mucho más diáfana que en estos textos franceses, en el poema de Eilhart el héroe no se desfigura a sí mismo, sino que debe su aspecto a unas heridas recibidas en combate y se limita a aprovechar esta circunstancia, siguiendo el consejo de su sobrino. No se trata de que, por amor, el individuo destruya su identidad; ni siquiera necesita ocultarla. El Tristán de Eilhart no está loco ni se afea para parecerlo.

La intención del autor alemán ha sido, en definitiva, aislar el entorno del amor del de la esfera pública —el poder, la corte, la caballería— creando dos acciones alternativas. No ha querido solamente plantear las diferencias entre, de un lado, las pretensiones de la relación íntima entre dos individuos y, del otro, las exigencias del colectivo, sino que trata de mostrar cómo la tensión entre amor y poder es más fácil de dominar cuando se les atribuye

funciones y ámbitos de actuación distintos, pues la corte queda libre de los desequilibrios generados por el deseo y la pareja se deshace en buena medida del acoso externo. El amor halla un espacio, aunque sea aislado y marginal.

El desastre sobreviene por dos acciones que rompen el equilibrio conseguido anteriormente. La primera es la ayuda que Tristán presta a Kehenís para que este consiga pasar unas horas con Gariola. La decisión de llevar a cabo esta aventura se debe a los repetidos ofrecimientos eróticos por parte de la mujer, incluso antes de que fuera desposada por Nampetenís, de manera que la relación se manifiesta inequívocamente libidinosa. En Kehenís no se observa ninguna clase de sentimiento amoroso hacia Gariola, lo que quedó probado ya en la ocasión en que requirió de amores a Guimela de Schitriela nada más verla en su visita a Cornualles, considerándose el hombre más feliz cuando Isolda simuló permitirle yacer con ella. Por otro lado, Tristán no se encuentra en el espacio de lo amoroso, sino en el ámbito de la acción política: él es el señor de Nampetenís. Con su acción, Kehenís y Tristán han vuelto a introducir el deseo en el espacio feudal (y la metáfora de los dos hombres cazando venados en el territorio del vasallo resulta inconfundible en este sentido) y justamente por esta razón ahora, al contrario de lo que ocurrió en Cornualles, el perseguidor sí les da alcance, mata a Kehenís y hiere mortalmente a Tristán. La segunda acción es la propia llegada de la reina Isolda a Karahés para curar a su amado. Si ambos logran reunirse y permanecer juntos, como ha sugerido Tristán en sus palabras al mensajero, el amor y el poder volverán a coincidir en un mismo espacio de acción, y ante esta amenaza el autor simplemente hace desaparecer de este mundo a los amantes. Al final, al amor solo le queda la tumba, el espacio radicalmente distinto.

Eilhart, en conclusión, no quiso contar una historia sobre el amor en general, sino sobre cómo la sociedad feudal puede superar el conjunto de problemas que plantea. Ante todo conviene anular el deseo, porque determina de modo poco diáfano las actuaciones de las personas en contra de la función estrictamente política de la sexualidad. A partir de aquí, la colectividad puede tolerar el sentimiento amoroso segregándolo y excluyéndolo de su esfera visible. Sin embargo, tratándose de personajes

centrales de la corte que viven una experiencia al margen de las actuaciones públicas de la misma, se forma un espacio personal e íntimo en cuyo estrecho interior sí existe la posibilidad de descubrir el amor. Los lugares de encuentro de los amantes, siempre cercanos a la corte o incluso dentro de la misma, pero invisibles para sus integrantes, apuntan al ámbito metafísico y sentimental al que se ha trasladado la relación. Para una sociedad nobiliaria que desde tiempos ancestrales ha considerado el matrimonio solo como instrumento político-económico para ejercer el poder y garantizar su continuidad, la apertura de este nuevo espacio, aun tratándose de un ámbito secundario, resulta una novedad considerable.

Como he señalado, el texto completo del poema de Eilhart tan solo se conserva en dos manuscritos del siglo XV, designados de modo abreviado por las siglas D (de Dresde, en cuya biblioteca se encuentra el códice) y H (de Heidelberg). El manuscrito H ofrece un texto más completo, pues al D no solo le falta algún doble folio, sino que, por motivos que desconocemos, su redactor fue suprimiendo a lo largo de toda la obra pequeños conjuntos de pareados. De esta manera, a los casi 9700 versos de H corresponden apenas 7700 líneas conservadas de D[8]. Pero hay que señalar, en primer lugar, que los versos suprimidos por D no parecen haber contenido información sustancial y, en segundo lugar, que el redactor de H también añadió por su cuenta algunos versos que no figuran ni en los fragmentos antiguos ni en D. A cambio, el texto de D es generalmente de mayor calidad, contiene menos errores y frases incomprensibles y mantiene, como se constata por la comparación con los versos conservados del siglo XII, mayor número de rimas y formas morfológicas y sintácticas antiguas. Las dos versiones, pues, tienen a la vez importantes cualidades y defectos que impiden decidirse por la traducción de una de ellas, dado que si se sigue D habrá que añadir los versos que faltan tomándolos de H, mientras que si se sigue esta última versión, habrá que acudir a menudo al texto de D para lograr una correcta comprensión.

Esta tarea la realizó ya Franz Lichtenstein para su edición de 1877, el único texto crítico de esta obra publicado hasta el momento. Hoy en día, se considera del todo incorrectos los métodos utilizados por Lichtenstein, porque el sincretismo con el que combinó ambas versiones produce un texto

que deja de ser histórico y porque corrige muchas rimas y formas morfológicas en un intento de reconstruir su apariencia genuina. Sin embargo, en una traducción al castellano —es esta la primera que se realiza —, esto último no se aprecia de ninguna manera; y en cuanto a la primera objeción, creo que el público no especializado, al que se dirige esta edición, deseará ante todo leer un texto equilibrado, correcto y completo, de modo que, advirtiéndole de esta particularidad, he considerado oportuno no repetir por mi cuenta la colación de manuscritos, sino seguir la edición de Lichtenstein. No obstante, he prestado atención a aquellas variantes que pudieran tener trascendencia para el contenido. En algunos casos, he optado por distanciarme de la edición y seguir la variante; las lecturas divergentes más llamativas las he señalado en nota.

He hablado antes del estilo de Eilhart, arcaizante y cargado de repeticiones, de las que solo unas pocas pueden considerarse fórmulas de estilo épico. Estas características no se podían reproducir en castellano, porque hubieran dado como resultado un texto de apariencia tan burda y primitiva que lo habría hecho ilegible. Así pues, he variado las frases utilizando términos y giros sinónimos siempre que me ha parecido necesario, aunque procurando mantener el tono. Por otro lado, el altoalemán medio, no solo el de Eilhart, es una lengua con una sintaxis muy flexible; sin embargo, lo que en el verso narrativo puede producir hermosos efectos, en la traducción suele resultar difícil de comprender, de modo que a menudo he tenido que marcar la relación entre las partes de las oraciones con mayor claridad de como aparece en el original, en algunos casos incluso en contra de los signos de puntuación que insertó Lichtenstein.

Para terminar, un breve apunte sobre el tratamiento de los nombres propios. Al tratarse de una edición de dos textos en un único volumen, he procurado que los nombres de aquellos personajes que aparecen en ambas obras fueran reproducidos de la misma forma en las respectivas traducciones, siempre y cuando se tratara también de antropónimos idénticos en las versiones originales. No me han parecido adecuados para esta edición los nombres que Eilhart da a los protagonistas: *Tristrant* e *Isalde*. Aunque el nombre de Tristrant es prácticamente el mismo que aparece en los antiguos textos franceses (*Tristran*), lo cierto es que no se ha

mantenido ni en la tradición románica ni en la germánica, donde desde Gottfried solo se utiliza el de *Tristan*. Por este motivo lo he sustituido por el correspondiente castellano de *Tristán*. En cuanto a *Isolda*, mientras que a partir del poema de Béroul los textos franceses dan a la protagonista el nombre de *Iseut*, que es el que se impondrá también en la tradición española (*Iseo*), el *Tristán* de Thomas utiliza casi siempre la forma antroponímica *Ysolt*, con consonante líquida. Esta variante fue adoptada por Eilhart (*Isalde*) y por Gottfried von Strassburg, aunque este último combina ambas formas (*Isolde/Isôt*). En la tradición germánica se ha mantenido desde entonces el nombre de *Isolde* para referirse a la amada de Tristán. Puesto que la adaptación española *Isolda* se conoce en nuestro país desde la divulgación de la ópera de Richard Wagner, he optado por mantenerla. Los demás nombres han sido castellanizados de manera que conserven sus peculiaridades.

Victor Millet

Tristán e Isolda

Puesto que debo contar una historia a la gente que aquí puede verse reunida —y cuyo ruego me mueve a cumplirlo prestamente lo mejor que pueda—, desearía saber si entre el público hay alguien que prefiera prescindir de tales relatos, pues en tal caso tendré que buscarme consuelo por su presencia. Aunque no se les preste atención, esos oyentes muestran enseguida su actitud aviesa, tan contagiosa que, al cabo de poco, terminan siendo más de unos cuantos los que empiezan a hartarse. Pero la debilidad de sus corazones no les aprovechará para nada, y a la fuerza tendrán que mantener alejada de nosotros su falta de gratitud. Esa postura suya es una mezquindad que debe ser reprendida y sería justo que pagaran por ella. A todos estos oyentes los emplazo a abandonar por un rato su ruin comportamiento y a mesurarse en todo lo que en ellos es mudable. Quien estorba los relatos que son agradables de escuchar y que pueden resultar provechosos y útiles a las buenas personas tiene el entendimiento retrasado como el de un niño. Si aceptáis permanecer callados, yo os contaré —y mi deseo es proclamar aquí la pura verdad sin engaño alguno, tal y como la encontré en el libro— cómo el noble Tristán llegó a este mundo, cuál fue su fin y todas las proezas que llevó a cabo, de qué modo culminó todo lo que en vida emprendió, cómo este prudente héroe conquistó a doña Isolda y cómo ella murió por él; él murió por ella y ella por él. Ahora prestad atención a este relato. Escuchad bien, pues voy a contaros una historia de alegrías y lamentos como jamás fue oída otra igual por hombre alguno, sobre asuntos mundanos, sobre valentía y sobre amor. Tanto mayor debe ser por eso vuestra atención.

Reinaba una vez en Cornualles un rey llamado Marc que estaba en guerra violenta contra un noble soberano del que se dice que dominaba Irlanda. El rey Marc deseaba obtener ayuda y por esta razón mandó embajadas a diversos países cercanos, de modo que muchos caballeros aguerridos acudieron solícitos en su ayuda, pues el otro soberano, en su arrogancia, ya le había atacado a menudo atravesando el mar con un poderoso ejército y con sus aliados, causándole grandes daños.

De esto se enteró un rey magnífico que acudió también con sus huestes a Tintaniol; se llamaba Rivalín y su tierra llevaba el nombre de Leonís. Oyó decir Rivalín que el rey Marc había sufrido pérdidas por doquier, de modo que se encaminó hacia allá y le sirvió con su tropa como si fuera su vasallo. Pero esto solo lo hizo porque quería obtener por esposa a la hermana del monarca. Por las proezas que realizó, consiguió yacer con ella, y la hermosa dama cobró tal amor por el rey que, cuando terminó la guerra, huyó con él. Su nombre era Blancaflor. La mujer había quedado encinta antes de iniciar el viaje, y, cuando se hubieron embarcado en el mar, sufrió tales dolores debido al embarazo que murió. Entonces le abrieron el vientre y le sacaron a su niño. El rey lo llevó a su tierra, donde le pusieron el nombre de Tristán.

Tras la muerte de la señora, se profirieron grandes llantos y se hicieron muestras de tristeza. Llevaron a tierra su cuerpo y le dieron sepultura acompañada de lamentos desconsolados. Y Rivalín, ¿acaso podría haber sentido mayor pena? Retorcía sus manos llorando amargamente y lo mismo hacían todos los que estaban con él, que rodeaban el féretro gritando y sollozando; bien demostraban que habían amado a la señora. Cuando hubieron terminado las exequias, el rey Rivalín confió su querido niño a una nodriza, quien cuidó de él y lo crió hasta el día en que supo montar a caballo. Sin más demora, el rey Rivalín puso entonces al niño bajo la tutela de un escudero llamado Curneval, quien supo educarlo bien en todas las cosas de la corte, como también le enseñó a tañer el arpa y otros instrumentos de cuerda. Nunca antes o después recibió niño alguno una formación mejor. No olvidó instruirlo en nada que contribuyera a su fama y a su buen nombre. Pero, además, le dejaba jugar a menudo con otros niños, lo adiestró en usar hábilmente brazos y piernas, en tirar piedras, en correr y saltar, en luchar astutamente y en arrojar la lanza con fuerza y con acierto.

Lo instruyó también en ser generoso, cabalgar con el escudo como un guerrero y en asestar golpes de espada en combate. Por último, el escudero le inculcó hablar con propiedad y no romper jamás la palabra dada a alguien. Le explicó que, si cometía la necedad de convertirse en un mentiroso, todo el mundo lo despreciaría; le ordenó ser fiel, renovar siempre sus virtudes y comportarse cortésmente, con prudencia y corrección. Le mandó servir a las damas alegre y solícitamente, empeñando en ello su vida y sus bienes. Le dijo también:

—Esfuérzate en mostrar siempre la debida corrección —y añadió que, cuando estuviera entre la gente, guardara en su corazón lo mejor de lo que escuchara. Le transmitió gran sabiduría y le hizo odiar toda maldad. ¿Para qué extenderse? Lo educó en la virtud y en la fama, pues él mismo era de los que prefieren realizar dos acciones buenas antes que una mala, tanto si le aprovechaba como si le traía inconvenientes. Disciplinó al niño para que hiciera lo mismo y, efectivamente, en poco tiempo este evitaba toda villanía, pues se aplicaba mucho en seguir las indicaciones de su maestro.

Curneval se encargó del niño hasta el día en que fue apto para los esfuerzos y capaz de soportar sufrimiento e incomodidades. Entonces habló al muchacho:

—Noble señor, ruega a tu padre que te permita viajar a tierras extrañas. Ya conoces bien las suyas, que de buena voluntad están a tu servicio; ahora conviene que no dejes de descubrir otros países.

El hermoso joven fue de inmediato ante su padre a pedírselo de forma muy comedida.

—Padre querido —dijo—, permíteme marcharme; no me conviene esperar más. Quiero conocer tierras extrañas, pues no sabe de mí mucha más gente de la que hay en tu corte, que toda me sirve de buena voluntad. Date cuenta de lo útil que me sería: me formaría con gentes foráneas si las frecuentara tanto para asuntos serios como para diversión. No me sabrá mal tener que asumir privaciones, si a cambio puedo conocer en mi juventud cuáles son las buenas costumbres en los reinos extranjeros. Por eso, querido padre, concédeme de buena gana lo que te he pedido y ayúdame a marcharme, pues ya hace demasiado tiempo que estoy a tu lado.

Dijo entonces el rey Rivalín:

—Con mucho gusto haré lo que deseas, querido hijo mío.

Se dirigió a su administrador y le ordenó que, por el aprecio que le tenía, le proporcionara a Curneval cualquier cosa que este le solicitara. Les entregó al servidor y al muchacho todo lo que necesitaban. Curneval seleccionó en la corte a ocho escuderos y a dos donceles de gran excelencia, a quienes ordenó viajar con el joven y que fueron completamente equipados. Cargaron una acémila con oro y plata, lo que afectó muy poco a las arcas del rey. Otra acémila trajo Curneval, cargada de ropas y de joyas de diversos tipos, pues así lo quiso y ordenó. Mandó también preparar una nave con buenas cabinas y una sólida cubierta bien cerrada con tablas. Cuando todo estuvo dispuesto, el señor Tristán y los suyos pidieron licencia a Rivalín y se embarcaron. Izaron la vela para que no los errara el viento que los había de alejar de aquella tierra. Habían ordenado construir sobre cubierta una cuadra para cobijar a los caballos, para poderlos sacar nuevamente cuando llegaran a puerto y se terminara la travesía, lo que les permitiría cabalgar por tierra firme. Así esta pequeña mesnada navegó desde Leonís, cruzando el mar, hasta llegar a Cornualles, donde no se les conocía.

Cuando los extraños comenzaron a cabalgar por tierras del rey Marc, don Tristán rogó encarecidamente a todos los suyos por igual y acordó con ellos que ninguno explicaría de qué país procedían, que no lo revelarían a nadie y que mantendrían en secreto también su linaje. Él les ordenó con insistencia que, sin importar la acusación que se les pudiera hacer, todos mantuvieran silencio acerca de sus verdaderas circunstancias.

—No quiero que nadie aquí conozca mi ascendencia.

Rodeado de este secreto, don Tristán llegó hasta donde se encontraba el propio rey. Cuando se presentó ante él, fue recibido muy cordialmente por el soberano. Tristán le dio las gracias y dijo con gran cortesía:

—Señor, si me aceptarais, quisiera quedarme con vos y permanecer a vuestro servicio, pues he oído pronunciar grandes alabanzas de vuestra corte.

—Pues sed bienvenido —dijo el poderoso monarca, mandando llamar rápidamente al senescal, lo que se hizo de inmediato.

Llegado este, el rey cogió al joven y lo encomendó a su custodia. El buen señor tomó a Tristán de sus blancas manos y dispuso que todos los súbditos de la corte lo amaran en todo momento. Al senescal le ordenó que cuidara de él mejor que de los demás. En esto se probó la cortesía del señor; a mi juicio no se despreocupó de él. Este senescal gozaba del favor del monarca, pues, excepción hecha de las grandes fiestas, jamás llevaba las fuentes a la mesa. El rey se lo había concedido de buena voluntad por ser un príncipe de alta estirpe; lo había escogido para administrar su reino y para cuidar tanto de su país como de su honra. Era un barón de aquellas tierras y en su mano estaban todos los asuntos de la corte; Tinas se llamaba él, y su castillo Litán[1]. Gustábale hacer siempre lo mejor y era cortés y poderoso, lo que demostró buenamente con el muchacho. Rogó a los cortesanos que fueran bondadosos con él y que quisieran protegerle de toda incomodidad, que él se lo recompensaría bien a todos. El joven alcanzó pronto gran reputación debido a su gran valía y a que jamás evitaba realizar cualquier acción digna de elogio que pudiera, no cejando por razón alguna a ninguna hora del día. De este modo, el muchacho creció con honra y con gran fama en la corte del rey Marc, hasta que a él mismo le pareció que podía ceñirse la espada.

Vivía a la sazón en Irlanda un señor llamado Moroldo que poseía la fuerza de cuatro hombres. Escuchad y prestad atención: causaba este gran espanto y había matado a muchos de sus enemigos. Su bella hermana era esposa del rey de Irlanda y estaba libre de toda tacha. Él era un guerrero imponente que había dominado por la fuerza a todos los reinos de los alrededores, entregándoselos a su rey. No había ningún país cerca del suyo al que este paladín no hubiera doblegado hasta hacerle pagar tributo, con la única excepción de Cornualles; todos los demás reinos los había conquistado. Pero el joven rey Marc no le prestaba atención, lo cual irritaba a Moroldo, pareciéndole que sería una deshonra si no lo sometía también a él. Por esta razón, decidió invadir la tierra del rey Marc, al otro lado del océano, con un poderoso ejército con el que pretendía subyugarlo y llevar a su señor el diezmo de ese país. Para ello reunió, como es debido, a numerosos guerreros valientes. Antes de partir dijo al rey:

—Me duele mucho que Marc no te pague tributos como los demás. Para conseguirlo, o moriré o haré sollozar a muchas mujeres en todo su reino. Tendrá que enviártelo a la fuerza y con deshonra, de otro modo le acosaré de tal manera que preferirá haber sido feudatario tuyo desde hace muchos años.

En verdad os lo digo: Moroldo estaba muy embravecido. En el acto cruzó el mar, y, llegado al otro extremo, no encomendó decir a Marc otra cosa sino que le hiciera llegar el tributo por su tierra y que ya había sido suficientemente osado como para llevar más de quince años reteniéndoselo. Y mandó decirle certeramente que[2]:

—Si tiene a un hombre tal que se atreva a enfrentarse conmigo y que sea de tal linaje que se pueda considerar igual a mí, combatiré con él y demostraré por derecho que Marc debe pagar tributo a mi señor. Si lo rechaza, le daré otra oportunidad antes de forzarlo a abandonar su tierra: que se enfrente a mí con sus ejércitos; si logra defenderse, lo liberaré de mis demandas y seguiré mi camino. Debéis decirle también qué es lo que exijo como tributo: quiero uno de cada tres niños que hayan nacido en su tierra en los últimos quince años. Y decidle en verdad que, si no me los quiere dar, yo mismo cogeré a niños y doncellas, clérigos y seglares, pobres y ricos, sin miramiento alguno. Los jóvenes serán mis siervos privados y a las doncellas las meteré en mi prostíbulo para que de noche y de día ganen para mí mucho dinero.

Cuando el mensajero le dijo todo esto a Marc, el rey alzó triste la mirada hacia Dios y ante Él se lamentó amargamente de la gran afrenta. Mandó a sus mensajeros cabalgar hacia los príncipes del país y en poco tiempo los hubo avisado de que acudieran a la corte para escuchar de su boca cuáles eran el apremio y el terror a los que lo había sometido Moroldo. Mientras esto ocurría, Tristán dijo a Curneval:

—Escúchame, querido maestro, pues necesito tus opiniones acerca de lo que te parece mejor en este asunto. La arrogancia de este forzudo me preocupa. Si nadie se le enfrenta, yo combatiré con él. ¡Que Dios me ayude a mantener el derecho! Pero ¿cómo puedo hacerlo?

Con prudencia, Curneval dijo:

—Si mis consejos os han de servir, sin duda prefiero dároslos a vos que a cualquier otra persona. A mí me parece lo mejor que no emprendáis este combate.

—No, querido maestro, no me lo desaconsejes, pues quizás tengamos fortuna, de modo que crezca nuestra reputación y fama. Jamás lograríamos superar la afrenta si él se marchara de aquí sin que nadie se le enfrentase.

—Bien que os lo concedería —dijo su buen vasallo—, si tuviera garantías de que realmente ibais a aumentar vuestro honor. Pero ocurra lo que ocurra, como para bien o para mal sé que es esta vuestra decisión, os daré mi apoyo en lo que pueda. Dios, que hizo la noche y el día, os ayude a que se cumpla vuestro deseo. Puesto que no puedo haceros cambiar de parecer, escuchad al menos cuál es mi consejo: debéis pedir al rey que os haga caballero según su costumbre.

Este consejo agradó mucho al joven y lo llevó a la práctica de inmediato. Cogió Tristán al senescal de la mano y se presentó con él ante el rey:

—Quisiera hacerme caballero, si vos me ayudarais en ello.

—Aún es demasiado pronto. Deberías esperar todavía un año —dijo el rey.

—Señor, os garantizo que no es prematuro; estad seguro y cierto de ello. Si quiero alcanzar la fama, debo comenzar pronto y esforzarme largamente. Tengo tan gran deseo de ceñirme la espada que no cejaré en mi empeño hasta que lo consiga.

El rey ordenó conseguirle todo lo que necesitaba, y a todos los que Tristán quiso que se ciñeran la espada junto a él les fue concedido. El futuro caballero ordenó que a su lado se entregara la espada a sesenta escuderos. Al cabo de siete días, los príncipes trajeron a palacio a muchos apuestos caballeros. Entonces Tristán entró cabalgando en la corte y con él todos los jóvenes donceles. Cuando llegaron a la sala, todos coincidieron en que él debía ser escogido como el más apuesto, y que como era cierto nadie se enojaría.

Cuando todos los principales del reino, a los que el monarca había hecho llamar, hubieron llegado, siguiendo su mandato, Marc les contó, lamentando su mala situación, lo que le habían comunicado.

—Habéis venido aquí para que conozca vuestra postura. Yo os ayudaré de la mejor manera que pueda en lo que prefiráis hacer y decidáis acometer, pues no he oído jamás nueva alguna que me haya causado tanto dolor. Si hay aquí algún hombre que esté dispuesto a combatir con el forzudo Moroldo, le será recompensado de tal manera que será rico para siempre.

Entonces se marcharon todos juntos a tomar consejo en privado. No se halló entre ellos a nadie que quisiera enfrentarse en combate. Al poco llegó Tristán y les preguntó por qué duraba tanto su consejo. Un príncipe le dijo:

—Ninguno de nosotros puede hallar entre todos sus vasallos a un caballero tan osado que acceda a luchar contra Moroldo, a pesar de que hay aquí muchos fuertes guerreros. Además, la táctica de este consiste en utilizar argucias cuando alguien se le enfrenta respetando las reglas, de modo que es fácil perder la vida en ello.

—Pues yo quiero confiar en mi suerte —dijo el señor Tristán—; yo me enfrentaré a él de inmediato, si permitís que sea vuestro paladín. Quizás Dios mi señor me conceda que, antes de que él me mate a mí, yo logre acallar su despecho y sea él quien termine aborreciendo el combate.

Y rogó a continuación a todos que le apoyaran en su solicitud al rey de que le concediera luchar en solitario contra el temible guerrero, asegurándoles que todos verían cómo, si el rey accedía a dejarlo combatir, él se enfrentaría a Moroldo tal y como afirmaba.

Todos se alegraron ante tales palabras, aunque sentían algo de temor al dejar un juicio de tanta trascendencia en manos de un joven. Pero acordaron que sería mejor hacerlo que callarlo y decidieron dejar la victoria en manos de la fortuna.

—Nos irá muy bien —dijo Tristán, el buen guerrero—; confío en que no podrá causarme daño. Pero no le debéis hablar a mi señor de mí precipitadamente, sino que antes deberá prometeros que dejará combatir con el fuerte adversario a quienquiera que lo solicite.

Escuchado su ruego, fueron ante el rey y le tomaron la palabra:

—Señor, hay aquí un hombre que quiere enfrentarse a Moroldo en representación nuestra si se le concede hacerlo; bien podéis otorgárselo vos.

—Todo lo que pida y esté en su derecho de pedir, le será concedido —dijo el famoso rey, preguntando quién era.

—Señor, prometédnoslo firmemente, para que él esté seguro de que, sea hombre libre o no, le dejaréis combatir —le respondió un poderoso príncipe.

—Yo le prometo formalmente que lo haré de buen grado. Podrá contar además con mi ayuda y le profesaré aprecio sincero.

Entonces no esperaron más y le dijeron de inmediato que se trataba de su amigo, don Tristán.

Los mensajeros de Moroldo objetaron enseguida que su señor no aceptaba enfrentarse a nadie que no fuese su igual. Pero eso no molestó al valeroso Tristán, que dijo a los caballeros:

—Fijaos bien en quién soy. Por su nobleza, mi madre, Blancaflor, fue libre. Mi padre se llama Rivalín. De Leonís es de donde vengo y soy el hijo de la hermana de Marc.

El rey sintió a la vez alegría y pena. Alegría por saber que aquel era hijo de su hermana; y una pena profunda porque, siendo este tan joven, ya quería cargar con un sufrimiento tan grande. Enseguida dijo el rey a su querido sobrino:

—Por deseo mío debes abstenerte de este combate y no sufrir daño alguno.

—¿Por qué?

—Te lo diré, sobrino: porque se tendría por cobardes a los que son de esta tierra. ¿Qué puede preocuparte a ti este asunto?

—Sentiría verdadera pena.

—A mí me pondrías en un aprieto.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Acaso os avergonzáis por mi culpa?

—Sí.

—Aquí en vuestra tierra el asunto no puede causaros deshonra.

—Tampoco es asunto tuyo.

—Señor, no voy a excusarme de hacerlo.

—Bien puedes hacerlo.

—No, no puedo.

—¡Ay del día en que te ceñí la espada!

—¿Acaso lo lamentáis?

—Por mi fe que sí.

—¿Por qué?

—Porque yo te ordené caballero.

—En efecto, lo hicisteis.

—Y lo volvería a hacer, como ordeno ahora que abandones el combate.

—¡No, por cierto, no lo haré, me ocurra lo que me ocurra! —así habló el buen caballero, con total determinación de no hacerlo. Por mucho que se le rogó, no hubo nada que hacer. Ante una negativa tan firme, el rey enfureció, le miró irritado y dijo públicamente:

—¡En verdad que no lucharás!

Ante estas palabras, el héroe, decidido, recordó al soberano lo que había prometido a sus allegados, que él solo se enfrentaría a Moroldo. También se lo recordó muy seriamente al príncipe que había recibido la promesa, de modo que se hizo lo que deseaba y se le otorgó el combate.

—Resulta curioso —dijo entonces el rey a su sobrino— que quieras perder aquí tu vida sin saber por qué.

—Y si me mata, ¿qué más da? De todos modos voy a morir o a conquistar la fama.

—Pero podrías conservar la vida.

—Aunque supiera con certeza que me iba a dar muerte, aun así preferiría sufrirla que dejarle ver cómo se le concede el favor de que nadie se atreva a hacerle frente.

—Eso déjalo de mi cuenta —dijo el poderoso monarca.

—No lo haré, por cierto —contestó el paladín Tristán—. He decidido emprender este combate y nada me hará cambiar de opinión.

¿Qué otra cosa podía hacer el rey? Encomendó luego decir a Moroldo que acudiera a un islote en el mar, que allí con toda certeza tendría lugar lo que había deseado, pues Tristán se le enfrentaría al cabo de tres días. Ordenó decirle también que él llevaría el tributo, para que pudiera verlo, y que si conseguía obtenerlo, fuera con amenazas o con un acuerdo amistoso, se lo podría llevar consigo a su tierra, pues él se lo entregaría.

Las palabras del rey enojaron a los mensajeros. Se marcharon de allí hacia el lugar en el que debían reunirse con Moroldo. En el momento en que este los vio llegar, oíd lo que dijo:

—¿Qué me encomienda decir el noble rey?

—Nada que no signifique combate —respondieron ellos.

—¿Es verdad esto?

—Sí, por cierto.

—¿Y dónde tendrá lugar?

—Muy cerca de aquí, pasado mañana al amanecer.

—¿Quién se enfrentará conmigo?

—Te desafiará uno de ellos, que es hijo de la hermana de Marc y que no hace mucho que lleva la espada.

Estas palabras gustaron mucho a Moroldo, aunque le enojó también el hecho de que este tuviera el atrevimiento de enfrentársele. El príncipe se preparó con esmero para el combate. Al amanecer de la tercera mañana, Moroldo llegó cabalgando al lugar en donde Marc lo estaba esperando con un poderoso ejército. Junto a la orilla del mar descabalgaron todos sobre el prado y montaron sus tiendas. Hecho esto, Marc ordenó traer su armadura de acero, a la que estimaba mucho, y se la dio a don Tristán. Con su regia mano armó al joven, mostrando la amistad y el afecto que le profesaba. Le dio además su corcel, un apuesto castellano, grande, fuerte y proporcionado, vestido con hermosas coberturas y provisto de arreos de oro de Verona. El estribo estaba claveteado en plata y chapado de oro rojo, como es debido. Esto se lo dio el poderoso rey a su amado sobrino, junto con una espada de la anchura adecuada. Cuando se la blandía con ira, ni el acero podía detener sus golpes. Ordenó traerle también un escudo excelente y nuevo, trabajado con gran esmero.

Después de que Tristán fuera armado tan imponentemente por el noble rey Marc y cuando tuvo que emprender ya la travesía, el rey lo besó y lo abrazó, diciendo:

—El buen Dios te proteja en su misericordia y te devuelva a nosotros habiendo matado a tu adversario.

Y todos rogaron a Dios, nuestro señor, que accediera a ayudarle. Después el paladín subió a su barca, agarró el corcel por la brida, cogió el escudo y la espada y fue solo hasta el islote. Como habéis oído antes, Moroldo había llegado ya y le esperaba sobre la arena. El valiente caballero Tristán amarró bien su barca y con la lanza empujó la de Moroldo mar adentro. El temible le preguntó de inmediato:

—¿Por qué haces esto, guerrero?

—Te diré por qué —contestó—. Ambos hemos venido aquí para recibir el daño o la reputación que podamos ganarnos. Aquel a quien le sea asignada la victoria bien podrá irse de aquí en una sola barca.

Estas palabras hicieron que Moroldo sintiera aprecio por Tristán y le dijo:

—Ven conmigo a mi tierra, eso es lo que te quiero pedir. Compartiré contigo mis posesiones y mis feudos y por ti intercederé siempre con mis bienes y mi persona si cambias de parecer y abandonas este combate. Harás bien, creo yo, pensando en tu vida; sentiría mucho tener que matarte ahora. Recapacita a tiempo, joven hermoso y apuesto, y conserva tu tierna vida. En verdad que te recompensaré por ello haciéndote rico y dándote la mitad de mi herencia. Si te matara, sería una gran pérdida; por eso debes dejar esta lucha.

Con decisión habló entonces el valiente:

—De buen grado lo haría, si tú dejaras libre al rey.

—No, esto no puede ser —dijo Moroldo el forzudo—. No voy a perdonar el tributo al rey Marc. Sería desmesurado y todos los que lo oyeran creerían que lo hice por temor. No puedo cumplir una petición tan astuta como la que me haces: todos los países de mi señor iniciarían una enemistad demasiado fuerte conmigo.

—Entonces retiro de inmediato todo lo que te he otorgado —respondió Tristán—. Aunque no me salvara en este combate, lo prefiero a concedértelo por más tiempo.

No esperaron más, se buscaron el uno al otro, bajaron las lanzas sujetándolas por debajo del brazo; después de haber montado y una vez preparados, los osados guerreros dirigieron los caballos hacia el ansiado encuentro. Atravesaron los escudos con las lanzas que llevaban en la mano, de modo que se rompieron. Tristán recibió en este encuentro una herida a través de los anillos de la coraza de la que tardó mucho tiempo en sanar.

Después de esta primera acometida entre los valientes guerreros, no había ya posibilidad de reconciliación. Tristán había sido herido con una lanza envenenada, ¿a quién no le causaría gran pesar? Ambos rompieron allí sus lanzas, pero Tristán derribó enseguida al osado Moroldo: así se

vengó de él. Moroldo se puso en pie de inmediato y Tristán desmontó también del corcel. Volvieron a correr el uno hacia el otro, lucharon con fervor y se causaron heridas profundas pensando en mostrar valentía. Fue el combate más duro que jamás se ha visto antes o después entre dos hombres. El mutuo acoso fue atroz y, a causa de los golpes, se vieron salir muchos fogonazos rojos de los claros yelmos. Tristán, el paladín, pagaba valientemente el tributo exigido y Moroldo luchaba feroz como un jabalí enfurecido. Tristán demostró que llevaba una excelente espada y le destrozó al otro el escudo, pero le fue pagado con la misma moneda. Con sus espadas dieron muchos golpes que retronaron fuertemente. Llegó un momento en que el joven no pudo permanecer más de pie, pues el forzudo lo acometió tanto que de un golpe lo hizo arrodillarse. Pero el valiente Tristán se recuperó enseguida y le asestó tal tajada en la mano, que se la cercenó, haciéndole perder con ella la espada. Moroldo se desesperó y arrancó a huir, pues no podía seguir luchando con él; pero como todo buen combatiente, Tristán lo atacó con su fuerte brazo, asestándole con coraje una herida grande y profunda a través del yelmo que lo hizo caer a sus pies. Pero debo decir también que un gran infortunio hizo que un fragmento desgajado de la espada por el golpe se quedara clavado en la herida y que más tarde fuera hallado en el cráneo. Tristán exclamó orgulloso:

—¡Ya has recibido suficiente tributo! La arrogancia que te trajo aquí te ha traicionado. En verdad te digo que ahora dejarás libre de exigencias a mi señor, por mucho que te pese.

Así terminó el combate. Sin esperar mucho, fueron a buscar a Tristán con algarabía y cantos. Tampoco esperaron más los hombres de Moroldo; habría sido una villanía abandonarlo allí. Llorando fueron a buscar al guerrero y, con los corazones profundamente entristecidos, exclamaron:

—¡Ay, qué vergüenza y qué deshonra hemos sufrido aquí!

Regresaron prestos a su tierra y enviaron rápidamente un mensajero a su joven señora diciendo que, si quería ver con vida a su tío, viniera a su encuentro lo más pronto que le fuera posible y que no le convenía entretenerse. Ella se llamaba Isolda y era una noble doncella, muy conocida en todas partes; además, entendía de remedios más que ninguna otra persona en todo el reino. Cuando escuchó el mensaje, se entristeció mucho

y se embarcó llorando para cruzar el mar e ir al encuentro de su tío. Tenía la seguridad de que, si lo encontraba con vida, lograría sanarlo y salvarlo pronto de su sufrimiento. Pero cuando llegó, él ya había muerto. Inspeccionó de inmediato la herida con sus blancas manos y encontró en ella el fragmento que había saltado de la espada de Tristán. La noble e intachable lo contempló sollozando y lo guardó luego cuidadosamente. Volvieron entonces a su tierra con grandes duelos y enterraron a Moroldo como era debido. Isolda lloró amargamente y con ella muchas nobles damas y también todos los que lo vieron, amigos y parientes. El rey se echó sobre la tumba y, entre lágrimas, pronunció estas palabras:

—Aunque viviera para siempre, jamás lograría consolarme por tu muerte.

Y todos sus hombres se lamentaban y se dolían con él. El soberano ordenó a los caballeros que se ocuparan de hacer matar a toda persona de Cornualles que llegara a su tierra. En verdad que pidió a todos los que le tuvieran estima que hicieran cumplir la orden de que a todo aquel que fuera apresado lo colgaran o lo azotaran hasta la muerte sin juicio previo. Muchos fueron asesinados entonces, que no tenían culpa alguna. Y los que estaban enterados explicaban, si he oído bien, que era por culpa de Tristán por lo que nadie procedente de Cornualles podía andar por aquella tierra, a no ser que viniera en barco. Pero el rey mandó también que fueran ajusticiados asimismo todos los que llegaban por mar. Esto lo hizo el monarca por la terrible ira que le había causado la pérdida del valiente Moroldo.

Este, a su vez, había pagado a Tristán con una gran herida que lo desesperó profundamente, pues no había médico que consiguiera sanarle. El héroe apenas se mantenía con vida. No había nadie en el mundo que supiera curar el veneno, excepto Isolda, la cual, sin embargo, deseaba que Tristán estuviera bajo tierra, pues este, al matar al valiente Moroldo, el hombre que ella más amaba en el mundo, le había causado un dolor tan grande que apenas lo podía soportar. Tristán había conseguido de este modo que la dama lo odiara, pues le había quitado a su tío la vida y la reputación. El padre de la joven era el noble rey de Irlanda. ¿Dónde se ha encontrado jamás a otra doncella igual? Su fama había llegado lejos y en todas partes se la encomiaba. Dondequiera que se midiera a damas excelsas, ella sola salía

victoriosa. Era hermosa y discreta, estaba colmada de todas las virtudes y sabía hacer valer su honra y dignidad. Todo el reino tomaba consejo de ella, pues era la mejor médica del país y, gracias a su sabiduría y a la ayuda que les prestaba, muchas personas gravemente enfermas habían logrado sanar.

El noble y buen Tristán sufría mucho: no podía comer ni beber y, al final, el veneno de la herida comenzó a apestar de tal modo que, por el hedor, nadie se le podía acercar. Entonces él mandó a Curneval que rogara al rey que por Dios le hiciera construir una casa apropiada fuera de la ciudad, junto al lago. Decía sufrir tanto que tampoco sanaría permaneciendo dentro de la muralla, cerca de la gente. Cuando Curneval presentó el ruego ante el monarca, este ordenó de inmediato construir la casa donde debía. Allí llevaron al enfermo, con grandes lamentaciones tanto públicas como privadas; muchos claros ojos se enturbiaron por el llanto cuando el buen guerrero fue trasladado de la ciudad a la casa. Una multitud le seguía en comitiva, deplorando haber perdido de este modo al paladín. Pero su herida olía tan mal, que todos evitaban su proximidad, excepción hecha del rey, del senescal Tinas y de Curneval, quienes cuidaban al pobre paciente. Cada día contaban con su muerte, lo que entristecía hondamente a hombres y mujeres. Tristán, sin embargo, tomó la determinación de embarcarse y salir a la mar, no preocupándole ya si volvía a llegar a tierra alguna vez, herido de la manera en que lo estaba. Pidió que lo levantaran y llevaran a un bote, en el que pretendía permanecer hasta su muerte, pues prefería morir solo en el mar que matar a toda la gente con su hedor: esos eran sus pensamientos. A su escudero le dijo:

—Espérame durante un año junto a mi amado señor; aquí no te ocurrirá ningún daño. Si sobrevivo, volveré a tu lado antes de que pase un año, puedes creerme. Pero si no vengo, entonces mira por tu bien, regresa a tu país y dile a mi padre que te recompense bien, que ordene cederte la corona después de su muerte y que te tenga por hijo propio, como si me tuviera a mí. Puedes estar completamente seguro de que no hay nadie a quien favorecería de este modo con mayor placer.

Curneval ni siquiera pensó en la corona o en el reino, sino que lloró amargamente. Y los que estaban allí, poderosos y pobres, no pudieron evitar sentir enorme compasión por el sufrimiento de Tristán. Cuando lo llevaron

hacia el mar, alzaron grandes llantos. El noble hombre pidió, según oí decir, que en su embarcación no metieran nada más que su arpa y su espada. Cumplieron su deseo y echaron la barca al mar. El poderoso rey Marc no había sentido jamás mayor desconsuelo; cuando vio cómo su querido sobrino era arrastrado solo lejos de la costa, su dolor fue todo menos pequeño. Con los ojos llorosos, debéis creerme, el rey seguía a su sobrino con la mirada mientras el bote emprendía su camino hacia la lejanía cruzando el mar salvaje. El viento le causó serias tribulaciones a Tristán, pues lo arrastraba de aquí para allá y el pobre enfermo tuvo que ir a la deriva hacia donde lo llevara, aunque tampoco le importaba ya en qué dirección iba su barca. Lo apresó entonces un fuerte temporal que lo arrastró hacia Irlanda y lo echó sobre la playa frente a uno de los castillos del rey. Cuando vio dónde había ido a parar, Tristán creyó encontrarse ante una muerte cierta. Pero oíd cómo se salvó. El rey se percató de su presencia y envió un explorador para que le informara de qué era lo que había dentro del bote. Cuando el emisario llegó allí, encontró a Tristán tumbado y herido, luchando con la muerte. El enviado regresó rápidamente y contó al rey que en la embarcación había un hombre enfermo, gravemente herido, para su desgracia, en un costado. Inmediatamente, el propio rey bajó a la playa y ordenó llevarlo a una casa, donde le preguntó quién era. A Tristán le pareció arriesgado responderle, pues tenía miedo de no poder evitar la muerte, pero al fin le contestó:

—Señor, me llamo Pro y mi casa está al otro lado del mar[3]. Viajo para vender mis mercaderías, pero en el mar he sido desvalijado; era también juglar y poseía grandes riquezas. Ahora me encuentro como Dios lo ha querido: el viento me ha arrastrado hasta aquí, he sido saqueado en alta mar y estoy herido de muerte.

Cuando el rey vio su desgraciada situación, hizo cuidar bien de él y mandó a alguien que acudiera a su hija para rogarle que le enviara cataplasmas y varios tipos de ungüentos, pues había allí un hombre gravemente herido. Pero cuando le pusieron sus emplastos, no le sirvieron de nada, lo que no gustó a la dama, que le hizo llegar otro distinto; pero ese tampoco duró más que siete noches desde el momento en que se lo

aplicaron, de modo que se comunicó a la señora que los ungüentos le hacían más mal que bien. La dama reflexionó y dijo al poco rato:

—Lo han herido con veneno.

La hermosa Isolda le mandó de inmediato un apósito que era bueno para esos casos, gracias al cual sanó en poco tiempo. De este modo la señora lo curó con gran generosidad, sin que él alcanzara a verla durante toda su estancia.

Mientras el noble y joven guerrero superaba su dolencia, toda Irlanda comenzó a sufrir una gran hambruna, debida precisamente a este héroe, que había causado que los barcos no se atrevieran a navegar hasta sus costas. El rey hizo llamar a sus príncipes y les solicitó fiel consejo acerca de qué era lo mejor que se podía hacer para paliar el hambre generalizada.

—Ya ha muerto mucha de mi gente —dijo el poderoso monarca—, de modo que debéis aconsejarme entre todos sobre qué decisión podemos tomar.

Pero entre los suyos no había nadie que supiera dar un buen consejo. El soberano les preguntó:

—¿Cómo es que calláis ahora?

Pronto mandó llamar a Tristán, el prudente, y cuando este llegó ante él, también le pidió consejo sobre lo que podía hacer en su situación. Tristán le respondió:

—Señor, Dios deberá recompensaros con la corona del bien celestial por lo que habéis hecho por mí. Si ahora queréis escuchar el consejo que yo he hallado, deberíais enviar barcos a Inglaterra a buscar alimentos. Yo los guiaré hasta allí y los ayudaré lo mejor que sepa y pueda a comprar alimentos con dinero.

El rey dijo a los suyos:

—Este consejo me gusta mucho. Pro viajará a iniciativa propia hasta la tierra al otro lado del mar y nos traerá aquí alimentos; nosotros le confiaremos el dinero.

Todos se lo prometieron y cuando el monarca hubo pronunciado estas palabras y comprobado que a todos les gustaba el consejo, mandó preparar tantas naves como necesitaba —que eran bastantes, pues temía mucho la hambruna— y envió al noble Tristán a Inglaterra a por alimentos. El

caballero solicitó licencia ante la corte real, cogió la espada y el arpa, se embarcó rápidamente y navegó hacia Inglaterra, adonde había sido enviado por el soberano. Cuando llegó allí, empleó a un mercader que le consiguió los alimentos. Al poco tiempo, el noble y prudente Tristán guió a los irlandeses hasta donde encontraron el grano y les ordenó cargarlo en las naves. En esa adquisición gastó en representación del rey unos mil marcos[4]. Ellos le mostraron profundo agradecimiento y regresaron a su país, dejando a Tristán en tierra. Eso fue por decisión propia del héroe; escuchad con qué fin lo hizo: se embarcó en otra nave que procedía del reino de Marc —de lo que se enteró porque se lo dijo el timonel— y regresó con ella al país al que anhelaba volver y en el cual fue bien recibido.

El valiente hombre llegó al embarcadero de Tintaniol justo en el día en que se cumplía un año desde su partida. Había conseguido curar su herida y estaba sano y alegre. Curneval lo vio descender solo de la nave y lo reconoció en el acto. ¿Que si se sintió feliz? ¡Pues claro! Y os diré otra cosa: en aquel momento, el fiel Curneval fue tan dichoso en su corazón por el regreso de su amado señor, que lloró y olvidó todo su dolor. Según leí, un emisario fue corriendo a decir al rey que Tristán había vuelto. El monarca, después de dar tales albricias al mensajero que lo hicieron rico hasta su muerte, marchó majestuosamente y acompañado de un gran séquito al encuentro de Tristán, le dio la bienvenida y todos alabaron a Dios, nuestro señor, por que hubiera sanado tan felizmente. El fiel senescal Tinas lo recibió con gran afecto, como lo hizo en general todo el reino, pues hombres y mujeres y cualquiera que lo hubiera llegado a conocer se alegraron de su retorno.

El noble Tristán se convirtió, a partir de entonces y gracias a sus habilidades, en un hombre muy celebrado, y los éxitos que obtenía en torneos y combates eran encomiados por todo lo ancho del país. El rey lo amaba tanto que por él decidió renunciar a casarse, pues pensaba cuidar de aquel hombre como de su propio hijo y entregarle luego el reino. Esto, sin embargo, enojó a los familiares más próximos del rey, quienes una y otra vez le insistían en que tomara por esposa a una mujer adecuada a su rango. Pero él respondía que no quería a ninguna y por esta razón comenzaron a odiar intensamente a Tristán, sin que este tuviera la culpa. Y no escondían

sus pensamientos, sino que los expresaban de modo que él los oyera, y muchos creían incluso que la decisión del soberano había partido del propio Tristán, aunque él no había hecho nada reprobable.

En una ocasión, amigos y vasallos fueron ante el rey; los más destacados del reino cogieron a Tristán y lo llevaron al consejo para pedir todos juntos al monarca que accediera a tomar esposa. Él les indicó un plazo al cabo del cual les comunicaría su decisión. A todos les pareció bien este breve parlamento, formulado con tanta determinación, pues antes había dicho muchas veces que no tomaría mujer alguna. Cuando debía ya exponer cuál era su deseo, el famoso rey estaba sentado solo en su sala; no eran nimias sus preocupaciones, pues con toda intensidad trataba de pensar en cómo podría apartar hábilmente a los suyos de sus pretensiones, para que lo dejaran en paz, pues no quería esposa alguna, les gustara a ellos o no.

En ese momento, dos golondrinas comenzaron a picotearse dentro de la sala real. El señor se dio cuenta y las observó detenidamente. Entonces —escuchad bien, pues es cierto— a ambas se les cayó un pelo hermoso y largo. El rey decidió estudiarlo con mayor detalle.

—Pertenece a una dama —se dijo—. Con él me defenderé. Desearé a esta por esposa y ellos no me la podrán conseguir. ¿Acaso podría defenderme mejor? Odian a mi sobrino porque es valeroso, pero estoy seguro de que no le pueden causar daño alguno. Heredará mi reino y ellos serán sus súbditos.

Y mirad, en ese momento llegó Tristán, y con él venían los demás señores. Un príncipe habló por todos ellos, solicitando al rey que explicara qué era lo que pretendía hacer en pro de la dignidad del reino. El noble soberano dijo:

—Tengo aquí el cabello de una dama. En verdad os quiero decir que esta es la que tomaré, si ello fuera posible. Sabed que este es mi deseo. Pero si no puedo conseguir a esta, no hay otra en ningún lugar del mundo a la que quiera por esposa; antes preferiría condenarme eternamente al infierno, creedme.

Cuando el rey dijo esto, los barones se disgustaron y le preguntaron de quién se trataba. El noble rey les respondió que no lo sabía, a lo que ellos comentaron:

—Quiere apartarnos con engaños de nuestra petición —y se dijeron en voz baja que era culpa de Tristán, quien no le era fiel, pues cometía la grave felonía de no contribuir a aumentar su fama y su provecho. A pesar de ello, todos desearon saber de dónde había sacado ese cabello, pero lo que les contestó fue ya demasiado doloroso para ellos.

El noble Tristán dijo entonces:

—¿Por qué actuáis así, querido señor? El hecho de que no toméis esposa pone en peligro mi vida y me hace temer por ella. En verdad que vuestros parientes comentan que lo hacéis por mí. Ahora debéis demostrarles que yo nunca os lo aconsejé. Si os importa esta mujer de la que habéis hablado, sea dueña o doncella y tanto si resulta en mi provecho como en mi desgracia, mandad aparejar una nave para mí con todo lo que pueda necesitar, pues por vos quiero ir a buscarla todo lo lejos que haga falta, por si Dios quiere que la encuentre en alguna parte. Entregadme, pues, el cabello, para que por él la reconozca, si llego hasta donde esté. Aprecio más vuestra fama que la de ninguna otra persona, estad seguro, y además quiero mostrarme agradecido.

—Dios te recompense por ello —dijo el poderoso rey y ordenó armarle rápidamente un buen bajel con todo lo necesario. El senescal Tinas hizo cargar en la nave cien armaduras de caballero y además fue bien provista de oro y telas. Cien caballeros, vasallos no libres del rey, acompañaron a Tristán.

Fue una gran necedad del héroe cargar con tanto esfuerzo por algo tan nimio. Se hicieron a la mar y durante un mes surcaron las olas sin ver nada más que cielo y agua. Pero eran valientes y superaron la gran congoja. Tristán ordenó al timonel evitar Irlanda, si no quería morir.

—Sé bien —dijo— que, si llegamos allí en barco, moriremos. Debemos buscar a una mujer y recorrer todas las tierras a las que la nave pueda llevarnos o a las que se pueda llegar cabalgando; quizás veamos el día en que hallemos a esa dama.

Pero entonces los vientos iniciaron una terrible tempestad que con toda su fuerza y gran poder se apoderó de la nave, arrojándola en aquella sola noche hasta la mismísima Irlanda, a la costa frente al castillo en el que

Tristán había sido curado. ¡Qué viaje tan terrible! Cuando el señor se dio cuenta de la situación, habló a sus hombres:

—Aquí fui sanado. Pero me temo que estamos condenados a sufrir en este lugar una desdicha tan grande como la dicha de que gocé yo. Si este es el castillo del rey de Irlanda, podéis estar seguros de que necesitaremos mucha astucia para salir de aquí y solo lo conseguiremos con algún ardid. Haced lo que os pido: callad todos y dejadme hablar a mí solo. Trataré de salvar nuestras vidas con alguna estratagema.

Cuando el rey oyó que había una nave tan cerca, se enojó mucho y dijo a su mariscal que no lo tolerara y que les cortara a todos la cabeza. Le gustara o no, resultaba imposible desobedecer la orden; se aproximó al barco y dijo de inmediato a los hombres que debía ajusticiarlos.

—No sería nada bueno para vos —dijo el noble Tristán, ofreciéndole una excelente copa de oro con el ruego de regresar a la corte, acceder a transmitir al rey sus palabras y quejas y dejarlos vivir mientras tanto; a cambio le daba la copa.

El mariscal les concedió todo lo que solicitaron, pues era un hombre cortés. Sacaron la copa y el mariscal la aceptó en un acto de cortesía. Tristán, el señor, dijo:

—Explicad al rey que hemos venido a esta tierra yo y doce de mis compañeros, los mejores mercaderes. Salimos de Inglaterra oyendo decir que en este reino había una gran hambruna. Cargamos entonces rápidamente doce naves con alimentos para traéroslas y nos dirigimos hacia aquí. Pretendíamos ganar dinero y fama. Sin embargo, encontramos a gente que viajaba de vuelta y que había sido perseguida; una de estas personas nos dijo que a todo el que viniera aquí lo mataban. Por este motivo comenzamos a lamentar mucho el grave perjuicio que esas noticias nos ocasionarían. Pero puesto que no podíamos volver sin más, nos reunimos en consejo y resolvimos que decidiríamos por sorteo —lo que ha hecho grandes mis penas— quién debía llegarse aquí con su nave y comprobar si se aceptaba que acudiéramos con nuestras mercancías. La suerte me tocó a mí y mis compañeros esperan en alta mar. Rogad, pues, al poderoso rey que perdone nuestras vidas y decidle que nosotros le traeremos en breve todos esos buenos alimentos. Comunicadle también mi nombre: me llamo Tantris.

El mariscal tenía la certeza de que le habían contado la verdad y transmitió la historia al rey, tal como le había rogado el mercader. Así, la muerte de los extranjeros fue aplazada, aunque permanecieron atracados con gran temor delante del castillo hasta mediodía. Oíd lo que se decían uno a otro:

—Aunque alguno de nosotros se salve, tendrá que permanecer para siempre como prisionero en Irlanda.

En esto pasó por allí un hombre que, hablando, informó a Tristán de la presencia de un dragón que estaba devastando el reino; aseguraba el hombre con toda garantía que a aquel que se enfrentara al dragón, si Dios le otorgaba matarlo, el rey le entregaría, sin duda alguna, su hija. Allí se demostró nuevamente que el intrépido Tristán era un caballero atrevido, pues decidió arriesgar su vida por esa mujer y también para que sus compañeros pudieran salvarse. Consideraba, finalmente, que prefería perecer ante el dragón que morir sin posibilidad de defenderse.

A la mañana siguiente se armó con esmero para la empresa y cabalgó con arrojo hacia donde iba a obtener una gran victoria. Sobre el campo avistó a cinco hombres en un otero y galopó rápidamente por el camino que llevaba hacia ellos. En aquel momento vio a uno de los hombres huir a toda prisa, fue tras él, lo agarró por los pelos y le preguntó en voz alta quién le perseguía para que huyera de esa manera. El hombre le contó que se trataba de un dragón que ya había quemado a muchas personas en aquel país.

—Está a punto de llegar y, cargado de ira como viene, querrá matarme; señor, dejadme huir de él y que Dios os lo pague para siempre.

El héroe lo dejó marchar amablemente, pero antes le preguntó por dónde andaba la bestia, a lo que el joven le indicó el camino. En esto, Tristán divisó a lo lejos al dragón acercándose, cabalgó hasta una hondonada profunda y se mantuvo quieto hasta el momento en que pasó por su lado. Entonces el noble hombre lo acometió veloz, partiendo su lanza contra la fiera, lo que sin embargo no le causó a ésta más daño que si le hubiera arrojado un huevo. Escuchad ahora cómo se batió: aún no había terminado de romper la lanza y ya tenía en su mano la espada. Aunque el dragón quemó su corcel hasta matarlo, el buen héroe lo atacó con intención de quitarle la vida. Lo golpeó con la espada que llevaba en la mano y

dondequiera que daba con ella con toda su fuerza, nada podía resistírsele. Así venció el hombre al enorme dragón. Aunque más tarde redundaría en su provecho, pagó por ello un precio muy alto, porque el fuego le había producido quemaduras hasta casi hacerle perecer. Pero había obtenido la victoria con osadía de guerrero y le cortó la lengua al dragón para guardársela. Y si estáis de buen ánimo os gustará oír lo siguiente: se dirigió hacia una laguna en la que se propuso refrescarse. El soberbio guerrero, que estaba ennegrecido como el carbón, halló una charca fresca y se echó dentro de ella pensando que moriría por las quemaduras que le había producido el hierro ardiente. Allí quedó echado el noble Tristán en su terrible dolor.

Sabed ahora quiénes eran los que habían estado en el otero y qué hacían en aquel lugar. Se trataba del senescal y quien lo desee podrá oír aquí lo que en su arrogancia tramó. Junto a los demás, dedujo que aquel que había venido cabalgando hacia ellos con el escudo y la lanza, tan rápido como si fuera una gran tempestad, se habría dirigido hacia donde estaba escondido el dragón. Decidieron seguirle silenciosamente y temerosos, hasta que de repente llegaron al lugar en el que la bestia yacía muerta. El senescal dijo a sus hombres:

—Diréis que lo he matado yo y gozaréis para siempre de reputación, pues os haré poderosos a todos.

Ellos respondieron que a fe que lo harían gustosos. Sin embargo, no les convenía dejar de buscar a Tristán para quitarle la vida a traición —aunque no lo hubieran conseguido ni en el caso de haberlo encontrado—. Como no dieron con él, dijeron enseguida:

—Señor, en verdad que estará muerto.

El cobarde creyó haber superado sus preocupaciones de una vez por todas. Cabalgó de inmediato hacia donde estaba el rey y le dijo la gran simpleza de que había matado al dragón y con esa mentira solicitó acto seguido al soberano la mano de su hija. El poderoso monarca le contestó:

—No podré evitarlo a no ser que quiera actuar con felonía. Pero me gustaría saber con certeza quién mató al dragón.

—Sería un gran desaguisado —dijo el senescal— enorgullecerme de algo que fuera mentira.

Por poco hubiera engañado a su señor, pues este creyó que era cierto. El propio rey relató el suceso a su hija, informándola de que el senescal la había ganado por esposa arriesgando su vida de modo muy valeroso y dijo públicamente que se la daría en matrimonio y que ella debía aceptarlo gustosa porque él había matado al dragón. La dama respondió enseguida:

—Padre, créeme si te digo que él no te ha dicho la verdad. Jamás realizó proeza alguna; ¿de dónde sacaría ahora el valor para enfrentarse al dragón? Aplaza tus propósitos y entérate antes bien de la verdad; dile al buen vasallo que espere hasta mañana por la mañana.

—Lo haré —dijo el rey.

Ocurrido esto, en verdad que el senescal comenzó a impacientarse. Exhortó al rey, su señor, a que por la credibilidad de su palabra hiciera lo que le había prometido. Oíd ahora con qué ingeniosidad Isolda averiguó quién había matado al dragón. Le dijo a Perenís que, en silencio, trajera los caballos cuando amaneciera. A Branguena, su doncella, le indicó que quería acudir rápidamente a ver cómo había sido herido el dragón. El chambelán Perenís le trajo temprano los caballos, montaron en ellos y cabalgaron aprisa. Al poco, la poderosa dama vio las huellas de Tristán y dijo a Branguena:

—Observa que el caballo que trajo al hombre que se enfrentó al dragón llevaba herraduras. Todos sabemos bien que aquí no herramos los caballos[5]. De dondequiera que haya venido el que cabalgó por aquí, puedes estar segura de que fue él quien mató a la bestia.

Al cabo de poco, las damas llegaron al lugar en donde yacía el dragón muerto. Encontraron entonces un escudo rojo tan quemado que no podían reconocerlo por sus colores, a pesar de que estos habían sido brillantes y valiosos. Hallaron también un caballo completamente calcinado por el fuego, al que observaron con detenimiento; reconocieron bien que no había sido criado ni vendido en esas tierras, según lo leí en el libro y lo escuché de palabra.

—¡Ay!, ¿dónde habrá ido a parar el hombre que montó este caballo? —dijo la hermosa dama—. ¡Cuánto me gustaría saberlo para poder dar con él! Los asesinos lo habrán matado. Quizás esté enterrado en algún lugar de por aquí.

La señora pidió a Perenís que buscara la tumba y que si encontraba al héroe le daría cien marcos. No buscaron mucho: Branguena llegó hasta la laguna en la que yacía y cuando la doncella vio resplandecer el yelmo como un espejo, enseguida se llegó hasta él. Le pareció que se movía y por eso llamó a su señora:

—He encontrado al hombre, gravemente herido. Venid corriendo, por si lo podéis salvar —gritó la buena Branguena.

La dama se alegró y, cuando vio al caballero, se acercó presta y le desató el yelmo. Tristán oyó bien que había allí unas damas, las miró y preguntó quién venía a quitarle el yelmo. La dama le contestó:

—No tengas miedo, caballero; te será devuelto en perfecto estado.

Y se sentó a su lado diciendo:

—Yo cuidaré de él.

De inmediato lo desarmó y no lo dejó por más tiempo allí estirado. Ordenó a Perenís que cargara con el hombre, ella misma cogió las armas —el yelmo y la espada— y Branguena llevó la coraza. Pronto regresaron a la ciudad, donde hizo que le prepararan un baño a escondidas. La mismísima doncella poderosa bañó al guerrero. Le curó las heridas frotándolo con muchos buenos ungüentos por todas partes hasta que recuperó su esplendor y reapareció en toda su hermosura.

Cuando el osado caballero Tristán hubo recobrado su color, le pareció que, sin duda, ella era la dama que él buscaba. Observó detenidamente su cabello, en pos del cual había viajado incansable durante tanto tiempo. El buen héroe rió para sus adentros. La poderosa dama lo vio y pensó en su interior: «He hecho algo que le ha parecido una necedad, pero no caigo en la cuenta de qué más puedo hacer, a no ser que él quiera que le limpie la espada. Bien que le concedo este deseo suyo». Así reflexionó y la buena mujer comenzó a pulir la espada con esmero, reconociendo por la hendidura que se trataba de Tristán. Se sentó en el suelo y fue presa de una gran pena. Corrió luego hacia su cajón, sacó el fragmento y lo colocó en la mella a la que pertenecía.

—Eres tú, Tristán —dijo—, el que ha matado al dragón. Pero esto no te ayudará a marcharte de aquí vivo. Por cierto que pagarás por mi tío. Yo misma te denunciaré ante el rey, mi padre.

—Señora, obraríais mal.

—Tú también obraste mal conmigo.

—No, por cierto.

—Pues claro que sí: mataste a mi tío.

—Tuve que hacerlo.

—Pues debes saber que pagarás por él.

—¿Cómo?

—Con la vida.

—No es costumbre dar una vida por otra. No, dulce y hermosa mujer, ¿acaso debo yo ser víctima de tales prácticas?

—Sí, tú.

—Me disgusta.

—Lo sé.

—Entonces líbrame de ello.

—No. Vengaré la muerte de mi tío.

—Eso no suelen hacerlo las buenas mujeres.

—Contigo seré malvada.

—¿Es eso cierto?

—Sí.

—Me entristece.

—¿Por qué?

—Te lo diré.

—Sí, habla.

—Porque me causa perjuicio tu maldad.

—No es verdad.

—Sí, por cierto.

—Aun así estoy totalmente segura de que nada te podrá ayudar.

—Sí podría.

—¿Cómo?

—Si fuerais noble, pensaríais en vuestro fuero interno: «Él está bajo mi protección y mi vigilancia. Si alguien lo mata, yo lo vengaré». Recordad que vos misma me habéis traído aquí.

—He pensado muy bien lo que atañe a la deshonra. Pero quiero vengar mi dolor con tu muerte. Hablaré con mi padre y le diré que estás aquí.

Ninguna de tus astucias te salvará: pagarás por mi tío.

Cuando ella quiso salir a toda prisa, llegó Branguena corriendo. Mucho esfuerzo costó a la dichosa doncella calmar a la dama, que sollozaba fuertemente y quería ir a decírselo a su padre.

—Si matan ahora a este hombre, si muere, vos, que deberíais haberle dado seguridad, no superaréis jamás la deshonra. Además, os convertiríais en la esposa del portaviandas de vuestro padre. ¿Qué fama os aportaría tal matrimonio? Sin duda, una que no os deseo. Tristán es un hombre noble y para todo el mundo un buen caballero. Considerad que, aunque hubiera matado a todos vuestros familiares, lo sobrellevaríais mejor que casándoos con tal malhechor que no conviene a vuestra honra.

Cuando Branguena hubo dicho esto, la dama recapacitó y volvió a serle clemente. Su profundo sufrimiento se mitigó y consiguió olvidar su gran duelo. Mandó llevarle vestidos nuevos de terciopelo rojo —fue Branguena quien se los llevó— y lo encomendó a la protección de la doncella. Cuando el buen señor se puso los nuevos vestidos, estaba muy hermoso. La dama lo besó en la boca y fue luego ante su padre diciéndole que se había enterado de quién había matado al dragón.

—¿Es cierto?

—Sí, y tu cobarde no lo tocó jamás.

—Sí lo hizo.

—No, él no.

—Tiene testigos para probarlo.

—¿Quiénes?

—Cuatro de sus hombres.

—¿Y son de fiar esos?

—No lo sé, son hombres suyos.

—Y harán todo lo que él les ordene. ¿Acaso vas a dejarlo en sus manos? Él jamás tocó al dragón.

—¿Lo sabes tú?

—Sí, yo lo sé bien. ¿Gozará de tu gracia el que lo mató?

—Sí, por mi fe. ¿Dónde está ahora?

—Muy cerca de aquí, donde yo pueda encontrarlo.

—Entonces mándalo traer ante mí.

—¿Contará él con tu favor?

—Sí. Cualquier cosa que me haya hecho le será perdonada a cambio.

—Bésame delante de los hombres, padre, y confirma plenamente la conciliación.

—Le perdono todo lo que me haga o haya hecho.

—Entonces bésame en su lugar.

—¿Qué más quieres que haga?

—¿Le has concedido perdón sincero?

—Sí lo he hecho.

—Entonces podrá presentarse. Pero aplázalo hasta mañana por la mañana y trae a tus hombres. Yo haré venir al caballero, citado a tu juicio contra la vida del senescal, para que tú puedas ver la disputa y cómo le tendrá que confesar que jamás vio dónde murió el dragón ni cómo llegó a su fin.

—Lo prometo —dijo el noble rey y sin esperar más mandó emisarios convocando a los príncipes del país, a duques y condes.

Cuando la noticia llegó veloz a los poderosos barones, acudieron todos, fueran libres o no. El senescal hizo traer también a sus allegados, pensando que el monarca le entregaría a su hija. A la mañana siguiente acudieron muchos hombres valerosos. Tristán permaneció todo el tiempo en la alcoba, donde se le mantenía escondido y se le cuidaba excelentemente. Pero decidió hablar en secreto con Curneval, por lo que rogó a Perenís que acudiera con rapidez a la nave, lo llamara y lo trajera hasta su escondite y que los demás vasallos y hombres permanecieran donde estaban. Perenís hizo lo que el señor Tristán le había ordenado y Curneval no dejó de venir, acudiendo presto a hablar con su señor. Este le mandó volverse y ordenar a sus compañeros que por amor a él fueran todos por la mañana al salón real de la corte, que se sentaran todos en un banco, que cada uno se vistiera con su mejor vestido, y que —se dijera lo que se dijera— permanecieran sentados quietos hasta que lo vieran entrar a él mismo.

—He oído con certeza —dijo—, que aquí se cumplirá aquello para lo que fuimos enviados.

Cuando Curneval regresó y el séquito escuchó lo que el señor les encomendaba, dieron gracias a Dios de todo corazón. Se prepararon con

esmero y a la mañana siguiente temprano se vistieron muchas sedas de púrpura, hermosas y valiosas, pieles grises y de armiño, cortadas en forma de vestido y ribeteadas con anchas tiras de cebellina, de las cuales habían traído en abundancia del país de Marc. Las pieles estaban forradas de un valioso terciopelo. Llevaban además amplias pieles orladas de un rojo oscuro como una mora, como a todos gustaba, y adornos de tantos tipos como los que cualquiera pudiera desear: sedas afiligranadas de oro y cornalina, diaspro y terciopelo, piedras preciosas y oro fino, lo mejor que se hubiera podido encontrar en reino alguno. De todo esto llevaban muchas cosas los hombres, pues lo habían traído del país de Cornualles para mostrarse dignos. A su señor Tristán le hicieron llegar muy discretamente unos vestidos tan buenos que todos los señores del país dijeron, cuando los vieron, que jamás habían venido a Irlanda ropas tan excelentes.

Entonces los extranjeros entraron a pie en el castillo y se sentaron en un banco. Fueron tan precavidos que ninguno dejó de cumplir lo que el mensajero de su señor había ordenado. En todo momento permanecieron sentados en su sitio y no se levantaron por motivo alguno. El rey preguntó por los caballeros:

—¿Son de este país?

Pero nadie sabía nada. Con prudencia, el rey mandó llamar a su hija para que acudiera pronto ante ellos con el caballero. La noble dama cogió a Tristán fuertemente de la mano y se encaminó hacia donde estaba su padre. Cuando Tristán entró en el salón, todos los que antes habían permanecido sentados tan callados se levantaron de un salto y fueron junto a él sin dejarse apartar de su empeño. Todos en la sala se dieron cuenta de que defendían al héroe. El rey preguntó de nuevo quién era. La joven princesa le contestó que primero lo besara, lo que el rey hizo de buen grado cumpliendo lo que su hija le pedía. Delante de todos los suyos le otorgó paz firme.

—Ahora te explicaré quién es —dijo la dama—, pues tú eres tan fiel que no traicionarás la conciliación que has otorgado a este hombre puesto que él te ha sabido servir bien. Él fue quien mató al hombre que más amabas bajo el sol, a mi querido tío.

El rey habló enseguida:

—Por Dios, don Tristán, si no se hubiera celebrado la conciliación, yo os humillaría aquí mismo. Pero no importa lo que me hayáis hecho, aquí gozáis de buena paz.

La dama dijo que era justo:

—Porque él es un buen guerrero y goza de gran fama. No mató a mi tío con mala intención, sino que no tuvo otra manera de defender el sometimiento del país de su tío. Ahora ha atravesado el mar para mostrarte un favor. Él solo se ha enfrentado al dragón y lo ha matado, lo que redunda en gran provecho para todos.

Entonces dijo el senescal que por qué se enorgullecía de haber matado al dragón, que eso era una felonía. Y recordó al monarca lo que le había prometido por su fe. Estas palabras no las toleró Tristán; el buen hombre dijo airado:

—Señor, este no dice la verdad. Y si es tan buen guerrero, que se atreva a enfrentarse solo conmigo; yo le cortaré el cuello, si él no me mata a mí. Rey, señor, si hace falta, yo puedo probar fielmente que no os miento, con cuatro de sus allegados que estuvieron con él cuando me persiguió (aunque no consiguieron encontrarme), así como con esta lengua que corté al dragón. Y con la ayuda de mi señora doy también mi palabra de que él no osó jamás mirar el lugar en el que yo maté al animal.

A los demás esto les pareció suficiente, pero al senescal le pareció demasiado, pues veía que se había terminado su juego. El necio dijo a sus amigos que quería consultar con ellos sobre este asunto y que no le convenía dejar de hacerlo. De modo que se fueron aparte y había entre ellos uno de sus familiares que dijo:

—Si solicitas el combate, serás tú el derrotado, porque Tristán es un hombre osado y ha demostrado muchas veces que es un buen guerrero. Si no has matado al dragón, evita todo enfrentamiento con él, este es mi consejo, sobrino mío. De otro modo te saldrán mal las cosas.

—Yo tampoco quiero combatir con Tristán —confesó el cobarde—. No he matado al dragón.

Cuando el traidor hubo hecho esta consulta, confesó delante de toda la gente que él no había dado muerte a la bestia y que era justo que a Tristán le fuera entregada la señora. El poderoso monarca sentenció entonces:

—Hubiera sido mejor haber dicho esto antes.

Todos los que estaban allí se volvieron enemigos del cobarde. Creo que aún hoy lamentará haber sostenido con anterioridad públicamente aquella mentira, e incluso siquiera haber pensado en ella. La vergüenza lo despojó de todo su reconocimiento; tuvo que marcharse y no volvió jamás a aquel lugar. Y no me importa adónde pueda haber ido, sino que Dios lo haya humillado.

Tristán recordó al rey lo referente a la hermosa doncella. El señor no se la negó, lo que gustó mucho a la hija y nadie lo impidió tampoco. Pero Tristán dijo enseguida:

—Señor, debéis saber bien en calidad de qué aceptaré a la doncella, pues será para mayor honra vuestra. La llevaré conmigo al reino de Cornualles y allí la entregaré a Marc, mi amado tío, que es un rey famoso. Yo soy demasiado joven para tomar esposa.

—Puesto que tú lo deseas, lo acepto.

—Sí lo deseo, señor; Cristo sabe que se la entrego muy gustosamente.

—No hay duda de que es él quien la debe obtener, pues tú le has causado daño a ella y hubiera sido mi temor que, si se acordara de ello de vez en cuando, quizás terminaríais no viviendo como es debido. Buen caballero —dijo—, en verdad que se la enviaré a tu tío.

La puso bajo su custodia y se la encomendó para que, por su fidelidad, cuidara de la hermosa doncella con todo respeto y la llevara a su tío. Tristán cogió entonces a la joven mujer de su blanca mano y el poderoso rey la despidió con una rica dote, como corresponde a un monarca.

La madre de Isolda cogió un bebedizo y se lo dio a Branguena diciendo:

—Querida, te ruego que lleves contigo este bebedizo. Vigila bien que no lo toque nadie más que tú. Y cuando lleguéis a tierra y mi hija y su esposo vayan a dormir juntos y estén acostados en la cama, dales de este bebedizo y mándales bebérselo todo entero. Haz lo imposible para evitar que nadie más tome de él.

Pero esto se incumplió en el viaje por mar. El bebedizo tenía la siguiente propiedad: si un hombre y una mujer bebían de él juntos, no podían volver a separarse por nada del mundo durante cuatro años. Por mucho que quisieran evitarlo, tendrían que amarse con todos sus sentidos

mientras estuvieran vivos; pero además, durante cuatro años produciría un deseo tan grande entre ambos que no podrían separarse ni durante medio día. Si el uno no veía al otro a diario, se pondría enfermo. Y se amarían por efecto de la poción. Y si permanecían una semana sin hablarse, ambos acabarían muriendo. Así estaba hecho el bebedizo, tal era la enorme fuerza que poseía. Bien que lo podréis oír[6].

Cuando el poderoso monarca hubo entregado a su hija de modo tan esplendoroso, el noble Tristán recibió, con amor y afecto, licencia de la reina. Las velas fueron izadas, los vientos llegaron volando y los llevaron pronto lejos de allí. Doña Isolda estaba con su séquito en un camarote al final de la nave provisto de todo lo que podía desear. Sin embargo, no estaba acostumbrada a los viajes por mar y dijo que se encontraba mal porque navegaban demasiado deprisa. Los que conducían la nave acudieron prestos a los timones y en cuanto divisaron tierra arriaron rápidamente la vela hasta la botavara. Además amainó el viento, lo que coincidía con sus deseos. Llegaron hasta un puerto en donde dispusieron un descanso. Las gentes fueron todas a tierra y se solazaron y entretuvieron. El calor era intenso y durante más de una hora todos pasearon de aquí para allá por la playa junto al mar. En estas, Tristán acudió a su señora para ver y escuchar si se atrevía a continuar el viaje. Como tenía mucha sed, ordenó que le sirvieran algo de beber, pero el senescal estaba fuera. Por eso, una doncella muy cortés dijo:

—Señor, creo que aquí hay vino.

Mandó que se lo sirvieran —mal mandato fue ese— y ella le trajo el bebedizo. Poco pensó él que le causaría una desgracia y lo bebió despreocupado. El vino le pareció bueno y se lo ofreció también a su señora. En cuanto ella lo hubo tomado, ambos creyeron que iban a perder los sentidos sin poder remediarlo. Y a partir de entonces tuvieron que amarse. Pero ninguno de los dos sabía que el otro había comenzado a amarlo en tan poco tiempo, pues no lo descubrieron hasta más tarde. En silencio, ambos palidecieron y se ruborizaron a la vez bajo sus ojos. Cada uno creyó que el otro lo iba a hacer morir, así de fuerte era el amor producido por el bebedizo, contra el cual no se podían resistir. La dama sintió vergüenza de que en un espacio de tiempo tan breve comenzara a

sentir amor por Tristán, pero él también estaba atrapado por un profundo trastorno. Ambos sentían una perturbación muy grande, mucho mayor de lo que estaban acostumbrados, tenían escalofríos y sudores, sus caras mudaban una y otra vez de aspecto y tanto el uno como la otra profirieron muchas clases de suspiros. Cada uno estaba muy conmocionado porque amaba al otro, pero no entendía por qué el otro sufría tanto sin disimularlo. Todo esto casi acaba con ellos. Hasta que Tristán ya no pudo resistir más la angustia de permanecer allí. Pero luego ambos sintieron añoranza en sus corazones, se acostaron en sus respectivas camas y no hablaron con nadie sobre el origen de su amargura, escondiéndolo firmemente.

¡Grande fue el tormento que noche y día padecían Tristán y su señora!

—¡Ay, Dios señor! —se decía la doncella—, ¡qué gran dolor siento en el interior de mi corazón por ese hombre odiado y querido! ¡Ay!, ¿cómo oso hablar así, si soy profundamente dichosa por poderlo amar? Sin él no tengo salvación; él me quita el hambre y la sed y pronto estaré tan débil que moriré. ¿Qué puedo hacer yo, pobre y pecadora de mí? Temo que él no se preocupe por mí; ¿cómo podré amarlo entonces? ¿Amar? ¿Por qué digo esta palabra? ¿Y cómo podría odiarlo o enojarme jamás con él? Entre el cielo y la tierra no puede vivir nadie que sea mejor. Él es un valeroso caballero y lo ha demostrado muchas veces; él solo puede enfrentarse a todas las tareas propias de su estado. Conozco bien sus cualidades, es esforzado y bueno, hermoso y de buen talante, sincero, bien educado y despierto de entendimiento y le gusta perseguir la fama. ¿Qué más debería hacer? Es el hombre más fuerte al que jamás amó mujer alguna y está colmado de nobles virtudes: puesto que lo he oído muchas veces, mi corazón se le ha entregado. Al lado de otras personas resplandece como el oro junto al plomo. ¿Que si lo amo? Sí, por su valía me da felicidad sin dolor alguno.

»Dios señor, ¿qué es lo que me ha sucedido, que después de haberlo visto tan a menudo ahora me parezca tan excelente? ¡Ay, corazón y pensamientos! ¿Por qué no podéis apartaros de él? «¿Y quién nos enseñará a hacerlo?». Yo lo haría a disgusto. «Y nosotros no nos atrevemos a aprenderlo». ¿Por qué? «El amor nos ha inculcado la necesidad de pensar en él y no nos atrevemos a ofenderlo con ningún tipo de pensamiento». Sí, ha sido el amor quien me ha acometido con tanta vehemencia. No tenía ni la

menor idea de que podía doler tanto. Pero ¿cuál es la razón por la que me castiga, pobre de mí, causándome tanta desazón? Siempre me hablaron de la alegría y el bien que produce y yo, pobrecita, estaba segura de que era agradable y dulce. En cambio ahora, por desgracia, se ha convertido para mí en doloroso y amargo como el vinagre. ¡Ay!, don Amor[7], ¿cuándo te volverás dulce para mí, de modo que te pueda encomiar? Cupido —prosiguió—, dios del amor, si de algún modo he incumplido alguna vez cualquiera de tus mandamientos y si yo, pobre Isolda, he hecho algo en contra de ti que debiera haber evitado, tú te has vengado de mí con creces. Mi corazón está a punto de partirse por tu culpa; si no me concedes tu gracia, no podré salvarme, y si no accedes a ser clemente conmigo, mi desgracia irá en aumento. Amor, hazte algo más suave para que pueda soportarte. No eres tan despiadado con las demás mujeres como lo eres conmigo. ¿Qué te he hecho yo? Tengo mayor desasosiego y sufrimiento del que me atrevo a lamentar y ya llevo lamentándome bastante. Me parece un desafuero que me acoses con tanta vehemencia y me sobrevengas con tanta fuerza que esté a punto de perder el entendimiento y me haya convertido en reina sin saber nada de ti. Tú me has apresado con tus astucias y ahora afloran en mí extrañas costumbres, acompañadas de caprichos veleidosos: si hasta hace un momento estaba ardiendo, ahora estoy fría como el hielo y después vuelvo a estar tan caliente que el sudor me corre por todos los miembros. Y esto llevo sufriéndolo tanto tiempo que moriré si no termina pronto.

»Ea, don Amor, ¿con qué necedad he perdido tu favor como para que la vengues tan rabiosamente en mi persona? A mí, pobre mujer, me haces más daño de lo que ya sería excesivo. Amor, mi juego se termina. Amor, no tienes derecho a enojarte así conmigo por el buen caballero, porque yo lo amo más a él que él a mí. Amor, sé piadoso conmigo. Amor, poderoso señor, en derecho deberías estar enojado con él, pues yo lo amo y él a mí no, sin duda alguna. Amor, deseo servirte y es justo que seas indulgente conmigo, pues amo a un hombre de tal manera que nunca una mujer sintió un amor mayor por otro. ¿Qué más harás conmigo? Debes saber, Amor, que por ti estoy arriesgando mi vida y mi honra, apiádate de mí por ello. Amor, estás causando mucho dolor a mi corazón. Amor, tu enorme poder me hace

sudar y tener frío. Amor, a ti me someto; puedes concederme tu gracia. Amor, a tus pies deseo postrarme para que me liberes de mi tormento. Amor, si no quieres ser bondadoso conmigo, me volveré completamente loca. Y si pretendes odiarme, Amor, ¿qué podré hacer yo, pobre de mí? Amor, apiádate de mí a tiempo, antes de que muera. Amor, eres capaz de hacerme perecer y de matar así a tu sierva. Amor, pronto habré muerto si tú no me sacas de mi desesperación. ¡Cuánto tormento sabes causar cuando quieres!

Y siguió hablando Isolda:

—Señor, ¿cómo ha podido ocurrirme que ame a ese hombre que jamás tuvo intención de amarme? Cuando mi padre debía entregarme a él por esposa, el buen caballero me prometió a otro y no me deseó para sí. Por eso ahora volveré a intentar apartar mis pensamientos de él. Corazón, ¡no pienses más en el buen hombre, pues quiero alejar de él mis sentimientos! Pero ¿cómo podría conseguir distanciarme de él? Me temo que no serviría de nada, ni aunque lo intentara; será mejor, pues, que lo ame, aunque muera por ello. Porque si no consigo ser suya, moriré con toda certeza. ¡Ay, si supiera del tortuoso deseo que siento por él! ¿Cómo puedo hacer que conozca mi sufrimiento? Creo que tendré que decírselo. ¡Ay!, ¿y cómo lo hago? Si le pareciera mal (cosa que podría ocurrir), yo no sobreviviría jamás a este día. Creo que haciéndolo pondría en juego mi buen nombre —continuó la hermosa mujer—, de modo que prefiero morir antes que revelarle algo. Pero no, esto supondría un grave perjuicio, porque amo mi vida. No tendrá él un corazón tan duro como para que, si escucha que lo amo de corazón, no sienta también alguna atracción por mí. Así que confiaré en la suerte y le confesaré lo que siento por él. Pero ¿qué ocurrirá si lo recibe con desagrado?

Así se debatía la hermosa doncella, fuertemente acosada por las preocupaciones y el sufrimiento. No podía apartar su corazón de aquel hombre. Y él estaba apresado por los mismos sentimientos, pensaba en la noble y buena dama de día y de noche, hasta no hacer nada más que recordarla. Ambos eran presa de una gran turbación.

Permanecieron en cama tres días y medio sin que ninguno de los dos comiera o bebiera nada. Por su despreocupación estuvieron a punto de

morir de hambre; no había pan ni vino que los aliviara, sino que permanecieron enfermos e iban a peor. Esto lo notaron tanto Branguena como el buen Curneval, quienes se inquietaron y se dijeron el uno al otro:

—¿Qué haremos, pobres de nosotros? Cualquiera puede darse cuenta de que, si perdemos a nuestros señores, el perjuicio para nosotros será muy grande.

Entonces la doncella se acordó del bebedizo y fue corriendo hacia el camarote en el que lo había guardado. Lloró y batió las palmas al no encontrarlo.

—¡Ay!, querido señor Tristán y querida doncella mía, sí que estáis perdidos. ¡Dios maldiga a quien os dio el bebedizo!

Branguena regresó con los pensamientos profundamente entristecidos y dijo a Curneval:

—Ahora sé bien lo que ocurre aquí. Tu señor y mi doncella han recibido la muerte y eso me duele mucho. No quieren sanar si no es sintiendo afecto el uno por el otro hasta amarse. ¿Cómo podemos hacer para que se den cuenta? —así habló la fiel doncella—. Yo arriesgaré mi vida y toda mi honra antes que dejar morir a estos dos de tal dolencia.

—Yo también preferiría abandonar este mundo —afirmó el buen Curneval.

Así pues, ambos tomaron la determinación de juntarlos y, si ellos mismos no caían en la cuenta, explicárselo. Branguena se lamentó:

—Aún me costará caro el hecho de que hayan tomado el bebedizo; pero confío en la suerte. Curneval, tú cumple tu parte y juntémoslos; ¿de qué sirve hablar de lo ocurrido? Si ambos perecen, nosotros preferiríamos no haber siquiera nacido.

Justo al cuarto día llegaron de nuevo a un puerto y la gente bajó a tierra. Curneval rogó a su señor que acudiera a doña Isolda para ver cómo se encontraba, que quizás así se sentiría mejor.

—Ella también padece de no sé qué —dijo Curneval con astucia—; quizás desee saber cuál es vuestra enfermedad.

El señor fue para allá, pero (puede creerlo quien quiera) cuando entró en el camarote, tal y como se lo había pedido Curneval, ya no tenía fuerzas

suficientes para acercársele del todo y escuchar lo que le ocurría a su amada. La dama, nada más verlo, exclamó en voz muy alta:

—¡Señor! —le dijo—, venid corriendo a mi lado.

«Ahora serás desdichado», se dijo Tristán para sus adentros. «Este gran honor no te lo brinda ella con buena intención, porque no le importas. Si ella te quisiera lo más mínimo, no te mandaría acudir». Estas consideraciones le dolieron, pero su pensamiento contestó a voz en grito: «Mostrándote este honor te ha dado a entender que en verdad eres el hombre al que más ama. Al fin y al cabo "señor" significa soberanía». La alegría le devolvió la fuerza, de modo que fue hasta donde estaba ella y se sentó muy cerca a su lado. Esto, a su vez, gustó a los consejeros, quienes no se entretuvieron y abandonaron prestos el camarote. Tengo la certeza absoluta de que no quedó dentro nadie más que ellos dos y el Amor.

Ignoro quién de los dos habló primero, pero sí sé que cada uno expuso al otro sus sentimientos y que ambos sanaron plenamente antes de volverse a separar. En verdad y como juramento lo digo: yacieron luego en alegría culminando su gran amor, hasta que llegaron a divisar la tierra de Marc. Acordaron entonces una noche, a muy avanzada hora, que ella rogaría a Branguena que por el amor que le profesaba se acostara con el rey la primera noche e hiciera el amor con él. Este engaño lo urdieron para burlar al rey y hacerle creer en la doncellez de la reina, para que esta no perdiera el reconocimiento de la sociedad. Cuando oyó esta artimaña, Branguena lloró amargamente. Pero escuchad las palabras con las que Isolda se lo pidió, cuando se dirigió a ella la primera vez.

—Branguena, mi querida amiga, necesito ahora de tu consejo sobre lo que debo hacer cuando tenga que ir a acostarme con el rey.

—Señora, yo no sé nada de estas cosas.

—No digas eso, querida.

—Señora, ¿qué es lo que debo decir entonces?

—Debes darme un consejo mejor.

—¡Ay, señora! No puedo.

—Entonces mi dicha se desvanece.

—Esto me dolería de corazón.

—Pues demuéstralo, por tu valía.

—Señora, ¿cómo puedo demostrarlo?

—Haz una cosa por mí.

—Dejadme oír de qué se trata.

—Te acostarás un rato con el rey durante la primera noche.

—Señora, sabed sin ninguna clase de duda que no lo haré jamás.

—Yo te lo agradeceré enormemente con mis favores y con mi amor.

—¿Y cómo queréis hacerlo?

—Ya te lo demostraré.

—Antes prefiero renunciar a vuestro servicio.

—Entonces te lo pido por Dios.

—Esta es una broma de mal gusto.

—¡Ay Dios!, muy serias son mis preocupaciones.

—No son palabras decorosas para vos.

—Es que no puedo callarlas.

—No podéis pedirme que haga tal cosa.

—No, amiga mía, tú no me fallarás. Te recompensaré ahora y para siempre.

—Os he seguido hasta muy lejos, señora; pensad en vuestra fidelidad y cuidad de no ofenderme.

—Entonces yo perderé toda mi honra y no podré volver a hacerte ningún bien, ni siquiera a mí misma. Esto es lo que tú puedes evitar ahora.

—Con razón recibiré perjuicio y deshonra en este asunto, porque yo debí haber guardado el bebedizo —cedió la fiel Branguena.

Y la joven dama prosiguió:

—Piensa en ello, por tu bondad, y ayúdame a salir del aprieto.

—Os ayudaré a salvar la situación, pero preferiría perder la vida.

La dama comunicó enseguida a Tristán que Branguena accedía a hacer lo que ella le había pedido, lo cual alegró mucho al señor. Este mandó decir al rey Marc que viniera a su encuentro para recibir a la doncella por la que lo había enviado. El monarca se hizo a la mar de inmediato y fue a encontrarse con él, le dio la bienvenida y llevó a la noble doncella hasta Tintaniol rodeada de grandes honores. La boda fue espléndida. Entonces Tristán habló astutamente a su amado señor:

—No os debe enojar lo que mi señora me encomienda pediros, que es que cumpláis con ella la costumbre de su país.

El rey preguntó cuáles eran esas costumbres de su tierra y el fiel hombre le dijo que no debía haber ninguna luz cerca de la cama cuando la reina yaciera con él por vez primera, de modo que nadie la viera hasta cuando se levantara por la mañana. El rey contestó a su sobrino que se lo concedía de muy buena gana y le ordenó ser el camarero, para que apagara las luces, puesto que sabía bien cuándo debía hacerse y que hiciera cualquier cosa que la dama deseara, que él se lo rogaba encarecidamente. El chambelán Tristán se hizo cargo del aposento cuando el rey debía irse a acostar y cumplió todos los deseos de la dama: llevó a escondidas a Branguena a la cama del rey. Este fue el mayor engaño que Tristán realizó jamás, pues en el mismo lugar él se acostó con su señora. Pero no fue una traición, pues no lo hizo por voluntad propia, sino que fue obra del desdichado bebedizo. A medianoche llegó Branguena y mandó a su señora levantarse e ir junto a su esposo. Así se llevó a cabo el engaño del rey.

Tristán permaneció en la corte durante un año de forma continuada y hasta dijo a Curneval que en verdad no deseaba pasar fuera ni un solo día. Sin duda tenía la sensación de que, con que pasara solo dos jornadas sin ver a la reina, moriría; y lo mismo pensaba la mujer.

Poco tiempo después, la dama planeó agradecer a Branguena sus buenos servicios con la muerte, pues temía que revelara lo que de ella sabía. Planeó matarla a traición. ¡Qué malvado propósito! Encargó a dos caballeros desposeídos que la mataran, prometiéndoles sesenta marcos de plata. Los caballeros fueron solícitos y dijeron que de buen grado harían cualquier cosa que la señora les pidiese. Ella les entregó la plata allí mismo y los mandó encaminarse hacia un sitio en el que debían vigilar una fuente y matar a quienquiera que acudiera a ella a por agua, fuera hombre o mujer, y que le trajeran el hígado. Los caballeros, cegados por la plata, fueron allí a montar guardia, mientras la reina se acostó y dijo a Branguena que se encontraba mal. La fiel Branguena se lamentó mucho y la malvada señora le pidió que le trajera agua de la fuente que brotaba en el vergel. Branguena no dejó de hacer lo que la reina le ordenaba: cogió una vasija de oro, fue al

vergel y se llegó hasta la fuente. Enseguida aparecieron los caballeros, que no sabían lo que hacían, y dijeron a Branguena:

—Señora, no tenéis salvación.

—Señores —contestó la fiel mujer—, ¿qué es esto?

—Aquí tenéis que morir —aclaró uno de los caballeros.

—Buena cuenta me doy de la traición, por mi desgracia —dijo la joven dama—. Debo pagar por mi gran fidelidad: es mi señora la que me manda matar. Vosotros cumpliréis con vuestro cometido, pero os pido por el amor de Dios —pues el mío no es merecedor de ello— que me dejéis viva unos instantes más, que uno de vosotros vaya de vuelta y afirme que me habéis dado muerte y relate de paso a mi señora lo que os voy a decir. No sé por qué quiere vengarse de mí ni por qué ha llegado a traicionarme sin motivo alguno. Dios sabe bien que no puedo ni siquiera imaginarme qué es lo que he podido hacer yo por lo que ella tuviera motivo para enojarse. Solo por su merced dejé a toda mi familia y la acompañé a tierras extrañas. ¿Y ahora debo morir tan miserablemente? Cuando nos preparábamos para embarcar —siguió contando la buena doncella—, su madre nos dio dos camisas muy pequeñas, ella sabe bien a cuáles me refiero; pero antes de llegar a tierra la suya fue rota y desgarrada de tal modo que ya no podía llevarla con dignidad al lado del rey. La mía en cambio, estaba sin estrenar, entera y nueva, y ella me rogó que por compasión se la prestara. Yo lo hice a disgusto, pero ella me lo pidió de tal manera que terminé prestándosela. No sé qué más encomendarle, sino que yo mantuve mi camisa entera y nueva durante nuestro viaje por mar hacia aquí, se la presté la primera noche en que yació con el rey y en aquella ocasión fue desgarrada en su servicio. Acordaos bien de mis palabras y decidle que jamás merecí esta muerte que ella me envía.

Los caballeros se compadecieron por no saber qué era lo que hacían pagar a la mujer, cuyas palabras conmovedoras le salvaron la vida. Pensaron que si mataban a la mujer perderían para siempre la honra en este mundo. En esto pasó por allí un perro y uno de los dos lo mató de inmediato, le sacó el hígado, lo envolvió en su camisa y lo llevó secretamente a la poderosa reina. Ella se lo agradeció bien y le preguntó:

—¿Dijo algo?

—Sí lo hizo.

—Dime qué.

Él comenzó de inmediato a repetirle exactamente lo que les había contado de la camisa y de cómo había afirmado que la reina la había tomado prestada de ella.

—Por tu fe, ¿dijo alguna cosa más?

—No, solo que deseaba de corazón que la dejáramos vivir.

—¡Dios me maldiga! —exclamó la hermosa dama—. Dios se apiade para siempre de que jamás naciera. ¿Qué voy a hacer yo ahora, pobre de mí, habiendo incurrido en una falta tan grave? No habrá ni hombre ni mujer que se fíe más de mí. Dios me haga pagar con mi fama y mi vida el asesinato que he cometido. ¡Que el diablo me lleve! —añadió y se azotó y mesó tan desmesuradamente que el de la emboscada observó maravillado el gran duelo que hacía. Cuando el caballero vio que ese dolor que profesaba venía de un profundo sufrimiento, no esperó más y dijo:

—Señora, consolaos: Branguena no ha muerto y ahora me alegra de corazón que así sea. Antes no osé decíroslo porque temía que os enojarais.

—Puedo prescindir de tus burlas —contestó ella desesperada—. No estoy para bromas, después de haberla perdido de este modo.

—Señora, sabed por cierto que no me burlo, sino que Branguena está viva. ¿Queréis que os la traiga?

—Muy bien te irán tus cosas, si vive —dijo la reina—; te prometo por mi fe que serás rico para siempre.

El caballero se marchó contento y explicó a su compañero cuál era el deseo de la reina, lo que alegró a ambos. Cogieron entonces a Branguena y la llevaron directamente al aposento de la señora. Ahora podréis oír lo que dijo:

—Bienvenida seas, querida mujer. Doy gracias a Dios en el cielo de que hayas salvado la vida; sin duda alguna, Él estuvo aquí en la tierra y te ayudó en tu necesidad. Si Él me hiciera morir a mí de la misma manera que yo tenía planeado matarte, o si su poder me hundiera aquí mismo en el fondo del mar, o si, por el contrario, me perdonara mi pecado, su sentencia sería inapelable.

Y la poderosa dama se echó a los pies de Branguena, ofreciéndole seria penitencia y amorosas palabras para que olvidara el asesinato que había inducido a perpetrar en su persona. También Branguena buscó la merced de la reina para que le perdonara cualquier cosa que hubiera hecho y que debiera haber evitado. Ahí yacían ambas, abrazadas con gran desconsuelo, y permanecieron allí, sin que nadie las levantara, hasta que les pareció suficiente; luego ambas damas se alzaron y enterraron el odio besándose. La reina pensó entonces en cómo podía resarcir a Branguena, pues deseaba hacer todo lo posible por cambiarle en alegría la desesperada situación por la que había tenido que pasar. En aquella ocasión, Tristán no estaba en casa, sino que había salido con el rey a cazar en el bosque; cuando el buen Curneval le contó este suceso, sintió pena e ira a la vez.

—Esto no debería haber ocurrido —dijo a la reina—, pero puesto que ya no se puede remediar, resarcidla con dignidad.

La noble dama dijo que lo haría de buena gana y la reconciliación fue firme.

Poco después, Tristán fue herido gravemente sin recibir corte alguno; oíd cómo: fue difamado y calumniado por tres infames duques y cuatro condes que residían en la corte. Y os diré por qué: odiaban que llevara una vida ostentosa y que buscara la fama e hiciera siempre lo más conveniente; por este motivo recelaban de él, pues ellos no eran dignos. Así ha ocurrido muchas veces desde entonces y sucede todavía a muchos hombres honorables, que los mezquinos no aceptan su valía y echan a perder su fama. Siempre que oyen encomiar a alguien, puesto que ellos no pueden oponer réplica alguna, se alejan de su camino y dicen: «Es una mentira». Muy mal os estaría un comportamiento así a todos vosotros, que deberíais tomar buena nota, pues con tales obras ninguna persona ha obtenido jamás ni fama, ni honra, ni constancia en el amor. ¡Ea, jóvenes, aspirad a la dignidad y odiad la vileza! Todo aquel que ama a Dios de corazón y que se esfuerza por la fama, obtendrá la dicha y conseguirá, como es debido, aquello a lo que aspire. ¡Dichoso sea ese por haber venido a este mundo! Quien sea digno y fiel y lleve además un sabio entendimiento y buenas maneras en su corazón, podrá despreocuparse por completo de si los mezquinos lo odian; ellos no pueden evitar aborrecer de él, pero en cambio

mi Señor y todas las personas de bien lo estiman por los méritos que ha hecho en tantas ocasiones y que sigue haciendo todos los días. A pesar de todo, los infames abominan de él de tal manera que, cuando los honrados le hacen caso, darían cualquier cosa por matarlo, tal es el odio que sienten hacia las personas buenas por su actos.

Todo esto se demostró también en el caso de Tristán, quien por el mismo motivo era odiado por los barones que mencioné antes. Él no tuvo mayor culpa que la de perseguir la honra y la de adelantarse dondequiera que hubiera que mostrar hombría, pues le gustaba siempre esforzarse por el buen nombre y la fama y fue también generoso hasta su muerte. Por todo ello lo odiaban; y también porque la reina lo amaba más a él que a ninguno de los demás. Entonces los siete acordaron hacerle perder lo antes posible el favor de su rey. Cuatro de los siete que lo odiaban tanto tenían un cabecilla llamado Ántred el cobarde, a quien su mezquindad no le permitía hacer nunca nada bueno. Era hijo de la otra hermana del rey y primo de Tristán. ¡Pero que el diablo lo hunda en el Rin! Porque aunque debía haber sido amigo del héroe, jamás le profesó amistad alguna. Estaba tan sumido en la infamia que ni siquiera los lazos familiares le impidieron traicionarlo. Fue ante el rey con sus compañeros y comenzó a contarle odiosas mentiras:

—Si no te disgustara, señor, te diríamos lo que hemos escuchado, pero no me lo tomes a mal. Tristán pretende deshonrarte. A nosotros siete nos repugna el asunto, porque sabemos por cierto que él ama a tu esposa. Morirá por ello, si Dios quiere, porque es demasiada vergüenza la que te causa todos los días. Tú, señor, has confiado demasiado en él; y a mí me parece una desmesura, más incluso: un atropello, despreciarnos a todos nosotros por un único hombre.

—¡Cállate, sobrino! —le espetó el poderoso rey—, por tu amor hacia nosotros. Tristán seguirá en esta corte porque no puedo prescindir de su presencia. Nunca más vuelvas a pretender que por ti me enoje con él. Cualquiera que sea el daño que me causara alguna vez, puedo sufrirlo sin más. Y tampoco diré nada acerca de la deshonra, pues de él he recibido muchas veces honor y provecho. Por mí fue mortalmente herido cuando se enfrentó a Moroldo, salvaguardando mi fama. Aunque no me hubiera servido más que en aquella ocasión, solo por eso ha demostrado mayor

fidelidad y aprecio hacia mí de lo que ninguno de vosotros ha hecho antes o después. Además, he obtenido el provecho de su lealtad, pues jamás ha dudado en hacer cuanto le mandaba. Quiero compartir con él mi vida y mis bienes mientras viva. Y no te disgustes por ello, sobrino querido.

A los celosos les dolió de corazón que el rey defendiera con tanta decisión la dignidad de Tristán. Marcharon de allí con gran ira e iniciaron el acecho. Pero dado que no logaron descubrir si Tristán se veía a escondidas con la reina, inventaron una historia y se la contaron al rey, quien la tuvo por una mentira y no quiso creerles.

—Nos preocupa —dijo el duque Ántred— que todo lo que contamos a nuestro señor sea considerado una mentira. ¡Si supiéramos ante quién lamentar la preocupación que nos causa nuestro soberano y que nos duele de corazón, para resarcirnos de ella!

—¡Terminad vuestras inacabables quejas! —dijo el poderoso rey—. Y cuidad de que nunca más vuelva a oíros decir tales palabras. Sois necios de verdad por perseguir a un hombre al que yo tengo en tanta gracia. No podéis hacerle ningún daño; mientras otras cosas no le quiten la salud, todo el odio que provenga de vosotros será, a mis ojos, como un honor para él.

El rey abandonó airado a los barones y decidió ir a acostarse, pero encontró delante de su cama al valeroso Tristán que tenía abrazada a la reina, la besaba y la apretaba apasionadamente contra su pecho. El monarca se enfureció terriblemente por la sorpresa y dijo a Tristán:

—¡Este es un amor infame! ¿Cómo puede mantenerse mi fama en este mundo, si vosotros me causáis tanto daño con vuestra ruin pasión? No quise creerlo, cuando me lo decían una y otra vez, puesto que nadie debe tener ni placer ni dolor con la mujer del prójimo. Pero habría hecho bien en hacer caso a esas palabras. Sois un vasallo traidor: abandonad mi corte inmediatamente y dad gracias a Dios de que sigáis con vida.

Tales besos trajeron tales odios.

Creo yo que nunca dos corazones sintieron tanto dolor como cuando ambos amantes tuvieron que separarse y permanecer alejados sin poderse decir ni una palabra. Tristán decidió abandonar enseguida el país. Apenado, llegó ante su residencia. Sentía morirse de dolor, su corazón sufría de tal manera que creyó que no sobreviviría si se marchaba. También la reina fue

presa de un gran tormento y, nuevamente, ambos tuvieron que acostarse y comenzaron a rechazar todo alimento. Informaron al rey de que Tristán estaba enfermo.

—No me importa en absoluto —contestó el poderoso monarca—, pues ha sido infiel conmigo.

No será posible evitar que ambos terminen muriendo, si vosotros, oyentes, no conseguís que vuelvan a verse[8]. Aconsejadme, ¿cómo podría hacerse? ¿Cómo lograrán librarse de su dolor? Creo que habrá de ser Branguena quien tenga que juntarlos de nuevo.

La reina se lamentó ante su doncella de su profundo desconsuelo, de que estaba condenada a morir si no veía a su buen amado. De modo que esta tuvo que volver a ir, como ya lo había hecho a menudo, a buscar aprisa al señor Tristán. Cuando llegó ante su casa, golpeó suavemente la puerta; Curneval estaba al otro lado y la dejó entrar. Una vez dentro, fue ante el señor, quien la recibió cálidamente:

—¿Cómo está la reina?

—Mal, por tu culpa. Si hubiera podido hablar contigo y si las numerosas penas y el gran sufrimiento causados por los celosos estuvieran vengados, su enfermedad desaparecería.

A este comentario él contestó con pocas palabras:

—Di a mi señora que por ninguna amenaza de nadie seguiré sin verla. No me importa quién se enoje por ello, yo quiero encontrarme con ella hoy mismo, si es posible, en su vergel. Que me espere allí. Cuando vea pasar flotando unas hojas por el riachuelo que pasa por el jardín junto a sus aposentos, que las recoja y busque entre ellas una astilla en la que habrá dibujada una estrella de cinco puntas; porque por desgracia no puedo hablarle con palabras. Sea de noche o de día, siempre que encuentre la estrella, yo estaré junto al tilo que está al lado del riachuelo que más abajo fluye cerca de su cámara. Dile esto a mi amada.

Ella le deseó mejor salud y fue a decírselo a su señora, la reina, quien se alegró mucho y pidió que le dieran de comer: tras el gran desfallecimiento, había regresado a ella la vida, pues Branguena le había traído un bebedizo que le agradaba y que la hizo sanar completamente. El buen mensaje consiguió que se reunieran en el vergel hacia medianoche, donde disiparon

las penas con alegría y entretenimientos. Así fue como Branguena logró que ambos sanaran en poco tiempo. Rompiendo el cerco de la vigilancia a la que estaban sometidos, se encontraban de noche; pero, durante el día, Tristán permanecía acostado lamentando su sufrimiento como si estuviera enfermo de muerte. El valeroso caballero escondía celosamente su secreto y entraba en el vergel siempre que le apetecía, de modo que los envidiosos se enfrentaron a la necesidad de volver a romper la relación amorosa. Discutieron entre ellos si la reina seguía entregándole su amor a Tristán.

—No —dijo uno de ellos; el otro, en cambio, dijo—: Sí —y el tercero —: Yo lo dudo.

De ahí que Ántred, su señor, resolviera:

—No muy lejos de aquí vive un enano que tiene la capacidad de leer en las estrellas siempre que lo desee todo lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá. Nosotros le daremos tanto oro que nos dirá la verdad.

Todos se mostraron dispuestos y fueron en busca del hombrecillo. En estas llegó el compañero del enano, al que la gente llama Satanás, y les mostró con precisión dónde vivía. Cuando dieron con él y lo convencieron de que les revelara cómo estaba aquel asunto, el diablo de enano comenzó a observar las estrellas y dijo:

—Sin duda, mi señora recibe a Tristán. Si el rey quiere seguir mi consejo, yo se lo haré ver de manera que tenga que admitir que os he dicho la verdad. Y si miento me tendréis a vuestra disposición para torturarme como mi señor desee.

Creo que fue su compañero, el Diablo, quien habló por su boca, pues se lo reveló todo, incluso que Tristán solo fingía estar enfermo. Dijo el enano:

—Si no es verdad, haced que me corten la cabeza.

Lo llevaron, pues, ante el rey y le transmitieron lo que había afirmado.

—Y aún os informaré mejor —añadió el gnomo—, pues, si mi señor quiere, puede comprobarlo él mismo yéndose al bosque a cazar y llevándose consigo a su séquito. Tristán se envalentonará tanto que vendrá hasta donde esté la señora y yo permitiré al rey descubrir dónde se encuentra con ella y escuchar por sí mismo la verdad.

Estas palabras dolieron y enfurecieron mucho al monarca, pero estaba obligado a seguir el consejo, de modo que ordenó públicamente a todos los

que allí estaban que se prepararan para salir temprano a la mañana siguiente a cazar en el bosque y mandó comunicar a todo el mundo que estaría fuera siete noches. Esto alegró a la reina. Cuando el rey llegó al bosque y el hombrecillo supo con certeza que Tristán iría a visitar a la señora, no esperó más, ordenó al soberano que cabalgara de vuelta solo con él, pretendiendo mostrarle lo que en su osadía había afirmado. El señor llegó hasta donde el enano le pidió que cabalgara y este le enseñó el lugar en el que estaba el tilo junto al agua; el infame gnomo habló:

—Os diré, señor, lo que debéis hacer. Puesto que aquí no hay otro escondite, tenéis que subir al tilo y permanecer completamente callado. Desde este árbol observaremos lo que ocurre entre ellos dos.

La luna brillaba con tanta claridad como si fuera de día. El famoso rey ató su corcel a una rama no muy lejos de allí. Luego el prudente monarca trepó al árbol tal y como el otro se lo había ordenado. El enano subió tras él y creo que le ayudó su compañero, el diablo Satanás; es más, no tengo duda de que lo sostuvo al trepar, porque quería compartir con el otro su reino. ¿Cómo entonces iba a dejar subir solo al enano? ¡Dios los maldiga a ambos! No llevaban allí mucho tiempo cuando apareció Tristán, echó algunas hojas al agua y dejó fluir con ellas la astilla con la estrella grabada. El rey y su acompañante seguían en el árbol y Tristán vio entonces sus sombras, proyectadas por la luz de la luna en el agua del riachuelo. Tuvo la presencia de ánimo de no mirar hacia arriba, pero se dijo a sí mismo: «Ahora sí que estoy muerto. ¡Ay!, si la reina se pudiera enterar del acecho del que somos objeto». Pero las hojas y la astilla ya pasaban cerca de los aposentos, la señora corrió hacia su redecilla para atrapar con ella la ramita y ver la estrella. La dama supo así que Tristán la estaba esperando y fue deprisa al encuentro del valeroso caballero. Pero este permanecía sentado haciendo señas disimuladas con la mano. «Dios poderoso me proteja», se dijo la reina, «¿qué ocurre con el joven que no se levanta ni viene hacia mí? No estoy acostumbrada a ello, ni sé a qué se debe». Entonces vio las señas que hacía con la mano y pensó enseguida: «Sea lo que sea, algo lo inquieta. Quizás haya alguien aquí cerca vigilándonos». Entonces también la dama descubrió a los espías, pues la luz de la luna proyectaba sus sombras sobre el agua. La mujer demostró su inteligencia no volviendo hacia allí sus ojos,

sino comportándose como si no supiera nada y diciendo con gran sagacidad.

—Tristán, ¿a qué se debe que tenga que acudir a verte?

—Señora, es para que me ayudéis a que mi señor me devuelva su gracia y me deje vivir de nuevo en su corte, como antes.

—En verdad te prometo que no te ayudaré en ello, porque me place de corazón que mi señor esté enojado contigo. Puedes estar seguro y tener la certeza de que no te apoyaré, porque por ti me he convertido en la comidilla sin tener ninguna culpa. Yo te tenía aprecio a causa de mi señor, porque tú eres su sobrino y le dabas mayor fama que todos los demás juntos. Ahora soy, por ti, objeto de difamaciones sin fundamento alguno. Si mi señor me matara, en verdad que lo preferiría.

—No, señora, por tu buen nombre. Debes resarcirme por el hecho de que por ti haya sufrido grandes trabajos. Compadécete de que él me esté tratando injustamente. Solo con que tú te muestres bondadosa conmigo, seguro que recuperaré su gracia, pues su ira hacia mí carece de fundamento alguno.

—No te ayudaré en ello —insistió la hermosa reina—. Si mi señor quiere devolverte su gracia, te lo otorgaré de buena gana y me será grato, pero no le pediré que lo haga.

—Entonces tendré que abandonar el reino —respondió Tristán—. Pero aunque mi señor no vaya a lamentarlo, no podrá superar jamás el daño que recibirá si me marcho enemistado. Yo tengo muchas salidas: encontraré un lugar donde se me trate mejor y la gente me quiera y honre sin odio alguno. Mi señor no tiene en cuenta que, cuandoquiera que regrese a mi país, seré un noble rey, tan poderoso como lo es él. Y estoy seguro de que, si quisiera quedarme en algún otro lugar, no se me desterraría de allí y yo solo me haría acreedor de mejor trato y de que no se me odiase, sino que se me dotara de diez caballeros provistos de corcel y palafrén. Señora, si yo fuera merecedor de que rogarais al rey que por su honor hiciera entrega de una prenda por mis posesiones, yo abandonaría su reino de inmediato.

—No, por cierto. No le rogaré por ti, porque se ha enojado conmigo por tu culpa. No me importa nada que no vuelvas a recuperar jamás su gracia.

La dama regresó adentro y Tristán, el buen héroe, exclamó:

—¡Dios se apiade de la injusticia que conmigo comete el rey! —y se fue a su albergue.

En cuanto el héroe salió del vergel, el monarca desenvainó su espada con la pretensión de matar al enano en el mismo árbol, pero el gnomo se cayó de su rama y huyó. Con todo, el señor, aunque lamentaba que se le hubiese escapado el enano —al que nuevamente Satanás ayudó a huir—, estaba muy contento de lo que había oído. Comenzó a esperar impaciente la llegada del día para ver si podía conseguir de algún modo que Tristán accediera a quedarse. Hizo lo que debía y regresó al bosque pensando en distintas maneras de conseguir que Tristán permaneciera a su lado. Por la mañana temprano fue a ver a su mujer y le rogó encarecidamente que le dijera todo lo que había hablado con Tristán por la noche.

—Señor —dijo ella—, bien puedes ahorrarme esta pregunta, pues no lo he visto en los últimos doce días y no quiero volver a verlo jamás, ya que por él he sido objeto de tantas sospechas que no pretendo volverme a mostrar agradecida con él.

—Señora —dijo el rey—, en verdad que lo viste esta misma noche, pues yo fui conducido hasta el árbol debajo del cual te vi con él y escuché todo lo que te dijo. No te lamentes por ello, mejor ayúdame, por tu bondad, a tratar de que acceda a quedarse. Pondré a su servicio todo lo que haya en mi corte, de eso puedes estar segura.

La hermosa dama dijo:

—No quiero ni puedo ayudarte en lo que se refiere al valeroso caballero. Anoche, cuando habló conmigo, nos separamos enojados y a fe que yo prefiero que sea desterrado a que se quede. Él no me puede ser útil en nada y si —como es probable— ocurriera que tus queridos protegidos te volvieran a hablar de nosotros dos, mi vergüenza aumentaría. Dejemos marchar a Tristán a donde quiera.

—No, querida, no sería bueno para ninguno de los dos. Olvida tus temores y ayúdame a lograr que se quede, pues no puedo prescindir de él.

—Por eso mismo deberías ser tú quien lo hiciera.

—No me atrevo a hablar con él —dijo el rey—, pero te autorizo a estar permanentemente a su lado, tanto como quieras[9]. Recientemente, cuando te besó, estuve demasiado colérico, porque pensé que obraba con vosotros

en justicia; pero no volverá a suceder, porque ahora el buen vasallo y tú me habéis demostrado muy bien que me amáis fielmente.

Entonces habló la reina:

—Si quieres ganártelo de nuevo, pide a mi doncella que vaya a ver a tu hombre en tu lugar y le ruegue que se quede. Pero estoy bastante segura de que lo hará con el mismo disgusto que yo.

El rey convenció a Branguena rogándole encarecidamente que con sus buenas maneras contribuyera a lograr que Tristán se quedara.

—¿Por qué lo habéis desterrado entonces?

—Porque fue traicionado ante mí.

—¿Quién hizo tal cosa?

—Un duque.

—Pues que sea este quien lo convenza de nuevo.

—Él no puede.

—Del mismo modo que yo tampoco puedo.

—Entonces será la mayor pena de mi vida.

—¿Es esto cierto?

—Sí, lo juro.

—No, no me atrevo a creerlo.

—Puedes tratar de convencerlo sin preocupación alguna, pues lo trataré con tal amabilidad que podrá estar con Isolda tantas veces como lo desee.

—No, no confío en que regrese. Tampoco le traería gran provecho, pues es fácil que le vuelva a suceder lo mismo. Si quiere seguir mi consejo, yo le recomendaré que se marche a tiempo hacia algún lugar donde se le ofrezca amistad verdadera.

El rey entregó entonces a Branguena una generosa recompensa para que ayudara a convencer al buen caballero a quedarse con él.

—Lo resarciré por cualquier daño que le haya causado. Mandaré colocar su cama en mi aposento para que esté con la reina de día y de noche. Y además contará con mi amor, porque él es inocente de toda felonía para conmigo.

Puesto que el poderoso monarca se lo pedía con tanto fervor, Branguena tuvo que ceder. Cabalgó hacia la ciudad, hasta la residencia de Tristán, y le

fue fácil persuadirlo de que se quedara de buena gana; con su habilidad logró dar buen fin a este asunto.

Cuando Tristán regresó a la corte, el rey ordenó a familiares y vasallos cumplir todo lo que aquel les mandara. Dijo:

—Él ha sido calumniado ante mí por cierto duque al que podría nombrar y que, desde ahora, contará siempre con mi recelo. Sobrino —prosiguió el poderoso rey—, te alojarás en mi aposento y estarás conmigo en todas partes y, fíjate bien en esto, también con la reina, siempre que te plazca, aunque todos se rasguen las vestiduras de odio e ira porque no me separo de ti.

El noble Tristán mandó a Curneval llevar de inmediato su lecho al aposento del rey; de la alegría que esto le produjo, bien pudo olvidar cualquier dolor sufrido, pues ahora yacía con la reina siempre que quería, incluido un día en que el senescal se fue a cazar. Este llegó temprano, antes de salir el sol, a una montaña en el bosque, donde vio al enano andar por delante entre la espesura. El caballero Tinas lo mandó apresar y le preguntó de inmediato qué era lo que hacía en el bosque. El enano contestó que había perdido la merced del rey.

—Yo te ayudaré a sosegar la ira de mi señor —dijo el valeroso caballero — y a que deponga su odio.

Mandó llevarlo consigo a casa y le ayudó a recuperar la gracia. Si hubiera conocido bien su culpabilidad, lo habría ahorcado. No pasó mucho tiempo hasta que los infames celosos volvieron a dolerse de que a Tristán le fuera todo tan bien. Ántred, el duque felón, juró por su cabeza que el enano lo había engañado y que por ello lo iba a matar. Y el malvado gnomo respondió:

—Cualquiera que sea la argucia por la que nos resulte imposible probarlo, es tan cierto como que estoy vivo que Tristán posee a la reina. Si mi señor no estuviera enojado conmigo y si vosotros quisierais apoyarme, yo le demostraría la verdad.

Los celosos volvieron a susurrarle todo esto al rey y con verdades y mentiras consiguieron que accediera:

—Está bien: haremos la prueba una segunda vez. Pero si Dios quiere que sea inocente, amigo enano, serás quemado en la hoguera.

—Sí, señor —dijo el espantoso personaje—, así me place, pues no me preocupa lo que me vaya a suceder —y añadió el hombrecillo—: Señor, mi consejo es que digáis a Tristán que debe llevar un mensaje vuestro fuera del reino, que no puede retrasar su marcha más que hasta mañana por la mañana, que no tenéis a nadie más que a él que pueda conseguirlo y que se lo recompensaréis con todo tipo de riquezas. Pero os advierto que no podrá dejar de ver a la reina antes de partir. Os diré lo que haremos: rociaré con harina el suelo entre ambas camas y con esta prueba os convenceréis. Haced que deba permanecer siete noches fuera y si no va a ver a mi señora esta misma noche, antes de que amanezca, mandad cortarme la cabeza con un hacha mañana mismo. Yo me esconderé debajo del lecho de mi señora y os despertaré cuando lo oiga llegar allí, de modo que, habiendo pisado la harina, él no podrá negarlo. Además, habréis ordenado a gente vuestra montar guardia junto a la puerta para ayudaros a apresar al hombre, pues es muy fuerte. Mandad concretamente —prosiguió el enano— que, de Ántred y sus compañeros, tres vigilen bien las puertas por dentro y cuatro permanezcan en la parte de fuera.

El rey lo cumplió todo: encomendó vigilar la puerta a los siete señores. Los cobardes estuvieron prestos, puesto que todos lo hacían de buena gana: así fue traicionado Tristán. Cuando llegó la noche, el rey le rogó que se hiciera cargo de llevar un mensaje, diciéndole con engaño:

—Piensa, querido amigo mío, que no tengo a nadie sino a ti que me sirva bien para esta tarea y al que pudiera enviar. Prepárate, pues, y cabalga mañana mismo por la mañana a ver al rey Artús. Bretaña no está lejos, de modo que en siete noches habrás regresado. Entonces haré que de nuevo goces de todas las comodidades. En cuanto se haga de día, créeme, te diré el mensaje sin que necesites preguntarme por él y te lo recompensaré con mi amor.

A Tristán le dolió en el ánimo, pero como buen caballero dijo que haría gustoso todo lo que le pidiera. El rey se lo agradeció encarecidamente y enseguida montó la trampa. Cuando Tristán se fue a su cama y el enano hubo rociado el suelo con harina, como había dicho, y los celosos estuvieron dentro del aposento, donde debían apresarlo, oíd cómo pretendió el hombre encomendar a su señora a Dios. Vio que el suelo estaba rociado

de harina y pensó en su interior: «Lo que sea que hayáis sembrado aquí, de nada os servirá en vuestra vigilancia ni en vuestro espionaje; yo veré a mi señora». Fue una gran necedad que no cejara en su empeño, a pesar de poner en peligro su vida queriendo llegar hasta la reina antes del viaje; pero hemos oído ya antes que eso se debía al bebedizo. Por lo demás era un hombre tan precavido que lo hubiera dejado estar, pero el poder del bebedizo le hizo perder la mesura. Justo a la medianoche decidió ir a ver a su señora. Su cama estaba tan cerca, que le pareció que podría saltar hasta la de la noble dama. Pero se esforzó tanto en el salto, que le reventó una herida, de modo que cuando yació con la mujer, ella quedó cubierta de sangre. El enano, el malvado Aquitain, comenzó entonces a gritar. ¡Ay del enano que traicionó al noble hombre! No quiso esperar más y exclamó:

—¡Ahora podéis atrapar a Tristán!

El rey se levantó de un salto y despertó a los espías. ¡Cómo habría deseado Tristán entonces saltar de nuevo hasta su cama! Pero no la alcanzó, pisó con un pie en el suelo y no se salvó con su retorno.

Cuando el poderoso rey, llegando junto a la cama de la señora, percibió abiertamente la verdad en torno a Tristán, dijo:

—Adelante, hombres valientes, actuad en esta situación como lo consideréis más oportuno.

Ellos hicieron lo que su señor les había ordenado, y apresaron a Tristán. Para su gran desdicha, le ataron las manos a la espalda con cuerdas, igual que a un ladrón. Nada más placentero podía haber ocurrido para los malvados celosos y el famoso rey no podía sentirse más enojado con el buen Tristán y con la reina. Dijo que terminaría con aquel amor de tal manera que se hablaría de ello mientras el mundo durara. El noble monarca ordenó a sus queridos allegados que le aconsejaran acerca de qué muerte debía darles que se tuviera como la mayor vergüenza. Ántred salió al frente y lo condenó a él a la rueda y a ella a la pira y que así pagaran por el crimen que habían cometido. Al rey le parecía que tardaba mucho la llegada del día para poderlos matar del modo que Ántred había aconsejado. Mandó alertar de inmediato a todo el país. Se ordenó a todas las personas que se encontraran en casa que acudieran al juicio. Todos hubieran querido saber qué era lo que debían hacer allí, pero los mensajeros no quisieron decirles

nada más que quien quisiera mantener su feudo acudiera de mañana al juicio. Todo el reino se preparó para ello.

Por la mañana, cuando amaneció, el rey salió a toda prisa de la ciudad para presentarse ante la gente en el juicio. Nadie osó hacerle petición alguna a excepción de un único barón, el senescal Tinas. ¡Ay, cuánta fidelidad tenía a Tristán! Pidió insistentemente al rey que por su propia honra aplacara su ira.

—No importa lo que Tristán os haya hecho, yo le ayudaré a resarciros por ello.

Y se echó a sus pies rogándole de todo corazón. El noble rey se enfadó muy seriamente y dijo:

—A vos no os importa tanto mi honra como creía, puesto que me rogáis de esta manera por Tristán. Pero así solo conseguís que me enoje.

—No, querido y buen señor, por vuestra nobleza dejad vivo al caballero.

—No, será enrodado antes de que pase la mitad de este día.

—No quiero ver de ninguna manera que el mejor hombre que jamás he conocido deba morir de esta manera, ni tampoco una mujer tan magnífica —dijo el fiel Tinas—. Dios en el cielo debería lamentarse de que no pueda ayudarlo y vos no superaréis nunca este desastroso día si matáis así a vuestra propia esposa y al caballero.

—Sí, morirán ambos hoy mismo. A fe que será así, pues jamás me ha ocurrido un daño mayor.

—No, querido señor mío, pensáoslo mejor.

El rey fue preso de tal ira que tuvo que sentarse, candente como un ascua. Tinas reconoció con acierto el riesgo de lo que hacía y no se atrevió a rogarle ni a contradecirle más. Pero su corazón estaba a punto de partirse por el gran dolor. El rey y Tinas se separaron y, aunque había muchos hombres buenos lamentándose, el senescal se marchó. Cuando el noble y buen Tinas se hubo alejado del rey, muy disgustado y con el corazón atenazado por un gran sufrimiento, no cabalgó mucho hasta encontrarse con una gran mesnada que traía en sentido contrario al noble Tristán con las manos fuertemente atadas a la espalda. Allí mismo comenzó a llorar con gran desconsuelo.

—¡Si yo pudiera demostrarte las buenas intenciones que tengo hacia ti, querido! —le dijo en voz baja—. Con certeza debes saber que, no importa lo que me ocurriera, aunque supiera que me iban a apresar y ahorcar cual ladrón, este tormento no me impediría escoger la muerte a tu lado o sacarte de este lance. Pero puesto que, por desgracia, no puede ser, quiero al menos, con el poder de que dispongo, liberar tus manos.

Y le cortó las ataduras ordenando con palabras severas a aquellos que lo conducían que no lo volvieran a atar. Y añadió:

—Si se respeta allí su dignidad, aumentará vuestro reconocimiento.

Besó entonces al buen caballero con los ojos llenos de lágrimas, llorando cada vez más y más, tanto para sí como en voz alta.

—¡Ay, ay, ay de mis ojos! —exclamaba—, ¡ay que jamás te llegarán a ver! Nunca —añadió— lograré sobreponerme a este día.

Del todo verdadero era el amor que sentía por Tristán y muy fiel era su corazón. Por su parte, los que custodiaban a Tristán comenzaron a sentirse incómodos y tristes cuando vieron las lamentaciones que profería Tinas. Conduciendo al buen héroe, pasaron por delante de una capilla y el astuto caballero rogó que lo dejaran entrar en ella y que lo esperaran delante hasta que él hubiera terminado sus rezos. Ellos respondieron que ya los había hecho retrasarse demasiado.

—Es solo un momento —intervino uno que estaba con ellos—. El noble Tinas nos ha pedido que fuéramos bondadosos con él. Si dejamos al penitente arrepentirse de sus pecados y si así puede salvarse del infierno, habremos cumplido su deseo. Además —dijo a sus compañeros—, no puede ocurrir nada: la capilla no tiene otra puerta más que esta y es tan pequeña que bien podemos vigilarla. Al otro lado del muro, el lago lleva mucha agua. Le guste o no, dejemos que se arrepienta de sus pecados, dado que a nosotros no nos puede causar daño alguno.

Le ordenaron, pues, entrar en la capilla, lo que él hizo de inmediato. Cuando estuvo dentro, actuó como un hombre inteligente: cerró la puerta por dentro. Esto enojaría mucho a los caballeros. Se mantuvo en absoluto silencio hasta alcanzar una ventana por la que se escabulló con cuidado, pues quería ganarle tiempo a su vida. Se escurrió por la ventana hasta que consiguió salir, saltó al lago y nadó hasta la orilla. Luego, el noble Tristán

corrió a lo largo de la ribera, mirando hacia atrás a menudo por ver si alguien lo perseguía.

Curneval, quien había llorado casi hasta morir, pues siempre le había demostrado gran amor y fidelidad y sentía ahora un dolor inmenso, llegó cabalgando hasta la orilla del lago, llevando consigo el caballo y la espada de su señor. Vio entonces a Tristán y cabalgó hacia él; su dolor remitió de inmediato. Previamente, el fiel Curneval había comenzado a lamentarse con desconsuelo, pensando: «¡Ay Dios, buen señor! Quizás pudiera escapar si por fortuna lograra recuperar su corcel y su espada; bien que le ayudarían a huir de aquí». Esto lo había pensado por el gran amor que sentía en su corazón. Mucho se había dolido de haber venido a este mundo y hubiera preferido morir junto a su señor. Pero al poco rato llegó hasta donde descubrió al héroe y cabalgó hacia él a toda prisa para preguntarle cómo le había ido. Cuando se encontraron, se dieron uno al otro muestras de gran alegría. El prófugo montó sobre su corcel, se ciñó la espada y ambos salieron de inmediato a todo galope. El escudero razonó:

—Alejémonos de aquí.

—¿Dónde vamos a ir?

—Me temo que cuando el rey y su séquito sepan que os habéis escapado así, llegará enseguida el momento en que queramos huir.

—De ninguna manera me alejaré yo, si la noble reina ha de ser torturada. O la ayudo a huir o moriré con ella. Vengaré mi ira en muchos de sus vasallos.

Cabalgaron hasta unos espesos matorrales cercanos al lugar del juicio. Tristán se cubrió de tal manera con las hojas que nadie que pasara por delante lo podía ver, mientras que él era capaz de observar perfectamente todo lo que ocurría en el juicio.

A los que esperaban frente a la capilla les pareció que tardaba mucho y decían delante de la puerta:

—Ordenadle que salga; sus oraciones son ya demasiado largas.

Uno fue hasta la puerta y dijo en voz alta:

—Terminad de una vez vuestras oraciones, que ya es desmesurado el rato que llevamos esperando aquí.

Como nadie le respondía, los de fuera derribaron la puerta enfurecidos y queriendo descargar su ira sobre el caballero, pero su esfuerzo fue en vano, pues no lo hallaron. De inmediato llegó al rey la noticia de que Tristán había escapado. Mucho le disgustó y les dijo a todos los que estaban en el juicio:

—Os prometo que a quienquiera que me lo vuelva a traer no le faltará jamás nada de lo que desee, pues en agradecimiento le daré tanto oro que será rico para siempre.

Los caballeros saltaron todos a una sobre sus caballos, pero creo que aunque anduvieran todavía buscándolo, no lo encontrarían. A muchos esto les gustó y a otros les dolió. Ántred regresó muy pronto; agradeció no haberlo encontrado, pues temía que se lo hiciera pagar caro. Cuando los perseguidores hubieron regresado todos sin que ninguno hubiera podido oír nada acerca del buen caballero Tristán, el rey pretendió atemperar su furia en la dama y la amenazó diciendo que iba a destruir su amor de una vez por todas de la forma más terrible. Ordenó que se la llevaran y que la mataran enseguida; quería hacerla arder en una pira.

Pero en esto llegó corriendo un duque, que era leproso y que apeló insistentemente al rey. El monarca le concedió la venia y el enfermo habló así:

—Puesto que la reina debe morir y tú quieres darle una muerte deshonrosa, no me parece adecuado que sea quemada. Para ella no resulta muy difamador, puesto que tú eres tan poderoso que puedes hacerla ahorcar o quemar a tu antojo. En cambio, te voy a proponer una muerte que le dará mucha mayor deshonra.

El rey dijo que se la revelara.

—Dame a la dama y yo le quitaré la vida.

—¿Cómo? —preguntó el rey.

El duque contestó:

—La llevaré a mis compañeros leprosos para que todos la posean. Morirá de forma ignominiosa.

El poderoso rey reconoció:

—Dices la verdad. Pero ¿quién me da la garantía de que, si te entrego a la mujer, ella vaya a perder la vida?

El deforme respondió:

—Te lo prometo por lo que más quiero. Si dejo con vida a la dama, podrás colgarme de un árbol o azotarme hasta la muerte a mí, a mis parientes y a todos mis compañeros leprosos.

Entonces él le entregó a la reina. El leproso se alegró mucho y montó a la hermosa dama por delante de él en el caballo, agarrándola fuertemente. De este modo el poderoso monarca la había castigado de tal manera que hubo muchas quejas sobre él en todo el país, porque fue una tremenda afrenta entregar a su mujer a los leprosos. El camino de estos pasaba justo por delante de donde estaba Tristán. Curneval reconoció a la dama desde lejos y dijo a su señor:

—Ahí llevan a mi señora.

Y de nuevo se demostró el amor: Tristán se lamentó mucho de la gran difamación que suponía que aquellos se atrevieran a llevarse consigo a la dama y osaran tocarla con su mano impura. El héroe se ciñó la espada y cuando se le hubieron acercado lo suficiente, dio las espuelas al caballo fuera de sí de rabia. El leproso murió enseguida, pues lo partió en dos con la espada; la parte superior cayó al suelo con la dama. Luego fueron a repartir estocadas entre los enfermos y creo que habrían dejado a muy pocos con vida, aunque no pudieron evitar que alguno se salvara. Tristán cogió entonces a la mujer y se marchó veloz hacia un bosque espeso.

Uno de los leprosos que lograron escapar llegó hasta donde estaba el rey y se lamentó apenadamente de que hubieran matado a su señor y a todos sus hombres con él.

—Lo ha hecho Tristán, que se ha llevado consigo a la señora. Yo he logrado escapar a duras penas —así hablaba el pobre leproso.

Lo que el rey dijo entonces puede maravillaros a todos: rogó a cada uno, fuese vasallo o pariente, que los acosaran.

—Con quienquiera que lo haga preso, de modo que yo pueda castigar el gran sufrimiento que me causa, compartiré para siempre toda mi riqueza.

Los caballeros saltaron todos a una sobre sus caballos, los viejos y los jóvenes, y fueron en busca de Tristán por todo el país. Pero este había llegado al bosque y cabalgaba hacia su refugio. Como no dieron con él, al cabo de poco regresaron ante su señor y le comunicaron el resultado. El rey

advirtió severamente a los hombres de las marcas y a sus fieles que lo lamentarían y les rogó que, si se encontraban con él, lo mataran o se lo trajeran.

En esto, un perdiguero llamado Utant, al que Tristán amaba más que a los demás perros, se echó a ladrar desesperado; estaba fuertemente atado y luchaba por liberarse. El poderoso rey preguntó a un escudero que estaba allí de quién era aquel perro que ladraba de esa manera. Cuando este le respondió que era el braco de Tristán, el noble rey ordenó al escudero que lo cogiera, se lo llevara rápidamente y lo ahorcara, pues si lo dejaba vivo le haría sacar a él los ojos.

El escudero cogió al perdiguero Utant y se alejó con él del camino. Le daba gran pena tener que colgarlo y pensaba que antes que matar al perro prefería marcharse al exilio, porque era fiel a Tristán. Así que dejó escapar al can, sin cumplir lo que el rey le había mandado, e hizo muy bien en dejarlo vivir. El escudero se fue por su camino y el braco Utant llegó hasta donde había cabalgado el noble Tristán, siguiendo su rastro a toda prisa hasta la profundidad del bosque. Su amo lo oyó ladrar y dijo a Curneval:

—Escucha. ¿Qué vamos a hacer ahora? Pronto estaremos muertos; oigo a mi perdiguero, con el que nos estarán siguiendo el rastro. No se me ocurre ahora adónde pudiéramos ir, de modo que tendremos que luchar con ellos dignamente. No podemos huir ni a pie ni a caballo, así que tendremos que venderles caras nuestras vidas, para que en casa sus esposas lloren nuestra muerte; no se aprovecharán de habernos perseguido hasta tan lejos. El que corra a la cabeza se enojará con toda seguridad cuando llegue hasta aquí, pues lo atacaré de inmediato.

Curneval le respondió:

—Señor, eso no nos dará provecho alguno; no podemos luchar con ellos, porque son buenos combatientes y resultan demasiados para nosotros. Si nos enfrentamos a ellos, sucumbiremos todos. Por eso quiero morir yo solo y vos cabalgad hacia donde logréis poneros a salvo. Me aseguraré de que el braco que nos acecha no os persiga más que hasta aquí —y rogó a su señor que se fuera aprisa y se llevara consigo a la dama, para que ambos salvaran sus vidas—. Yo entregaré aquí mi vida y mi honra.

Tristán y la dama se fueron. ¡Allí se pudo ver gran dolor, sufrimiento y pena! Curneval se volvió para ver lo cerca que estaba el perro y adoptó la postura de quien quería entregar su vida para matar al perdiguero. El buen Curneval se detuvo enfurecido junto a un árbol y miró hacia donde oía al braco aproximándose. Pretendía hacer un servicio muy honroso al perro y a quien lo condujera. Pero el buen perrillo venía corriendo solo, como os he dicho ya, sin que nadie lo retuviera, y cuando Curneval lo vio, estoy seguro de que se alegró mucho y fue a su encuentro, hablándole; el perdiguero dio muestras de gran alegría por haber encontrado a Curneval. El temor del escudero se desvaneció y su sufrimiento se deshizo. Cabalgó alegre tras su señor Tristán, guiado por las huellas, pero, tras andar un poco, apenas media milla, perdió de pronto el rastro. Entonces dejó al perro, que ya se había callado, en el suelo y le ordenó mostrar en silencio hacia dónde había ido su amo. El perro corrió detrás de una presa nada salvaje, el hombre y la mujer.

Cuando el intrépido Curneval llegó hasta donde estaba Tristán con la reina, el joven se alegró, como también estuvo muy contento el buen Tristán, que preguntó a Curneval de dónde había sacado al perdiguero. Él le respondió que había venido solo, siguiendo el rastro. Nadie os podría contar el júbilo que se produjo, se olvidaron de todo lo que tenían que lamentar y del dolor que habían sufrido. Durante todo el día cabalgaron bosque adentro, tan lejos que el señor Tristán consideró por fin que, aunque todo el reino lo buscara, no lo encontrarían jamás. Entonces el famoso caballero se detuvo, dijo a su compañero que habían de permanecer allí y se sentaron. Puesto que no se atrevían a salir del bosque por ningún lado, Curneval juntó pronto para su señor suficientes ramas y hojas para hacer una cabaña. La señora no quiso permanecer inactiva y vigiló a los caballos durante todo ese tiempo.

En aquel lugar permanecieron durante más de año y medio sin alimento alguno, pues en verdad os digo que los pobres fugitivos no comían más que las hierbas que encontraban en el bosque. Siempre que hallaban algunas, era esta su mejor comida, igual que cuando el ingenioso Tristán cazaba algo con su arco o cuando, aprovechando sus conocimientos, pescaba algunos peces en un río que fluía por allí con un anzuelo que tenía. En verdad me han contado que Tristán fue el primer hombre en practicar la pesca con

caña. Y también oí decir que fue el primero en descubrir cómo poner a los perdigueros sobre el rastro de una pieza de caza. Él y la hermosa Isolda llevaban una vida dura en aquel bosque salvaje. Pero para ellos era un juego de niños, porque al mismo tiempo gozaban de una gran felicidad por el intenso amor que se profesaban. Según yo lo veo, solo Curneval sufría y fue una maravilla considerable que no muriera. Escuchad ahora todos cómo se organizaron, porque yo puedo contároslo.

Los tres, Tristán, la reina y Curneval, su escudero, acusaban las grandes carencias, pues quienquiera que pasara tanta hambre durante un año (eso no puedo callarlo) moriría. No tenían fuego ni pan. Tampoco sus caballos comían más que hojas, hierba y musgo, lo que os puede extrañar bastante. Además, la intemperie y la lluvia les destrozaban los vestidos y me maravilla que la dama y el caballero no murieran de frío cuando acabaron perdiendo todas sus ropas. Pero el libro y la gente nos cuentan como cosa cierta que pasaron más de dos años en el bosque salvaje, sin ver jamás ni pueblo ni ciudad.

Tenía Tristán una costumbre, en la que lo acompañaba la dama, que consistía en que siempre que se acostaban y hablaban uno con otro, cuando se cansaban, él desenvainaba su espada y la colocaba entre ambos. El hombre no quiso dejar de hacerlo jamás por ningún motivo, de modo que, cuando decidían dormir, la espada quedaba entre los dos[10]. Era extraña la costumbre del hombre y sin embargo, más tarde, los salvaría, puesto que llegó un día en que un cazador del rey vino una mañana temprano hasta la cabaña sin ser visto. Estaban todos dormidos y cuando el hombre del rey vio el arma y reconoció de inmediato al señor Tristán, se marchó aprisa para que no lo vieran y fue hasta el poderoso monarca. ¿Acaso no fue una gran vergüenza que le dijera todo lo que había visto y cómo los había encontrado? El rey, sin embargo, le pidió enseguida que por deseo suyo lo mantuviera todo en secreto y le condujera a él mismo hasta el lugar. Querréis saber qué se proponía con esa acción, pero no os lo puedo decir.

Pronto por la mañana, el cazador cabalgó de nuevo hacia aquel sitio, guiando al rey Marc, como se lo había pedido, hasta el lugar en donde halló a los desvalidos. El rey no se entretuvo, mandó a su gente cuidar de los caballos y se fue solo hacia donde yacía el caballero Tristán. Vio con sus

propios ojos la espada extendida entre ellos, la observó y estiró la mano hacia ella con mucho sigilo, pues estaban dormidos. Les quitó el arma de Tristán a los dos nobles, sacó la suya de la vaina para meter en ella la de Tristán y la colocó en el mismo lugar en donde había estado la otra. El héroe y la dama dormían y no se dieron cuenta. Entonces el rey puso su guante sobre la dama y no es mentira que no la moviera. Retiró la mano de la reina, regresó hasta su caballo y cabalgó donde quiso, como tenía derecho a hacer.

Cuando Tristán despertó y se irguió, vio el guante y preguntó a la dama de quién era. Ella se asustó por ese descubrimiento y dijo que no sabía por medio de qué artificio había llegado allí el guante. En esto, el noble hombre se dio cuenta de que le habían quitado la espada y reconoció de inmediato la del rey. Entonces el señor Tristán habló a la noble reina:

—Jamás saldremos de aquí sanos y salvos. Fíjate bien: aquí estuvo mi señor el rey, que no andará lejos; dondequiera que se haya escondido, está en algún lugar cerca de nosotros. Estamos muertos y solo nos ha salvado su cortesía de que, encontrándonos dormidos, no nos matara de inmediato. En cuanto nos levantemos, ambos habremos perdido nuestras vidas.

El hombre mandó a la mujer que llamara a Curneval y que le hiciera traer los caballos. Pero cuando hubieron montado en ellos, siguieron sin poder ver dónde había ido el rey, de modo que, si lo he oído bien, huyeron a toda prisa hacia el mismo otero, como bien he podido escuchar. Durante todo el largo y claro día trotaron luego por el bosque, hasta que hacia la hora de vísperas llegaron a un valle. Allí los compañeros se detuvieron para hacer lo que les era necesario: cada uno recogió su ración de hierbas y se las comieron; nuevamente estaban sentados juntos comiendo hierbecillas salvajes y la reina tuvo que comer lo que pudo conseguir. Pero en verdad digo que eran suficientemente inteligentes como para comer mejores alimentos, si los hubieran podido encontrar.

Cerca de allí residía un santo ermitaño que era confesor del rey Marc. Por todo lo malo que este cometía, recibía de él la penitencia oportuna; el buen hombre se llamaba Ugrín. Un día, Tristán cabalgó hasta encontrar al buen hombre y quiso recibir de él penitencia, pero aquel no se la quiso dar si antes no abandonaba a la reina y le rogó por el amor de Dios que lo

hiciera, que así se alejaría del pecado; dijo además que no podría salvarse del Diablo si se mantenía fuera de derecho. Pero estas palabras no afectaron al buen caballero lo suficiente como para hacerlo, de modo que se marchó sin recibir la absolución. La fuerza del amor no le permitía abandonar a Isolda, de modo que permaneció con ella en el bosque hasta que —podéis creerlo— cesaron los efectos del bebedizo. Habían transcurrido entonces, según lo dicen los que lo han leído en el libro (y seguro que no es mentira), cuatro años desde que lo bebieron. De pronto a ambos les pareció que eran capaces de separarse y se sintieron completamente hartos de las incomodidades del bosque, de tal manera que no soportaron la penuria ni un solo día más. Apenas consiguieron dejar transcurrir la noche y cuando llegó el día, Tristán cogió a la dama, cabalgó con ella hacia Ugrín y dijo que se arrepentía de no haber hecho todo lo que él le había indicado; añadió también que ahora quería hacerlo de buen grado y la dama confirmó que ese era también su deseo.

El buen ermitaño se alegró muchísimo y para agasajarlos hizo todo lo que pudo y lo que a ellos convino aceptar. El buen Ugrín preguntó a Tristán si se arrepentía de todos los pecados que había cometido con la dama.

—¿Y quieres devolvérsela al rey?

—Sí quiero —dijo el noble caballero, y eso gustó a Ugrín.

El ermitaño escribió enseguida una carta al rey y se la envió por mediación del osado Tristán, pues no tenía otro mensajero. Aconsejaba al rey por Dios que hiciera presto todo lo que se le pedía en el escrito. Cuando la misiva estuvo terminada, Tristán no esperó más y en cuanto fue de noche se puso en marcha. Llegado a Tintaniol, el precavido caballero cabalgó hasta el vergel en el que el rey le había espiado desde lo alto de un árbol. Al caballo lo ató con la brida al tilo junto al que había recibido alegría y dolor y fue a otear el entorno. Caminó hasta donde dormía el rey y le habló a través de la pared, preguntando si dormía.

—Sí, si me dejaran —fue la respuesta del poderoso monarca.

—En verdad te digo que deberás seguir despierto algún rato.

—Dime por qué.

—Me gustaría decirlo si me atreviera.

—Habla pronto, pues te concedo hacerlo.

—Ugrín, tu querido maestro, te incluye en sus rezos más íntimos.

—Dios poderoso se lo pague —contestó el rey y le mandó seguir hablando.

El noble Tristán lanzó entonces la carta a través de una ventana hasta el rey y habló:

—Tu confesor Ugrín te remite esta carta y te manda decir que si le tienes aprecio como confesor escuches bien todo lo que en ella está escrito y me encomienda decir también que te concede la gracia y que te absuelve de todos tus pecados y que a cambio bien puedes aceptar esto. Ordena decirte también que lo que resuelvas hacer en este caso lo mandes escribir mañana dejando colgada la carta en la cruz que hay donde el camino se bifurca junto a la torre, frente a la ciudad. Tu confesor mandará ir a recoger el escrito mañana mismo.

El soberano reconoció perfectamente a Tristán por la voz y no pudo reprimirse sin decir:

—Eres tú, Tristán; bien que te he reconocido. Espérame que quiero hablarte.

El héroe no se atuvo a las palabras del rey, sino que marchó en paz sin esperarlo. El monarca salió de un salto por la puerta y lo llamó seriamente, pero el caballero se fue a donde quiso y el rey no le persiguió. Al soberano se le hizo muy largo el final de la noche y en cuanto fue de día le leyeron la carta. En ella decía lo siguiente: «Señor, que aceptes de nuevo a mi señora, tu esposa, eso es lo que te pide Ugrín por el amor de Dios. Él la manda llevar a tu encuentro por Tristán y por nadie más. Debes recibirlos con amor y devolver tu merced a Tristán; él puede pagártelo arriesgando su vida dondequiera que haga falta, señor mío, tú lo sabes mucho mejor que yo. Por el amor de Dios, yo, Ugrín, tu maestro, te ruego que accedas a dejar este asunto en paz; por Dios y por mi ruego». Y el caballero calló.

Después de que fuera leída la carta dirigida al rey, este contó a sus consejeros cómo habían estado acostados aquellos dos cuando los encontró en el bosque y juró que Tristán jamás la había hecho su mujer, sino que sentía aprecio por ella y ningún otro amor fuera de mesura. De modo que ordenó redactar una carta en la que decía que aceptaría nuevamente a su señora, si a Tristán le parecía bien, al cabo de cuatro días. Pero que él no

podría obtener mayor merced por parte del rey, puesto que le había causado un daño tan grande que nadie le aconsejaría u ordenaría jamás dejar que se quedara en el país, aunque sí quería asegurar al caballero paz fidedigna cuando le trajera a la dama, tanto a la ida como al regreso. En esto actuó con gran justicia y así quedó escrito en la carta. Además le indicaba el lugar al que debía traerle a la reina. Transcurrido el día, el rey ordenó colgar la carta donde el mensajero de Ugrín se lo había indicado y Tristán no dejó de recogerla cuando fue de noche llevándosela a su maestro. Cuando el buen ermitaño leyó lo que decía la carta, se lo dijo al caballero, que se preparó para lo que debía hacer. Puesto que no tenía otras ropas, Ugrín le dio unos míseros vestidos de lino que tenía para sí y de los que podía prescindir. Aunque no eran nada adecuados para Tristán, a él le parecieron buenos. Luego preparó su ánimo para llevar a la dama al punto de encuentro, como se había propuesto. Cuando la llevó, el rey dijo enseguida:

—¿Cómo, señor Tristán, ahora queréis entregarme a la señora?

—De buen grado, señor —respondió el caballero—; ¿puedo al mismo tiempo recuperar el permiso para permanecer en esta tierra?

—No, eso te lo prohíbo.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Muchísimas cosas que me causan deshonra.

—Pagaré gustoso por ellas y, si lo permitís, también mi señora tendrá su provecho.

—No lo aceptaré.

—¿Por qué?

—Porque ya es demasiado.

—Yo no lo creo. ¿Acaso vos sí?

—Sí.

—Entonces tomáis el asunto demasiado en serio.

—No, no es cierto.

—Sí es verdad; si no, perdonadme mi falta para que os lo recompense Dios del cielo.

—Dios me despreciaría si lo hiciera por eso. Mi corazón os odia tanto que jamás podrá volver a sentir afecto por vos.

—¿Cómo me he hecho merecedor de esto?

—¿Cómo? ¡Bien que lo sabéis!

—Os serviré tanto que volveréis a estimarme.

—No deseo vuestro servicio.

—¿Por qué no, señor?

—Os lo diré: porque por él he recibido también mucho daño y mucha deshonra de vos.

—¿No queréis siquiera consentir que permanezca en vuestro reino?

—No, estaríais demasiado cerca de mí. Tenéis que marcharos. Puedo prescindir de vos.

Entonces el noble Tristán le habló enfurecido a su señor:

—Llevaos pues a la reina, que yo me iré y haré lo que mejor pueda. Pero no viviréis el día en que vuelva a solicitar vuestra merced con tanta reverencia. Asumiré vuestro odio, puesto que no es culpa mía. Y podéis estar totalmente seguro de que, si no tuvierais a vuestra mujer, en verdad que yo pondría en peligro vuestra vida; pero su gran bondad os protegerá de mí —y el buen caballero Tristán añadió—: ¡Ay!, poderoso rey del cielo, ¡cuánto duele al hombre dejar lo que tan justamente estima, como yo estimo a mi señora! Sea para bien o para mal, yo os la devuelvo, señor rey —añadió el caballero—. Aceptad a mi señora, pues con gran pesar tengo que alejarme de ella.

El rey Marc se marchó llevándose de nuevo a la reina y vivió con ella muchos años en amor. Grande fue el dolor con el que los buenos amigos se partieron. Tristán encomendó su perro a la noble reina y le pidió por el amor verdadero que lo cuidara con esmero, lo fuera a ver todos los días y pensara en él cada vez que lo hiciera.

—Si algo me amáis, demostradlo con el perdiguero.

Y ella cogió al perro cariñosamente en sus brazos. Luego, Tristán tuvo que partir[11].

El virtuoso hombre cabalgó hacia donde pudiera vivir, a la corte del rey Ganoye. Una mañana muy temprano, el noble Tristán llegó hasta donde encontró a ese rey, y fue bien recibido. Aunque no permaneció allí mucho tiempo —lo que dolió mucho al monarca—, serían demasiado largas de contar todas las proezas que el noble y dichoso hombre realizó en ese reino y las hazañas que emprendió. Pero al poco tiempo se propuso seguir

nuevamente su camino. Cumplió su deber agradeciendo al rey de corazón la amistad y el respeto que se le habían ofrecido allí y emprendió su marcha sin retorno. No tenía entonces más compañía que la de Curneval, con quien el noble hombre cabalgó hasta la tierra de Bretaña.

Cuando llegó allí, no hubierais visto jamás a hombre alguno ser objeto de un recibimiento mejor que el que le dispensaron el poderoso rey y todos los suyos. Pero nadie se alegró más de su llegada que el señor Galván, quien lo convirtió de inmediato en su compañero, ofreciéndole amistad y buen trato. Tristán podía disponer en la corte de todo lo que deseara y dondequiera que hubiera que combatir, Tristán se llevaba la fama sin que nadie se la disputara. Esto lo hizo durante tanto tiempo que obtuvo el máximo reconocimiento, de modo que no había hombre en la corte que no reconociera que no había visto jamás a un guerrero más osado que Tristán. Residían allí muchos caballeros que realizaban grandes proezas, pero lo que él hacía nadie lograba igualarlo. En aquel tiempo, los jóvenes iban a cabalgar armados en busca de aventuras, según su costumbre, durante dos o tres días. Y el procedimiento no consistía en otra cosa que obligar a combatir con ellos a todo aquel con quien se encontraran, le gustara o no. Eso es lo que solían hacer los buenos caballeros en la corte del rey Artús y eso les proporcionaba gran fama, pues todos trataban de demostrar así su valía.

Había a la sazón un buen caballero que poseía el valor de un león y que se llamaba Chevalier Delecors. Jamás dejaba de hacer nada por lo que se obtuviera fama y honra. Era un hombre muy valiente que recibía muchos elogios; era aguerrido y cortés y había recorrido muchos países, sin llegar nunca al lugar en que fuera derribado por la lanza de guerrero alguno o en que huyera por temor a un adversario. Con su fuerte mano obró hazañas de verdadera hombría. Un día, este héroe cabalgó hacia el bosque en busca de aventuras; llegado allí, el caballero cambió su armadura para no ser reconocido, algo que se acostumbraba a hacer por orgullo. En esto vino Tristán atravesando el prado, acometió al caballero y lo derribó del caballo como si fuera la primera vez que montaba en uno. ¿Que si cogió el corcel? Sí, se lo llevó enseguida; y luego pasó por allí un pobre hombre al que le

entregó el rocín, aunque él se encubrió con tal habilidad que el otro no supo quién le había regalado el caballo.

Chevalier Delecors, el caballero, no permaneció tumbado, pues era cortés y educado, regresó al castillo a pie —algo que no le había ocurrido jamás— y explicó él mismo lo que le había sucedido. Pasaron seis semanas desde el día en que fue derribado sin que nadie oyera decir palabra o tuviera indicio alguno sobre quién lo había hecho. Galván y el rey coincidieron entonces en que tenía que haber sido Tristán, pues ambos juzgaban no conocer a ningún otro hombre que fuera tan excelente como para hacerlo.

—Aparte de él, nadie podría haber realizado esta proeza, pero ¿quién podrá probárnoslo?

El rey pidió que alguien se atreviera a intentarlo. De ahí que el hábil señor Galván interrogara disimuladamente a su compañero, quien sin embargo no se lo quiso revelar. Pero entonces él le rogó muy encarecidamente que, por Isolda, le dijera si era él quien lo había hecho. A estas palabras, el héroe contestó sin dudarlo un momento:

—Compañero, sí lo hice. Todo lo que se me pregunta por amor a mi señora, lo digo abiertamente y no lo escondo ante amenaza alguna, ni aunque tenga que morir por ello.

Dijo entonces el caballero Galván:

—Alabada sea mi señora la reina, pues por amor a ella me ha sido revelado este asunto. Dime, compañero, ¿consigues verla tantas veces como deseas?

—No, por desgracia; puedes estar seguro de que no tengo esa suerte.

—¿Desearías acaso verla, amigo?

—Sí quiero, aunque tenga que morir por ello.

—Pues yo me esforzaré en este asunto y, si puedo, te ayudaré a que en poco tiempo consigas reunirte con tu señora. Mi señor tiene cerca de aquí, en Tintaniol, una casa de caza; por ti el rey Artús irá allí a cazar y yo te llevaré conmigo, si puede ser, hasta donde puedas encontrarte con tu señora, la reina.

Tristán se alegró mucho de ello y Galván organizó que el rey fuera allí a cazar. Escuchad ahora con qué habilidad mi señor Galván cumplió lo que se había propuesto hacer. El bosque del que os voy a hablar y al que el rey fue

a la sazón de cacería, no le pertenecía solo a él, sino que era también de su buen amigo Marc. Y si una parte del venado se refugiaba en el monte junto a Tintaniol, los señores acordaban juntarse, coger cada uno sus perros y cazar despreocupadamente hacia donde más les gustara, ya fuera hacia la quinta o hacia la ciudad. Galván pidió a los cazadores que, si sentían aprecio por él, soltaran a un ciervo para que corriera hasta Tintaniol. Los monteros no dejaron de cumplir lo que les había pedido y el ciervo hizo lo que debía después de que lo ahuyentaran de la estancia de caza. Cuando le dieron alcance cerca de la ciudad, llegó allí cabalgando el rey Artús con los suyos y mandó matar al ciervo. Pero Galván y el noble caballero Tristán rogaron que lo dejaran vivir hasta que ellos le dieran muerte, aunque luego fueron retrasándolo con astucia, de modo que no lo sacrificaron hasta el atardecer. Entre que dieron fin a la matanza y acordaron quién de los dos se lo llevaría, ocurrió que, cuando el rey quiso partir, el día había llegado a su fin. El monarca increpó a su sobrino:

—Tú tienes la culpa de esta situación, pues no me dejaste matar al ciervo a tiempo. Ahora tendremos que cabalgar de noche hasta tres millas largas.

—¿Qué necesidad hay de apresurarse tanto? —preguntó Galván, el caballero—. Tintaniol no está lejos; allí sin duda podréis quedaros y encontrar acomodo para esta noche con el rey Marc, que tantas veces y con tanto apremio os ha invitado a su casa.

El rey Artús le respondió:

—Tú sabes bien cuál es la situación, que tu compañero Tristán no goza de su favor.

El arrojado caballero respondió:

—Enviad, pues, a Kei y mandadle decir que desearíais alojaros en su casa si él concediera inmunidad también a los que vienen con vos.

Kei tuvo que ir allí y cuando llegó a Tintaniol y el rey Marc escuchó lo que Kei decía de su señor, le respondió enseguida que todos gozarían de inmunidad, sin importar el daño que le pudieran haber causado. Kei se alegró profundamente y, sin entretenerse, fue a comunicárselo a su señor.

—¿Qué peligro habríamos de temer ahora? —concluyó el caballero Galván, y Tristán se alegró con él.

Cuando Marc el soberano oyó que acudía a él tan preciado huésped, fue con cirios a su encuentro. Me atrevo a dar fe tan certeramente como siempre debo hacerlo de que los recibió bien a todos, al huésped y a los suyos, excepto a uno. El rey Artús se presentó entonces ante la hermosa reina y ella lo recibió con cariño a él y a todos los que le acompañaban. Oíd: la señora deseó hablar con el señor Galván, pero él no quería separarse de la compañía de su amigo y prefería que ella no lo besara, pues lamentablemente a ella no le estaba permitido saludar a Tristán. Aunque ella no podía hacer nada en contra, no le gustaba. De modo que en esa ocasión Galván no recibió ningún beso, lo cual, sin embargo, sobrellevó sin enojo alguno.

Con gran hospitalidad, el rey ofreció a sus queridos huéspedes alojamiento y gran abundancia de todos los alimentos que Dios creó. Cuando hubieron comido y bebido según su mesura, el anfitrión rogó a su huésped que cuidara bien de que en aquella su casa ninguno de los que habían venido con él le causara deshonra alguna y añadió que había concedido firme inmunidad a todos y quería cuidar bien de ellos.

—Pero si alguien osara deshonrarme, sería su fin. Advierto a ese que me pagaría por todo lo que hizo.

El noble huésped dijo enseguida:

—Podéis contar con mi ayuda para que quienquiera que os cause alguna deshonra sea castigado debidamente.

Así es como fue saludado y advertido Tristán. Pero él mantenía la vieja costumbre de no querer permanecer alejado de su amada señora ni por la amenaza de nadie; y esto le causó problemas. No miento si os digo que, antiguamente, los reyes no vivían en salones señoriales, pues no tenían tantos buenos aposentos como los soberanos de hoy en día. Esto se podía comprobar en la corte de Marc, pues sus huéspedes no tenían otro sitio del castillo donde descansar sino la sala; en ella se echaron a dormir todos juntos. En aquel tiempo, el rey y su mujer solían yacer en un extremo de esa sala y acostumbraban también a estar cada uno en su cama. Tristán lo vio perfectamente y se propuso llegar hasta ella. Pero el malvado anfitrión había mandado clavar hierros de lobo en una tabla[12]. Además, el chambelán decidió apagar las luces, pues sabía bien que Tristán trataría de

llegar hasta donde estuviera la señora, fuera en su provecho o para su desgracia, y pretendía herirlo con el hierro y luego matarlo; así protegía él a la reina.

Tristán no sabía que le habían preparado esa trampa y, cuando todo el mundo dormía, no dejó de ir hacia donde estaba la reina. Sucedió entonces lo que tenía que ocurrir y se cortó profundamente. A pesar de ello, no quiso regresar sin antes reunirse con la dama. Arrancó el ribete de su camisa y vendó con él la herida. Entonces Tristán fue y habló con ella. Pero la sangre traspasaba en abundancia el pantalón, puesto que ni las múltiples capas de la venda lograban retenerla, y la pierna le quedó toda ensangrentada. Tristán no estuvo mucho rato con la señora y bien podéis creer que ella lo lamentó mucho. Él le dijo lo que le había ocurrido y ella se asustó y comenzó a llorar fuertemente. Tuvieron que separarse enseguida, sin que se hubieran producido allí más que besos, miradas y abrazos amorosos. Luego el hombre regresó a su lecho para volver a echarse en él y comenzó a sangrar como un cerdo.

—Ahora sin duda alguna perderé la vida; el rey me hará pagar muy severamente toda su ira.

Las quejosas palabras que el barón comenzó a pronunciar las escuchó Galván, quien preguntó qué le ocurría. Nada más saberlo, se entristeció mucho y comenzó un llanto tal que lo oyeron todos los que yacían en la sala. Cuando el rey Artús se enteró de que el osado caballero Tristán se había cortado profundamente, se lamentó con gran dolor y lo mismo hicieron todos los que allí estaban; se decían unos a otros:

—Morirá con toda certeza, pues el señor lo ha advertido con palabras tan severas que no podremos apaciguarlo.

—O le ayudamos a salir de esta amenaza o moriremos todos con él —dijo aquel a quien Tristán había derribado y Galván afirmó lo mismo y así hicieron también todos los que habían venido allí con Artús, que decidieron sin titubear permanecer todos en su sitio, recibieran daño o provecho, o ayudarle a huir. El señor y todos sus hombres lo prometieron fielmente. Pero Kei dijo:

—Todos os creéis valientes, pero ¿cómo lo demostráis? A mí me parecerá cortés aquel que encuentre ahora la manera de ayudarle a salir de

aquí —lo había dicho con sarcasmo y por odio les dio un consejo que, sin embargo, era bueno—. Os diré, señores, lo que debéis hacer: comenzaremos un altercado y en el desorden generalizado cuidaremos de que todos recibamos cortes; así es como le ayudaremos.

El señor Galván habló:

—Alabado seas por esta idea. Por mi fe que has dicho la verdad.

Todos se declararon dispuestos, e inmediatamente se levantaron de un salto y comenzaron el altercado, empujándose unos a otros y poniendo atención en cortarse todos; con la única excepción de Kei, que con astucia lo fue esquivando hasta que Galván lo agarró también a él y lo derribó sobre la tabla de tal manera que las cuchillas le produjeron a él la herida mayor.

—¡Ay, qué gran desgracia! —gritó ahora a toda voz el guerrero Kei—. ¿Es que hay lobos en esta sala para que se les coloquen trampas aquí? ¡Pues que Dios los aniquile, que yo ya tengo la pierna toda desgarrada! Que Dios nos lleve pronto a casa. ¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde se vio tal felonía jamás cometida por rey alguno, que tiene huéspedes preciados en su casa y les causa cortes con cuchillas? Extrañas son las costumbres que hay aquí.

Lo dijo en voz tan alta que el rey despertó y les habló airado:

—¿Qué es lo que hacéis, señores? Creí que sabíais comportaros, pero ya veo que sois de los que hacen alboroto nocturno, como los fantasmas.

—Yo no consigo llamarlos al orden —lo secundó el rey Artús—, sino que hacen lo mismo a todas horas y en casa no cejan ni por mí ni por mi mujer.

A estas palabras, el rey Marc aplacó pronto su ira, cosa que alegró a todos, de modo que se volvieron a acostar. El osado Tristán regresó a donde estaba su señora y ahora ambos sí yacieron juntos. Os digo sin que me lo preguntéis que tuvieron solaz y que no se separaron hasta la llegada del día.

Cuando los caballeros se levantaron y cada uno vendó sus heridas quejándose de ellas, Marc sintió vergüenza de que no hubiera nadie que quedara a salvo. A todos se les veía cojear y a Kei el que más. Así cumplió Galván lo que había prometido a Tristán. Luego los reyes se despidieron y Artús regresó a casa. Pero Tristán no permaneció después mucho tiempo a su lado y aunque esto entristeció a aquel, el joven no abandonó por nada su

propósito y se marchó. Mi señor Galván se lamentó mucho de que su compañero se separara de él y le recordó su amistad y todas las experiencias buenas y entrañables que habían tenido. Pero aun así, nadie consiguió mudar su determinación. Los hombres del monarca se lamentaron de su marcha. El noble rey Artús le ofreció propiedades y feudos. No sé qué es lo que le ocurrió para que no cejara en su propósito, solo que emprendió su camino llevando consigo su armadura. Galván afirmó que jamás había sentido pena igual y lo mismo dijeron la reina y el poderoso soberano.

Tristán estuvo cabalgando tanto como pudo durante siete noches. Llegó entonces a un hermoso país que estaba tan devastado y quemado que no encontró en él ninguna casa. Había muchos castillos completamente destruidos; en ellos se había castigado lo que desde ellos se había cometido. Vio entonces junto al camino muchos pueblos y ciudades, pero durante tres días más cabalgó sin oír en todo el país a perro o gallo alguno, de modo que la misteriosa visión terminó abatiéndolo fuertemente. Llegada la novena hora del cuarto día, el noble caballero divisó sobre una montaña una vieja capilla y a su lado el valiente vio una pequeña casita, que bien podía ser la de un capellán que oficiara allí, de cuya chimenea salía humo. Los dos jóvenes caballeros[13] se allegaron hasta allí enseguida y encontraron a un sacerdote llamado Miguel. Tristán se echó a sus pies y le solicitó alojamiento. Aquel le contestó que de buen grado les daría lo mejor que tuviera, de modo que tanto los caballos como los hombres reposaron hasta el amanecer del día siguiente. Por la noche, mientras comían sentados junto al fuego, Tristán preguntó a Miguel, el buen hombre, qué país era aquel. El otro le informó de que había sido una buena tierra antes de ser devastada de aquella forma.

—Aquí crecían el trigo y la vid. Su soberano, el que dirige aquí la jurisdicción y ostenta el poder, se llama Havelín y es un rey magnífico y noble. Esta gran deshonra se la han causado sus hombres, los que debían prestarle auxilio y servirle a cambio de sus bienes. Os contaré cómo ocurrió que mi señor fuera denigrado de tal manera. Riol de Nantes[14] es un conde poderoso que pidió a mi señor que le entregara su hija. Pero él no quería ni podía entregársela a su hombre, por lo que este decidió cogerla por su cuenta, pues es un buen combatiente. Si no perpetrara el delito que comete

contra mi señor, sería valiente y bueno. Los barones se han puesto todos de su lado y han destruido los castillos de mi querido señor. Él se ha refugiado con una pequeña mesnada en Karahés, ciudad que los otros no pueden conquistar. Este es el daño que ha recibido por no querer casar mal a su hija, porque el conde no es de la misma alcurnia que ella. El hecho de que el rey haya perdido sus bienes también ha causado perjuicio a muchos de sus hombres, pues antes todo aquel que le solicitaba algo lo obtenía en abundancia. El rey tiene también un hijo, llamado Kehenís, que es un valiente caballero. Si el derecho de la corte lo protegiera, él se atrevería a enfrentarse a uno que fuera su igual y no huiría de él. Pero los enemigos son tantos que con los movimientos de guerra es incapaz de vencerlos. Ellos no dejan pasar ni un solo día sin ir a buscarle frente al castillo, pero las puertas permanecen cerradas y nadie sale de ellas. Muy mal está la situación.

Tristán preguntó por la distancia hasta ese castillo en el que había tanta necesidad y el otro le informó de que desde allí eran solo dos millas cortas. Nada más amanecer, Tristán pidió licencia y se hizo mostrar la plaza. Cuando llegó a Karahés, halló al monarca de pie en las almenas y le preguntó con amabilidad si estaba ahí el rey. El propio señor dijo:

—Sí. ¿Qué deseáis? Soy yo mismo.

Su hijo se dejó ver también y observó al caballero. Don Tristán dijo:

—Señor, he oído grandes lamentaciones de que vuestros enemigos os han causado deshonra y daño. Yo he venido aquí a serviros, pues es mi deseo.

El rey permaneció callado. Al fin le habló:

—Desgraciadamente, mi situación no me permite manteneros de un modo que a ambos nos sea de provecho.

Al escuchar estas palabras, Tristán respondió muy correctamente:

—¿Por qué decís esto, rey, poderoso señor?

—Tengo que conoceros mejor —dijo el rey Havelín— antes de informaros acerca del estado de esta plaza.

El buen caballero insistió:

—Me llamo Tristán, la tierra de mi padre es Leonís, soy el hijo de la hermana de Marc y he venido desde Cornualles hasta aquí para brindaros

ayuda y apoyo, pues a menudo he oído de vos palabras honrosas y de reconocimiento.

—Ay Dios, ¡qué pena y qué desgracia, que mis ojos os llegaran a ver y que no pueda manteneros aquí!

—¿Por qué no?

—No me atrevo a decíroslo; sé con certeza que no sería bueno hacerlo.

—Os prometo fielmente, señor, que no os delataré. Además, no quiero que me paguéis, a no ser que no os traiga mayor deshonra. ¿Qué más debo deciros?

—No me queda más remedio que exponeros mi lamentable situación: no tenemos aquí ni pan ni alimento alguno. Sin duda, vos no querríais soportar las privaciones que nosotros, pobres personas, sufrimos, tan miserable es el estado en que nos encontramos.

Pero Tristán respondió enseguida al rey:

—Señor, en verdad os digo que sobreviví más de dos años en un bosque no teniendo nunca pan para comer; de modo que sabe Dios que lo puedo volver a hacer.

—Aquí dentro no hay nadie, ni rey ni reina, ni hombre ni mujer que se alimente de otra cosa que no sean unas pocas habas.

—Dios os lo pague. ¡Dejadme vivir así con vos! —dijo Tristán.

Entonces habló Kehenís, el caballero:

—Quiere quedarse aquí por su propia voluntad, padre, y nos habla con seriedad. Recibidlo amablemente por mí y permitidle que obtenga con nosotros provecho o perjuicio.

El rey le dio la bienvenida en el perjuicio o el provecho. Cuando los soldados lo oyeron, saltaron prestos hacia el portal, retiraron inmediatamente la aldaba y dejaron entrar al caballero. Kehenís fue a su encuentro y recibió al valeroso Tristán como su compañero; ambos se prometieron amistad con palabras y con las manos. Kehenís le dijo al momento:

—Compañero, vayamos adentro para que te reciban las damas; así podrás ver a mi hermana. En verdad que admitirás que jamás hubo mujer más hermosa. Bien podría ser la esposa de un rey sin que en ello hubiera deshonra.

—¿Cómo se llama tu hermana?

—Se llama Isolda, amigo.

En aquel instante, Tristán creyó que ella lo había escogido a él y pensó para sí: «A Isolda perdí y a Isolda he vuelto a encontrar». En ese momento llegaron a donde la vio. Pero aunque no dijo nada, sin duda él conocía a una mujer más hermosa que aquella, esto puedo decirlo aquí por verdad.

Cuando se marcharon, Tristán y Kehenís se cogieron de las manos y el valeroso e intrépido caballero comenzó a preguntar por la situación militar y si había posibilidad de salir de la ciudad. Kehenís le explicó que el enemigo tenía tanta caballería y que eran acosados tan intensamente por un ejército tan poderoso, que no les podían hacer frente.

—El noble Riol, su señor, cabalga muy adelantado, esperando que alguien ose enfrentársele. Pero entre nosotros no hay hombre alguno que se atreva a salir; eso lo saben todos bien y por eso cabalgan como quieren.

Tristán pidió entonces con insistencia a su compañero que le ayudara a salir de la ciudad por la mañana, antes de que llegara el día. Kehenís le advirtió:

—Debo indicarte que se ha prometido y jurado que mientras los enemigos estén allí enfrente no se abriría el portal.

Pero Tristán le recordó de inmediato la fidelidad que le había prometido para que, por su amistad, le ayudara a salir temprano de la ciudad, y Kehenís se vio obligado a hacerlo. Creedme lo que os voy a contar: por la mañana, cuando comenzaba a amanecer, Tristán llegó rápido al campo. Quería enfrentarse a Riol y se detuvo en un otero. Lo vio acercarse, muy alejado de su séquito, y también el conde se percató de la presencia de Tristán en el campo, algo que jamás le había ocurrido antes, de modo que quiso comprobar si se atrevería a enfrentársele y se dirigió hacia él cabalgando a todo galope. También Tristán acometió al caballero y lo derribó al suelo; luego cabalgó por encima de él, forzándolo a entregarse. En verdad os digo que le dio muchos golpes peligrosos en el yelmo y que le destrozó por completo el escudo. Finalmente, el otro se vio obligado a darle su palabra, pues tenía gran temor a morir. Prometió a Tristán fidelidad y que vendría a la ciudad, sería su prisionero, no se marcharía de allí, haría todo lo que él le ordenara y que no dejaría de hacerlo por ningún motivo. El joven

adversario se contentaba con haber escapado vivo. En esto llegaron los vasallos de ese conde, cosa que deberían haber hecho antes, y protegieron a su señor. Tristán no huyó lejos, pero sí tuvo que apartarse. Entonces los enemigos acosaron la ciudad con las armas, pero cuando se cansaron de su ataque, regresaron todos y Riol, el valeroso conde, vino solo al burgo, pues su palabra era sincera, e hizo lo que debía. Entonces su amo, el prudente caballero Tristán, le dijo:

—Para ser tratado bien, deberéis alimentar la fortaleza durante siete noches y si hoy mismo no se nos trae vino y trigo, veréis cuál es la torre más alta que hay en la ciudad. De esto podéis estar enteramente cierto.

Riol era un hombre con orgullo y le pareció que sería deshonroso ser encerrado en una torre, de modo que decidió que prefería recibir el perjuicio de sus provisiones. Por eso mandó que reunieran y le trajeran allí tantos alimentos que hubo de sobra para más de seis semanas. Los enemigos del rey quisieron castigar esta acción y le hicieron llegar el mensaje de que, para deshonrarlo, por la mañana temprano iban a destruir la ciudad. Y mandaron decirle también que, si seguía reteniendo al conde, perderían la vida tanto él como todos los que estuvieran allí dentro, pues pensaban conquistar la ciudad y no dejar a nadie con vida.

—¡Dios se apiade de nosotros! —dijo el valeroso Tristán—. Pero les duela o les agrade, el conde Riol no será liberado por amenaza alguna.

Cuando Tristán hubo dicho esto, al rey le llegó una misiva de dos sobrinos suyos que decían haber venido en su ayuda con doscientos buenos caballeros y con provisiones propias para permanecer allí doce semanas o más. Habían venido por mar y estaban cabalgando ahora hacia la ciudad. Tristán rogó al monarca que los recibiera dignamente. El rey mismo fue al encuentro de los barones con un gran séquito y recibió a sus parientes con grandes honores. Nadie debe preguntar con qué afecto los recibió. Al poco rato, el propio monarca informó a sus amigos de lo que había hecho Tristán y de que había venido a ofrecerle consejo para remediar su situación. Ordenó a su hijo y rogó a sus parientes y hombres que todos se pusieran a sus órdenes y añadió que quienquiera que desobedeciera una orden de Tristán estaría deshonrando al rey. Eso plugo a todos los señores.

Cuando el soberano percibió que sus enemigos pretendían llevar a cabo su amenaza, Tristán, su caudillo, mandó a los caballeros calzarse las grebas, vestirse las corazas y atarse fuertemente los yelmos. Dijo:

—Si Dios quiere, nos encontrarán en el campo, sean pocos o muchos.

Se hizo lo que ordenó y seguidamente se juntaron todos en una plaza. Tristán pidió a los barones que le siguieran todos solícitos hasta donde debían combatir. Luego el magnífico joven salió cabalgando de la ciudad y mandó a la tropa detenerse delante de ella. A su señor le pidió que se quedara dentro con cien caballeros de buenas corazas y con toda la gente que pudiera conseguir de entre el pueblo y que fuera útil para luchar con mazas, dardos, escudos abombados, alabardas y lanzas. Gran parte de ellos llevaban espadas afiladas con las que daban grandes golpes. Dejó allí también muchos yelmos de acero debajo de los cuales había otros tantos buenos combatientes. Y no olvidó a ninguno de los valientes burgueses armados con excelentes corazas. Dejó apostados asimismo excelentes tiradores que debían servirle para que, en caso de que él fuera forzado a retroceder, detuvieran el avance de los otros. No se entretuvo más, sino que marchó más adelante y apostó allí a uno de los sobrinos del rey con la mitad de los que habían venido con él y al otro lo apostó con el resto de la mesnada aún más lejos de la ciudad. A todos ellos les pidió que permanecieran al acecho en silencio y que no se movieran de allí si él no se lo ordenaba en persona o a través de Curneval. Él mismo y Kehenís cabalgaron con doscientos yelmos hacia los adversarios, un propósito harto audaz.

Cuando se les acercaron lo suficiente para verlos bien, se emboscaron manteniéndose todos juntos. Los otros se percataron de su presencia y en el acto se dirigieron hacia ellos, en parte todavía desarmados, lo que supuso la muerte de muchos, porque los otros permanecieron quietos con aviesa intención hasta que estos llegaron a su lado. Entonces se cubrieron con los escudos y los acometieron con fuerza, poniéndolos en fuga. Pero Tristán les causó grandes bajas: apresó a cuarenta de ellos, sin contar a los que mató. A pesar de ello, creo que aún fueron muchos los que comenzaron a hacerle frente, aunque recibieron abundantes heridas antes de conseguir por fin que retrocediera. El valiente caballero huyó precavidamente sin haber sufrido

baja alguna y enseguida fue reconfortado por uno de los sobrinos del rey, porque se había hecho perseguir hacia el escondrijo en el que este estaba acechando. Tristán lo llamó, ordenándole que acometiera. El barón soltó las riendas a su caballo y lo hizo cabalgar hacia el combate.

—¡Tú apresa a aquel, yo mato a este! —así gritaban todos entre el gran ruido de la batalla y ninguno quiso dejar de luchar con gran entrega hasta llegar junto a su señor Tristán; muchas vidas fueron segadas.

Antes de que terminara la lucha, volvieron a apresarles treinta caballeros o más. Muchos combatientes cayeron como ganado sobre el campo de batalla; la espada de Tristán hacía caer a incontables guerreros, con el filo partió muchos sólidos yelmos, por su mano cayeron muchos intrépidos soldados. Pero al fin Tristán tuvo que retroceder de nuevo y se retiró gallardamente hasta donde aguardaba el otro conde, ordenándole salir con valor de su emboscada. El barón no dejó de hacerlo, pues era audaz, cogió él mismo su estandarte y entró en la lucha. Entonces comenzó la más cruenta batalla que jamás vieran ojos humanos: gran mortandad causaron los jóvenes cuando con los hierros de las lanzas atravesaron los anillos. Hasta muy lejos se oían retumbar los golpes de espada que daban los fuertes guerreros.

Mucho se cuenta de Teodorico, pero Kehenís y Tristán lucharon tan impetuosamente que ni Teodorico ni Hildebrando hubieran podido realizar jamás una proeza mayor[15]. Tristán pensó entonces que, si viniera el rey, él le entregaría la victoria. Fuera de la refriega vio a Curneval y le pidió que cabalgara para ordenar al rey que viniera. En esto, alguien cogió las riendas del famoso caballero Kehenís; lo hizo Nampetenís, un caballero muy arrojado que se llevó al héroe acosándolo para conseguir su rendición. Mucho le dolió esto a Tristán y nada más oírlo fue en ayuda de su compañero, dando fuertes estocadas que hicieron que el valiente Nampetenís soltara a su amigo. Luego el experimentado Tristán regresó de nuevo a la batalla partiendo yelmos y ensangrentando escudos; el caballero Kehenís hizo muchos huérfanos; y grande fue también la hazaña de los dos sobrinos del rey, que en aquel día arrebataron a muchas damas sus amados, avanzaban dando fuertes golpes y destrozando yelmos, matando e hiriendo a gran cantidad de combatientes, pues mucho sabían ya de guerra. Tristán y

los suyos lucharon con gran ira. Cuando mataban los corceles en los que iban montados, enseguida se ponían en pie.

—No es por propia voluntad por lo que tenemos que luchar por nuestras vidas —decían los soberbios combatientes—. No podemos huir, pues si se hiciera según ellos desean, no saldríamos de esta.

Los jóvenes hicieron caer a muchos guerreros con los escudos astillados y las corazas destrozadas, de las que brotaba la sangre de los combatientes. Muchas cotas se traspasaron con saña y en el ejército del conde Riol podían verse incontables yelmos hechos añicos y gran cantidad de muertos. La sangre formó un gran mar espeso en el que en ciertos lugares vadeaban hasta las rodillas. ¿Quién vio jamás matanza tan grande como la que realizó el valiente Tristán? Aunque tenía una hueste pequeña, los otros desesperaban cuando veían la terrible carnicería de los muchos guerreros que caían muertos de la mano de Tristán y de Kehenís. A los pájaros se les dio allí comida para mucho tiempo. Luego los sobrinos del rey se echaron los escudos a las espaldas y comenzaron un nuevo combate de tal manera que iban dando estocadas con ambas manos haciendo salpicar la clara sangre; y muchos perdieron tanta sangre que cayeron muertos. Los formidables guerreros vengaron el dolor de su tío, como deben hacer los valerosos. Hombre caía sobre hombre, el polvo quedó bañado por la sangre, los caballeros partieron muchos bellos yelmos, todo lo que alcanzaban con sus espadas estaba perdido. Los valientes luchadores vengaron la ira del rey Havelín con tal odio que muchos se apenaron por ello. Los caballos huían con las sillas vacías por el campo, los escudos quedaban completamente destrozados en las manos, muchos héroes cayeron.

En estas los atacó el rey, tras cuya bandera iba un poderoso ejército.

—¡Karahés! —gritaba a toda voz, y a los enemigos no tardó en llegarles la perdición. Fueron presa de un gran temor, y, creyendo que todo el campo estaba lleno de excelentes adversarios, dejaron de combatir, se volvieron de espaldas y huyeron. Allí fueron muertos muchos de los señores y de sus hombres.

Si queréis escucharme, yo os contaré que, terminada la batalla, el rey dio media vuelta y regresó a la ciudad, ordenando y rogando a los barones que acudieran todos ante él y escucharan sus palabras. Agradeció a todos

muy encarecidamente, a sus mesnadas y al noble Tristán, que le hubieran devuelto el mando y el poder sobre todo su país y reino. A sus sobrinos, que habían venido por mar a honrarle, servirle y ayudarle, los recompensó generosamente y los envió a su tierra con honores, seguidos de sus paladines.

Tristán permaneció allí y negoció la reconciliación con toda la honra para el rey. Pero el valiente Kehenís temió entonces que su compañero quisiera marcharse, de modo que se propuso ganarse su confianza de tal forma que accediera gustoso a permanecer para siempre con él en Karahés, pues creía que en esto le iban su fama y su fortuna.

—Querido amigo —le dijo—, mi padre te aprecia; ¿por qué no le pides que te dé a mi hermana?

—Lo haría encantado —contestó el caballero— si supiera que él accedería, pues si por desgracia no hiciera lo que le pidiera, todo mi servicio habría sido en vano.

—¿Y si a él le place y te la entrega de grado?

—Entonces en verdad que la aceptaré de buena gana —respondió Tristán.

Acto seguido, Kehenís informó a su padre de aquella conversación y este le respondió de la misma forma en que lo hizo Tristán. De modo que Kehenís juntó en poco tiempo a los solteros y la dama fue entregada por esposa a Tristán. Ella vivió con el noble caballero durante más de un año —esto lo he oído contar por cierto— sin llegar a ser nunca su mujer; y la dama lo sobrellevó sin recelo alguno.

Isolda tampoco habló de ello con nadie, hasta que un día el rey y la reina, con Tristán y su esposa y con Kehenís, paseaban a caballo por una quebrada cerca de la ciudad de Karahés. En un momento dado, el palafrén de Isolda pisoteó una charca limpia de manera que el agua le saltó a ella por debajo de la camisa hasta la rodilla.

—¡Mal hayas, agua! —dijo—. ¿Qué maneras son estas? ¿Cómo te atreves a saltar por debajo de mi vestido hasta donde jamás llegó ni se atrevió a llegar la mano de caballero alguno?

Su hermano Kehenís lo oyó y comentó que no era del todo cierto. La dama lamentó que él la hubiera escuchado; sin embargo, pronunció las

siguientes palabras:

—Lo que digo es verdad.

—Pero si has vivido más de un año con tu marido. ¿Cómo podría haber parte alguna de tu cuerpo que no haya acariciado la mano de mi amigo? Me estás mintiendo.

—En verdad que no es ninguna mentira. Tu amigo es tan comedido que con su mano no ha acariciado mi rodilla desnuda.

—¿Es que acaso no te ha hecho su mujer?

—No, por mi vida. Ni él ni ningún otro hombre.

En efecto, eso no había ocurrido.

Kehenís no se retuvo y exclamó ante su padre y ante todos sus allegados que Tristán no deseaba a su hermana por esposa.

—Esto es una vergüenza para nosotros y deberá pagarlo con su vida, porque lo ha hecho para repudiarla.

—¡Dios nos maldiga si hemos de permitirlo! —sentenció el rey, su padre.

—¿Lo castigamos de inmediato? —preguntó Kehenís—. ¿Cuál es el mejor modo de hacerlo?

El rey cogió para ello a parientes y vasallos, como si lo quisiera matar en el acto en el camino por el que cabalgaba. Pero eso sí disgustó a Kehenís, que le pidió que esperara un instante.

—Puesto que es mi amigo, quiero acusarlo primero, para que mi fama no se pierda con él.

¿Queréis oír lo que dijo a Tristán cuando lo vio?

—Amigo, quiero acusaros: no puedo seguir manteniendo amistad con vos.

—¿Cómo es eso?

—No puedo seguir teniéndoos aprecio.

—¿Por qué?

—Habéis deshonrado a mi hermana y a todos nosotros.

—¿Cómo?

—¿Qué falta hace decirlo? ¡Bien lo sabéis vos!

—No, no lo sé.

—¿Debo decirlo?

—Me placería que lo hicierais.

—Que mi hermana sigue siendo, como lo era antes, doncella.

—¿Y qué más da?

—Para nosotros es una deshonra.

—No, ¿por qué?

—Pensadlo vos mismo.

—No doy con ello.

—¿Acaso debo decíroslo?

—Hacedlo.

—Conocemos bien vuestra intención: pretendéis repudiarla.

—No, no lo pretendo.

—En verdad que eso iría demasiado lejos; ella es tan noble como vos.

—Señor Kehenís, creedme que jamás me he propuesto hacerlo. Es otra la razón por la que en ningún momento la haya hecho mi mujer.

—¿Cuál es?

—No, aumentará vuestra ira si os lo digo.

—No lo hará.

Tristán le dijo entonces sin dudarlo:

—Vuestra hermana Isolda no me ha tratado lo suficientemente bien como para hacerse merecedora siquiera de acercárseme.

—¿Es al menos cariñosa?

—No.

—Pero al fin y al cabo yace con vos. ¿Qué más debería haber hecho? ¡Os dejó a vos decidir lo que queríais hacer!

—Sosegad vuestra rabia mientras no sepáis cuál es la causa. Hay una dama que por amor mío trata mejor a un perrillo, públicamente y en privado, de lo que vuestra hermana me ha tratado a mí. Aplacad, pues, vuestra cólera y seguidme: os llevaré hasta donde podáis comprobar con certeza que os he dicho la verdad. Y si he mentido, podréis ejercer vuestras reclamaciones contra mí.

Kehenís dijo:

—Lo prometo.

Antes de marchar, Tristán tuvo que prometer formalmente a Kehenís y a su padre que por su fe regresaría junto a la dama en poco tiempo para estar

con ella. Y si Kehenís afirmaba que no había dicho la verdad, que hiciera con él lo que decidiera. Tristán tuvo que partir enseguida y Kehenís no quiso dejar de ir con él. Cabalgaron, pues, hasta llegar al mar, zarparon luego con sus barcos y navegaron hasta alcanzar secretamente el castillo de Lián. Tinas los recibió allí como corresponde a barones. Tristán lo llevó aparte y le expuso su lamentable situación; le encomendó comunicar a su señora que había venido y decirle que su vida estaba en peligro, que por su gracia y por amor a él rogara al rey que fuera a cazar durante dos días a Blancatierra[16], y que ella acudiera también allí tan magníficamente ataviada como pudiera, que eso le sería a él de gran provecho. Y añadió:

—Al fin y al cabo este viaje no me serviría de nada si ella no apareciera verdaderamente magnífica; eso es lo que me gustaría, y así me puede ayudar, pues de otro modo soy hombre muerto y si ella no se apiada de mí nada logrará salvarme. Ahora escúchame bien, amigo, pues te contaré exactamente lo que me ha sucedido; espero que sea en mi provecho.

Y Tristán informó a Tinas con detalle de todo lo acontecido, añadiendo:

—Mi querido amigo Tinas, tú me has hecho grandes favores. Ahora depende de tu merced que pueda volver a valerme de ti para que mi amada señora me salve la vida, porque siempre la amé más que a ninguna otra mujer y así sigo queriéndola; de esto puedes estar enteramente cierto.

—¿Puedo estarlo?

—Sí puedes, sin duda alguna.

—De muy buena gana hará ella todo lo que tú quieras.

—Espero que no deje de hacerlo, que organice esa salida, cuando sepa de la amenaza que pende sobre mi vida. Ella es la causa de todo esto, pues me atreví a afirmar que tanto en privado como en público ella trataba mejor a mi perro que otra dama a su esposo; y esto es lo que debe demostrarse en mi caso.

—No te preocupes, pues en este asunto salvarás tu vida.

—Lo espero, si tú accedes a decirle que no deje de hacerlo. Dile que junto al camino por el que cabalgará hay un otero de ciervos, ella lo conoce bien. Allí deberá fijarse y encontrar, junto al camino, un zarzal muy tupido, que es el que he escogido para escondernos. Cuando mi amada señora esté junto a nosotros, yo dispararé una ramita a la crin de su palafrén; entonces

deberá detenerse y tratar a ese perrillo por amor a mí de tal manera que mi compañero pueda testimoniar que le he dicho la verdad.

También le encomendó rogar a la reina que trajera consigo a muchas damas bien arregladas y ricamente adornadas, como corresponde a una reina, y que acudiera allá muy cortésmente, que él se lo agradecería de corazón.

Tinas no dejó de ir a transmitírselo a la reina. Tristán le mandó como señal verificadora un anillo que ella conocía muy bien de antes, pues era ella quien se lo había dado. Tinas se marchó cabalgando y, cuando llegó a Tintaniol, halló al famoso rey sentado frente a un tablero con la reina, que iban a comenzar a jugar. Él se apresuró a decir que deseaba jugar con ellos y puso su mano con vehemencia sobre el tablero, más fuerte de lo que debía, para que la dama se fijara en ella y se percatara del anillo. Efectivamente, la reina miró la mano y reconoció enseguida el anillo, de modo que tuvo que interrumpir el juego. Escuchad lo que hizo. Se fue a sus aposentos privados, mandó llamar a Tinas y le preguntó por Tristán y si sabía dónde estaba.

—Sí lo sé, noble señora, hoy mismo lo dejé donde yo estaba.

—¡Ay!, querido amigo Tinas, ¿cómo le va?

—Muy bien.

—¿Quiere verme?

—Sí, señora, sin duda os verá.

—Dime, ¿cuándo será?

Él le entregó entonces el anillo y le transmitió el mensaje tal y como se lo había encomendado el noble Tristán y le insistió en que cumpliera todo aquello que le pedía su amado. La reina estaba encantada de hacerlo y convenció al rey de que convocara a los barones y marchara a Blancatierra a cazar con muchos caballeros. En lo que respecta a Tinas, él lo organizó como debía ser. También la reina se arregló con gran esmero para la ocasión. A la mañana siguiente temprano, Tristán y el caballero Kehenís se escondieron en el zarzal. No llevaban allí mucho rato cuando pasaron veloces los cocineros, cargados de sartenes y cacerolas, así como los siervos con la comida. A Kehenís le pareció que había muchos de ellos. Después vinieron los botelleros y los que repartían el pan. Acto seguido llegaron los

cazadores con muchísimos perros. Al poco rato pasaron la indumentaria del rey y las reliquias, seguidas de los clérigos. Finalmente se aproximó el rey, que traía a muchos caballeros con lebreles y aves de cetrería. Cuando hubo pasado el rey, comenzó a transitar por delante del otero toda la indumentaria de las damas. Kehenís se maravillaba de que tuvieran a tantos criados cabalgando con ellos para cuidar de los vestidos. Los caballeros vieron a muchas damas deslumbrantes. La poderosa reina había dispuesto su salida de forma tan magnífica que un hermoso doncel o un apuesto caballero cabalgaba junto a cada una de las damas. Delante cabalgaban dos, a los que seguían otros dos y así hasta tan lejos que ya no se oían sus palabras, dijeran lo que dijeran. Las damas iban adornadas con mucho oro, como debía ser, y con largos mantos, los mejores que se podían comprar. Sus vestidos estaban afiligranados y sus cabellos hermosamente recogidos; cada una aparecía mejor ataviada que la anterior. Estoy seguro y no tengo duda alguna de que se habían arreglado ricamente y de que en el séquito de la reina cabalgaban muchas magníficas damas. Entonces ellos vieron a una que era tan hermosa que el noble y valiente Kehenís le dijo a su compañero:

—¡Mira, aquí viene la reina!

Tristán le contestó:

—No, no es ella. Esta no es ni cercanamente tan radiante como mi señora la reina; es como la luz del sol debajo de oscuras nubes.

Kehenís consideró una necedad que pudiera haber algo más hermoso, pues él se contemplaba en ella como en un claro espejo. Yo os diré qué aspecto tenía: se trataba de la doncella Guimela de Schitriela y a su lado cabalgaba Galíag, el hijo del conde de Milíag; ella era la niña más hermosa que antes o después haya nacido de madre. Ambos se habían vuelto hacia Kehenís y reían de todo corazón. Al verla, Kehenís se dijo a sí mismo que no podía vivir nada más hermoso. Cuando hubieron pasado, vinieron más reliquias y tras ellas cabalgaba Branguena, la buena, la dulce, la cortés y discreta. A Kehenís le pareció, por todo su comportamiento, que era mucho más hermosa que Guimela, la que había pasado antes. Lo quisiera o no, tuvo que otorgarle a esta el primer rango, porque era mucho más hermosa. Branguena iba sola y cuando esta dichosa dama llegó ante los dos compañeros, vieron que detrás de ella venían dos valiosos palafrenes que

portaban unas andas todas ellas adornadas de oro. Kehenís pidió a su compañero que le explicara lo que era.

—Este es mi perro —dijo aquel—, al que la reina trae así por amor a mí.

Entonces Kehenís dijo a su amigo:

—Mi hermana nunca te ha llevado a ti de esta manera.

Aún no había terminado de decir estas palabras cuando vio un destello que le hizo creer que había dos soles. De inmediato preguntó a Tristán qué sería aquello.

—Mira, por ahí viene la reina —le respondió este.

Kehenís, el caballero, no podía creer que la hermosa dama hiciera resplandecer tanto el día, hasta que la vio él mismo. La reina cabalgaba sola; a Ántred, su acompañante, lo había enviado a buscar alguna cosa que este no encontraba, como tampoco me preocupa a mí lo que estuviera haciendo. En esto la dama llegó cabalgando hasta el zarzal, llevando consigo la luz que Kehenís había visto. Con razón tuvo que admitir este ahora que jamás había visto a ninguna dama más bella. En su corazón se dijo: «Nunca hubo mujer más hermosa. Lo lamento, pero es cierto que mi hermana no se le puede comparar».

La esplendorosa reina le hizo renegar de su hermana.

Entonces Tristán disparó la ramita a la crin del palafrén de la dama y ella se detuvo para ordenar a Branguena que llamara a Galíag. Cuando llegó el doncel, ella lo envió al rey con el mensaje de que se encontraba muy mal a causa del largo camino y que si le permitía pasar la noche apartada de él. Mandó pedirle también que, puesto que ella necesitaba mucha distancia, él hiciera montar sus pabellones a un lado del río y que el suyo estuviera en la orilla opuesta, que le procurara todas las comodidades posibles y que pusiera todo su empeño en cuidar de que, cuando ella llegara allí, no ladrara ningún perro ni sonara cuerno alguno. El apuesto doncel Galíag se marchó sobre su caballo y transmitió el mensaje al rey. A este le dolió mucho el malestar de la dama, pero se preocupó de que no quedara por cumplir nada de lo que la reina le había encomendado.

En esto, la reina desmontó; lo hizo sin pedir ayuda, algo que nunca antes había hecho. La dama se encaminó a las andas doradas y sacó de ellas

al perrillo. En verdad os digo que acarició entonces al can muy amorosamente con su abrigo, en el que había insertados muchos rubíes y que estaba cosido y adornado con oro y con gemas; su forro era de damasco tricoloro y la piel de armiño. Con él la poderosa reina acarició dulcemente al perro, al que luego cogió en brazos y acarició de tal modo que Kehenís el valiente dijo:

—Querido amigo mío, quedas dispensado de la fianza que diste. Mi hermana jamás te trató tan bien.

La reina Isolda volvió a dejar el perro dentro de las andas y cuando lo hubo acariciado bastante, regresó, dejando abierto el abrigo. Cuando Kehenís lo vio, creo que dijo a Tristán que jamás había visto a una mujer tan bella. Luego, la dama habló dulcemente a los pajarillos que por allí cantaban:

—Vosotros gozáis de gran dulzura con vuestros variados cantos. Por mi amor, yo os daré doce valiosos brazaletes para que, por darme placer, voléis conmigo hasta Blancasilva, donde pernoctaré, y me acompañéis con vuestro canto esta misma noche; esto es lo que deseo de vosotros.

Esta estratagema la utilizó para que Tristán oyera bien dónde debía ir a encontrarse con ella, porque ella no podía atreverse —y esa era su mayor pena— a decírselo directamente. Cuando hubo concluido esas palabras, Tristán comprendió perfectamente dónde debía acudir a verla, tal y como la dama quería. Al término de sus palabras, la reina se envolvió de nuevo con su abrigo y en estas regresó también corriendo el insoportable Ántred, quien la subió enseguida a su palafrén y la condujo al campamento. Todo lo que la dama había solicitado al rey había sido dispuesto con anterioridad, y antes de acostarse, cuando el séquito ya se había ido a dormir, el monarca no olvidó cabalgar solo hasta donde estaba la reina, porque deseaba comprobar cómo se encontraba. Pero Branguena le dijo que se sentía tan mal que no la podría ver hasta por la mañana. ¿Qué más podía hacer el rey si no marcharse otra vez? Pero le dolía de corazón el malestar de la hermosa dama.

Cuando entró la noche, llegó el caballero Tristán y fue conducido ante la reina, acompañado de Kehenís. Ella los recibió, según su costumbre, muy cariñosamente. La hermosa y magnífica dama acercó a Tristán hacia sí y

ordenó a Kehenís que fuera junto a Guimela de Schitriela. No había allí dentro, con la noble reina, nadie más que aquellos que conocían su secreto y lo escondían con gran celo, es decir, solo la buena Branguena, Guimela y Perenís. El caballero Kehenís comenzó entonces a requerir de amores a Guimela y aunque a ella ni se le ocurría prestarle atención, él no cejó por nada y la acosó sin descanso. La dama le espetó entonces:

—¿Dónde habéis puesto vuestro entendimiento? Bien podéis ver que no soy una villana, como para que requiráis mi amor en tan poco espacio de tiempo. Creo que vos sí sois villano. ¿Cómo podría entenderse si no? Por mi fe os aconsejo que no volváis a hablar de ello; yo no quiero tener nunca amante alguno. En verdad os digo que ni aunque hubierais pasado cinco años cumpliendo todas mis órdenes, no se os concedería lo que esperáis conseguir de mí.

Pero entonces la dama reflexionó un momento y siguió diciendo:

—Me parecéis tan gallardo que, si fuerais compatriota mío y del mismo rango que yo, y si a mis amigos les gustara y me concedieran tomaros, y si a ambos nos conviniera, creo que aún os aceptaría.

Kehenís no tuvo entonces más remedio que dejar de requerirla; sintió haber empezado a hacerlo y el discreto hombre no sabía ahora qué decir. Como la reina quería tener solaz con Tristán, dijo enseguida a Kehenís:

—Por amor a Tristán quiero prestaros por esta noche a una adorable amiga. Tomad en secreto a Branguena o a Guimela de Schitriela; a la que prefiráis de las dos, mandadle acostarse con vos esta noche.

Él no quiso apresurarse y pensó durante un buen rato que se estaba burlando de él, hasta que ella le explicó que lo había dicho en serio y lo mantenía firme por su fe y hasta se lo aseguró para que él supiera que era verdad. Entonces dijo prudentemente:

—¡Que nuestro señor en su trono os lo pague eternamente! Si la elección pudiera ser mía, recaería en Guimela, pues le he hablado y he estado sentado junto a ella y le he requerido su amor.

A estas palabras, la reina ordenó a Guimela que se fuera a acostar con él, lo que produjo gran alegría a Kehenís. Guimela no se entretuvo y le mandó acostarse con ella. Le desarmaron las piernas al caballero y, cuando ya estuvo acostado, Guimela dijo a su señora:

—¿Acaso os gusta, noble señora, que yo pierda mi dignidad?

—En absoluto —dijo la reina—. Llévate la almohada que yo siempre pongo debajo de mi cabeza cuando siento añoranza por Tristán, para que el sueño se apodere de mí. Tú sabes bien cuál es su poder. Pónsela debajo de la cabeza y quedará tan desmayado que dormirá toda la noche. Entonces podrás acostarte a su lado sin preocuparte de nada; sería ruin no hacerlo así.

Esta almohada tenía la propiedad de que todo el que la tuviera debajo de su cabeza se quedaba dormido noche y día, sin preocuparse de nada, hasta que se le retirara de nuevo. Con ella fue engañado Kehenís. La dama la cogió disimuladamente y dijo al joven:

—Levantad la cabeza, que quiero acostaros sobre mi brazo, como me lo ha encomendado mi señora.

Kehenís dio gracias a Dios y sintió despertar en su interior una gran alegría, pero Guimela le colocó hábilmente la almohada debajo de la cabeza, con lo que de inmediato quedó inconsciente y no pudo hacer el amor. Eso le sentó muy mal. Por la mañana, cuando amaneció y Guimela se hubo levantado y vestido, retiró al caballero la almohada de debajo de sus orejas. El burlado se despertó y alargó su mano, pero como no encontró a la dama, fue víctima del escarnio. Hermoso era el amanecer, la noche había transcurrido y Kehenís hubiera deseado estar a más de veinte millas de allí. Pero a su pesar tuvo que permanecer un rato junto a las damas y mujeres hasta escuchar su humillación. Con palabras burlonas le habló Guimela:

—Si anoche hubiera sabido que sabíais acostaros tan castamente, no os habría acusado de lo que hicisteis, de requerirme amores, sino que incluso os los hubiera otorgado.

Kehenís casi se desmaya allí mismo del susto. Si le hubieran hecho un corte en las orejas, no habría brotado de ellas ni una gota de sangre. ¡Cuánto le hubiera gustado estar en su casa! El día ya resplandecía, haciendo que todo se viera bien y Tristán y la reina tuvieron que despedirse nuevamente con gran dolor. El héroe no sabía nada de la perturbación del caballero, pues él se sentía muy dichoso.

Llegaron entonces a un pantano que debían atravesar; Tristán quería seguir un camino determinado y mandó a Perenís que informara a los escuderos y le indicó dónde había ordenado a Curneval esperarle. Perenís

no se entretuvo y corrió a comunicárselo a Curneval, quien, como debía, mantuvo en secreto el contenido del mensaje. Los escuderos se pusieron en marcha de inmediato para tratar de encontrarse con sus señores junto al pantano. Pero les salió al paso un barón del séquito del rey, llamado Bleherín, con siete de sus hombres, quienes de inmediato los persiguieron a toda velocidad. Puesto que estos nada podían hacer, huyeron sin deshonra. Bleherín creyó que se trataba de Tristán y exclamó:

—¡Vuélvete, caballero, vuélvete por tu gran valentía!

Pero no consiguió lo que deseaba, de modo que le pidió por el honor de la reina, si la apreciaba, que se volviera. A pesar de esto, ellos no lo hicieron. Los persiguieron con la misma vehemencia con la que aquellos huían, de modo que casi no logran escapar. Les quitaron un caballo y los persiguieron tanto trecho, que Curneval pasó luego una buena parte del día cabalgando más de cuatro millas largas sin orientación hasta encontrar a su señor. Al cabo de poco tiempo, Bleherín llegó a la corte y dijo a la reina:

—Señora, he visto a Tristán. Está aquí en esta tierra. Hoy mismo le ayudé a hacer una carrera; le ganamos un caballo, pero a pesar de ello él huyó a toda prisa. Finalmente le exigí que por vos accediera a volverse, pero él se comportó como si no tuviera oídos.

La señora le respondió con gran ira y gravedad:

—¿Por qué me dices esto? Quisiera yo que te lo hubieras llevado, cargado sobre tus espaldas, hasta el mar, para que no volviera yo a oír hablar nunca nada más de él. Pero antes te atreverías tú a sacarte los ojos de la cara que a perseguirlo a él.

Bleherín era un hombre cortés y, cuando se dio cuenta de la gran ira que se había apoderado de su señora, lamentó de corazón haber pronunciado aquellas palabras. Dejó el asunto —en eso obró con prudencia— y se marchó de allí en el acto. La dama solo deseaba que no osara volver jamás. Enseguida mandó indicar secretamente a su caballero, por mediación de Perenís, que había actuado vilmente al no volverse cuando Bleherín lo había llamado con tanta insistencia.

—¡Y eso que le pidió volverse por mí!

Perenís se apresuró, alcanzó pronto a Tristán y le transmitió sin escrito alguno el mensaje de la reina. Este le respondió enseguida:

—Creo que soy inocente y tú puedes comprobarlo por el hecho de que todavía no nos han llegado los caballos. Si alguien me pidiera que me volviera por ella, aunque tuviera mil caballeros, yo me enfrentaría a él, fuera para mi desgracia o mi provecho. Esto es lo que ella tiene que creer, pues es la verdad.

En esto llegaron allí Curneval y el escudero de Kehenís con los tres caballos; el cuarto era el que habían perdido, mal que les pesara. Kehenís, creyendo que el noble Tristán había disfrutado de la mayúscula vergüenza que para él suponía haber dormido tan profundamente toda la noche, y que incluso había sido el instigador, quiso saciar allí mismo su sed de venganza e hizo lo contrario de lo que debía: cuando vio llegar los caballos, dijo a los escuderos:

—Habéis estado en un sitio excelente; los caballos se han podido reponer plenamente después de la persecución de antes.

—¿Por qué has dicho esto? —dijo el buen Tristán enfadado.

—Porque es verdad. Y aunque te saltaran los ojos de la cara, yo repetiría lo que he dicho.

—¡Deja ya tu broma de mal gusto!

—En verdad que no estoy bromeando.

—Pues si no es ninguna broma, que Dios me ayude.

—En serio que no lo es.

—¡Entonces estás hablando con maldad y como un hombre infiel!

Lo amenazó con el puño y quiso derribarlo, pero pensó: «Él ha salido aquí contigo; y no te daría provecho alguno hacerlo. Por muy vil que sea lo que ha hecho, aplaca tu ira». Así pensó el prudente caballero y dijo a Perenís:

—Di a la reina que soy inocente de lo que le han dicho de mí. Que puede tener la seguridad y certeza de que jamás dejé de hacer nada de lo que se me pidiera u ordenara hacer por amor a mi señora. Además, hoy habría sido especialmente inoportuno no hacer cualquier cosa que por ella se me rogara. Si por mí quieres decir la verdad —y tú mismo has visto que ella me acusa sin razón—, márchate pronto por tu camino y di todo esto a mi señora. Yo te esperaré aquí mismo hasta que me informes de si ella me tiene por culpable o me libera de la acusación.

Cuando Perenís llegó ante la señora, la reina escuchó el mensaje de Tristán y dijo al escudero:

—¡Ay! ¿Qué pretendes? Has sido sobornado para engañarme. Terminarás lamentándote de divulgar mentiras.

Él le hizo muchos juramentos de que no le decía ninguna mentira y de que no le gustaría engañarla, pero la dama no quiso creer que estuviera diciendo la verdad. Perenís le explicó que habían sido los escuderos los que no habían querido volverse.

—Llegaron cabalgando en ese mismo instante y Tristán los llevaba esperando todo el largo día.

La señora le respondió:

—Perenís, me disgusta mucho que por dinero me digas mentiras.

Cuando él se dio cuenta de su enfado, no se atrevió a decir nada más. Fue nuevamente hacia donde estaba Tristán y le explicó que la señora no quería creer que él era inocente. A este las nuevas le parecieron dolorosas y respondió:

—Ahora, o yo tendré que volver a superar grandes trabajos por este asunto, o ella tendrá que declararme inocente, le guste o no.

Llamó a Curneval y le mandó esconderse fuera del camino y que dejara marcharse al caballero Kehenís a donde quisiera:

—Pues por él he perdido el favor de mi señora[17].

Cuando Kehenís vio tan grande la ira de Tristán, mucho se arrepintió de haber dicho algo en voz alta o baja que hubiera ido en contra de su deseo y dijo a Curneval:

—No quiero irme a ningún sitio, deseo esperar aquí contigo hasta que mi amigo regrese.

¿Dónde habéis oído alguna vez de alguien que se esforzara tanto por el favor de una dama en un asunto tan nimio? Tristán dijo que prefería morir:

—Si ella no me declara inocente.

Fue a ver a un leproso, se puso sus vestidos, cogió su carraca y se fue ante la reina con un aspecto lamentable, como si fuera un enfermo de verdad. Pero la señora lo reconoció de inmediato y mandó echarlo. Sin embargo, él no cejó hasta volver a donde ella lo viera. La dama exclamó enfurecida:

—¡Echad de aquí al leproso!

Acudieron prestos dos escuderos, le dieron fuertes azotes y empujaron al caballero de modo totalmente impropio. La poderosa dama lo contempló y se rió mucho. El buen caballero Tristán se marchó encolerizado. Cuando hubo regresado y Curneval oyó lo que la señora había hecho, ver pegar a su señor y reírse tanto de ello, en el acto comenzó a odiarla terriblemente y deseó privarla por ello de toda su honra. Pero puesto que no podía acercársele, dijo a su señor:

—No quiero permanecer ningún día más con vos si no accedéis por mí a manteneros alejado de la señora durante un año, de modo que ni os hable ni os vea en público o en privado, se encuentre bien o mal, hasta que no haya transcurrido un año entero.

Tristán se lo prometió fielmente con su mano y disculpó también a su amigo Kehenís, y a su hermana la hizo luego su mujer por la rabia que sentía. Se resolvió también la disputa que tenía con su padre y Tristán y su esposa vivieron felices, y él no se preocupó de cómo se encontraría la reina, pues su propia dicha era firme.

El encuentro de Tristán con su señora la reina, después del cual él se había marchado enojado, había ocurrido en mayo y esta desgraciada situación duró hasta el día de San Miguel[18]. Fue entonces cuando la dama comenzó a lamentarse fuertemente de no ver a Tristán. Perenís le dijo:

—Señora, es justo que él actúe así con vos, pues habéis obrado vilmente con el buen caballero al ordenar azotarlo cuando era inocente.

—Sin duda te estás burlando.

—No.

—¿Mientes entonces?

—No, no lo hago.

—¿Acaso lo dices en serio?

—Sí, claro.

Mucho se dolió ella entonces de que fuera ese el motivo por el que se mantenía alejado. En su corazón sintió un inmenso desconsuelo por haber perdido justamente el favor de Tristán a causa de su humillación. Pensó en cómo se había convertido en culpable y lloró por su desacierto. Pidió consejo a sus allegados sobre qué hacer para remediarlo y todos le

aconsejaron fielmente mandarle una carta reconociendo que había obrado con vileza y que estaba dispuesta a hacer penitencia como él mismo lo prefiriera.

—Es mejor hacerlo sin carta —dijo la delicada reina—, pues si mi emisario fuera descubierto con la carta, a los malvados celosos no les habría ocurrido nunca nada mejor. Por eso creo que sería mejor enviar un mensaje sin carta. Ahora debéis estudiar cuidadosamente a quién puedo enviar allí que me sirva para esta misión.

En la corte había un doncel muy bien educado, orgulloso y prudente, así como de gran entendimiento, que se llamaba Piloís. La señora mandó llamar a este mensajero y comenzó a lamentar ante él todo lo que le ocurría.

—Si me atreviera a hacerlo, te pediría algo.

—Hablad sin dudarlo, señora.

—Sí, pero temo que sea demasiado difícil.

—No lo será, señora, en verdad.

—Entonces lo diré.

—Sí, todo lo que deseéis.

—¿Lo harás?

—¿Cómo puedo saberlo, si antes no me dejáis oír si podré?

—Sí podrás.

—Entonces lo haré.

—¡Ea! ¡Cómo te recompensaré por ello!

—Ya lo habéis hecho.

—Entonces me arriesgaré a comunicártelo.

—Hacedlo.

—Pues fíjate bien en lo que quiero decir: me ha ocurrido una gran desgracia (esto es lo que debes ayudarme a transmitir) porque por estar enfurecida he perdido justamente la amistad de Tristán, pues contemplé cómo lo azotaban una y otra vez. Eso debería haberme hecho llorar, si no hubiera estado falta de entendimiento, pero me reí visiblemente. Por esta razón he perdido su favor desde hace ya muchísimos días.

La reina siguió hablando a Piloís:

—Tú serás el emisario que quiero enviarle y por ello yo te daré un pago excelente. Si me atrevo a mandarle el mensaje, tú deberás ofrecerle mi

servicio y lamentarte del dolor que por él sufro. Sobre la piel me he puesto un cilicio y lo llevo por él. Mi amado sabe bien que mi fina y delicada piel no podrá resistir mucho tiempo que yo lleve ese cilicio noche y día. Por eso debes decir a mi querido que me vuelva a mostrar su amor y que de otro modo lo llevaré para siempre sin quitármelo nunca. Debes decirle además que no puedo salvarme si él no se muestra piadoso conmigo; moriré con toda seguridad si él no me saca pronto de este tormento. Piloís —terminó la reina—, si me consigues su favor, tendrás para siempre provecho.

El doncel se marchó enseguida del país de Cornualles en busca del noble Tristán. Cuando hubo llegado tan cerca de Karahés que podía ver el castillo ante sí, el caballero Tristán cabalgaba con un azor por el campo, no lejos del camino, claramente para cazar. En efecto, había apresado un ave, con lo que el valeroso señor había satisfecho su deseo y quedado contento. El azor también había comido hasta llenarse el buche, y posaba orgulloso y contento sobre su brazo. El noble Tristán vio a Piloís andar por el camino y pensó para sí que debía de ser un mensajero y que quizás traería noticias felices, por lo que se le acercó. El escudero lo vio y fue a su encuentro, pues quería sonsacarle con astucia a ese caballero todo lo que él todavía no sabía. Pero cuando se encontraron y se escucharon el uno al otro, se reconocieron de inmediato y el noble Tristán dio la bienvenida a Piloís y le preguntó por la reina y por cómo se encontraba. Piloís le informó:

—Vive como una mujer desdichada.

—¿Por qué?

—Por tu culpa poco le falta para morir.

—¿Cómo es eso?

—Teme tu ira.

—¿Eso teme?

—Sí, por mi fe.

—Pues no debe.

—Sí, está muy dolida.

—¿Por qué?

—Bien sabes tú por qué.

—No.

—Tú la odias.

—Y tú qué sabes.

—Lo sé bien.

—¿Y quieres decírmelo?

—Sí, es lo que debo hacer.

—Pues adelante.

—Ella vio cómo te azotaban.

—Eso es cierto.

—Y te enfureciste enseguida.

—Me dolió.

—Tenías razón.

—Y aún me duele.

—¡No, buen caballero!

—¿Acaso debo olvidarme?

—Sí, mi señor.

—No puedo, me hirió demasiado hondo.

—¿Cómo de hondo?

—En mi corazón.

—Y por eso ella siente un profundo dolor.

—Hace ya tiempo que se le pasó.

—En verdad que no se le ha pasado: lo que ocurre es que tú quieres matarla.

—¿De qué modo?

—Manteniéndote alejado de ella.

—Ella lo prefiere así.

—No, por cierto.

—Yo creo que sí.

—No, no lo prefiere.

—Pero sí le gustó, y mucho, pues fue ella misma quien ordenó que me azotaran y golpearan y me echaran lejos de sí. Entonces no le pareció nada mal, sino que se rió mucho de aquel suceso.

—Eso quisiera repararlo ella como tú lo ordenes; la mayoría de las personas cometen injusticias y luego las reparan, por lo que el perdón es mejor que el castigo. Ella solicita tu merced y tú recibirás su palabra. Cualquiera que sea el daño que te haya causado, ella está dispuesta a darte

reparación por él, mediante perdón o mediante penitencia. Ella no puede pleitear contigo ni desea intentarlo siquiera. Lo que solicita es merced, pues la pena impuesta le pesa demasiado. Ella te ofrece su servicio, si es que puede atreverse a ofrecértelo, y se compromete a cumplir solícita todo lo que sea de tu agrado y te manda decir también que, en tu honor, lleva sobre la piel un cilicio. Si decides seguir sin ir a verla, ella no dejará de sufrir en ningún momento. Señor, me postro a tus pies para que vengas pronto a donde ella esté, de manera que quede liberada de todas sus penas.

—No me decidiré nunca a hacerlo, pues no sería bueno para mí. Tú mismo me ayudarás a decírselo. Podría volverme a ocurrir lo que me sucedió la última vez, cuando ella contempló cómo me daban muchos azotes y habiendo sido ella misma la que había ordenado que se me pegara y golpeara.

—Por mi fe te prometo que ella te dará reparación por los golpes que recibiste, si quieres aceptarla.

—No, no iré allí, porque no obtendría provecho alguno.

—Señor, debes venir por amor a mi señora. Yo seré tu siervo y te lo pido por tu propia cortesía y por el gran dolor que por ti sufre mi señora, pues su dolorosa camisa, el cilicio que lleva sobre la blanca piel, tiene un tacto muy desagradable. Señor, tú eres su amado por encima de todos los que conquistó. Por tu bondad, apiádate de su sufrimiento y consuela a la pobre.

—Piloís, eres un buen emisario. Cambiaré de opinión. ¿Dices en verdad que la poderosa reina se duele por añoranza de mí?

—Por mi fe que la tiene, tan grande como jamás la he visto.

—Estuve algo enojado con ella, pero ahora quiero reconciliarme otra vez.

—¡Que el señor te lo pague!

—Escúchame, hay algo más. Debes decirle de mi parte que se quite esa ropa, pues jamás estuve tan enojado con ella como para desearle en modo alguno que llevara un cilicio largo tiempo, ni sería pertinente que lo hiciera. Quiero hacerla partícipe de mi piedad y hacer que le sea de provecho el que tú seas tan buen emisario y, por encima de todo, Cristo santo lo sabe, por mi propio deseo. En cuanto haya cumplido una promesa que hice, así se lo

puedes decir a mi señora, iré a verla, me ocurra lo que me ocurra. En verdad que he prometido que me mantendría alejado de ella durante un año, de modo que ni hable con ella ni la vea, indistintamente de si se encuentra bien o mal. Cuando haya transcurrido ese año, puede ella estar segura de que enseguida viajaré hasta donde esté, y llegaré allí en mayo.

Piloís quedó a la vez triste y contento. Feliz por haber logrado disipar la ira, pero desdichado por el hecho de que él no quisiera verla antes de que pasara el invierno, tal y como había prometido.

—Señor —dijo Piloís—, ahora dadme la orden, pues quiero marcharme ya de este lugar e informar a mi señora tanto de la alegría como de la tristeza que aquí se me ha encomendado transmitirle.

—Ve a la ciudad, a mi residencia, haz como si no me conocieras y pídeme dinero, que yo ordenaré darte algo, según es costumbre en este país. Después márchate por tu camino y di a tu noble señora que por deseo mío se quite el cilicio. Y dile también todo lo que te he encomendado comunicarle.

Piloís dio gracias a Dios e hizo lo que el señor le había ordenado. Tristán mandó darle cien chelines de buenos peniques[19].

Piloís solicitó licencia en toda la corte del señor sin que nadie lo reconociera. Había a la sazón mercado en una ciudad del país y Piloís rogó a Tristán que le hiciera conducir hacia allí. En Cornualles había otra ciudad que se llamaba igual que esta y en verdad puedo deciros aquí que ambas se llamaban Monte de San Miguel y que eran aproximadamente igual de ricas y celebraban la feria anual por la misma fecha, de modo que el día de San Miguel no había año en que no se organizara en ambas un gran mercado[20]. El escudero se fue allí y compró todo lo que deseó. Luego hizo lo que debía: puesto que había cumplido su misión, regresó de inmediato a su país cruzando el mar. Si hubiera podido correr como un ciervo, de corazón le habría gustado hacerlo; pero como era imposible, tuvo que andar como una persona. Cuando llegó a Tintaniol y fue ante el rey, el señor lo recibió amablemente, al igual que la dama. El monarca le preguntó entonces de dónde venía y de dónde había sacado todas aquellas pertenencias que le hacían tan rico. La dama tuvo mucho miedo de que se pudiera ir de la

lengua y empezó a sudar por todo el cuerpo. Pero Piloís vio perfectamente que la dama estaba preocupada y dijo con gran sagacidad:

—Oh, señor, rey poderoso, a quien espera pacientemente a menudo le llega el día en que sus deseos se ven satisfechos y en que obtiene a la vez dicha y riqueza. Estuve en la pasada feria en Monte de San Miguel y allí conseguí todas estas pertenencias que ahora me hacen tan rico.

Todos creyeron que lo había dicho solo por su gran alegría, pero él había querido engañarlos con esas palabras. La dama, en cambio, se dio cuenta enseguida de lo que pretendía decir con ellas, lloró de alegría y se fue a sus aposentos privados. Piloís se mantuvo a disposición y fue pronto a verla y a transmitirle todo lo que Tristán le había ordenado decir. La señora se libró así de todo el dolor que había tenido que sufrir, aunque la entristecía mucho la perspectiva de no poder ver al mejor hombre que jamás había conocido antes de que transcurriera el invierno.

En cuanto llegó mayo, Tristán se vistió con ropas grises, se calzó zapatos de punteras anchas y cogió conchas y un bastón, como si fuera un peregrino[21]. Su escudero Curneval también se vistió como él y ambos se marcharon en secreto a casa del barón Tinas. Pero este había salido y no dieron con él, por lo que el noble Tristán se puso a pensar qué podía hacer. Curneval le aconsejó que anduviera por el camino por si lograba encontrar a alguien que pudiera hacerle de emisario. Los peregrinos se escondieron entonces en el mismo zarzal en el que Tristán había estado antes con Kehenís. Vieron transitar a mucha gente arriba y abajo, pero no descubrieron a ninguno en el que pudieran confiar para llevar su mensaje a la reina. Pasó Tristán allí la noche sin ver a su señora y poco después de que se hiciera de día llegó cabalgando solo un amigo suyo muy querido. Pero estaba este tan profundamente dormido que no lo vio ni cuando lo tuvo delante, al lado del escondite, del que había salido para hablar con él. No quiso despertarlo cuando pasó cabalgando por delante —y fue un noble gesto el dejarlo dormir— pues estaba convencido de que había pasado la noche con su amada. Prefería prescindir de su mensaje que despertarlo de su sueño.

Así que agarró al caballo por la crin y anduvo un buen rato cogido de ella sin despertarlo, hasta que el caballo se espantó y se salió del camino.

Solo entonces el caballero se despertó, reconoció enseguida al valiente Tristán y con toda razón estuvo muy contento de verlo. Saludó efusivamente al buen compañero y le preguntó con toda su amistad si deseaba que hiciera algo por él, que lo haría de muy buena gana.

—Sí, me gustaría pedirte que me hicieras llegar un mensaje a su destino.

—Lo haré lo mejor que pueda y lo transmitiré fielmente.

—¡Dios poderoso te lo pague! Coge este anillo y llévalo a la reina, para que por él te crea, y dile que estoy aquí y que desearía verla, pero que eso no podrá hacerse debidamente si ella no se encarga de que el rey salga a cabalgar a los campos de Blancatierra, y que yo estaré escondido en el zarzal en el que estuve cuando la vi por última vez. Yo te recompensaré siempre por ello, amigo, pero por tu propia honra debes mantener esta conversación en secreto, porque mi vida estará en peligro si se me descubre aquí.

—No dudes de ello: yo te llevaré esta misiva sin engaño alguno por todo el aprecio que te tengo.

Cuando el caballero llegó a la corte y la reina escuchó el mensaje del audaz Tristán y vio el anillo, mucho se alegró de la noticia. Dispuso con el rey que se organizara nuevamente una cacería hacia el campamento de Blancatierra. Todo lo que la dama le pedía al rey, él lo cumplía, por lo que todos se prepararon. La señora añadió:

—Quisiera que Ántred se quedara en casa para que luego pueda acompañarnos a las mujeres.

El rey ordenó solicitarle muy cortésmente que condujera a las magníficas damas al espeso bosque. De muy buena gana se quedaba Ántred con la reina y aceptó conducirlas luego hasta su señor, pues lo consideró una gran distinción. En cuanto hubieron comido, la dama y su séquito montaron y cabalgaron hacia donde se encontraba el rey. A la dulce reina le había sucedido con anterioridad una terrible desgracia, pues la muerte le había arrebatado a Branguena, la hermosa mujer, a la que había amado como su propia vida. Todos la lloraron con grandes duelos, incluida la reina. ¡Ay, qué grande era el amor que tenía a su amiga! Muchos fueron sus lamentos, cuando a aquella le llegó su fin; la encomiable reina la lloró sin

mesura. ¿Cómo hubiera podido dejar de hacerlo? Era inevitable que sintiera un inmenso dolor, pues ella le había hecho muchos favores. Podéis creerme que su duelo fue muy grande. Por este motivo ahora la acompañaba Guimela. Todo lo que la reina hacía, Guimela lo sabía, como también tenía conocimiento de ello el chambelán Perenís. Además, la reina era precavida, lo que en muchas ocasiones le había traído provecho. Cuando llegó junto al escondrijo en el que se había refugiado Tristán, dijo a su séquito que cabalgara hacia el campamento y que nadie más que Ántred y Guimela la esperara, pues deseaba quedarse un rato en aquel otero. El séquito se marchó, las dos damas desmontaron y el insoportable Ántred hizo lo propio. ¡Que Dios lo condene por cabalgar con ellas! Pero les gustara o no, él era el tercero del grupo, y puesto que era familiar de la dama podía permanecer abiertamente donde quisiera sin temor a persecución alguna. La reina, sin embargo, tenía que hablar con Tristán antes de llegar al prado de Blancatierra. ¿Cómo podría evitar que Ántred se enterara? Ella comenzó a coger algunas flores que había alrededor del escondrijo. Mientras tanto, se oía a los perros correr de aquí para allá por el bosque tras su presa y la dama se fijó bien en ellos. Cuando se acercaron al escondrijo, el palafrén de mi señora, al ver el ciervo, se desbocó, rompió el freno y corrió a galope bosque adentro. Ántred saltó sobre su caballo y fue a atrapar al palafrén. Mientras tanto, la dama fue y habló con su dulce amado, no en secreto, sino en voz alta. Pero ella no se atrevía a entrar en el escondrijo y Tristán, por su parte, no quiso arriesgarse a salir. ¿Qué cómo hizo entonces para hablar con su amante querido? ¡Si supiera yo que ella le ordenó de alguna manera seguirla rápidamente! Dime, ¿tú no habrás oído contar si se lo mandó o no[22]?

—Supongo que lo haría.

—¿Cómo es que lo supones?

—Confío en que lo hizo.

—¿Y en qué te basas para ello?

—No, tengo que pensármelo antes de estar confiado.

—Recuerda que la dama no lo había visto en mucho tiempo.

—Creo que puedo confiar en que con seguridad ella le rogó con premura que la siguiera y que le indicó exactamente hacia dónde.

Un cazador hizo dar media vuelta al ciervo, el cual volvía ahora corriendo hacia el mismo escondrijo, acercándose al zarzal en el que se encontraba Tristán. Pero cuando llegó allí y vio a toda la gente volvió a asustarse, cambió de rumbo y huyó por otro camino. El rey lo perseguía tan de cerca que se dio cuenta de ello y fue hacia aquel lugar a todo galope, pues quería ver qué era lo que había hecho cambiar de dirección a la presa. La dama corrió en la dirección en la que había huido el ciervo y contribuyó así a salvar a Tristán, pues los gritos que daba hacían huir de allí al animal. Ella gritaba para atraer a los perros, pero el rey creía que le había ocurrido algo, de modo que abandonó la caza y fue gritando tras ella. Al poco rato, los perros encontraron el rastro bueno y corrieron todos en pos del ciervo. El rey cabalgó con ellos y a la dama no le pareció nada mal. No pasó mucho rato hasta que Ántred hubo atrapado el palafrén y ahora llegaba con él hasta el otero. Enfurecido espetó a la dama:

—Me he pasado el día persiguiendo este palafrén.

Y la dama le contestó sin pensárselo:

—¡Ojalá te pasaras todo el día en pos de esta mula!

Lo dijo en tono de burla, pero os digo en verdad que eso era lo que pensaba. Luego montaron todos y cabalgaron hacia el campamento.

Todo lo que la dama había pedido a Tristán, él lo cumplió, según creo. Con toda certeza fue a donde ella le ordenó ir y la hermosa reina lo recibió amorosamente. Con amor y cariño lo curó de los azotes, de modo que el caballero los olvidó como si jamás hubiera sido golpeado. Ella también olvidó el duelo por el que había llevado el cilicio. Ambos gozaron de una gran felicidad en cuanto ella abrazó al hombre.

Por la mañana, cuando él se marchó, no halló a Curneval y no lograba entender lo que podía haberle ocurrido. Al no encontrarlo, el caballero lo buscó por el bosque durante tanto tiempo que, entremedias, la reina Isolda y el rey Marc comieron y todo el séquito montó y cabalgó hacia otro campamento, lo que volvió a ponerlo en apuros. El buen Tristán pensó para sus adentros: «Llevo demasiado rato buscándolo por aquí; quizás se haya adelantado hasta el lugar en donde hemos de embarcarnos. Si me hubiera escabullido más temprano esta mañana y hubiera venido a verlo, estaríamos mejor de lo que estamos». Así pensaba en su interior, de modo que el

valeroso se puso en marcha en pos de su compañero. Pero se topó con el nuevo campamento en el que se encontraba el séquito del rey. Cuando se cruzó allí con toda la partida, quiso volverse atrás, pues temía ser descubierto si se acercaba más todavía. Pero pensó que ya se le había aproximado demasiado y que no le convenía volverse atrás, de modo que no se entretuvo y comenzó a pasar entre la gente y vio lo que hacía el séquito: unos lanzaban el venablo, otros saltaban por encima de una zanja, algunos arrojaban la piedra. Uno de los caballeros, un amigo suyo muy próximo, lo reconoció, pero al momento se comportó como si no lo hubiera visto jamás y el caballero Tristán anduvo su camino pensando: «Nadie se fija en mí». Mucho se alivió de haberse salvado del peligro y conseguido seguir adelante sin que nada malo le hubiera ocurrido. Pero enseguida se puso en marcha el caballero que lo había reconocido, cabalgó en pos de él y le pidió que se detuviera. El barón no aceptaba que nadie lo reconociese, pero el caballero lo llamó por su nombre y le rogó que por deseo suyo volviera con él disimuladamente al campamento.

—Eso no me convendría.

—En verdad que no te ocurrirá nada.

—¿Qué se me ha perdido allí?

—Me gustaría que lanzaras una vez el venablo, que saltaras una vez por encima de la zanja y que arrojaras una vez la piedra. Así nadie conseguirá superarte en ninguna de las cosas.

—Tú no te has parado a pensarlo, puesto que por un reconocimiento tan ínfimo me mandas hacer algo por lo que perderé la vida.

—Por mi fe que te traeré de vuelta aquí sin resistencia alguna.

—Eres necio y yo tampoco sería inteligente si por una recompensa tan nimia fuera al lugar en donde probablemente me apresarán o me matarán. Tus palabras son impropias y quisiera que por mí las retiraras, pues en ningún caso me conviene hacerlo.

Pero, como respuesta, el caballero dijo:

—Entonces te lo pediré por algo tan importante que sin duda tendrás que hacerlo: te pido que lo hagas por amor a la reina con la que tantas veces has yacido amorosamente en secreto.

De modo que el héroe regresó con él al campamento e hizo lo que el caballero le había pedido. Sin decir una palabra fue y cogió el venablo en la mano e hizo con él un lanzamiento tan increíblemente largo que todos tuvieron que admitir que jamás habían visto otro igual. A Tristán le vino muy bien que todos acudieran allí corriendo y que hubiera una gran aglomeración, pues el barón se fue y saltó por encima de una zanja muy ancha, por lo que en el mismo instante se le rasgaron los pantalones y se vio que debajo de ellos vestía de escarlata. En verdad quiero deciros que se ajustó el vestido y no se quitó el sombrero, e hizo bien actuando de esta manera. Sin entretenerse, el barón fue y arrojó la piedra tan lejos que de nuevo nadie de los presentes había visto jamás otro lanzamiento tan largo. Pero por desgracia ocurrió que al lanzar se le rasgó la chaqueta, de modo que de nuevo se vio resplandecer debajo, Dios lo sabe, el escarlata. En esto, él comenzó a escabullirse y creo que obró bien marchándose. Los demás dejaron irse al buen hombre a donde quisiera y ocurrió por fortuna que nadie se acordó del forzudo caballero hasta que este ya estaba lejos, de modo que volvió a salvarse gracias a la buena suerte.

Al atardecer, cuando llegó el rey y se enteró de lo acontecido, de las maravillas que habían ocurrido y de que era un peregrino quien lo había hecho, y cuando le contaron también que a través de su abrigo gris se había podido ver resplandecer el escarlata bordado en oro, el monarca fue con muchos jóvenes caballeros a contemplar la distancia del salto y del lanzamiento del venablo y de la piedra. En su interior pensó que eso lo tenía que haber hecho Tristán y pidió a su séquito que buscara a aquel hombre por si podían encontrarlo en alguna parte. Apresuradamente salieron todos al mismo tiempo a buscar por todo lo ancho y largo del bosque. Pero si fue como yo lo he oído, el intrépido caballero Tristán había llegado hasta donde estaba Curneval y navegaba de regreso a su tierra. Kehenís, el caballero, lo recibió con cariño y lo mismo hicieron el rey poderoso, la reina y también su esposa.

Había a la sazón un poderoso barón llamado Nampetenís, asentado no lejos de Karahés, que a menudo había conquistado gran fama con la caballería. Ahora se dedicaba por completo a la cacería y a la cetrería. Tenía una hermosa mujer, llamada Gariola, a la que el caballero vigilaba con un

rigor tan aterrador que incluso desmejoraba su propia fama. Me pregunto qué es lo que se imagina el que impone celosa custodia a su mujer, pues si ella no le ama por su propia voluntad, él no la podrá controlar jamás con nada que pueda inventarse. Porque si ella quiere amar a otro, lo hará a pesar suyo al cabo de poco o mucho. Esto se demostró en este caso, pues Nampetenís empleó tal celo en vigilar a su mujer que hizo levantar muy altas murallas alrededor de su castillo. Fijaos en esta defensa: a su alrededor había tres fosos, cada uno de ellos ancho y profundo, según oí contar. El propio Nampetenís era el portero de su castillo; no es que no tuviera otro remedio, porque tenía gente suficiente, sino que quería llevar él mismo las llaves. Y siempre que salía a algún sitio, no había nadie que fuera suficientemente joven o viejo o necio como para atreverse a pedir que por amabilidad le permitiera permanecer en el castillo. De modo que Gariola tenía que quedarse sola con las mujeres, lo que la enojaba no poco.

Era este el Nampetenís que con anterioridad casi había logrado apresar a Kehenís. Entretanto, él había abandonado sus armas y dedicaba todas sus fuerzas a custodiar a su mujer y a solazarse con la práctica de la caza, como antes empecé a contar. Porque, cuando salía del castillo, echaba de él a todo su séquito, fueran libres o no. Las puertas eran tres y todas las cerraba el caballero. ¡A ver si os gusta eso! Él se llevaba las llaves y quienquiera que llegara a la puerta, ni aunque fuera la propia reina, a nadie dejaba entrar o salir hasta que él volviera. Ni aunque los mataran, los que estaban dentro no podían salir, nadie podía escapar de allí. Él, en cambio, se marchaba casi todos los días a cazar y a matar venados. Esto enfurecía a su mujer con razón. Pero él ni siquiera se preocupaba de si ella merecía tal vigilancia, porque era un hombre espantoso. Cuando volvía a casa, ella no se atrevía a mirar a nadie. ¿Hay cosa más terrible que le hubiera podido suceder?

Antes de casarse, la dama había prometido en secreto a Kehenís acogerlo en sus brazos cuando viniera a su lado. Pero eso no había podido llegar a cumplirse, ni tampoco había posibilidad de que se cumpliera ya; pero Nampetenís, su esposo, había oído hablar de la promesa y por esa razón estableció la vigilancia. En su corazón, sin embargo, la dama amaba a Kehenís y él tampoco la había olvidado y dio buena prueba de que pensaba en su amor con todos sus sentidos. La noble dama cumplió parte de su

deseo: un día, mientras Nampetenís cazaba, él, confiando en la suerte, llegó cabalgando solo y en secreto hasta aquel lugar. La mujer se dio cuenta de su presencia, porque había subido a la muralla. Enseguida recibió al caballero y le dio la bienvenida.

—¡El señor os lo pague! —le dijo él con afecto—. Dios condene para siempre al que ha sellado este castillo de tal manera que no pueda deciros por qué he venido hasta aquí. Sin embargo, ya sería para mí un logro —era obvio lo que decía— si esas damas accedieran a alejarse un momento de vos, para que yo pudiera comunicaros abiertamente mi mensaje.

Ella rogó inmediatamente a las mujeres que se fueran más arriba, lo que aquellas cumplieron al instante. El viento estaba calmado, como era el deseo de ambos. Entonces Kehenís le recordó lo que le había prometido antes de casarse con su esposo y le dijo que ella no salía nunca de sus pensamientos.

—Por eso, bondadosa señora, debes recompensarme.

La buena mujer dijo:

—Así sea, Kehenís. Yo siempre te amé, no puedo negarlo. Si no fuera porque no pudo ser, de muy buena gana habría cumplido tus deseos. Y sigo pensando igual, siempre que pudiera hacerse de modo que ambos salgamos con vida. Bien puedes ver cuál es mi situación; mi señor me ha encerrado aquí para que nadie pueda llegar hasta mí.

Dijo, sin embargo, que se lo concedería de buena gana si él conseguía llegar hasta ella.

—Tú sabes bien —prosiguió— cómo me vigila mi señor, pero en mis pensamientos te deseo tanto que si consigues llegar a mi lado, yo cumpliré tu voluntad.

El barón se alegró mucho, se lo agradeció a la dama con efusión y se marchó. El poderoso Kehenís reflexionó intensamente sobre cómo podría llegar hasta doña Gariola de modo que ambos quedaran a salvo, y por esta razón se le podía ver muchas veces pensativo. Pero a pesar de ello, el ágil caballero no consiguió en ningún momento dar con una idea sobre cómo llegar hasta su amada sin recibir daño. Entonces acudió a Tristán y le pidió consejo acerca de la manera de alcanzar a la mujer. Cuando este oyó lo que

la dama le había dicho y la estrecha vigilancia a la que estaba sometida, dijo:

—Compañero, me parecería lo mejor que rogaras a la dama que en secreto imprima las llaves en cera y te arroje a escondidas esos trozos de cera por encima de los fosos. Si tienes suerte, llegarás así hasta ella sin problemas. Dentro de la cera hazte fundir copias de las llaves y así tú mismo podrás abrir el castillo y entrar en él. Puesto que me has pedido consejo, esto es lo que me parece mejor para que puedas cruzar la muralla.

Kehenís se puso muy contento y agradeció mucho el consejo a su amigo. Regresó ante la dama y se lo comunicó. Ella respondió por su fe:

—Tendrás la cera con toda seguridad. Dime, ¿cuándo quieres venir a buscarla?

—El lunes —dijo él.

—Pues, si puedo, haré que esté lista para entonces.

Eran tres las damas que conocían este acuerdo y entre todas lograron con astucia que la cera estuviera preparada. ¿Disgustaría eso a Kehenís? ¡De ninguna manera! Él llegó allí puntual al tercer día, las damas observaron su presencia y lanzaron la cera por encima del foso y cuando él la hubo cogido, su ánimo se alegró.

—Dios os pague por todo lo bueno que hacéis, querida señora mía —dijo y le deseó salud.

Luego se marchó de allí, feliz de que todo le hubiera ido bien. Una vez obtenida la cera, salió de aquel lugar cabalgando como lo hace quien ha puesto todo su entendimiento en algo que pretende llevar a cabo. Habló con muchos de los mejores herreros y fue a buscarlos por todo el país, pero no encontró a ninguno que pudiera aceptar el encargo y le supiera hacer las llaves. Entonces se le fue la sonrisa y perdió parte de su gran alegría, pues le parecía una gran desdicha.

Nuevamente fue a ver a su amigo a pedirle consejo en este asunto. Le dijo:

—Querido amigo, vuelvo a necesitar sin falta tu consejo. He conseguido la cera, pero no he logrado encontrar a nadie que emprenda la fabricación de las llaves.

—Si tú no encuentras a ninguno —dijo Tristán—, yo creo que sí tengo un herrero que las podrá hacer bien, si tú quieres encargárselas. Ha cruzado el mar desde Tintaniol para seguirme y está ahora en esta misma ciudad.

Kehenís le pidió que lo intentara enseguida. Tristán mandó llamar al herrero y decirle que no dejara de venir a estudiar los moldes de cera y le pidió luego que le fundiera las llaves en secreto. El herrero se echó a reír fuertemente y dijo:

—Señor, ¿no iréis a robar algo? Yo no quiero encubriros ni ayudaros.

—¡Tú no te preocupes de lo que haga con ellas! —le respondió Kehenís, el poderoso caballero—. Yo te prometo fielmente que, si haces buenas llaves, él te recompensará tan bien por ellas que no lo lamentarás.

El herrero contestó:

—En verdad que las haré excelentes.

Eso devolvió la sonrisa al caballero e hizo desaparecer su tristeza.

En esto, Kehenís quiso llevar a cabo aquello que tanto deseaba, cuando al noble Tristán le llegó un emisario de su tierra dándole la noticia de que su padre había muerto y de que el reino estaba sin señor.

—Hay un gran desorden en tu reino, porque muchos de los barones quieren ser rey y tus amigos, tus parientes y tus vasallos tratan de impedirlo.

Oído el mensaje, Tristán dijo a Curneval:

—Tú me has servido fielmente mucho tiempo. Ahora poseo un reino que quiero darte en pago; y soy feliz —prosiguió el caballero— de poder recompensarte tan convenientemente.

Curneval contestó:

—Dios os lo pague para siempre, pero a mí no me conviene la corona, en cambio a vos mismo os conviene mucho más. Yo no la aceptaré.

—¿Por qué?

—Porque vos mismo deberíais llevarla.

—Yo quiero que la lleves tú y que tengas también todas mis tierras.

—No lo aceptaré.

—Lo harás.

—No.

—¿Por qué?

—Señor, no podría ser buen rey.

—Tus vasallos te enseñarán a serlo.

—No podría dejar que eso ocurriera, pues a vuestros vasallos no les gustaría tener que recibir de mí los feudos.

—Entonces yo haré que todos te sirvan solícitos.

—Señor, si queréis hacerme un favor y una buena acción, venid vos mismo y tomad posesión de vuestro reino, juzgad regiamente todo lo que en él haya acontecido, conceded vos mismo los feudos con vuestra mano real y concededme también a mí un feudo igual en el que pueda mantenerme. Si luego queréis volver a cruzar el mar para reuniros con vuestra esposa, bien podéis rogar entonces a vuestros allegados que me reconozcan como regente hasta que volváis. Cuando hayan escuchado por completo cuál es el deseo de su soberano, estoy convencido de que lo cumplirán voluntariamente todo el tiempo. Por eso haced caso de mi consejo, porque es muy bueno para vos. Y yo entiendo que eso me honraría.

El señor concluyó:

—¡Así sea!

El valeroso Tristán comenzó luego a preparar las cosas para viajar a su tierra. Pero cuando, al día siguiente, debía partir, le pareció que jamás superaría el dolor si no veía a la reina antes de que Curneval se separara de él. Por eso le ordenó cruzar nuevamente el mar con él.

—Porque nunca más la volveré a ver cuando deje de tenerte a ti y ese es mi mayor dolor —dijo el héroe, reflexivo, y expuso a Kehenís todo lo que tenía que hacer y rogó a los allegados que deseaban viajar con él que lo esperaran allí hasta que volviera, que entonces los llevaría consigo de muy buena gana.

—Estad preparados para ello.

El dichoso barón se fue entonces por su camino con Curneval para ver a la reina, lo que hicieron en secreto absoluto. Los dos jóvenes actuaron con su vestimenta y su comportamiento como si fueran dos vagabundos. Ambos tunantes llevaban sendas capas cortas de color rojo, cuyas capuchas eran de tela amarilla. Tristán llegó nuevamente a Lián, acompañado de Curneval, y el excelso barón encontró a Tinas en su casa, lo que no le disgustó lo más mínimo.

El noble Tristán hizo comunicar a su señora a través de Tinas la noticia de que había venido a su país y de que le gustaría mucho verla, y, si ella podía hacer que el encuentro tuviera lugar en el vergel, le encontraría en lo alto del tilo desde el que los había espiado el rey. Tinas se lo transmitió a la dama y al caer la oscuridad ella acudió secretamente a la cita con Tristán, pasando con él la noche hasta el amanecer. Allí yacieron con sus penas hasta que tuvieron que separarse. Gran dolor sentía la hermosa reina porque los jóvenes se alejaran tan pronto de ella. Ellos se apresuraron a volver hacia las naves y pronto se habían escabullido hasta tan lejos de Tintaniol que el caballero Tristán creyó estar a salvo. Pero el cobarde Parlasín envió hasta aquel lugar al condenado Ántred, que los vio y los persiguió inmediatamente. Muy a su pesar, Tristán huyó del cobarde, porque no le quedaba otra cosa que hacer, pues no tenían con qué defenderse, mientras que Ántred los perseguía con lanza y escudo; pero le dolía y se lamentaba de no poder combatir con él. En fin, hizo bien en salvar su vida. Huyó de su primo hasta un riachuelo cuyos vados eran estrechos y profundos. Él se metió en un bote que encontró en la orilla, pues de otro modo el héroe —y con él Curneval— no habría salido de aquella vivo o libre. Ántred llegó cabalgando en el momento en que zarpaban de la orilla, y, aunque lo intentó, no consiguió ni cabalgar ni vadear para matar al héroe. Como el bote se alejaba de él, arrojó a su primo la lanza, pero erró y tocó la embarcación, con lo que el asta se quebró. Mucho le dolió haber errado. Tristán, en cambio, tuvo la idea de coger un trozo de la lanza, lo que supuso su salvación definitiva, pues con él pudo empujarse hasta el otro lado del riachuelo, dado que no tenían ni remos ni pértiga; con aquel trozo, en cambio, los buenos vagabundos navegaron hasta llegar a la orilla. Ántred, sin embargo, no consiguió atravesar el agua por ningún sitio, con lo que los otros dos se salvaron, pues de otro modo los hubiera matado. El duque Ántred le hizo saber entonces al rey que Tristán lo había vuelto a traicionar y acababa de estar con la reina, que él lo había perseguido y casi lo había matado, pero que se le había escapado. El rey se puso en marcha de inmediato con todos los que tenía consigo; siguieron a Ántred y buscaron a Tristán por todas partes del país. El soberano bloqueó enseguida todos los caminos del reino y mandó a los guardianes que, por el amor que tuvieran a

la patria y a sus ojos, no abandonaran sus puestos visiblemente ni en secreto mientras Tristán no fuera apresado o muerto. El rey estuvo tres días buscando a Tristán con el máximo esmero y todos sus vasallos hicieron lo propio.

Al poco tiempo ocurrió que Tinas, al que se había encomendado montar guardia junto a su castillo, se cruzó, estando solo, en el camino de Tristán. El barón Tinas lo apresó y lo condujo ante su mujer, encomendándole que por su vida lo mantuviera de tal modo que nadie lo viera y que pusiera todo su empeño en cuidar de él. Estoy plenamente convencido de que, si él no hubiera ido hacia aquella parte, habría sido apresado y no se habría podido salvar. Pero he oído contar por cierto que Tinas no lo mató. El rey, sin embargo, estaba tan enojado con él que, si lo hubiera detenido, le habría costado la vida.

En estas, la hermosa reina pasaba noche y día sumida en una honda preocupación de que los dos jóvenes fueran apresados, cuando entraron en sus aposentos dos mozos despojados hasta de sus vestidos, que habían perdido en el juego. La dama observó enseguida que necesitaban dinero. Uno se llamaba Haupt y el otro Plot y eran vagabundos. La señora los llevó aparte y les preguntó quiénes eran, a lo que ellos contestaron sin rodeos:

—Somos hampones y hoy mismo hemos llegado a la ciudad.

La reina les pidió entonces que cumplieran lo que les iba a pedir y los mozos respondieron enseguida que lo harían de muy buena gana.

—Os aconsejo hacerlo, porque os hará ricos.

—Lo haremos con toda garantía.

—¿Estáis dispuestos a prometérmelo?

—Sí, señora, en verdad.

Ellos demostraron su credibilidad y se lo prometieron a la dama, quien entonces comenzó a lamentar ante los mozos la situación en que se encontraba Tristán.

—Está aquí, dentro del país, y mi señor se ha enterado. Ahora no podrá volver a salir, si no es prisionero o muerto. Queridos Haupt y Plot, vosotros deberéis seguir ahora vuestro camino y dejaros apresar. Vuestras vidas no correrán peligro, pero salvad por mí, pobre mujer, su vida y mi honra; a

cambio viviréis para siempre espléndidamente, pues yo os daré tanto que siempre os irán bien las cosas.

—Probablemente sea ya demasiado tarde.

—No, todavía estamos a tiempo.

—Entonces decidnos cómo debemos hacerlo y cómo saldremos de esta.

Ella dijo a los mozos:

—Aquí mismo os vestiréis con dos capas que os voy a dar y luego huiréis rápidamente como si quisierais salir del país y os dejaréis apresar. Cuando estéis detenidos, declararéis que vuestro señor es Tristán, que él os ha enviado a su país mientras permanecía aún en Karahés, pretendiendo seguiros al poco tiempo con trescientos hombres armados. Porque su padre ha muerto y sus amigos, por defender su reino, se encuentran en una situación delicada. Debéis afirmar con certeza que él pretende venir en poco tiempo. Diréis que habéis estado a punto de morir en este país, que os atacaron unos caballeros que pretendían mataros y que os acosaron aviesamente, justamente así tenéis que hablar. De este modo tuvisteis que huir y llegasteis a un río, donde vuestra situación mejoró, pues encontrasteis un bote varado en el que os embarcasteis inmediatamente, ya que no teníais defensa. Entonces uno os arrojó una lanza que tocó el bote, rompiéndose, y le disgustó mucho haber errado el tiro, pues lo lamentó fuertemente. Vosotros, en cambio, encontrasteis en ello la salvación, pues os pudisteis hacer con un trozo del asta, con el que navegasteis río abajo. Desde entonces, habéis errado por el país hasta haber sido detenidos. Aunque se os interrogue por separado sobre este asunto, por vuestra propia necesidad debéis manteneros firmes para no dudar en ningún momento y recordar siempre todo lo que os he dicho. No os dejéis apartar de vuestra declaración por nadie, ni con amenazas ni con buenas palabras, pues a vosotros mismos os conviene. Si vuestra firmeza cede, moriréis enseguida. Solo podéis salvaros si mantenéis vuestra declaración.

La reina Isolda dio a los mozos unas capas iguales a la que llevaba Tristán. Enseguida se pusieron en camino y no anduvieron mucho rato hasta ser detenidos. Fueron conducidos a la corte y el malvado duque Ántred les preguntó quiénes eran. Los mozos le contaron todo lo que la reina les había mandado decir. Él no lo dejó valer, sino que profundizó en el interrogatorio.

Entonces ellos declararon delante de toda la gente, como prueba de su veracidad, cómo habían sido perseguidos y cómo se salvaron solo por poco cuando lograron atravesar el río sin remo y sin pértiga. Él siguió sin cejar, los separó y dijo a uno:

—Tus astucias no te servirán de nada, pues yo sé bien quién eres. Has dicho una mentira y mi señor está terriblemente enfurecido contigo. En verdad te prometo que morirás irremisiblemente si no me dices ahora mismo la verdad de lo que ha ocurrido.

—Me ocurra lo que me ocurra, yo no puedo declarar otra cosa. A no ser que se me pidan mentiras, de esas podría inventarme muchas y hacerlas como se quisiera.

Regresó con este y se llevó consigo también al otro, diciéndole astutamente:

—¿En qué situación te has metido mintiendo a mi señor? Te has engañado a ti mismo, pues ahora sin duda estás condenado a morir. No estarías en este trance si hubieras dicho la verdad, como lo ha hecho tu compañero.

—¿Acaso dice algo distinto que yo?

—Sí.

—¡Vergüenza le debería dar!

—¿Por qué?

—Por ser un mentiroso.

—¡Ay!, qué terco eres, que no te prestas a declarar otra cosa.

—¿Pues no queréis escuchar la verdad?

—Sí quiero.

—Pues es la que habéis oído.

—Ocurrió de otro modo.

—En verdad que no. ¿Creéis acaso que mentiría y engañaría a toda esta gente de forma tan pública y notoria? Lo puedo hacer, si es eso lo que queréis.

—No, no lo quiero. No deseo nada más que la verdad.

—Pues os guste o no, ya la supisteis hace un rato.

Entonces Ántred dejó estar a los mozos y dijo al rey que no era ninguna mentira lo que ellos declaraban:

—Los dos a los que yo perseguí llevaban unas capas iguales. Puesto que se dieron a la fuga, creí que se trataba de Tristán.

El rey ordenó entonces levantar inmediatamente los controles y permitió a los buenos mozos ir a donde quisieran y a donde en derecho debieran.

En cuanto la vigilancia hubo sido levantada, don Tinas ayudó al noble caballero Tristán a regresar a su país. Cuando llegó a Karahés, se llevó consigo a los trescientos caballeros, que ya estaban dispuestos para zarpar, y el hombre dichoso se marchó a su propia heredad. Acudieron de inmediato los príncipes y recibieron de él sus feudos. Todo lo que había acontecido en aquel tiempo lo juzgó él del modo que le pareció más adecuado. Permaneció con sus allegados durante dos años y poco más y a Curneval le regaló y dio en feudo gran parte de sus propiedades. Pero entonces decidió regresar nuevamente a su otro reino. Ordenó a Curneval, su hombre de confianza, gobernar el reino y tanto en público como en privado rogó a sus allegados que le obedecieran y se sometieran a él. Luego el caballero partió de regreso a Karahés. Entretanto habían muerto su suegro y su suegra y Kehenís había sido víctima de hostilidades durante bastante tiempo y había recibido gran daño por ellas, pues el conde Riol lo había atacado causándole grandes pérdidas. En esto regresó allí Tristán, lo que alegró mucho a Kehenís y a todos los suyos y también su esposa estuvo muy contenta de su llegada. Cuando Tristán hubo escuchado lo que habían hecho a Kehenís, mandó sus emisarios a los señores de todas las tierras y muchos caballeros acudieron a su llamamiento. El conde Riol y sus amigos fueron vencidos nuevamente, de modo que en poco tiempo volvieron a pagar por los daños causados. ¡Cómo tuvo que solicitar ese la clemencia de su señor! Tristán atacó otra vez la ciudad de la que había salido todo el mal ocasionado a Kehenís; en poco tiempo la conquistó por la fuerza y el mismo día la redujo a cenizas. Mucho les dolió ahora el daño causado a Kehenís. Cuando hubieron irrumpido en la ciudad, encontraron en ella una torre que los que la custodiaban no quisieron entregar. El buen Tristán llevaba a la sazón el yelmo echado hacia atrás. Como no accedieron a rendir la torre, el caballero los atacó enfurecido, pero no se volvió a atar el yelmo. En ese momento, le arrojaron una pesada piedra, de modo que hubieron de llevarse al noble caballero dándolo por muerto. Kehenís, sin embargo, conquistó el edificio

con gran esfuerzo y la pedrada les costó a todos la vida: los que estaban allí dentro fueron ahorcados sin excepción, ese fue su penoso final.

El caballero Tristán yacía sin ver ni oír nada y sin mover extremidad alguna. Con grandes lamentos lo llevaron a casa y nadie creía que consiguiera sanar.

—Si muere, jamás superaré esa pérdida —dijo Kehenís llorando fuertemente y lo propio hicieron todos sus hombres.

Sin embargo, Kehenís le consiguió médicos que le cortaron todo el pelo, le aplicaron emplastos y curaron sus heridas. Pero pasó más de un año antes de que —a duras penas— se salvara. Cuando estuvo completamente recuperado, de modo que podía andar y montar a caballo, tenía otro aspecto del que había tenido antes; había perdido su color, y los rasgos de su cara eran tales que, quien no lo supiera, no podría reconocerlo. De su tierra lo había acompañado a la sazón un niño, el hijo de su hermana, a quien amaba mucho, como es de ley. Un día el buen caballero salió a cazar con el halcón, acompañado del niño. Llegaron cabalgando hasta el mar y entonces Tristán miró hacia el país de Cornualles y dijo en voz baja:

—¡Ay!, reina amada, ¿es que no he de volverte a ver? ¿Cómo podría hacerse?

El niño oyó sus lamentos y le contestó:

—Me maravillan tus palabras, tío —dijo el joven—. ¿Por qué no deberías verla?

—Ay no, no puede hacerse.

—Sí se puede.

—No, no se puede.

—¿Por qué?

—Cuando la vi por última vez, fui descubierto y no hubiera podido escapar jamás, si la fortuna no lo hubiera dispuesto, pues un amigo mío me escondió y me sacó de allí. En aquella ocasión habíamos ido disfrazados de tunantes y nos salvamos por poco. La vez anterior también fui descubierto y también logré escapar a duras penas; aquella vez fui de peregrino. Ahora no puedo volver a hacerlo, pues están alertados y desgraciadamente no me atrevo a volver a donde pueda verla. Si tuviera aquí a Curneval, él me

aconsejaría lo que podría hacer para que nadie lo supiera, pues él conoce muchos trucos inteligentes.

—Tío —dijo el niño—, nunca mejor que ahora podrías verla a tu placer.

—¿Cómo sería eso?

—Ahora tienes otro aspecto que antes y tienes el pelo rapado. Nadie de los que te conocían de otra época sabría quién eres si no se le dijera tu nombre. Con este truco tuyo deberías ir allí solo, ponerte una chaqueta de capucha y comportarte como un necio. Los vigilantes creerían que eres un bufón de verdad.

El valeroso Tristán se echó a reír y luego besó al niño afectuosamente.

—¡Dios poderoso te lo pague! —dijo—. Querido sobrino, por el consejo que me acabas de dar te apreciaré siempre.

Y el señor fue enseguida a conseguir la chaqueta que necesitaba. Luego se marchó solo —aunque esto no le entristeció— llevando una gruesa maza. Secretamente se llegó hasta las naves que habían venido de Cornualles y entre ellas merodeó hasta que un comerciante de Tintaniol lo recogió, pensándose que era un necio y queriéndoselo llevar como agasajo a su señora, la reina, y a su señor, el rey. No os miento si os digo que Tristán estuvo muy contento de ello. Aquel se lo llevó consigo cuando se dispuso a regresar a su tierra y él hizo lo que correspondía a su papel. El comerciante se alegró mucho de tener al bufón, levó el ancla del fondo del mar y zarpó hacia su país. En verdad os digo que en la nave Tristán se comportó de manera tan necia que los hacía reír sin remedio y los cautivaba de tal forma que lo miraban estupefactos. Decían que no podía haber bufón mejor que él. Le dieron un queso para que se lo comiera, pero él no había olvidado a su amada señora, de modo que a escondidas metió el queso en su capucha y se lo llevó a la reina, alimentándose de todo lo demás que pudo conseguir.

Llegaron entonces sin percance alguno a la costa de Tintaniol y encontraron al rey Marc cabalgando por la playa. No quisieron esperar más y le llevaron de inmediato al bufón. Tenía este un aspecto tan memo y se comportaba de tal manera que creyeron a ciencia cierta que se trataba de un loco. Le tiraban de las orejas y comenzaron a hacerle jugarretas y él les aguantó muchas. También Ántred, el duque infame que con mentiras y verdades tanto dolor le había causado antes en el corazón, quiso hacerle

locuras, pero el bufón comenzó a perseguirlo con intención de matarlo. Poco me importaría que le hubiera dado alcance, pues en ese momento habrían sido vengados los falsos consejos que tantas veces había dado en contra suya, así como su ruin perfidia. Pero la fortuna le ayudó a escapar para que no lo matara. Mientras el rey cabalgaba hacia la corte, el necio lo seguía, gritando en voz alta y blandiendo su maza. Muchas locuras cometió y muchas bufonadas, y numerosos caballeros le seguían cuando llegó ante la señora. La reina lo recibió como debe recibirse a un bufón y el necio se plantó ante ella y le solicitó que lo besara. La dama no deseaba hacerlo en modo alguno, pues no sabía quién era. Pero el tonto se quedó delante de ella y la miró con tanto ardor que el propio rey le dijo:

—Pero bueno, necio, ¡detente ya! ¿Cómo se te ocurre mirar tan lujuriosamente a mi señora?

—Bien que puedo y me atrevo a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque es de justicia que ella sienta inclinación por mí.

—¿A raíz de qué?

—Os lo diré.

—Habla, pues.

—Ella me ama.

—Te estás burlando.

—No, señor, de ninguna manera.

—Sí lo haces.

—No, no lo hago. Probablemente dentro de un rato vaya a hacer el amor con ella.

—¿Con quién?

—Con la reina.

—¿Con mi señora?

—Sí, con tu esposa.

—¡Cállate, necio, deja de decir estas cosas!

—Sobre esto no puedo callar.

—Entonces habla de otras mujeres.

—No sé mentir.

—Pero si no paras de echar a volar mentiras.

—Lo que digo es verdad.

—Ella está bien a salvo de ti.

—No sé si lo está.

—Ella puede prescindir de tu amor.

—Pero si me ama como a su propia vida.

—¿Cómo podría una mujer tan hermosa entregarse a un bufón como tú?

—Señor, yo soy un buen caballero y por ella he hecho grandes cosas.

—¿Como cuáles?

—Por ella me he enfrentado a muchos trabajos y por ella he sentido a menudo alegría y dolor. A decir verdad, es por ella por lo que me he convertido en bufón; y si aquí me tiran de las orejas, es por ella por lo que lo soporto, tanto en público como en privado. Yo la amo más que cualquier cosa en el mundo. Aunque no lo queráis creer, yo no concedería a nadie nada mejor que a ella.

Se sentó sobre la alfombra frente a ella y la miró a los ojos abiertamente. El rey lo observaba todo sin apartar de allí su mirada, forzado a contemplarlo y como pasmado. Pero tanto él como todos los que lo veían creyeron que se trataba de un loco. Muchos de los más sabios, sin embargo, tanto caballeros como damas, se dijeron unos a otros en voz baja, que no en público:

—No habla como un necio. Fijaos todos en eso.

—Yo solo soy más inteligente que todos vosotros juntos, os guste o no. Sois unos envidiosos y mucho os duele que me sepa comportar con tanta propiedad —muy extraña era esa argumentación—. Mirad, os demostraré que pensé en mi señora con todos mis sentidos cuando desde tan lejos y cruzando el mar le traje este obsequio.

Y metió la mano en su capucha para sacar de ella el queso.

—No sería bueno que este trabajo y este sufrimiento fueran en balde. Cogedlo, mi querida señora —dijo entonces a la dama—, pues a fe mía os digo que si no os amara tanto no os traería esta joya.

Ahora todos se echaron a reír y comentaron que sin duda alguna se trataba de un tonto y un necio. Él había llevado a cabo su discurso de manera tan astuta que hizo cambiar de opinión a algunos y todos a una

juraban ahora que jamás habían visto en reino alguno a ningún bufón más alocado y auténticamente divertido.

Cuando el rey salió, el necio se las apañó para no ser echado, pues él se quedaba de buena gana y el tiempo no se le hacía largo. Sobre su falda partió luego el queso que había traído y que había guardado en su capucha durante más de siete noches. Pidió a la reina Isolda que comiera de él, pero ella no era tan descuidada como para hacerlo en modo alguno, por más que él se lo rogara. El loco de Tristán cogió entonces un trocito del queso y se lo metió a su señora en la boca. Ella le dio una bofetada no muy fuerte en la oreja con la palma de su mano.

—Señora mía —dijo el bufón—, me pegáis demasiado fuerte. Si supierais quién soy, no me azotaríais tan fuerte. Si amarais a Tristán, no deberíais abofetearme.

La señora le preguntó enseguida qué era lo que sabía de él. Inteligentemente, el necio le contó entonces muchas de las cosas que le habían ocurrido con ella y le dejó ver el anillo que ella misma le había dado. Finalmente el valeroso caballero le dijo:

—Señora, yo soy Tristán.

De inmediato, la dama lo reconoció y se alegró de ello hasta lo más profundo de su corazón. Luego dispuso que se cuidara solícitamente del bufón y se le preparara cerca un agradable lecho, debajo de la escalera, en sus propios aposentos. Allí cuidaron bien de él y muy bien le fueron las cosas al necio. De día era un loco, mientras que de noche recuperaba todo el entendimiento e iba a menudo y a todas horas junto a la dama. Mucho se cuidaba de que nadie lo supiera y con su prudencia consiguió poder cumplir sus deseos con la dama en total secreto.

Transcurridas tres semanas desde su llegada, dos camareros descubrieron de pronto que el traidor hacía el amor con la dama. Secretamente se lo dijeron a tres amigos suyos que debían ayudarles a apresarlo. Esa misma noche, a avanzada hora, llegaron a los aposentos; el rey no estaba en casa. A uno de ellos lo hicieron ir junto al lecho de la señora, a dos los apostaron junto a la puerta y los otros dos se quedaron fuera, guardándoles el camino. Su idea era matar o apresar al hombre cuando se marchara. Pero el excelso Tristán se dio cuenta de la emboscada.

El precavido caballero empuñó su maza y fue a hablar con su señora, algo que por ninguna amenaza habría dejado de hacer, pues ella lo amaba tanto como él, que la quería más que ninguna otra cosa en el mundo. Los emboscados sintieron miedo y no se atrevieron a atacarle. Él se acercó a su señora, la besó con amor y, muy triste, le dijo:

—Ahora tenemos que separarnos. A ambos nos conviene, pues he sido descubierto. Desgraciadamente no podré volver a venir para estar con vos y eso me duele. ¡Si supiera qué hacer! Sedme fiel, como yo os lo seré para siempre. Cuandoquiera que un emisario mío os traiga este anillo, haced en total secreto todo lo que a través de él os pida. ¡Dios maldiga a los que tan pronto nos separan!

—¡Y que el Diablo se los lleve! —añadió la noble dama llorando desconsoladamente[23].

Tristán se marchó entonces blandiendo su maza como si quisiera matarlos con ella si se atrevían a detenerlo. Pero los que le estaban acechando sintieron tanto miedo cuando lo vieron venir con aquel arrojo que no se atrevieron a hacerle frente. Solo cuando estuvo lejos, salieron tras él por la puerta los que habían estado dentro y preguntaron a los guardias cómo había podido ocurrir que se les escapara así, vivo y libre. Todos sintieron vergüenza, pero cada uno quiso echar la culpa al otro, por lo que comenzaron a discutir entre ellos:

—Si tú lo hubieras atacado, yo no te habría fallado.

—Lo mismo habría hecho yo, por mi fe.

Mucho les dolió no haberlo apresado y fueron tras él con deseo de detenerlo. Pero cuando volvieron a verlo caminar les pareció tan temible que, nuevamente, todos se acobardaron. Así Tristán regresó a casa sin recibir daño alguno. En cambio, ninguno de los emboscados podía contar a nadie lo que les había ocurrido.

Bien habéis oído cuál era la situación de la esposa de Nampetenís, a la que el noble Kehenís amaba como a su propia vida. Por la grave herida que había afectado a Tristán, ese amor había quedado sin consumarse. Escuchad ahora cómo lo llevó a cabo el valeroso caballero Kehenís. Bajo su custodia tenía siempre a punto las llaves que a ambos barones traerían alegría y dolor. Llegó en esto un hermoso día de caza en el que Nampetenís salió a

cazar. El noble Kehenís llamó a su amigo y los dos hábiles caballeros cabalgaron sigilosamente hasta la noble dama Gariola. Era antes de media mañana. Sin preocupación alguna abrió el primer portal y luego hizo lo propio con los otros dos. Luego entraron dentro muy felices. Sabed por cierto que el magnífico Kehenís llevaba un sombrero para el sol decorado con hermosas flores que el viento le arrebató cuando entraba en el castillo, arrojándolo en el foso. Los dichosos caballeros fueron recibidos por las damas, pero dado que no podían permanecer mucho rato en el castillo, Gariola se apartó enseguida de las demás mujeres, llevándose a Kehenís a un aposento. El educado Tristán se quedó acompañando a las damas. Puesto que él lanzaba los dardos mejor que nadie, el fiel caballero, estando sentado, lanzó uno de sus dardos a la pared y seguidamente lanzó otro, que se clavó en el primero y luego siguió lanzando más y más veces un dardo dentro del otro. A las damas las maravillaba que lanzara tan bien las saetas y no les aburría el juego, de modo que él tiró una y otra vez sus dardos contra la pared para entretenerlas y luego no pensó más en ello. Pero estos disparos le aportarían un mortal sufrimiento cuando cabalgara de vuelta a Karahés.

Mientras Kehenís cumplía en secreto su deseo con Gariola y abrazaba a la dama tantas veces como quería y la aproximaba hacia sí y ella lo besaba, el tiempo no se le hacía largo. Pero finalmente tuvieron que separarse. A ambos les dolía tener que despedirse tan pronto; sin embargo, estaban dichosos de haber cumplido su deseo. Kehenís y Tristán tomaron licencia enseguida y abandonaron el castillo rápidamente, cerrando de nuevo las puertas. Mientras se alejaban cabalgando a través de un bosque no muy extenso, un cervatillo cruzó el camino de un salto delante de ellos. Enseguida se propusieron apresarlo, pero por desgracia no lo consiguieron; aún así no quisieron cejar por nada y lo persiguieron durante tanto tiempo que, antes de lograr darle caza, sus caballos quedaron exhaustos y debilitados, a punto de desfallecer. Antes de que retomaran su camino, Nampetenís había vuelto a su casa. Él mismo abrió la clausura en la que su mujer permanecía noche y día como si estuviera presa. Es imposible que a ella se le hiciera largo el tiempo hasta que volviera y se enterara de lo que había hecho. Cuando él entró en el castillo, comenzó para ella el suplicio,

pues vio tirado en el foso el sombrero de Kehenís. El buen caballero se maravilló mucho de cómo había podido ir a parar allí aquel sombrero. Prosiguió y fue a ver lo que hacían las damas. Arriba, en los aposentos, vio clavada la saeta que el valeroso Tristán había lanzado contra la pared. El caballero pensó: «Únicamente Tristán puede disparar de este modo; sin duda ha sido él quien lo ha hecho». Y al instante dedujo que Kehenís había venido allí con él. Porque sabía por cierto que su mujer lo amaba tanto que él no cejaría en su propósito de llegar allí, fuera para su dicha o para su desgracia, y que ella cumpliría solícita todo lo que el caballero le pidiera. De ahí que el señor exclamara al instante:

—¡Gariola, Tristán estuvo aquí y con él vino Kehenís!

Y desenvainó su espada amenazándola severamente. Le dijo que por su fe que la mataría con su propia mano si no le decía con certeza si Kehenís había estado con ella. La dama cedió ante la angustia y admitió:

—Sí.

—¿Qué te hizo?

—Me besó.

—¿Te acostaste con él?

—No, no.

—¡Mientes!

—Sí, señor, sí.

—¿Y pues?

—Sí ocurrió.

—¿Y cómo?

—Me echó debajo de él en contra de mi voluntad.

—¿Y cómo entró aquí?

—Señor, no sé cómo lo hizo. Fue sin mi ayuda.

El barón montó en su corcel y con él ocho de sus hombres; cada uno cogió su escudo y una lanza. El caballero persiguió a toda prisa a sus enemigos, pues para bien o para mal quería vengar la vergüenza y el perjuicio que había recibido. Pero aquellos no podían huir porque tenían los caballos agotados. Cuando el valeroso Tristán oyó que los perseguían a caballo, dijo a Kehenís:

—Me temo que nos van a atacar. ¿Cómo haremos para salvar nuestras vidas? Nada nos es más necesario que defendernos con todas nuestras fuerzas.

Reunieron entonces todo su valor, y cuando llegó Nampetenís, ambos caballeros se enfrentaron a él y a los suyos, defendiéndose fieramente para salvar sus vidas del terrible apuro en el que se hallaban. Aquellos mataron a Kehenís, pero, antes de morir, él mató también a tres de sus adversarios con su propia mano. ¿Qué le sucedió a Tristán? El paladín mató a cuatro con asombrosa rapidez e hirió a otro. Pero él mismo también fue herido gravemente, pues Nampetenís le había lanzado un venablo envenenado que lo obligó a abandonar el combate y lo dejaron por muerto, tirado en el campo de batalla. En ese momento, Nampetenís habría accedido a perdonar la deshonra recibida si los caballeros de uno y otro bando hubieran seguido vivos.

—He vengado el perjuicio recibido —se lamentó—, pero ahora debo deplorarlo ante Dios del cielo. Moriré sin remedio, pues no puedo salvarme de los amigos de estos dos; y también lo he pagado muy caro con mis queridos vasallos.

Triste, se marchó.

Cuando la noticia llegó a Karahés y la esposa de Tristán la oyó, al acto se desesperó. Fue a buscar al barón con tan grandes lamentaciones que nadie podría describir el dolor que sentía. Entre llantos sepultó en la tierra a Kehenís y a Tristán le consiguió pronto médicos para que le ayudaran y curaran su herida. Pero cuando estos pusieron emplastos al caballero, ninguno lo sanaba. Estaba herido de tal modo que nadie podía hacerle mejorar si no era la princesa Isolda, la esposa del rey Marc, quien ya antes lo había curado de un veneno. Tristán pidió ver a su mayordomo de la ciudad; vino este y su señor le rogó que fuera su emisario, insistiéndole en que lo hiciera solícito, pues había venido con él desde la lejana Tintaniol. Le encomendó regresar allí y decir a la reina que pensara en todas las cosas que él había llegado a hacer por ella y que pensara también en lo que le había pedido cuando se separó de ella la última vez, y que por todo su amor accediera a venir a verlo lo antes posible, pues esperaba recibir de ello gran alivio. Dijo además, entre sollozos:

—Mayordomo, debes insistir en recordar a mi amada señora que a menudo he soportado yo por ella sufrimiento y perjuicio y que siempre le fui fiel, que piense en ello y que no eche a perder ahora su fama y me ayude a salvarme, pues si ella no viene y me cura, moriré. Dile que abandone todo lo que allí tiene, que a nosotros no nos faltará nada mientras vivamos. Querido mayordomo —prosiguió el caballero—, esfuérzate con tu mensaje. Al regresar, izarás una vela blanca si mi señora ha tenido la bondad de viajar contigo; pero si se queda allí sin querer venir —continuó el valiente caballero—, entonces la vela será negra. Y debes llevarle este anillo como fianza. Indícale a tu hija en el mayor secreto cuándo prevés volver y que ella vaya todos los días a la orilla a ver si ya estás llegando, para que luego me pueda comunicar a mí de qué color es la vela, y que se esfuerce en ello y no revele a nadie por qué mira al mar.

El mayordomo no descuidó nada de lo que le había mandado hacer su señor. Escuchad ahora cómo lo hizo. Regresó a su casa de inmediato y explicó a su hija todo lo que su señor Tristán le había pedido y le expuso en el acto todo lo que ella debía hacer cuando llegara el tiempo de su regreso. Muy seriamente le ordenó que, sobre todo, lo mantuviera en secreto. Entonces partió y se apresuró todo lo que pudo para llegar hasta la reina, a la que comunicó en secreto el mensaje de Tristán. Cuando ella vio el anillo, abandonó al esposo y la tierra, las riquezas y los vestidos y todo lo que había llegado a poseer y se marchó con el mercader[24] sin llevar consigo nada más que lo que necesitaba para sus remedios; únicamente de eso se negó a prescindir ni a dejar nada atrás, porque amaba tan profundamente al herido. Esto se pudo comprobar también por el hecho de que por él abandonara su dignidad real, sin esperanza de recuperarla.

Cuando la doncella calculó que su padre estaba a punto de regresar, fue todos los días a otearlo para poder decir a Tristán de qué color era la vela que traía. No sé quién se lo dijo a la esposa del héroe, el caso es que esta ordenó a la doncella por su vida que si veía que su padre regresaba, que le dijera inmediatamente cuál era el color de la vela, pero que lo mantuviera en secreto ante Tristán hasta que su padre llegara, de lo contrario este podía recibir gran perjuicio. Cuando llegó a la orilla vio a lo lejos sobre el mar una vela blanca como la nieve que navegaba directamente hacia el puerto.

Creo que la doncella no dejó de hacer lo que la señora le había pedido, pues no se atrevía a dejar de cumplir ninguna de sus órdenes. Por eso acudió a ella enseguida y le dio a la dama la noticia de que su padre había vuelto y que la vela era blanca. Cuando la señora lo oyó, fue a decirle a Tristán que su mayordomo regresaba. El caballero se alegró mucho de ello y se incorporó, sintiéndose ya algo mejor; las propias palabras lo habían reconfortado. Le preguntó entonces con disimulo si sabía de qué color era la vela. Malaventuradamente, ella dijo entonces una gran mentira de la que luego se arrepentiría mucho. Sin ningún tipo de perfidia, solo por tontería, le mintió y dijo que la vela no era blanca. Eso hizo desesperar al héroe, cosa que mostró dejando caer la cabeza sobre la cama. Todos sus miembros crujieron, se estiró y murió en el acto.

Muerto Tristán, su mujer, que había pronunciado la palabra que le había roto el corazón, apenas podía resistir el dolor. ¡Ay!, con qué fuerza gritó:

—¡Ay, ay, ay y otra vez ay! ¡Qué terrible la desgracia que me ha ocurrido!

Bien se había dado cuenta ella misma de que él había muerto por su culpa. Los fuertes gritos se expandieron por toda la ciudad, grandes y pequeños comenzaron a lamentarse y llorar. El señor fue llevado a una hermosa catedral; poco antes de la novena hora se realizaron las exequias con cantos lastimeros. Grandes fueron las expresiones de aflicción cuando hubo que velarlo, según el deseo de la dama; por todas partes repicaron las campanas.

Cuando la reina llegó a tierra y percibió las grandes lamentaciones, se sobrecogió fuertemente.

—¡Ay, ay de mí ahora y para siempre! —exclamó—. ¡Tristán ha muerto!

Ni palideció, ni enrojeció, ni lloró; y a pesar de ello su corazón estaba profundamente dolido. Fijaos en lo que hizo: sin decir una sola palabra fue hasta donde él yacía sobre sus andas. Junto a ellas estaba su esposa, llorando y lamentándose inconsolable. La reina le dijo:

—Señora, levantaos y dejad que me acerque. Tengo yo más motivo para llorarlo que vos, podéis creerme, pues lo amaba más que nadie.

Y descubrió totalmente las andas, empujó al muerto hacia un lado y se sentó en ellas. Luego, sin decir una palabra, se echó justo al lado del caballero y murió también en el acto. Cuando la esposa de Tristán vio que la reina había muerto, apenas resistió el dolor. Todo el pueblo prorrumpió en gritos de pena; si hubo alguien que no pudiera llorar, fue porque tenía el corazón totalmente endurecido.

Eilhart von Oberg ha compuesto para nosotros este librito y nos ha aderezado la historia de cómo murió el valiente Tristán y de cómo nació y cuál fue su vida. Es posible que alguien diga que sucedió de otra manera, pues todos hemos oído bien que se relata de formas distintas. Pero Eilhart tiene buenos testimonios de que ocurrió exactamente así.

Escuchad aún lo que hizo la esposa de Tristán, que se torturaba con sus duelos y lloraba amargamente; mandó colocar los cuerpos en magníficos féretros. En esto, al rey Marc le había llegado en poco tiempo la noticia de que Tristán y la reina, su esposa, habían muerto por el amor que entre ambos se profesaban. En verdad se le dijo que había sido a causa de un bebedizo, en contra de su voluntad, por lo que se amaban tanto. Él se lamentó enormemente de no haberlo sabido a tiempo, mientras aún vivían. Y dijo apenado:

—Dios sabe que de buena gana habría accedido a mantener conmigo para siempre a la reina Isolda y a mi sobrino Tristán solo para que el caballero permaneciera a mi lado. Me arrepentiré siempre de haberlo desterrado. Pero fue también una gran necedad suya no haberme explicado que habían bebido el condenado bebedizo, que los forzaba a amarse tanto en contra de su voluntad.

»¡Ay!, dulce reina y querido sobrino Tristán, os daría a mi gente, mis tierras y todo mi reino para siempre en propiedad, si pudierais resucitar.

Y el monarca zarpó hacia el otro lado del mar para ver a los muertos, jurando una y otra vez firmemente que jamás nada le había causado tanta pena; los recogió y se los llevó a ambos a su tierra allende el mar. Ignoro qué más os podría contar, sino que fueron enterrados con tristes llantos, aunque con grandes pompas; con certeza os digo que ambos fueron sepultados en una misma tumba. No sé si debo transmitíroslo, pero oí relatar que el rey mandó plantar un rosal sobre ella y sobre él una vid y que

ambos crecieron y se juntaron de tal manera que no había forma de volverlos a separar si no era rompiéndolos. En verdad oí decir que eso lo produjo la fuerza del bebedizo[25].

Ahora he terminado de contar todo lo que sobre él hay escrito. Cristo santo nos guíe. Amén.

Tristán e Isolda,

de Gottfried von Strassburg

Prólogo

La identidad de Gottfried von Strassburg, el autor de la segunda versión alemana de la historia de Tristán e Isolda, es del todo desconocida. Su nombre lo conocemos únicamente porque lo revelan otros escritores alemanes del siglo XIII. Según parece, trabajó en Alsacia, probablemente en Estrasburgo, la ciudad que le da nombre, pues durante un siglo salió de esta región una parte importante de los manuscritos de la obra que se han conservado. En el prólogo, el autor menciona el nombre de *Dieterich*, que podría ser el de un mecenas, aunque necesitaríamos más datos para poder relacionarlo con algún personaje histórico. En la obra de Gottfried, el universo cortesano, que al principio se presenta como esplendoroso y radiante, termina adquiriendo una dudosa reputación, motivo por el cual se ha puesto en duda que el autor dependiera de una corte nobiliaria. Tampoco podemos ubicarlo en el ámbito eclesiástico o monacal, pues si bien nuestro poeta gozó de una inmejorable formación clerical, no sabemos si la temática amorosa y la perspectiva decididamente mundana del texto podían recibir el patrocinio de algún obispo o abad. Tampoco existen indicios sólidos para vincular a Gottfried con el alto patriciado urbano, que en Estrasburgo había alcanzado un poder económico y político muy considerable ya a finales del siglo XII. Como fecha de composición del poema, la crítica suele indicar «hacia 1210», pero el margen de error es amplio: si los comentarios que el autor introduce después de la ordalía de Isolda se refirieran a los juicios que tuvieron lugar en Estrasburgo en 1212 (en los que también fue empleada la prueba del hierro candente), la obra —o al menos la parte final— sería algo posterior a esa fecha; si se confirmara, en cambio, la tesis de que ciertas alusiones de Wolfram von Eschenbach en

su *Parzival* se refieren a nuestro autor, la primera parte del *Tristán* habría sido compuesta hacia mediados de la primera década del siglo XIII. Pero estas dos posibilidades no se excluyen una a otra, pues hay que contar con procesos de composición dilatados durante los cuales los autores podían exponer en público partes ya concluidas de sus creaciones.

Aunque nos resulte difícil ubicarlo históricamente, Gottfried fue un modelo de referencia para los poetas coetáneos y posteriores. Su estilo brillante y refinado, su habilidad no solo para las rimas, sino también para generar múltiples y muy diferenciadas resonancias acústicas y semánticas en su lenguaje, o la agilidad con que fluye su relato pese a haberse sometido a una meticulosa elaboración retórica en cada una de sus partes, provocaron la admiración de generaciones de escritores, muchos de los cuales trataron de imitarle. Lo llamaban «maestro», e incluso un siglo más tarde la miniatura de un códice lo retrata con los atributos del sabio. Él mismo también fomentó esta imagen, pues su elogio de los autores alemanes contemporáneos, aunque insertado entre fórmulas tópicas de modestia y de impotencia, respira —no sin motivos— orgullo y conciencia de su propia superioridad. En esto, como en otras cosas, Gottfried fue un digno precursor de Dante. Con razón sus ataques se dirigen al único que estuvo a su mismo nivel, a Wolfram von Eschenbach, cuyo estilo es, sin embargo, radicalmente distinto, pues basa su enorme atractivo estético en la constante transgresión de las reglas retóricas, métricas, prosódicas y lingüísticas. «No sé nada de letras», afirma Wolfram en el *Parzival*[1], y aunque eso no sea cierto y esté utilizando una frase bíblica, lo que quiere decir es que su inspiración no tiene su origen en el inmenso bagaje literario que Gottfried maneja a su voluntad.

Porque no cabe ninguna duda de que el clérigo alsaciano dominaba no solo la literatura alemana, sino también la provenzal y la francesa, además de la latina: había leído con detalle a Ovidio, Virgilio y Lucano, a los padres de la Iglesia, a los tratadistas de la alta Edad Media y a los filósofos del siglo XII[2]; estaba familiarizado con la escuela de Chartres y con la de San Víctor, con Abelardo y con Alano de Lille[3]; además del *trivium*, debió estudiar teología, filosofía y derecho y en su obra demuestra conocimientos muy detallados de caza y de música[4]. No sorprende que un autor de este

nivel comience su obra con una demostración de su saber literario. A diferencia del resto del poema, escrito en versos pareados, la primera parte del prólogo se compone de once estrofas de cuatro versos con una compleja estructura prosódica y semántica difícilmente accesible a un público oyente, que era el habitual en la Edad Media. Pero además, las iniciales de los primeros versos de estas estrofas forman un acróstico con el nombre del mecenas y las iniciales del autor y de los protagonistas: G - DIETERICH - T - I. Casi un siglo y medio ha tardado la crítica en confirmar que el acróstico con los nombres del poeta y de los amantes se extiende a lo largo de toda la composición[5]. En los tránsitos entre los distintos núcleos de la obra, Gottfried inserta nuevamente estrofas de cuatro versos (el lector de esta traducción las reconocerá como párrafos de dos o tres líneas), separadas por un número variable de pareados, cuyas iniciales van completando los antropónimos hasta donde se interrumpe el texto: Gote(frid), Tris(tan) e Isol(den); con el detalle añadido de que los nombres de los protagonistas se repiten en orden invertido al inicio del texto pareado que sigue a las estrofas: Isol(den), Tris(tan). Es evidente que el autor pretendía continuar este acróstico, que probablemente lo habría hecho con las letras que he añadido entre paréntesis, y que con toda certeza lo habría cerrado al final de la obra mediante un epílogo. El hecho de que escondiera información tan sustancial como la identidad del autor y del mecenas, además del título de la obra, en un artificio tan sutil revela que Gottfried contaba con un público lector y, en consecuencia, altamente instruido. Pero el texto termina cuando faltaba por componer una cuarta o una quinta parte de la obra, y sin embargo los 19 548 versos anteriores, están completamente redondeados y le debieron parecer tan definitivos a su autor que los copió o mandó transcribir en un costoso e imborrable pergamino. Teniendo en cuenta el acróstico, la precisión con que Gottfried trabaja los paralelismos y contrastes entre las partes y el empleo de la repetición variada de ideas, metáforas o palabras[6], su forma de trabajo implica una planificación previa de la obra hasta en los detalles más pequeños y una envidiable seguridad en la concepción.

He indicado ya en el prólogo que el clérigo alsaciano basó su versión en el *Tristán* de Thomas d'Angleterre, según explica al inicio del poema. Sin

embargo, y como se desprende de lo dicho hasta ahora, esto no significa que se limitara a traducir el original anglonormando. Su trabajo, al igual que el de todo poeta del Medioevo, consistió en una refundición y, en su caso, como siempre ocurre con los grandes maestros, el grado de independencia a la hora de exponer sus propios conceptos es muy elevado, aunque el verdadero arte del autor medieval resida en lograrlo mientras sigue a la vez, de forma estricta, el argumento fijado por el modelo de referencia. En el caso de Gottfried, podemos constatar su rigurosa fidelidad a la fuente francesa gracias a la prosificación que de la misma realizó un monje islandés en el siglo XIII, la *Tristrams saga*[7]. Pero solo podemos comparar directamente los versos alemanes con los de Thomas en dos breves pasajes, el de la escena del bebedizo y el de la despedida, y ambos prueban la soltura y originalidad con que Gottfried elaboró y desarrolló —sin traicionarlo, pero sin dejarse condicionar— el poema anglonormando[8]. Salvo estos dos episodios, el texto conservado del de Inglaterra pertenece a la parte de la historia que Gottfried no llegó a componer. Esta es la obra que ha de leer quien se pregunte cómo habría podido continuar su relato el autor alemán. Investigaciones recientes demuestran que el de Estrasburgo conocía también la versión de Eilhart, aunque en ningún momento haga referencia directa a ella; si se confirmara este extremo, habría que concluir que el libro de Gottfried, comenzado solo una década y media después, fue concebido para entrar en abierta competencia con el del poeta sajón.

Algunos críticos han afirmado que Gottfried interrumpió voluntariamente la composición de su poema. Pero no es verosímil que un autor medieval pudiera concebir un final abierto para su relato, y menos aún que el público que financiaba el trabajo hubiera permitido al autor abandonar su empresa después de tanto tiempo sin que existieran motivos económicos o personales de mucho peso. De poco sirve especular sobre las razones de esa desgraciada interrupción, que posiblemente sean tan sencillas como la muerte del escritor o del mecenas. Hay otras cuestiones mucho más interesantes que este *Tristán* plantea y que merece la pena conocer.

La estructura de la leyenda de Tristán e Isolda resulta, por su propia esencia, marcadamente episódica. La narración se compone, sobre todo en

la segunda parte, de escenas de muy diversa índole y procedencia unidas una a otra más por la identidad de los protagonistas que por una lógica causal de la acción. En teoría, el orden de los pasajes que van desde la ingestión del bebedizo hasta la separación de los amantes podría alterarse sin cambiar demasiado la historia, y lo mismo ocurre con los reencuentros de los protagonistas después del destierro de Tristán. Este hecho provoca cierta falta de cohesión del relato, dado que muchos episodios no guardan una relación directa con el anterior, sino que aparecen aislados y, en consecuencia, no logran crear expectación. En cierta manera, esto ocurre en el poema de Eilhart a partir de la separación de los amantes. Gottfried von Strassburg, en cambio, ha sabido convertir esta dificultad intrínseca de la materia en una virtud, dotando de significado los paralelismos y las diferencias entre una escena y la siguiente.

Como ejemplo emblemático de la estrategia del autor alsaciano se puede presentar el camino que conduce a Tristán hasta la corte de su tío Marc: una nave de mercaderes de lejana procedencia atraca en Canoel, donde reside el joven héroe, quien la visita y adquiere algunas cosas, pero, cuando ya se iba, descubre entre los numerosos enseres de que va cargado el buque un tablero de ajedrez e inicia una partida; los mercaderes, fascinados por las múltiples virtudes del doncel, deciden raptarlo, pero en alta mar los sorprende una tempestad que ellos (pero no el autor) interpretan como castigo divino, motivo por el cual liberan al joven en la primera tierra que divisan, que casualmente es Cornualles; indefenso, el niño se presenta ante unos peregrinos a los que pide compañía como el hijo del señor de aquellas tierras que se ha perdido durante una cacería, pero al poco los cazadores de Marc cruzan el camino, lo que le obliga a seguirles para no ser desenmascarado y porque —aunque no lo sepa— dijo la verdad; a los monteros les dice que proviene de una familia de mercaderes, pero finalmente el rey descubrirá que sus muy cortesanas artes de caza y música se deben precisamente a su ascendencia nobiliaria. Un principio fundamental de esta acción es el azar, la ausencia de lógica causal en sucesos que afectan a la vida del protagonista; además, la reacción de este para salir adelante pese a la adversidad está expuesta a nuevas intervenciones de la fortuna, y la combinación de ambas —la acción

voluntaria y la casualidad— generan un movimiento progresivo en una dirección que supone a la vez la muerte y la máxima realización de la vida: de Parmenia a la corte de Marc y de ahí a Isolda[9].

Otro ejemplo del orden que Gottfried imprime a la materia se puede observar en la parte del relato que narra la convivencia de los amantes en Cornualles. Un cúmulo de elementos fortuitos (el sueño interrumpido de Maryodo, la nieve caída en el patio, el brillo de la luna, la puerta no atrancada) generan las primeras suspicacias en la corte. La reacción del rey se manifiesta como acecho a los sospechosos e intento de establecer la verdad, pero los recursos utilizados por los amantes para encubrirse, puesto que no pueden demostrar lo contrario, involuntariamente generan equívoco y —en consecuencia— dudas aún mayores que a su vez exigen pruebas más fuertes que ellos esperaban haber evitado con la actuación anterior. De este modo, y sin necesidad de una consecuencia causal entre un episodio y otro, el autor crea una lógica interna, basada en la clara progresión de la búsqueda de la verdad, que por el lado de Marc desemboca en el descubrimiento (casual) del adulterio y por el de los amantes en la definición del amor como una «verdad interpersonal» que no es objetivable ni accesible a los demás porque les pertenece solo a ellos y a su subjetividad[10].

Detrás de estas singulares construcciones está sin duda el concepto de fortuna desarrollado por Boecio en su *Consolatio Philosophiae*[11], libro de enorme trascendencia para todo el pensamiento medieval: dos hechos o hilos de acción independientes convergen o se cruzan en un momento determinado para generar un resultado distinto del esperado. Pero en el Tristán destaca la ausencia de desenlaces buenos y malos, puesto que todos estos momentos de azar se alinean de tal manera que forman un movimiento constante e imperturbable hacia el amor y la fatalidad. Pero estas observaciones de detalle tienen, además, una correspondencia en la estructura global de la obra. La historia de Tristán e Isolda sigue primero un camino ascendente que culmina con el bebedizo, momento en el que comienza un descenso paulatino que se caracteriza por el gradual aumento de las dificultades para la relación amorosa y que no se detendrá hasta la muerte de los protagonistas. El trazado que sigue esta acción revela un

significativo paralelismo con la iconografía medieval de la Rueda de la Fortuna, que en su incesante rotación a la derecha muestra el inexorable transcurso de los ciclos vitales más allá de la voluntad individual[12]. Gottfried resalta esta similitud no solo por la relevancia que otorga al azar en los detalles de su relato, sino sobre todo porque ha marcado de modo muy especial las cuatro estaciones de paso que suelen atribuirse a la Rueda de la Fortuna: ascenso, culminación, descenso y muerte. El movimiento se inicia con el nacimiento de Tristán, destacado por algunas reflexiones del autor y por el segundo grupo de iniciales del acróstico antes descrito (el primer grupo, recordemos, se encuentra en el prólogo): la *o* de *Gote(frid)*, la *r* y la *s* de *Tris(tan)* e *Isol(den)*, así como la *s* y la *r* de *Isol(den)* y *Tris(tan)*. La estación del ascenso puede identificarse con la escena en que Tristán es ordenado caballero, subrayada por las reflexiones literarias y por el tercer grupo de iniciales del acróstico; la de culminación está representada —naturalmente— por el pasaje del bebedizo, marcado por el discurso sobre el amor y por el cuarto grupo de letras. El acróstico no continúa, pero no cabe duda de que Gottfried habría señalado con él primero el episodio que debía ser el centro de la etapa de descenso (probablemente el matrimonio con Isolda de las Blancas Manos), y luego el de la muerte de los amantes y el epílogo, completando así tanto los nombres como el movimiento de la rueda.

Como principio que rige el mundo, el azar está presente también en el amor. Porque el sentimiento amoroso irrumpe en los personajes de un modo completamente inesperado y sin explicación lógica alguna. Un ejemplo claro lo brinda la historia de los padres de Tristán[13]: en el desordenado ir y venir de damas y caballeros justo después de finalizar el torneo, Rivalín pasa casualmente cerca de donde está sentada Blancaflor y la saluda cortésmente, lo que da pie a que intercambien unas pocas palabras que luego, cuando se hayan vuelto a separar, los sumirán en una serie de pensamientos que el Amor aprovechará para tomar posesión de ellos. Sin motivo ni explicación, el sentimiento amoroso penetra en los protagonistas y los domina sin que puedan defenderse. Nótese la abismal diferencia con la intencionada conquista de la esposa descrita brevemente por Eilhart. Pero la vida de los padres es solo un anticipo de la de los protagonistas, de manera

que la vinculación entre amor y azar culmina en el bebedizo. No hace falta repetir todos los avatares que conducen a la obtención de Isolda como esposa del rey Marc; baste recordar la escena del barco: el acuerdo político entre ambos reinos está sellado, Isolda accede a casarse con el rey Marc, pero sigue fuertemente resentida con Tristán porque mató a su tío Moroldo, luego las damas se sienten mareadas, Tristán manda detener las naves, y acude a charlar de manera informal con Isolda, el calor le ha producido sed, Branguena está ausente, pero una doncella descubre un frasco con algo que parece vino. Todo esto traza una situación del todo normal, con una lógica de acción redondeada y sin flecos abiertos, de modo que nada hace pensar en que en ella irrumpirá el amor cambiando radicalmente el destino vital de los amantes y de quienes los rodean. Los monólogos interiores de Tristán e Isolda después de ingerir la bebida no constituyen realmente una psicomaquia entre el amor y el sentido del deber, como a veces se piensa, dado que desde el primer momento la figura de Amor ha plantado en ambos corazones su «estandarte triunfante»; a los amantes no les queda más que constatar lo que ya ha ocurrido. El azar del amor es como el de los hechos: se presenta consumado y sin posibilidad de revertirlo. La poción induce al amor entre los protagonistas, pero es también símbolo de ese modo fortuito en que aparece el sentimiento mutuo y, en consecuencia, después de esa escena no se la volverá a mencionar, porque mientras cabe lanzar al mar el frasco con el bebedizo, la presencia del amor entre dos seres humanos no tiene vuelta atrás y no importa ya cómo apareció, sino qué se hace con él.

Esta imposición del amor a los protagonistas, la exclusión de toda voluntad propia, era contraria al principal discurso sobre el amor desarrollado en las literaturas laicas en lengua vulgar en Inglaterra, Francia o Alemania durante el siglo XII. Tanto en la lírica trovadoresca como en la incipiente novela, o sea en aquellos géneros literarios en donde el *amor* no tiene función principalmente dinástica (como por ejemplo en la historiografía), la relación amorosa se basa en un principio ético y en la libre elección[14]. En su contradicción a este fundamento reside uno de los puntos más problemáticos de la leyenda tristaniana. «Tristán tuvo que permanecer fiel a la reina en contra de su voluntad», dice Heinrich von Veldeke en una canción, «porque la pócima lo forzó a ello más que el poder

del amor. Por eso mi señora debe estarme agradecida, pues ella sabe que jamás probé tal bebedizo y sin embargo la amo a ella más que él a la reina, si eso es posible[15]». La entrega voluntaria por las cualidades éticas de la amada se considera la verdadera muestra de amor. La formulación de Heinrich se parece mucho a otra de una canción del francés Chrétien de Troyes, quien además, al menos en sus relatos *Cligés* y *El Caballero de la Carreta*[16], trató de exponer soluciones distintas a dilemas parecidos al de la materia de Tristán e Isolda, sobre todo subordinando la relación amorosa al poder feudal, posición que nos recuerda otra vez a Eilhart. Ciertamente, la patética dependencia física de los amantes en la obra de este último y el hecho de que al final la fuerza mágica de la poción tenga que servir de excusa para los personajes ofrece una buena muestra de lo que la imposición del amor podía significar en aquel contexto histórico.

Gottfried von Strassburg, en cambio, no elude el aspecto ético, incluso le otorga un papel fundamental, pero situándolo a otro nivel. Si bien el inicio del sentimiento afectivo no guarda relación alguna con aspectos morales, dado que el amor como instancia trascendente somete a los protagonistas sin darles opción y abocándolos a la transgresión, el autor detiene el relato justo en el momento en que los amantes yacen juntos, consumando a la vez su pasión y su adulterio, para exponer en un breve discurso la equivocación que cometen los hombres creyendo que el amor traerá dulzura sin esfuerzo y para describir cómo lo han degradado y rebajado debido a esta actitud. Por el contrario, Gottfried argumenta que el amor solo puede alcanzar su verdadera valía con el esfuerzo y el trabajo de los amantes, y lo expresa con la metáfora bíblica de la siembra y la cosecha: se recogerá lo que se haya plantado. Esto significa que la aparición del afecto constituye solo una de las dos partes del proceso y que la segunda se determina por las cualidades que el sujeto confiere a ese amor y por el esfuerzo invertido para permitir que esa pasión alcance su grado máximo de realización, lo cual sí tiene un claro fundamento ético. La virtud del amor no reside en sí mismo, sino en los valores con que los amantes construyen su relación, en su capacidad de entrega y sacrificio a pesar de la obligatoriedad con la cual han sido unidos. Como fatalidad, el amor es

sufrimiento; por su potencial virtuoso y vivificador, es dicha, pero para alcanzarla se requiere virtud y esfuerzo.

Desde esta perspectiva se entiende mejor el alcance de las posteriores palabras de Tristán, quien asume ese amor impuesto con todas sus consecuencias, con su fusión de placer y de dolor, de felicidad y de tragedia, de vida y de muerte; Tristán no desea vida infinita, ni amor perenne, sino «eterno morir», porque en el morir se conjugan plenamente las dos caras del vivir, la vida y la muerte, el placer y el sufrimiento, el descanso y el trabajo. De esta manera, el universal principio del amor, que actúa sobre el individuo privándolo de su voluntad, es solo el inicio de un largo proceso en el cual la dimensión ética adquiere el papel principal, exigiendo permanentemente que sea el amante quien decida sobre la calidad de su amor. El adulterio de Tristán e Isolda pierde así parte de su potencial escandaloso, porque Gottfried exige que se juzgue a los protagonistas desde la legitimación interna que genera este sentimiento afectivo como valor trascendente y altamente ético.

Todo ello pone de relieve la ambivalencia del amor, que, además de ser placer y dolor a la vez, de un lado se apoya en actitudes morales y del otro rompe con los valores establecidos de la sociedad. Pero esta ruptura no se realiza de un modo drástico ni intencional: Tristán e Isolda no huyen, sino que se integran en la corte del rey Marc[17], solo que allí las expectativas del colectivo chocan con las exigencias de su afecto. Como siempre, el amor es transgresor del orden, solo que sin orden no se puede vivir y una vida sin amor no es vida. Gottfried no trata de superar esta dificultad, sino que la erige en concepto fundamental de su obra. No hay calificativo aplicable a este amor y a estas vidas que no deba coexistir con su contrario: la bondad y la maldad, la justicia y la injusticia, la fama y la deshonra, el placer y el dolor, la vida y la muerte coexisten permanentemente debido al cruce de sistemas de valores, y adquieren relevancia según la perspectiva desde la que se mire. El amor implica generosidad en el rescate de Isolda raptada por Gandín o en el regalo del perrito, pero se manifiesta malvado en el intento de asesinato de Branguena; significa engaño ante Marc y la corte, pero presupone sinceridad entre los amantes, a veces incluso en la misma escena (el encuentro en el vergel, la ordalía); aporta fama por su grandeza, pero

deshonra por su situación en la corte; y es vida porque solo él permite a los amantes vivir incluso cuando están separados, pero es muerte porque los aboca a ella. La propia condición humana aporta el sufrimiento a la dicha del amor.

Por extensión, además, la vida se define por esta ambivalencia omnipresente. Gottfried expone en el prólogo que no ha escrito su obra para un público cualquiera, sino solo para los «corazones nobles», que son aquellos que asumen la inseparable vinculación de alegría y dolor en todos los aspectos de la vida, incluido el amor. Es lo que Octavio Paz llamaría la «aristocracia del corazón[18]». Parecerá una obviedad decir que para Gottfried la vida sobre la tierra no sería vida si no hubiera muerte y dolor, pero es que para él este hecho resulta fundamental. El autor del *Tristán* narra la historia de un amor inmanente, una pasión vivida por dos seres humanos que no son más que eso. Cierto que la actitud de los amantes dota al amor de valores perennes, pero sigue siendo una pasión terrenal, y en ningún momento entra en relación con otras clases de afecto, como el amor a Dios o el amor al prójimo. El amor es aquí también real y no solo ideal, como en Petrarca; en consecuencia, Gottfried no habría condenado a Tristán e Isolda al infierno, como Dante hizo con Paolo y Francesca. Y nada hay más lejano de esta concepción del alsaciano —pese a todo lo que se ha dicho— que la imposibilidad del amor en esta vida, la evasión del mundo y la unión de los amantes en el Más Allá que Richard Wagner glorificó con tintes sacrales en el libreto de su ópera[19]. Esto no significa que el autor defienda una posición antirreligiosa, como se ha querido ver, sino que detrás está la bíblica idea de que Dios quiso que el hombre fuera terrenal y por eso lo moldeó de barro. El amor permite la realización del ser humano como tal, lo que comporta su aproximación a Dios, puesto que —como se estableció en el concilio lateranense de 1215— cuanto más acusada sea la disimilitud entre Dios y el hombre, mayor será su semejanza.

Gottfried subraya esta postura decididamente inmanente declarando sus propias limitaciones humanas y su deseo de ser mundano para alcanzar lo divino. Tras definir a los corazones gentiles afirma: «Este es el mundo en el que deseo vivir para con él alcanzar la salvación o la perdición». Su actitud resulta aún más acusada cuando se dirige al público en la primera persona

del plural: Nosotros —dice en el discurso sobre el amor—, que pensamos en las cosas de la vida en este mundo. Y más adelante, al explicar el significado arquitectónico de la gruta en la que se refugian los amantes: Nosotros, cuyo ánimo no vuela por las alturas, sino que flota por encima del suelo. Es cierto que a continuación desarrolla, en una imagen claramente neoplatónica, la contemplación de las virtudes que a modo de resplandor transmite la joya que cierra la cúpula de la cueva y que procede de aquellos «que se mecen en las nubes por encima de nosotros y nos envían su luz[20]». Obsérvese que Gottfried esboza un sistema platónico que permite vislumbrar los ideales más allá de las limitaciones de la vida terrenal, pero que en ningún momento los amantes se elevan hacia esas alturas, sino que permanecen en el nivel humano, porque en la misma frase Gottfried coloca, en el lugar del vuelo de las almas, el tálamo elevado que ocupa el centro del espacio vertical de la gruta. También aquí la ambivalencia entre lo espiritual y lo carnal.

Siendo la calidad del amor producto del esfuerzo individual del amante, no todas las personas alcanzan el mismo grado de realización del afecto, no todos poseen igual nivel de virtud, aunque las intenciones sean las mismas: Gottfried explica que él también estuvo en aquella gruta y que pisó y bailó sobre su suelo, pero que no descansó sobre el lecho. Esto no quiere decir que permaneciera casto (la metáfora del baile tiene claras connotaciones eróticas), porque para él lo carnal y lo espiritual no están nunca en oposición, sino que hay personas que pueden vivir un amor intachable en los términos fijados por Gottfried, pero que no alcanzan ese grado de elevación que les fue permitido a Tristán e Isolda y que los convirtió en ejemplares.

Como todos los amores, también este se mide en la adversidad. El mayor infortunio es la privación total del otro, que conduce a la muerte de los amantes. Pero hay también ausencias pasajeras, separaciones de los protagonistas que ponen a prueba su lealtad. Durante la primera, Tristán arriesga su vida para conseguir el maravilloso perrillo Petitcreiu, cuyo cascabel hace olvidar las penas, y enviárselo a Isolda. El héroe prescinde de la posibilidad de aliviar su dolor para entregarlo a la amada. Pero, como él, tampoco ella quiere olvidar y le arranca la campanilla al can. Este

desencantamiento del perro prueba cómo debe ser el amor verdadero. Todas las maquinaciones que los amantes han puesto en marcha con una total falta de escrúpulos (a esta escena le antecede la de la ordalía) quedan contrarrestadas por la sinceridad y lealtad que se profesan. La segunda separación se debe al destierro de Tristán tras su descubrimiento. Ahora el héroe se ve confrontado a una atracción erótica por otra mujer, a la que acabará sucumbiendo hasta el punto de aceptar casarse con ella (aunque luego no consume el matrimonio). En ningún momento ha faltado a su amor por la reina de Cornualles, pero, como dice Gottfried, es muy difícil resistirse a una pasión que se tiene tan cerca. Así, según el argumento trazado por Thomas d'Angleterre, en la noche de bodas, cuando más cerca está Tristán de ser infiel a su amada, el recuerdo irrumpe con toda su fuerza y desvanece cualquier deseo. A partir de aquí, el amor entre los protagonistas vive únicamente en la memoria, en el sentimiento mutuo que conservan intacto pese a la distancia y pese a que la larga separación haga aparecer también pequeños distanciamientos. Porque si bien los reencuentros secretos pueden producir algún momento de felicidad, lo cierto es que la vida sin el otro resulta cada vez más difícil, hasta que un engaño hace sucumbir a quienes con tantas falsedades supieron guardar su amor.

He mencionado los diferentes discursos que Gottfried inserta a lo largo de la obra y es necesario hablar de ellos por los debates que han suscitado en la crítica. Además de los numerosos comentarios más o menos breves que el autor esparce por todo el relato, hay tres grandes discursos que destacan: el del amor, el de la gruta y el de las mujeres. El problema fundamental que plantean es su relación con la historia narrada, dado que su extensión y profundidad les otorga una entidad propia que no siempre permite casar completamente la digresión abstracta con la acción de la obra. De ahí que se haya hablado de un segundo nivel discursivo, en el que se ha visto el desarrollo de una utopía del amor[21]; pero también se ha afirmado que estas disertaciones no se refieren a la obra, sino que están dirigidas al público. Estas dos opciones no se excluyen del todo. En su calidad de reflexiones teóricas, estos discursos se basan en otro tipo de tradiciones que el relato y en consecuencia siguen pautas distintas; no cabe ninguna duda de

que Gottfried y su público las consideraron completamente pertinentes, pero eso no significa que todos sus detalles sean directamente aplicables al texto. Por otro lado, dada la implicación que el autor demanda de su público, esas reflexiones separadas del relato se dirigen también al receptor.

Gottfried habla también de arte en general y de literatura en particular. Comienza en el prólogo, en donde defiende (en contra de Ovidio) la utilidad de las historias de amor para todo amante y «corazón noble», porque producen placer y dolor a la vez, es decir que ahondan en la ambivalencia que define el público literario ideal: es la obra literaria la que hace de ellos *gentils coeurs*. Luego Gottfried desarrolla esta idea y defiende el relato sobre los amores de Tristán e Isolda como alimento espiritual que da vida al público que la escucha. No toda obra literaria lo permite, sino solo la específica fusión entre arte y amor que se da en una historia sobre dos amantes, que se convierte en sustento vital (*panis vitae*) del lector[22]. Y dentro del relato, el amor y el arte se vuelven a unir repetidas veces: desde el carácter facticio del bebedizo y el arte con el que se construyó la gruta del amor, pasando por la simbiosis afectiva que los amantes logran a través de la música, hasta el momento del descubrimiento, en que el autor los describe «fundidos uno con otro como una estatua de bronce[23]». Pero el arte transmite un significado, de ahí que no sorprenda que en un cuarto discurso con entidad propia, el que trata de literatura y que comienza con un repaso de los principales autores de su época, mida a sus colegas por su fuente de inspiración y por su capacidad de hacer que la palabra resulte diáfana al sentido. Nuevamente nos encontramos ante una construcción platónica: la instancia superior transmite su luz a través de un medio —en este caso la palabra— de cuya calidad dependerá su efecto. El problema reside en que Gottfried no se remite a una fuente de inspiración, sino a dos (las nueve musas y los nueve coros celestiales), y que al final no utiliza ninguna de ellas, sino que adopta su propia concepción. Al desaparecer la instancia única como garante de la veracidad de la palabra, esta se convierte en alterable y equívoca, lo que no solo afecta al estilo del autor, a quien podría definirse como el mayor manipulador fonológico y semántico de toda la literatura alemana, sino que ha penetrado hasta la temática de la obra, pues nadie como Tristán e Isolda para tergiversar el lenguaje. Al

principio, Tristán es el gran artista del verbo, tanto a nivel coloquial (sus formalismos cortesanos, sus mentiras), como técnico (los nuevos términos del ajedrez o de la caza del ciervo) o poético (sus hermosas canciones), y de esta manera se convierte también en maestro de Isolda. En Irlanda, se encubre intercambiando las sílabas de su nombre, lo que solo Isolda descubrirá; tras el bebedizo, ella le revelará su amor con un juego de palabras que él descifra; y durante su estancia en Cornualles, especialmente cuando son espiados en el vergel o durante la ordalía a la que se somete la reina, ambos logran convencer una y otra vez a Marc de su inocencia mediante la ambigüedad encubierta de sus palabras hábilmente manipuladas. El amor abre nuevas posibilidades de significado en una palabra aparentemente diáfana, no porque la claridad del verbo sea un engaño, sino porque el amante posee otra verdad distinta de la de los demás interlocutores.

Sin duda, uno de los aspectos más trágicos del final (que presumimos similar a Thomas) es que una mentira acabe con los amantes. No debe interpretarse que la posibilidad de equívoco se haya vuelto en su contra, porque la vela blanca con que navega el barco representa una señal unívoca; lo que mata a Tristán y a Isolda es un simple embuste carente de ambigüedades. Y sin embargo, esta mentira pone de manifiesto otra vez la gran verdad de su amor.

El *Tristán* de Gottfried se conserva en once manuscritos completos (dos del siglo XIII, cuatro del XIV y cinco del XV), así como en dieciséis fragmentos más o menos extensos (la mayoría pertenecientes al siglo XIII) [24]. Es una de las obras literarias mejor documentadas de la literatura alemana medieval y, en comparación con otros poemas de su época, no se plantean problemas importantes para la fijación textual. Únicamente una versión abreviada del siglo XIII merece consideración aparte. A pesar de ello, carecemos de una edición crítica que satisfaga las exigencias de la filología moderna. Mayoritariamente se lee el excelente texto establecido por Friedrich Ranke en su edición de 1930, que sin embargo carece de aparato crítico, de modo que no permite seguir las variantes de los manuscritos.

Excepto en un único caso de los que conocemos, el Tristán de Gottfried se ha transmitido siempre seguido de una de las dos continuaciones que se escribieron en el siglo XIII. Primero Ulrich von Türheim en los años treinta y luego Heinrich von Freiberg a finales de la centuria recibieron el encargo de completar la obra[25]. Aparte de que decididamente no supieron hacerlo con la calidad estética del maestro de Estrasburgo, todo indica que no quisieron seguir el concepto del amor desarrollado por Gottfried. Resulta significativo que narren la acción según el poema de Eilhart, y no el de Thomas, en quien se basó el alsaciano, pero sobre todo hay que constatar que ambos se muestran armonizadores, buscando conciliar los aspectos heterogéneos de la obra original y modificando de esta manera su principal característica, que es la capacidad de mostrar la ambivalencia del amor, del mundo y de la palabra[26]. En el siglo XIII, la versión de Gottfried gozó de atractivo fundamentalmente por su calidad estilística, pero los temas que en ella se debaten no parecen haber conjugado con las preocupaciones o los gustos del público. Por motivos diversos, las principales ediciones de Gottfried no recogen el texto de estas continuaciones. Tampoco lo hemos incluido aquí, porque la versión de Eilhart, a la cual siguen, se puede leer en este mismo volumen y porque el final de la obra de Thomas se puede encontrar en la edición de Isabel de Riquer, publicada en la Biblioteca Medieval de Ediciones Siruela en 2002.

Hemos reproducido la traducción del *Tristán e Isolda* de Gottfried que Bernd Dietz publicó en la desaparecida Editora Nacional en 1982 y que reeditó en 1987 en la colección Selección de Lecturas Medievales de Siruela. Aunque forzosamente aquella primera traducción al castellano, basada en la edición de Friedrich Ranke, tuvo que sacrificar «la densa riqueza estilística y retórica que emana de la versificación de Gottfried», tal y como reconocía su autor en el prólogo, precisamente la sensibilidad literaria con que logró superar esta dificultad y hallar muchas atractivas soluciones para el complejo lenguaje original la hace muy meritoria. Para la presente reedición, hemos revisado el texto teniendo en cuenta sobre todo los principales avances de la filología de estos últimos cuatro lustros. Estamos convencidos de que, de esta manera, la traducción puede revalidar su calidad y su vigencia.

Victor Millet

Tristán e Isolda

Si no se tiene por buenos a quienes deparan bien al mundo, nada valdría cuanto de bueno acontece en el mundo. Todo aquel que no interprete como bienintencionado lo que un hombre bueno hace con la mejor de las intenciones para el bien del mundo, actúa de forma equivocada. A menudo he oído que se desprecia aquello que en realidad se desearía tener y aunque ya son demasiadas las cosas nimias, en tales casos se quiere lo que normalmente se rechaza. Es propio que el hombre elogie lo que ha menester y sepa gozar de ello mientras le siga gustando. Respeto y valoro a los hombres que aciertan a sopesar el bien y el mal y que son capaces de calibrarnos a mí y a cualquier otro según nuestra verdadera valía. El prestigio y la alabanza promueven el arte, siempre que el arte sea digno del elogio. Donde el arte es adornado con elogios, allí florece de muy diversas maneras. Al igual que no prestamos atención a la obra que no ha ganado ni alabanzas ni prestigio, así también gusta aquella con prestigio y que no ha dejado de ser elogiada. Hoy en día hay muchos que tienen por malo lo bueno, mientras que dan por bueno lo que carece de valor. Tales personas no ayudan, sino que son un obstáculo. Las dotes artísticas y una inteligencia aguda armonizan con facilidad. Mas si interviene la envidia, se apagan el arte y la inteligencia. ¡Perfección, qué estrechos son los senderos que hasta ti conducen, y qué arduos tus caminos! ¡Afortunado aquel que pise tus senderos y caminos y transite por ellos[1]!

Si paso sin provecho el tiempo que para vivir me ha sido concedido, entonces no ocuparé en este mundo el lugar que me ha sido asignado.

Una tarea me he impuesto para alegría de los hombres y satisfacción de los corazones nobles, para esos corazones hacia los que me siento atraído,

para esos hombres cuyo interior puedo ver. No me refiero a todos los hombres; no me refiero a aquellos de los que oigo decir que no soportan ningún dolor y solo desean vivir alegremente. ¡Dios les conceda el que vivan alegremente! Para estos hombres y para esa vida mi historia resulta incómoda: sus vidas y la mía son dispares. Me refiero a otros hombres, a aquellos que saben portar en unión su dulce amargura, su grato pesar, su férvido amor, su ansioso dolor, su grata vida, su dolorosa muerte, su grata muerte, su dolorosa vida. Tal es la vida a la que aspiro, a tales hombres quiero pertenecer, con ellos condenar o salvarme[2]. A ellos he consagrado mi vida hasta ahora y con ellos, que en las horas difíciles me aportaron consejo y ayuda, he pasado mi tiempo. Para su diversión me he impuesto la tarea de aliviar su dolor mediante mi historia y de aligerar un poco sus preocupaciones. Si alguien tiene ante sus ojos algo que pueda dar ocupación a su espíritu, entonces siente cómo este se libera de sus inquietudes. Es una buena medicina contra las penas del corazón. Todos coinciden en ello: si un hombre inactivo se ve harto cargado de una aflicción añorante, la inactividad solo sirve para aumentar la aflicción añorante. Si a la aflicción añorante se le une la inactividad, crece aún más la aflicción añorante. De ahí que sea bueno buscar con todas nuestras fuerzas una actividad si se porta un hondo pesar y un dolor añorante en el corazón. Así el espíritu encuentra en qué ocuparse y ello tiene gran valor para él. Sin embargo nunca aconsejaría que un hombre que busca una inclinación se ocupe en algo que no encaje en esa inclinación pura. El que ama puede meditar sobre una historia de amor dolorosa y leyéndola hacer más llevadero su tiempo. Pero abunda una opinión que casi estoy por suscribir: cuanto más se ocupa el deseo añorante con historias de amor dolorosas, tanto mayor se hace el dolor. Estaría de acuerdo con esta opinión, de no ser por algo que me hace rebelarme. Quien posee un amor profundo, por mucho que le duela, no deja que su corazón renuncie a él. Cuanto más arden sus férvidos deseos de amor en su hoguera de amor, mayor es el dolor con el que puede amar. Tal aflicción es tan grata y el dolor tan bueno, que ningún corazón noble prescinde de ellos, pues son los que lo convierten en aquello que es. Es tan cierto y seguro como la muerte, y yo mismo lo he experimentado con mucho dolor: el que ama con perfección gusta de las historias de amor

dolorosas[3]. Quien quiera por tanto escuchar una historia de amor, que aquí permanezca. Yo le contaré acerca de nobles amantes que fueron a mostrar un anhelo puro: un amante y una amante, una mujer y un hombre, Tristán e Isolda, Isolda y Tristán.

Yo sé bien que han sido muchos los que han contado acerca de Tristán, y a pesar de ello no han sido muchos los que lo han hecho con acierto.

Mas si yo hiciera lo mismo y dijera que no me gustan sus historias, no me comportaría como debo. No será ese mi proceder; contaron bien sus historias, movidos por la mejor intención y para beneficio de la humanidad. Es verdad que lo hicieron con buena intención; porque lo que el hombre ha hecho con buena intención, eso es también bueno y justo. Pero no por ello deja de ser cierto lo que dije respecto a que no contaron la historia con acierto. No la contaron tan bien como Tomás de Britania, que conocía muy bien las historias y sabía contarlas, y que habiendo leído sobre las vidas de todos los príncipes en libros britanos supo referírnoslas.

De lo que este ha relatado de la vida de Tristán, yo mismo busqué lo que era cierto y verdadero en libros romances y latinos, esforzándome por darle forma a este poema al modo suyo. Largo tiempo hube de buscar, hasta que en un libro encontré toda su historia. Es mi determinación presentar lo que de esa historia de amor allí leí ante todos los corazones nobles, para que en ella encuentren ocupación. Su lectura les hará a todos bien[4]. ¿Bien? Sí, bien en lo más íntimo. Torna grata la inclinación de cada uno y ennoblece el ánimo. La lealtad hace más firme y perfecciona la vida, a la vida puede darle nuevas fuerzas. Porque al leer u oír acerca de lealtad tan pura, la lealtad y otras virtudes se le aparecen gratas al hombre sincero. Inclinación, lealtad, constancia, honra y muchos otros valores en ningún otro gustan tanto como allí donde se habla de amor y se lamenta un dolor hondo por culpa de una inclinación. La inclinación es tan portadora de dicha, es un afán tan portador de dicha, que nadie que no se haya sometido a sus enseñanzas puede poseer perfección u honra. Pero por mucho que más de una vida valiosa se haya visto elevada por una inclinación, por muchas ventajas que de ella broten, no todos, por desgracia, se afanan en pos del amor. Por desgracia son muy pocos los que encuentro dispuestos a portar en sus corazones el anhelo puro hacia la persona amada, ya que no soportan la

miserable aflicción que a veces se oculta en el corazón en tales casos. ¿Por qué no habría de estar dispuesto un hombre a sufrir un mal a cambio de un bien mil veces mayor, a cambio de mucha alegría, una aflicción? Quien por una inclinación nunca padeció dolor, tampoco gozó de alegría a causa de una inclinación. Inclinación y dolor fueron de siempre inseparables en el amor. A través de los dos hay que adquirir honra y fama o sucumbir sin conseguirlos. Si aquellos, de quienes trata esta historia de amor, no hubieran llegado a padecer por su inclinación dolor, por su férvida dicha aflicción añorante en sus corazones, entonces sus nombres y su historia no hubieran despertado la alegría y la dicha en tantos corazones nobles. Todavía hoy seguimos escuchando una y otra vez con agrado cómo se habla de su lealtad inconmovible, de sus inclinaciones mutuas, de su dolor, de su dicha, de su aflicción. Aunque haga mucho tiempo ya que están muertos, sus bellos nombres siguen vivos. Su muerte pervivirá para siempre en el buen recuerdo de los hombres, de aquellos que se beneficiarán, pues dará lealtad a los que buscan lealtad, y honra a los que buscan honra. Su muerte estará siempre presente para nosotros los vivos y será nueva cada vez. Porque dondequiera que aún se oye hablar de su lealtad, de la pureza de su lealtad, de su amor, de su sufrimiento, ahí está el pan de todo corazón noble. Con ello vive la muerte de los dos. Leemos acerca de su vida; leemos acerca de su muerte, y ello nos resulta tan grato como el pan.

Su vida y su muerte son nuestro pan. Así vive su vida, así vive su muerte. Así siguen viviendo, aunque hayan muerto. Su muerte es pan para los vivos[5].

Quien reclame que se le cuente acerca de su vida, de su muerte, de su dicha y de su dolor, que abra el corazón y los oídos. Encontrará todo cuanto pide.

Vivía en Parmenia un noble, joven aún en edad según he leído. Tal y como nos cuenta su historia respetando la verdad, era por nacimiento de rango semejante a un rey. Poseía tantas tierras como un príncipe y era de complexión hermosa y soberbia. Era leal, osado, espléndido y poderoso. A quienes debía causar dicha, el noble irradió mientras tuvo vida tanta dicha como un sol. A todos hacía dichosos, pues era ejemplo de caballeros, honor de su parentela y esperanza de su patria. Tenía todas las ventajas que ha de

tener un noble, excepto el deseo de volar demasiado alto y de vivir únicamente según su voluntad. Ello le perjudicaría más tarde, pues por desgracia ha sido siempre y sigue siendo cierto que la juventud emprendedora y las riquezas acaban trayendo consigo la presunción. Nunca pensó, como muchos que detentan posiciones elevadas, en tener paciencia. Volver mal por mal, responder a la violencia con la violencia, esa era su actitud.

Ahora bien, a la larga no es posible que alguien retribuya todo cuanto le acontece con la severa medida del emperador Carlos. Bien sabe Dios que en este intercambio hay que pasar por alto muchas cosas, si no quiere uno acabar perjudicado. Quien no puede soportar una derrota, sufre una derrota mayor y a menudo incluso la muerte. Así se captura al oso, que se venga de cada golpe hasta que se ve abrumado por estos[6]. Creo que también a él le sucedió esto, pues se vengó tantas veces que acabó perjudicado. Pero el que sufriera perjuicio no ocurrió por maldad, como en el caso de la mayoría de las personas, sino por la inexperiencia de sus pocos años. Pues en la flor de su juventud luchó con el ímpetu de un joven noble contra su propia fortuna. Tal fue la consecuencia de su alegre imprevisión, que floreció junto con su arrogancia. Actuó igual que todos los hombres jóvenes, que rara vez se muestran precavidos. No quiso tomar en consideración ningún peligro, sino que vivió alegremente. Cuando se inició su vida de caballero, ascendiendo como el lucero del alba para contemplar riendo el mundo, creyó que podría seguir siempre así, viviendo en una dicha incesante —lo cual es imposible —. No, la primera parte de su vida de caballero transcurrió con rapidez. Cuando el sol de la mañana de su alegría vital empezaba a relucir, su crepúsculo irrumpió de pronto, aquel que hasta entonces había permanecido oculto. Y oscureció su mañana. Su nombre nos lo revela esta historia. Ahí está dicho: se llamaba Rivalín, con el sobrenombre de Canelengrés. Muchos creen y lo dicen que este señor era de Leonís, y que había sido rey de esa tierra. Tomás, sin embargo, nos asegura haber leído en las fuentes que procedía de Parmenia y que había recibido otras tierras adicionales de manos de un bretón, por lo que le debería obediencia. Este bretón se llamaba el duque Morgan.

Después, en fin, de que el príncipe Rivalín hubiera pasado, tal y como correspondía a su elevado rango, y con éxito, unos tres años como caballero y adquirido todas las artes de la caballería, así como cuanto precisaba para emprender una guerra (tenía tierras, seguidores y posesiones) —si ocurrió por la necesidad de defenderse o fue por soberbia, no lo sé; en cualquier caso así reza la historia—, atacó a Morgan como si este le hubiese faltado en algo. Cayó sobre sus tierras con tal violencia, que le desmanteló muchos castillos. Las ciudades tuvieron que rendirse y empeñar sus riquezas y sus vidas, por poco que les gustara, hasta que él hubo acumulado dinero y bienes suficientes para acrecentar su ejército. De esta forma, adondequiera que se dirigiese con sus tropas, ya fueran castillos o ciudades, era capaz de imponer su voluntad. Pero también él sufrió graves pérdidas. Pagó con la vida de muchos hombres valientes, puesto que Morgan se defendió, oponiéndosele a menudo con su ejército e infligiéndole muchas pérdidas. Pues es propio de la guerra y la vida de la caballería el perder y el ganar. Así es como transcurren las guerras: las pérdidas y las ganancias prolongan las hostilidades. Sospecho que Morgan haría lo mismo: desmantelar igualmente sus castillos y ciudades, dejándole a veces sin gentes y sin bienes y causándole tanto daño como le fuera posible. Mas ello no le sirvió de mucho, pues una vez y otra Rivalín lo rodeaba y lo debilitaba y lo continuó haciendo hasta que lo tuvo en una posición en la que era imposible defenderse y no podía escapar a ningún otro lugar más que a los más fuertes y mejores de sus castillos. Estos son los que Rivalín puso bajo asedio, hostigándolo con numerosos combates y escaramuzas. Siempre le perseguía hasta las mismas puertas, ante las que a menudo celebraban torneos y competiciones espléndidas. Así le venció por el poder de su ejército y arrasó sus tierras saqueando y quemando, hasta que Morgan se mostró dispuesto a negociar, consiguiendo con apuros que se estableciera un armisticio y se acordara un año de paz, que consolidaron ambos con intercambio de rehenes y juramentos, como es habitual. Después de esto, Rivalín regresó a casa con su comitiva orgulloso y contento. Recompensó a sus hombres con generosidad, haciéndoles a todos ricos. Contento les dejó —como correspondía a su elevada posición— que regresaran a sus hogares.

Tras haber tenido Canel tanto éxito, no pasó mucho tiempo antes de que emprendiera un nuevo viaje —esta vez de placer—. Y se pertrechó con gran esplendor, como lo suele hacer quien anda en busca de honores. Todo el apresto y los objetos que habría de necesitar durante un año fueron depositados a bordo de un barco. Mucho había oído acerca de lo distinguido y principal que era el joven rey de Cornualles, Marc, cuyo prestigio era mayor cada día y en cuyas manos unía los países de Cornualles e Inglaterra. Cornualles le pertenecía por herencia. Inglaterra, en cambio, era suya desde que los sajones habían expulsado a los britanos de Gales, quedándose allí como señores y dándole ellos su nombre al país. Lo que antes se llamó Britania pasó así a llamarse Inglaterra por los hombres de Gales. Después de tomar posesión del país y repartírselo entre sí, todos querían ser pequeños reyes y no deber obediencia a nadie. Esto se convirtió en la perdición de todos ellos. Pues empezaron a guerrear y a matarse entre sí hasta confiar finalmente sus vidas y sus tierras a la protección de Marc. Desde entonces el país le sirvió con tal lealtad y sumisión como ningún reino anterior sirviera a rey alguno. De él dice también la historia que en todos los países vecinos, que conocían su fama, no había otro rey más respetado. Ahí era adonde quería ir Rivalín. Ahí pensaba quedarse, pasando un año junto a él, para ganar en perfección, aprender nuevos lances de armas dentro de las normas de la caballería y refinar sus modales. Su disposición distinguida le decía que, si conocía costumbres extranjeras, podría mejorar las suyas y acceder de esta manera a nueva fama. Con este propósito se puso en camino. Confió su país y sus gentes a la custodia de un mariscal, un señor de su país cuya lealtad conocía. Se llamaba Rual li Foitenant. Entonces Rivalín se hizo a la mar al punto en unión de doce acompañantes. No precisaba más; ellos bastaban como comitiva. Sucedió así que al llegar a Cornualles y enterarse —aún en el mar— de que el renombrado Marc estaba en Tintayol, se dirigió hacia allí. Tocó tierra, lo encontró y se alegró mucho de ello. Cuando llegó a la corte, el distinguido Marc le recibió con todos los honores y con él a los suyos. Los festejos con los que recibieron a Rivalín fueron tan esplendorosos, y con tales honores le colmaron, como no le habían sido dispensados antes en ningún otro lugar. Eso le produjo gran satisfacción y le encareció la vida cortesana. A menudo

pensaba: «En verdad ha sido Dios mismo quien me ha traído hasta este pueblo. La fortuna me sonríe. Cuanto hasta ahora había escuchado de los atractivos de Marc lo encuentro aquí confirmado. Vive con distinción y elegancia». Y así fue a contarle a Marc por qué había venido. Cuando Marc hubo escuchado su relato y conocido sus intenciones, le dijo:

—¡Sed bienvenido en el nombre de Dios! Mi vida y todo cuanto poseo ha de estar a disposición vuestra.

Canelengrés se sentía a gusto en la corte, y la corte no cesaba de prodigarle alabanzas. Ricos y pobres le amaban y estimaban, nunca hubo un huésped más querido. No merecía él otra cosa. El admirable Rivalín acertaba siempre a congraciarse con todos con generosidad y prestancia. Así vivía muy considerado y con auténtica perfección, que iba incrementando de día en día conforme adquiría a diario nuevos atractivos. Un día llegó la fiesta de Marc. Marc concedía gran importancia a esta fiesta. Con órdenes y súplicas había enviado mensajeros a todas partes. Una vez al año, los caballeros del reino de Inglaterra venían a Cornualles, acompañados de muchas damas hermosas y trayendo consigo muchas otras cosas preciosas. Así que se acordó la fiesta y se convino celebrarla durante cuatro esplendorosas semanas, desde el inicio del hermoso mayo hasta su final, en un lugar situado tan cerca de Tintayol que los invitados pudieran contemplarse mutuamente en una pradera como nadie la ha visto más bella ni antes ni después. El delicioso verano había extremado sus cuidados para prodigarle sus más dulces encantos. Pajarillos del bosque que habrían de deleitar los oídos, flores, hierbas, hojas y capullos y cuanto halaga la vista y regocija a los corazones nobles, todo ello colmaba esta pradera de verano. Allí uno encontraba todo cuanto podía desear ver en manos de Mayo. Rayos de sol y sombra, tilos junto al manantial, deliciosas brisas templadas, que a su manera iban al encuentro de la comitiva de Marc. Las flores luminosas reían sobre la hierba tocada de rocío. El verde césped, el camarada de Mayo, se había hecho con flores un primoroso vestido de verano, que se reflejaba en las pupilas de los encantados huéspedes. Las deliciosas flores de los árboles prodigaban con tal encanto sus sonrisas a cada uno, que el corazón y los sentidos se consagraban a las risas del esplendor florido con agrado, respondiendo siempre sonrientes. El delicado canto de los pájaros,

primoroso y bello, que tanto bien causa a los oídos y al ánimo, llenaba montes y valles. El gratificante ruiseñor, ese pajarillo dulce y primoroso cuyos encantos jamás cesan, cantaba desde todas las flores con tanto alborozo que muchos corazones nobles se vieron por él alegrados y se entusiasmaron.

Todos ellos, colmados de contento y alegría, habían desplegado cabañas sobre la verde hierba, cada uno según su gusto. Y al igual que cada uno buscaba pasárselo bien, de esta guisa estaban echados: los señores de manera señorial, la gente de la corte de modo cortesano; estos acostados entre sedas, aquellos entre flores; para muchos, los tilos eran su techo, otros muchos estaban en cabañas hechas de ramas pobladas de verde hojarasca. Ni los miembros de la corte ni sus invitados habían encontrado jamás mejor acomodo que el que tenían ahora. Además se disponía, como es costumbre en las fiestas, de gran abundancia de manjares y vestidos, de los que cada uno se había provisto del modo mejor. Más allá de esto, Marc se preocupó de atenderlos a todos con tal derroche y profusión, que todos vivían espléndidamente y lo pasaban muy bien. Así empezó el festejo. Quien deseaba dar gusto a sus ojos y quería contemplar algo, hallaba aquí muchas oportunidades. Se podía ver todo cuanto uno podía imaginar. Unos iban a contemplar a las damas, otros de espectadores del baile. Estos contemplaban el gran torneo, aquellos los lances de honor. Fuera lo que fuera lo codiciado, uno podía encontrarlo en abundancia. Porque todos los que allí se encontraban en la flor de sus años competían en la fiesta por obtener la mayor diversión. Y el noble Marc, el distinguido y magnánimo, tenía a su lado, aparte de la belleza de aquellas damas de las que se había rodeado, un prodigio de hermosura particularmente extraordinario: Blancaflor, su hermana, una muchacha como no la había visto nadie más bella. De su belleza se oye decir que no había hombre que la contemplara con devoción sin que, a partir de entonces, no tuviera en mayor consideración a las mujeres y al ideal de perfección.

Tan gran deleite de los ojos hizo que en el prado más de un hombre se sintiera arrogante y atrevido y que más de un corazón noble se colmara de alegría. Además, había en la pradera muchas otras damas hermosas, por cuya belleza cada una podría haber sido una reina poderosa. También ellas

causaban placer y deleite a todos los presentes y alegraron a más de un corazón. En esto comenzó el torneo entre los miembros de la corte y también entre los invitados. Los más distinguidos y mejores se acercaron a caballo desde todas direcciones. Allí también estaba el noble Marc y su compañero de rango Rivalín, sin mencionar al resto de su comitiva que se esforzaba igualmente por realizar hazañas sobre las que se hablara y que acrecentaran su fama. Se veían allí congregados muchos caballos ricamente engalanados con telas de brocado y seda. Algunas mantas eran blancas como la nieve, amarillas, violetas, rojas, verdes y azules. También se veían otras entreveradas con la seda más fina y cortadas, teñidas y compuestas con gran primor y variedad. Los caballeros vestían ropajes de corte y aberturas maravillosos. Para no ser menos, el verano se mostró también favorable a Marc: entre la multitud se veían muchas coronas de flores primorosas, que le presentaban al rey como tributo.

En este espléndido ambiente de verano comenzaron las maravillosas competiciones caballerescas. Los hombres se mezclaron en la lucha, empujándose de un lado a otro, y lo hicieron durante mucho tiempo hasta que el lugar del combate se hubo trasladado a donde estaba la distinguida Blancaflor, ese prodigio terrenal, junto con otras muchas damas hermosas, observándolo todo sentadas. Los que luchaban lucían tal esplendor sobre sus monturas, con una magnificencia tan verdaderamente imperial, que todos los ojos se volvían hacia ellos. Pero hiciérase lo que se hiciera, era siempre el luminoso Rivalín —sobre eso no puede haber ninguna duda— quien superaba con mucho a todos los demás. También las damas repararon en él y decían que, de entre todo el grupo, no había quien combatiera según las normas caballerescas con tanta habilidad como él, y encomiaban todas sus logros.

—Ved —decían—, ese joven es un hombre agraciado; qué bien le cuadra todo cuanto hace. ¡Y qué guapo es! ¡Cuán proporcionados son sus miembros recios! ¡Con qué fuerza parece su escudo soldado en el lugar más conveniente! ¡Cómo se amolda la lanza a su mano! ¡Qué bien le sientan sus ropas! ¡Qué porte el de su cabeza y sus cabellos! ¡Cuánta belleza en sus movimientos! ¡Qué estampa tan magnífica! ¡Oh, afortunada la mujer que pueda sentir alegría por su causa!

Todo esto lo escuchaba también la noble Blancaflor, que en su corazón —con independencia de lo que hicieran las demás— le tenía igualmente en alta estima. Él había tomado posesión de ella y conquistado su corazón. Poderoso, ostentaba en el reino de su corazón el cetro y la corona. Mas ella lo ocultaba con tal decoro y secreto que nadie se percató de ello.

Cuando hubieron cesado los torneos y se hubieron desperdigado los caballeros marchando cada uno donde le apeteciera, quísolo el azar que Rivalín encaminara sus pasos al lugar donde estaba sentada la bella Blancaflor[7]. Se acercó velozmente y cuando pudo mirarla a los ojos, le dijo con gentileza en francés:

—¡Dios os guarde, bella dama!

—Gracias —replicó la muchacha, y añadió tímidamente—: Dios todopoderoso, el que alegra todos los corazones, ha de alegraros el corazón y los sentidos. Aunque me incline en agradecimiento ante vos, no por ello prescindo de mi derecho a pediros cuentas por algo.

—Ay, querida dama, ¿en qué os he faltado? —dijo el noble Rivalín.

—Por causa de alguien a quien tengo cerca, el mejor que encontré jamás, me habéis causado tristeza —respondió ella.

«Oh Dios», pensó él para sí, «¿qué quiere esto decir? ¿Cómo he podido hacerle daño? ¿Qué es lo que me reprocha?». Y pensó que en algún momento del torneo, sin darse cuenta, habría perjudicado a alguien de la comitiva de ella, lo que habría empañado su corazón volviéndolo contra él. No, el amigo al que se refería ella no era otro que su propio corazón, quien había sufrido por causa de él. Tal era el amigo del cual hablaba. Pero él nada sabía de ello. Con su cortesía habitual le dijo él gentilmente:

—Bella dama, no quiero que me rechacéis o sintáis cólera hacia mí. Si es verdad lo que me reprocháis, juzgadme entonces vos misma y dictad vuestra sentencia. Yo haré todo cuanto me ordenéis.

La bella contestó:

—No estoy demasiado enfadada con vos por culpa de este incidente, pero no por ello os voy a amar tampoco. Voy, por ello, a reconsiderar con más atención vuestro caso, a fin de averiguar cómo me habéis de pagar por el mal que me habéis causado.

Con esto él se inclinó ante ella disponiéndose a marchar. Pero la hermosa muchacha suspiró hacia él con gran recato y le dijo desde lo más hondo de su corazón:

—¡Ay! ¡Querido amigo, que Dios te bendiga!

Esta fue la primera vez que comenzaron a pensar el uno en el otro. Canelengrés se alejó a caballo sumido en profundos pensamientos. No dejaba de pensar en lo que le causaba tristeza a Blancaflor y en lo que podría significar esa historia. Pensaba en su saludo, en sus palabras. Su suspiro, su bendición, todo su comportamiento, todo ello lo consideró con atención, empezando a interpretar su suspiro y su bendición delicada en el sentido del amor. Así arribó a la conclusión de que ambas cosas podrían haber brotado a causa del amor. Esto le inflamó de tal forma, que en su imaginación regresó de inmediato, tomando a Blancaflor y llevándosela consigo al reino de su corazón, donde la coronó como reina. Sí, Blancaflor y Rivalín, el rey y la reina encantadora, compartían con fidelidad el reino de sus corazones. El de ella le pertenecía a Rivalín; a cambio el suyo era de ella. Y sin embargo ninguno de los dos sabía lo que ocurría en el ánimo del otro. Los dos habían coincidido unánimes en un mismo pensamiento. Entonces había sucedido lo que era procedente y legítimo: pues ella habitaba también en el corazón de él, que sufría los mismos dolores que le producía a ella. Mas como no tenía ninguna certeza sobre los sentimientos de ella, cuáles habían sido sus intenciones verdaderas, si el amor o el rechazo, sus pensamientos comenzaron a incurrir en dudas severas. Sus reflexiones le conducían ora aquí, ora allá. De pronto deseaba estar lejos de ahí, para al instante querer estar de vuelta, enredándose de tal modo en los lazos de su cavilosidad, que era ya del todo incapaz de liberarse de los mismos.

Perdido en sus pensamientos, Rivalín demostró mediante su ejemplo que el enamorado actúa como un pájaro libre que, gracias a la libertad de la que goza, decide posarse sobre una vara enviscada. Cuando se percata entonces de la liga y quiere elevarse para huir, nota cómo sus patas se quedan pegadas abajo. Así que bate las alas y quiere marcharse. Pero no puede tocar la vara en ninguna de sus partes (ni siquiera un poco), sin que esta le ate y le sujete. Aletea por tanto con todas sus fuerzas, hacia aquí,

hacia allá y otra vez hacia aquí, hasta que finalmente se derrota a sí mismo luchando y acaba yaciendo bien pegado a la vara[8]. No actúa de otra manera el hombre cuyos sentidos no se han visto aún subyugados por el amor. Cuando toman posesión de él pensamientos de añoranza y el amor ejerce sobre él su milagro con el dolor de la pasión, entonces el enamorado quiere regresar hasta su libertad. Mas la dulzura del amor untado con liga tira de él hacia abajo. Ahí se enreda de tal suerte que no sabe cómo conseguir su propósito ni de un modo ni de otro. Así le ocurrió a Rivalín, cuyas meditaciones acerca del amor le enredaron también en torno a la reina de su corazón. Su confusión le había dejado en un estado de autoengaño singular, pues no sabía si la disposición de Blancaflor le era favorable o desfavorable. No era capaz de reconocer si ella le amaba o le odiaba. Ya no abrigaba ni confianza ni duda, y no lograba decidirse por lo uno o lo otro. El consuelo y la duda le arrastraban ora a un lado, ora al otro. El consuelo hablaba de amor, la duda de odio. En este enfrentamiento no podía decidirse con firmeza por alguna de las dos posibilidades, ni por la inclinación ni por el rechazo. De esta manera sus pensamientos oscilaban en un abra de zozobra: el consuelo le atraía y la duda le espantaba. En ninguno de los dos podía detenerse; ni de una forma ni de otra se ponían de acuerdo. Cuando la duda le asaltaba y le decía que su Blancaflor le odiaba, entonces titubeaba y quería marcharse. En seguida llegaba el consuelo y hablaba del amor de ella y de una dulce esperanza. Entonces quería quedarse ahí. Con tal discordia no sabía adónde dirigirse. No podía ni marcharse ni quedarse. Cuanto más fuertes eran sus impulsos de alejarse, con mayor fuerza le retenía el amor. Así jugó con él el amor, hasta que al final triunfó la confianza poniendo a la duda totalmente en fuga. Rivalín estaba convencido de que su Blancaflor le amaba. Sus sentimientos y sus ideas se dirían unánimes hacia ella, y ya nada los contradecía. Cuando el amor le hubo así sometido completamente a su voluntad, él todavía ignoraba que el amor profundo encierra un profundo dolor. Cuando posteriormente volvió otra vez a pensar en su encuentro con Blancaflor con más detenimiento, considerando todo con mayor detalle: su cabello, su frente, sus sienes, sus mejillas, su boca, su barbilla, el feliz día de Pascua que sonreía en sus ojos, entonces sobrevino el amor verdadero, el auténtico atizador de las llamas,

que alimentó con vigor el fuego de la pasión, el fuego que incendió su corazón y a partir de entonces le hizo sentir con claridad lo que significan la aflicción profunda y el dolor de la añoranza. Pues ahí empezó para él una nueva vida, una nueva vida le fue concedida. De tal forma transformó su pensamiento y su conducta, que se convirtió en un ser completamente diferente. Pues todo cuanto hacía resultaba extraño y como tocado por la ceguera. Sus cualidades congénitas estaban bajo el influjo del amor y se habían vuelto tan salvajes e inconstantes como si él mismo se hubiera esforzado en lograrlo. Su vida se nubló. Ya no tenía ganas de reír a carcajadas y de corazón, como con tanta frecuencia hacía antes. El silencio y la tristeza, esos eran ahora su vida. Porque todo su buen humor estaba ahora bañado en penas de amor.

Tampoco a Blancaflor, que estaba enferma de amor, se le ahorró la añoranza. Experimentó el mismo padecimiento por causa de él que él por causa de ella. El tirano amor había también irrumpido en sus pensamientos de forma demasiado tormentosa, desposeyéndola con violencia de casi toda su capacidad de autocontrol. Su comportamiento le resultaba inhabitual a ella misma y a quienes la rodeaban. Todo cuanto había disfrutado anteriormente, las diversiones de las que había gozado antes, resultaban ahora repulsivas. Su vida se conformó en todo a los requerimientos de la aflicción que tanto la oprimía. Y aun por mucho que sufriera por las penas de amor, no sabía sin embargo qué era lo que la torturaba. No en vano nunca había experimentado lo que significan esta pesadumbre y dolor de corazón. Una vez y otra decía para sí:

—¡Oh Dios! ¡Qué vida es esta! ¿Qué es lo que me ha sucedido? ¿Acaso no he visto a otros muchos hombres, por culpa de los cuales nunca me sobrevino la tristeza? Mas desde que vi a este hombre, mi corazón no ha vuelto a estar libre y sin trabas como antes. Su imagen me ha causado un hondo daño. Mi corazón, que hasta ahora desconocía tal sufrimiento, está profundamente herido. Me ha cambiado completamente en cuerpo y alma. Si a cada mujer que lo vea y oiga le sucede como a mí, si ello es parte de su naturaleza, entonces toda esa belleza suya está mal empleada y solo vive para causar el daño ajeno. Si, por el contrario, ha aprendido cualquier arte de magia capaz de obrar este extraño milagro y de producir esta prodigiosa

aflicción, entonces sería mucho mejor que él muriera y ninguna otra mujer le contemplase. ¡Dios mío, qué dolor, qué sufrimientos me han asaltado por su causa! Yo, sin embargo, nunca le miré a él o a cualquier otro hombre con enemistad o con odio. ¿Cómo entonces puedo haberme hecho merecedora de la aflicción que me causa alguien a quien miré con simpatía? Pero ¿por qué formulo estos reproches contra el bueno de él? A lo mejor no lleva en ello culpa alguna. Por mucho dolor de corazón que a través de él y por su causa padezca, Dios sabe que en su mayor parte es obra de mi propio corazón. En realidad he visto a muchos otros hombres aparte de él. ¿Qué responsabilidad lleva él si mi afecto se ha inclinado solo hacia él y no hacia ningún otro? Cuando vi que tantas damas distinguidas hacían circular, como si de una pelota en el juego se tratara, la majestuosidad de su porte y sus logros caballerescos, y escuché formular tantos elogios sobre su persona, y cuando yo misma pude verificar cuantos atractivos suyos eran comentados, y absorbí todo cuanto él poseía de encomiable, entonces mis sentidos cayeron en gran confusión. Por eso mi corazón se inclinó hacia él. En verdad lo que me deslumbró fueron las hechicerías que me hicieron olvidarme de mí de tal forma. En nada me ha hecho daño él, el adorable a quien aquí acuso y recrimino de este modo. Mis sentimientos insensatos e incontrolados me causan tristeza y quieren perjudicarme. Quieren demasiadas cosas a las que no deberían aspirar si apenas se detuvieran a pensar en ello y consideraran lo que es decoro y honorabilidad. Pero nada conocen fuera de su deseo de este hombre magnífico, a quien en tan breve plazo se han sometido por completo. Y creo, vive Dios, si es que eso puedo creer sin faltar a mi fama y sin que tenga que avergonzarme de afirmarlo desde mi honra de doncella, que el dolor de corazón que padezco por causa de él no procede de otra cosa más que del amor. De ello me hace darme cuenta el deseo que tengo de estar junto a él. Y sin que acierte muy bien a entender su significado, aquí brota para mí algo que significa amor y hombre. Porque lo que durante toda mi vida he escuchado acerca de mujeres verdaderamente enamoradas y del amor, ha encontrado ahora acceso a mi corazón; el dulce dolor de corazón que atormenta muchos corazones nobles con dulces dolores, yace ahora también en mi corazón.

Cuando la noble muchacha hubo admitido para sí, con el corazón en la mano (como lo hacen todos los enamorados), que su compañero Rivalín serviría para alegrarle el corazón y llegaría a ser su mayor consuelo, su vida mejor, empezó entonces a obsequiarle con muchas miradas y a fijarse en él dondequiera que se le presentara ocasión. Siempre que lo permitiese el decoro, le saludaba furtivamente con miradas llenas de ternura. Sus ojos anhelantes se quedaban a menudo mirándole largo tiempo enamorados. Cuando el hombre que la amaba, su enamorado, comenzó a darse cuenta de ello, su amor por ella y su confianza fueron a fortalecerse aún más y fue entonces cuando verdaderamente se inflamó su pasión. Desde entonces respondió a las miradas de la bella con más audacia y amor que antes. Cuando era posible, la saludaba él también con la vista. Cuando la bella se dio cuenta de que la amaba como ella a él, su principal inquietud se desvaneció. Pues hasta entonces había creído que él no se sentía atraído hacia ella. Pero ahora sabía con exactitud que sus sentimientos le eran propicios y que abrigaba tanta ternura hacia ella como debe sentir un enamorado. Él sabía lo mismo de ella. Y esto los inflamaba a los dos. Ello les hizo comenzar a desearse mutuamente y a amarse con toda la fuerza de sus corazones. Les sucedió tal y como dice el refrán: allí donde dos enamorados se contemplan, recibe nuevo alimento el fuego del amor.

Cuando la fiesta de Marc hubo concluido y los distinguidos huéspedes se hubieron dispersado, llegó hasta Marc la noticia de que uno de sus enemigos, un rey, había penetrado en su reino con tal violencia, que acabaría destruyendo cuantas posesiones de Marc estuvieran al alcance de sus caballos, si no se le rechazaba cuanto antes. En seguida Marc movilizó un fuerte ejército oponiéndosele con todas sus tropas. Combatió con él y le derrotó y le dio muerte y tomó prisioneros a tantos hombres que pudieron considerarse afortunados los que escaparon o sobrevivieron. El noble Rivalín fue herido de tal gravedad con una lanza en un costado, que su escolta lo trasladó en el acto medio muerto a Tintayol entre grandes lamentos. Allí lo acostaron presintiendo cercana su muerte. Rápidamente se difundió la noticia de que Canelengrés había sido herido de muerte en el campo de batalla. Ello hizo que se elevaran hondas quejas tanto en la corte como en el reino. Todo el que conocía sus méritos se dolió en lo más hondo

a causa de su infortunio. Se quejaban de que su belleza, su espléndida juventud y su caballerosidad tan prestigiada fueran a hallar su fin tan prematuramente. Su amigo, el rey Marc, se lamentó tanto por él, con el corazón tan desgarrado, como no se había lamentado jamás por ningún otro hombre. Muchas mujeres distinguidas lloraron por él, más de una dama se quejó por su vida. Todo el que le había visto anteriormente se quejaba de su desdicha. Pero por muy grande que fuera la tristeza de todos ellos a causa de su desgracia, era solamente una, la hermosa, distinguida y buena Blancaflor, la que, inconmoviblemente fiel, se quejó y lloró por los padecimientos de su ser más querido con los ojos y con el corazón. Y cuando estaba a solas y podía dejar correr libremente su dolor, levantaba su mano contra sí misma: una y mil veces golpeaba sin cesar donde le dolía, allí en el lugar del corazón golpeaba una vez y otra la bella. Tanto martirizó esta mujer encantadora su cuerpo joven, hermoso y encantador, que hubiera aceptado de buen grado cualquier forma de muerte que no se originara en el amor. Habría muerto de pesadumbre, sin embargo, si no la hubiera fortalecido la confianza y no la hubiese mantenido en pie la esperanza de que le volvería a ver una vez más fuese como fuese. Y una vez que lo hubiese visto, estaría ya dispuesta a soportar con alegría cualquier cosa que pudiera sucederle a ella. Así se aferró a la vida hasta que recobró el control sobre sus pensamientos y comenzó a considerar cómo podría arreglárselas para verle tal y como la urgían sus propios sufrimientos.

Dio en pensar en una de las institutrices que antaño le había enseñado todo, preocupándose de ella con interés y sin abandonar nunca su tutela. Ahora la hizo llamar a solas y, tras dirigirse con ella a un lugar donde no fueran molestadas por ningún tercero, le comunicó sus penas, tal y como siempre han hecho y aún continúan haciendo aquellos cuyos corazones atraviesan por el mismo trance. Los ojos se le desbordaban de lágrimas ardientes que se deslizaban abundantes y sin parar por sus pálidas mejillas. Se retorció las manos y se las presentó en ademán suplicante.

—¡Ay de mi vida! —decía—. ¡Ay, ay de mi vida!

A lo que añadió:

—Ay, querida maestra, muéstrame ahora tu adhesión, tú que siempre me has tenido tanta. Y como eres tan agraciada de tener toda mi felicidad y toda

mi salvación dependiendo solamente de tu ayuda, a ti te cuento el dolor de mi corazón confiando en tu bondad. Si tú no me ayudas, habré de morir.

—¿Por qué, señora, estáis tan apesadumbrada y os quejáis con tal desgarro?

—Ay, querida amiga, ¿te lo puedo contar?

—Sí, querida señora, contádmelo sin vacilación.

—Me está matando este hombre muerto, Rivalín de Parmenia. Me gustaría tanto verle si fuera posible y si supiera cómo conseguirlo, antes de que muera del todo. Porque para dolor mío no volverá a sanar. Si en ello puedes ayudarme, no te negaré jamás nada mientras tenga vida.

Entonces la institutriz pensó: «Si yo permito esto, ¿qué daño ha de causar? Porque este hombre medio muerto no tardará en morir en cualquier caso. Y con ello habré protegido la vida y el honor de mi señora y me tendrá para siempre en más aprecio que a cualquier otra mujer».

—Querida señora —le dijo—, vida mía, me apena en lo más hondo vuestro sufrimiento, y en la medida en que mi propia vida pueda servir para aliviar vuestro dolor, tened confianza. Yo misma iré hasta donde está él, le veré y volveré inmediatamente. Averiguaré dónde le tienen alojado y en qué condiciones, y me fijaré igualmente en quienes están con él.

Así que partió y fue hasta él como si pretendiera ir a lamentar su desdicha, y le dijo en secreto que su señora tenía grandes deseos de verle, a fin de que él buscara la manera de lograrlo salvaguardando el decoro y las buenas costumbres. Al punto regresó con la noticia. Vistió a la muchacha con las ropas de una mendiga miserable. La belleza de su rostro la cubrió con un grueso pañuelo. Y tomando a su señora de la mano, fue con ella hasta Rivalín. Entretanto también él había dicho a sus cuidadores que se fueran y estaba solo. Les había dicho que la soledad le hacía bien. La institutriz dijo que él precisaba una médica, consiguiendo así que le franquearan el camino hasta él. Entonces echó el cerrojo a la puerta.

—Señora —dijo—, id ahora a verle.

Y la bella fue hasta él y le miró a los ojos.

—¡Ay! —suspiró—. ¡Ay, dolor, hoy y por siempre! ¡Qué dolor haber nacido! ¡Perdidas están todas mis esperanzas!

Entonces Rivalín inclinó su cabeza ante ella un poquito, tanto como le es posible a un enfermo de muerte. Sin embargo ella casi no se dio cuenta. Con la mirada vacía estaba ahí sentada. Juntó su mejilla con la de Rivalín hasta que de amor y tristeza perdió el conocimiento. Sus labios rosados palidecieron, el color de su rostro se volvió casi blanco, perdiendo el tono anterior. En sus ojos claros el día se volvió tan turbio y oscuro como la noche. Así estuvo desvanecida largo rato, su mejilla pegada a la suya, como si también ella estuviera muerta. Cuando se hubo recuperado un poco de su debilidad, tomó a su enamorado en sus brazos, acercó su boca a la de él y le besó cien mil veces en muy poco tiempo, hasta que su boca despertó en él sus sentidos y el vigor de su amor. Porque ella llevaba amor en los labios. Esa boca le hizo dichoso y le confirió tanto vigor, que con su cuerpo medio muerto apretó hacia sí a la espléndida mujer en un férvido abrazo. No tardó mucho en cumplirse lo que ambos deseaban y la encantadora mujer concibió un hijo de él. Él, en cambio, estaba al borde de la muerte a causa de la mujer y del amor. Si Dios no le hubiese ayudado, no habría permanecido con vida. Mas él recuperó su salud pues así tenía que ser.

Así que Rivalín se curó y la bella Blancaflor gracias a él se vio cargada y liberada de dos clases de pena en el corazón. Dejó gran dolor atrás con él y se llevó uno mayor aún consigo; allá dejó la tristeza del amor y se trajo con ella la muerte; a través del amor se desvaneció su tristeza, con el hijo recibió la muerte. Pero fuera como fuera la curación de ella y con independencia del modo en que se había visto por él cargada y liberada —de un lado para su provecho, de otro en perjuicio suyo—, para nada tenía ojos más que para el amor y el amado. Ni del niño ni de la calamidad de la muerte sabía nada. Sí en cambio sabía acerca del amor y del hombre, y actuaba tal y como deben hacerlo los vivos y hacen siempre los amantes: su corazón, todos sus esfuerzos y afanes, se dirigían solo hacia Rivalín. Por otra parte, también él encaminaba todos sus deseos solo a ella y a su amor. El pensamiento de los dos estaba dominado por un solo amor y un solo deseo. Él era ella y ella era él. Él era de ella y ella era de él. Donde Blancaflor estaba, estaba también Rivalín; donde Rivalín estaba, estaba también Blancaflor; donde estaban los dos, había un amor sincero. Vivían una vida en común. Eran felices juntos y se alegraban el uno al otro con una

amistad plena de concordia. Y si podían estar juntos con decoro, entonces su dicha era total, entonces su vida era tan feliz y completa que no la habrían cambiado por el reino de los cielos. Mas esto no duró mucho. Pues ya en los comienzos, cuando aún vivían espléndidamente en la dicha más perfecta, llegaron mensajeros hasta Rivalín: Morgan, su enemigo, había puesto en pie un gran ejército en su reino. Nada más recibir esta noticia se preparó un barco para Rivalín, en el que almacenó todo su armamento: provisiones y caballos, todo quedó listo al punto para el viaje.

Cuando la deliciosa Blancaflor conoció la triste noticia referente a su amado, fue cuando empezaron sus sufrimientos. El dolor hizo que no oyera ni viera nada. Su piel adquirió una palidez cadavérica. De su boca no salía más que la palabrita lastimera «ay». Solo eso decía y nada más.

—¡Ay! —decía una vez y otra—. ¡Ay! ¡Ay, amor! ¡Ay, hombre mío! ¡Cómo os lanzáis sobre mí trayéndome pena tan grande! Amor, tú que eres la desdicha de todos nosotros, la dicha que nos regalas es tan breve, ¡cómo eres tan inconstante! ¿Qué es lo que todo el mundo aprecia en ti? Bien veo lo caro que se lo haces pagar, como lo haría cualquier estafador. Tu final no es tan grato como se lo prometes a todos, cuando de entrada te los ganas para una dicha breve a cambio de un largo dolor. Tu falsedad hechizadora, que se viste de deleite embaucador, engaña a todos los seres vivos. No hay ejemplo mejor que el mío. Lo que iba a ser toda mi felicidad se ha reducido a un dolor de corazón que me matará. Mi esperanza marcha lejos de mí y me deja atrás.

Mientras articulaba esta queja entró su amado Rivalín con el corazón lloroso para despedirse de ella.

—Señora —dijo—, debo decir adiós pues he de volver a mi tierra. Quiera Dios guardaros, amor mío. Estad siempre bien y sed dichosa.

Entonces ella se desvaneció de nuevo, y de nuevo quedó ante él sin conocimiento por dolor de corazón, cayendo como si estuviera muerta en el regazo de su institutriz. Cuando su fiel compañero en el dolor vio el sufrimiento de su amada, no quiso dejarla sola. Porque la profundidad de su aflicción le afectó hondamente. También el color de su rostro y sus fuerzas comenzaron a decaer. Como se hace en las ocasiones tristes, se sentó colmado de sufrimiento, casi ya sin esperanza de que ella fuera a recobrar

sus fuerzas hasta el punto de cogerle de la mano. Abrazó a la infortunada mujer con gran ternura, besando incesantemente sus mejillas, sus ojos y sus labios, acariciándola una vez y otra hasta que al fin empezó a volver en sí y pudo sentarse erguida de nuevo. Cuando Blancaflor hubo recobrado la consciencia y pudo contemplar de nuevo a su amado, le miró con gran tristeza.

—Ay —dijo—, amor mío, qué daño me habéis causado. Por qué, señor, me fijaría en vos, para que un dolor tan amargo colme ahora mi corazón por causa y por culpa vuestra. Si me atreviera a decíroslo con vuestro consentimiento, habríais de tratarme con más delicadeza y cariño. Señor y amado mío, por vuestra causa sufro enormemente, sobre todo por tres cosas que son mortíferas y no es posible esquivar. La primera es que estoy embarazada y no habré de sobrevivir al parto si no me ayuda Dios. La segunda es aún peor: si mi hermano y señor se entera de mi infortunio y de su propia deshonra, me condenará y me dejará morir en la ignominia. La tercera, en fin, es la más espantosa y mucho peor que la muerte: estoy segura —si es que mi hermano me deja con vida y no me manda matar— de que me desheredará en cualquier caso robándome mi reputación y mis posesiones. Entonces tendría que vivir para siempre sin dignidad y despreciada. Además habría de educar a mi hijo, cuyo padre aún vive, sin ayuda paterna. Con todo no me lamentaría de ello si esta difamación me afectara solamente a mí. Mi distinguida familia y mi real hermano deben salvaguardar su fama frente a mí y la deshonra. Pero si todos difunden la noticia de que tengo un hijo ilegítimo, entonces sería para este país y para aquel, para Cornualles y para Inglaterra, una deshonra pública. Y, ay, si esto sucede y todos pueden ver cómo por mi culpa dos países han sido humillados y hechos despreciables, entonces yo, mujer sola, preferiría estar muerta. Ved, señor —dijo—, esta es la pena, este es el dolor incesante que hace que en plena vida tenga que enfrentarme a la muerte. Señor, si no me ayudáis vos y Dios no lo quiere así, no podré jamás volver a encontrar felicidad.

—Amada señora —contestó él—, si en verdad habéis de padecer por mi culpa, estoy dispuesto a ponerle solución hasta donde esté en mis manos. A partir de hoy os protegeré de tal modo que ya nunca más tendréis que sentir

tristeza o deshonra por mi causa. Pase lo que pase de aquí en adelante, he sido tan dichoso viviendo a vuestro lado, que sería injusto que padecierais cualquier daño por mi causa. Señora, quiero descubriros mi corazón y mis sentimientos. Penas y alegrías, lo malo y lo bueno, de todo cuanto os acontezca no deseo separarme. Quiero estar siempre junto a vos, por doloroso que pueda ser, y os doy a elegir entre dos cosas, que os ruego sopeséis en vuestro corazón: o bien permanezco aquí o me marcho. Decidid vos. Si deseáis que me quede y pueda seguir cuidándoos, está hecho. Si por el contrario, queréis partir conmigo y acompañarme a mi tierra, todo cuanto poseo y yo mismo estaremos siempre a vuestra disposición. Me habéis tratado aquí con tanta gentileza, que quiero mostraros mi agradecimiento en todo cuanto pueda. Si habéis tomado ya una decisión, señora, hacédmelo saber porque vuestros deseos son también los míos.

—Gracias, señor —dijo ella—, habláis y me tratáis de tal forma que Dios habrá de pagároslo y yo misma desearía caer siempre a vuestros pies. Señor y amado, sabéis que no podemos quedarnos aquí. El apuro en el que me encuentro a causa de mi hijo no puedo ocultarlo, por desgracia. ¡Si pudiera escaparme con sigilo! Esta sería para mí la mejor solución, vistas como están las cosas. Amado señor, ayudadme.

—Seguidme, señora —dijo él—. Cuando vaya de noche a mi barco, tratad de arreglarlo de tal forma que hayáis llegado ya antes allí en secreto (mientras yo estoy despidiéndome), a fin de que os encuentre entre mi séquito. Hacedlo así. No hay mejor solución.

Tras decir estas palabras, Rivalín fue a donde estaba Marc y le refirió lo que había escuchado acerca de su reino y de su pueblo. Después se despidió de él y acto seguido de toda la corte. Todos lamentaron tanto su partida, que él jamás había escuchado tales quejas como las que allí surgieron por su causa. Muchos le dieron su bendición y le pidieron a Dios que protegiera su vida y su honor. Cuando se hizo de noche y él llegó a su barco trayendo a bordo cuanto necesitaba, encontró allí a su señora, la hermosa Blancaflor. Inmediatamente zarparon y se pusieron en camino.

Cuando Rivalín llegó a su casa y supo del grave aprieto en el que Morgan y su ejército todopoderoso le habían puesto, hizo venir a su mariscal, pues sabía que era digno de toda confianza, hasta el punto de que

le había confiado el ejercicio del gobierno sobre su tierra y sus gentes. Se trataba de Rual li Foitenant, un prodigio de honestidad y lealtad, que le había servido siempre sin la más mínima vacilación. Este le contó lo que sabía respecto a la difícil situación a la que había ido a parar el país.

—Pero puesto que habéis venido a tiempo —le dijo—, enviado por Dios para ayudarnos a todos nosotros, las cosas alterarán su curso y conservaremos nuestras vidas. De ahora en adelante estaremos contentos y olvidaremos nuestros temores.

Entonces Rivalín le relató su tierno encuentro con Blancaflor, que le alegró grandemente.

—Me doy cuenta —se atrevió a opinar— de que vuestra honra crece en todos los sentidos. Vuestra honra y vuestra fama, vuestra fortuna y vuestra dignidad se elevan como el sol. No hay en todo el mundo una mujer que pueda ennoblecer vuestro nombre tanto como ella. Por ello, señor, seguid mi consejo. Si os trató con gentileza, recompensádselo ahora. Cuando hayamos concluido nuestra tarea y alejado el peligro que nos acecha y nos agobia con tanta premura, ordenad la celebración de una fiesta espléndida y magnífica. Casaos entonces con ella públicamente ante parientes y vasallos. Y os recomiendo con toda seriedad que formalicéis antes en la iglesia —para que lo puedan ver curas y seglares— el matrimonio según el rito cristiano. Esto os traerá una bendición. Y estad seguro de que así aumentaréis al máximo vuestra honra y vuestras posesiones.

Todo esto fue hecho y él cumplió en todo lo que se había estipulado. Y cuando se hubo casado con ella la dejó en manos del fiel Foitenant. Este se la llevo a Canoel, precisamente al castillo según el cual su señor recibió, tal y como yo he leído, el sobrenombre de Canelengrés, Canel a partir de Canoel. En ese castillo tenía a su propia esposa, una mujer que con femenina constancia había consagrado su pensamiento y sus actos a la vida de la corte. A ella confió su señora, facilitándole así las comodidades a las que por su rango tenía pleno derecho. Entonces regresó Rual con su señor y ambos discutieron acerca de la amenaza que se cernía sobre ellos. Enviaron mensajeros a todos los puntos del reino y congregaron su ejército. Todo su poderío militar y toda su fuerza quedaron listos para el combate. Así que fueron con todos sus recursos al encuentro de Morgan. Morgan y los suyos

les estaban ya esperando. Recibieron a Rivalín con una lucha encarnizada. Oh, más de un soldado valiente fue derribado y muerto entonces, sin que se respetara a nadie. Más de uno se vio muy acorralado y muchos cayeron muertos o heridos en los dos ejércitos. En esta tremenda batalla defensiva fue muerto este hombre prodigioso cuya pérdida debería llorar el mundo entero, si es que el llanto dolorido tiene algún sentido aún después de la muerte. El noble Canelengrés, que en ánimo caballeresco y distinguida perfección no había cedido un solo palmo, yacía allí lamentablemente muerto. A pesar de todos los peligros, los suyos se desplegaron a su alrededor y se lo llevaron bajo grandes dificultades. Bajo hondas quejas de pesar lo trasladaron en hombros y lo enterraron como a un hombre que se lleva consigo a la tumba nada más y nada menos que la honra de todos ellos. Si ahora describiera con detalle su dolor y sus quejas, el modo en que lloraron su pérdida, ¿de qué serviría? Sería inútil. Todos ellos habían muerto con él en cuanto a prestigio y posesiones, y también en cuanto a toda disposición anímica capaz de transmitir fortuna y bendiciones a hombres distinguidos.

Así ha tenido que ocurrir y nada se puede hacer: el noble Rivalín está muerto. Ya solo resta, pues, tratarle tal y como se debe tratar a un muerto. Pues las cosas no son de otro modo: debemos y tenemos que prescindir de él. Quiera Dios en el cielo ocuparse de él, ya que jamás hasta ahora ha olvidado a un hombre distinguido. Nosotros, por nuestra parte, seguiremos relatando lo que le sucedió a Blancaflor. Cuando la bella hubo escuchado la triste historia, cómo tuvo que sentirse entonces; oh Señor, líbranos Tú de experimentar jamás algo semejante. Yo no albergo duda alguna: si hubo alguna vez mujer que padeciera un dolor de corazón mortífero por su hombre amado, no le ocurrió otra cosa al corazón de ella. El suyo fue un dolor de muerte total. Claramente demostró ante todo el mundo que la muerte de Rivalín la había herido en el centro de su vida. Las lágrimas en ningún momento empañaron sus ojos ante tanto dolor. Sí, Dios y Señor nuestro, ¿por qué no lloro? Su corazón se había petrificado. Ya no había nada en él a excepción del vivo amor y del vivísimo sufrimiento, que luchaba con vitalidad contra la vida de ella. ¿Es que no se quejó por su señor con palabras de queja? No, ella no. En esa misma hora enmudeció. La

queja se le murió en los labios. Su lengua, su boca, su corazón, sus sentimientos, todo eso había dejado de existir. No se quejaba la bella. No dijo ni siquiera ay. Se desplomó y durante cuatro días la atormentaron grandes dolores como jamás los haya sentido antes ninguna mujer. Echada en el lecho se retorcía y arqueaba de un lado a otro, hasta que tras insufribles dolores dio a luz un hijito. Ved, él sí quedó con vida, mas ella murió.

¡Ay, qué imagen se ofrece cuando tras doloroso dolor otro dolor más doloroso revela una más dolorosa imagen!

Aquella cuya honra dependía de Rivalín, quien tan honorablemente se había preocupado de ella mientras Dios le permitió hacerlo, había experimentado padecimientos demasiado fuertes y más intensos que cualquier dolor. Porque toda su esperanza y fuerza, todo su hacer y su vida caballeresca, toda su honra y su dignidad, habían cesado de existir. La muerte de él estuvo acorde con su fama, la de ella, empero, invitaba a la compasión. Por infausta que fuera la tristeza que la muerte de su señor produjo en el país y sus gentes, no era él causa de quejas mayores que las que se derivaron de contemplar los atormentados dolores y la muerte deplorable de esta mujer tan encantadora. Su aflicción y su desgracia merecen ser lamentadas por cualquier hombre dichoso. Quienquiera que alguna vez alcanzara o piense en alcanzar la dicha a través de las mujeres, hará bien en considerar cuán fácilmente puede una desgracia cebarse en estos casos sobre los bienintencionados, cuán fácilmente su dicha y su bienestar pueden transformarse en dolor. Pida, pues, la bendición de Dios para la mujer sin tacha, para que su bondad y su deber le sirvan a ella de ayuda y de esperanza. Ahora vamos a referirnos al niño que no tenía ni padre ni madre y a lo que Dios hizo con él.

La tristeza y la lealtad inquebrantable que persisten tras la muerte del amigo hacen que perviva también el amigo. Esa es la lealtad más extrema.

Quien lamenta la muerte del amigo y le guarda fidelidad inquebrantable después de la muerte, se hace merecedor del elogio más alto y de la corona de la lealtad. Era precisamente esa corona la que, según he leído, coronaba al mariscal y a su hacendosa esposa, quienes en cuerpo y lealtad eran uno ante Dios y ante el mundo. Eran un ejemplo inmejorable ante Dios y ante el

mundo porque siguiendo en todo el mandamiento divino salvaguardaban una lealtad inquebrantable, preservándola sin mácula hasta el fin de sus días. Si hay un ser humano en la tierra que mereciera convertirse en rey o en reina solamente en razón a su lealtad, ellos podrían sin duda haberlo sido, como yo puedo atestiguaros sin asomo de duda y respetando la verdad, si nos atenemos a las acciones de él y al comportamiento de ella. Cuando Blancaflor, su señora, hubo partido y Rivalín estaba enterrado, al huérfano que había sobrevivido las cosas no le fueron demasiado mal, teniendo en cuenta su desgraciada condición, sino que se encontró en una situación apta para su desarrollo. El mariscal y su esposa tomaron al huerfanito y lo ocultaron en secreto de los ojos de la gente. Dijeron y difundieron la especie de que su señora había dado a luz un hijo que había muerto con ella y dentro de ella. Este triple motivo de tristeza aumentó más el dolor del reino. El dolor se intensificó: dolor por la muerte de Rivalín, dolor por el fallecimiento de Blancaflor, dolor porque el hijo de los dos, que estaba destinado a ser su esperanza, hubiera muerto también. A esta aflicción se le añadía el gran temor que Morgan despertaba en ellos, que no era inferior a la muerte de su señor. Pues no hay peor infortunio en todo el mundo que tener enfrente día y noche a nuestro enemigo mortal. Es este un infortunio que nos revuelve lo más íntimo; es como una muerte en vida. Ante el infortunio de todos estos vivos fue enterrada Blancaflor. Muchas quejas y lamentos se elevaron frente a su tumba. Habéis de saberlo: allí había desesperación sin medida. Pero no debo ni quiero tampoco atosigar vuestros oídos con historias demasiado tristes. Pues desagrada a los oídos el que les refieran demasiadas cosas dolorosas. Y no existe prácticamente nada que no pierda eficacia a través de la exageración. De ahí que nos dejemos ya de lamentos y empecemos en cambio a informar acerca del niño huérfano, que es el verdadero protagonista de nuestra historia.

Las cosas de la tierra se combinan muchas veces para acarrear la desgracia, pero a veces también parten de la desgracia para llegar a un buen final.

El hombre activo y capaz, si se ve inmerso en tiempos difíciles, debe pensar en buscar soluciones para sus problemas, independientemente de lo que vaya a ocurrir. Mientras esté con vida debe vivir entre los vivos e

insuflarse el coraje necesario para vivir. Así lo hizo el mariscal Foitenant. Viéndose metido en tan grave aprieto, se paró a considerar entre tantos apuros la desgracia del reino, su propia muerte. Pero como la defensa era ya inútil y no había posibilidad de defenderse del enemigo con las armas, se salvó utilizando la inteligencia. Se reunió de inmediato con los principales del reino de su señor y les sugirió que firmaran la paz, puesto que no les quedaba otra solución más que solicitar clemencia y rendirse. Así que pusieron sus vidas y sus posesiones en manos de Morgan. Toda la enemistad hacia Morgan y sus rencillas entre sí quedaron inteligentemente soslayadas. Así salvaron el país y a sus súbditos. El fiel mariscal Foitenant regresó a su casa y habló con su hacendosa esposa, ordenándole con vehemencia y bajo amenaza de muerte que se postrara en la misma forma en que lo hace una mujer que está pronta a tener un hijo, y que, transcurrido un tiempo prudencial, dijera haber dado a luz un hijo, que no sería otro que su joven señor. La brava mariscala, la noble y digna de confianza, la casta Floreta, que era el prototipo de la dignidad femenina y una perla de distinción, no puso reparos a una petición que no ponía en peligro su fama. En cuerpo y espíritu adoptó la actitud de una mujer quejumbrosa, tal y como se comportaría la que está esperando un hijo. Hizo que prepararan su cuarto y sus habitaciones para su nuevo estado. Y como sabía perfectamente cómo debía adecuar su conducta, imitaba los dolores propios de la condición. Hacía ver que sufría mucho en cuerpo y alma, como mujer que soporta los dolores del parto y se ha hecho a la idea de los mismos. Entonces el niño fue colocado a su lado con gran secreto, a fin de que nadie a excepción de una comadrona conociera la verdad. En seguida se difundió la nueva de que la noble mariscala había dado la vida a un niño que le demostraría la fidelidad de un hijo hasta la muerte de ambos. Ese niño encantador estaba prendado de ella con el mismo amor infantil intenso que un hijo ha de sentir por su madre. Y así debía ser también. Ella consagró todos sus pensamientos con amor maternal solo a él, y estaba tan entregada a él como si de verdad lo hubiera portado debajo de su corazón. Como la historia nos hace saber, ni antes ni después ha habido un hombre y una mujer que hayan criado a su señor con tal amor. Todavía tendremos ocasión, a lo largo de esta historia, de ver cuánta preocupación paternal y cuántos

arduos esfuerzos cargaría el fiel mariscal sobre sus espaldas por causa del niño.

Cuando la buena mariscala se hubo recuperado, según se dijo, de sus sufrimientos, y pasadas seis semanas, como con las mujeres es norma, tuvo que ir a la iglesia de la que antes he hablado. Le cogió ella misma en sus brazos y de esta guisa le llevó con dulzura, como le correspondía, hasta la casa de Dios. Y cuando hubo recibido de manera ceremoniosa su bendición de parturienta y concluido su sacrificio en compañía de su espléndido séquito, se preparó el santo bautismo para el pequeño niño, gracias al cual habría de hacerse cristiano en el nombre de Dios y serlo ya para siempre pasara lo que pudiera pasarle. Cuando el sacerdote tenía ya preparado todo lo que es habitual en un bautizo, preguntó qué nombre se le iba a poner al niño. La distinguida mariscala se apartó para hablar con su esposo en secreto y preguntarle su opinión al respecto. El mariscal permaneció en silencio largo rato. Pensó profundamente qué nombre sería el más apropiado a las condiciones de su vida. Tomó en consideración el destino del niño desde su nacimiento, tal y como a él se le alcanzaba, así como su desarrollo hasta ese momento.

—Ved, señora —dijo—, puesto que oí de labios de su padre cuáles fueron sus sentimientos respecto a su Blancaflor, y con qué gran dolor su madre satisfizo su anhelo al concebir este niño en la tristeza y darle luego la vida con mayor tristeza aún, creo que deberíamos llamarle Tristán.

El significado del nombre es claro y a causa de sus antecedentes el niño fue llamado Tristán y bautizado de inmediato con ese nombre. Su nombre de Tristán se derivaba de la palabra «triste». El nombre le cuadraba bien y en modo alguno era impropio. Esto lo verificaremos con su historia. Veamos lo triste que fue cuando su madre lo parió. Veamos cuán prematuramente se descargaron sobre él la calamidad y las fatigas. Veamos qué vida tan triste fue la que se le encomendó para vivir. Veamos cómo su triste muerte puso fin a todos los tormentos de su corazón con un final que era peor que cualquier muerte y más amargo que cualquier tristeza. Cualquiera que haya leído esta historia puede ver con claridad que el nombre se correspondía con su vida. Era exactamente igual que como se llamaba, y se llamaba igual que como era: Tristán. Y quien desee saber con

más precisión por qué astuto motivo decidió Foitenant difundir la noticia de que el niño Tristán había muerto, por las dificultades del parto, dentro de su madre muerta, no ha de quedarse sin saberlo y se lo vamos a decir: sucedió por lealtad. El fiel Foitenant lo hizo porque temía la animosidad de Morgan. Si él se enteraba de la existencia del niño, lo mataría mediante la astucia o la fuerza, para así dejar al país sin su heredero. De ahí que este hombre leal adoptara al huérfano como hijo y lo criara con tanto esmero, que todo el mundo habría de pedir para él la bendición divina en recompensa. Bien se había hecho merecedor de esta por el modo en que trató al huérfano.

Cuando el niño hubo sido bautizado y provisto de los sacramentos según el rito cristiano, la ejemplar mariscala tomó de nuevo al encantador niño bajo sus cuidados amorosos. En todo momento quería saber y comprobar que estaba bien. Era una madre tan amante para él y vigilaba sus pasos con afán tan conmovedor, que no permitió siquiera que tuviera un pequeño roce. Cuando hubo mantenido esta actitud hasta que él tenía siete años de edad y era ya capaz de entender y hacerse entender y de comportarse adecuadamente, su padre, el mariscal, lo cogió y se lo confió a un hombre sabio. En compañía de este envió al niño al extranjero para que aprendiera otras lenguas. Además tuvo que empezar de inmediato a leer libros y dedicar mayor tiempo y esfuerzo a esta tarea que a cualquier otra. Esta fue la primera limitación de su libertad. Ahí trabó conocimiento con fatigas e imposiciones que hasta entonces le habían sido ahorradas y mantenidas alejadas. En los años en que empezaba a florecer y había de entrar con alegría en la primavera de su vida, la parte más bonita de su vida había ya transcurrido. Cuando empezaba a florecer su dicha, le asaltó la escarcha de las preocupaciones, que a menudo hace daño a la juventud, e hizo que se malograran los capullos de su alegría. La ciencia y sus obligaciones fueron el comienzo de su desventura. Y sin embargo, cuando empezó con su estudio, sus pensamientos se concentraron en él con tal afán que abarcó más libros en brevísimo tiempo que cualquier niño antes o después de él. Junto al estudio de libros y lenguas dedicó muchas horas a las distintas clases de instrumentos de cuerda. Les consagró tanta aplicación de la mañana a la noche, que acabó dominándolos a la perfección. Aprendía sin inmutarse, hoy esto, mañana lo otro, este año bien, al otro mejor aún.

Junto a esto aprendió también a cabalgar con destreza llevando la lanza y el escudo, a espolear el caballo correctamente desde ambos lados, a obligarle a cabalgar con audacia, girar sobre sí mismo y dejarle correr libremente, y a guiarlo con la sola presión de sus muslos según los modos caballerescos. En ello encontró muchas satisfacciones. Atajar bien los golpes, combatir con ardor, correr velozmente, saltar con fuerza, arrojar la lanza, era capaz de hacer todo esto con gran vigor. También nos cuenta la historia que nadie aprendió a cazar tan bien como él. Todos los juegos sociales de la corte los dominaba y conocía en su mayoría. También era tan apuesto que no hubo jamás mujer que diera a luz un niño más encantador. Todo en él era selecto, tanto en lo referente a su espíritu como en cuanto a su comportamiento. Pero tanta fortuna estaba, sin embargo, entremezclada con una persistente desdicha, tal y como yo he leído, pues, ¡ay!, su vida estaba marcada por la tristeza que causa la bendición de los estudios[9].

Cuando estaba próximo a cumplir los catorce años, el mariscal le hizo regresar a casa e hizo que empezara a viajar y cabalgar por todo el reino y conocer a sus gentes, a fin de que tuviera un conocimiento exacto de las condiciones que allí imperaban. Todo esto lo hizo el muchacho de un modo tan encomiable, que no había en todo el reino alguien de su edad que llevara una existencia más noble y completa. Todo el mundo le recibía con agrado y simpatía, tal y como procede en el caso de quien solo aspira a la perfección y a quien repugna todo lo que sea indigno.

Sucedió en aquella época que cruzando el mar desde Noruega llegó un solo barco a Parmenia tocando tierra cerca de Canoel y echando el ancla justamente ante el castillo en el que de ordinario habitaban el mariscal y su joven señor Tristán. Cuando los comerciantes extranjeros hubieron extendido sus mercancías, corrió por la corte la noticia de que se podían comprar muchas cosas. En esto se enteró Tristán de una cosa que le acarrearía una desgracia, y era que tenían también halcones y otras hermosas aves de cetrería. Se habló mucho de ello, hasta que dos de los hijos del mariscal (pues a los niños les entusiasman estas cosas) se pusieron de acuerdo y cogieron a Tristán, su hermano putativo, yendo con él hasta su padre para pedirle insistentemente que les permitiera ir a comprar halcones para Tristán. El distinguido Rual no puso objeción, pues estaba dispuesto a

hacer cuanto estuviera a su alcance para satisfacer cualquier deseo de su amigo Tristán, a quien tenía en más estima y concedía mejor trato que a cualquier otra persona en el reino o en la corte. No se preocupaba tanto por sus propios hijos como por él. Así demostró a todos cuánta lealtad le dispensaba y lo perfecto y honorable que era. Púsose en pie y tomando en el acto a su hijo Tristán de la mano, hizo lo mismo que haría un padre. Sus propios hijos le acompañaron, al igual que muchos de su séquito, que, bien por estar a su servicio, bien por su propio placer, les siguieron hasta el barco. Allí se encontraba en abundancia lo que a cada uno gustaba y podría desear. Alhajas, telas de seda, vestidos valiosos había allí en gran profusión. También había hermosas aves de caza, muchos halcones peregrinos, esmerejones y gavilanes, azores mudados y jóvenes que llenaban el mercado. A Tristán le dejaron comprar halcones y esmerejones. También se compraron aves a instancias suyas para sus hermanos putativos. Para los tres se adquirió lo que cada uno deseaba. Cuando se les hubo regalado todo cuanto querían e iban a regresar al castillo, quísolo el azar que Tristán viera un tablero de ajedrez colgado en el barco. Todo él estaba hecho y decorado con gran delicadeza y primor. A su lado estaban las figuras, hábilmente talladas en maravilloso marfil. El culto Tristán lo contempló con atención.

—Vaya —dijo—, nobles comerciantes, Dios os guarde. ¿Es que sabéis jugar al ajedrez? Decídmelo enseguida.

Y les dijo esto en su propia lengua. Se volvieron para mirar al joven con más detenimiento al ver que era la única persona de ahí que dominara su lengua. Así que lo observaron atentamente. Pensaron que nunca antes habían visto a un adolescente tan hermoso y que se comportara con tanta finura.

—Sí, amigo mío —le contestó uno de ellos—, entre nosotros hay muchos que conocemos el juego. Si deseáis comprobarlo, es fácil de organizar. Venid, yo mismo jugaré una partida con vos.

Tristán replicó:

—Muy bien.

Con lo que los dos se pusieron a jugar. El mariscal dijo:

—Tristán, quiero regresar al castillo. Si lo deseas, puedes quedarte aquí. Mis otros hijos vendrán conmigo. Tu maestro se quedará contigo y cuidará

de ti.

Dicho esto, el mariscal se alejó con todo su séquito dejando atrás a Tristán y a su maestro. Era este un hombre que se preocupaba de él y de quien os puedo asegurar, como además lo confirma esta historia, que no tenía quien le superara en punto a comportamiento cortesano y ánimo distinguido. Su nombre era Curvenal. Había aprendido muchas de las habilidades de la corte y era, en consecuencia, un buen maestro para quien deseara hacerse con muchos de estos dones a través de sus enseñanzas.

El inteligente y educado Tristán estaba jugando sentado tan bien según el estilo de la corte, que los extranjeros volvieron a quedarse mirándolo, pensando que nunca en su vida habían visto a un joven que poseyera tanto talento. Pero por mucha destreza que les demostrara allí en el juego y en sus modales, les parecía poca en comparación a otra cosa: lo que más les asombraba era el que un niño dominara tantas lenguas, que fluían de su boca con una facilidad inédita para ellos que tanto habían viajado. El muchacho, educado en la corte, demostraba su familiaridad con el habla elegante y cortesana, en la que introducía aquí y allá términos ajedrecísticos de origen extranjero. Sabía formularlos con gran belleza y eran tantos los que conocía, que ornaban su juego con brillantez. También sabía cantar magníficamente canciones y complicadas melodías, estrofas con estribillo y estampidas[10]. Dominaba tal diversidad de habilidades cortesanas, que los comerciantes coincidieron en la conveniencia de secuestrarle mediante cualquier argucia, toda vez que podrían sacar gran partido y fama del muchacho. Así que no dudaron más tiempo y ordenaron a los remeros que estuvieran preparados. Ellos mismos levaron las anclas como si nada ocurriera y zarparon sin más dilación. Se alejaron de la costa con tanta suavidad que ni Tristán ni Curvenal se percataron de ello hasta que estuvieron a una milla del atracadero. Pues se encontraban tan enfrascados en el juego que no pensaban en otra cosa. Una vez que Tristán hubo logrado ganar la partida y miró a su alrededor, se dio cuenta de lo que había ocurrido. No habéis visto nunca a un hombre que pareciera más triste. Se levantó de un salto y se dirigió hacia ellos.

—Ay —dijo—, nobles comerciantes, por el amor de Dios, ¿qué es lo que estáis haciendo conmigo? Decidme, ¿adónde pensáis llevarme?

—Ved, amigo —respondió uno de ellos—, nadie puede hacer ya nada por impedir que marchéis ahora con nosotros. Aceptadlo como debe ser y estad tranquilo.

El pobre Tristán empezó entonces a lamentarse con tal desgarro que también su amigo Curvenal se puso a llorar con él desde lo más hondo de su corazón y a exteriorizar su tristeza de tal modo que toda la tripulación del barco empezó a sentirse amargada e infeliz. Colocaron a Curvenal en una pequeña barquita dejándole un remo y un pedazo de pan para que aliviara el hambre durante el viaje e indicándole que era libre para dirigirse a donde quisiera, pero que Tristán debía continuar viaje con ellos. Habiendo dicho estas palabras, se alejaron del lugar dejándole a solas flotando sobre las olas y expuesto a infinidad de peligros.

Curvenal iba a la deriva en el mar. Tenía muchas causas para estar triste: tristeza a causa del gran infortunio que le había acaecido a Tristán; tristeza por el apuro en que se encontraba él mismo, pues tenía miedo a morir ya que no sabía remar ni lo había hecho nunca. Se lamentó para sí:

—Señor, Señor, ¿qué debo hacer? Nunca he sentido este pavor. Completamente solo estoy aquí y no sé remar. Sálvame, Dios mío, y guíame lejos del peligro. Confiado en Tu ayuda voy a intentar lo que nunca hice antes. Sácame de este peligro.

Con esto agarró el remo. En el nombre de Dios se puso en marcha y al poco tiempo, pues Dios le había escuchado, regresó a casa y pudo informar de lo que había ocurrido. El mariscal y su buena esposa se vieron invadidos de una tristeza tan grande, que su corazón no hubiera padecido más de ver a Tristán morir ante sus ojos. Los dos, en su aflicción compartida, fueron con todo su séquito hasta la orilla del mar para llorar por la pérdida de su hijo. Muchos suplicaron allí a Dios que quisiera salvarle. Había lamentos por doquier. Las quejas sonaban de muy diversas maneras. Y cuando sobrevino el crepúsculo y tuvieron que separarse, sus quejas, tan diferentes hasta entonces, adquirieron una homogeneidad perfecta. Todos decían lo mismo, aquí y allá solo esta frase resonaba:

—Buen Tristán, Tristán de nuestra corte, tu cuerpo y tu vida encomiendo a Dios. Tu hermoso cuerpo, tu vida preciosa estén bajo la protección del Señor.

Entretanto los noruegos siguieron alejándose con él, pues tenían previsto no renunciar a sus planes y ambiciones respecto a él. Esto se encargó de echar por tierra quien compensa y ordena todas las cosas, y a quien obedecen temblorosos los vientos, el mar y todas las fuerzas de la naturaleza. Según Este lo quiso y ordenó, se levantó una tormenta tan poderosa en el mar, que todos ellos no supieron otra cosa mejor que hacer que abandonar el barco a la voluntad de los salvajes vientos que lo impulsaban. Ellos mismos no tenían ya ninguna esperanza de salvar sus vidas. Se habían sometido completamente a este miserable timón llamado «azar». Así dejaron en manos del destino el sobrevivir o sucumbir. Pues no les quedaba otra alternativa más que permitir que el mar desenfrenado los elevara hasta el cielo para lanzarlos de inmediato otra vez a las profundidades del abismo. Sobre las enfurecidas olas ascendían y descendían a la deriva, siendo impulsados, ora aquí, ora allá. Ni uno solo de ellos podía permanecer apenas un instante sobre sus propios pies. Así estuvieron durante unos ocho días con sus noches, hasta perder todas sus fuerzas y todo conocimiento. Entonces uno de ellos dijo:

—Por Dios, camaradas, creo que es la voluntad del Señor el que pasemos por estos espantos. El que seamos sacudidos medio muertos por estas olas furibundas proviene del crimen y el pecado que hemos cometido al robar a Tristán de sus parientes.

—Así es —dijeron todos—. Tienes razón, es la verdad.

Así que tomaron la decisión de que, cuando se hubieran calmado el mar y los vientos, tocarían tierra y le dejarían en libertad, para que dirigiese sus pasos a donde quisiera. Una vez establecido este acuerdo, los espantos del viaje comenzaron a disminuir. Vientos y olas empezaron a ceder, el mar se calmó y el sol volvió a lucir con la misma claridad de antes. Entonces no vacilaron ya más, pues el viento los había llevado en esos ocho días hasta las costas de Cornualles, y de pronto se encontraban tan cerca de la orilla que podían vislumbrarla a simple vista. Entonces tocaron tierra. Cogieron a Tristán, le llevaron a tierra y le entregaron pan y otras cosas de sus propias provisiones. Le dijeron:

—Amigo, Dios te bendiga y proteja.

Con esto le dieron todos su bendición y se alejaron del lugar.

¿Qué hizo ahora Tristán, el sin patria? Sí, se sentó y empezó a llorar. Pues los niños solo saben llorar cuando les sucede algo. El desesperado apátrida se retorcía las manos suplicándole a Dios.

—Ay, poderoso Señor —decía—, eres rico en misericordia y en bondad. Dios mío, te ruego que me hagas partícipe de tu piedad y tu bondad, ya que has permitido que fuera secuestrado hasta estas tierras. Muéstrame ahora el camino para que pueda llegar a algún sitio donde esté entre seres humanos otra vez. Pues si ahora miro en torno mío, no veo trazas de vida. Este espantoso desierto me da miedo. Allá donde dirijo la vista, no veo nada más que tierra despoblada, salvaje y desértica, rocas abruptas y un mar embravecido. Este miedo me tortura. Además temo que los lobos y otros animales salvajes vayan a devorarme apenas dé unos cuantos pasos. Por lo demás el día está declinando rápidamente y la noche se avecina. Si tardo aún más tiempo en alejarme de aquí, será mucho peor todavía. Y si no me apresuro a marcharme, habré de pasar la noche en estos bosques y entonces será mi perdición. Veo que en las proximidades hay abundancia de montañas y rocas elevadas. Pienso que lo mejor será intentar escalar una de ellas para ver, mientras sea de día, si no hay a mayor o menor distancia alguna población donde pueda encontrar personas a las que unirme y entre las que me sea posible encontrar alguna forma de salvación.

Con esto se puso en pie y echó a andar. Llevaba vestido y capa de seda riquísima y primorosamente trabajada. Había sido tejida y bordada por sarracenos con extraña magnificencia según estilo de los infieles y engalanada con elegantes ribetes. Se adaptaba con tanta perfección a su hermoso cuerpo, que no había hombre o mujer que hubiera confeccionado ropas tan distinguidas como estas. Aparte de esto, la historia nos refiere que esta seda era más verde que la hierba de mayo y que estaba forrada de armiño blanco como la nieve, de una blancura insuperable. Así que entre lágrimas y sintiéndose profundamente infeliz, inició la ardua andadura a la que no le era posible sustraerse. Por debajo del cinturón se subió un poco el vestido. La capa la plegó, poniéndosela sobre el hombro, y se encaminó hacia las tierras salvajes, a través de bosques y campos. No tenía ni camino ni senda fuera de la que él mismo abría con sus pisadas. Eran sus pies los que hacían el camino y sus manos los senderos. A ratos, avanzaba sobre

manos y rodillas. A campo traviesa ascendió la montaña, hasta llegar a un repecho. Allí encontró por casualidad un camino serpenteante y estrecho, casi cubierto de hierba y que conducía a través de un bosque. Lo tomó descendiendo al valle al otro lado convencido de que le llevaría por la ruta adecuada. Al cabo de poco tiempo desembocó en una hermosa carretera, de ancho suficiente y fácil de transitar. Allí se sentó lloroso a descansar al borde del camino. Su corazón le llevaba de vuelta a los suyos y al país donde los hombres le conocían. Esto le ponía muy triste. Lleno de pesadumbre comenzó de nuevo a lamentar su desdicha ante el Señor. Con mirada implorante dirigió los ojos al cielo y dijo:

—Dios, Padre misericordioso, ¡de qué modo me han perdido mi padre y mi madre! Ay, con cuánto gusto no habría yo prescindido de esa infausta partida de ajedrez, juego que habré de maldecir por toda la eternidad. Gavilanes, halcones, esmerejones, ¡Dios los maldiga a todos! Son ellos los que me han robado a mi padre, y por culpa de ellos he perdido a parientes y conocidos. Y todos cuantos solían desearme suerte y felicidad se hallan ahora sumidos en la desgracia y la tristeza por mi causa. Ay, madre querida, sé exactamente lo afligida que estás. Padre, tu corazón desborda pesadumbre. Estoy seguro de que los dos estáis cargados de un dolor infinito. Oh, señor, si solo me fuera dado saber que vosotros me sabéis con vida y sin haber sufrido daño, ello sería un regalo del cielo tanto para vosotros como para mí. Pues bien sé a ciencia cierta que no volveréis a ser felices si Dios no quiere concedernos el que tengáis certeza de que estoy con vida. Tú que ayudas a todos cuantos están en apuros, Dios y Señor, ¡haz que esto ocurra!

Estando ahí sentado y quejándose de esta manera vio acercarse desde lejos a dos viejos peregrinos. Parecían piadosos y muy entrados en años, con larga barba y melena como a menudo las llevan los peregrinos y los verdaderos hijos de Dios. Estos peregrinos llevaban túnicas de tela áspera y la vestimenta que es apropiada al romero. En la parte exterior de sus ropas habían cosido conchas marinas y muchos emblemas extraños. Cada uno de ellos llevaba una vara de peregrino en la mano. Sus sombreros y calzones eran acordes con su rango. Pues estos servidores de Dios llevaban en las piernas calzones de tela que terminaban a más de un palmo por encima de

sus tobillos y estaban firmemente atados a la pierna. Pies y tobillos iban desnudos, expuestos al camino y a sus inclemencias. Además portaban sobre sus espaldas, como signo de penitencia, hojas de palma sagradas. Iban cantando sus oraciones y salmos y todo lo bueno que conocían, y con la mirada al frente. Cuando Tristán los vio, se dijo para sí con temor:

—Dios misericordioso, ¿qué será ahora de mí? Si esos hombres que allí vienen me ven, pueden capturarme con facilidad.

Mas cuando se le aproximaron más y pudo ver con más detalle sus varas y vestimentas, reconoció su condición y cobró nuevos ánimos. Se alegró un poco y dijo de todo corazón:

—¡Alabado seas, Dios y Señor! Estos sin duda serán hombres buenos. No debo asustarme de ellos.

No pasó mucho tiempo antes de que vieran al muchacho sentado ante ellos. Cuando se le acercaron, él se levantó con educación y cruzó a modo de saludo sus delicadas manos sobre el pecho. Entonces los dos hombres se le quedaron mirando con curiosidad y notaron su educación esmerada. Amablemente fueron hasta él y le saludaron dulcemente con este piadoso saludo:

—¡El Señor esté contigo, querido amigo! Seas quien seas, buen amigo, que Dios te proteja.

Tristán se inclinó ante los viejos y dijo:

—Dios bendiga a tan piadosas personas. Una hermandad tan santa merece las mayores alabanzas del Señor.

Ellos se volvieron a dirigir a él:

—Criatura encantadora, ¿de dónde vienes, y quién te ha traído hasta aquí?

Tristán era muy prudente y juicioso para su edad y les contó una historia fantástica.

—Santos hombres —les dijo—, procedo de este país y había de salir hoy a caballo junto con otros para cazar en este bosque. Pero, sin saber cómo, he perdido a los cazadores y a los perros. Ellos conocían mucho mejor que yo los caminos del bosque, pues yo me aparté de la senda hasta perderme del todo. Así que di con un camino equivocado, que me condujo hasta una pendiente. Allí no logré detener a mi caballo, que tiraba hacia

abajo. Al final acabamos los dos tirados en el suelo. No tuve tiempo de poner el pie con rapidez en el estribo, de modo que me arrancó las riendas y se fue corriendo al interior del bosque. De esta forma llegué a este camino, que me ha traído hasta aquí. Ahora no sabría decirle a nadie dónde me encuentro ni adónde he de encaminar mis pasos. Tened, pues, vos la amabilidad de decirme hacia dónde os dirigís.

Le contestaron:

—Amigo, si Dios quiere llegaremos todavía esta noche a la ciudad de Tintayol.

Tristán les pidió con gentileza que le permitieran acompañarles.

—No hay inconveniente, querido niño —dijeron los peregrinos—, si es ahí donde quieres ir, ven con nosotros.

Tristán fue con ellos. Ello dio lugar a muchas conversaciones. Tristán, que estaba educado en la corte, era muy precavido en lo que decía. Ya le podían preguntar de mil maneras distintas, que él solo respondía como le mandaban las circunstancias. Tan bien dominaba la forma de hablar y comportarse, que los viejos, que eran sabios, le consideraron singularmente agraciado y volvieron a fijarse con más detenimiento en sus gestos, su conducta y su belleza. Contemplaron atentamente las ropas que vestía, pues eran en todo magníficas y estaban hechas primorosamente. Se dijeron para sí:

—Bondadoso Señor y Dios nuestro, ¿de dónde vendrá y quién será esta criatura, que dispone de unos modales tan refinados?

Así prosiguieron camino, entreteniéndose mientras le observaban y se fijaban en todo.

Poco después sucedió que los perros de su tío, Marc de Cornualles, según nos cuenta la historia, habían perseguido a un ciervo adulto hasta las cercanías de la carretera. Allí se dejó alcanzar y se puso a la defensiva. La huida y la carrera lo habían dejado sin fuerzas. También los cazadores habían llegado con mucho estruendo, para asistir a su muerte al toque de sus cuernos. Cuando Tristán vio que el animal estaba acorralado, les dijo a los peregrinos con toda su inteligencia:

—Ved, señores, estos perros, este ciervo y estos hombres son los que yo perdí hoy. Ahora he vuelto a encontrarlos. Son mis compañeros. Dejadme,

pues, que regrese con ellos.

—Dios te bendiga, niño, y que la suerte te acompañe —le dijeron.

—¡Gracias a vos! ¡Que Dios os guarde! —les replicó el noble Tristán.

Con esto se inclinó ante ellos y se dirigió hacia donde estaba el ciervo[11].

Cuando el ciervo hubo sido muerto, el montero mayor lo colocó en la hierba sobre los cuatro cuartos, como un cerdo.

—¿Qué significa esto, montero? —le preguntó el cortesano Tristán—. ¡Deteneos! Por el amor de Dios, ¿qué es lo que hacéis? ¿Es que es esa manera de descuartizar un ciervo?

Ante esto el cazador dio un paso atrás, se le quedó mirando y le dijo:

—¿Cómo crees tú, muchacho, que debo hacerlo? En este país no se hace de otro modo. Cuando se le ha quitado el pellejo al ciervo, lo descuartizamos del todo, de la cabeza para abajo y luego en cuatro partes, de modo que de los cuatro cuartos no haya uno mayor que los otros. Así lo hacemos en estas tierras. ¿Sabes tú algo de esto, muchacho?

—Sí, montero —le respondió—, donde yo me crié, no impera la misma costumbre.

—¿Cómo se hace allí? —preguntó entonces el montero.

—Allí desollamos al ciervo.

—En verdad, amigo, si no me lo muestras, no sé lo que es desollar. Nadie domina ese arte en este reino. Tampoco hemos oído mencionarlo a nuestros conocidos y huéspedes. Querido muchacho, ¿qué es eso de desollar? Haz el favor de enseñármelo. Ven aquí y desuella este ciervo.

—Mi querido montero —dijo Tristán—, si dais vuestro permiso y os causa placer, tendré mucho gusto en mostraros lo que es costumbre en mi tierra, según yo me he fijado en ello, en relación con lo que preguntáis.

El montero mayor se quedó mirando al joven desconocido con una sonrisa amable, pues también él era un hombre educado en la corte y conocía a la perfección todos aquellos hábitos en los que el hombre distinguido ha de estar avezado.

—Sí, querido amigo —le dijo—, ¡hazlo! Ven aquí, que si tú mismo eres demasiado débil para ello, apreciado amigo y querido muchacho, todos los

que estamos aquí y yo mismo te ayudaremos a mover el ciervo y darle la vuelta, siguiéndote en todo cuanto tú indiques[12].

El joven Tristán, que estaba lejos de su patria, se quitó la capa y la colgó del tronco de un árbol. Se subió un poco más el vestido y se remangó. Echó para atrás su hermosa cabellera colocándosela tras las orejas. Todos le observaban con un interés creciente para verle desollar el ciervo. No apartaban la vista de su figura y de sus movimientos, que les parecían admirables y les daba gusto contemplar. Estaban convencidos de que era muy distinguido en todo, sus ropas de extraña magnificencia, intachable su cuerpo. Todos se aproximaron un poco, para seguir su actuación. Entonces empezó el sin patria, el joven montero mayor Tristán. Cogió el ciervo con las manos y quiso volverlo sobre la espalda. Pero como era muy pesado, no pudo moverlo. Entonces pidió educadamente que se lo situaran de manera adecuada para que pudiera desollarlo. Esto estuvo hecho pronto. Se dirigió a la cabecera del ciervo y comenzó a separar la piel del venado. Empezó a cortarla y separarla del morro para abajo. Entonces fue hasta las patas delanteras y las sacó una tras la otra, primero la derecha y luego la izquierda. Tomó entonces las patas traseras y las liberó del mismo modo. Entonces se puso a abrir la piel a ambos lados, separándola de todos los tendones, despegándola de arriba abajo y extendiéndola. Regresó a la parte delantera. Quitó la piel del pecho y dejó este de una pieza. Puso aparte los perniles. Entonces empezó a separar el pecho de la espalda junto con tres costillas para cada lado. Este es el modo correcto de sacar el venado de la piel. El que sabe separar el pecho, la deja siempre adherida. En seguida se aplicó nuevamente a las patas traseras, desollándolas las dos juntas, no por separado. Supo respetar también los dos pedazos de carne situados allí donde la espalda se une con el rabo pasada la región lumbar, que miden aproximadamente palmo y medio y que se llaman solomillos para todo el que entiende del arte de descuartizar un animal. Separó las costillas cortándolas de la espalda y, acto seguido, la panza junto con los intestinos. Y como esto no era apropiado para sus delicadas manos, dijo:

—¡Que vengan rápidamente dos hombres! Llevaos esto de aquí y preparádnoslo.

Así fue desollado el ciervo y separada la piel con gran habilidad. El pecho, los perniles delanteros, los costados, las patas, todo ello lo había colocado junto con gran limpieza. Con esto la operación estaba terminada.

Tristán, el desconocido sin patria, dijo:

—Ved, montero, esto es lo que significa desollar y así es como se hace. Pero ahora acercaos, vos y vuestros acompañantes, y haced la *furkíe*.

—¿*Furkíe*? ¿Qué es eso, querido muchacho? No sé a qué te refieres. Nos has mostrado estas artes monteras, que son extrañas y encomiables, con gran maestría. Haz ahora el resto y déjanos que apreciemos todo tu saber. Con ello te ganarías para siempre nuestra admiración.

Inmediatamente, Tristán se levantó de un salto y cortó una rama con forma de horquilla llamada *furke* por quienes conocen la *furkíe*. Pero no hay ninguna diferencia entre las dos, horquilla y *furke* son la misma cosa. Regresó entonces con su vara. Recortó el hígado sacándolo aparte, y separó después el redaño y los riñones, desligando finalmente los testículos del lugar donde estaban adheridos. Entonces se sentó en la hierba y cogió las tres piezas. Utilizó el redaño para atarlo todo a la horquilla y lo envolvió totalmente con corteza verde.

—Ved ahora, señores míos —dijo entonces—, esto es lo que llamamos *furkíe* en nuestro arte de la caza. Puesto que se hace con la *furke*, llamamos a este arte *furkíe*, y el nombre encaja bien porque la *furke* es lo más apropiado. Un sirviente debe ahora tomarla en su mano. Y para terminar debo mencionar aún vuestra *curíe*.

—¿*Curíe*? ¡Dios bendito! —dijeron todos—. ¿Y eso qué es? Mejor te entenderíamos si hablaras sarraceno. ¿Qué es *curíe*, buen amigo? Calla mejor y no nos lo cuentes. Sea lo que sea, haznos una demostración para que podamos verlo con nuestros propios ojos. ¡Demuestra así una vez más tu educación primorosa!

Tristán estaba dispuesto también en esta ocasión. Tomó la tira del corazón (me refiero a la tráquea, de la que pendía el corazón) y la separó de todo lo demás. Partió el corazón en dos hacia su lado más puntiagudo y lo cogió con sus manos. Lo cortó en forma de cruz en cuatro partes y lo depositó sobre la piel. Entonces concedió de nuevo su atención a la tira. Separó el bazo y la lengua. Ahora la tira no tenía ya nada adherido. Cuando

estuvo sobre la piel, cortó la garganta y las entrañas de la parte de arriba, allí donde el pecho se combaba. En ese instante separó la cabeza con la cornamenta del cuello. Junto a esta hizo que colocaran el pecho.

—¡Venid ahora aprisa! —les dijo—. ¡Tomad rápidamente esta espina dorsal! Si viene gente pobre y quieren que les deis algo, dadles de esta parte de la espalda o haced con ella lo que tengáis por costumbre. Así hago yo la *curíe*.

Se acercaron para admirar sus habilidades. Hizo Tristán que le trajeran lo que antes había pedido que le prepararan. Ahora estaba todo a sus pies y listo tal y como él había dejado dicho. Los cuatro cuartos del corazón estaban sobre los cuatro extremos de la piel, tal y como es norma entre cazadores, y dispuestos de esa guisa. Entonces cortó el bazo y la lengua, más tarde la panza y los intestinos y lo que podía servir de alimento para los perros en pedazos tan pequeños como fuera necesario, y lo extendió todo sobre la piel. Entonces empezó a llamar a los perros en voz alta:

—¡Sa, sa, sa!

Al punto estaban ahí encima de su comida. El entendido en palabras les dijo:

—Ved, eso es lo que en mi Parmenia natal llamamos *curíe*, y os voy a decir por qué. Se llama *curíe*, porque está sobre la *cuire* lo que ahora doy a los perros. Así el arte de la caza tomó el nombre de *curíe* de la palabra *cuire*. O de *cuire* nació *curíe*. Y en verdad fue un invento para provecho de los perros y es una buena costumbre. Porque lo que ahí se les pone les gusta a causa de la sangre, y esto los vuelve más agudos. Esta, pues, es la costumbre de la que os hablé y no tiene más misterio. Ved vosotros mismos si la encontráis de vuestro gusto.

—Ay, Señor —dijeron todos—, ¿es que acaso lo dudas? Bien podemos ver que es de gran utilidad para sabuesos y lebreles.

Mas el noble Tristán prosiguió:

—Coged ahora vuestra piel, pues ya no sé qué otra cosa hacer con ella. Y creedme: si pudiera haberos sido de más utilidad, lo habría hecho con sumo gusto. Que cada uno corte una rama para sí y ate a ella su pedazo de carne. La cabeza llevadla en la mano, transportando vuestra ofrenda con el ceremonial adecuado hasta la corte. Esto incrementará vuestra propia honra.

Sin duda conocéis perfectamente cómo se debe presentar el ciervo. ¡Hacedlo, pues, correctamente!

El montero mayor y sus ayudantes se maravillaron de nuevo de que un muchacho les estuviera enumerando uno por uno tantos de los deberes del cazador y de que supiera tanto de este arte. Le dijeron:

—Mira, muchacho portentoso. Las diferencias peculiares que nos muestras y nos has mostrado nos parecen de una gran variedad. Si no las vemos hasta el final, nos será más difícil retener cuanto has hecho hasta este instante.

Así que le trajeron rápidamente un caballo y le pidieron que tuviera la bondad de cabalgar en su compañía hasta la corte siguiendo las reglas de su arte, a fin de que pudieran ver las costumbres de su país hasta el final. Dijo Tristán:

—Sea. Coged el ciervo y pongámonos en camino.

Con esto se puso en pie y se marchó a caballo con ellos.

Cuando iban cabalgando de esta forma, los cazadores no podían aguardar el momento y la ocasión de conocer mejor a Tristán. Cada uno empezó a imaginarse su vida, de dónde vendría y cómo habría llegado hasta allí. Con esto contaba el precavido Tristán. Con astucia empezó de nuevo a inventar una historia. Su inventiva era a todo punto impropia de un niño. Dijo con inteligencia:

—Más allá de Bretaña hay un país llamado Parmenia. Allí es comerciante mi padre, quien de acuerdo con su rango vive con bienestar y acomodo, tal y como, a mi entender, le corresponde a un comerciante. Pero además de esto habéis de saber que no es tan rico en posesiones y bienes como en nobleza de ánimo. Él es quien ha hecho que me enseñaran cuanto sé. A menudo venían hasta allí comerciantes de países lejanos. En ellos me fijé mucho en lo referente al idioma y al comportamiento, hasta el punto de estimular mi fantasía y sentir un deseo incontenible de viajar a tierras desconocidas. Y como sentía muchas ganas de ver gentes nuevas y países lejanos y solo pensaba en ello de la mañana a la noche, acabé escapándome de mi padre en el barco de unos comerciantes. De esta manera he llegado hasta este país. Habéis oído, pues, toda mi historia, que no sé si os gustará.

—Ay, querido muchacho —le dijeron todos—, el impulso que en ti había era noble. La vida en el extranjero hace bien a muchos y transmite muchos conocimientos útiles. Querido amigo, joven refinado, Dios bendiga la tierra en la que un comerciante ha educado a un muchacho tan portentoso. Cuantos monarcas han sido no han educado mejor a sus hijos. Mas dinos, querido muchacho: ¿Qué nombre te dio un padre tan preocupado por los valores cortesanos?

—Tristán —respondió él—, me llamo Tristán.

—Dios nos libre —dijo entonces alguien—, por el amor de Dios, ¿por qué te puso tal nombre? En verdad habría sido mejor llamarte *juvente bele et la riant*, juventud bella y riente.

Así continuaron la marcha conversando alegremente, unos de una forma y otros de otra. Toda su diversión procedía del muchacho y cada hombre le preguntaba lo que se le iba ocurriendo.

Pasado breve tiempo vio Tristán la fortaleza. De un tilo se hizo dos bellas coronas de hojas. Una se la puso él mismo, la otra, que era algo más grande, se la entregó al montero mayor.

—Vaya —dijo— querido montero, ¿qué fortaleza es esta? Sin duda es digna de un rey.

El montero contestó:

—Se trata de Tintayol.

—¿Tintayol? ¡Vaya castillo! Yo os saludo en nombre de Dios, Tintayol, y a todos sus habitantes.

—Dios te bendiga, muchacho encantador —dijeron sus acompañantes —. Ojalá seas siempre dichoso y feliz y no te ocurran sino cosas buenas, no te deseamos otra cosa.

En esto llegaron a las puertas de la fortaleza. Allí se detuvo Tristán y se dirigió de nuevo a ellos:

—Señores, como no os conozco, no sé cómo os llamáis. Cabalgad por parejas, uno justo al lado del otro, tal y como estaba configurado el ciervo. La cornamenta irá delante, siguiéndola el pecho y las costillas integrando la parte anterior. Después habéis de disponeros de tal forma que la parte posterior siga a las costillas. Prestad atención para que al final vaya la *curíe* junto con la *furkíe*. Así lo demanda el verdadero arte de cazar. No

cabalguéis muy deprisa y hacedlo en armónica sucesión. Aquí mi montero y yo, su servidor, montaremos juntos si os gusta y os parece bien.

—Sí, querido muchacho —le dijeron todos—, haremos lo que tú quieras.

—Sea —dijo él—, ahora dadme un cuerno adecuado para mí y dejadme que os aleccione: cuando empiece a tocar, escuchadme y tocad como yo vuestros cuernos.

El montero le dijo:

—Queridísimo amigo, toca y actúa tal y como te plazca. Todos te seguiremos en lo que hagas, yo mismo y cuantos están aquí conmigo.

—Bien dicho —replicó el muchacho—, así habrá de ser.

Le dieron un cuerno pequeño de sonido agudo.

—Preparados entonces —dijo—, ¡adelante!

Así cabalgaron agrupados de dos en dos, como debía ser. Cuando el grupo estuvo dentro, tomó Tristán su cuerno y lo tocó con tal belleza y esplendor, que todos cuantos cabalgaban junto a él no podían aguardar en su alegre impaciencia el momento de secundarle. Cogieron todos sus cuernos y tocaron hermosamente la misma melodía. Él les iba dando la pauta magníficamente y ellos le seguían con habilidad y maestría. La fortaleza entera estaba llena de resonancia.

Cuando el rey y sus acompañantes escucharon la canción de caza desconocida, se asustaron extraordinariamente, pues nunca antes había sido oída en la corte. Entretanto, el grupo había llegado a las puertas de la sala principal. Muchos miembros del séquito se habían ido corriendo hasta allí a causa del sonido de los cuernos. Todos se preguntaban sorprendidos qué sería ese estruendo. También el distinguido Marc estaba allí, para ver lo que estaba ocurriendo, y muchos personajes de la corte con él. Cuando Tristán vio al rey, le gustó más que todos los demás. Su corazón supo escogerle entre los otros, porque era de su misma sangre. La naturaleza le hacía sentirse atraído. Miró hacia él y le saludó del modo apropiado. Tocando de nuevo en su cuerno sones desconocidos, inició una nueva melodía. Tocó con tal vigor, que ya nadie pudo seguirle correctamente. Pronto terminó su pieza. Luego, el educado extranjero cesó de tocar y guardó silencio. Se

inclinó cortésmente ante el rey y le dijo en tono delicado, con tanta delicadeza como le era posible:

—Dios bendiga al rey y a su séquito. ¡Que Dios misericordioso guarde las vidas del rey y de los suyos!

El distinguido Marc y toda su corte dieron las gracias al muchacho amistosamente, tal y como corresponde cuando se trata con una persona amistosa.

—¡Ah! —dijeron todos, grandes y chicos—, Dios le conceda fortuna a una criatura tan encantadora. ¡Dios bendiga a una criatura tan bella!

El rey se quedó mirando al muchacho. Hizo que se acercara el cazador y dijo:

—Dime, ¿quién es este muchacho que tan bien sabe hablar?

—Señor, viene de Parmenia. Nunca había visto a un chico tan bien criado y educado y de tan portentoso estilo cortesano. Dice que su nombre es Tristán y que es hijo de un comerciante. Pero yo no puedo creerlo. Pues cómo iba un comerciante en su trasiego incansable a poder dedicarle tanta atención. ¿Acaso iba a encontrar la necesaria quietud quien ha de vivir en permanente inquietud? Ay, señor, es enormemente culto. Ved, este nuevo arte con que hemos cabalgado hasta esta corte lo hemos aprendido solo de él. Y fijaos en sus sorprendentes conocimientos: tal y como el ciervo está configurado, así lo hemos traído a la corte. ¿Es que alguna vez se inventó un arte más dotado de sentido? Ved, la cabeza iba delante, siguiéndola el pecho, la parte delantera y la pata, esto y lo otro; esto no se ha hecho antes en la corte con más belleza y perfección. Mirad hacia allá, ¿habéis visto alguna vez una *furkíe* tal? Jamás había oído de estas artes en la montería. Además de esto nos ha permitido ver cómo se desuella un ciervo. Esto me ha gustado tanto, que ya nunca me limitaré a cortar el ciervo o el corzo en cuatro pedazos, si es que vuelvo a cazar alguna vez.

Y le relató a su señor toda la historia desde su comienzo, la perfección que había exhibido en el arte de la caza cortesana y cómo había preparado la *curîe* para los perros. El rey escuchó gentilmente cuanto el cazador le contaba. Mandó llamar al muchacho y dejó que los cazadores regresaran a sus alojamientos, a fin de que pudieran atender a sus obligaciones. Estos dieron media vuelta y se fueron cabalgando. Tristán, el cazador perfecto,

devolvió su cuerno y desmontó. Los cortesanos más jóvenes corrieron al encuentro del muchacho y, cogiéndolo del brazo, le llevaron festivamente hasta el rey. Pero era Tristán quien tenía el andar más esplendoroso. Era además tan bello, que el propio amor se habría prendado de él. Su boca era de un rojo vivo como el de las rosas, blanca su piel y sus ojos, relucientes. Sus cabellos castaños descendían en multitud de rizos. Sus brazos y sus manos eran proporcionados y blancos. Tenía la estatura adecuada. Sus pies y sus piernas, en los que su belleza se revelaba con mayor claridad, eran tan merecedores de encomio como es posible prodigárselo a un hombre. Su vestimenta era, como hemos dicho, acorde a él en lo tocante a elegancia cortesana. Y era tanta la perfección de su comportamiento y modales, que daba gran alegría contemplarle.

Marc miró a Tristán y le dijo:

—Amigo mío, ¿es Tristán tu nombre?

—Sí, señor, Tristán. Dios os guarde.

—Dios te guarde a ti, hermoso joven.

—Gracias, distinguido rey —contestó él—, noble rey de Cornualles, que vos y vuestro séquito seáis bendecidos por el hijo de Dios eternamente.

Los miembros de la corte le expresaron su encarecido agradecimiento y cantaban este único verso:

—Tristán, Tristán de Parmenia, qué hermoso y cortesano es.

De nuevo se dirigió Marc a Tristán:

—Yo te diré lo que debes hacer, Tristán. Has de satisfacerme un deseo al que no te puedes negar.

—Se hará cuanto vos digáis, señor.

—Quiero que seas mi montero mayor.

Se alzaron entonces grandes risas de alegría. Tristán replicó en el acto:

—Señor, estoy a vuestras órdenes. Seré todo cuanto vos queráis. Seré vuestro cazador y vuestro servidor, y lo haré lo mejor que sepa.

—Excelente, amigo mío —dijo Marc—, lo has prometido y es lo que serás.

Ahora Tristán ha llegado a su casa sin él saberlo, como habéis oído, creyéndose sin embargo estar en el extranjero. Su insospechado padre, el ejemplar Marc, se comportó con él de acuerdo con su fama. Ello era

también muy necesario. Con gran insistencia, rogó y ordenó a toda la corte que trataran al extranjero con amistad y consideración y que fueran respetuosos con él en la conversación y en el trato. A eso estaban todos dispuestos con la mayor prontitud. Así el portentoso Tristán pasó a formar parte del séquito del rey. Este le veía con gusto y se alegraba de tenerle a su lado, pues también su corazón se inclinaba hacia él. Gustaba de observarle con frecuencia, pues era inconmovible en su dedicación a conversar con él y servirle siempre que fuera posible. Dondequiera que estuviera Marc o a donde se encaminara, allí estaba también Tristán, lo cual era muy del agrado de Marc. Le profesaba gran afecto y se regocijaba cada vez que le veía. Entonces aconteció que, en esa misma semana, Marc mismo quiso salir a cazar junto con toda su comitiva, a fin de conocer el arte de cazar de Tristán y observar su maestría. Marc hizo que trajeran su caballo de caza y se lo regaló. Nunca había tenido Tristán mejor montura, pues era un animal vigoroso, bello y veloz. Hizo que le dieran también un cuerno agudo y de buen timbre. Le dijo:

—Tristán, no olvides que eres mi montero mayor. Muéstranos ahora tu arte de cazar. Ve, toma tus perros y reparte tus puestos del modo que te parezca más conveniente.

—No, señor, así no puede ser —contestó el educado Tristán—. Deja ir a los cazadores; que ellos ocupen sus puestos y suelten los perros. Estos conocen el terreno y saben mucho mejor que yo adónde corre el ciervo escapando de los perros. Ellos conocen los accidentes. Yo, en cambio, no he cabalgado nunca por aquí y desconozco el paraje.

—Vive Dios, Tristán, tienes razón. Aquí no puedes mostrar tu valía. Los cazadores han de ir por su cuenta y organizar ellos la caza.

Así que los cazadores se alejaron con los perros amarrados, estableciendo sus puestos donde les pareció mejor. No tardaron en rastrear un ciervo, en cuya persecución compitieron hasta el atardecer. Entonces los perros lo alcanzaron. Inmediatamente llegaron Marc y Tristán y con ellos muchos cortesanos, dispuestos todos a acabar con él. Entonces brotó el sonido de los cuernos en gran diversidad de melodías. Tocaron con tanta belleza, que Marc se sintió feliz y con él muchos otros.

Cuando hubieron dado muerte al ciervo, situaron a su montero, a Tristán, el extranjero de confianza, junto a él, rogándole que les permitiera ver desde el principio cómo lo desollaba. Tristán dijo:

—Será como queréis.

Y con esto se preparó. Ahora bien, creo poder suponer innecesario que os cuente dos veces seguidas la misma historia. Así que lo mismo que referí antes respecto al ciervo aquel, es aplicable ahora a este. El desuello y la *furkíe*, el arte de la *curíe*, cuando contemplaron todo esto, estaban únicamente convencidos de que nadie era capaz de dominar mejor estas habilidades o de inventar otras mejores. Entonces el rey hizo que ataran el ciervo y se alejó a caballo. Él y su cazador Tristán, con toda la comitiva, cabalgaron de regreso a casa con cornamenta y con *furkíe*. Desde entonces, el hábil Tristán fue un miembro apreciado de la corte. El rey y los suyos le dispensaban un trato amistoso. También estaba él siempre dispuesto a ayudar a ricos y a pobres. Si hubiera podido llevar a alguien en sus propios brazos, lo habría hecho con sumo gusto. Este don se lo había concedido Dios: podía y quería estar a disposición de todos. Reír, bailar, cantar, cabalgar, correr, saltar, participar en fiestas con contención y alborozo, todo ello sabía hacerlo con cualquiera de ellos. Vivía de la manera que cabe desear y tal y como debe hacerlo la juventud. Lo que cualquiera empezaba, a eso se sumaba con agrado.

Ocurrió un día, poco después de comer, en el lugar donde era costumbre que se sentaran a charlar, que estaba Marc escuchando atentamente una melodía interpretada por un arpista, un maestro de su especialidad y el mejor que se conocía. Procedía de Gales. Tristán de Parmenia vino a sumarse a ellos, sentándose a los pies del rey para escuchar interesado la melodía y los tonos deliciosos. Incluso aunque se lo hubiesen prohibido bajo amenaza de muerte, no habría podido ocultar que estaba muy conmovido y que el corazón se le colmaba de añoranza. Dijo:

—Maestro, tocáis bien. Las notas están bien reproducidas, con sentimiento y tal y como fueron pensadas. Fueron escritas por bretones que trataron acerca de don Guirún y de su amada[13].

De esto tomó buena nota el arpista, si bien hizo como si no hubiera escuchado nada hasta terminar la melodía. Entonces se volvió hacia el

muchacho y le dijo:

—¿Qué sabes tú, querido muchacho, acerca de la procedencia de estas notas? ¿Es que entiendes algo de esto?

—Sí, buen maestro —le contestó Tristán—, hace algún tiempo lo dominaba muy bien. Pero ahora estoy tan lejos de la práctica, que no me atrevo a tocar ante vos.

—No, amigo, mira el arpa ahí. Oigamos lo que se toca en tu país.

—¿Lo ordenáis, maestro, y me permitís que os toque algo? —preguntó Tristán.

—Sí, querido amigo, no lo dudes más.

Cuando tomó el arpa, se adaptó bien a sus manos. Estas, según he leído, no podrían haber sido más bonitas: tiernas y delicadas, estrechas, largas y blancas como la nieve o como un armiño. Con ellas interpretó un preludio y numerosos tonos extraños, encantadores, hermosos. Con ello volvió a recordar sus canciones bretonas. Tomó su plectro y manipuló llaves y cuerdas, afinando ésta más baja, aquella más alta, como las quería tener. Esto estuvo pronto terminado. Tristán, el nuevo juglar, comenzó su nueva ocupación con diligente cuidado. Sus notas e improvisaciones, sus preludios extranjeros sonaban con tanta delicadeza y los hacía sonar rasgando las cuerdas con tal primor, que muchos se acercaron corriendo y se pasaron la voz de unos a otros. No tardó en aparecer toda la corte, con gran apresuramiento en su mayor parte, y sin embargo a nadie le pareció que llegaba lo bastante pronto. Marc observaba todo y reflexionaba, contemplando a su amigo Tristán y asombrándose mucho de que un talento tan cortesano y una habilidad tan brillante, de las que tenía plena conciencia, pudieran disimularse tanto. Entonces Tristán empezó a tocarles una melodía acerca de la amada tan orgullosa que tenía el bello Gralando[14]. Tocaba tan lindamente y hacía sonar el arpa con tanta excelencia al modo bretón, que muchos de los allí presentes, bien sentados o de pie, se olvidaron de sus propios nombres. Corazones y oídos comenzaron a ensordecer y a embriagarse, saliéndose de lo ordinario. Pensamientos de muy diversa índole se despertaron. Una vez y otra pensaban: «Afortunado el comerciante que puede tener un hijo tan refinadamente educado». Sus blancos dedos blandían con dedicación y

vigor las cuerdas. Hacían circular sonidos que llenaban toda la sala. No faltaban las miradas; muchos observaban sus manos con la mirada fija.

Entonces terminó la melodía. El noble rey le mandó recado en el que le solicitaba otra interpretación.

—Con mucho gusto —dijo Tristán.

Con gran fuerza comenzó de nuevo una canción de amor como la anterior, acerca de la distinguida Tisbe de la antigua Babilonia[15]. Tocaba con tanta hermosura, dando sentido a la melodía con una maestría tal, que el arpista se quedó muy sorprendido. Allí donde encajaba, el dotado de altas prendas hacía que una canción se mezclara con otra, encantando y fascinando a todos. Cantaba sus melodías, britanas y galesas, latinas y francesas, con tal encanto, que nadie acertaba a decir lo que era más bello o más digno de encomio, si su interpretación al arpa o su canto. Sobre esto y sobre su arte se produjeron muchas discusiones y conversaciones. Todos coincidían en afirmar que no habían visto en todo el reino a hombre alguno que poseyera tal arte. Unos aquí, otros allá, decían:

—Ah, ¡pero qué muchacho es este! ¿A quién tenemos entre nosotros? Cuantos muchachos han sido resultan insignificantes en comparación con nuestro Tristán.

Cuando Tristán hubo concluido su melodía del modo deseado por él, le dijo Marc:

—Tristán, ven aquí. El que te haya enseñado merece ser reconocido ante Dios, y tú con él. Escucharé con gusto tus canciones en algún otro atardecer, cuando no puedas dormirte. Nos hará bien a los dos.

—Sí, señor, está bien.

—Pero dime, ¿dominas algún otro instrumento de cuerda?

—No, señor —dijo él.

—¿En serio? Por el amor que me tienes, Tristán, te lo pregunto.

Tristán respondió en el acto:

—Señor, no hacía falta que me llamarais la atención con tal premura. Os contesto enseguida, primero porque debo decirlo y después porque queréis saberlo. Señor, me he esforzado en aprender a tocar todos los instrumentos de cuerda, pero no conozco ninguno hasta el punto de que no pudiera hacerlo mejor. Además no he practicado este arte el tiempo suficiente. En

verdad solo le he dedicado, con interrupciones, siete años o poco más. Fueron parmenios los que me enseñaron a tocar la viola y la zanfonía. El arpa y la cítara las aprendí de galeses, de dos maestros de Gales. Dos britanos de la ciudad de Lud me enseñaron a tocar la lira y la sambuca.

—¿Sambuca?, ¿qué es eso, amigo?

—El mejor instrumento que conozco.

—Ved —dijo el séquito—, Dios ha bendecido a este muchacho con tantos dones, para que lleve una vida llena de dicha.

Marc le volvió a preguntar:

—Tristán, te acabo de escuchar cantar en britano y en galés, en latín y en francés. ¿Conoces esas lenguas?

—Sí, señor, bastante bien.

Entonces el gentío comenzó a acercarse más. Y el que conocía lenguas extranjeras de los países vecinos, pasó enseguida a examinarle, cada uno a su manera. A las palabras de todos respondía amistosamente, fueran noruegos, irlandeses, alemanes, escoceses o daneses. Más de uno deseó entonces tener la educación de Tristán. Muchos habrían querido ser como él en ese momento. Hubo algunos que dijeron añorantes para su coleto:

—¡Ay, Tristán, si yo fuera como tú! ¡Tristán, tú sí que puedes vivir dichoso! ¡Tristán, posees lo mejor de toda educación y nadie en este mundo puede superarte!

Y con sus palabras armaban mucho bombo:

—¡Oíd! —decía este.

—¡Oíd! —decía aquel.

—¡Que todo el mundo nos escuche! Un muchacho de catorce años domina cuanto es posible saber.

El rey le dijo:

—¡Escucha, Tristán! Tienes todo lo que a mí me gusta. Sabes todo lo que me gustaría saber: caza, idiomas, instrumentos de cuerda. Seamos, pues, compañeros, tú el mío y yo el tuyo. Durante el día cabalgaremos y cazaremos juntos, y al atardecer nos entretendremos aquí en casa con ocupaciones cortesanas, tocando el arpa y el violín y cantando. Eso lo dominas tú bien. Hazlo por mí. A cambio conozco placeres que te puedo hacer llegar y que sin duda han de gustarte: hermosos vestidos y caballos te

daré tantos como quieras. Estoy dispuesto a satisfacerte en todo. Mira, mi espada y mis espuelas, mi ballesta y mi cuerno de oro aquí te doy, amigo mío. Preocúpate tú de ellos y cuídamelos bien. ¡Diviértete y sé feliz en la corte[16]!

De este modo el que no tenía patria se convirtió en un hombre querido por la corte. Nunca se ha visto que un muchacho tuviera tanta fortuna como él. Podía hacer o decir lo que quisiera, que era siempre tan bueno y resultaba tan bien, que todo el mundo le amaba y estimaba. Con esto basta. Vamos a dejar descansar un poco esta historia para dirigir nuestra atención nuevamente a su padre, el fiel mariscal Rual li Foitenant, a fin de relatar lo que este hizo por él una vez que lo hubo perdido.

El señor Rual li Foitenant se embarcó de inmediato perfectamente equipado, pues estaba decidido a no regresar antes de haber averiguado a ciencia cierta el lugar donde se hallaba su joven señor. Llegó primero a Noruega. Allí buscó por todas partes, de la mañana a la noche, a su amigo Tristán. ¿De qué le iba a servir? No estaba allí. Toda su búsqueda fue en vano. Y cuando no lo encontró allí, se dirigió a Irlanda. Mirad, tampoco allí pudo averiguar nada nuevo sobre él. Entretanto, sus medios habían ido decreciendo y depauperándose hasta el punto de que tuvo que vender los caballos y continuar la marcha a pie. Hizo que su séquito regresara a casa con el equipaje, mientras que él mismo se quedó en la mayor necesidad, pues tenía que mendigar para conseguir el pan. Esto lo hizo sin cambiar de idea de un reino al otro y de país en país, siempre en busca de Tristán, durante tres años o más. Tanto perdió su belleza, que el color de su piel se volvió gris y nadie que le hubiera visto habría podido decir que se trataba de un señor distinguido. Esta carga humillante la soportó el digno señor Rual igual que si fuera un vagabundo. No había privación que pudiera apartarle de su empeño, tal y como con muchos otros ha ocurrido antes.

Al iniciarse el cuarto año, estaba en Dinamarca peregrinando también allí de lugar en lugar, de aquí para allá, prosiguiendo su búsqueda. La bondad divina hizo que encontrara allí a dos peregrinos, los mismos que su joven señor Tristán había conocido en el camino del bosque. Les preguntó también a ellos sin vacilar. Y ellos le contaron cuándo había sido, hacía cuánto tiempo, que habían visto a un muchacho exactamente igual al que él

les describía, y cómo se lo habían llevado con ellos, el aspecto que tenía, su rostro, su cabello, su manera de hablar y de comportarse. Lo describieron a él y a sus ropas, recordando todas las lenguas y habilidades que dominaba. En seguida supo él de quién se trataba. Rogó a los peregrinos que por el amor de Dios le describieran, si es que aún lo recordaban, con precisión el lugar donde le habían dejado. Entonces le dijeron a Rual que había sido en Cornualles, cerca de Tintayol. Hizo que le repitieran varias veces el nombre del lugar y les preguntó:

—¿Dónde está Cornualles?

—Linda al otro lado con Britania —le respondieron.

«¡Ay, Dios misericordioso!», pensó él. «No hay prueba mejor de tu bondad. Si, como he escuchado, Tristán ha llegado a Cornualles, entonces ha regresado en verdad a su casa. Pues Marc es su tío. ¡Ten piedad, Dios, y llévame hasta allá! Concédeme Señor el poder seguir con vida lo suficiente para ver a Tristán una vez más. La noticia que me acaban de dar es para mí un motivo de alegría. Me parece buena y sin duda lo es. Mi corazón lastrado por la pesadumbre se ve aliviado por la dicha».

—Hombres santos —prosiguió diciéndoles—, que el hijo de María os proteja. Quiero ponerme en camino y ver si logro encontrarle.

—Que quien domina todo el mundo os muestre el camino hasta el muchacho.

—Gracias —volvió a decir Rual—, dejadme marchar ahora, que no debo entretenerme.

—Con Dios, amigo —le dijeron—, marcha con Dios.

Rual prosiguió su camino. No se concedió nunca ni media jornada de descanso hasta que llegó al mar. Allí tuvo que descansar en contra de su voluntad, pues no había barcos preparados. Y cuando localizó un barco, se dirigió a Britania con tanta rapidez, que no hubo día, por prolongado que fuese, que no fuera ampliado hasta entrada la noche. La determinación y la fuerza necesarias para ello provenían de la noticia que le habían comunicado. Esta le aligeró sus fatigas y se las hizo gratas. Cuando llegó a Cornualles, preguntó en seguida dónde estaba Tintayol. No tardó en enterarse. Volvió a ponerse en camino y llegó a Tintayol en la mañana de un sábado cuando la gente iba a misa. Entonces se colocó delante de la

catedral. Gentes entraban y salían. Observaba todo mirando en derredor suyo y buscando a alguien que le pareciera apropiado y conveniente para preguntarle. Pues pensaba para sí: «Todas estas personas tienen mejor aspecto que yo. Si me dirijo a alguien, temo que ello le desagrade y no quiera contestar a mi pregunta, dada la impresión desastrada que causo. ¡Ayúdame, Señor! ¿Qué debo hacer?». Entonces vino el rey Marc con un espléndido séquito. El fiel Rual extremó su atención, pero no vio al que buscaba. Y cuando el rey se disponía a volver de misa otra vez a la corte, Rual se apartó del camino y abordó a un cortesano de cierta edad.

—Ay, señor —le dijo—, decidme, por vuestra propia misericordia, ¿sabéis si hay aquí en la corte un niño? Se dice que vive con el rey y que se llama Tristán.

—¿Un niño? —le replicó el otro—. No sé nada de un niño. Sin embargo, hay aquí un muchacho que pertenece al séquito y que será armado pronto caballero. El rey le aprecia mucho, pues es extremadamente diestro y domina habilidades y artes cortesanas. Es un chico fuerte con rizos castaños y comportamiento refinado. No tiene patria y nosotros aquí le llamamos Tristán.

—Y vos, señor —dijo Rual—, ¿pertenecéis a la corte?

—Sí.

—Por vuestro honor, señor, hacedme otro favor más, con lo que haréis muy bien: decidle que hay aquí un pobre hombre que desea verle y hablar con él. Y no dejéis de añadir que procedo de su patria.

Así que el hombre le explicó a Tristán que había llegado un paisano suyo. Tristán fue hasta él de inmediato y, cuando le vio, le dijo de todo corazón:

—Dios nuestro Señor, santificado seas por siempre. Padre, qué suerte el que me sea concedido verte.

Este fue su primer saludo. Después corrió sonriente hacia él y besó al fiel Rual, tal y como un hijo debe hacerlo con un padre. Ello era bueno y correcto, pues eran un padre y un hijo. Todos los padres que existen o han existido alguna vez no se mostraron ante sus hijos más paternales que él. Sí, con él tenía Tristán a padre, madre, parientes, séquito, a todos los amigos que en su vida ganó, en sus brazos. Le dijo conmovido:

—Ay, querido, queridísimo padre, dime, ¿viven aún mi querida madre y mis hermanos?

Él respondió:

—No lo sé, querido hijo. Aún estaban con vida cuando los vi por última vez. Pero sentían una honda pena por tu causa. No puedo decirte lo que les ha sucedido desde entonces, porque hace mucho tiempo que no veo a nadie conocido. No he vuelto a pisar nuestra casa desde aquella hora infausta en la que por ti empezaron mis sufrimientos.

—Ay, queridísimo padre —le dijo—, ¡qué es eso que dices! ¿Qué ha sido de todo tu buen aspecto?

—Hijo, tú has sido el que me lo has robado.

—Entonces quiero devolvértelo.

—Hijo, si ello fuera posible.

—Bien, padre, ven conmigo a la corte.

—No, hijo. Ahí sí que no voy contigo. Puedes ver perfectamente que no estoy para presentarme allí.

—No padre. No hay otro remedio. El rey, mi señor, ha de verte —le dijo.

El magnífico y cortesano Rual pensó para sí: «Mi desnudez no ha de perjudicarme en nada. Independientemente de la condición en que me presente ante el rey, me verá con alegría si le informo acerca del sobrino suyo que tiene delante. Si le refiero desde el principio la historia de todo lo que he hecho, parecerán ropas espléndidas lo que ahora llevo encima».

Tristán le cogió de la mano. Sus ropas y equipamiento eran como por necesidad tenían que ser: un vestido pobre, andrajoso y gastado, y con algunos desgarros. No llevaba además capa. Y las prendas que el buen Rual llevaba bajo el vestido eran muy miserables, sucias y desgastadas. De tanto no cuidarlas, su cabellera y su barba estaban tan enmarañadas, que parecía un salvaje. El encomiable Rual iba descalzo y con las piernas desnudas. Además estaba marcado por las inclemencias del tiempo, como le ocurre a todo aquel a quien el hambre, la escarcha, el sol y el viento le han robado su color saludable. De esta guisa se presentó ante Marc, quien se lo quedó mirando. Marc le dijo a Tristán:

—Dime, Tristán, ¿quién es este?

—Mi padre, señor —replicó aquel.

—¿Es ello cierto?

—Sí, señor.

—¡Entonces que sea bienvenido! —dijo el noble de corazón.

Rual se inclinó ante él cortésmente. Entonces llegaron con apresuramiento los caballeros en grupos y junto con ellos toda la corte, y todos exclamaron:

—Señor, que Dios os proteja.

Pero habéis de saber que Rual, aunque no tenía un aspecto muy cortesano en cuanto a su indumentaria, sí ostentaba verdaderamente un aspecto y un comportamiento intachables y espléndidos. Era de porte distinguido. Su cuerpo y sus miembros eran los de un atleta. Tenía brazos y piernas largos y hermosos. Su andar era señorial y distinguido. Estaba bien hecho. No era ni demasiado joven ni demasiado viejo. Estaba en sus mejores años, cuando la juventud y la vejez conceden a la vida su mayor energía. En la distinción de su ser era de rango parejo a un emperador. Su voz sonaba como un cuerno, sus modos de expresión eran educados. Con refinado donaire se le vio situado entre todos los señores de la corte. Ya antes había sido ese mismo su lugar.

Entonces se alzó un gran murmullo entre los caballeros y barones. Corría de unos a otros la voz.

—¿Es nada menos que este? —preguntaban todos.

—¿Es este el comerciante cortesano de quien su hijo Tristán nos ha hablado tanto y tan bien? Mucho hemos oído acerca de su buen hacer. ¿Por qué ha venido con este aspecto a la corte?

Unos y otros trataban de adivinarlo. El poderoso rey entonces hizo que le llevaran hasta las habitaciones y que le equiparan con ropas magníficas. En un santiamén, Tristán le había bañado y vestido. También había un sombrero preparado para él, que se puso en el acto. No había hombre a quien le sentara mejor, pues su rostro era hermoso. Todo en él era distinguido. Tristán le cogió de la mano, con suavidad, como a él le correspondía, y le llevó de vuelta hasta Marc. A todos les gustó extraordinariamente. Se decían unos a otros:

—¡Ved con cuánta rapidez las ropas finas han transformado a este hombre de manera encomiable! Las ropas le sientan muy bien al comerciante. Porque también él mismo es distinguido. Quién sabe, a lo mejor es un hombre refinado. Al menos se comporta de ese modo, si hemos de ser sinceros. Ved con cuánta gallardía camina y qué bien se mueve en su elegante vestimenta. Sobre todo en el caso de Tristán se pueden ver sus méritos. ¿Cómo podría un hombre del comercio haber educado a su hijo con tanto esmero, si no se lo hubiera indicado su propio ánimo distinguido?

Pues bien, se habían lavado ya todos las manos y el rey estaba sentado a la mesa. Invitó a su huésped Rual a que se acercara a su mesa y ordenó que se le sirviera con educación, tal y como corresponde a un señor de la corte.

—Tristán —dijo—, ven enseguida y sirve tú mismo a tu padre.

Y en verdad sucedió así. Cuantas muestras de consideración y respeto pudo dispensarle se las dispensó con agrado. El noble Rual comió con gran placer, pues Tristán le ponía muy contento. Tristán era su mayor felicidad. Contemplar a Tristán le regocijaba al máximo. Cuando se levantaron de la mesa, el rey se dirigió a su invitado y le preguntó muchas cosas acerca de su patria y también sobre su viaje. Y mientras él le preguntaba, todos los caballeros escuchaban con atención y oyeron la historia de Rual. Él dijo:

—Señor, en verdad han pasado casi tres años y medio desde que dejé mi patria. Y dondequiera que llegara, no hacía otra pregunta más que la que me ha traído hasta aquí.

—¿De cuál se trataba?

—El aquí presente, Tristán. Ciertamente tengo, señor, más hijos con los que Dios ha querido bendecirme, y solo les deseo el bien como haría cualquier padre. Si me hubiese quedado con mis tres hijos, es probable que uno de ellos fuera ya caballero. Si ellos tres me hubieran causado nada más que la mitad de la tristeza que, sin ser pariente mío, me ha hecho sentir Tristán, ya habría sido mucho y más que suficiente.

—¿Sin ser pariente tuyo? —dijo entonces el rey—. Explícame, ¿cómo es eso? ¿Acaso no es, como él dice, vuestro hijo?

—No, señor, él no está emparentado conmigo salvo en lo siguiente: yo soy su vasallo.

Tristán se asustó y se le quedó mirando. Volvió a hablar el rey:

—Entonces decidnos, ¿para quién y por qué habéis sufrido tanto por su causa y abandonasteis a vuestra mujer e hijos por tanto tiempo, si no se trata de vuestro hijo?

—Señor, eso solo lo sabemos Dios y yo.

—Bien, amigo, decídmelo a mí también —exclamó el noble Marc—. Esto me deja muy sorprendido.

El fiel Rual dijo:

—Si supiera que no habría de arrepentirme y pudiera contarlo aquí, podría referiros cosas que os dejarían atónito, señor, respecto a lo que sucedió una vez y lo que ocurrió con Tristán, a quien tenéis delante.

Todo el séquito, Marc y sus barones, le rogaron entonces como un solo hombre:

—Dinos, hombre leal y extraordinario, ¿quién es Tristán?

Entonces dijo el noble Rual:

—Hace algún tiempo acaeció, como bien sabéis vos y aquellos que estaban aquí entonces, que a mi señor Rivalín, cuyo vasallo yo soy y sería por siempre, si Dios hubiese permitido que aún siguiera con vida, le hablaron tanto y con tanta extensión de vuestros méritos, que me confió la tutela de su reino y de sus gentes. Vino a este país porque deseaba conoceros, y se unió a vuestro séquito. Sin duda sabéis cómo se desarrolló su encuentro con la hermosa Blancaflor, cómo ella se convirtió en su amada y se marchó con él en secreto. Cuando hubieron regresado a casa y contraído matrimonio (ello ocurrió donde yo vivo, y conmigo lo vieron muchas otras personas), él la confió a mi protección. Desde entonces me ocupé de ella tan bien como sabía. Poco después emprendió él un viaje a través de su reino en unión de parientes y vasallos, lanzándose con ellos a un combate en el que fue muerto, como sin duda habéis oído. Cuando llegó la noticia y la bella escuchó lo que había sucedido, un dolor mortífero tomó posesión de su corazón con tal fuerza que el impacto hizo que diera a luz a Tristán, que está aquí y a quien ella entonces llevaba en su seno, para morir ella misma en el transcurso del parto.

Al decir esto, fue tanto el dolor sentido por el fiel Rual, que tuvo que tomar asiento y lloró como un niño. Pero la historia hizo que también a otros se les desbordaran los ojos. La pena agarró con tal fuerza el corazón

del noble rey Marc, que el dolor fluyó en forma de lágrimas de sus ojos, inundando sus mejillas y su vestido. A Tristán esta revelación le causó gran dolor solo en la medida en que con el fiel Rual había perdido a un padre y la creencia en un padre.

Ahí estaba sentado el noble Rual y le contó a la corte acerca del pobre niño: cómo ordenó que cuidaran de él tras la muerte de su madre; cómo hizo que lo escondieran en secreto; cómo hizo difundir y mandó que le dijeran al pueblo que había muerto dentro de su madre; cómo ordenó a su esposa (según ya os conté) que se acostara en la cama como mujer en estado y al cabo de un tiempo conveniente dijera a todo el mundo que había dado a luz ese niño; cómo fue con él a la iglesia y lo bautizaron allí; las razones por las que lo llamaron Tristán; cómo lo envió al extranjero e hizo que le instruyeran en cuantas habilidades lingüísticas y manuales ahora ostentaba; cómo le dio permiso para subir al barco y fue posteriormente secuestrado; cómo le estuvo buscando bajo incontables padecimientos. Ahí estaba sentado y relató todo desde el principio. Marc y él y todos cuantos allí estaban lloraron. Solo Tristán era incapaz de quejarse a causa de lo que oía. Todo fue demasiado rápido para él. Pero las cosas tristes que contó Rual a la corte acerca de los amantes, sobre Canelengrés y Blancaflor, todo esto contaba poco en comparación con la lealtad que él les demostró tras su muerte en relación al hijo de los dos, tal y como habéis escuchado. Los allí reunidos consideraron que se trataba del colmo de la actitud fiel que vasallo alguno hubiera demostrado frente a su señor. Cuando este relato hubo terminado, le dijo Marc a su huésped:

—Y bien, señor, ¿es todo eso cierto?

El noble Rual depositó entonces un anillo en su mano y le dijo:

—Recordad, señor, lo que os acabo de contar.

El noble y honesto Marc tomó el anillo y lo contempló. La pena que en ese instante le invadió fue nuevamente intensa. Dijo:

—Ay, querida hermana, este anillo te lo di yo a ti, y mi padre me lo había dado a mí en su lecho de muerte. Puedo creer en su historia sin vacilación alguna. ¡Ven aquí, Tristán, y bésame! Y en verdad, mientras vivamos tú y yo, seré como un padre para ti. Dios se apiade de Blancaflor, tu madre, y de tu padre Canelengrés, y les conceda a los dos descansar en la

felicidad eterna. Puesto que las cosas han ocurrido de esta forma y me has sido regalado por mi querida hermana, quiero, si el Señor lo permite, ser dichoso de ahora en adelante.

Al huésped le dijo:

—Querido amigo, decidme ahora quién sois y cómo os llamáis.

—Rual, señor.

—¿Rual?

—Sí.

Entonces Marc recordó que ya había oído hablar de él antes, de lo inteligente y respetado que era y sobre su gran lealtad. Le preguntó:

—¿Rual li Foitenant?

—Sí, señor, así me llaman.

Entonces el noble Marc fue hasta él, le besó y le dio el recibimiento cordial que le correspondía. Acto seguido todos los señores fueron acercándose y le besaron uno por uno. Una vez y otra le abrazaron y le saludaron respetuosamente:

—¡Bienvenido, digno Rual, prodigio de esta tierra!

Todos le dieron la bienvenida. Entonces el rey lo tomó de la mano y lo condujo hasta su puesto. Amistosamente lo sentó a su lado y volvieron a hablar sobre la historia y a comentar muchas cosas sobre Tristán y también sobre Blancaflor y todo lo sucedido, lo que Canelengrés y Morgan se habían infligido mutuamente y el final que todo había tenido. No tardó el rey en informarle a Rual de la habilidad con que Tristán había irrumpido en la corte y de cómo había contado que su padre era un comerciante. Rual miró a Tristán:

—Amigo —le dijo—, durante mucho tiempo y con gran esfuerzo he andado de forma miserable en pos de un solo negocio por tu causa. Ahora, afortunadamente, todo ha concluido para bien. Por ello he de dar siempre gracias a Dios.

Tristán dijo:

—Veo que esta historia está constituida de tal suerte, que tardaré en alegrarme de ella. Según la iba escuchando, he ido enterándome de novedades sorprendentes. Oigo decir a mi padre que mi padre ha sido ya muerto hace mucho tiempo. Con esto se desdice de mí. Así que he de estar

sin padre, aunque me han sido dados dos padres. ¡Ay, cómo me he quedado sin padre y sin la creencia en un padre! Por intermedio de aquel, gracias al cual pensé que recobraba a un padre, se me quitan ahora dos padres: él y otro más a quien nunca he visto.

Entonces le replicó el noble mariscal:

—Querido Tristán, no digas esas cosas. No es cierto. Gracias a mi llegada has ganado aún más en honra y tienes ahora dos padres en lugar de uno: a mi señor aquí y a mí. Él es tu padre y yo lo soy también. Sigue mi consejo y de ahora en adelante sé del mismo rango que los reyes. Déjate de palabras y limítate a hacer esto: pide a tu tío, mi señor, que te ayude a regresar a casa y que te arme aquí caballero. Porque ahora puedes ocuparte tú mismo de tus propios asuntos. Señores, ayudadme a convencerle de que sea ese su deseo.

Entonces todos se dirigieron a él:

—Señor, tiene toda la razón. Tristán ya es lo bastante fuerte y adulto en todo.

El rey dijo:

—Tristán, sobrino mío, ¿qué opinas de todo esto? ¿Quieres tú que haga lo que dicen?

—Querido señor, os diré lo que pienso. Si tuviera tal número de posesiones que pudiera, si lo deseara, convertirme en caballero de un modo tal que no me hiciera avergonzarme del nombre de «caballero» ni mancillara por culpa mía la dignidad de todo caballero, entonces me gustaría serlo, para dedicar mi indolente juventud a un buen uso y transformarla en una honra temporal. Porque se dice que la caballería habría de empezar con pocos años si es que ha de echar raíces vigorosas. El que no haya aplicado mi protegida juventud a la consecución de fama y de méritos caballerescos es un grave error por el que me hago grandes reproches. Desde hace mucho sé que la comodidad y la reputación caballeresca se contradicen totalmente y que son irreconciliables. También he aprendido bien que la honra requiere un esfuerzo activo. La indolencia es la muerte del honor, si uno se entrega a ella demasiado en la juventud. Y en verdad, si hace un año o antes hubiese sabido las cosas que aquí se han dicho sobre mí, no habría aguardado hasta ahora. Pero puesto que he sido negligente, es

menester que ahora recupere lo omitido, pues una firme decisión me marca en cuerpo y espíritu. ¡Que Dios me ayude a conseguir los medios para satisfacer mis objetivos!

—Sobrino, recapacita y piensa en lo que harías si fueses rey y señor de todo Cornualles —dijo Marc—. Aquí sentado está tu padre Rual, que tanta lealtad te profesa. Sea él tu consejero y amigo, a fin de que se cumplan tus deseos del modo en que tú quieres. Querido sobrino Tristán, no te consideres pobre. Parmenia te pertenece y será tuya mientras vivamos yo y tu padre Rual. Pero más allá de esto voy a ayudarte: mi reino, mi pueblo y cuanto tengo, querido sobrino, pongo a tu disposición. Si quieres consagrarte a la consecución de la honra propia de tu rango, y tus intenciones son las que acabo de escuchar de tu boca, no escatimes entonces con mis posesiones. Que Cornualles sea tu sinecura y mi corona te pague tributo. Si quieres ser respetado ante el mundo, preocúpate de ser generoso. Yo te daré medios de sobra. Ve, dispones pues de una riqueza imperial. Ahora no desciendas por debajo de tu nivel. Si eres tan fiel a ti mismo y piensas como debes y nos has dicho, pronto lo habré de confirmar en tu actuación. Mira, si encuentro en ti una disposición verdaderamente distinguida, siempre encontrarás en mí una tesorería bien repleta para ejecutar tus planes. Tintayol será para siempre tu cámara del tesoro. Si tú vas delante de mí en generosidad y yo no te sigo con mis riquezas, entonces podrá hundirse cuanto poseo aquí en Cornualles.

Muchos se inclinaron entonces. Cuantos habían escuchado esto, se doblaron en reverencias. Con gran júbilo le expresaron la veneración y el elogio debidos.

—Rey Marc —dijeron todos—, hablas como debe hablar un hombre distinguido. Tus palabras se corresponden con tu posición. ¡Que tu lengua, tu corazón y tu mano reinen por siempre en este reino! ¡Ojalá seas siempre rey de Cornualles!

El fiel mariscal Rual y su joven señor, Tristán, se ocuparon de sus asuntos con la magnificencia que les había propuesto el rey y siguiendo su línea directriz. Ahora estoy en la duda respecto a ellos dos, al padre y al hijo. Porque alguien podría preguntar —dado que la vejez y la juventud no se ponen nunca de acuerdo en un punto, al despreciar la juventud el dinero

por el que lucha la vejez— cómo podían los dos ponerse de acuerdo entre sí de manera que cada uno lograra imponer sus intenciones y su punto de vista, a fin de que Rual mantuviera la medida correcta de dispendio y Tristán consiguiera satisfacer plenamente sus deseos. Voy a demostrarlo con rapidez y honestidad. Rual y Tristán estaban tan de acuerdo en todo, que ninguno de ellos sugirió o habría sugerido nada, bueno o malo, que no hubiese querido el otro. El sin par Rual confiaba en Tristán y tomaba en consideración su juventud. Pero a la vez cedía sin embargo Tristán ante la experiencia de Rual. Esto los llevó a resultados comunes y a la meta única de sus esfuerzos, que el uno deseaba tanto como el otro. Coincidían por tanto totalmente en su voluntad y sus intenciones. Vejez y juventud estaban de acuerdo ante una misma ventaja. La reflexión se aunó a las expectativas eufóricas. De esta manera, ambos conservaban algo: Tristán su derecho a estar alegre, Rual la medida correcta de dispendio, y así ninguno tuvo que hacer nada contra sus propias pretensiones.

Así, Rual y Tristán realizaron adecuadamente sus preparativos como era propio de ellos. En un plazo de treinta días, consiguieron las armaduras y las ropas que habrían de llevar los treinta caballeros que el noble Tristán llevaría como acompañantes. A quien me pregunte por sus ropas, el esplendor de sus ropajes y el modo en que fueron reunidos, le contaré, sin necesidad de pensar mucho, todo según nos ha sido transmitido. Si le cuento algo de forma equivocada, sírvase él mismo demostrarme mi error y enmendar mi historia. Sus ropas estaban provistas de muy diversos ornamentos, cada uno de los cuales era más espléndido que el otro. El primero era euforia; el segundo, riqueza; el tercero, inteligencia, que une estos dos adecuadamente; el cuarto era disposición cortesana, que engloba estos tres. Los cuatro ejercían su influjo a su manera y se unían magníficamente. La euforia exigía, la riqueza daba, el comportamiento refinado organizaba y daba forma, y la disposición anímica tejía el vestido de todos ellos y el resto del equipamiento, pendones y mantas y otras muchas cosas que le corresponden a un caballero. Todo cuanto puede identificar a caballo y jinete como caballero, estaba dotado de gran magnificencia y con tal lujo, que cada parte podría haber sido digna de un rey al que hubieran ido a armar caballero con ella.

Puesto que los amigos ya están equipados con el esplendor que les corresponde, ¿cómo he de hallar las palabras para preparar a su jefe señorial, a Tristán, para ser armado caballero, de un modo que se escuche con placer y que haga que gane el relato? No sé cómo hablaros acerca de ello para que os guste y cause alegría, y adorne además la historia. Pues en mi propio tiempo y antes también se ha hablado tan acertadamente de suntuosidad mundanal, de valiosísimas joyas que incluso aunque tuviera ahora doce sentidos y quisiera hacer uso de todos ellos, e incluso si fuera posible que me crecieran doce lenguas dentro de la boca, de las cuales cada una hablara de manera en que soy capaz, la verdad es que no sabría cómo hacerlo para describir con propiedad la vistosidad maravillosa de un modo que mejorara lo que otros han dicho anteriormente. Sí, la suntuosidad cortesana ha sido ya descrita de muchas formas y, en consecuencia, tan desgastada mediante las palabras, que no puedo referirme a ella de un modo que cause placer a alguien.

Hartmann von Aue[17], ¡sí, ese sí que adorna del todo sus historias, tanto en su forma como en su contenido, con palabras y pensamientos! ¡Cómo utiliza el lenguaje para dar forma al sentido de su narración! ¡Qué claras y transparentemente puras son y serán siempre sus palabras cristalinas! Con noble porte se acercan hasta el lector y gustan a todos los que las juzgan con un espíritu justo. Quien sepa entender bien y con acierto el buen lenguaje, habrá de reservarle a Hartmann la corona de vencedor y el laurel.

Mas quien quiera imitar a las liebres e ir dando saltos arriba y abajo sobre el prado de la poesía con palabras unidas al voleo, y aspire a la corona de laurel sin tener nuestro consentimiento, habrá de tener en cuenta nuestra posición[18]. No queremos estar ajenos al jurado que vaya a repartir los premios. Nosotros, que hemos ayudado a cortar esas flores con las cuales está bellamente entretejida esta corona honorífica, queremos saber sobre qué basa tales pretensiones. Porque si alguien desea esta corona, deberá acercarse hasta aquí y colocar también sus propias flores. Por esas flores veremos entonces si encaja tan bien como para quitarle al de Aue el laurel y dárselo a él en su lugar. Pero como hasta ahora no ha llegado nadie que tuviera mayores derechos que él, lo dejaremos —¡vive Dios!— donde está. A nadie podemos conferírselo cuyas palabras no hayan sido totalmente

acrisoladas, cuyo lenguaje no sea recto y pulido, a fin de que quien con decencia y candor se acerque por ese camino sin sospechar nada malo no tropiece. Poetas de historias desenfrenadas, cazadores de relatos sin arte, que confunden con sus collares mágicos a los espíritus ingenuos, y son capaces, a partir de un material innoble, de hacer oro para niños y de extraer de sus cajas mágicas perlas que son tan solo de polvo, esos son los que nos hacen sombra con una simple estaca, mas no con las verdes hojas de mayo puestas en las ramas. Su sombra no gratifica los ojos de quienes la buscan. Para decir la verdad: nada alentador sale de ellos, nada tienen de deleitable. Su lenguaje no es del tipo que pueda hacer que se regocijen personas nobles. Son justamente estos cazadores de relatos los que tienen que buscarse intérpretes para sus historias, pues no se pueden entender cuando se escuchan. Pero nosotros no tenemos tiempo para andar buscando las aclaraciones en los grimorios de la magia negra.

Pero existen otros pintores verbales: Bligger von Steinach[19]. Sus palabras son deliciosas. Damas distinguidas las han bordado en sus bastidores con oro y seda. Se podrían guarnecer con ribetes griegos. Su lenguaje tiene la perfección más alta. Su don poético puro lo han urdido prodigiosamente mágicas hadas que en sus manantiales se purifican y limpian. Tiene en verdad la fuerza de un encantamiento. Su poesía, que está marcada por el signo del arpa, resulta agraciada en un doble sentido: tanto en la expresión como en las ideas que contiene. Ambas vertientes al unísono dan forma al objeto de su narración con extraño esplendor. Ved a este mago de la palabra, cómo ejecuta sobre el tapiz de su poesía verdaderos milagros solamente con su lenguaje artístico. ¡Con cuánta precisión arroja la daga con sus rimas que dan siempre en el blanco! ¡Qué capacidad la suya de unir parejas de versos como si hubieran crecido hasta ser uno! Estoy convencido de que se ha atado libros y letras como si fueran alas, porque, si prestáis atención, veréis cómo su lenguaje va elevándose como un águila.

¿A quién puedo escoger todavía? Hay y ha habido suficientes poetas sabios y elocuentes. Heinrich von Veldeke[20], quien narraba desde un entendimiento total. ¡Cuán deliciosamente cantó acerca del amor! ¡Qué gratamente supo refrenar su don expresivo! Yo creo que tomó toda su sabiduría de la fuente de Pegaso, de donde toda sabiduría procede. Yo ya no

llegué a conocerle, pero he oído decir incluso a los mejores de sus contemporáneos, que acabaron luego siendo maestros en su profesión, que su mérito mayor era ante todo el siguiente: él injertó el primer vástago de la lengua alemana, del que brotaron las ramas con aquellas flores de las que proviene el arte de la verdadera poesía. Y este saber está hoy tan difundido, y ha sido manipulado de tan diversas maneras, que todos los que componen poesía hoy en día pueden proveerse allí de las flores y los vástagos más maravillosos para lograr las más bellas palabras y melodías.

Hay muchos ruiseñores, de los que no quiero hablar ahora, pues no pertenecen a este grupo. De ahí que no me exprese sobre los mismos de un modo distinto al que usaré para referirme a ellos hasta el fin de mis días. Todos ellos conocen su oficio y cantan con gran excelencia sus deliciosas canciones de estío. Sus voces son puras y hermosas, transmiten al mundo una sensación de euforia y alegran el corazón. Los hombres desconocerían la dicha y se limitarían a llevar una existencia monótona si no existiera este dulce canto de pájaros. Al que ha amado alguna vez, le recuerda una vez y otra el sentimiento del amor y del bien, así como todas las conmociones anímicas que alegran un corazón noble. Despierta percepciones agradables, que vuelven hacia dentro nuestros pensamientos cada vez que el dulce canto de pájaros nos habla de nuestros amigos. «¡Hablad entonces de los ruiseñores!». Son muy hábiles y saben cantar sus penas de amor y relatarlas muy bien. ¿Quién de ellos ha de portar su estandarte, desde que el de Hagenau[21], el jefe de todos ellos, ha enmudecido para nosotros, él que portaba en su lengua el más elevado arte de cantar? En él pienso con frecuencia (me refiero a sus canciones, tan bellas y deliciosas). ¿De dónde sacaría tantos tonos, un arte de la variación tan maravilloso e inagotable? Creo que era la lengua de Orfeo, capaz de dominar todos los tonos, la que cantaba desde su boca.

¡Puesto que ya no está entre nosotros, que alguien nos ayude! Que un hombre sabio nos diga quién ha de dirigir ahora esta turba deliciosa. ¿Quién dará instrucciones al séquito? Creo que podré encontrar al que debe portar la bandera. El maestro de todos ellos ha de ser capaz de hacerlo, el de Vogelweide[22]. ¡Cómo inunda la campiña con su voz soberbia! ¡Qué milagros realiza! ¡Cuánto arte en su música! De qué manera sabe variar su

canto, me refiero al modo que procede del monte Citerón[23], donde impera la reina del amor. Es él quien manda en esa corte. Que se ponga a la cabeza de todos los ruiseñores y los instruya de la forma portentosa que domina. Él sabe exactamente dónde buscar la melodía del amor. Que él y sus amigos canten hasta transformar en alegría su pena y sus lamentos de amor. Y que ello ocurra en el transcurso de mi propia vida[24].

Ahora ya he contado bastante acerca de seres extraordinarios a seres bien educados. Pero todavía no está Tristán preparado para ser armado caballero. No sé cómo hacerlo. Mi espíritu se me rebela. Por eso no sabe la lengua lo que debe hacer, sola y sin apoyo del espíritu, que le inspira todo. Lo que irrita a los dos no os lo voy a ocultar: hay algo que les estorba, igual que a otros muchos miles. Si un hombre que no sabe expresarse bien se encuentra con otro muy elocuente, entonces le muere en los labios aquello que podría decir. Creo que es eso lo que a mí me ha sucedido. Veo y he visto anteriormente a tantos hombres elocuentes, que no puedo decir nada a causa de esto. Hoy en día se escribe con tal perfección que me veo obligado a medir mis palabras y a preocuparme de que sean tal y como yo las deseo encontrar en las historias de otros y como me gusta elogiarlas en otros poetas. Ahora bien, no sé cómo lograrlo. Mi lengua y mi espíritu no pueden ayudarme. Mi capacidad expresiva ha visto cómo le robaban de mis labios todo cuanto sabía. No sé qué debo hacer ahora. Haré algo que no he hecho jamás hasta ahora: por primera vez enviaré mi oración suplicante, de todo corazón y con las manos juntas, al Helicón, al trono de nueve asientos, hacia el que fluyen las fuentes de las que brota el talento para el lenguaje y el entendimiento. El señor de la casa y sus nueve damas, Apolo y las Camenas, las nueve sirenas para el oído, que administran allá en la corte estos dones, y confieren como quieren su favor, todas ellas obsequian con tanta generosidad, y a tantos hombres, del manantial de su espíritu, que no pueden negarme con decoro siquiera una gota. Y si puedo conseguir una sola, entonces podré sin lugar a dudas demostrar mi valía en el terreno habitual de la poesía. Esta sola gota nunca sería lo bastante pequeña como para impedirme recuperar mi condición y hacer que se recobraran mi lengua y mi espíritu, que ahora están tan confundidos. Deje, pues, que mis palabras pasen por la luminosa claridad del crisol del saber de las Camenas, para que

allí en la fusión adquieran una belleza extraordinaria, labradas primorosamente como si fueran de oro árabe. Este don divino del verdadero Helicón, del trono más elevado del que provienen las palabras, que atraviesan los oídos para penetrar rientes en el corazón, que tornan clara y transparente, como una joya escogida, la poesía, que estas musas escuchen mi voz y mi oración allá arriba en los coros celestiales, tal y como yo he pedido. Incluso si ocurriera todo esto, si me concedieran todo lo que he pedido y poseyera en gran medida todo esto, que mis palabras resonaran deleitando en los oídos; que ofreciera una sombra a los corazones hecha de hojas de tilos siempre verdes; que mi poesía estuviera tan cuidada, que a cada paso yo le allanara el camino y lo purificara, no tolerando en ese camino ni la más leve mota de polvo sin retirarla, y que solo caminara sobre tréboles y flores resplandecientes; si todo eso fuera así, ni aun de esta manera emplearía mi talento —por mucha que sea mi ineptitud— en algo que muchos han abordado e intentado sin éxito. Verdaderamente debo prescindir de ello. Porque si empleara toda mi arte poética para describir el equipamiento y pertrechos de los caballeros, como en verdad lo han hecho muchos, y os contara cómo Vulcano, el inteligente, famoso y diestro artista de la fragua, dejó que pasaran por sus manos la coraza de Tristán, la espada, canilleras y otras partes de la armadura que son propias de un caballero, con primor y maestría; cómo él, a quien nunca abandonó la audacia, le diseñó y recortó el jabalí para el escudo; cómo le hizo el yelmo colocándole en lo alto, como símbolo de la tortura amorosa, un rayo de fuego; cómo le fue haciendo en detalle y con sorprendente primor esto y lo otro; y cómo la señora Casandra, la sabia troyana, empleó todo su arte y todo su entendimiento en diseñar y coser el vestido de Tristán con todo el cuidado que le permitían sus habilidades, y cuya inteligencia, según he oído, había sido agudizada en el cielo por los dioses, todo ello causaría el mismo efecto de antes, cuando me estuve dedicando a preparar a los acompañantes de Tristán para la ceremonia en que le armaría caballero. Si estáis de acuerdo conmigo, os diré lo que creo y de lo que estoy seguro: el talante y la riqueza, aumentados gracias a dos cosas, como son sabia discreción y disposición cortesana, trabajan tan bien juntos como el mejor. Sí, Vulcano y

Casandra nunca equiparon a ningún caballero con tanto esplendor como a aquellos[25].

Puesto que estos cuatro bienes posibilitan tan brillantemente el que alguien sea hecho caballero, los encomendamos también a nuestro amigo Tristán. Que a él y al hombre de dignidad tomen de la mano, pues no hay manera mejor de proveerle que con los elementos y la hechura de que también sus acompañantes han sido magníficamente dotados. Así sea Tristán conducido a la corte y también a la plaza, con todo su armamento igual que sus camaradas, tan adornado y espléndido como ellos. Con ello me refiero a la indumentaria hecha por manos humanas, no al vestido congénito que procede de la cámara del corazón llamada distinción, que torna eufóricos a los hombres e incrementa su valor al igual que el de su existencia.

Tal vestido lo llevaban los acompañantes en proporción distinta a la de su señor. Sí —¡vive Dios!—, el noble y ambicioso Tristán vestía ropas especiales, que estaban preciosamente adornadas por su comportamiento y expresión. La finura de su comportamiento y otros méritos eran muy superiores en Tristán. Y sin embargo, en el vestido que cosieran manos humanas no había la más mínima diferencia. El digno jefe lo llevaba igual que todos los demás. De esta forma, el distinguido señor de Parmenia y todo su séquito llegaron juntos a la catedral, donde participaron en la misa y recibieron la bendición que les correspondía. Marc cogió a Tristán, su sobrino, de la mano y le ciñó la espada y las espuelas.

—Mira, Tristán, sobrino mío —le dijo—, ahora que tu espada ha sido bendecida y te has convertido en caballero, reflexiona sobre los valores caballerescos, acerca de ti y de quién eres. Ten presentes tus orígenes y tu dignidad. Sé modesto y auténtico, sincero y cortés. Muéstrate bondadoso con los pobres y orgulloso con los poderosos. Cuida y mejora tu imagen externa. Honra y ama a todas las mujeres. Sé generoso y digno de confianza, y nunca te abandones a la indolencia. Porque, por mi honor, creo que ni el oro ni la marta cebellina encajan mejor junto a la lanza y el escudo que la lealtad sincera y la generosidad.

Con esto le hizo entrega del escudo. Le besó y le dijo:

—¡Sobrino, ahora ve y que Dios con su poder te dé suerte como caballero! ¡Sé siempre un cortesano y mantén tu ánimo erguido!

Tristán, por su parte, dotó entonces a sus camaradas, tal y como su tío lo había hecho con él, de espada, espuelas y escudo. A todos recomendó con argumentos juiciosos que meditaran acerca de la modestia, la lealtad y la generosidad. Y entonces ya sí que no se esperó por más tiempo. Empezaron los duelos y las competiciones ecuestres, de eso estoy seguro. Acerca de cómo se lanzaron a caballo los unos contra los otros, cómo se atacaron con sus lanzas y cuántas de ellas partieron, de eso que os hablen los mozos, pues ellos ayudaron luego a recoger todas las cosas. Yo no puedo anunciar sus duelos como si fuese un heraldo. Solo una cosa haré a la que con gusto estoy dispuesto, testimoniar mi esperanza de que todos ellos incrementen su prestigio en todos los sentidos y de que Dios les conceda una vida caballeresca para que puedan ejercitar las obligaciones de su condición.

Si hay alguien capaz de padecer una tristeza constante durante una dicha incesante, entonces Tristán padecía una tristeza constante durante una dicha incesante.

Os lo voy a explicar. Su tristeza y su dicha tenían impuesto un final irrevocable. Porque todo lo que emprendía le salía generalmente bien, aunque la dicha estaba siempre entremezclada con dolor, por poco que se parezcan la una al otro. De esta forma ambos extremos, dicha incesante y dolor interminable, estaban unidos en un solo hombre. «Pero decidnos, por Dios, Tristán ha empuñado la espada y adquirido una dicha inmensa gracias a la dignidad de caballero. Oigamos, entonces, cuál es el dolor que puede acompañar esa dicha». Bien sabe Dios, una cosa que desde siempre ha inquietado a todo corazón no menos que al suyo; el hecho de que su padre hubiese sido muerto con violencia como sabía por Rual, atormentaba su ánimo. Así lo malo coexistía con lo bueno, la dicha con la tristeza, el amor con el dolor, unidos incesantemente en un solo corazón.

Todos señalan que la ira acosa a un hombre joven con mucha más ferocidad que a uno maduro.

Por encima de todo esplendor, corroían a Tristán el dolor y la tristeza escondida que no revelaba a nadie y cuya causa estaba en que Rivalín estuviera muerto y Morgan permaneciera con vida. Ese sufrimiento le

apesadumbraba mucho. El apesadumbrado Tristán y su fiel consejero, quien incluso fue llamado, de acuerdo con su lealtad, el noble Foitenant, cargaron de inmediato un barco poderoso con abundantes pertrechos y sin que nada faltara. Fueron hasta Marc y Tristán dijo:

—Querido señor, dadme permiso para marchar a Parmenia y comprobar, tal y como me habéis aconsejado, en qué estado se encuentra ese pueblo y ese reino que decís mío.

—Hazlo, sobrino —contestó el rey—. Bien es cierto que te echaré dolorosamente de menos, pero no quiero negarme a tu petición. Regresa a Parmenia, tu casa, con todo tu séquito. Si necesitas más caballeros, coge todos los que quieras. Coge caballos, coge oro y plata y todo cuanto precises, y decide tú mismo en qué proporción. Y a quienes escojas como acompañantes, trátalos con generosidad y amistad, para que te sirvan con alegría y te guarden lealtad. Queridísimo sobrino, vive y actúa del modo en que te enseña tu padre, el fiel Rual que está aquí al lado, quien tanta fidelidad y honor te ha dispensado hasta ahora. Y si Dios permite que te reconcilies allí y pongas en orden tus asuntos de un modo que sea correcto y honroso, entonces habrás de regresar. Vuelve aquí conmigo. Solemnemente te prometo algo, con esta mano te lo juro, que dividiré mi tierra y mis posesiones contigo con honestidad y para siempre. Y si ocurre para beneficio tuyo que sigues vivo a mi muerte, entonces te pertenecerá todo a ti. Porque por ti quiero permanecer soltero durante el resto de mi vida. Sobrino, has escuchado mi ruego y mis intenciones. Si me amas como yo te amo a ti, si sientes por mí lo que yo siento por ti, entonces acabaremos viviendo nuestras vidas —¡vive Dios!— alegremente y unidos. Ahora puedes marcharte. Que el hijo de María te proteja. ¡Y cuida con la máxima insistencia tus asuntos y tu prestigio!

Entonces ya no se entretuvieron por más tiempo. Tristán y su hombre de confianza Rual abandonaron Cornualles, junto con su séquito, poniendo rumbo a Parmenia.

Si ahora queréis escuchar cuál fue el recibimiento que se les dio a estos señores, entonces os contaré cómo, según yo he oído, fueron recibidos.

El jefe de todos ellos, el fiel e intachable Rual, fue el primero en pisar tierra. Allí se quitó cortésmente el sombrero y la capa y, corriendo sonriente

hacia Tristán, le besó y le dijo:

—Señor, en el nombre de Dios, ¡sed bienvenido por este reino y por mí! Mirad, señor, ¿veis este magnífico país junto a este mar? Ciudades fortificadas, fuertes murallas y muchos bellos castillos, ved, todo esto os dejó vuestro padre Canelengrés como herencia. Sed ahora valeroso y prudente. Lo que aquí veis, no lo perderéis jamás. A ello me comprometo yo.

Tras estas palabras y con el corazón desbordante se apartó contento. Con buen humor recibió entonces a todos los caballeros uno por uno. Empezó a darles la bienvenida del modo más completo y con sus palabras biensonantes, y tras saludarlos, los condujo al castillo Canoel. Las ciudades y fortalezas que desde el tiempo de Canelengrés estaban todavía bajo su custodia en los diversos lugares del reino se las entregó a Tristán siguiendo una fiel costumbre, junto con las suyas propias que a su vez había heredado de sus antepasados. ¿Para qué voy a seguir contando? Tenía riquezas y honra. Por eso ayudó a su señor como lo haría alguien que dispone de honra y posesiones, y ayudando a Tristán ayudó a los suyos. Un fervor tan solícito como el que él adoptó en su bondad y para beneficio de todos ellos no ha podido verse en otra parte.

¿Pero cómo? ¿Cómo pudo ocurrirme esto a mí? ¡Me he despistado! ¿Pero qué es lo que tengo en la cabeza? El que no haya prestado ninguna atención a la buena mariscala, la pura y fiel señora Floreta, muestra una falta de educación total. Pero voy a pedirle perdón a esta señora encantadora y enmendar mi falta. La noble, cortesana, bienintencionada, digna y más alta, estoy seguro de que no se limitó a saludar a sus huéspedes con palabras. Porque allí donde salió una palabra de sus labios, ya antes se le habían adelantado con mucho las buenas intenciones. Su corazón se elevó como si tuviera alas. Eran una y la misma cosa sus palabras y sus intenciones. Yo sé que se entremezclaron del todo, cuando dieron la bienvenida a los recién llegados. La buena Floreta, el modo en que su corazón se alegró al ver a su señor y a su hijo, de quien trata esta historia (me refiero a su hijo Tristán), eso lo veo verdaderamente claro dados los muchos y abundantes méritos y virtudes que, según he leído, tenía esta mujer extraordinaria. El que no eran pocos los que poseía lo demostró lo mejor que puede una mujer. Pues trató a su hijo y a su séquito con tanto honor, y les dio tantas comodidades, como jamás había experimentado caballero alguno.

Entonces se mandó llamar en toda Parmenia a cuantos señores y hombres poderosos tenían bajo su dominio ciudades fortificadas y castillos. Cuando se reunieron en Canoel y vieron y escucharon la verdad acerca de Tristán, tal y como la historia nos la cuenta y vosotros mismos la habéis

conocido, entonces brotaron de cada boca mil gritos de bienvenida. El reino y la población despertaron de un largo dolor y se alegraron sin tasa. Cada uno recibió su feudo, su pueblo y sus tierras de manos de Tristán, su señor. Juraron fidelidad y se convirtieron en sus vasallos. Durante todo el tiempo Tristán seguía sintiendo el secreto dolor que llevaba oculto en su corazón, y cuya causa era Morgan. Tal dolor no le dejaba nunca, ni por la mañana ni por la noche. Así que pidió consejo a sus amigos y vasallos y les dijo que era su deseo marchar a Bretaña, para recibir su feudo de manos de su enemigo, a fin de poder poseer así con mayor derecho la tierra de su padre. Esto es lo que dijo y lo que hizo. Abandonó Parmenia con su séquito, bien armado y pertrechado, como en justicia lo ha de hacer aquel que está firmemente decidido a acometer acciones peligrosas.

Cuando Tristán llegó a Bretaña, escuchó por casualidad y de buena fuente que el duque Morgan cabalgaba de caza por los bosques. Ordenó entonces que todos se apresuraran a coger las armas y a ponerse bajo sus vestidos sus corazas y armaduras, a fin de que nadie pudiese descubrir bajo sus indumentarias ni una sola pieza blindada. Todo fue hecho como él quiso. Encima se puso cada uno la capa de viaje, montando de esta guisa a caballo. Ordenaron a sus secuaces que regresaran tranquilamente sin llamar la atención ni detenerse, y ellos se dividieron en dos grupos. El mayor fue enviado a cubrir el camino de regreso y proteger a los secuaces. Cuando esto hubo sucedido, los que acompañaban a Tristán eran aproximadamente unos treinta caballeros, y los que iban de regreso unos sesenta o más. No pasó mucho tiempo antes de que Tristán viera perros y cazadores. A estos les preguntó dónde se encontraba el duque. Se lo dijeron y ahí se dirigió de inmediato. No tardó en encontrar en un paraje del bosque a muchos caballeros bretones. Habían levantado tiendas de campaña y cabañas en un prado, esparcidas entre las cuales había ramas y muchas flores relucientes. Tenían consigo a sus perros y halcones. Saludaron a Tristán y con él a su grupo cortésmente y le dijeron que su señor, Morgan, estaba cabalgando en el bosque muy cerca de allí. Hacia ese lugar se precipitaron. Encontraron a Morgan y a muchos caballeros bretones montados sobre sus caballos castellanos. Fueron al trote hacia ellos.

Morgan recibió a los extranjeros, cuyas intenciones desconocía, con hospitalidad y corrección, tal y como se debe recibir a los huéspedes. Los que estaban con él hicieron lo mismo. Uno por uno fueron acercándose para saludarlos. Tras este despliegue y cuando hubieron terminado las salutaciones, le dijo Tristán a Morgan:

—Señor, he venido a causa de mi feudo y deseo que me lo concedáis y no me neguéis lo que me corresponde por derecho. Entonces actuaréis de manera cortesana y correcta.

Morgan le contestó:

—Decidme, señor, de dónde venís y quién sois.

Le respondió Tristán:

—He nacido en Parmenia y mi padre se llamaba Rivalín. Yo soy su heredero, señor. Mi nombre es Tristán.

Morgan dijo:

—Señor, venís hasta mí con historias sin sentido, que igual que me las referís podíais callároslas. No hay mucho que pensar para mí: si os correspondiera algo por parte mía, lo recibiríais sin tardanza. Porque nada habría en contra de que fueseis digno de todos los honores a los que deberíais aspirar. Sin embargo sabemos todos, y es una historia que está en todos los lugares del reino, cómo Blancaflor se escapó con vuestro padre, la honra a que accedió con ello y el final que tuvo ese amorío.

—¿Amorío? ¿Qué queréis decir con eso?

—No tengo nada más que añadir al respecto, pues así es como ocurrió.

Dijo entonces Tristán:

—Señor, entiendo lo que queréis decir. Os referís a que yo nací de manera ilegítima y que por tanto perdí mi feudo y mi derecho a un feudo.

—Así es, buen hombre. Es lo que yo creo y conmigo muchos otros.

—Lo que decís son calumnias —dijo Tristán—. Yo era de la opinión de que a quien se le ha causado perjuicio es justo y necesario el mostrarle, cuando menos de palabra, razón y decoro. Si poseyeseis razón y decoro, no me diríais, puesto que me habéis perjudicado tanto, al menos esas cosas, que abren viejas heridas y aumentan una vieja culpa. Habéis matado a mi padre. Pero no con ello creéis que mi aflicción es lo bastante grande. Decís ahora que mi madre, quien me dio la vida, me dio a luz ilegítimamente. ¡Por

Dios Todopoderoso! Yo sé que muchos hombres distinguidos, cuyos nombres no puedo ni siquiera enumerar aquí, me han jurado lealtad como vasallos. Y si hubiesen tenido noticia de esa mácula en mí de la que habláis, ninguno hubiese permitido que su mano estrechara la mía. Ellos saben con exactitud cómo sucedieron las cosas, esto es, que mi padre Rivalín convirtió a mi madre en su esposa antes de su muerte. Si he de demostraros fehacientemente la verdad de cuanto digo, nada será para mí más fácil.

—Ya basta, ¡al diablo! —dijo Morgan—. ¿Para qué quiero vuestras pruebas? Vuestra espada no tocará jamás a nadie que perteneciera alguna vez a la corte.

—Eso lo veremos —dijo Tristán.

Sacó la espada y fue hacia él. Desde arriba le dio un tajo que le atravesó el cráneo y el cerebro y le llegó hasta la lengua. Entonces le clavó inmediatamente la espada en el corazón. Así se demostró la verdad de ese refrán que afirma que las deudas pueden estar enterradas, pero jamás pudrirse[26].

Los acompañantes de Morgan, los audaces bretones, no pudieron apoyarle o ayudarle con suficiente rapidez para impedir su muerte. Todos ellos, sin embargo, empuñaron como pudieron sus armas. Pronto hubieron formado un fuerte ejército. Los sorprendidos hombres se abalanzaron sobre sus enemigos con viril audacia. Nadie se preocupó de prepararse o protegerse. A todo galope se acercaban en grupos, empujando al enemigo a través del campo hacia el bosque. Se alzó entonces un gran griterío, llanto sonoro y quejas de dolor. Así se difundió la noticia de la muerte de Morgan causando gran tristeza, como si tuviera alas. La triste nueva alcanzó los castillos y la totalidad del reino. No tardó en discurrir por todo el país una sola queja: «¡Ay, nuestro señor está muerto! ¿Qué será ahora del reino? Bien, héroes valerosos, ¡salid ya de ciudades y castillos y castigad a estos extranjeros por el mal que nos han causado!». Y así los persiguieron con ataques continuos. Pero siempre se encontraban con que los extranjeros les ofrecían una intensa resistencia. Incluso respondían a menudo con todo el grupo con ataques sucesivos que daban muerte a muchos. Y en seguida se replegaban en retirada hasta el lugar donde sabían que se encontraba el resto de su tropa. De esta forma se unieron con los demás caballeros.

Entonces acamparon en una montaña bien defendida y pasaron allí la noche. En el transcurso de la misma el ejército del país se hizo tan fuerte y poderoso, que apenas despuntaba el día cuando ya estaban de nuevo empujando vigorosamente a los extranjeros hacia la huida, matando a muchos e irrumpiendo en sus filas con espadas y con lanzas, que estaban en poco tiempo desgastadas. Espadas y lanzas en verdad no duraban allí más que breve rato. Muchas se perdían porque eran arrojadas contra el grupo. Además, el pequeño ejército se defendía con tal bravura, que abundaban las pérdidas cada vez que sus adversarios se introducían entre ellos. Ambos bandos contendientes sufrieron gravísimas pérdidas, padeciendo y acarreando funestas desgracias para muchos. Así prosiguieron su enfrentamiento hasta que las fuerzas asediadas cedieron en su capacidad combativa, pues iban disminuyendo en número mientras el de sus adversarios iba aumentando. De la mañana a la noche incrementaron su número y su fuerza tan considerablemente, que volvieron a cercar nuevamente a los invasores, refugiados en un castillo rodeado de agua, desde el que se defendieron logrando sobrevivir esa noche. Asediado y rodeado de tropas su ejército, era como si hubiesen sido enjaulados. Los atribulados extranjeros, Tristán y los suyos, ¿qué hicieron entonces? Yo os contaré lo que les sucedió, cómo se desvanecieron sus apuros y lograron escapar con vida y vencer a sus enemigos.

Después de que Tristán hubo partido, como su consejero Rual le había sugerido, a fin de recibir su feudo y regresar luego de nuevo a casa, empezó a sentir el noble Rual una gran y persistente inquietud en su corazón, pues le preocupaba la suerte de Tristán. Él, sin embargo, no había aconsejado que fuera muerto Morgan. Reunió a cien caballeros y siguió a Tristán exactamente por la misma ruta. No tardó mucho en llegar a Bretaña. Enseguida se enteró de lo que había ocurrido. Y consecuentemente con las noticias que allí escuchó, se encaminó hacia los bretones y el asedio. Cuando se estaban aproximando y vieron al enemigo, ninguno de su grupo quiso exponerse a la vergüenza de quedarse atrás o escabullirse por un lateral. Unidos se acercaron al galope con las banderas ondeantes. De sus filas brotaban sonoras exclamaciones:

—¡Caballeros de Parmenia! ¡De Parmenia, caballeros!

Pendón tras pendón irrumpió en el campamento, repartiendo la desgracia y la destrucción. En mitad de sus tiendas de campaña infligieron a los bretones heridas mortales. Cuando los asediados vieron las banderas de su patria y escucharon sus consignas, buscaron una salida y galoparon hasta el exterior. Tristán inició un combate intenso. Entonces se cebó una gran desgracia en los nativos, que fueron agarrados y derribados, golpeados y atravesados. Sus líneas fueron rotas desde ambos lados. Además su capacidad combativa se veía paralizada por el hecho de que los dos pequeños ejércitos gritaban «¡Caballeros de Parmenia!» de manera incesante. Esto los dejó sin defensa. Ya no disponían ni de protección ni de capacidad defensiva, ni tampoco de espíritu de lucha. Solamente deseaban ocultarse y salvarse, ir corriendo a sus castillos y a los bosques. La batalla se volvió desigual. La huida era su mejor defensa y el modo más seguro de salvarse de la muerte.

Cuando la derrota del enemigo era indiscutible los caballeros establecieron su campamento en ese mismo lugar. Dieron tierra a los compañeros que yacían muertos en el campo de batalla. Los heridos los pusieron en camillas y regresaron a casa. Con esto Tristán se concedió a sí mismo su feudo y un reino más. Era señor y vasallo de un hombre del que su padre nunca obtuvo nada. Así impuso sus derechos y ordenó sus asuntos, «impuso» en relación con sus posesiones, «ordenó» en relación con sus sentimientos. La injusticia se había convertido del todo en justicia y su ánimo atormentado adquirido contento y ligereza. Tenía en sus manos la herencia de su padre y todo su país, incontestado y sin que nadie en aquel tiempo hubiera manifestado aspirar a sus posesiones. Entonces dirigió su pensamiento, tal y como le encomendara y aconsejara su tío cuando partió de su lado, de nuevo hacia Cornualles. Pero tampoco podía apartar su corazón de Rual, quien tanta nobleza de ánimo y lealtad paterna le había demostrado. Su corazón estaba entrañablemente apegado tanto a Rual como a Marc. Hacia estos dos se inclinaban sus sentimientos. Su sentir le lanzaba de un lado a otro. Que un hombre bondadoso nos diga: ¿Qué ha de hacer en este caso el noble Tristán, a fin de satisfacer las demandas de los dos y premiar a cada uno como es su obligación? Cada uno de vosotros sabe perfectamente que no puede hacer nada para evitarlo: a uno de los dos ha de

dejar, quedándose con el otro. Decidme, ¿cómo va a ser esto posible? Si regresa a Cornualles, hace que disminuya el valor de Parmenia y empaña igualmente la dicha y los sentimientos de Rual, junto con el placer de poseer lo que le debería alegrar. Pero si se queda, entonces prescinde de un prestigio más alto y no sigue el consejo de Marc, del cual depende todo su prestigio. ¿Cómo puede, pues, comportarse sin resultar perjudicado? Dios sabe que ha de volver allá. Eso hay que concedérselo con comprensión. Su honra debe crecer, su ánimo ha de refinarse más, si ello ha de redundar en su provecho y para asegurar su felicidad. Es completamente legítimo que busque y aspire a la honra. Si la fortuna le concede todo esto, entonces actúa con razón, pues es eso cuanto domina su pensamiento.

El inteligente Tristán llegó prudentemente a la conclusión de dividirse para sus dos padres del mismo modo que si se le partiera en dos. Se desgajó en dos mitades exactamente igual que un huevo, dándole a cada uno la parte que sabía que le venía mejor. A quien hasta ahora no haya oído nunca cómo se practica una división que afecte a la totalidad de la persona, se lo voy a decir. Nadie pone en duda que un hombre consiste en dos cosas: su personalidad y sus posesiones. Son estas dos las que hacen que en el mundo surja la disposición distinguida y la fama. Si, en cambio, separamos la una de la otra, convertimos el bienestar en pobreza. Un hombre a quien nadie respete pierde de esta manera su dignidad, y así este hombre solo valdrá la mitad, aunque no haya sufrido mutilación alguna. Lo mismo es válido para las mujeres. Tanto si se es hombre como si se es mujer: siempre serán las posesiones y la persona las que en unión compondrán la personalidad total. Pero si separamos las dos, no quedará nada de ninguna[27].

Esta cuestión la abordó Tristán con energía y decisión, llevándola hasta un buen final. Hizo que le trajeran hermosos caballos y vestidos preciosos, alimentos y cuantas otras cosas se precisan en las celebraciones, y organizó una fiesta. Hizo que invitaran a los más distinguidos del reino, de los que dependía todo el bienestar del mismo. Se comportaron como amigos y acudieron nada más ser llamados. También Tristán había preparado todo. Concedió a dos muchachos, a los hijos de su padre Rual, las espadas de caballeros, pues quería que fuesen herederos a la muerte de su padre. Y lo que con este motivo pudo disponer en cuanto a gastos en favor de la

dignidad y la honra de estos, no dudó en ponerlo en práctica esforzándose de la mañana a la noche con entrega decidida, tal y como si se tratara de sus propios hijos. Cuando fueron armados caballeros y con ellos otros doce compañeros, uno de esos doce compañeros era el cortesano Curvenal. El portentoso Tristán tomó a sus hermanos de la mano, pues era lo que su educación cortesana le indicaba, y los guió él mismo. Sus allegados y vasallos y todos cuantos —por sus dones o por su edad o por las dos cosas — eran razonables y despiertos fueron invitados inmediatamente a acudir a la corte. Ahora están todos allí, señores. Tristán se levantó ante ellos y les dijo:

—Señores, a quienes por siempre quiero servir alegremente con sinceridad y lealtad hasta donde lleguen mis fuerzas, parientes y apreciados vasallos, a cuyo favor debo todos los honores que Dios ha querido concederme, con vuestra ayuda he arreglado todo lo que me proponía y deseaba. Aunque Dios me lo ha otorgado, sé perfectamente que se ha cumplido gracias a vuestra valiosa ayuda. ¿Qué más voy a decir? En estos pocos días me habéis dispensado en múltiples ocasiones vuestro sentido del honor y de la justicia, lo cual despeja para mí cualquier duda. El mundo se desplomaría en pedazos antes de que me negaseis alguna vez cualquier deseo. Amigos, vasallos y todos los que por sus propios méritos están aquí por mi causa, no dejéis que mis palabras os desagraden excesivamente. Digo y proclamo ante vos todos que mi tío ha puesto su país a disposición mía y que por favorecerme quiere permanecer soltero, a fin de que me convierta en su heredero. Quiere que viva junto a él dondequiera que se encuentre o adondequiera que vaya. He tomado la determinación de acceder a su deseo y regresar con él. Los impuestos y beneficios que me corresponden en este reino se los concedo a mi padre Rual y los dejo en sus manos. Si me fueran mal las cosas en Cornualles y me quedo o muero allí, este feudo será suyo en herencia. Ahí tenéis a sus dos hijos y a otros descendientes suyos. Toda su estirpe ha de tener derecho sobre ella. Mis vasallos y servidores, así como el señorío sobre el reino, permanecerán en mis manos mientras siga con vida.

Entonces se levantaron hondas quejas entre todos los caballeros. Quedaron todos desalentados, perdiendo completamente la confianza y la

esperanza.

—Ay señor —decían—, habría sido mucho mejor si no os hubiéramos visto nunca. Entonces no sentiríamos este dolor del cual sois el causante. Señor, nuestra esperanza y nuestros deseos se encaminaban todos a que os quedaríais siempre con nosotros. Pero no, para aflicción nuestra, la vida de todos nosotros, la que había de darnos alegría, está muerta y enterrada si vos os vais. Señor, habéis aumentado y no disminuido nuestras tribulaciones. La suerte de todos nosotros se había levantado un poco, pero ha vuelto a hundirse ahora.

Sé con toda seguridad que, por grande que fuera su aflicción, por mucha tristeza que les produjera la noticia, fue al mariscal, a Rual, a quien beneficiaba y quien tanto ganaba con la misma incrementando su prestigio externo, a quien con mayor intensidad le dolió en el corazón. Era un feudo lo que se le estaba dando, pero —¡vive Dios!— nunca había recibido nada con tanta tristeza. Rual y sus dos hijos recibieron por tanto el feudo y la herencia de la mano de su señor, Tristán. Tristán encomendó reino y pueblo a la voluntad de Dios y se puso en camino. Con Tristán iban su maestro Curvenal y Rual y sus otros vasallos y la totalidad del pueblo —¿creéis que eran pequeños el dolor y la tristeza por causa de su señor?—. Yo lo sé a ciencia cierta: Parmenia estaba llena de lamentos y de quejas. Su tristeza tenía fundamento. La mariscala Floreta, que era honorable y leal, padeció mucho, como le corresponde con total legitimidad a una mujer a la que Dios ha regalado una vida acorde con su honor como mujer.

¿Cómo he de proseguir mi narración? Cuando el Tristán sin tierra llegó a Cornualles, recibió inmediatamente una noticia que le llenó de pesar: de Irlanda había venido el muy poderoso Moroldo, que bajo la amenaza de iniciar una guerra le exigía a Marc tributo por los dos países, por Cornualles y por Inglaterra. La cuestión del tributo era de la siguiente manera. Según he leído en la historia y dice también el relato, reinaba entonces en Irlanda un rey que se llamaba Gurmún el Audaz. Había nacido en África, donde su padre fue rey. A la muerte de este, recayó su reino en él y en su hermano, que era también heredero. Pero Gurmún era tan ambicioso de poder y orgulloso, que no quería dividir sus posesiones con nadie. Su corazón no le daba descanso: quería ser él mismo quien mandase. Se buscó a los hombres

más fuertes, más valientes y más aptos para el combate que se conocían, caballeros y escuderos, y que pudo ganar para su causa mediante sus riquezas y su carácter cortesano. En ese instante dejó la totalidad del reino en manos de su hermano. Se marchó de allí y dejó que los famosos y poderosos romanos le otorgaran el permiso y la garantía de que todo lo que sometiera a su poder mediante la fuerza habría de pertenecerle, en tanto les cediera diversos beneficios y privilegios. Entonces no esperó por más tiempo. Con un poderoso ejército cruzó mares y tierras hasta llegar a Irlanda, venciendo al país y obligándolo mediante la guerra a que en contra de su voluntad lo coronara como su rey y señor. Desde entonces los vencidos habían ayudado una vez y otra a conquistar mediante agresiones y guerras los países limítrofes; de esta manera sometió también a Cornualles e Inglaterra. Por aquel entonces, sin embargo, era Marc todavía un niño, y como los niños no pueden defenderse, perdió de este modo su poder quedando obligado a pagarle tributo a Gurmún. Además de esto también le sirvió de mucho a Gurmún e incrementó su poder y su honra el que tomara a la hermana de Moroldo. Esto le hacía más temido. Moroldo era un duque de allí a quien también le habría gustado mucho dominar un país para él. Pues era muy audaz y poseía tierras y enormes riquezas, además de fuerza y virilidad. Él era su campeón.

Pero en lo que atañe al tributo, que se enviaba a Irlanda desde todos los reinos, os diré en verdad lo siguiente. Al primer año les enviaban trescientos marcos de cobre y nada más; al segundo, plata y al tercero, oro. Al cuarto venía Moroldo, la fuerza de Irlanda, preparado para la lucha y el enfrentamiento. A su encuentro se mandaban barones y hombres de igual rango de Cornualles e Inglaterra. Estos echaban a suertes, y ante su presencia, quiénes le habrían de entregar a sus hijos. Tenían que ser muchachos aptos para el servicio que se precisa en la corte, dóciles y de aspecto agradable, pero no muchachas. Debían ser treinta de cada país, sin que nadie pudiera librarse de esta infamia sino a través del duelo o la guerra. Sin embargo, no les era posible obtener justicia mediante una guerra abierta, pues los países se hallaban demasiado debilitados. Además Moroldo era tan fuerte como malicioso y brutal, con lo que ningún hombre que le mirara tenía más deseos de atacarle de los que sentiría una mujer. Y cuando

el tributo había sido enviado a Irlanda y se acercaba de nuevo el quinto año, ambos países se veían obligados a enviar al llegar el solsticio mensajeros que fueran gratos a Roma, a fin de que les fuera dicho qué leyes y disposiciones eran las emitidas por el poderoso senado para cada uno de los países que estaban sometidos a Roma. Porque cada año se les leía y comunicaba allí cómo habían de ejercer el derecho y las leyes, así como celebrar los juicios, según los modos romanos. Y habían de seguir al pie de la letra las instrucciones que allí se les entregaban. Este tributo y este regalo lo hacían llegar cada cinco años a la digna Roma, su señora, los dos reinos. Pero no le hacían este honor a causa de alguna ley o por mandato divino, sino siguiendo las órdenes de Gurmún. Ahora vamos a retomar el hilo. Tristán supo de esta desdicha en Cornualles. Por los demás ya antes había conocido las condiciones bajo las cuales fue exigido tal tributo. Sin embargo, cada día escuchaba cómo la población se expresaba acerca de la ignominia y el dolor del país, fuera a donde fuese, pasando por castillos y ciudades. Y cuando llegó de vuelta a Tintayol, a la corte, ved, entonces escuchó en todas las calles y en todos los pasadizos tales lamentos de dolor, que le afectaron profundamente. Pronto le llegó a Marc y a la corte la noticia del regreso de Tristán. Todos se alegraron, al menos con la alegría que podían sentir dada su tristeza. Porque los más distinguidos que cabía encontrar en Cornualles habían llegado en ese momento todos a la corte —para su humillación, como habéis escuchado—. Los distinguidos barones del país sorteaban allí la desgracia de sus hijos. Así los encontró Tristán a todos rezando de rodillas. Cada uno hacía esto sin avergonzarse o esconderse, con lágrimas en los ojos y una profunda aflicción en cuerpo y alma, para que el buen Dios protegiese y cuidara de su estirpe y de sus hijos. Estaban todos en mitad de la oración cuando entró Tristán. ¿Qué recibimiento tuvo? Esto se dice muy pronto. En realidad no fue saludado Tristán por todo el séquito, ni por un solo hombre, ni siquiera por Marc, con la misma simpatía que habría habido si la tristeza no lo hubiese impedido. Pero Tristán no prestó atención a esto, sino que se dirigió audazmente al lugar en el que se estaba celebrando el sorteo y donde estaban sentados Moroldo y Marc.

—Señores —les dijo—, os hablo a todos juntos para referirme de una sola vez a cuantos han venido corriendo a este sorteo para vender su distinción. ¿Es que no os avergonzáis de la ignominia que está sufriendo este reino a causa vuestra? Por valientes que seáis normalmente en todo lo demás, deberíais por derecho manteneros vos y vuestra patria más honrada y respetada e incrementar aún más su honor. Sin embargo habéis entregado vuestra libertad atada de pies y manos a vuestros enemigos en forma de un tributo vergonzoso. Y vuestros nobles hijos, que habrían de ser vuestra alegría, vuestra dicha y el contenido todo de vuestras vidas, los dais y los habéis dado como si fueran siervos y esclavos, sin que podáis tan siquiera demostrar quién es el que os obliga y qué necesidad es la que os impone esto, a excepción de un duelo y un hombre. No hay ninguna otra razón poderosa. Y no podéis encontrar en vuestras filas ni uno solo que ponga su vida en juego, bien para ser derrotado o para vencer. Y dado el caso de que caiga, en verdad que una muerte tan breve y esta opresión que no cesa son, tanto en el cielo como en la tierra, de peso muy distinto. Pero si ese hombre vence y la injusticia es derrotada, entonces será dueño para siempre allí del premio de Dios y aquí del prestigio. Sí, los padres han de dar por sus hijos, con cuyas vidas están firmemente unidas las suyas, sus propias vidas. Esto es lo que manda Dios. Así que obra contra la ley divina el que arroja la libertad de sus hijos a la esclavitud, convirtiéndolos en siervos para poder vivir en libertad él mismo. Si he de aconsejaros qué vida llevar que agrade a Dios y sea honrosa, entonces en verdad os aconsejo que busquéis a un hombre, dondequiera que podáis encontrarlo entre la población de este reino, que se halle presto al combate y dispuesto a someterse al destino, tanto si sobrevive como si no lo hace. Rezad todos por él y pedidle a Dios sobre todo que el Espíritu Santo le conceda suerte y una lucha honrosa, y que no se atemorice ante la estatura y la fuerza de Moroldo. Que tenga confianza en Dios, que hasta ahora no ha abandonado a nadie que tuviera la razón de su parte. Decidíos con rapidez. Recapacitad de inmediato cómo podéis alejar esta afrenta y salvaros de un solo hombre. No volváis a rebajar vuestro rango y vuestra honra.

Entonces dijeron todos:

—Ay, señor, eso no vale con este hombre. Nadie puede triunfar sobre él.

Tristán respondió:

—¡No habléis así! Por el amor de Dios, recapacitad: por vuestro origen estáis equiparados a todos los reyes y sois del mismo rango que todos los emperadores. ¿Es que queréis que vuestros nobles hijos, que son tan nobles como vos, sean entregados y sacrificados para convertirse en esclavos? Y si no podéis animar a nadie que se atreva, ante vuestra aflicción y la desesperada situación del reino, a luchar contra este hombre por lo que es justo en el nombre de Dios, entonces dejadlo en manos de Dios y en las mías. Ciertamente, señores, en ese caso yo mismo quiero entregarle en el nombre de Dios al destino mi juventud y mi vida, y atreverme a acometer esta lucha por vos. ¡Dios quiera que la victoria nos sonría y que vosotros recobréis lo que es vuestro por derecho! Incluso si me llevo lo peor de esta lucha, nada queda dicho sobre la justicia de vuestra posición. Si yo soy muerto, el problema de ninguno se verá por ello resuelto o aumentado, ni aligerado ni intensificado. Sigue siendo el mismo de antes. Pero si todo sale bien, entonces fue en verdad la voluntad de Dios, y solo a Dios hemos de darle gracias. Porque aquel con quien tengo que luchar a solas ha probado su valor y su fuerza, según he oído, en enfrentamientos caballerescos desde hace mucho tiempo. Yo, en cambio, apenas estoy estrenándome en el valor y en la fuerza, y no destaco tanto en el combate como para nosotros sería bueno. Bien es verdad que al combatir tengo en Dios y en la justicia dos ayudas capaces de darme el triunfo y que irán conmigo a la lucha. Cuento, además, con mi firme determinación, que también ayuda a la hora de luchar. Y si estos tres están conmigo, incluso si por lo demás cuento con poca experiencia, entonces tengo esperanzas fundadas de mantenerme victorioso ante este hombre.

—Señor —dijeron entonces los caballeros—, que la fuerza sagrada de Dios, que creó todo el mundo, os recompense por el consuelo, la ayuda y la feliz esperanza que a todos nos habéis transmitido. Señor, dejadnos todavía deciros algo: de nada sirven nuestras conferencias. Si la fortuna, por cuya consecución tantas veces nos hemos esforzado antes cada vez que se presentaba el problema, lo hubiera querido, no habríamos tenido que aguardar hasta ahora. No hemos discutido solo una vez aquí en Cornualles acerca de nuestro temor. A menudo nos hemos reunido para hablar de ello

sin encontrar entre nosotros a ninguno que no prefiriese entregar a su propio hijo antes que perder su propia vida ante este hombre diabólico.

—¡Pero qué estáis diciendo! —dijo Tristán—. Ya han ocurrido muchas cosas. En numerosas ocasiones se ha visto cómo la soberbia ilegítima era quebrada con una fuerza reducida. Esto podría en cualquier momento repetirse, con alguien que se atreviera a intentarlo.

Moroldo estaba escuchando todo esto y le desagradó mucho que Tristán reclamara con tanta insistencia un duelo, a pesar de que aún parecía muy joven. Prosiguió diciendo Tristán:

—Bien, señores, manifestaos. ¿Qué debo hacer ahora?

—Señor, si pudiese ocurrir que la esperanza que habéis despertado en nosotros se hiciera realidad, no sería otro nuestro deseo —respondieron todos ellos.

—¿Es eso lo que queréis? —les dijo—. Puesto que ha pasado tanto tiempo antes de que esta determinación recayera en mí, y si Dios lo permite, voy a intentar averiguar si Dios os ha destinado a encontrar la fortuna por intermedio mío y me la ha destinado a mí mismo.

De este propósito quiso apartarle Marc con todas sus dotes de convicción. Confiaba en lograr el que, si él se lo ordenaba, abandonara sus planes. Por Dios, ¡no! No lo hizo. Ni las órdenes ni las súplicas consiguieron inducirle a cambiar de idea. Tristán, por el contrario, se dirigió hacia el lugar donde estaba sentado Moroldo y le dijo:

—Decidme, señor, en nombre de Dios, ¿qué estáis haciendo aquí?

Moroldo le respondió en el acto:

—Amigo, ¿por qué preguntáis? Sabéis perfectamente lo que estoy haciendo aquí y lo que pretendo.

—¡Escuchad aquí todos, mi señor el rey y todo su séquito! —volvió a decir el inteligente Tristán—. Señor Moroldo, tenéis razón, lo sé perfectamente. Aunque es vergonzante, nadie puede ignorar esta historia. Hace ya mucho que se viene enviando de aquí y de Inglaterra sin ningún fundamento legal el tributo a Irlanda. Mucho tiempo se ha venido insistiendo en ello con fuerte presión y pura violencia, porque se arrasaron en el reino castillos y ciudades, y se causó además a la población un daño tan grave y tan grande, que se vio cubierta de violencia e injusticia y los

valientes soldados que habían podido, empero, sobrevivir, hubieron de someterse a todo lo que se les ordenaba, dado que temían por sus vidas y no podían hacer otra cosa en la situación en la que se encontraban. De este modo se estableció una gran injusticia, que se sigue cometiendo incluso hoy como vos mismo podéis apreciar. Y en verdad que ya es hora hace mucho tiempo de que ellos se opongan violentamente a esta gran ignominia. Pues no en vano han hecho grandes progresos. Los reinos se han fortalecido gracias a la población propia y a la que ha inmigrado, así como en cuanto a ciudades y fortificaciones, a posesiones y prestigio. Hay que restablecer el derecho que se lesionó anteriormente. Toda nuestra salvación residirá de aquí en adelante en la violencia. Si alguna vez deseamos alcanzar el bien para nosotros, habremos de lograrlo por la fuerza mediante una guerra y sus campañas. En lo que respecta a hombres, estamos bastante bien, pues ambos reinos están llenos de seres humanos. Se nos ha de restituir lo que nos han robado por la fuerza durante toda nuestra vida. Iremos nosotros mismos a por ello en cuanto Dios nos lo permita. Lo que tengan ahí nuestro y nos pertenezca —ya sea mucho o poco—, sepa quien me siga en mi determinación y haga caso de mi consejo que todo nos será devuelto hasta el último céntimo. Nuestro cobre podría entonces transformarse en oro rojo. En la tierra han sucedido muchas cosas curiosas con las que nadie contaba. Y los nobles hijos de estos señores, que se han convertido en esclavos, podrían recobrar su libertad, incluso aunque a ellos les parezca inimaginable. ¡Dios quiera concedérselo! Porque en su nombre le suplico que yo mismo con estas manos, y en compañía de estos paisanos, pueda clavar nuestra bandera en Irlanda y humillar por intermedio mío ese reino.

Moroldo repuso:

—Señor Tristán, si os hubierais preocupado menos por estos tratados y planes, os habría ido mejor. Porque por mucho que aquí se hable, nosotros no vamos a estar dispuestos a prescindir de lo que nos corresponde por derecho.

Con esto se detuvo ante Marc y le dijo:

—Decid, rey Marc, dejad que os escuche, y vosotros todos los que aquí estáis para tratar conmigo acerca de vuestros hijos, explicadme con claridad: ¿es esa vuestra voluntad, y estáis todos decididos a poner en

práctica lo que vuestro portavoz el señor Tristán ha expresado en su alocución?

—Sí, señor, esa es nuestra común decisión, nuestra voluntad y nuestra intención, sea lo que sea lo que él diga o haga.

Moroldo contestó:

—Así que rompéis con mi señor y conmigo vuestra lealtad y vuestro juramento y todo el tratado que era válido entre nosotros.

Entonces el cortesano Tristán volvió a tomar la palabra:

—No, señor, ahí nos estáis calumniando. No suena bien si a una persona se le niega su lealtad en el cumplimiento de un tratado. Ninguno de nosotros quiebra juramento alguno o lesiona un tratado. Antaño se acordaron una promesa y un trato que se deben respetar: el que cada año enviarían a Irlanda voluntariamente desde Inglaterra y Cornualles el tributo que les fue estipulado, o que se defenderían del mismo mediante el duelo o la guerra. Si aún permanecen dispuestos a mantener lo tratado y jurado, ya sea mediante el tributo o la lucha, no están actuando de modo ilegítimo. Pensad en ello, señor. Reflexionad y comunicadme lo que preferís. Ya os decidáis por el duelo o por la guerra, eso os lo aseguraremos y concederemos en cualquier momento. La lanza y la espada han de dirimir ahora nuestras diferencias. Escoged una de las dos cosas y comunicadnos la elección. El tributo ya no es de nuestro agrado.

—Señor Tristán, la decisión es rápida —replicó Moroldo—. No me caben dudas respecto a lo que prefiero. No tengo aquí conmigo hombres suficientes como para que pudiera emprender una guerra convenientemente preparado. Vine a través del mar con una pequeña tropa, pues mis intenciones eran pacíficas, tal y como lo fueron anteriormente. No pensé que las cosas se encarrilarían de este modo. De estos barones no esperaba una reacción así. Pensé que volvería a marcharme en mi barco contando con la aprobación legal y el consenso. Ahora me habéis propuesto un combate para el que todavía no estoy preparado.

—Señor —dijo Tristán—, si queréis una guerra, regresad entonces a casa en vuestro barco, convocad a vuestros caballeros, reunid todo vuestro aparato militar y regresad de nuevo para que veamos qué va a suceder con nosotros. Y si al cabo de medio año no lo habéis hecho, tened cuidado en

casa con nosotros, pues iremos a buscaros con seguridad. Se nos ha dicho anteriormente que la violencia ha de ser contestada con violencia y el poder con el poder. Puesto que con la guerra se humillan países y sus derechos y se convierte en esclavos a señores, confiamos en Dios para que nuestra ignominia sea alguna vez castigada en vuestra propia carne.

—Dios sabe, señor Tristán —dijo Moroldo—, y yo lo admito, que a quien no haya escuchado nunca tales bravatas y amenazas, estas palabras han de atemorizarle y causarle inquietud. Pero no es probable que me impresionen a mí. He asistido a menudo a parecidos despliegues de bravuconería y presunción. Estoy convencido de que no hay razón para que Gurmún se inquiete por su reino y por su pueblo ante vuestras banderas y vuestra mano. Por lo demás, esta altanería de quebrar el juramento que os une con nosotros no tendrá que esperar a ser dirimida en Irlanda. Nosotros mismos con nuestras propias manos decidiremos en el lugar del combate si vos o yo tenemos razón.

—Eso lo demostraré con la ayuda de Dios. Y quiera Él destruir al que no la tiene de los dos —repuso Tristán. Se quitó el guante, se lo ofreció a Moroldo y dijo—: ¡Ved, señores! Que el rey, mi señor, y los suyos se dignen a escuchar cómo acordamos esta lucha, a fin de que nadie me acuse de ir contra las reglas. El que ni el señor Moroldo, que está aquí, ni aquel que lo ha enviado hasta aquí, ni nadie, tuvo alguna vez derecho a exigir mediante violencia un tributo de Cornualles e Inglaterra, lo voy a corroborar y demostrar en este lugar con esta mano, mostrándole a Dios y al mundo en la cabeza de este señor que está a mi lado, quién es el autor de la vergüenza y la ignominia que desde antaño han padecido estos países.

Entonces muchos se dirigieron a Dios con el corazón y los labios, para que el Señor todopoderoso tomara en consideración su vergüenza y su desgracia y los liberara de la servidumbre. Pero por grande que fuera su inquietud ante este duelo, Moroldo estaba poco impresionado, más bien parecía dejarle impertérrito. El hombre experimentado en tantos combates aceptó el desafío. También le ofreció una prenda para el combate con gesto fiero y actitud orgullosa. Esta aventura parecía que era completamente de su gusto. Contaba con salir brillantemente airoso.

Cuando se hubieron intercambiado todas las comunicaciones, la lucha entre los dos señores fue fijada para el tercer día. Al amanecer del día tercero, se acercaron tantos caballeros y tanto pueblo, que el lugar junto al mar estaba atestado de personas. Moroldo fue a armarse. Con la descripción de su armadura y de su fuerza no quiero desgastar y recargar mi atención vigilante ni el agudizado poder visual de mi arte poética a través de una observación detallada, a pesar de que a menudo hubiera sido incluido entre los mejores en lo tocante a audacia masculina: muchos relatos dicen sobre él que en lo que se refiere a valor, fuerza y estatura era alabado generosamente en todos los reinos. Este elogio ha de bastarnos aquí. Yo sé con exactitud que entonces y siempre podía confiar en luchas y enfrentamientos según las leyes de la caballería totalmente en su propia fuerza. Ya lo había hecho en muchas ocasiones.

Al noble rey Marc la lucha le producía una tristeza tan dolorosa, que no ha habido mujer atemorizada que sufriera tales padecimientos por un hombre. Él estaba totalmente convencido de que Tristán moriría, y con sumo agrado habría consentido en soportar para siempre los padecimientos relacionados con el tributo, si ello hubiese servido para impedir el combate. Sin embargo, tanto lo uno como lo otro encontraron mejora, tanto en relación al tributo como en relación al hombre. Tristán, que no tenía experiencia en empresas tan arriesgadas, comenzó en seguida a vestirse con una cota de malla tan bien como supo. El cuerpo y las piernas fueron cuidadosamente protegidas con una sola pieza. Sobre esta se colocó una armadura fina, dos canilleras y un peto, que eran claros y relucientes porque el maestro que los labró había puesto en ellos todo su entusiasmo y todo su buen hacer. Su amigo Marc y su fiel ayudante le pusieron también dos espuelas fuertes y distinguidas con el corazón compungido. Con sus propias manos se puso él las correas que habían de sujetar sus armas. Fue traída su armadura, que, según he oído, había sido diseñada con extraño primor y realizada con una delicadeza aún mayor por unas damas que con sus agujas habían bordado los bordes y pliegues en sus bastidores. Ah, cuando se la puso, ¡qué atractivo y festivo se veía en ella! Sobre ello podríamos hablar mucho. Pero no quiero extenderme demasiado. Si describiera todo con tanto detalle como debería ser mi obligación, la historia se prolongaría

demasiado. Pero hay aún una cosa que debéis conocer. El hombre le cuadraba mejor a la indumentaria, haciéndola partícipe de más encomio y prestigio, que, a la inversa, la indumentaria al hombre. Por suntuosa y meritoria que fuese la armadura, en modo alguno era acorde con la dignidad de aquel que la vestía. Además de esto, Marc le ciñó una espada que para él significó su vida y su corazón, y gracias a cuya ayuda se salvó de Moroldo y de muchos otros apuros posteriores. A él le sentaba muy bien, y encajaba tan bien en su sitio, que no se movía ni hacia arriba ni hacia abajo, quedándose en el lugar que debía. Le trajeron un yelmo que era claro como un cristal, puro y firme, el mejor y más soberbio que jamás llevara caballero alguno. Yo creo que nunca había llegado a Cornualles un yelmo tan bueno. En la punta llevaba una flecha, símbolo del amor, ese amor que en él se realizaría más tarde, aunque aún faltara mucho tiempo. Marc se lo puso encima y le dijo:

—Ay, sobrino, haberte visto me hace lamentarme ante Dios con todo mi corazón. Si sufro dolor por tu causa, quiero prescindir de todo lo que puede dar alegría a un hombre.

Le trajeron también un escudo. Manos diestras habían empleado en él toda su laboriosidad. Era blanco como la plata, para hacer juego con el yelmo y la armadura. Había sido pulido hasta brillar al máximo y estaba dotado de un resplandor reluciente, igual que si se tratase de un espejo nuevo. Sobre él había un jabalí cortado con gran maestría de marta cebellina negra como el carbón. También este se lo colocó su tío. Le sentaba bien a este hombre tan majestuoso, apegándose a su costado como si estuviera sujeto con cola. Cuando el digno, apuesto y juvenil Tristán hubo recibido el escudo, estas cuatro cosas, yelmo y cota de malla, escudo y canilleras, se reflejaron con tal esplendor las unas en las otras, que parecía como si un artista hubiese diseñado las cuatro a fin de que la belleza de cada una compitiera con las restantes, aumentándose así la de todas ellas. Nada podía igualarse al brillo de estos cuatro objetos. Pero ¿qué hay del nuevo prodigio que se hallaba dentro y debajo de ellas para perjuicio y terror de sus enemigos, es que carecía de peso en comparación con la extraordinaria artificiosidad que había sido desplegada hacia el exterior? No me cabe ninguna duda. Fuera cual fuese el aspecto externo, el interior había

sido calculado, conformado y creado mejor que el equipamiento exterior para responder al paradigma de la caballería. La obra de arte que había en el interior respondía en disposición e intenciones a un diseño digno de elogio. El arte del artista se hacía ahí particularmente patente. Su pecho, sus brazos y sus piernas eran espléndidos y fuertes, bien formados y nobles. La armadura le quedaba bien y luminosa. Un escudero sujetaba su caballo. Ni en España ni en ningún otro lugar se crió jamás un corcel más maravilloso. En ningún punto estaba enflaquecido. Era ancho y fuerte en el pecho y las ancas, vigoroso de flancos y perfecto atrás y adelante. Sus cascos y sus patas se correspondían exactamente con todas las normas y ordenanzas: los cascos abombados, rectas las patas, delgadas las cuatro como las de un corzo. Además era recio y trabado. En la parte anterior a la silla y alrededor de la caja torácica tenía la forma que debe tener un caballo. Llevaba una manta blanca, clara y luminosa como el día, igual que la armadura, y era tan larga y suntuosa que colgaba hacia abajo, llegándole al corcel casi hasta las rodillas. Cuando por fin estuvo Tristán preparado con dignidad y perfección, siguiendo las costumbres de la caballería y según las normas de los duelos, todos cuantos entendían algo de caballeros y armaduras coincidieron en señalar que nunca habían visto un caballero o una armadura que tuvieran mejor aspecto. Pero si todo esto era hermoso, aún ganó en magnificencia cuando se subió al caballo y tomó la lanza en sus manos. Los que le veían se entusiasmaban de ver a un caballero tan señorial, tanto de la silla para arriba como para abajo. Brazos y hombros tenían bastante libertad para moverse. Él sabía cómo sentarse y encajar en la silla de la manera en que se debe hacerlo. A ambos lados del caballo se extendían sus hermosas piernas, rectas y regulares como fustes. Ahí estaba el caballo, ahí el hombre, y ambos encajaban tan bien juntos, que parecía como si hubiesen nacido y crecido así, en una sola pieza. La postura era selecta, firme y erguida sobre el caballo. Pero fuera como fuese su postura y su aspecto, su disposición interna estaba constituida con tanta honestidad y calidad, que jamás hubo mayor nobleza y personalidad más pura unidas bajo un mismo yelmo.

A ambos contendientes se les señaló como lugar del duelo una pequeña isla en el mar que estaba tan cerca de la orilla y de la multitud, que todo cuanto ocurriese en la isla era bien visible desde tierra firme. También se

estipuló que nadie podría ir a donde estaban los dos hombres hasta que no hubiese concluido el combate. A ello se atuvieron todos escrupulosamente. Entonces les hicieron entrega a los dos combatientes de sendas barcas, capaces cada una de llevar a un hombre con su caballo y armamento. Las barcas estaban ya aguardándoles. Moroldo cogió una, y tomando en sus manos el remo pasó al otro lado. Y cuando llegó a la isla, dejó su barca amarrada en la orilla. En seguida montó en su caballo, tomó la lanza en sus manos y galopó por toda la isla en una vigorosa exhibición que le llevó de un lado a otro. Su acometida con la lanza enristrada daba una impresión de tanta facilidad y ligereza que parecía constituir una diversión para él. Tristán se dirigió a la otra barca, tomó su armamento, su caballo y su lanza, y desde la proa de la embarcación dijo:

—Mi rey, señor Marc, no os preocupéis demasiado por mí y por mi vida. Dejémosla en manos de Dios. De nada nos sirve ahora el temor. ¿Qué diremos si las cosas salen mejor de lo que esperábamos? Nuestro triunfo y nuestra dicha no dependen de ninguna caballería, sino exclusivamente del poder de Dios. Abandonad todo temor, pues yo saldré airoso del combate con seguridad. Nada me preocupa en lo que respecta a esta cuestión. ¡Pensad, pues, vos lo mismo! ¡Estad tranquilo! Todo tendrá el desenlace que tenga que tener. Sea cual sea el resultado final de este asunto, encomendad hoy vuestro reino y vuestro pueblo al mismo a quien yo me encomiendo: nada más que a Dios, quien estará conmigo en el lugar del combate. ¡Que Él ayude al justo a alcanzar lo que es justo! En verdad, Dios ha de vencer conmigo o ser derrotado junto a mí. ¡Que Él cuide y proteja lo que es justo!

Con estas palabras los bendijo, y en el nombre de Dios se apartó de la orilla. De más de una boca salieron peticiones a Dios para que fueran preservadas su salud y su vida. Más de una mano noble le envió de corazón su bendición mientras se alejaba. Cuando arribó al otro lado, dejó que su barca se fuera a la deriva y se puso en pie en seguida. Moroldo se le acercó rápidamente y le preguntó:

—Dime, ¿qué significa eso y por qué motivo has dejado que la barca se alejara a la deriva?

—Lo he hecho por esta razón: aquí hay una embarcación y dos hombres, mas no hay ninguna duda de que, si no mueren los dos, uno de ellos quedará sin vida en esta isla. Entonces el que venza tendrá bastante con la barca que te trajo a ti hasta esta isla.

Moroldo respondió:

—Veo que no hay alternativa. El combate ha de tener lugar. Si tú quisieras renunciar a él y nos separáramos habiendo acordado que yo conservaría mi derecho a recibir tributo de ambos reinos, podrías dártelas de muy afortunado. Pues me causa gran dolor el tener que matarte. Nunca me gustó tanto un caballero ni vi a nadie como tú.

El valiente Tristán le dijo:

—El tributo ha de ser abolido si hemos de reconciliarnos.

—Ciertamente —le repuso el otro—, así no podemos reconciliarnos ni llegar a ningún acuerdo. He de llevarme el tributo conmigo.

—Entonces nada de lo que estamos diciendo tiene el más mínimo sentido —dijo Tristán—. Moroldo, si estás tan seguro de que vas a matarme, entonces defiéndete si es que quieres sobrevivir. No hay otra solución.

Hizo girar a su caballo y tras doblar siguió en línea recta. Dejó que el caballo galopara hacia el frente con todas sus fuerzas, con la lanza en ristre. Con los muslos al vuelo, con las espuelas y los talones espoleó el caballo. ¿A qué iba a seguir esperando el otro, si era su propia vida la que estaba en juego? Actuó como actúan todos los que están decididos a comportarse con arrojo viril. Giró a un lado también, según su corazón le indicaba, se alejó al galope y regresó a velocidad aún mayor, subiendo y luego bajando la lanza. Así se aproximó al galope como alma que lleva el diablo. Caballo y jinete se precipitaban hacia Tristán más velozmente que un esmerejón. No estaba Tristán menos sediento de combate. Con idéntica determinación se aproximaron el uno hacia el otro como si tuvieran alas, de modo que sus lanzas se hicieron astillas y sus escudos estallaron en mil pedazos. Entonces agarraron las espadas que llevaban en el costado. Montados en sus caballos combatieron. Dios mismo lo habría contemplado con satisfacción.

Todos han dicho, y la historia lo confirma también, que se trataba de un duelo, y todos han coincidido en señalar que solo había dos hombres. Yo

calculo, sin embargo, que debió de ser una lucha abierta entre dos huestes completas. Aunque nada he leído al respecto en el relato acerca de Tristán, lo voy a demostrar. Moroldo, tal y como nos narra la verdadera historia desde siempre, tenía la fuerza de cuatro hombres; ahí tenemos una escuadra compuesta de cuatro hombres. Este era uno de los bandos combatientes. El otro estaba configurado así: en primer lugar estaba Dios, además la Justicia, y en tercer lugar su soldado y vasallo de confianza, el bravo Tristán; en cuarto lugar, en fin, una firme determinación, capaz de obrar milagros en situaciones apuradas. Estos cuatro y aquellos me dan rápidamente pie para formar dos grupos o un total de ocho hombres, si no me fallan los cálculos[28].

Hace apenas un momento os pareció que no cuadraba la historia, ¡pues cómo iban a luchar entre sí dos ejércitos montados solamente sobre dos caballos! Pero ahora acabáis de escuchar que en efecto se enfrentaron bajo un solo yelmo a cada lado cuatro caballeros, o una escuadra de cuatro jinetes. Estos, pues, cabalgaron con brío unos hacia los otros a fin de combatir. Así uno de los bandos, Moroldo con la misma fuerza que tendrían cuatro hombres, se precipitó sobre Tristán como una tormenta. El maldito asociado del diablo golpeó con tal fuerza sobre él, que por un pelo no le robó toda la fuerza y el conocimiento con sus golpes. Si no le hubiese sido útil su escudo, bajo el que pudo cobijarse y protegerse con habilidad, ni el yelmo, ni la cota de malla, ni el resto de sus defensas le habrían servido de nada. Moroldo lo habría matado atravesando su armadura. Eran tantos los golpes que le propinaba, que no le daba siquiera la oportunidad de alzar la vista. Fueron tantos los golpes con los que le atacaba, y le puso con sus estocadas en una situación tan apurada, que Tristán, en su agobio, mantuvo el escudo un poco lejos de sí, alzando demasiado su defensa, por culpa de lo cual recibió un tajo tan tremendo, que le atravesó el muslo hasta casi matarlo, hiriéndolo tan gravemente, que la carne y el hueso le quedaron al descubierto a través de las canilleras y la coraza. La sangre saltó en un chorro que salpicó por encima de la isla.

—Bien —exclamó Moroldo—, ¿te das por vencido? Ahora tú mismo puedes ver que no se deben defender causas injustas. Tu equivocación queda aquí demostrada palpablemente. Si deseas sobrevivir, piensa en cómo

puedes conseguirlo. Porque en verdad, Tristán, el mal trance en que te encuentras te conducirá ineludiblemente a la muerte si no lo evito yo y solo yo. No hay, si no, ni hombre ni mujer que te pueda curar. Te ha herido una espada mortífera, pues está envenenada. Los médicos con todo su saber no te podrán salvar en el estado en que te encuentras, solamente mi hermana, Isolda, la reina de Irlanda. Ella conoce muchas raíces y las propiedades curativas de las hierbas, y domina además el arte de la medicina. Ella es la única capaz de curarte en todo el mundo. Si no te salva ella, morirás. Si me obedeces y me concedes el tributo, mi hermana la reina te curará con sus propias manos y yo repartiré amistosamente contigo todo cuanto poseo, y no me negaré a ningún deseo tuyo.

—Mi juramento y mi honra no los pondré en juego por ti o por tu hermana —respondió Tristán—. En estas manos libres he traído dos reinos libres conmigo. Estos se irán de aquí conmigo, o por ellos sufriré una derrota aún mayor o incluso la muerte. Por lo demás, esta única herida no me pone en una situación tan desesperada como para darlo todo por perdido. Nada se ha decidido aún en esta lucha. El tributo ha de significar tu muerte o la mía. No existe otra posibilidad.

Con esto le atacó de nuevo. Quizás haya ahora quien diga, y yo lo digo también: «¿Pero dónde quedaron Dios y la Justicia, que iban a luchar con Tristán? Me pregunto si le van a ayudar. Todavía se muestran titubeantes. Sus fuerzas están ya muy vapuleadas. Si tardan mucho en llegar, llegarán demasiado tarde. Por eso deben venir enseguida. Aquí son dos hombres a caballo los que luchan contra cuatro, en defensa de sus propias vidas y expuestos a la desesperación y al desánimo. Si aún han de ser salvados, ha de ocurrir con rapidez». Entonces Dios y la Justicia se acercaron al galope para dictar una sentencia justa y salvar a sus compañeros, produciendo la derrota de sus adversarios. De esta forma se formaron dos bandos de fuerza pareja, cuatro contra cuatro. Unas tropas lucharon contra otras. Y cuando Tristán sintió la llegada de sus compañeros, crecieron su valor y su fuerza. Sus compañeros le transmitían audacia y poder. Le hizo sentir a su caballo las espuelas. Fue tanto el vigor con el que se arrojó hacia delante, embistiendo a su enemigo con el pecho del corcel, que le tiró al suelo junto con su montura. Y cuando este se hubo recuperado un poco del derribo y

quiso subirse de nuevo al caballo, ya estaba Tristán junto a él. Le propinó tal golpe en el yelmo, que este salió disparado. Entonces Moroldo le atacó. Atravesando la manta le cortó de un tajo al caballo de Tristán una de las patas delanteras, haciendo que se desplomara. Y él no hizo sino dar un salto lateral. El hábil Moroldo dio la vuelta al escudo para protegerse la espalda con gran presencia de ánimo. Tanteó el suelo con la mano y recobró el yelmo. Listo como era, había pensado y planeado, nada más estar de nuevo sobre su caballo, ponerse el yelmo y volver a atacar a Tristán. Cuando hubo cogido el yelmo e iba hacia su caballo, que se le había acercado hasta el punto de permitirle agarrar la brida con la mano, e introdujo con rapidez el pie izquierdo en el estribo, agarrando la silla con la otra mano, ya estaba Tristán junto a él. Le golpeó sobre el arzón, haciendo que la espada y la mano derecha cayeran a la arena junto con su parte de armadura. Y mientras el otro caía, aún le propinó otro tajo en lo más alto, sobre la protección de la cabeza. Llegó tan profundo, que cuando quiso sacar otra vez la espada, la propia fuerza del golpe hizo que un pedazo de la espada quedara incrustado en la tapa de los sesos. Este fragmento le acarrearía más tarde a Tristán grandes peligros y apuros. Con ello casi le causó la muerte. Cuando Moroldo, las fuerzas ya casi inermes, se derrumbó sin vigor ni capacidad de defenderse, Tristán le dijo:

—¿Y ahora qué?, ¿y ahora qué? Por Dios, Moroldo, dime, ¿qué significa esto? Me temo que estás herido de muerte. Creo que las cosas están negras para ti. Independientemente de lo que le ocurra a mi herida: ahora eres tú quien precisa raíces con poderes curativos. Lo que tu hermana Isolda haya aprendido como curandera lo necesitas tú ahora para sobrevivir. El Dios verdadero y digno de confianza, y el poder verdaderamente todopoderoso de Dios han castigado tu injusticia y vuelto a establecer el derecho por intermedio mío. ¡Quiera Él continuar protegiéndome en lo sucesivo! Tu soberbia ha llegado a su fin.

Diciendo esto se le aproximó. Cogiendo la espada con las dos manos, de un tajo le separó a su enemigo la cabeza del cuerpo junto con su protección.

Entonces regresó al embarcadero, donde encontró la barca de Moroldo. Se subió a ella y regresó enseguida a la playa donde estaba la gente. Entonces pudo escuchar a orillas del mar gran alegría y grandes quejas

como las que yo os describo. Aquellos cuya felicidad dependía de su triunfo obtuvieron el regalo de un día feliz y una gran alegría. Aplaudieron, alabaron a Dios y entonaron en el acto muchos cantos triunfales dirigidos al cielo. Sin embargo, para los extranjeros, los odiados forasteros de Irlanda que habían sido enviados hasta allá, empezó un día enormemente triste. De ahí que estos se quejaran tanto como aquellos se regocijaban. En su dolor se retorcían las manos. Los doloridos extranjeros, los quejumbrosos irlandeses, cuando en su aflicción se disponían a regresar a sus barcos, fueron abordados por Tristán, que los alcanzó en la playa.

—Señores —les dijo—, id y coged ese tributo que encontraréis allí en la isla. Llevádselo a casa a vuestro señor y decidle que mi tío, el rey Marc, y su reino le envían esta ofrenda junto con el siguiente recado: si es su voluntad y su intención, y continúa sintiendo deseos de enviar a sus mensajeros en busca de tales tributos, no permitiremos que nadie regrese con las manos vacías. Tales serán los honores con los que los dejaremos marchar, por muchos esfuerzos que nos cueste.

Y mientras así les hablaba, se tapaba con el escudo la sangre y la herida ante los extranjeros. Esto habría de salvarle más adelante, pues estos se marcharon de allí sin que uno solo de ellos lo hubiera descubierto. No en vano enseguida se pusieron en movimiento, cruzando el mar hasta la isla, para encontrar allí a su señor convertido en un hombre despedazado, y llevárselo consigo.

Cuando volvieron a casa, tomaron la triste ofrenda que a través de ellos se había enviado. Pusieron juntos los pedazos —los tres pedazos, quiero decir— para que no se perdiera nada. Llevaron todo a su señor y le dijeron, según he leído, exactamente lo que les había dicho que le transmitieran. Creo y puedo imaginarme lo que no es difícil de imaginar: el rey Gurmún el Audaz estaba iracundo y muy triste, pues tenía un buen motivo. Porque con Moroldo había perdido audacia y valentía, esperanza y fuerza, y el poder combativo de muchos hombres. La rueda de la fortuna, de la que su prestigio había dependido y que Moroldo había hecho girar en todos los países vecinos, se había desplomado. Su hermana, la reina, sintió, sin embargo, un dolor más intenso, y sufrió y se lamentó más hondamente. Ella y su hija Isolda se atormentaban de muy diversas maneras. Pues sabéis que

las mujeres padecen aflicciones extremadamente dolorosas cuando un sufrimiento les toca el corazón. Se quedaron mirando al muerto solo para continuar su lamento y que su dolor profundo se hiciera aún más hondo. Besaban la cabeza y la mano que había sometido para ellos a pueblos y reinos, tal y como he dicho anteriormente. De arriba abajo contemplaron las heridas de la cabeza con apesadumbrada insistencia. Entonces la inteligente y reflexiva reina se percató del fragmento que había en ella. Hizo que le trajeran unas pequeñas tenazas, con ayuda de las cuales lo sacó de la herida. Con dolor y tristeza ella y su hija se quedaron mirando el fragmento. Lo cogieron y lo introdujeron en una cajita, la que más tarde habría de poner a Tristán en peligro.

El señor Moroldo está ya muerto. Si ahora prosigo informando acerca de su aflicción y de sus quejas, ¿de qué serviría? Nada habríamos ganado con ello. ¿Quién podría llorar con ellas su dolor? Moroldo fue llevado a la tumba y sepultado como cualquier otro. Gurmún se apesadumbró y ordenó de inmediato que la gente se mantuviera vigilante en todos los puntos de Irlanda. Si apareciese cualquier ser vivo procedente de Cornualles, debería ser muerto en el acto, ya fuera hombre o mujer. Este anatema y este mandamiento fueron obedecidos con tanta exactitud, que ningún habitante de Cornualles pudo en lo sucesivo dirigirse allí. Ya podía ofrecer cualquier rescate, que le costaba la vida. Así fueron castigadas muchas personas inocentes. Y todo ello carecía de fundamento, pues Moroldo había caído en buena lid. Había confiado en su fuerza pero no en Dios, habiendo mostrado siempre en todos sus combates un poder y una soberbia que acabaron produciendo su caída.

Ahora retomaré la historia allí donde la dejamos. Cuando Tristán llegó a la playa sin corcel y sin lanza, miles de personas se agolparon a caballo y a pie para saludarle. Le recibieron llenos de júbilo. El rey y su reino no habían vivido nunca un día tan feliz, lo cual no es difícil de creer. Porque gracias a sus manos se les había restituido un gran prestigio. Él solo había hecho que cesaran la humillación y el sufrimiento de todos ellos. Sin embargo sí lamentaron ampliamente las heridas que se le habían producido en el enfrentamiento, que apesadumbraban sus corazones. Pero como

contaban con que sanaría muy pronto de estas afecciones, no les prestaron excesiva atención. Enseguida se dirigieron todos juntos al palacio.

Le despojaron de sus armas dándole tranquilidad y comodidad, haciendo caso de lo que él o cualquier otra persona iban sugiriendo. Mandaron a buscar médicos por los castillos y el reino, los mejores que se pudieran encontrar. ¿Y qué? Fueron convocados y ejercieron sobre él toda su sabiduría y artes curativas. ¿De qué valdría o serviría? A él poco le ayudaba. Cuanto sabían entre todos del arte de la medicina no podía hacerle ningún bien. El veneno estaba constituido de tal forma, que ellos no acertaban a apartarlo de la herida, hasta que se le extendió por todo el cuerpo, dotándolo de un color tan espantoso, que resultaba difícil reconocerle. Además la herida adquirió un olor tan apestoso, que la vida se le hizo insoportable y su propio cuerpo le repugnaba. Su mayor pena era darse cuenta todo el tiempo y con detalle de cómo iba convirtiéndose en una carga para los que anteriormente habían sido sus amigos. Y fue entendiendo cada vez mejor las palabras de Moroldo. Ya antes, además, había escuchado muchas veces lo bella y perfecta que era su hermana Isolda. Sobre ella discurría un dicho por todos los países vecinos que conocían su nombre: la bella Isolda, la inteligente Isolda luce como la aurora. El apesadumbrado Tristán no cesaba de pensar en ello, pues sabía que, si había de ser curado, solo podría suceder a través del arte de la única que lo dominaba, la inteligente reina. Pero el modo en que ello había de lograrse no era capaz de imaginárselo. Sin embargo consideró entonces que, puesto que tenía que morir en cualquier caso, lo mismo le daba arriesgar su vida y acaso morir, que seguir padeciendo esta enfermedad mortífera. Así que tomó la determinación de viajar efectivamente hasta allá, para que en su destino se cumpliera la voluntad de Dios y fuera curado si esa era la suerte que le estaba reservada[29]. Mandó venir a su tío. Desde el principio le hizo partícipe de su secreto y de su plan, como haría un amigo con otro amigo, haciéndole saber lo que pensaba emprender siguiendo la indicación de Moroldo. Al rey todo esto le pareció bien y mal. Bien es verdad que en un caso de apuro hay que aceptar ciertas pérdidas de la mejor manera posible, y que entre dos males hay que escoger el menor. Se trata de un útil principio. Así que los dos se pusieron de acuerdo en lo que finalmente se

habría de hacer: cómo pensaban llevar a efecto el viaje, cómo habían de ser silenciadas sus intenciones de viajar a Irlanda, cómo se debía difundir la noticia de que estaba en Salerno[30] para someterse a una cura. Cuando se hubo decidido esto, mandaron llamar a Curvenal. Le comunicaron en el acto sus planes e intenciones. A Curvenal le parecieron bien y dijo que se quedaría a su lado tanto si moría como si se salvaba. Y cuando empezó a oscurecer, dispusieron para el viaje un bote y un pequeño barco, que llenaron con provisiones y alimentos, así como con útiles para la navegación. Entonces llevaron al sufriente Tristán bajo agudas quejas de dolor, guardando un cauteloso secreto y procurando que nadie se diese cuenta de ello a excepción de quienes iban a acompañarle. Encomendó a su tío, Marc, sus bienes y séquito del modo más encarecido, a fin de que nada de ello se perdiera hasta que se supiera con certeza cómo le habían ido las cosas. Hizo también que le trajeran su arpa. Era la única de sus posesiones que llevaba consigo.

De esta forma se hicieron a la mar. Iban con solo ocho hombres. Estos habían comprometido sus vidas y jurado por Dios que no se apartarían ni un palmo de cuanto ellos dos les ordenaran. Cuando se hubieron marchado y Marc vio cómo Tristán se alejaba, sé perfectamente que se disiparon toda su dicha y tranquilidad. Esta despedida le dolió en el corazón y en el tuétano. Sin embargo ambos acabarían extrayendo de la misma dicha y fortuna. Cuando la población se enteró con cuántos dolores había partido Tristán para viajar a curarse a Salerno, sintieron sus apuros con el mismo dolor que si se hubiese tratado de su propio hijo. Y puesto que la desgracia le había sobrevenido por servirles a ellos, esto incrementaba su preocupación. Tristán, entretanto, navegaba a toda vela día y noche hacia Irlanda, guiado con seguridad por la mano del capitán. Y cuando el barco se aproximaba a Irlanda y ya podían divisar tierra firme, rogó Tristán al timonel que pusiera proa a la capital, Dublín, pues sabía perfectamente que era allí donde vivía la reina experta en curaciones. Hacia allá navegaron apresuradamente. Y cuando se acercaban a la ciudad y él la reconoció y la vio con claridad, le dijo a Tristán:

—¡Mirad, señor! Ya veo la ciudad. ¿Qué hemos de hacer?

—Deberíamos anclar y quedarnos aquí, pasando la tarde y parte de la noche en este lugar —le contestó Tristán.

Así que echaron el ancla y descansaron unas horas. En plena noche, hizo Tristán que el barco derivara hacia la ciudad. Cuando se hubieron aproximado lo suficiente como para hacer visible su posición, quedando a media milla de la ciudad, pidió Tristán que le entregaran las ropas más miserables que llevaran consigo en el barco. Cuando le hubieron vestido con ellas, hizo que del barco lo trasladaran al bote. Mandó que le dieran también su arpa y algo de comida, lo suficiente para poder vivir durante tres o cuatro días. Todo ello fue resuelto rápidamente según sus deseos. Llamó a Curvenal que viniera y además a toda la tripulación y dijo:

—Querido Curvenal, toma ahora este barco y estos hombres bajo tu custodia y cuida de ellos por mí con dedicación y sin pausa. Y cuando hayáis regresado a casa, recompénsalos sobradamente, a fin de que guarden con lealtad nuestro secreto y no se lo cuenten a nadie. Date prisa en volver. Saluda a mi tío y dile que estoy aún con vida y que con la misericordia de Dios espero seguir vivo y llegar a sanar. Que no se apesadumbre por mi causa. Y asegúrale que regresaré antes de que se cumpla un año, si es que voy a curarme. Si las cosas me han ido bien, él se enterará enseguida. En la corte y en el país di que he muerto en el transcurso del viaje a resultas de mi herida. Bajo ninguna circunstancia despidas a la servidumbre que aún me queda ahí. Cuida de que se queden esperándome hasta el momento que te he dicho. Mas si las cosas ocurren de otro modo y al cabo de un año no he tenido suerte, podéis olvidaros de mí. Encomendad mi alma a Dios y atended vuestras propias vidas. Coge entonces a mis hombres y regresa a Parmenia, estableciéndote junto a Rual, mi querido padre. Cuéntale acerca de mí, para que salde la deuda de lealtad que yo contraigo contigo dispensándote su afecto con la amistad y la distinción que él sabrá prodigarte. Y dile también que me conceda un solo favor. Que premie y agradezca a mis hombres sus servicios según sus merecimientos. Bien, queridos amigos —dijo entonces—, con esto os encomiendo a Dios. Ahora alejaos y dejadme en manos de las olas. Es el momento de confiar en la misericordia de Dios. También es ya hora de que vosotros os pongáis en marcha y salvéis así vuestras vidas, pues el día comienza a rayar.

Así que se fueron entre sonoros lamentos y con una gran tristeza. Con lágrimas en los ojos le dejaron atrás, a la deriva sobre el mar bravío. Nunca antes les ocasionó tanto dolor una despedida. Todo hombre leal que tuviera alguna vez un amigo de verdad y sepa cómo se le debe amar, entenderá a la perfección el dolor de Curvenal. Pero por mucho que la tristeza ensombreciera su corazón y su ánimo, se puso en marcha de todos modos.

Tristán se quedó atrás solo. Triste y temeroso quedó flotando al albur de las olas hasta que acabó de amanecer. Cuando los habitantes de Dublín vislumbraron el bote a la deriva en mitad de las olas, dirigieron sus embarcaciones hacia allá para investigar. Se pusieron en camino de inmediato. Cuando, pese a estarse aproximando, no lograban ver a nadie, oyeron de pronto el sonido maravilloso de un arpa, que les deleitó. Acompañando al arpa escucharon la voz de un hombre cantando tan hermosamente que lo tomaron por un saludo y un milagro y no se apartaron del lugar, mientras él siguió cantando y tocando el arpa. Pero la alegría que ellos sentían no les duró mucho. Porque lo que les estaba interpretando con sus manos y su boca no procedía de su interior. Su corazón no estaba en ello. Forma parte de la esencia de la música el que no se pueda practicar largo rato si el espíritu no acompaña. Por mucho que ello ocurra con frecuencia, no lo podemos llamar verdadera música, pues se trata de una actividad superficial de la que no participan ni el corazón ni el ánimo. Aunque la juventud de Tristán le empujaba a utilizar manos y boca para producir una diversión, cantando y tocando el arpa, dada su condición no era sino una molestia y un tormento. Y cuando terminó de tocar, la otra barca se acercó más. Agarraron su bote y miraron adentro con gran curiosidad.

Cuando lo vieron vestido con tanta pobreza y en tan miserable estado, se quedaron atónitos de que pudiera producir una música tan maravillosa con manos y boca. Sin embargo le saludaron como a quien merece un saludo amistoso, estrechando su mano y con palabras. Rogaron a Tristán que les contara lo que le había ocurrido. Tristán les dijo:

—Os lo voy a decir. Yo era un juglar cortesano y dominaba todas las artes y habilidades de la corte: hablar y estar callado, la lira y el violín, el arpa y la cítara, bromas y chistes, todo esto lo practicaba tan bien como

debe practicarlo un juglar. Gracias a ello obtuve muchas riquezas, hasta que mis posesiones me volvieron soberbio y deseé tener más de lo que en justicia me correspondía. De este modo me hice comerciante, lo cual fue mi perdición. Encontré a otro comerciante del que me hice socio. Entre los dos cargamos un barco con todo lo que nos gustaba en España, nuestra patria, con intención de ir a Britania. Entonces nos asaltó en mitad del mar una banda de piratas que iba en otro barco. Nos quitaron todo y mataron a mi compañero y a cuantos nos acompañaban. Solo yo sobreviví con esta herida que veis. Ello se lo debo al arpa con la cual pude demostrarles que era verdad lo que les contaba al decirles que era un juglar. Así conseguí por los pelos que me concedieran este pequeño bote y suficientes provisiones como para haber sobrevivido hasta ahora. Desde entonces he ido a la deriva bajo muchos pesares y sufrimientos durante unos cuarenta días y noches, sometido a la voluntad de los vientos y arrojado aquí y allá por las olas. No sé dónde me encuentro y mucho menos hacia dónde debo ir. Tened la bondad, señores, y que Dios os lo premie, de llevarme a donde haya seres humanos.

Los emisarios le respondieron:

—Amigo, tu hermosa voz y tu música te serán de utilidad. No seguirás a la deriva sin ayuda ni esperanza. Sea lo que sea lo que hasta aquí te ha traído, Dios, las aguas o el viento, te llevaremos a donde habitan personas.

Y eso es lo que hicieron. Le llevaron con su bote a la ciudad, tal y como él les había pedido. Atracaron su bote en el embarcadero y dijeron:

—Mira, juglar, fíjate en ese castillo y la hermosa ciudad que está a sus pies. ¿Sabes de qué ciudad se trata?

—No, señor, lo ignoro.

—Entonces te diremos que te encuentras en Dublín, en Irlanda.

—Por ello doy gracias al Señor, que me ha traído otra vez entre seres humanos. Porque acaso encuentre entre ellos a alguien que demuestre en mí su misericordia y me ayude de algún modo.

Tras esto los emisarios se dirigieron a la ciudad, causando allí gran alboroto con sus informes acerca del destino del náufrago. Contaron que habían tenido una experiencia con un hombre que era muy difícil o incluso imposible de imaginar. Informaron cómo se había producido: antes de

aproximarse del todo, habían oído una música de arpa tan deliciosa, y en unión a esta un canto tal, que Dios lo habría escuchado con agrado en sus coros celestiales. Dijeron que se trataba de un pobre hombre, un juglar herido mortalmente.

—Id a verle, se le nota con toda claridad que morirá todavía hoy o si acaso mañana. Mas ¡qué vivo está su espíritu a pesar de todos sus sufrimientos! En todos los reinos no se podrá encontrar a nadie que aceptara tan gran desgracia con esa serenidad.

Los dublineses fueron a verle y hablaron extensamente con él, preguntándole esto y lo otro. A todos les fue repitiendo lo mismo que había dicho a los emisarios acerca de sus circunstancias. Le rogaron que les interpretara algo. Con el arte más perfecto dio satisfacción a su petición, pues lo hacía de todo corazón. Era su aspiración ganarse el aprecio de ellos como le fuera posible con sus manos y su boca, por lo que se esforzó cuanto pudo. Y cuando el pobre juglar, no obstante su estado físico, empezó a cantar y a tocar una música tan extremadamente deleitable, todos sintieron compasión por él. Levantaron al pobre de su bote y rogaron a un médico que le diera asilo en su casa. Le pidieron que hiciera por él cuanto fuera necesario para ayudarle y aliviar sus dolores, que ellos ya correrían con los gastos. Esto fue hecho. Y cuando el médico le hubo llevado a su casa y dispensado todos sus cuidados de la mejor manera que su arte se lo permitía, vieron que no servía de nada. Esta noticia corrió por todo Dublín. Muchos fueron a verle y volvieron de su lecho, y todos lamentaban su desgracia.

Entonces acudió a él un sacerdote que supo de sus habilidades en el canto y la interpretación musical, pues él también dominaba muchas artes y habilidades, tenía manos muy diestras para tocar instrumentos de cuerda y dominaba muchas lenguas extranjeras. No en vano había dedicado largos años y esfuerzos a la adquisición de una educación cortesana y de unos modales refinados. Era el maestro y vasallo de la reina y la había instruido desde que era niña en multitud de saberes y muchas raras artes que ella había aprendido de él. Además impartía desde hace tiempo con gran cuidado sus enseñanzas a su hija Isolda, la muchacha perfecta de la que todo el mundo habla y acerca de quien trata esta historia. Ella era su única

hija, y la madre se había dedicado a ella con total entrega a partir del instante en que supo aprender con las manos y la boca. También ella, pues, estaba bajo la tutela del sacerdote. Él la instruía incesantemente en los saberes de los libros y en los instrumentos de cuerda. Cuando vio tantas aptitudes y habilidades en Tristán, su desgracia le dolió en lo más hondo y no dudó un solo momento: fue a ver a la reina y le informó de que había un juglar en la ciudad que estaba muy enfermo y ya prácticamente muerto, y que no había mujer en el mundo capaz de dar a luz a un varón dotado de artes tan selectas y de una disposición tan distinguida. Le dijo:

—Ay, noble reina, si pudiéramos idear una manera, y trasladarle a un lugar que pudieseis visitar con decoro para escuchar el prodigio de un moribundo que canta y toca el arpa con tanta entrega y delicia, sin que pueda encontrar remedio para su enfermedad. Pues no hay modo de que sane. El médico erudito que hasta ahora lo ha cuidado le ha dado por imposible. Ya nada puede hacer a pesar de todos sus conocimientos.

—Mira, voy a ordenar a los criados, si es que él aún puede soportarlo, que lo cojan y lo trasladen aquí donde nosotros estamos, a fin de que podamos comprobar si en verdad no es posible ayudarle y curar sus males —respondió la reina.

Así sucedió. Cuando la reina examinó su grave estado, la herida y su color, reconoció el veneno. Le dijo:

—Ay, pobre juglar, estás envenenado.

—No sé ni puedo saber de qué se trata —contestó Tristán—, pues no hay conocimientos médicos que puedan ayudarme o producirme alivio. Ya no sé qué otra cosa puedo hacer. Ya solo me resta confiarme a Dios y vivir lo que aún me quede de vida. Si alguien me muestra su misericordia en este difícil trance, que Dios se lo premie. Necesito ayuda, pues estoy ya muerto en vida.

La inteligente reina le dijo:

—Dime, juglar, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Tantris, señora.

—Tantris, confía en mí, te voy a curar de verdad. Sé optimista y alégrate. Yo misma seré tu médica.

—Gracias, reina bondadosa, que tu lengua florezca para siempre y tu corazón no muera jamás, viva tu sabiduría durante toda la eternidad y ayude a los desamparados, que tu nombre sea alabado en todo el mundo.

—Tantris —volvió a decir la reina—, si te es posible y no estás demasiado débil, lo cual no me sorprendería, me gustaría oírte tocar el arpa. Me han dicho que lo haces prodigiosamente.

—No, señora, no digáis eso. Mi infortunio no me impide hacer y ejecutar bien cualquier cosa que pueda ser de vuestro agrado.

Le trajeron su arpa. También se le mandó recado para que viniera la joven reina. Era el verdadero sello del amor, pues más tarde el corazón de Tristán quedaría clausurado y sellado para todo el mundo excepto para ella. La bella Isolda se acercó también hasta allí y observó detenidamente cómo Tristán tañía el arpa. Tocaba mucho mejor que en cualquier ocasión anterior, pues abrigaba la esperanza de que su desgracia hubiese pasado. Así que cantó y tocó para ellas, no como un moribundo, sino, bien al contrario, como alguien esperanzado. Tanta alegría les causó con sus manos y su boca, que en poco tiempo se ganó el aprecio de todos ellos y supo volverlo en beneficio propio. Mas durante todo el tiempo que estuvo tocando, tanto allí como en los otros lugares, la espantosa herida siguió oliendo, y esparciendo un hedor tal, que no había quien aguantara ni siquiera una hora a su lado.

Entonces la reina se volvió a dirigir a él:

—Tantris, si resulta que tu condición mejora y este olor se desvanece hasta el punto de que las personas puedan permanecer a tu lado, deja entonces que te confíe a esta muchacha, Isolda. Estudia con aplicación el saber de los libros y también los instrumentos de cuerda, y sabe mucho en comparación con el tiempo que ha dedicado a aprender. Si dominas otras artes y habilidades distintas a las de su maestro o mías, hazme entonces el favor de enseñárselas. A cambio te daré tu vida y tu cuerpo en recompensa, plenos de salud y de belleza. Está en mi poder el hacerlo o dejarlo de hacer.

—Bien, si ello es así —replicó el pobre juglar—, y es verdad que puedo recuperarme y recobrar la salud gracias a mi música, entonces sanaré si así lo quiere Dios. Reina bendita, si vuestras intenciones son las que me indicáis respecto a esta muchacha, vuestra hija, entonces no hay duda de que me curaré. He leído libros en tal número y cantidad, que me creo

verdaderamente capaz de ganarme vuestro agradecimiento. Además estoy convencido de que nadie con mis años domina tantos instrumentos de cuerda distinguidos. Sea lo que sea lo que deseéis o me pidáis, ello se verá cumplido en la medida de mis posibilidades[31].

Así que le asignaron una pequeña habitación, concediéndosele a diario los cuidados y las comodidades que él pedía. Fue ahora cuando le benefició la precaución que tomara antaño en el barco, cuando sostuvo su escudo sobre su costado, ocultando su herida ante los extranjeros, los irlandeses, al disponerse estos a abandonar Cornualles. Por eso no llegaron a tener noticia de ello y desconocían que hubiese sido herido. Pues si se hubieran percatado de su herida, y puesto que tenían exacto conocimiento de cómo estaban constituidas las heridas que abría Moroldo con su espada, la que utilizaba en todos sus combates, entonces las cosas no le habrían ido del modo en que le fueron. De esta suerte, en cambio, su prudencia contribuyó a su recuperación. Ahí se puede ver y aprender cómo un hombre puede utilizar su sabia precaución en beneficio propio, siendo reflexivo y prudente.

La inteligente reina empeñó todo su arte y todo su entendimiento en la curación de este hombre, para salvar cuya vida y salud había puesto voluntariamente en juego su propia vida y su honra. Le odiaba aún más de lo que se amaba a sí misma. Y sin embargo, bastaba que ella pensara en lo que podría resultarle a él grato, provechoso y saludable, para que a ello se aplicara de la mañana a la noche en pensamiento y obra. Ello no era tan sorprendente, al fin y al cabo no reconoció a su enemigo. Y si hubiese sabido por quién se estaba esforzando tanto para salvarlo de la muerte, y hubiera habido algo mucho peor que la muerte, se lo habría entregado con muchísimo mayor placer que aquel con el que le entregaba la vida. Pero como solo sabía cosas buenas de él, no le trataba más que con benevolencia.

Si ahora os contara muchas cosas y con gran detalle acerca de la maestría y los conocimientos de mi señora, del poder sorprendente que tenían sus artes curativas y del tratamiento que dispensó al enfermo, ¿de qué nos serviría? A oídos de un oyente distinguido suena mejor una palabra apropiada y fina que otra que proceda de una misteriosa jerga médica. Mientras pueda impedirlo, me cuidaré mucho de emplear alguna vez una

palabra que no sea grata a vuestros oídos y lesione vuestro buen gusto. Antes prefiero acortar todo mi relato que hacer una historia desagradable y repulsiva mediante un lenguaje que no se corresponda con los hábitos de la corte. Respecto a las artes curativas de mi señora y a la curación del enfermo os diré solo en pocas palabras lo siguiente: en el plazo de veinte días le transformó hasta tal punto que en todas partes se le veía con gusto sin que nadie lo evitara a causa de su herida, si es que deseaba estar con él. A partir de entonces, la joven reina empezó a recibir de él sus enseñanzas. A ella consagraba él con entrega su tiempo y su entusiasmo. Todo cuanto de bueno sabía en el terreno del saber de los libros y la música —no quiero referirme a ello en detalle— se lo presentaba, para que ella escogiera lo que le pareciera más oportuno aprender. Esto hizo la bella Isolda. Lo mejor que ella encontró entre las artes de él fue aprendiéndolo con rapidez, concentrándose aplicadamente en todo cuanto emprendía. Su formación anterior le resultaba para ello de gran utilidad. Ya desde antes dominaba artes refinadas y muchas habilidades cortesanas con sus manos y su boca. La bella sabía el idioma de Dublín, francés y latín, y tocaba excelentemente el violín al modo extranjero. Sus dedos eran hábiles cuando empezaban a tocar la lira con dulzura y capaces de extraer tonos poderosos del arpa. Hacia arriba y hacia abajo hacía todas las escalas con destreza. Además la talentosa muchacha cantaba deliciosamente y con una hermosa voz. Y cuantas artes había aprendido a dominar hasta entonces, le resultaron ahora muy provechosas. Su maestro, el juglar, la hizo avanzar considerablemente. Junto a todas estas parcelas, la instruyó en un área que llamamos ciencia moral. Este arte transmite una distinción refinada. Todas las damas distinguidas deberían dedicarse a ella en su juventud. La moral es una ciencia encantadora, beatificadora y pura. Está en concordancia con el mundo y con Dios. A través de sus leyes nos enseña a caer en gracia a Dios y al mundo simultáneamente. Para todos los seres humanos distinguidos es una nodriza obligada, a fin de que extraigan de este arte su fuerza vital y su sustento. Porque ni las posesiones ni el prestigio les serán concedidos si no han sido instruidos en la ciencia moral. Esta ocupaba la mayor parte del tiempo de la joven reina. De esta forma ocupaba su espíritu y sus

pensamientos con frecuencia. Así llegó a tener unos modales finos, su espíritu se volvió delicado y perfecto, su presencia deliciosa y grata[32].

Así la atractiva muchacha fue realizando tales progresos en sus conocimientos y en su educación en el plazo de apenas medio año, que todos encomiaban su excelencia, e incluso su padre, el rey, se alegró mucho de ello. También su madre estaba muy contenta al respecto. A menudo ocurría, cuando su padre estaba de buen humor, o cuando había caballeros extranjeros hospedados en la corte del rey, que Isolda era llamada al palacio al lado de su padre. Y con toda su destreza en el arte cortesano y sus finos modales le entretenía allí, y con él a muchos otros. De este modo causaba alegría a su padre y dejaba a todos contentos por igual. Fueran poderosos o de baja condición, todos disfrutaban contemplándola dichosos y hallando placer para sus oídos y sus corazones. Dentro y fuera de su pecho la dicha de ella era una sola cosa. La encantadora y pura Isolda cantaba, hacía versos y leía en voz alta. Y mientras causaba alegría a todos, se recreaba ella misma. Tocaba al violín sus estampidas, layes y melodías tan desconocidas que no las había más extrañas, al estilo francés de Sens y San Denís. De estas eran muchas las que dominaba. La lira y el arpa las tañía por los dos lados, con manos blancas como el armiño, portentosamente. Ni en Lud ni en Támesis hubo manos femeninas que tocaran las cuerdas más deliciosamente que las tañía aquí la deliciosa y bella Isolda. Cantaba ella sus pastorelas, baladas, rondeles, canciones, estribillos y folates con hermosura inconmensurable, colmando de añoranza todos los corazones[33]. Gracias a ella se despertaban muchas reflexiones y pensamientos. Ella animaba muchas consideraciones, lo cual puede ocurrir, como sabéis perfectamente, cuando se contempla un prodigio así de belleza y habilidad como el que se manifestaba en Isolda. ¿Con quién podré comparar a esta muchacha bella y agraciada si no es con las sirenas solamente, las que con el imán atraían hacia sí los barcos? Del mismo modo opino que Isolda atraía a muchos corazones y pensamientos que se sentían muy seguros en sus penas de amor. Por lo demás, un barco sin ancla y el estar enamorado son dos cosas bien similares. Nunca se mueven siguiendo un camino recto. A menudo están en un puerto inseguro, oscilando arriba y abajo, arrojados por las olas de un lado a otro. Así el vago deseo, la añoranza de amor incierta

los lleva a la deriva, como lo hace un barco sin ancla, del mismo modo. La inteligente y hábil Isolda, la joven y deliciosa reina, atraía así los pensamientos sacándolos de sus corazones firmemente cerrados, del mismo modo que el imán atrae los barcos mediante el cantar de las sirenas. Cantando, ella penetró en muchos corazones, abiertamente y en secreto, a través de los ojos y de los oídos. Su canto, el que ella entonaba aquí y por doquier públicamente, era su voz deliciosa, su agradable interpretación instrumental, que con fuerza y distinción atravesaba el reino de los oídos hasta llegar al corazón. Su canto secreto, en cambio, era su prodigiosa belleza, que con su sonido espléndido se introducía de modo secreto y escondido por las ventanas de los ojos hasta muchos corazones distinguidos, produciendo allí un hechizo que capturaba de inmediato los pensamientos, atándolos con añoranza y penas de amor.

De esta manera la bella Isolda había hecho grandes progresos gracias a las enseñanzas de Tristán. Ella tenía una personalidad agradable y su presencia y modales eran buenos. Sabía tocar música con brillantez y muchas bellas artes. Podía componer textos y melodías para canciones de amor y darle una forma bella a sus obras. Además sabía leer y escribir. Entretanto Tristán se había curado y recuperado totalmente, de modo que su tez comenzaba a cobrar un color más vivo. Siempre andaba temeroso de que alguien fuera a reconocerle entre el séquito o la población. No cesaba de pensar cómo podría despedirse con decoro y escapar así del peligro. Porque estaba seguro de que en su caso las dos reinas le dejarían partir solo de muy mala gana o que no se lo permitirían. Pero había de tener en cuenta que su vida estaba permanentemente expuesta a una gran inseguridad. Fue hasta la reina y se dirigió a ella con la misma distinción refinada con la que siempre le hablaba. Se arrodilló ante ella y le dijo:

—Señora, me habéis concedido vuestra misericordia, vuestra ayuda y vuestros cuidados. ¡Que Dios os lo recompense en su reino eterno! Me habéis tratado con tanta bondad y alta estima que pido a Dios que os lo premie eternamente. Yo siempre os estaré agradecido hasta el día de mi muerte, dondequiera que yo, un hombre sencillo, pueda incrementar en algo vuestra fama. Bendita reina, permitidme por favor el que regrese de vuelta a mi casa, pues las circunstancias son tales que no puedo ya permanecer aquí.

La señora le dirigió una sonrisa y dijo:

—Tus halagos no servirán de nada. No te dejo marchar. Ciertamente no podrás partir hasta que pase un año entero.

—No, noble reina, considerad lo que comporta un matrimonio bendecido por Dios y el amor de dos corazones. Tengo en casa una esposa a quien quiero como a mí mismo y sé con certeza que ella supone y ya no alberga dudas de que en verdad estoy muerto. Mi temor y mi miedo estriban en que, si ella es entregada a otro hombre, mi esperanza, mi razón de vivir y toda mi alegría se vean destruidas, con lo que perderé toda ilusión y no volveré a sentir felicidad.

La inteligente respondió:

—Ciertamente, Tantris, esta cuestión es imperativa. Una vinculación tal no la debe romper ningún hombre recto. Que Dios os ayude, a tu esposa y a ti. Por mucho que me disguste dejarte marchar, estoy dispuesta a prescindir de ti si es la voluntad de Dios. Me veo forzada a darte mi autorización y quedo agradecida y bien dispuesta hacia ti. Yo y mi hija Isolda te damos para tu viaje y tu sustento dos marcos de oro rojo. Tómalos de manos de Isolda.

Entonces el apátrida juntó sus manos en veneración, tanto material como espiritual, ante cada una de ellas, las dos reinas, la madre y la muchacha. Les dijo:

—Para vos le pido a Dios felicidad y prestigio.

No se entretuvo más tiempo, emprendió viaje hacia Inglaterra, y de allí regresó inmediatamente a su casa en Cornualles.

Cuando Marc, su tío, y toda la población se enteraron de que había regresado curado, se alegraron por igual en todas las partes del reino desde lo más hondo de sus corazones. El rey, su confidente, le preguntó cómo le había ido. Y le contó toda la historia de principio a fin del modo mejor que supo. A todos les sorprendió, y comenzaron a gastarse bromas entre sí y a reír, divirtiéndoles mucho el modo en que había viajado a Irlanda y se había visto curado amistosamente a manos de su enemiga, y todo lo que mientras tanto le había ocurrido. Decían que nunca se habían enterado de nada tan extraordinario. Cuando se hubieron despachado a gusto sobre su curación y su viaje, le preguntaron insistentemente por la muchacha Isolda. Él dijo:

—Isolda es una doncella tan hermosa que todo lo que el mundo dice de la belleza es, comparado con ella, insignificante. La luminosa Isolda es una muchacha de un aspecto y de un comportamiento tan delicioso y selecto, como no ha nacido de mujer alguna otro niño o muchacha, ni nacerá jamás. La luminosa y brillante Isolda es tan pura como el oro de Arabia. Todo lo que yo había creído hasta entonces y había leído en libros escritos para elogiarla, esto es, el que la hija de Aurora, la famosa Helena, reunía en su persona la belleza de todas las mujeres en una sola flor, hube de olvidarlo[34]. Isolda me ha robado tal convencimiento. Yo ya no creo que el sol salga por Micenas. La belleza perfecta no brilló jamás en Grecia. Solo brilla aquí. Todos los hombres habrán de mirar en su pensamiento exclusivamente hacia Irlanda. Allí sus ojos encontrarán su deleite. Verán cómo el nuevo sol, tras su propia aurora, Isolda después de Isolda, brilla allí desde Dublín hacia todos los corazones. La muchacha clara y prodigiosa ilumina todas las naciones. Sea lo que sea lo que se elogie en las mujeres o se refiera con encomio, ante ella carece de peso. Quien contemple a Isolda sentirá purificarse tanto su corazón como su espíritu, igual que el oro en la fragua. Torna la vida más grata. A su lado ninguna otra mujer se ve humillada o disminuida en su valor, como alguno podría estar tentado a pensar. Su belleza embellece, adorna y corona a todas las mujeres y a todo su sexo. Ninguna debe avergonzarse por su causa.

Cuando Tristán hubo relatado cuanto sabía acerca de su señora, la encantadora muchacha de Irlanda, todos cuantos habían asistido a su historia asimilándola atentamente sintieron cómo sus palabras alegraban sus corazones igual que hace mayo con las flores. Todos estaban encantados. Tristán, con buen humor, volvió a reanudar su vida. Le habían regalado una segunda vida, y era como si hubiese nacido de nuevo. Solamente ahora empezaba a vivir de verdad. Estaba alegre y animado. El rey y la corte satisfacían todos sus deseos, hasta que la actividad maldita, la dichosa envidia, que rara vez descansa, empezó a despertar entre ellos, ensombreciendo a muchos señores en su conducta y pensamiento e induciéndoles a menoscabar el prestigio y la fama que la corte y la población respetaban en Tristán. Empezaron a calumniarle maliciosamente, haciendo circular la especie de que era un hechicero. Sus hazañas

anteriores, el modo en que mató a su enemigo Moroldo y lo que le ocurrió en Irlanda, eran, según opinaban ellos entre sí, acciones logradas mediante la hechicería.

—Ved —decían todos—, recapacitad y decidnos, ¿cómo iba a salir triunfador frente al temible Moroldo? ¿Cómo engañó a Isolda, la inteligente reina, su enemiga mortal, para que se preocupara de él hasta el punto de curarle con sus propias manos? Pensad cuán curioso es el modo en que este estafador ha logrado cegar los ojos videntes y llevar a cabo todo lo que emprendió.

Entonces, los que eran consejeros de Marc acordaron un plan. De la mañana a la noche no cesaban de sugerirle a Marc con gran insistencia que tomara una esposa de quien pudiera tener una hija o un hijo que fueran sus herederos. Marc dijo:

—Dios nos ha regalado un digno heredero. ¡Dios le conceda larga vida! Mientras Tristán esté con vida, tened bien presente que no habrá ninguna reina o señora en esta corte.

Esto hizo que aumentara aún más el odio y que creciera la envidia que le tenían a Tristán. Y a menudo esta envidia estallaba con una intensidad tal que ya no la podían ocultar ante él. Sus palabras y sus actos eran capaces de suscitar su miedo a ser asesinado, así que vivía siempre con el temor de que en cualquier momento y de cualquier forma pudiesen acordar asesinarle. Rogó a su tío Marc que cumpliera el deseo de los barones y que por el amor de Dios tuviera en cuenta sus temores y el peligro en que se hallaba. Pues se encontraba sin saber en qué instante podían sobrevenirle su muerte y su final. Su recto tío le dijo:

—Sobrino Tristán, calla. No estoy dispuesto a ceder. Solo te quiero a ti de heredero. Tampoco tienes por qué tener miedo por tu vida y salud. Yo te daré una protección segura. Su odio y envidia, por Dios, ¿qué pueden contra ti? El que es fuerte ha de soportar la envidia y el odio. El valor de un hombre va aumentando mientras que sea odiado. El prestigio engendra y nutre siempre el odio y la envidia. ¿Quién ha de ser más odiado que un hombre al que sonríe la suerte? Suerte miserable y parca sería aquella que no despertara ningún odio. Vive y trata siempre de lograr el que transcurra un solo día sin que alguien te guarde enemistad: verás que te es imposible

vivir sin ser envidiado. Si, por el contrario, deseas no ser odiado por los maliciosos, canta entonces su canción y sé un canalla con ellos, porque entonces no te odiarán. Tristán, hagan lo que hagan los demás, esfuérzate siempre por conservar tu nobleza de corazón. Mantente siempre pendiente de tu dignidad y tu honra, y no insistas en lo sucesivo sobre cosas que podrían desarrollarse muy en perjuicio tuyo. Dígase lo que se diga acerca de este asunto no haré caso ni a ti ni a los otros al respecto.

—Dejadme marchar entonces, señor, y me alejaré de la corte. No puedo defenderme de ellos. Si debo vivir entre tanta enemistad, no podré sobrevivir. Antes de que cayeran en mi poder todos los reinos de la tierra en estas condiciones, preferiría quedarme para siempre sin país alguno.

Cuando Marc vio que hablaba en serio, le rogó que callara y le dijo:

—Sobrino, me gustaría demostrarte mi lealtad constante y mi amor. Pero tú no lo consientes. Lo que haya de resultar de todo esto no es culpa mía. Estoy dispuesto a satisfacer tus deseos hasta donde me sea posible. Dime, ¿qué debo hacer?

—Haced que vengan vuestros consejeros, los que os han sugerido esa idea. Averiguad lo que piensa cada uno de ellos. Preguntadles lo que les parece más conveniente respecto a vuestro comportamiento. Enteraos de esta forma de sus opiniones acerca de cómo debéis actuar con decoro.

Se les ordenó venir al instante. Inmediatamente recomendaron (y solo para causar la perdición de Tristán) lo siguiente: si fuera viable, la bella Isolda sería una esposa perfecta para él en lo tocante a procedencia, méritos y belleza. Este fue su consejo. Todos se dirigieron a Marc. Uno de ellos, el más capaz, le expresó las intenciones de todos.

—Señor —dijo—, este es nuestro convencimiento: la bella Isolda de Irlanda, esto lo saben todos los países que son vecinos nuestros o de ellos, es una muchacha a la que los encantos femeninos han regalado toda su belleza. Vos mismo habéis escuchado a menudo decir de ella lo espléndida y perfecta que es en cuerpo y espíritu. Si puede llegar a ser vuestra esposa y nuestra señora, no habría en todo el mundo una mujer mejor que nos pudiera caer en suerte.

—Decidme, señores, incluso si yo la deseara con todo mi corazón, ¿cómo habría esto de conseguirse? —respondió el rey—. Pues no podéis

olvidar cómo están desde hace ya algún tiempo las cosas entre ellos y nosotros. El país y sus gentes nos odian. Gurmún me maldice desde lo más hondo de su corazón y tiene toda la razón: yo siento lo mismo por él. ¿Quién habría de despertar entre nosotros una amistad tan enorme?

—Señor —dijeron de nuevo—, sucede a menudo que dos países se enfrentan entre sí. Entonces ambos bandos deben buscar soluciones y ponerlas en funcionamiento, reconciliándose nuevamente en la unión de sus hijos. Del odio brota con frecuencia una amistad cordial. Si tomáis esa determinación, veréis todavía cómo Irlanda pasa a perteneceros a vos. Irlanda solo depende de tres personas. El rey y la reina tienen a Isolda como su sola heredera, pues ella es hija única.

Entonces Marc les respondió:

—Tristán me ha dejado muy pensativo hablándome de ella. Mucho pensé en ella cuando ante mí la alababa. Por ese motivo estoy más encaprichado con ella que con cualquier otra. Si ella no puede llegar a ser mía, entonces ninguna mujer en el mundo se convertirá en mi esposa. Esto lo juro por Dios y por mi vida.

No pronunció este juramento porque su intención fuera esa y ninguna otra. Juró habiendo calculado que resultaba a todo punto impensable el que llegara a realizarse alguna vez.

Los consejeros del rey prosiguieron diciendo:

—Señor, si disponéis que don Tristán, que está aquí y conoce bien esa corte, se presente allí como emisario vuestro, entonces ya está todo logrado y encaminado hacia un éxito seguro. Él es inteligente y reflexivo y tiene suerte en todo. Él puede conseguirlo. Conoce su idioma y sabe imponer lo que desea.

—Vuestro consejo es malvado —respondió Marc—. Os preocupáis demasiado por perjudicar y hacer daño a Tristán. Ya una vez encontró la muerte en beneficio vuestro y de vuestros descendientes. Ahora queréis matarle de nuevo. No, señores de Cornualles, sois vos mismos los que debéis ir. No volváis a darme consejos tan traicioneros para con él.

—Señor —volvió a decir Tristán—, no andan tan descaminados. Sería acertado suponer, sea lo que sea lo que decidáis, que yo ejecutaría vuestra determinación con más valor y mejor disposición que cualquier otro. Y no

debe ser de otro modo. Señor, soy la persona apropiada. Nadie podría hacerlo mejor. Ordenad a todos ellos que me acompañen, a fin de que tanto en el viaje de ida como en el de regreso, vigilen vuestros intereses y vuestra honra.

—No, no volverás a convencerme de que te deje ponerte otra vez en sus manos y arriesgarte a sufrir daño, máxime cuando Dios te envió de vuelta la primera vez.

—Señor, no hay otra solución. Tanto si mueren como si sobreviven, yo compartiré el mismo destino con ellos. Ellos mismos comprobarán si es acaso mi culpa el que el reino se quede sin heredero. Mandadles que se preparen. Yo mismo guiaré el barco con mis propias manos hasta Dublín, en la feliz Irlanda, rumbo al nuevo sol que hace dichosos a tantos corazones. Quién sabe si lograremos ganar a la bella. Señor, si obtenéis a la hermosa Isolda, incluso aunque todos perdiéramos nuestras vidas, la pérdida carecería de importancia.

Cuando los consejeros de Marc se dieron cuenta de dónde quería ir a parar, se quedaron más consternados de lo que lo habían estado nunca en su vida. Ahora sí que no había alternativa. Tristán hizo que los hombres de confianza del rey escogieran veinte caballeros leales de entre los más aptos para el combate. Entre nativos y extranjeros contrató a sesenta hombres a cambio de una soldada. Del consejo de la corona obtuvo veinte barones gratis. De este modo el grupo contaba con cien hombres y ninguno más. Con ellos cruzó Tristán el mar. Eran sus acompañantes. Estaban tan bien aprovisionados en cuanto a alimentos y ropa, que no hubo jamás un barco con ese número de ocupantes que estuviera tan equipado.

Leemos acerca de Tristán que llegó a Irlanda una golondrina procedente de Cornualles, y que cogió allí un cabello de mujer para la construcción de un nido (ignoro cómo podía ella saberlo), llevándoselo otra vez a través del mar[35]. ¿Ha habido alguna vez una golondrina que se tomara tantas molestias para hacer su nido, volando a través del mar a países distantes en busca de materiales para la construcción, no obstante tener suficiente cantidad de ellos en su propia patria? Vive Dios, aquí el relato deriva hacia el chismorreo, aquí la historia se pierde en cosas inconexas. Además carecería de sentido sostener que Tristán habría de cruzar el mar con su

grupo a la buena de Dios, sin haberse percatado mucho tiempo antes de la duración del viaje y de su destino, y sin saber tampoco a quién iba a buscar. ¿Quién ha sido capaz de recomponer esta versión a partir de los libros, haciendo que se escribiera y difundiera luego? Sí, todos ellos en unión, el rey que los envió, sus reales consejeros y los emisarios, habrían sido unos locos e insensatos, si hubiesen ejecutado de esa forma su tarea como mensajeros.

Así pues, Tristán iba en camino navegando en dirección a Irlanda junto con sus acompañantes. Estos estaban en parte muy preocupados. Me refiero a los barones, los veinte acompañantes que constituían el consejo de Cornualles. Les asaltaban grandes miedos y temores. Todos ellos pensaban que iban a morir. Maldijeron con el corazón y la boca el instante en el que fue concebido este viaje a Irlanda. No sabían qué hacer para salvarse. Lo comentaban entre sí, pero nada lograban encontrar que les supusiera una ayuda o les sirviera de algo. Y ello no era sorprendente. En la situación en la que se encontraban podían elegir entre dos posibilidades, una de las cuales podía salvarles la vida: una casualidad afortunada o la astucia. La astucia sin embargo era improbable, y ninguno de ellos confiaba tampoco en el azar. Les faltaban ambas cosas. Muchos decían:

—Inteligencia y habilidad las tiene este hombre en alto grado. Si Dios no nos quiere mal, podríamos salvarnos con él, caso de que quisiera moderar su ciega temeridad, esta le sobra. Es demasiado valiente y osado. No le inquieta nada lo que está haciendo. Nosotros o su propia vida le somos indiferentes. Y aun así depende nuestra mayor esperanza de su propia suerte. Es su entendimiento el que debe mostrarnos cómo conservar nuestras vidas.

Cuando llegaron a Irlanda y tomaron tierra donde les dijeron que se encontraba el rey, ante la ciudad de Wexford, Tristán ordenó que se echara el ancla a suficiente distancia del puerto como para que quedaran fuera del alcance de un tiro de arco. Los barones le rogaron que por el amor de Dios les dijera cómo pensaba solicitar la mano de la mujer. Sus vidas dependían de ello y les parecía justo estar informados acerca de sus intenciones. Tristán dijo:

—¡No hagáis nada! Tened cuidado de que ninguno de vosotros quede a la vista de la gente. Quedaos ocultos en el interior. Pues los marineros y hombres de mar suelen preguntar por las novedades desde la pasarela ante la puerta del barco. Ninguno de vosotros debe dejarse ver. Permaneced dentro en silencio. Yo mismo saldré a hablar con ellos, puesto que domino su idioma. Pronto saldrán a nuestro encuentro los ciudadanos con palabras de enemistad. A ellos habré de responder con las mentiras que se me ocurran. Ocultaos aquí dentro. Porque si se os descubre estallará la lucha y tendremos a todo el país en contra nuestra. Cuando me marche mañana (pues a una hora temprana quiero partir a caballo cerca de aquí y probar fortuna, sin saber el éxito que pueda tener), quedarán ante la puerta Curvenal y algún otro que domina como él la lengua. Y dejadme que os diga una cosa: si pasan tres o cuatro días sin que vuelva, no me esperéis más. Cruzad de nuevo el mar y salvad vuestras vidas. Entonces solamente yo habré pagado por la mujer con mi vida. Escoged entonces a otra mujer para nuestro señor según vuestro parecer. Esta es mi propuesta y mi intención.

El mariscal del rey de Irlanda, bajo cuyo poder estaban la ciudad y el puerto, vino desde allí armado y presto al combate, junto con una gran muchedumbre de ciudadanos y con sus mensajeros, tal y como se les había ordenado en la corte, y ya se ha dicho anteriormente en esta historia, si tenéis la bondad de volver a mirar lo que ya dijimos. A todo el que allí tomara tierra se le había de hacer prisionero, hasta haber averiguado con exactitud si procedía del reino de Marc o era de los suyos. Estos torturadores y asesinos maliciosos, que habían cometido ya muchos asesinatos en personas inocentes para dar gusto a su señor, llegaban del puerto con ballestas, arcos y otras armas como si fueran un verdadero ejército de bandidos. Tristán, el comandante del barco, se puso un abrigo de viaje con el solo motivo de ocultarse mejor. Hizo además que le dieran una copa que había sido labrada en oro rojo y trabajada primorosamente al modo inglés. Así se montó en un bote llevando consigo a Curvenal. Fue hasta el puerto y los saludó con los gestos y las palabras más amables que pudo encontrar. Pero, a pesar de sus palabras, muchos ciudadanos corrieron a sus barcas, mientras que otros muchos exclamaban desde la orilla:

—¡Venid a tierra, atracad!

Tristán entró en el puerto de inmediato y les dijo:

—Señores, decidme, ¿por qué os comportáis así? ¿A qué viene esta falta de cordialidad? Tenéis cara de pocos amigos. No sé lo que puedo esperar. Por el amor de Dios, hacedme un favor. Si hay alguno entre vosotros aquí en el puerto que ostente el poder, le ruego que me escuche.

—Sí, aquí estoy —dijo el mariscal—. Si mi aspecto y mi conducta os parecen tan burdos, es porque en verdad quiero averiguar el motivo exacto de vuestro viaje.

—Desde luego, señor, para ello me encontraréis dispuesto —le respondió Tristán—. Quien tuviera poder para establecer un silencio que me permitiese hablar, a ese le rogaría alegremente que me lo concediese, a fin de que mis palabras pudieran ser escuchadas del modo que merecen y en la forma que es digna de este país.

Dicho esto, todos enmudecieron. Tristán dijo:

—Señor, estas son las circunstancias de nuestra vida, nuestro rango y nuestro país de origen. Somos comerciantes y no tenemos por qué avergonzarnos de ello. Ciertamente nos llamamos mercaderes, mis compañeros y yo, y procedemos de la Normandía. Nuestras esposas e hijos viven allí. Nosotros estamos siempre de aquí para allá, viajando de un país a otro y comprando toda clase de mercancías con las que nos ganamos nuestro sustento. Hace menos de un mes que partimos de nuestras casas, yo y otros dos mercaderes. Los tres queríamos viajar juntos hasta Irlanda. Habrán pasado ya unos ocho días desde que una mañana temprano comenzó a soplar un viento que venía de lejos en contra de nosotros, como a menudo ocurre con los vientos. Este es el que nos separó a los tres, a mí de los otros dos, y no sé lo que les ha ocurrido. Dios les dé su protección, tanto si viven como si han muerto. Bajo grandes peligros he venido navegando con un rumbo incierto en estos ocho días tristes. Ayer hacia el mediodía, cuando la tormenta y los vientos se calmaban, reconocí esta tierra y estas montañas. Mandé en seguida echar el ancla para descansar, cosa que hicimos hasta hoy. Esta mañana temprano, cuando se hizo de día, proseguí mi viaje hasta llegar aquí a Wexford. Ahora encuentro que las cosas me van peor todavía que antes. A pesar de que confiaba en hallar aquí mi salvación, me temo que

no va a ser así, no obstante conocer ya esta ciudad por haber estado aquí en otra ocasión como comerciante. Por eso pensaba que aquí íbamos a encontrar ayuda y protección. Pero es ahora cuando me veo expuesto a las tormentas en toda su crudeza. Sin embargo, Dios puede aún protegerme. Puesto que entre estas gentes no puedo encontrar ni paz ni descanso, estoy dispuesto a regresar al mar. Allí puedo defenderme ante todo el mundo y combatir bien mientras escapo. Mas si queréis demostrarme vuestra buena educación y vuestra honorabilidad, entonces me agradará compartir con vos las riquezas que aquí tengo, a cambio de la autorización para una breve estancia y de que deis protección en este puerto a mis posesiones y a mí, en tanto yo averiguo si la suerte me depara el reencuentro con mis compatriotas. Si queréis otorgarme esto, aseguraos entonces de darme una protección segura, pues veo que se nos aproximan, velozmente y en pequeñas barcas, personas a las que no conozco. En caso contrario, regresaré con los míos, y no siento el más mínimo miedo ante vos.

El mariscal les ordenó a todos que regresaran a tierra. Al extranjero le dijo:

—¿Qué le vais a dar al rey para que os dé protección a vos y a vuestras posesiones en este reino?

El extranjero le contestó:

—Señor, le daré diariamente, quedando a mi cargo de dónde lo saque o cómo lo gane, un marco de oro rojo. Y vos recibiréis como premio y como compensación esta copa, si es que puedo confiar en vos.

—Sí —dijeron todos al unísono—, él es el mariscal de este país.

El mariscal tomó su regalo, que le pareció espléndido y encomiable, y le pidió que atracara. Le prometió seguridad y protección para él y para sus posesiones. Los dos eran rojos y generosos, me refiero al gravamen y al regalo: rojo y generoso el oro para el rey, rojo y generoso el regalo para su emisario. Ambos regalos eran espléndidos. Esto le ayudó a obtener un buen recibimiento y protección.

Tristán ha sabido ya conseguir seguridad. Pero aún no ha escuchado nadie lo que se proponía. Os lo vamos a hacer saber, para que no os aburra la historia. El relato nos habla de un dragón que vivía allí en el reino. Este monstruo maldito había desencadenado una desgracia tan espantosa sobre

ese país y sus gentes, que el rey había formulado un juramento real. A quien matara al dragón, siempre y cuando fuera noble y caballero, le daría su hija. Esta noticia y la belleza de la muchacha habían costado a miles la vida, que se habían acercado para la lucha y encontrado en ella la muerte. El país estaba lleno de tales historias. También Tristán las conocía. Esto era lo único que había fortalecido su resolución de emprender el viaje. Era su mayor esperanza y no tenía ninguna otra.

—Ya es tiempo. ¡Empieza!

A la mañana siguiente se armó con todo el cuidado que es necesario para el combate. Montó en un caballo vigoroso e hizo que le dieran una lanza grande y fuerte, la más fuerte y mejor que pudieron encontrar a bordo. En seguida se puso en camino a través de los campos. En la selva dio muchas vueltas y rodeos. Y cuando el día empezaba a clarear, cabalgó con premura en dirección al valle de Anferginán. Allí habitaba el dragón, según se lee en la historia. Entonces vio en la lejanía a cuatro hombres armados huyendo al galope a través del paisaje y los campos. Uno de estos cuatro hombres era el senescal de la reina. A él le apetecía ser el galán de la joven princesa, totalmente en contra de la voluntad de ella. Siempre que iba alguien a probar su suerte y sus fuerzas, estaba allí también el senescal, solamente para que se pudiera decir que se le había visto a él también dirigirse a la lucha. Esta era toda su colaboración, pues cada vez que vislumbraba al dragón, daba media vuelta a toda prisa. Al ver al grupo que huía, Tristán se dio cuenta de que el dragón debía de andar en las proximidades. Siguió cabalgando con precaución, y no tardó en contemplar el terror de sus ojos, el espantoso dragón. Por sus fauces despedía humo, llamas y tormentas como un hijo del diablo, y se dirigió hacia él. Tristán enristró la lanza y espoleó su caballo. Se acercó cabalgando con tal fuerza, que le atravesó con la lanza la garganta, desgarrándole las fauces e hincándosela en el interior del corazón. Él mismo chocó con su caballo con tal violencia contra el dragón, que hubo de abandonarlo muerto, escapando con vida a duras penas. El dragón volvió a atacar al caballo con sus dientes y su fuego, devorándolo hasta llegar a la silla. Pero al dragón le torturaba la lanza, que le ocasionaba grandes dolores, por lo que se apartó del caballo, dirigiéndose a una zona más rocosa. Su contrincante Tristán fue siguiendo

su rastro. El animal condenado a morir marchaba delante de él, padeciendo unos dolores tales, que llenaba el bosque con su espantosa voz, quemando en su ira numerosos arbustos o arrancándolos de la tierra. Esto lo hizo con rabia hasta que el dolor pudo con él y hubo de introducirse bajo una peña escarpada. Tristán desenvainó su espada creyéndolo indefenso. Pero no, era mucho más peligroso que antes. Sin embargo, la situación no era tan difícil como para que Tristán no hubiera atacado al dragón y este hubiera hecho lo mismo con él. Puso a Tristán en un aprieto tal, que este pensó que iba a morir. No le daba ninguna opción y estuvo a punto de robarle la fuerza que necesitaba para combatir y defenderse. También es verdad que tenía a su lado un gran ejército, pues llevaba consigo a la lucha humo y vapor y otros medios auxiliares como golpes y fuego, dientes y garras. Estos estaban afilados como cuchillos, y eran más puntiagudos y aguzados que una cuchilla de tundir. Con estos medios le fue hostigando y acosando haciéndole dar muchas vueltas entre árboles y arbustos. En estos fue buscando escondite y salvación lo mejor que pudo, pues de nada le servía el combatir. A pesar de ello había intentado varias veces contraofensivas con tanto empeño, que el escudo se le había quemado en las manos hasta casi convertirse en carbón, ya que el dragón le había atacado con su aliento de fuego, del que solo pudo escapar a duras penas. Pero esto no duró mucho tiempo. La serpiente asesina había llegado ya al punto en el que empezaba a desalentarse y a sentir que la lanza le causaba tal dolor que tenía que echarse de nuevo para retorcerse atormentada de un lado a otro. Entonces Tristán no lo dudó por más tiempo. Se le acercó rápidamente. En el lugar donde estaba la lanza, le clavó la espada en el corazón hasta la empuñadura. Entonces el monstruo condenado a morir dejó escapar unos gritos y alaridos tan espantosos y horripilantes de sus fauces desgraciadas, que fue como si se desplomaran el cielo y la tierra. Este grito de muerte resonó a gran distancia y asustó tremendamente a Tristán. Cuando vio al dragón tirado muerto ante él, le abrió con gran esfuerzo la boca. Le sacó la lengua de la garganta y cortó un pedazo de ella con la espada, que luego ocultó en su pecho, volviéndole a cerrar la boca. Entonces se dirigió hacia el bosque. Lo hizo por el siguiente motivo: quería ocultarse allí, descansar durante el día en cualquier sitio y recobrar fuerzas para regresar luego al atardecer junto a

sus compatriotas. Pero el calor que había sufrido a causa de la lucha y también por culpa del dragón pesaba sobre él, agotándolo tanto que apenas podía mantenerse vivo. Entonces vio una charca, estrecha y no muy grande, hacia la que fluía el agua fresca de un pequeño manantial situado en la roca. En ella cayó con toda su armadura, dejándose hundir hasta el fondo. Solo la boca la mantuvo sobre el agua. Así estuvo todo el día y toda la noche. Porque lo que le robaba el conocimiento era la maldita lengua que llevaba consigo. El olor que se desprendía de ella bastaba para destruir del todo sus fuerzas y el color de su rostro, impidiéndole salir de ahí a no ser que lo sacara una reina.

El senescal, que como ya he dicho quería convertirse en galán y caballero de la deliciosa muchacha, sintió una gran conmoción en su mente al oír el grito del dragón tronar a través de bosques y campos con tal fuerza y espanto. Trató de imaginarse en su fuero interno cómo se había desarrollado todo. «Está verdaderamente muerto», pensó, «o por lo menos en una situación de desventaja tal que podré vencerlo con algo de reflexión». Se distanció a hurtadillas de sus tres acompañantes, descendió cuidadosamente una pendiente y cabalgó lo más rápidamente que pudo en la dirección de donde había venido el grito. Cuando llegó a donde estaba el caballo, se concedió un descanso. Allí permaneció largo rato, mirando con temor en torno suyo. La breve cabalgada le había sumido en un terror enorme. Sin embargo, al poco volvió a cobrar valor y siguió sin querer, lleno de miedo y desánimo, la senda que le indicaban la yerba y el follaje calcinados. En seguida, y antes de que pudiera darse cuenta, llegó justamente al lugar donde estaba el dragón. Entonces el senescal se atemorizó en lo más hondo de su ser y estuvo a punto de caerse al suelo, al darse cuenta de lo mucho que se le había acercado sobre su caballo. Pero pronto se controló. Hizo volverse al caballo con tanta rapidez que los dos perdieron el equilibrio y cayeron el uno sobre el otro. Cuando se hubo incorporado (del suelo, quiero decir), era tanto su miedo que no encontró ni siquiera la ocasión de volver a subirse al caballo. El vil senescal lo dejó atrás y se fue huyendo. Al ver que nadie lo seguía, se detuvo y regresó con mucho sigilo. Agarró su lanza, cogió al caballo de las riendas y lo llevó hasta el tronco de un árbol. Volvió a montarse y olvidó su percance.

Cabalgó hasta alejarse un poco y se volvió para mirar el aspecto que tenía el dragón, si estaba vivo o si estaba muerto. Cuando se percató de que estaba muerto, dijo:

—¡Estoy salvado, gracias a Dios! Esta es una feliz coincidencia. He llegado para fortuna mía en un momento adecuado.

Con esto enristró la lanza, dejó caer las riendas, espoleó su caballo y arremetió al galope y con fuerza, profiriendo el grito de lucha de «¡Caballero de la joven dama! ¡Rubia lsolda, hermosa mía!». Clavó la lanza con tal fuerza que el duro palo de fresno se le escapó de las manos. Si entonces no siguió combatiendo, fue por un cálculo premeditado. Él pensó: «Si el que ha matado al dragón vive aún, no me servirá de nada lo que he urdido».

De ahí que se pusiera en camino a caballo confiando en encontrar a esa persona tan cansada o malherida, que se atreviera a luchar contra ella y tuviera alguna posibilidad. Quería entonces darle muerte y enterrar su cadáver. Cuando no lo encontró por ninguna parte, pensó enseguida: «¡Ya está bien, Señor! Tanto si está vivo como si no, yo soy el primero en cualquier caso, y nadie me desmentirá. Tengo amigos y vasallos lo suficientemente dignos y apreciados como para dejar en mal lugar a todo el que osara contestarme».

Espoleó su caballo, se dirigió de nuevo a su adversario en el combate y desmontó. Volvió a reanudar la lucha justo en el punto en el que la había abandonado. Haciendo uso de la espada que portaba consigo, golpeó y horadó a su enemigo una vez y otra hasta que lo hubo destrozado por todas partes. Intentó muchas veces cortarle el cuello como habría sido de su gusto, pero este era tan duro y tan grueso, que le pareció demasiado trabajoso. En el tronco de un árbol quebró su lanza. Luego, introdujo la parte delantera en la garganta del dragón como si la hubiese clavado allí.

Montó en su caballo español y cabalgó contento y animado en dirección a Wexford. Ordenó que partieran sin dilación cuatro caballos y un carro para traer la cabeza. A todos les contó la hazaña que había hecho y los apuros y espantosos peligros que había tenido que arrostrar. Dijo:

—Sí, señores, que todos me presten oído y se paren a contemplar qué milagros puede ejecutar un hombre valeroso y qué firme valentía puede

demostrar por causa del amor. El que haya logrado escapar con vida del peligro en el que he estado es algo que no cesa de sorprenderme. Estoy seguro de que, si hubiera sido tan pusilánime como otros, no habría podido salir airoso. Hubo otro caballero, cuya identidad desconozco, que salió a la aventura en busca del dragón y que llegó a él antes que yo, encontrando allí la muerte. Dios le había abandonado. Los dos fueron devorados, tanto el hombre como su caballo estaban muertos ahora. Del caballo quedan aún los restos, mordisqueados y quemados. ¿Para qué voy a entretenerme en dar detalles? He realizado mayores esfuerzos que ningún otro hombre por amor a una mujer.

Y, cogiendo a todos sus amigos, regresó con ellos a donde estaba el dragón y les mostró su obra maestra. Les rogó encarecidamente que refirieran con arreglo a la verdad lo que allí habían visto. La cabeza se la llevó consigo. Invitó a que le visitaran todos sus parientes y vasallos y se apresuró a ir hasta el rey para recordarle su promesa. Entonces se fijó una fecha en Wexford valedera para todo el reino. Acto seguido se llamó a los habitantes, quiero decir a los barones. Todos ellos se prepararon siguiendo las instrucciones que les enviaban de la corte.

En el acto se les comunicó todo a las damas de la corte. Nunca se ha visto a otras damas padecer el tormento y la aflicción que ellas sintieron entonces. La deliciosa muchacha, la bella Isolda, se llevó un susto de muerte que se le clavó en el corazón. Nunca había vivido un día tan triste. Su madre Isolda le dijo:

—No, hermosa hija, domínate. No te lo tomes tan a pecho. Porque tanto si se corresponde con la verdad, como si es una mentira, sabremos encontrar el modo de impedirlo. Dios nos librará de ello. No llores más, hija mía. Tus ojos claros no han de enrojecer a causa de una preocupación tan nimia.

La bella respondió:

—Ay, madre, señora, no nos restes dignidad ni a tu distinguida procedencia ni a mí. Antes de obedecer, prefiero clavarme un cuchillo en el corazón. Antes de que él satisfaga su deseo conmigo, prefiero quitarme la vida. Isolda no será nunca ni esposa ni señora suya. Antes me recibirá muerta.

—No, hermosa hija, no temas nada. Digan lo que digan él o cualquier otro, nada nos importa. Y aunque todo el mundo lo hubiese jurado, él no se convertirá nunca en tu marido.

Y cuando se hizo de noche, la sabia reina consultó sus artes ocultas acerca del infortunio de su hija. Las dominaba con tanta perfección, que en el sueño se le reveló el que las cosas no eran como decía la comidilla general. Cuando volvió a amanecer, llamó a Isolda y le dijo:

—¿Estás despierta, preciosa hija?

—Sí —le respondió esta—, sí, señora y madre.

—Olvídate de tus temores. Voy a darte una noticia que te alegrará. Él no mató al dragón. Sin que sepamos qué azares le trajeron hasta aquí, fue un extranjero quien lo hizo. Levántate, vamos a ir nosotras mismas al lugar de los hechos a investigar. Branguena, levántate con sigilo y dile a Paranís que nos ensille caballos. Iremos nosotros cuatro, yo y mi hija, tú y él. Que nos traiga los caballos lo antes que pueda a la puerta escondida, la que conduce a los campos desde el jardín de los frutales.

Cuando estuvo todo preparado, el grupo montó a caballo y se dirigió hacia el lugar donde les habían dicho que había sido muerto el dragón. Encontraron al caballo y comenzaron a examinar con cuidado las guarniciones. Creyeron no haber visto nunca guarniciones como esas en Irlanda y llegaron todos al convencimiento de que, fuere quien fuese el hombre que había montado ese caballo, había sido él quien mató a la bestia. Prosiguieron la marcha y no tardaron en tropezar con el dragón. Este secuaz del demonio era, sin embargo, tan gigantesco e imponente que el animado grupo de damas se vio tocado de una palidez de muerte, tal era el pavor que les causaba verlo. Le dijo la madre a la hija:

—Estoy completamente segura de que el senescal jamás se habría atrevido a luchar contra él. Podemos estar sin cuidado. Y en verdad, Isolda, tanto si este hombre está vivo como si está muerto, tengo claramente la sensación de que está escondido en algún lugar no muy lejos. Mi sentido interior me lo indica. Por eso, si estás de acuerdo, sugiero que nos pongamos a buscarlo, para de esta forma poner fin, si es que Dios quiere que lo encontremos, a este dolor hondo e infinito que nos oprime tanto como si fuera la muerte.

Todos coincidieron en este punto. Los cuatro se separaron entonces, para buscar cada uno por un lado. Sucedió entonces, como había de ser y lo quería el destino, que fuera la joven reina Isolda la primera en descubrir su vida y su muerte, su fortuna y su desdicha. De su yelmo se desprendía un claro resplandor que le delataba al extranjero. Cuando se dio cuenta de la existencia del yelmo, dio media vuelta y llamó a gritos a su madre:

—Señora, cabalgad aprisa hasta aquí. Veo algo brillar. Parece un yelmo. Creo que mis ojos no me engañan.

Entonces dijo la madre:

—Verdaderamente, yo pienso igual. Dios se ha apiadado de nosotras. Creo que hemos encontrado a quien buscamos.

Llamaron entonces enseguida a los otros y se dirigieron los cuatro hacia él.

Cuando se le aproximaron y le vieron así tirado, todos le tomaron por muerto. Las dos Isoldas dijeron:

—Está muerto. Nuestras esperanzas se han desvanecido. El senescal lo ha matado de un golpe a traición y lo ha traído hasta esta charca.

Desmontaron los cuatro y lo sacaron rápidamente del agua. Enseguida le quitaron el yelmo y le abrieron la protección de la cabeza. La sabia Isolda lo miró y se dio cuenta de que aún vivía, si bien su vida estaba apenas pendiente de un hilo. Ella dijo:

—Ciertamente, aún está con vida. Rápido, quitadle la armadura. Si tengo suerte y la herida no es mortal, todavía hay salvación para nosotras.

Cuando las tres bellas, un grupo tan luminoso, despojaron al extranjero de su armadura con sus manos blancas como la nieve, encontraron la lengua.

—Mirad —dijo la reina—, ¿qué es esto, qué podrá ser? Branguena, noble sobrina, ¡dime!

—Creo que es una lengua.

—Tienes razón, Branguena. Me parece que pertenece al dragón. La suerte nos acompaña. Hermosa Isolda, queridísima hija, estoy segura a más no poder de que estamos sobre la buena pista. La lengua le ha robado las fuerzas y el conocimiento.

Entonces acabaron de quitarle la armadura y cuando no le encontraron heridas o lesiones, se pusieron todas muy contentas. La sabia y conocedora reina tomó triaca y se la suministró en la dosis requerida para que empezara a sudar.

—El hombre sobrevivirá —dijo—. Los vapores venenosos de la lengua se habrán disipado pronto. Entonces hablará y abrirá los ojos.

Esto no tardó en suceder. No pasó mucho tiempo antes de que se cumpliera. Abrió los ojos y miró en derredor. Cuando divisó a tan grato grupo en torno suyo, pensó para sí: «Ay, Dios bondadoso, no me has abandonado. Tres luces me rodean aquí, las mejores que hay en el mundo. Alegría y consuelo para muchos corazones y deleite de muchos ojos. Isolda, el sol resplandeciente, y con ella su madre Isolda, y la magnífica Branguena, la deliciosa luz de la luna». Entonces se incorporó y dijo con una voz casi inaudible:

—Ay, ¿quiénes sois y dónde me encuentro?

—Ay, caballero, ¿puedes hablar? ¡Habla! Nosotras te ayudaremos en tu apuro —le dijo la prudente Isolda.

—Sí, deliciosa dama, mujer espléndida, en realidad no me explico cómo en tan poco tiempo pudieron disminuir y abandonarme mi vida y mi fuerza.

La joven Isolda se lo quedó mirando.

—Pero si este es Tantris, el juglar —dijo—, de ello dan fe mis ojos.

Las otras dos hubieron de añadir:

—También a nosotras nos parece que es en efecto así.

La sabia le volvió a decir:

—¿Eres tú, Tantris?

—Sí, señora.

—Dime —dijo entonces la inteligente—, ¿de dónde y por qué medios has venido, y qué es lo que pretendes aquí?

—Respetadísima mujer, aún no me he recuperado y por desgracia me faltan todavía las fuerzas suficientes para relataros mi historia de manera adecuada. Haced, por el amor de Dios, que me trasladen a algún lugar donde alguien se ocupe de mí durante un día y una noche. Y cuando haya recobrado mis fuerzas, será lo único correcto que yo haga y diga lo que queráis y os cause placer.

Entonces cogieron a Tristán los cuatro y, montándolo en un caballo, se lo llevaron todos juntos. A través de la puerta escondida lo introdujeron secretamente en el castillo, a fin de que nadie se enterara de su escapada a caballo. Entonces lo cuidaron y aliviaron sus dolores. La lengua de la que antes hablé, sus armas y el resto de sus cosas, de todo ello no quedó nada atrás. Todo se lo llevaron con ellas, la armadura y el hombre.

Poco después del amanecer del día siguiente, la sabia le volvió a coger de la mano y le dijo:

—Ahora dime, Tantris, después de todos los favores que te he concedido tanto en esta ocasión como anteriormente, salvándote por dos veces y demostrándote el mismo aprecio y deseo de ayudarte que debes sentir por tu esposa, ¿cómo es que has venido a Irlanda y cómo mataste al dragón?

—Señora, voy a decíroslo. No hace mucho que llegué, hoy se cumplen tres días, junto con otros comerciantes en un barco a este puerto. Entonces un ejército de bandidos se precipitó, no sé por qué, sobre nosotros. Iban dispuestos a quitarnos —si no lo llego a evitar yo con mis posesiones— no solo nuestros bienes, sino también la vida. Ahora bien, nuestra vida es siempre así. Con mucha frecuencia tenemos que convertir países extranjeros en nuestro hogar y habitar en ellos. No sabemos en quién podremos confiar, pues a menudo somos atacados. Por eso estoy seguro de que es ventajoso para nosotros si de algún modo consigo darme a conocer en los diversos reinos. Ser reconocido en países extranjeros incrementa la riqueza del comerciante. Ved, señora, era en eso en lo que pensaba. Pues hacía ya mucho que la historia acerca del dragón me era conocida. Lo he matado solamente porque pienso que de esta forma me será más fácil obtener la protección y las simpatías de la población.

—Que la protección y la paz te acompañen hasta la muerte sin merma de tu honra —respondió Isolda—. Has venido con buenas intenciones respecto a ti y a nosotros. Piensa qué es lo que deseas. Te será concedido. Yo haré que se te entregue de parte de mi señor y mía.

—Gracias, señora. Con esto me encomiendo a partir de ahora junto con mi barco a vuestra protección. Tened cuidado para que no tenga que

arrepentirme de haber confiado mi vida y mis posesiones a vuestra protección.

—No, Tantris, en verdad no necesitas preocuparte. Estate tranquilo respecto a ti y tus bienes. Mira, por mi honestidad y mi prestigio, te prometo con esta mano y por mi vida que jamás se te tocará ni un pelo en Irlanda. No me niegues tú lo que voy a pedirte, pues de ello dependen mi dicha y mi honra.

Y le relató lo que os he contado, lo que el senescal había osado arrogarse, la urgencia y la insistencia con la que reclamaba a Isolda y cómo estaba dispuesto a demostrar la verdad de este engaño y esta mentira en un combate público, si fuera a aparecer alguien con sus mismas pretensiones. Tristán dijo:

—Respetada señora, no os inquietéis más por esto. En dos ocasiones me habéis devuelto con la ayuda de Dios la vida y la salud. Es completamente justo que ahora estén a vuestra disposición en esta lucha y en todos los peligros que surjan, mientras yo tenga salud.

—Que Dios te lo premie, querido Tantris. Con alegría te entrego mi confianza y quiero también confesarte que, en el caso de que llegara a cumplirse esta monstruosidad, las dos, tanto Isolda como yo, quedaríamos ya para siempre como muertas en vida.

—No, señora, no digáis estas cosas. Puesto que yo estoy bajo vuestra protección y he encomendado mi vida y mis pertenencias a vuestro honor, es el momento, querida señora, de que cobréis valor. Ayudadme a recobrar mis fuerzas y yo solo pondré todas las cosas en orden. Y decidme, señora, ¿sabéis si la lengua que fue encontrada conmigo quedó allá abandonada, o el lugar en el que se depositó?

—No, ciertamente no se perdió, la tengo aquí con todo lo que llevabas contigo. Mi bella hija Isolda y yo misma trajimos aquí todas tus cosas.

—Esto nos viene muy bien —dijo Tristán—. Bien, respetada reina, no os preocupéis más y ayudadme a recuperar mis fuerzas. Entonces veréis cómo todo tiene un buen final.

Las dos reinas sin distinción se ocupaban de él, y cualquier cosa que se les ocurriera que pudiera sentarle bien y serle útil era realizada con diligencia. Entretanto, sus amigos en el barco estaban sufriendo mucho,

pues tenían tanto miedo que se daban ya por perdidos. Ninguno tenía esperanzas de salir con vida, dado que en los dos días anteriores no habían tenido ninguna noticia de él. Además habían oído el estruendo ocasionado por el dragón y les había llegado el comentario de que había perdido la vida un caballero, cuyo caballo aún permanecía ahí despedazado. Entonces los suyos pensaron:

—Ese solo puede ser Tristán. No hay ciertamente ninguna duda. Si no se lo hubiera impedido la muerte, ya habría tenido tiempo de volver.

Entonces conferenciaron entre sí y enviaron a Curvenal para que examinara el caballo. Es lo que hizo. Curvenal cabalgó hasta allí, encontró al caballo y lo reconoció. Entonces siguió galopando. No tardó en encontrar al dragón, y al no hallar ninguna de sus pertenencias, ni parte de su indumentaria ni de su armadura, le asaltó una gran desesperación.

—Ay —pensó—, Tristán, señor, ¿vives aún o estás muerto? Oh, Isolda —exclamó—, ¡qué lástima que tu fama y tu renombre llegaran alguna vez a Cornualles! ¿Estaban tu belleza y tu esplendor destinados a causar tal desgracia en la persona del más portentoso que jamás empuñara una lanza y al que gustaste demasiado?

Dicho esto regresó al barco entre lágrimas y quejas. Informó acerca de lo que había encontrado. Esta noticia ensombreció a muchos, pero no a todos. La triste noticia no era igualmente triste para todos. Muchos la tomaron con gran tranquilidad. Sin embargo se notaba que a muchos otros les producía un gran pesar. Estos estaban en mayoría. De esta forma, su estado de ánimo e intenciones estaban mezclados, eran buenos y malos. Ante esta contradicción, se empezaron a escuchar palabras y murmullos en el dividido barco. Para los veinte barones no era excesivamente doloroso el temor que se abrigaba; confiaban en poder alejarse de allí sin más dilación. Todos ellos (me refiero a los veinte barones) pidieron al unísono que no se le esperara por más tiempo, insistiendo en que se partiera a la noche siguiente. Otros, en cambio, proponían que se permaneciera allí hasta averiguar mejor lo que le había sucedido. Unos querían marcharse, otros querían quedarse. Finalmente acordaron, puesto que su muerte no era segura ni evidente, que permanecerían allí algún tiempo más para

emprender nuevas averiguaciones, por lo menos durante otros dos días. De ello se lamentaron los barones.

Entretanto había llegado en Wexford el día fijado por Gurmún para celebrar el juicio acerca de su hija y el senescal. Los vecinos de Gurmún, sus parientes y vasallos, a quienes había invitado a participar en las deliberaciones de este juicio, estaban todos presentes. Los llamó a un lado y les pidió consejo con tanto énfasis y tanta insistencia, que parecía que estaba en juego su prestigio y no cualquier otra cosa de valor inferior. Además invitó también a que se sumara al consejo a su querida esposa, la reina. Ella era con razón muy valiosa para él, pues solamente en ella se daba la combinación de dos raras cualidades, las mejores que puede un hombre encontrar en su querida esposa: poseía en tal medida belleza y sabiduría que ya podía resultarle a él lo más querido. La espléndida reina, la bella e inteligente, estaba también allí. Su amado, el rey, la apartó un poco de los que estaban allí congregados y le preguntó:

—¿Qué me aconsejas? ¡Habla! Este asunto me inquieta tanto como si fuera la muerte.

—Tened valor —respondió Isolda—, que sabremos defendernos. He averiguado toda la verdad.

—¿Qué? Amadísima señora, dímela a mí también, para que pueda alegrarme contigo.

—Nuestro senescal no mató al dragón tal y como afirma. Yo sé con exactitud quién lo hizo. Esto lo puedo demostrar si es necesario. Liberaos de toda inquietud. Volved de inmediato con vuestro consejo. Decidles a todos, una vez que hayáis escuchado y visto las pruebas del senescal, que estáis dispuesto a cumplir con alegría la promesa que formulasteis ante todo el reino. Haced que todos estén presentes y comenzad el juicio. No tengáis miedo. Dejad que el senescal se lamente y diga lo que quiera. Que cuando llegue el momento, Isolda y yo estaremos allí. Entonces ordenadme que hable por vos, por Isolda y por mí. Con esto es suficiente por ahora. Voy a ir a donde está mi hija y las dos no tardaremos en regresar.

Con esto volvió junto a su hija y el rey regresó al palacio. Se sentó para celebrar el juicio, teniendo a su lado a muchos barones, los hombres distinguidos del reino. Había allí reunida una espléndida congregación de

caballeros. La razón de su presencia estribaba no tanto en sus deseos de honrar al rey, como en su interés por ver todo lo que iba a suceder en relación al rumor que había corrido por todo el país. Todos estaban en tensión preguntándose lo que iba a suceder.

Cuando las dos espléndidas Isoldas entraron en el palacio, saludaron y dieron la bienvenida a todos los señores en particular. Muchas cosas se pensaron y se dijeron en susurros, y brotaron muchas conversaciones y pensamientos ante la belleza de las dos. Sin embargo se comentó aún más la fortuna del senescal. Se decía y se pensaba:

—Fijaos bien. Si a este pobre diablo que nunca tuvo suerte le corresponde esta maravillosa muchacha, entonces recaerá sobre él toda la dicha que haya recaído alguna vez sobre alguien a causa de una muchacha.

Entonces se dirigieron hacia el rey. Este se levantó ante ellas. Amistosamente las sentó junto a él y dijo:

—Bien, senescal, ¡habla! ¿Cuál es tu queja y cuál tu petición?

—Contesto con mucho gusto, mi rey y señor —replicó él—. Señor, demando e invoco a este tribunal para que no interrumpáis conmigo la norma real de este país. Como vos mismo admitiréis, habéis dicho y prometido con palabras y juramentos que el caballero que matara a este dragón solo y con sus propias manos recibiría como recompensa a vuestra hija Isolda. Este juramento les costó a muchos la vida. Yo, empero, no me fijé en ello porque amaba a esta mujer, y puse mi vida en juego con más valor que ningún otro, hasta lograr finalmente darle muerte. Si ello os basta, aquí tenéis la cabeza, fijaos en ella. Es la prueba que puedo aducir. Ahora cumplid vuestra promesa. La palabra y el juramento de un rey deben ser verdaderos y dignos de confianza.

—Senescal —dijo la reina—, quien reclama una recompensa tan generosa como mi hija Isolda sin haberse hecho acreedor a ella, verdaderamente se permite demasiado.

—Ay, señora —respondió el senescal—, no sois justa conmigo. ¿Qué estáis diciendo? Mi señor, que es quien ha de decirlo, puede muy bien hablar por sí mismo. Que sea él quien hable y me responda.

—Señora, hablad por vos misma, por Isolda y por mí —dijo el rey.

—Gracias, señor, es lo que haré —la reina prosiguió diciendo—: Senescal, tu amor es bueno y puro y tienes un corazón viril que sin duda merece una buena mujer. Pero si alguien reclama un premio importante que no ha merecido, entonces se trata verdaderamente de una injusticia. Te has atribuido una hazaña y una valentía que no te corresponden, según he sido informada.

—Señora, no sé de qué me estáis hablando. ¿No tengo aquí la prueba palpable?

—Nos traes aquí una cabeza. Esto podría haberlo hecho fácilmente cualquier otro, me parece, si con ello pudiera ganar a Isolda. Pero no es posible obtenerla con una menudencia así.

—No, desde luego que no me entregaré a cambio de tan pequeño esfuerzo —dijo la joven Isolda.

—Ay, joven reina, señora —volvió a decir el senescal—, ¿cómo podéis dirigiros a mí con tan poca bondad, después de los peligros a los que he tenido que enfrentarme a causa de vuestro amor?

—Os será muy ventajoso amarme —le dijo Isolda—, pero yo nunca sentí ningún amor por vos ni lo sentiré jamás.

—Sí —replicó nuevamente el senescal—, ya veo que actuáis igual que todas las mujeres. Todas sois iguales, sentís igual y estáis hechas según el mismo patrón. Lo malo os parece bueno y lo bueno malo. Esta característica está firmemente implantada en todas las mujeres. Tomáis todo radicalmente del revés. Los imbéciles os parecen sabios, y los sabios imbéciles. Al recto lo dobláis hasta torcerlo, al torcido lo ponéis recto. Todo lo que es contradictorio ha pasado a formar parte de vos. Amáis a quienes os odian y odiáis a quienes os aman. ¡Menudo carácter el vuestro, que os hace amar lo contrario en todas las cosas, como resulta evidente en tantos casos! Si alguien os quiere, no le queréis, queriendo en cambio a aquel que no os quiere. Sois el juego más incierto que se pueda jugar en un tablero. El que arriesga su vida por una mujer sin ninguna garantía previa no es más que un loco. Y aun así no serán las cosas como vos o mi señora decís. A menos que aduzcáis otras razones, tendréis que romper vuestra palabra.

La reina volvió a dirigirse a él:

—Senescal, tus argumentos son poderosos y agudos, si se los contempla con agudeza. Parece como si hubiesen sido urdidos en secreto en los aposentos de las mujeres. Porque tú nos los has presentado del modo en que lo debe hacer un caballero que haya empeñado su honor con una dama. Conoces demasiado bien a las mujeres. Has penetrado demasiado en su idiosincrasia, y ello te ha robado tu masculinidad. También tú amas en exceso lo contrario de todas las cosas. Tengo la impresión de que ello encaja bien contigo. Tú mismo tienes una personalidad femenina firmemente implantada en tu ser: amas a quien te odia, y quieres a quien no te quiere. ¿No es ese el juego de nosotras las mujeres? ¿Por qué lo juegas tú? Vive Dios, tú eres un hombre. Déjanos a las mujeres nuestra forma de ser. A ti no te sienta bien. Sé masculino y ama a quien a su vez te ame, y desea a quien te desea a ti también. Este juego tiene bastantes posibilidades de éxito. Aquí insistes en que quieres que Isolda sea tuya, mas ella no te quiere a ti. Ella es así. ¿Quién puede intervenir en esto? Ella deja estar muchas cosas que podría obtener con gran facilidad. Le es indiferente aquel que la pueda desear mucho. Entre ellos estás tú a la cabeza. Eso le viene a ella de su madre: tampoco a mí me gustaste nunca. Yo sé que lo mismo le sucede a Isolda. Ella está hecha a mi imagen y semejanza. Desperdicias en ella mucho amor. La bella y pura se envilecería demasiado si quisiera a todo aquel que la quiere a ella. Senescal, has dicho que mi señor debe cumplir fielmente su promesa. Cuídate tú de mantener tu afirmación y tus palabras, no fuera que las tuvieras que retirar antes de llegar al final. ¡Sé fiel a tus intenciones! Yo he oído que ha sido otro hombre el que mató al dragón. Veamos lo que tienes que decir al respecto.

—¿Y quién habría de ser el que lo hizo?

—Yo le conozco bien, y le traeré hasta aquí si es necesario.

—Señora, no hay nadie que se pudiera atrever a ello y pretendiera ser capaz de robarme este honor a través del engaño. Si él me ofrece oportunidad legítima, me arriesgaré y pondré mi vida en juego, en el instante en que este tribunal lo decida, y me enfrentaré a él de hombre a hombre, antes de renunciar a lo que es mío.

—¡Así se habla! —dijo la reina—. Yo misma me encargaré de asegurarte el que se cumpla tu exigencia. Dentro de tres días te traeré al

hombre que mató al dragón para que combatas con él, pues no puedo hacerlo todavía.

—Esto es suficiente —dijo el rey.

Y todos los señores opinaban:

—Senescal, esto es suficiente. Se trata solo de un breve aplazamiento. Confirma ahora tu participación en el combate, y que nuestra señora haga lo propio por el otro hombre.

El rey les tomó entonces juramento y ambos ofrecieron garantías de que este enfrentamiento tendría lugar al cabo de tres días. Con esto se dio por zanjado el asunto.

Las dos damas se alejaron y volvieron a dispensar al juglar sus atentos cuidados. Todos los esfuerzos de ambas y toda su atención cariñosa estaban encaminados hacia la consecución de su salud. Él estuvo pronto recuperado, recobrando la viveza de su piel y el hermoso color de su rostro. Isolda lo contemplaba a menudo, fijándose con extraordinario interés en su cuerpo y en su comportamiento. Con frecuencia se quedaba mirando sus manos y sus ojos. Observaba sus brazos y sus piernas, en los que estaba patente lo que él ocultaba. Le inspeccionó de arriba abajo. Todo lo que una muchacha debe mirar en un hombre era en él de su agrado, y ella lo elogiaba en su pensamiento. Cuando la hermosa y fina muchacha hubo contemplado su espléndido cuerpo y sus maravillosos movimientos con detalle, se dijo en secreto para sí:

—Señor capaz de tantos milagros, si hay algo imperfecto en cuanto has creado o creas para entregárnoslo, entonces la imperfección en el caso de este hombre maravilloso, a quien de tantos méritos has dotado en su aspecto exterior, estriba en su necesidad de viajar errante de país en país para ganarse el sustento. En verdad sería legítimo que tuviera un reino o un país digno de él a su servicio. Es curioso que en este mundo en el que hay tantos reinos gobernados por manos indignas no le haya correspondido ni uno solo. Un hombre tan magnífico y con tantos méritos debería tener posesiones y prestigio. Se comete una gran injusticia en su caso. Dios y Señor nuestro, le has concedido un rango que es impropio de su aspecto.

Así hablaba a menudo la muchacha. La madre le había informado al padre acerca del comerciante en todos sus detalles, según vosotros mismos

lo habéis escuchado, contándole cómo se había desarrollado todo y haciéndole saber que no deseaba nada más que una garantía sobre su propia seguridad cada vez que en lo sucesivo regresara a Irlanda. Todo esto se lo refirió confidencialmente de principio a fin.

Entretanto la muchacha le había ordenado a su escudero Paranís que limpiara y puliera la coraza y las armas del juglar, y que se ocupara también con diligencia del resto de sus cosas. Todo esto fue hecho. Todo fue arreglado y preparado cuidadosamente, colocándose unas cosas sobre otras. Entonces la muchacha fue hasta ahí y se quedó mirando todo con detenimiento. Y nuevamente quísolo el destino que Isolda volviera a sentir el dolor en su corazón antes que todos los demás. Su corazón se orientó y sus ojos se dirigieron hacia el lugar donde estaba la armadura. Yo no sé qué motivó el que cogiera la espada con la mano, de la misma manera que las muchachas y los niños son a veces curiosos y caprichosos (y sabe Dios que también muchos hombres). La sacó de la vaina, la miró y la contempló por todas partes. Entonces descubrió el desperfecto. Se quedó mirando la mella largo tiempo y con detenimiento, mientras pensaba para sí: «Por Dios misericordioso, me temo que yo tengo el trozo que falta y encaja en este sitio. Lo voy a comprobar inmediatamente».

Lo trajo e hizo la prueba. Y entonces la mella y el trozo de espada maldito encajaron con exactitud, uniéndose tan perfectamente como si estuvieran hechos de una misma pieza, como en verdad había sido dos años atrás. Entonces el corazón se le heló al pensar en la vieja aflicción. Su rostro adquirió, de ira y dolor, la palidez de la muerte, volviéndose luego rojo como el fuego. Dijo:

—Ay, desgraciada Isolda, ¡qué dolor! ¿Quién ha traído este arma maldita hasta aquí desde Cornualles? Con ella mataron a mi tío. Y el que lo hizo se llama Tristán. ¿Quién se la dio a este juglar? Si su nombre es Tantris.

Empezó en el acto a reflexionar sobre los dos nombres y a sopesar sus sonidos.

—Ay, señor —se dijo para sí—, estos nombres me producen una gran tristeza. Yo no sé cuál es la particularidad que tienen. Suenan parecidos. Tantris —decía ella— y Tristán, en verdad, están muy cerca el uno del otro.

Cuando se puso a pronunciar los nombres con lentitud, le llamaron la atención las letras de las que los dos estaban compuestos, y no tardó en encontrar en un nombre las mismas que componían el otro. Entonces dividió ambos nombres por sílabas e invirtió su orden, averiguando la verdad acerca de los mismos. Averiguó lo que estaba buscando. Hacia delante leía Tristán, hacia atrás leía Tantris. Así obtuvo certeza respecto al nombre.

—Sí, sí —exclamó de nuevo la bella—, si esto es así, entonces ya mi corazón me había predicho este engaño. Desde el primer instante en que le conocí, y observé con detenimiento su aspecto, su comportamiento y toda su personalidad, sabía con toda exactitud que era de procedencia distinguida. Quién sino él habría osado viajar desde Cornualles hasta donde viven sus enemigos mortales, que además le hemos salvado la vida por dos veces. ¿Salvado? Ahora sí corre grave peligro. Esta espada será su final. ¡Date prisa, ahora, véngate en tu dolor, Isolda! Si él muere por la hoja de la misma espada con la que mató a tu tío, entonces la venganza será la adecuada.

Tomó la espada y fue a donde estaba Tristán, quien se encontraba sentado tomando un baño.

—Bien —le dijo—, ¿tú eres Tristán?

—No, señora, soy Tantris.

—Entonces no me cabe duda de que eres Tantris y Tristán a la vez. Ambos están a las puertas de la muerte. El daño que Tristán me causó lo pagará ahora Tantris. En ti será vengado mi tío.

—¡No, joven y deliciosa dama, no! Por el amor de Dios, ¿qué es lo que hacéis? ¡Tened en cuenta quién sois! Sois una muchacha distinguida. Cuando se conozca vuestro acto asesino, la encantadora Isolda habrá perdido su fama para siempre. El sol que se levanta en Irlanda y ha hecho dichosos a muchos corazones se habrá, ¡ay!, apagado entonces. Qué desdicha para estas manos blancas, ¿es que acaso hacen juego con la espada que empuñan?

Entonces llegó la reina, su madre, cruzando el umbral.

—¿Qué es esto? —dijo—, ¿qué significa todo esto? Hija, ¿qué es lo que haces? ¿Estás de broma o te lleva la ira? ¿Qué hace la espada en tu mano?

—Ay, madre y señora, no olvides nuestro común dolor. Este es el asesino que dio muerte a tu hermano: Tristán. He aquí una buena oportunidad de vengarnos atravesándolo con esta espada. Nunca tendremos una ocasión más favorable.

—¿Es este Tristán? ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé con toda exactitud. Es Tristán. Esta es su espada. Fíjate en ella y compárala con el fragmento que está al lado. Y entonces decide si lo es o no. Yo acabo de insertar el trozo en esta mella maldita, y entonces, ¡ay!, me di cuenta de que constituían una sola pieza.

Enseguida dijo la madre:

—¡Ay, Isolda, qué recuerdos despiertas en mí! ¡Cómo lamento haber nacido! Y si estamos ante Tristán, ¡de qué modo he sido engañada!

En ese momento Isolda había alzado la espada y se dirigía hacia él. La madre se volvió hacia ella y exclamó:

—¡Detente, Isolda, detente! ¿Es que no sabes lo que he prometido?

—Eso me importa poco. Ciertamente debe morir.

Tristán le suplicó:

—¡Piedad, bella Isolda!

Isolda le replicó:

—¿Y tú, canalla repugnante, reclamas piedad? No hay piedad que te corresponda. ¡Has de entregarnos tu vida!

—No, hija —repuso entonces la madre—, ello no es posible por mucho que me duela. No podemos vengarnos si no queremos romper nuestro juramento y nuestra palabra. No te precipites. Él está bajo mi protección en lo que respecta a su vida y a sus posesiones. Le he garantizado, sea como sea que ello sucediera, una seguridad total.

—Gracias, señora —dijo Tristán—, tened en cuenta que he encomendado mi ser y mis bienes a vuestra palabra y a la garantía que habéis empeñado conmigo.

Entonces exclamó la más joven:

—¡Mientes! Yo conozco lo acordado. Jamás le prometió a Tristán seguridad y protección para su vida y sus pertenencias.

Con estas palabras se precipitó nuevamente sobre Tristán. Tristán, empero, le suplicó:

—¡Piedad, bella Isolda, tened compasión!

Pero la madre estaba todo el rato presente, la reina intachable. Podía él estar tranquilo. Incluso si en ese instante se hubiera encontrado amarrado en el baño y a solas con Isolda, habría sobrevivido. La encantadora y bondadosa muchacha, cuyo ser femenino no conoció jamás ni el rencor ni la amargura, ¿cómo iba a dar muerte a un hombre? Solamente por dolor y también a causa de la ira podía ella dar la impresión de que lo habría hecho, y posiblemente lo habría hecho si su corazón se lo hubiese permitido. Pero este era incapaz de ser tan duro. Sin embargo no era tan bondadosa como para no sentir ira y disgusto cuando vio y escuchó a quien había sido la causa de tanto dolor. Escuchaba a su enemigo, lo veía, y sin embargo no era capaz de matarlo. Su delicado sentir femenino la constreñía y se lo impedía. Acaloradamente combatían en su interior dos contrarios, la ira y la femineidad, que tan mal encajan la una con la otra dondequiera que se encuentren. En cuanto la ira de Isolda quería matar al enemigo, la deliciosa femineidad se interponía para decir con suavidad: «¡No, no lo hagas!». De este modo su corazón estaba dividido, era en parte bueno y en parte malo. La bella arrojó la espada al suelo y la volvió a recoger al instante. No sabía, ante sus sentimientos, si debía decidirse por los buenos o por los malos. Quería y no quería. Quería hacerlo y dejar de hacerlo. Así osciló dubitativa de una cosa a la otra, hasta que su suave femineidad acabó derrotando por fin a la ira, con lo cual su enemigo mortal permaneció indemne y Moroldo quedó sin ser vengado.

Tiró entonces la espada lejos de sí y dijo sollozando:

—¡Ay de mí, por qué viviría este día!

Su sabia madre le dijo:

—Queridísima hija, el sufrimiento de tu corazón viene a sumarse a mi propio dolor solo que con más hondura y agudeza. La misericordia de Dios impide que te afecte tan profundamente en el corazón como a mí. Para mi pesar, es mi hermano el que está muerto. Hasta ahora esa era mi pena mayor. Pero ahora temo que por tu causa me asalte un nuevo dolor, querida hija, que pese aún más sobre mi corazón, pues no hay nada que ame más que a ti. Antes de permitir que te sucediese algo cuya contemplación me produjera dolor, preferiría prescindir de esta venganza. Me es más grato y

más ligero soportar un dolor que dos. Mi inquietud se dirige ahora hacia el hombre espantoso que quiere confirmar sus aspiraciones mediante la lucha. Si no prestamos cuidadosa atención a este asunto, tu padre, el rey, y yo perderíamos para siempre nuestro prestigio y no seríamos ya nunca felices.

Ante esto, el hombre que estaba en el baño dijo:

—Damas maravillosas, bien es cierto que si os causé dolor fue solo en una situación de extrema necesidad. Si recordáis, como deberíais, lo que pasó, habéis de saber que esta necesidad no era inferior a un peligro mortal. Nadie, sin embargo, está dispuesto a someterse a este mientras le queden fuerzas para defenderse. Pero fuera como fuese lo ocurrido entonces, ahora no debéis preocuparos respecto al senescal. Yo haré que esa cuestión alcance un buen final, siempre y cuando me dejéis vivir y la muerte no me lo impida. Señora Isolda y, una vez más, Isolda, yo sé que vos sois siempre prudentes y buenas, honestas y comprensivas. Si pudiera confiaros algo a las dos, y si quisieseis moderar algo vuestro comportamiento de enemistad hacia mí y el odio que le habéis guardado a Tristán durante tanto tiempo, entonces os participaría una buena nueva.

Isolda, la madre de Isolda, se le quedó mirando largo rato y enrojeció. Sus ojos claros se llenaron de lágrimas.

—¡Ay! —dijo—, ahora escucho y veo con certeza que sois vos. Hasta este momento estaba dudando. Ahora me habéis dicho la verdad sin preguntaros yo. Ay, dolor, señor Tristán. ¡Y pensar que caísteis en mi poder hace poco igual que antaño, y que no puedo hacer uso del mismo de modo que me ayudara y me fuera útil! Pero el poder es muy diverso. Creo que puedo ejercer bien este poder sobre mi adversario, deshonrando el derecho en la cabeza de un canalla. Y bien, Señor, ¿qué es lo que deseo? En verdad, creo que es eso lo que quiero y lo que voy a hacer.

En esto llegó Branguena, la inteligente y distinguida, sonriente y callada, y hermosamente vestida. Vio la espada desenvainada y a las dos damas perturbadas.

—¿Qué? —dijo la educada muchacha—. ¿A qué se debe esta conducta? ¿Qué estáis haciendo los tres? ¿Por qué los ojos de estas damas están húmedos y empañados? ¿Qué significa esta espada que está aquí?

—Mira —le dijo la bondadosa reina—, mira Branguena, mi querida sobrina, hemos sido todos engañados. Hemos permanecido demasiado ciegos criando la serpiente en lugar del ruiseñor, y moliendo para el cuervo el grano que debía ser para las palomas. Hemos, oh, Dios, salvado a nuestro enemigo en vez de a nuestro amigo por dos veces de las garras de la muerte y con nuestras propias manos, nada menos que a nuestro enemigo Tristán. Porque mira, quien está sentado ahí es Tristán. Ahora no sé qué hacer, si vengarme o no. Sobrina, ¿tú qué me aconsejas?

—¡No, señora, no lo hagáis! Vuestra mente y vuestro entendimiento son demasiado bondadosos como para que pudieseis concebir el plan para realizar tal crimen, o perder vuestro control hasta el punto de llegar a asesinar a alguien, más aún, a un hombre al que habéis garantizado seguridad y vuestra protección. Confío en que, por Dios, no abrigaríais jamás esa intención. También deberíais ir pensando cómo debéis comportaros con él, pues de ello depende toda vuestra honra. ¿Vais a poner en entredicho vuestra honra a cambio de la vida de vuestro enemigo?

—¿Qué he de hacer entonces?

—Eso, señora, decididlo vos. Dejadle que salga del baño y reflexionad entretanto acerca de lo que vaya a ser más ventajoso para vos.

Acto seguido, las tres se dirigieron a conferenciar a una cámara privada. La reflexiva Isolda dijo:

—Decidme las dos, ¿qué quería decir este hombre? A nosotras dos nos dijo que, si dejábamos de lado nuestra actitud de enemistad adoptada hace ya tanto tiempo, nos haría partícipes de una buena noticia. Me pregunto qué puede ser.

Branguena respondió:

—Entonces lo que recomiendo es que nadie le deje percibir el más mínimo rencor, en tanto no hayamos averiguado lo que quiere. Quizás sus intenciones sean beneficiosas para el prestigio de las dos. Cada uno debe arrimar el ascua a su sardina. Quién sabe, a lo mejor ha venido a Irlanda para incrementar vuestro honor. No le hagáis daño ahora y dad gracias a Dios de que la espantosa humillación derivada del engaño del senescal vaya a ser ahuyentada por él. Dios se acordó de nosotras en el momento de nuestra búsqueda. Porque si no hubiésemos encontrado entonces a Tristán

con tanta rapidez, bien sabe Dios que estaría ahora muerto. Por Cristo, Isolda, joven señora mía, las cosas estarían mucho peor ahora. No estéis tan en contra suya, porque si se percata de ello, podría escapar y tendría toda la razón al hacerlo. Por ello tenedlo presente las dos: tratadle todo lo bien que se debe tratar a alguien. Esto es lo que os recomiendo. Hacedme caso. Tristán es tan distinguido como vos, no menos educado e inteligente, perfecto en cualquier sentido. Sea cual sea vuestra actitud respecto a él, dispensadle una cortesía refinada. Ciertamente no sabemos lo que podrá haber pensado, pero ha de ser un motivo serio el que lo ha traído hasta aquí. Su comportamiento y sus esfuerzos tienden hacia metas serias.

Una vez dicho esto, se levantaron y se dirigieron de nuevo al lugar donde estaba Tristán, que permanecía sentado en silencio en su cama. Estaba muy atento a su llegada. Al instante se levantó de un salto y se arrojó al suelo, quedando a los pies de las bellas distinguidas, y suplicándoles aun antes de llegar al suelo:

—Misericordia, damas encantadoras, tened misericordia conmigo. Considerad como un merecimiento mío el que haya venido a vuestro reino para beneficiaros e incrementar vuestro honor.

El grupo resplandeciente, las tres hermosas damas, apartaron la vista y se miraron unas a otras. Allí estaban de pie, con él tirado en el suelo.

—Señora —opinó Branguena entonces—, el caballero lleva ya mucho rato así.

Enseguida la reina dijo:

—¿Y qué debo hacer con él? Mis sentimientos me impiden tratarle como si fuera un amigo. No sé qué pueda hacer que tenga sentido.

Branguena le respondió:

—Querida señora, seguid mi consejo, vos y mi joven Isolda. Yo sé perfectamente que con los sentimientos que albergáis no podéis amarle a causa de vuestra vieja aflicción. Prometedle entonces las dos al menos que podrá estar seguro de conservar su vida. Acaso entonces nos diga algo más que mejore su posición.

Las damas dijeron:

—Sea.

Así que le pidieron que se irguiera. Y después de haberle prometido esto, se sentaron juntos los cuatro.

Tristán prosiguió diciendo:

—Ved, real señora, si me tratáis como a un buen amigo, en los próximos dos días me encargaré de arreglar las cosas, verdaderamente sin ningún engaño artero, a fin de que vuestra hija, a quien tanto amáis, obtenga un rey distinguido, muy adecuado para ser su señor, que es fuerte y generoso, un caballero distinguido y selecto con la lanza y la espada, de procedencia real y, por ende, mucho más rico que su propio padre.

—En verdad —dijo la reina—, si me fuera posible creer en eso, no vacilaría en cumplir y realizar aquello que se me pidiese.

—Señora, yo puedo asegúraroslo de inmediato —respondió Tristán—. Si, una vez que nos hayamos reconciliado, no os lo demuestro al instante, podéis dejarme sin vuestra protección y dejar de respetar mi vida.

—Branguena, dime, ¿tú qué crees, qué me aconsejas? —dijo la inteligente.

—Me parece bien su proposición y os aconsejo que la aceptéis. Dejad de lado todas vuestras dudas, levantaos las dos y besadle. Aunque yo no soy ninguna reina, voy a reconciliarme también con él. Moroldo era pariente mío, por bajo que sea mi rango.

Entonces le besaron las tres. Pero la joven Isolda lo hizo sintiendo grandes resistencias.

Cuando se hubo producido la reconciliación, Tristán les habló nuevamente a las damas:

—Dios en su bondad sabe que nunca me sentí tan contento como hoy. He considerado y tenido en cuenta todos los peligros con los que iba a toparme hasta poder confiar (y ahora ya no confío, sino que lo sé con certeza) en alcanzar vuestra benevolencia. No tengáis cuidado. Para beneficiaros y acrecentar vuestro honor he venido de Cornualles a Irlanda. Desde mi primer viaje en el que me curasteis aquí, no he cesado de hablarle a Marc, mi señor, de vuestra fama y de vuestra honra, hasta que, a fuerza de persuasión, logré inclinar hacia vos sus intenciones. Ello no fue fácil y os diré por qué. Temía él vuestro odio, queriendo quedarse soltero por mi causa, a fin de que tras su muerte me convirtiera en su heredero. Intenté

convencerle de que abandonara esta idea, y logré que me escuchara. Así los dos llegamos a decidir este viaje. Por eso vine a Irlanda y maté al dragón. Y puesto que me habéis permitido gozar tan amistosamente de vuestros esfuerzos, mi joven señora se convertirá en señora y reina de Cornualles y de Inglaterra. Ahora conocéis el motivo de mi venida. Grupo gentil, trío encantador, guardadme el secreto.

La reina dijo:

—Decidme, si informo de ello a mi señor y logro una reconciliación, ¿sería un error por mi parte?

—No, señora —contestó Tristán—, hay buenas razones para que él lo sepa. Pero tened cuidado para que ello no devenga en perjuicio mío.

—No, señor, no temáis nada, no hay ningún peligro de que esto ocurra.

Con esto, las damas se alejaron a sus habitaciones y comentaron la suerte y el éxito que habían tenido en todos los sentidos. Cada una ponderó la inteligencia de Tristán, la madre de una forma, Branguena de la otra. Entonces la hija dijo:

—Escucha, madre, de qué modo tan curioso me di cuenta de que se llamaba Tristán. Cuando hube examinado la espada, concentré mi atención en los nombres, Tantris y Tristán. Pensando en ellos, me di cuenta de que los dos tenían algo en común. Reflexioné acerca de ellos con gran detenimiento, llegando a la conclusión de que eran idénticos porque estaban compuestos de las mismas letras. Porque ya podía leerlas de una manera o de otra, que siempre me daban lo mismo, Tantris o Tristán, las dos cosas en una. Bien, madre, divide ahora este nombre de Tantris en un «tan» y en un «tris», y pronuncia el «tris» delante del «tan» y verás entonces cómo dices Tristán. Mas si colocas «tan» antes que «tris», estarás diciendo Tantris.

La madre se santiguó y dijo:

—¡Dios me bendiga!, ¿cómo has podido darte cuenta de esto?

Después de que las tres hubieron hablado entre sí mucho acerca de él, hizo la reina venir al rey, que no tardó en presentarse.

—Ved, señor —le dijo—, se trata de que nos concedáis un deseo que las tres os pedimos encarecidamente. Si así lo hacéis, redundará en beneficio de todos nosotros.

—Se cumplirá cuanto deseéis.

—¿Lo dejáis, por tanto, enteramente en mis manos? —volvió a preguntar la bondadosa reina.

—Sí, se cumplirá lo que queráis.

—Gracias, señor, con eso tengo suficiente. Señor, tengo aquí a Tristán, el asesino de mi hermano. A él habéis de otorgar vuestro amor y vuestra benevolencia. Su demanda es tal que parece oportuno reconciliarse.

El rey respondió:

—Ciertamente no me duelen prendas en dejar esto enteramente en tus manos. A ti te afecta más que a mí. Tu hermano Moroldo era un pariente más cercano a ti que a mí. Si quieres dejarle sin castigo, yo estoy dispuesto a desear que se cumpla la voluntad.

Entonces ella le refirió al rey todo lo que sabía acerca de las intenciones de Tristán tal y como este se las había expuesto. La noticia fue bien acogida por el rey, quien le dijo:

—Cuídate de que cumpla su palabra.

La reina hizo entonces venir a Branguena, indicándole que trajera a Tristán. Y cuando llegó Tristán, se arrojó a los pies del rey y le suplicó:

—¡Tened misericordia, rey y señor mío!

—Levantaos, señor Tristán, venid hasta aquí y besadme —le dijo Gurmún—. Prescindo de ella a regañadientes, pero estoy dispuesto a dejar de lado mi ira al haber hecho lo mismo las damas.

—Señor —volvió a tomar la palabra Tristán—, ¿incluye esta reconciliación a mi señor y sus dos reinos?

—Sí, señor —replicó Gurmún en el acto.

Cuando la reconciliación se hubo consumado por completo, la reina cogió a Tristán de la mano y lo sentó junto a su hija, rogándole que repitiera para su señor con todo detalle cómo se había desarrollado todo, tanto en lo referente al dragón como en relación con el propósito de Marc. Así que les relató cuanto le pedían desde el principio. El rey habló de nuevo:

—Señor Tristán, ¿cómo puedo asegurarme de que estáis diciendo la verdad?

—Muy fácilmente, señor. Tengo aquí conmigo a todos los nobles de mi señor. Decidme cuál es la garantía que pedís, porque os será dada solamente con que haya aquí uno de ellos.

Acto seguido el rey se alejó. Las damas y Tristán se volvieron a quedar a solas. Tristán llamó a Paranís y le dijo:

—Ponte en camino, amigo mío. Hay un barco en el puerto. Dirígete a él en secreto y pregunta quién de ellos se llama Curvenal. Dile a este con rapidez y en secreto que venga a ver a su señor. No hables con nadie más y tráele aquí sin que nadie se entere, haciendo uso de tu inteligencia.

Pues bien, señores, eso es lo que hizo Paranís. Le trajo con tanto sigilo, que nadie se percató de su presencia. Cuando los dos entraron en la cámara donde estaban las mujeres, solamente la reina se inclinó ante él y nadie más. No les llamó la atención porque no venía como caballero. Cuando Curvenal vio a Tristán sano y animado, y al cuidado de las mujeres, le dijo en francés:

—¡Ay, mi querido y buen señor! Por el amor de Dios, ¿qué hacéis oculto tan maravillosamente en este reino celestial, mientras nosotros nos sumimos en preocupaciones? Todos nos dábamos por perdidos. Hasta este instante habría jurado que estabais muerto. ¡Qué tristeza nos habéis causado! Hoy mismo, vuestros acompañantes del barco eran de la opinión de que ya no estaríais con vida. Solo por un pelo consintieron en quedarse aquí hasta esta noche, habiendo decidido ya partir del puerto hoy al oscurecer.

—No —repuso la bondadosa reina—, él está sano y salvo.

Tristán le dijo en bretón:

—Curvenal, ve rápidamente a donde están ellos y diles que estoy bien y que realizaré el cometido para el que fuimos enviados hasta aquí.

Entonces le contó enseguida acerca de su éxito tan bien como supo. Cuando le hubo relatado su suerte y sus fatigas, le dijo:

—Ahora regresa lo más rápidamente que puedas. Comunica a mis barones, y también a los caballeros, que cada uno de ellos habrá de estar perfectamente equipado mañana temprano, bien limpios y arreglados, y vestidos con sus mejores galas. Que esperen a mi mensajero. Cuando se lo envíe, vendrán a verme a la corte montados a caballo. También a ti te mandaré recado mañana temprano. Envíame entonces el cofre pequeño en el que guardo mis alhajas y mis ropas mejores, las mejor cortadas. Tú mismo te vestirás también con la elegancia que es propia de un caballero cortesano.

Curvenal le hizo una reverencia y se marchó. Branguena dijo:

—¿Quién es este? En verdad le pareció que esto era el paraíso. ¿Se trata de un caballero o de un criado?

—Señora, independientemente de su aspecto actual, es un caballero y vasallo mío. No pongáis en duda el que el sol jamás arrojó su luz sobre un corazón más perfecto.

—¡Ay, ojalá obtenga entonces la salvación eterna! —exclamaron cada una de las dos reinas, y con ellas también Branguena, la dama criada en la corte y de educación refinada.

Curvenal llegó al barco y refirió todo según se le había encomendado. Les dijo lo que le había sido dicho a él y en qué estado había encontrado a Tristán. En aquel instante, todos actuaron exactamente igual que en el caso de alguien que estaba muerto y de repente se encuentra que ha resucitado, tanta era la alegría que sentían. Muchos hubo, sin embargo, que se alegraron más acerca de la reconciliación entre los dos reinos que acerca del honor que recaía sobre Tristán. Los envidiosos barones empezaron nuevamente sus cuchicheos y a decir las mismas cosas que antes. A la vista de este gran éxito, acusaron de nuevo a Tristán de hechicería con redoblado ímpetu. Cada uno de ellos opinaba:

—A todos les maravillan los prodigios que lleva a cabo este hombre. ¡Qué poderes, vive Dios, tiene este hombre, para coronar con éxito todo lo que emprende!

Entretanto había llegado el día que se había fijado para el combate. Muchos señores y una gran cantidad de pueblo se presentaron en la sala donde estaba el rey. Se suscitaron muchas habladurías entre el séquito. Todos se preguntaban quién habría de luchar por la muchacha Isolda contra el senescal. Esa pregunta iba de boca en boca. No había ninguno entre ellos que conociera la respuesta. Mientras tanto había llegado el cofre de Tristán y sus vestidos. Escogió tres cinturones para las tres damas. No ha habido reina o emperatriz que recibiera alguna vez uno más bello. El cofre estaba lleno de adornos de cabeza y broches, de pequeños estuches y de anillos, y todo ello de tanto valor que nadie podía imaginarse cosas mejores. Nada se sacó de ahí más que los objetos que el propio Tristán precisaba para sí: un

cinturón que le agradaba, un adorno para el pelo y un pequeño broche que le sentaba bien. Dijo él:

—Trío de bellezas, tomad este cofre y haced lo que queráis con su contenido.

Con estas palabras se marchó. Se puso sus ropas y empeñó gran cuidado en arreglarse lo más elegantemente posible, tal y como debe hacerlo un caballero distinguido. Todo le sentaba admirablemente. Cuando regresó a donde estaban las damas, y estas pudieron contemplarle, se quedaron atónitas. A las tres les parecía magnífico y señorial. Las tres damas distinguidas pensaron al unísono:

—¡Desde luego no hay hombre más hombre que él! Su ropaje y su figura conforman una bellísima imagen viril. Todo encaja portentosamente. Todo en él es espléndido.

Tristán había mandado ya llamar a sus acompañantes. Estos habían llegado y ocupado sus lugares uno detrás del otro en la sala. Todos los presentes contemplaban con detenimiento los prodigiosos vestidos que descubrían en ellos. Muchos pensaron entonces que no habían visto a gente tan ricamente vestida. Mas el hecho de que estuvieran callados y no hablaran con los nativos se debía solo a que no dominaban la lengua del país.

Entonces el rey mandó un mensajero a la reina pidiéndole que viniera a la corte y trajera consigo a su hija. Ella dijo:

—En marcha, Isolda, vamos hacia allá. Vos, señor Tristán, aguardad aún. En seguida mandaré que os vengan a buscar. Branguena os tomará entonces de la mano y nos seguiréis los dos.

—Así se hará, reina y señora.

Llegó entonces la reina Isolda, la clara aurora, llevando a su sol consigo, la luminosa muchacha Isolda. Esta caminaba junto a su aurora en silencio y al mismo paso, por la misma huella. Era un verdadero deleite contemplarla tan erguida, primorosamente formada y esbelta. Era como si el mismísimo amor le hubiese dado forma para convertirla en su juguete predilecto, hasta darle la perfección más absoluta. Llevaba una capa de terciopelo marrón y un vestido cortado según el estilo francés. En la parte lateral que cubría sus caderas, el vestido estaba entallado y tenía una guarnición de flecos,

ciñéndose el cuerpo con un cinturón situado en el lugar exacto que debe ocupar un cinturón. El vestido le encajaba tan bien como si fuera una segunda piel. En ningún lugar se levantaba, sino que se adaptaba suavemente a su cuerpo, acomodándose a este en todos los puntos, tanto arriba como abajo. Al llegar a los pies, formaba pliegues y tenía los adornos más ricos que quepa imaginar. La capa estaba primorosamente forrada de armiño blanco por dentro, formando franjas ondulantes. Tenía exactamente el largo adecuado. Su reborde ni caía sobre el suelo ni quedaba muy por encima del mismo. Allí se había cosido una fina piel de marta cebellina, que encajaba tan bien como lo exigía el sentido de la proporción cortesano, no siendo ni demasiado estrecha ni demasiado ancha, negra y con motas grises. El negro y el gris estaban ahí tan bien entremezclados que ninguno de los dos colores destacaba en exceso. Este reborde se veía ceñido todo alrededor de blanco armiño, porque hacía juego con la marta cebellina. En el lugar donde debían ir los broches, se había cosido un pequeño hilo con perlas blancas ensartadas. Allí había introducido la bella el pulgar de su mano izquierda. La derecha la llevaba algo más abajo, ya sabéis, en el lugar donde se cierra la capa, que mantenía cerrada distinguidamente con dos dedos. Más abajo se iba abriendo, cayendo de tal manera que se podía ver esto y lo otro, me refiero a la piel y al tejido exterior. Se podían ver los dos lados de la prenda. En el interior se ocultaba esa forma que el propio amor había constituido en cuerpo y espíritu con tanto primor. Ambas cosas, forma e indumentaria, no han dado origen a una imagen viva más bella que esta. Aladas miradas furtivas se le acercaban como si fuesen copos de nieve, revoloteando en derredor suyo con codicia. Creo que en ese momento Isolda despojó a muchos hombres del conocimiento. En la cabeza llevaba una diadema de oro, delgada como debe ser, y labrada con arte exquisito. Llevaba piedras preciosas incrustadas, joyas sin mácula que relucían con claridad, siendo a la vez delicadas, las mejores que había en todo el reino. Esmeraldas y jacintos, zafiros y calcedonias, habían sido incrustadas por doquier con tanto esplendor, que no es posible encontrar a un orfebre que hubiese sabido incrustarlas con un arte más depurado. El oro se reflejaba allí en el oro, la diadema e Isolda competían en cuanto a resplandor. No había allí ningún hombre, por experto que fuese, que, de no haber visto las

piedras preciosas, no hubiese afirmado que no había ninguna diadema. Tal era el parecido de sus cabellos con el oro. De esta forma iba Isolda con Isolda, la hija con la madre, alegre y sin preocupación. Sus pasos y sus movimientos no eran ni demasiado cortos ni demasiado largos, sino exactamente los adecuados. Su andar era erguido y natural como el de un gavilán. Ella estaba bellamente engalanada como un papagayo. Paseaba la mirada como un halcón en la rama. Sus ojos no miraban ni con demasiada suavidad ni con demasiada intensidad. Los dos se cebaban con tanta armonía, dulzura y deleite, que no había ojos allí que no contemplaran esos dos espejos con éxtasis y admiración. El sol que irradiaba dicha bañaba todo con su luz, para regocijo de la sala y las personas, mientras caminaba al lado de su madre. Las dos estaban gratamente ocupadas con dos formas de salutación: el saludo y la inclinación, la palabra y el silencio. Esto es lo que hacían las dos damas educadas. Esta era su ocupación.

Cuando las dos Isoldas, el sol y la aurora, se hubieron sentado al lado del rey, el senescal empezó a mirar por todas partes, preguntando aquí y allá que dónde estaba el luchador que iba a defender la causa de las damas. Tras congregar a sus parientes, que se habían reunido allí en gran número, se colocó ante el rey.

—Aquí estoy, señor —dijo—, y demando mi derecho a combatir. ¿Dónde está el honorable caballero que cree estar en disposición de arrebatarme mi honra? No me faltan amigos y vasallos. Además, mis pretensiones son legítimas. Haced que se cumpla en mí el derecho que me asiste. Mi actuación será convincente. No temo la fuerza del poder, siempre que seáis vos quien lo ejerzáis.

La reina dijo:

—Senescal, si es insoslayable este combate, no sé muy bien qué puedo hacer, pues no estoy preparada para ello. Y si estuvieras dispuesto a renunciar al mismo, a condición de que Isolda quedara libre e intacta, en verdad que os beneficiaría mucho, a ti no menos que a ella.

—¿Libre? —respondió el otro—. Sí, señora, no dudo que os agradaría el que prescindiera de un premio que tengo ya ganado. Digáis lo que digáis, me parece que alcanzaré éxito y honra al cabo de esta lucha. No tendría sentido haberme tomado todas estas molestias si ahora fuera a echarlo todo por la borda. Señora, quiero a vuestra hija, y punto. ¿No decís conocer con precisión al hombre que mató al dragón? Pues traedle aquí. Ya hemos hablado bastante.

—Senescal, veo que no hay otro remedio. Tengo que ser yo misma quien dirija mis propios asuntos —dijo la reina. Le hizo una seña a Paranís y le ordenó—: Ve y tráeme a ese hombre.

Todos, caballeros y barones, se miraron unos a otros. De entre sus filas salieron muchos murmullos. Todos preguntaban y comentaban entre sí quién sería el luchador. Nadie lo sabía. Entonces entró caminando la distinguida Branguena, la encantadora luz de la luna, llevando de su mano a su acompañante Tristán. El noble y educado iba a su lado muy señorialmente, de lo más atractivo en actitud y movimientos, orgulloso y libre en su ánimo. También la que lo acompañaba caminaba con orgullo. Todo en él era encomiable y estaba portentosamente dispuesto para alcanzar

esa perfección que constituye al caballero. En él era magnífico todo lo que resulta digno de elogio en un caballero. Su cuerpo y sus ropas se correspondían maravillosamente, juntos conformaban un único caballero perfecto. Vestía ropajes de seda bordados de oro, de suntuosidad extraordinaria y de aspecto extranjero y señorial. No eran un mero regalo cortesano. El oro había sido entretejido con más generosidad de la que es habitual en estos casos. Las bandas de seda eran casi irreconocibles. Tanto se las había teñido y bañado en oro, que apenas se podía ver el tejido. El vestido estaba todo cubierto de una red de pequeñas perlas, formando una malla con aberturas del tamaño de una mano. A través de ellas, el tejido dorado resplandecía como ascuas al rojo vivo. Por dentro estaba forrado de seda, de un color más profundo que el violeta e igual de lila que la pajarilla. Esta seda se adhería tan perfecta y lisa a los pliegues y al tejido como cabe esperarlo del mejor tejido de oro. A este hombre portentoso le sentaba de manera espléndida y encajaba plenamente con su gusto. Sobre la cabeza llevaba el claro resplandor de un trabajo artesano, una hermosísima corona, que en verdad brillaba como si fuese una vela. Allí resplandecían como estrellas topacios y cornalinas, crisolitos y rubíes. Esta luz clara y brillante bañaba con su resplandor su cabeza y sus cabellos. Así entró, magnífico y distinguido. Su comportamiento era señorial y refinado. Todo su aspecto era maravilloso. En todo estaba lujosamente equipado. Le abrieron paso cuando entró en el palacio. Esto hizo que también se percataran de su presencia los que eran de Cornualles. Estos se precipitaron alegremente a su encuentro, saludándole y dándole la bienvenida junto con la que le llevaba de su mano, a Branguena con Tristán. Les cogieron de la mano, a los dos camaradas, a ella y a él, y caminaron acompañándolos de modo adecuado y vistoso hasta donde estaba la familia real. El rey y las dos reinas le demostraron su educación refinada, pues se levantaron para saludarle. Tristán se inclinó ante los tres. Acto seguido los tres saludaron a los acompañantes de Tristán con la amistad y la bondad que es propia de señores.

Se acercaron entonces, agolpándose, todos los caballeros, y saludaron a los extranjeros, cuyas circunstancias nadie conocía. Ellos, sin embargo, reconocieron enseguida a sus primos y parientes de entre aquellos que habían sido enviados de Cornualles a Irlanda como tributo. Muchos fueron

corriendo en este instante con lágrimas en los ojos hacia sus parientes. La alegría y la tristeza se dieron en tal cantidad, que no voy a hablar ahora de ello. El rey llamó a Tristán a su lado nada más llegar, me refiero a él y a Branguena, indicándoles que tomaran asiento junto a él y organizándolo de tal modo que Tristán quedó en el medio. Al otro lado de él estaban sentadas las dos maravillosas reinas. Caballeros y barones, y con ellos los acompañantes de Tristán, tomaron asiento en el suelo, pero de un modo tal que cada uno podía seguir el juicio e ir viendo lo que sucedía. Entretanto, las gentes del país habían empezado a comentar la llegada de Tristán con numerosos susurros y cuchicheos. Me consta que en esa sala brotaron y empezaron a correr fuentes de elogios acerca de él de las bocas de muchos hombres. De modos muy diversos hablaban bien de él. Muchos de ellos decían:

—¿Acaso creó Dios una figura que respondiera mejor al rango de un caballero? ¡Qué espléndidas aptitudes para batirse y combatir! ¡Qué lujo en los vestidos que lleva! No hay nadie en Irlanda que haya visto alguna vez ropajes tan verdaderamente imperiales. No hay duda, sea quien sea él: su disposición y sus posesiones le convierten en un hombre independiente.

Así hablaban muchos. El senescal ponía cara muy contrariada. Esa es la verdad.

Entonces se reclamó a todos silencio en la sala. Así ocurrió. Y cuando ya nadie decía ni media palabra, el rey preguntó:

—Dime, senescal, ¿de qué hazaña te precias?

—Señor, yo maté al dragón.

El extranjero se puso en pie e interpuso enseguida:

—Eso no es cierto, señor.

—¡Sí que lo es, señor! Bien lo puedo demostrar aquí y ahora.

—¿Demostrarlo con qué? —preguntó Tristán.

—Ved, aquí traje la cabeza.

—Rey y señor —dijo entonces Tristán—, si él aduce como prueba la cabeza, echad un vistazo a su interior. Si sigue allí dentro la lengua, retiraré mi reclamación y abandono esta empresa.

Se abrieron entonces las fauces y no se encontró nada dentro. Tristán hizo que trajeran la lengua inmediatamente. Esta no tardó en llegar.

—Comprobad, señores —dijo—, si pertenece al dragón.

Todos asintieron y lo confirmaron de común acuerdo, con la sola excepción del senescal, que ya desde el principio venía dispuesto a contradecirle, pero no sabía qué recurso emplear. El canalla empezó a oscilar y a bambolearse con la boca y los labios, con palabras y pensamientos. No podía ni hablar ni permanecer en silencio, ni tenía idea de cómo debía comportarse. Tristán exclamó:

—Señores todos, admiraos ante el milagro que aquí se ha producido. Cuando maté al dragón y le corté sin esfuerzo esta lengua de su garganta sin vida, entonces este hombre fue hasta él y le dio muerte acto seguido.

Los señores opinaron:

—Esta bravata no le ha acarreado mucho honor. Ya podrá decir lo que quiera, que ninguno de nosotros duda respecto a lo ocurrido. Si hemos de tomar una decisión jurídica, está claro que el que llegó primero y se llevó la lengua es quien mató al dragón.

Todos estuvieron de acuerdo con esto.

Cuando por fin hubo fracasado el mentiroso, y el honrado extranjero pudo contar con la aprobación de la corte, Tristán volvió a tomar la palabra:

—Rey y señor mío, dejadme que os recuerde vuestra promesa. Vuestra hija me corresponde.

El rey le respondió:

—Cumpliré mi palabra, del mismo modo que vos habéis mantenido la vuestra.

—No, señor —exclamó entonces el mentiroso—, por el amor de Dios, no habléis así. No sé cómo habrá sido, pero en cualquier caso se ha producido mediante el engaño y la estafa. Mas a mí no se me quita el honor con ayuda de la injusticia, a no ser que la pierda en el transcurso del combate y por el poder de las armas. Señor, quiero arriesgarme al duelo.

La inteligente Isolda dijo:

—Senescal, hablas sin necesidad. ¿Con quién vas a dirimir nada en un duelo? Este señor no desea luchar. Ha mantenido ante Isolda todo lo que sostenía. Sería más ingenuo que un niño si ahora fuera a combatir por nada contra ti.

Tristán dijo:

—¿Por qué, señora? Antes de que él pueda afirmar que se le violenta y se le trata injustamente, prefiero luchar contra él. Señor, señora, decidle y ordenadle que vaya en busca de sus armas. Que se prepare como yo pienso hacerlo.

Cuando el senescal se dio cuenta de que todo conducía hacia el combate, llamó a todos sus parientes y vasallos y salió un momento para conferenciar con ellos a solas. Pero todos consideraban que la situación era de por sí tan humillante que ninguno le brindó ayuda. Todos le decían sin más:

—Senescal, tus artimañas tuvieron un mal principio y han llegado ahora a un mal final previsible. ¿Qué es lo que te has propuesto? ¿Pretendes atreverte a luchar desde una posición de injusticia? Ello puede costarte la vida fácilmente. ¿Qué consejo quieres que te brindemos? Aquí no hay consejo ni honra que valgan para ti. Si pierdes además la vida, una vez que has perdido ya toda tu honra, solamente conseguirás alcanzar un perjuicio mayor. Para todos nosotros es evidente que aquel con el que quieres batirte es un hombre valiente y combativo. Si te enfrentas a él, vas a una muerte segura. Ya que las sugerencias del diablo te han costado tu honra, conserva cuando menos tu vida. Intenta mejor buscar si hay una manera de apartar esta humillación y este engaño del que eres culpable.

—¿Y cómo voy a hacerlo? —replicó el mentiroso.

—Lo que te proponemos es, en síntesis, lo siguiente. Regresa y di que tus amigos exigen de ti que prescindas de tus pretensiones y que has decidido distanciarte de las mismas.

Esto es lo que hizo el senescal. Regresó adentro y dijo que sus parientes y vasallos le habían convencido y que abandonaba su reclamación. La reina dijo:

—Senescal, no pensé jamás que tendría la fortuna de verte renunciar a un premio que ya tenías ganado.

Tales fueron las burlas que corrieron por todo el palacio. El miserable senescal era el blanco de todas las chanzas. Todos le trataron como si fuera un juguete, arrojándole de un lado a otro como una pelota. Se burlaron de él con gran escándalo. De este modo concluyó el engaño mediante una humillación pública.

Cuando esto hubo terminado, el rey comunicó en el palacio a sus señores feudales, a sus caballeros y barones, que estaban ante Tristán. Les informó, tal y como él había escuchado, acerca de los motivos que lo habían traído a Irlanda y cómo le había dado su palabra de que él y los nobles de Marc venían para garantizarle todos los puntos que había enumerado. Los irlandeses se alegraron mucho de ello. Los señores feudales dijeron que la reconciliación les parecía grata y conveniente, porque una larga enemistad solo acababa trayendo desventajas. El rey ordenó y pidió a Tristán que le corroborara cuanto le había prometido. Esto lo hizo. Tristán y todos los vasallos de su señor juraron que Cornualles había de ser el regalo de tornaboda de Isolda y que se convertiría en señora de toda Inglaterra. Entonces Gurmún no tardó más en confiar a Isolda a los cuidados de su enemigo Tristán. Hablo de Tristán como «enemigo» de ella, porque en esa época ella aún le odiaba. Tristán la tomó de la mano.

—Mi rey —dijo—, señor de Irlanda, mi señora y yo os rogamos que tanto por ella como por mí dejéis en libertad a todos los caballeros y hombres jóvenes que os fueron entregados como tributo de Cornualles e Inglaterra. Ello es justo y apropiado, pues no en vano ella es la reina de esos países.

—Accedo con mucho gusto —dijo el rey—, que así sea. Doy mi consentimiento alegremente, para que todos ellos partan de aquí con vos.

Muchos se alegraron de esto de todo corazón. Hizo entonces Tristán que se preparara otro barco aparte del suyo propio, que había reservado para sí y para Isolda, aparte de aquellos escogidos por él. Y cuando estuvo preparado, Tristán dispuso todo para la partida. De todas las partes del reino en las que, ya en la corte, ya en el campo, se encontraban extranjeros, estos fueron traídos de inmediato.

Mientras Tristán y sus compatriotas se preparaban y dejaban todo listo, la sabia reina Isolda fabricó con gran ingenio una poción amorosa en una pequeña vasija de cristal. Estaba pensada y escogida con tanta inteligencia, y dotada de tal poder, que cualquiera que la bebiera en unión con otra persona, sintiera lo que sintiera por esta, la amaría por encima de todas las cosas, sucediéndole a ella lo mismo. Únicamente se les daría a estas dos personas una sola muerte y una sola vida, una sola tristeza y una sola dicha,

para que las compartieran[36]. La inteligente tomó esta poción y le dijo en secreto a la doncella:

—Branguena, sobrina mía, no te entristezcas, has de acompañar a mi hija. Hazte a la idea. Escucha lo que te voy a decir. Toma esta vasija con esta poción, guárdala y cuídala como lo más valioso que tengas. Asegúrate de que nadie en todo el mundo se entere de su existencia. Evita, sobre todo, que alguien beba de ella. Ten cuidado. Cuando Isolda y Marc se hayan unido en su amor, dales a beber esta poción como si fuera vino y déjalos que la apuren juntos. Asegúrate de que nadie la beba a excepción de ellos dos. Es lo único razonable. Tú misma no bebas con ellos. Se trata de una poción amorosa. No lo olvides en ningún momento. Encarecidamente te encomiendo a Isolda para que la cuides. Lo mejor de mi vida depende de ella. Yo y ella, por tanto, estamos bajo tu custodia, ¡por la salvación de tu alma! Con esto te digo bastante.

Branguena respondió:

—Querida señora, si este es el deseo de las dos, estoy dispuesta a acompañarla con gusto y a cuidar de sus asuntos y su honor del mejor modo que sepa.

Entonces Tristán y todos sus hombres se despidieron de todos. Con gran alegría partieron de Wexford. La real pareja los siguió con todo su séquito hasta el puerto por amor hacia Isolda. Su amada insospechada, su incesante dolor de corazón, la bella y encantadora Isolda, permaneció todo el rato llorando junto a él. Su padre y su madre sintieron gran tristeza en ese breve instante. Muchos ojos empezaron entonces a llorar y a enrojecerse. Isolda causaba pena en muchos corazones. En muchos corazones despertaba secretos sufrimientos. Se lloraba sin parar por Isolda, la dicha de todos los ojos. Un llanto general cundió por doquier. Al unísono lloraron entonces muchos corazones y ojos, en público y en silencio. Y cuando Isolda e Isolda, el sol y su aurora, y también la luz de la luna, la hermosa Branguena, tuvieron que separarse, una de las otras dos, entonces se vieron el dolor y la tristeza. Las fieles amigas se separaban bajo grandes padecimientos. Isolda las besó a las dos innumerables veces. Cuando los de Cornualles y también los irlandeses que formaban parte del séquito de las damas hubieron subido todos a bordo y se hubieron despedido, Tristán subió en último lugar. La

joven reina luminosa, la flor de Irlanda, Isolda, iba cogida de su mano sintiéndose triste y muy infeliz. Los dos se inclinaron hacia la orilla y pidieron la bendición de Dios para el pueblo y el reino. Luego iniciaron el viaje. En voz alta cantaron una vez y otra:

—Viajamos en el nombre del Señor —avanzando a gran velocidad.

A las damas se les había asignado para el viaje, siguiendo instrucciones de Tristán, un camarote particular para que estuviesen más cómodas. Allí estaba la reina con sus muchachas y ningún hombre a excepción de ellas. Solo Tristán aparecía ocasionalmente, a fin de consolar a la reina, que se pasaba el rato llorando sentada. Lloraba y se quejaba de tener que despedirse así de su patria, en donde conocía a todo el mundo, y de sus amistades, teniendo que viajar con desconocidos sin saber ni cómo ni adónde. Tristán la consolaba siempre con toda la ternura que podía. Siempre que iba a visitarla y la encontraba triste, la tomaba en sus brazos tiernamente y en silencio, mas solamente del modo que es propio de un vasallo que se encuentra con su señora. Él se preocupaba fielmente de aminorar la aflicción de la bella. Pero cada vez que la rodeaba con sus brazos, la bella Isolda recordaba la muerte de su tío y le decía sin vacilación:

—¡Dejadme, capitán, manteneos apartado de mí! ¡Quitadme las manos de encima! Me sois molesto. ¿Por qué me tocáis?

—Ay, hermosa, ¿es que hago mal?

—Sí, pues me sois repugnante.

—¿Por qué, mi buena señora? —preguntó él.

—Habéis matado a mi tío.

—Pero esto ya ha sido olvidado.

—Me da lo mismo. Aun así no puedo soportaros. No sentiría ni tristeza ni dolor si vos no existierais. Solamente vos sois el causante de esta desdicha, que volcasteis sobre mí mediante el engaño y la astucia. ¿Qué hizo que por perjudicarme viajarais de Cornualles a Irlanda? De aquellos que me educaron desde niña me habéis arrancado a través de una argucia engañosa, y me lleváis ahora a un lugar que desconozco. Ignoro a cambio de qué fui vendida y cuál ha de ser mi destino.

—No, bella Isolda, tened confianza. Sin duda preferiréis ser una reina poderosa en un país extranjero que permanecer insignificante y con poco valor en vuestra casa. Prestigio y comodidades en el extranjero, de un lado, y dominación en el reino del padre, de otro, son cosas de muy distinto sabor.

—Sí, capitán Tristán —dijo la muchacha—, antes preferiría gozar de unas circunstancias modestas entre el amor y la paz espiritual, que del poder y la riqueza entre desasosiegos y fatigas.

—Tenéis razón —dijo Tristán—, pero cuando es posible disponer a la vez de riquezas y de bienestar, estas dos cosas causan la felicidad mucho mejor unidas que cada una por su lado. Decidme, si las cosas hubieran llegado hasta el punto de que hubierais tenido que tomar por esposo al senescal, ¿cómo se habría desarrollado todo? Bien me consta que no os habríais alegrado. ¡Y ahora me lo agradecéis así, después de que llegué en vuestro auxilio y os libré de él!

—Por mí podéis seguir esperando largo tiempo antes de que eso ocurra —dijo la muchacha—, pues no pienso daros las gracias. Porque si bien es verdad que me habéis librado de él, no lo es menos que desde entonces habéis sido el origen de tanta tristeza y confusión por mi parte, que habría preferido casarme con el senescal antes que emprender este viaje con vos. Porque por malo que él sea, de haber estado apenas un breve período a mi lado, habría abandonado su maldad por agradarme. Dios sabe que de este modo yo habría podido reconocer cuánto me amaba.

—Esto suena extraño a mis oídos —respondió Tristán—. Requiere un esfuerzo demasiado grande el actuar como un hombre de bien en contra de la propia disposición natural. Nadie cree que la maldad pueda fácilmente convertirse en bondad. ¡No os preocupéis, bella señora! Pronto os entregaré a un rey como señor, y en él encontraréis siempre dicha y una vida maravillosa, riquezas, refinamiento y honra.

Así prosiguieron su marcha los barcos. Tenían vientos favorables y avanzaban con rapidez. Las damas, sin embargo, Isolda y su séquito, no estaban habituadas a las molestias ocasionadas por el agua y el viento durante un viaje. No tardaron ellos en sufrir sus consecuencias gravemente. Tristán, su capitán, ordenó poner rumbo a tierra a fin de darse un período de

descanso. Llegaron a un puerto y casi todos abandonaron el barco para pasear por tierra firme. Enseguida fue Tristán a saludar y ver cómo se encontraba su bella y luminosa señora. Cuando estaba sentado a su lado, charlando de esto y de aquello, pidió que le trajeran algo de beber. Pero no había nadie con la reina a excepción de unas cuantas jóvenes de la corte, una de las cuales dijo:

—Mirad, hay aquí vino, en esta pequeña vasija.

¡No, no se trataba de vino, aunque pareciera serlo! Era el dolor incesante, la tortura interminable en el corazón, aquella que haría perecer a ambos. Mas ella no lo sabía. Se levantó y se dirigió al lugar donde estaban guardadas y escondidas la poción y la vasija. Se la dio a su capitán, Tristán, y este se la ofreció primero a Isolda. Bebió ella de mala gana y solo al cabo de un rato, dándosela después a Tristán, que también bebió de ella, y ambos creyeron que era vino[37]. Entre tanto había entrado también Branguena, que reconoció la vasija de cristal y comprendió lo que había ocurrido. Se asustó y se estremeció de tal modo que todas sus fuerzas la abandonaron y adquirió una palidez de muerte. Con el corazón muerto, fue a coger la vasija infame y maldita. Se la llevó y la arrojó al mar revuelto, embravecido.

—¡Ay, pobre de mí! —exclamó—, ¡ay, dolor de haber nacido! ¡Pobre de mí, de qué modo he echado por tierra mi honor y mi lealtad! ¡Quiera Dios compadecerse de mí por haber emprendido este viaje, por no haberme impedido la muerte ser enviada a esta travesía acompañando a Isolda! ¡Ay de vosotros, Tristán e Isolda, esta bebida significa vuestra muerte!

Cuando por fin la muchacha y el hombre, Isolda y Tristán, hubieron bebido los dos la poción, entonces hizo su aparición ese poder que roba al mundo todo su descanso, el amor, acechador de todos los corazones, quien se introdujo sigiloso en los de ellos. Antes de que se dieran cuenta, plantó allí su estandarte triunfante y sometió a ambos a su poder. Se convirtieron en un solo ser unido, ellos que antes habían sido dos y estado separados. Ya no había la más mínima enemistad entre ellos. El odio de Isolda se había disipado. Ese reconciliador llamado amor había limpiado sus dos corazones de odio y los había unido de tal forma en el afecto que cada uno era para el otro tan transparente como el cristal. Los dos tenían ya solamente un corazón. La pena de ella era el dolor de él, el dolor de él la pena de ella[38].

Ambos formaban una unidad hecha de dolor y tristeza, y sin embargo se ocultaban el uno del otro, debido a las dudas y a la vergüenza. Ella se avergonzaba y él también. Ella dudaba de él y él de ella. Por mucha que fuera la ceguera con la que la añoranza de sus corazones se encaminaba a un fin común, a los dos les causaba tristeza el comienzo y el principio. Esto hizo que se ocultaran sus intenciones mutuamente.

Cuando Tristán sintió el amor, se acordó de inmediato de su deber de lealtad y de su honorabilidad y quiso apartarse de él. Pensó para sí: «¡No, Tristán, abandona esto! ¡Sé consciente! ¡No prestes atención!». Pero su corazón no cesaba de tender hacia Isolda. Él luchaba contra su voluntad, deseaba en contra de su deseo. Quería ir hacia ella y alejarse de ella. El prisionero luchaba contra sus ataduras, una vez y otra y con gran insistencia. Dos cosas había que oprimían al fiel Tristán. Cada vez que contemplaba a Isolda y el dulce amor hacía que ella hiriera su corazón y sus sentidos, entonces se veía forzado a pensar en su reputación, lo que le apartaba de ello. Pero entonces volvía a tomar posesión de él el amor, el señor que le había correspondido en herencia. A este había de obedecer también, con lo cual lo atormentaban su lealtad y su buen nombre. Pero el amor lo atormentaba aún más. Le hacía más daño que el dolor, y le producía mayores sufrimientos que la lealtad y la fama juntas. Su corazón le sonreía abiertamente a Isolda, pero él seguía apartando sus ojos de ella. Si, empero, no podía verla, entonces recaía sobre él la peor de las tristezas. A menudo pensaba, como lo hace cualquier prisionero, si no habría una manera de escapar de ella. Se decía muchas veces:

—¡Cambia tu rumbo y dirígete hacia esto o lo otro! ¡Altera este deseo! ¡Ama y desea en otra parte!

Pero siempre permanecía allí esa atadura. Tomaba él su corazón y su inteligencia, buscando efectuar un cambio de ellos, pero no encontraba nada en su interior más que a Isolda y al amor.

Lo mismo le sucedía a Isolda. También ella lo intentaba desesperadamente. Esa vida no era menos insoportable para ella. Cuando se percató de la liga del amor que la seducía, y sintió que sus sentimientos se le hundían en ella, intentó ir hacia la orilla salvadora, a fin de poder escapar. Pero la liga la atenazaba, tiraba de ella hacia atrás y hacia abajo. La bella se

resistía con todas sus fuerzas, mas no podía avanzar ni un solo paso. Con gran resistencia fue cediendo. Lo intentó de muchas maneras. Con manos y pies se esforzaba en escapar, hundiendo más y más sus manos y sus pies en la ciega dulzura de ese hombre y del amor. Sus sentidos firmemente ligados no podían moverse en ninguna dirección y no encontraban ni puente ni pasarela para colocar medio pie o dar un paso, sin que estuviera siempre presente el amor. Adondequiera que los pensamientos de Isolda intentaran dirigirse, pensara en lo que pensara, no existía nada que no fuera el amor y Tristán.

Todo esto lo ocultaba. Su corazón y sus ojos estaban enfrentados. La vergüenza la obligaba a apartar la vista, el amor tiraba de su corazón hacia él. La unión contradictoria de muchacha y hombre, de amor y vergüenza, le producía gran perturbación. La muchacha quería al hombre y sin embargo apartaba la vista de él. La vergüenza reclamaba amor y no dejaba que nadie lo notara. Pero ¿de qué servía? La vergüenza y las muchachas son, como sostiene todo el mundo, cosas tan pasajeras, flores de vida tan breve, que ella no podía seguir resistiéndose mucho tiempo. Isolda dio la lucha por perdida y actuó del modo en que debía. La derrotada hizo entrega en ese instante de sí misma y de sus sentimientos al hombre y al amor. En ocasiones dirigía hacia él su mirada y le observaba a escondidas. Sus ojos claros y sus sentimientos encajaban ahora a la perfección. Su corazón y sus ojos se volcaban hacia él rapaces, secretos y amorosos. También el hombre la contemplaba con ternura y veneración. También él acabó cediendo, al ver que el amor no lo liberaba. El hombre y la muchacha se miraban, cada vez que el decoro se lo permitía, el uno al otro con gran felicidad. Los amantes se encontraban mutuamente más atractivos que antes. Esta es la ley del enamoramiento, el código del amor. Hoy en día, y en el pasado, y mientras exista el amor, se da en todos los enamorados ese gustarse aún más el uno al otro que al principio, una vez que el amor se acrece en ellos y da las flores y los frutos de cuanto produce la dicha. El amor fructífero es capaz de embellecer, una vez que ha comenzado. Esta es la semilla que posee y gracias a la cual nunca morirá. De ahí que parezca más hermosa la continuación que el principio. Por eso es valioso el amor. Si el amor causara el mismo efecto después que en sus inicios, la ley del amor decaería pronto.

Los barcos volvieron a hacerse a la mar y prosiguieron su viaje alegremente, con la única diferencia de que el amor había hecho que dos corazones de a bordo alteraran sus trayectorias. Los dos estaban profundamente sumidos en sus pensamientos. Ambos sentían la carga del dolor amado, capaz de obrar milagros tales como convertir la miel en hiel, hacer ácido lo dulce e incendiar lo mojado, de trocar el bienestar por sufrimiento y de alterar el estado natural de cualquier corazón, volviendo todo el mundo del revés. Esto es lo que había herido a Tristán y a Isolda. Ambos se vieron sumidos en un peligro incesante que los acosaba de un modo inhabitual. Ninguno de los dos podía encontrar paz o descanso excepto cuando estaba contemplando al otro. Mas cuando se veían, volvían a sentir la misma opresión, pues no podían reconciliar su conducta con sus aspiraciones. La causa de ello residía en la extrañeza y la vergüenza, que les robaban toda posibilidad de alegría. Cuando en alguna ocasión y con todo secreto se quedaban mirando el uno al otro con esos ojos enviscados en la rama del amor, el color de los rostros se asemejaba al corazón y a los sentimientos. El amor, como pintor que es, no se contentaba con habitar en corazones distinguidos escondido en secreto. Quería también dejar patente su poder en sus rostros. Este era visible en los dos de maneras muy diversas. Sus colores solo se mantenían durante un espacio muy breve. Nunca permanecían mucho tiempo con el mismo color. Alternaban incesantemente entre el rojo y el pálido. Tan pronto se ponían pálidos como rojos, según les daba su color el amor. Así todos podían reconocer lo que se debe reconocer en tales casos, que había algo parecido al amor en los sentimientos que se profesaban mutuamente. Y empezaron ellos enseguida a comportarse el uno respecto al otro como enamorados, buscando el momento y la oportunidad de susurrarse cosas y hablar en secreto. Estos cazadores furtivos del amor empezaron a tenderse sus redes y sus ataduras, sus emboscadas y sus trampas, con preguntas y respuestas. Hablaban mucho juntos. Isolda iniciaba sus relatos muy al modo de las muchachas. Se aproximaba a su amado y amigo dando rodeos y desde muy lejos. Le recordaba todo desde sus mismos principios: cómo había llegado él a Dublín, solo y herido en un bote a la deriva, cómo su madre le había dado cobijo y luego acabó curándole, sin olvidar todas las circunstancias de sus

estudios bajo su tutela, cómo aprendió todo el arte de escribir, latín, y a tocar instrumentos de cuerda. Con muchas digresiones le habló de su valentía, recordando la historia del dragón. Y el modo en que le reconoció de nuevo por dos veces, en la charca y en el baño. Cuanto decían estaba equilibrado, ella le hablaba a él y él a ella.

—Ah —decía Isolda—, cuando tuve una ocasión tan favorable, en el baño, ¿cómo es, Dios mío, que no os maté? Si entonces hubiera sabido lo que ahora sé habríais muerto sin lugar a dudas.

—¿Por qué, bella Isolda? ¿Qué os conmueve tanto? ¿Qué es lo que sabéis? —preguntaba él.

—Me conmueve lo que sé. Lo que veo, me causa dolor. El cielo me atormenta y también el mar. El cuerpo y la vida me dan preocupación.

Ella se apoyó en él con los codos. Este fue el comienzo de su audacia. Sus ojos claros como espejos se colmaron de lágrimas en secreto. El corazón se le desbordaba, sus labios dulces se llenaron. Su cabeza se inclinó totalmente hacia delante. Su amado la abrazó igualmente, sin apretarla ni mucho ni demasiado poco, tal y como es propio de un desconocido. Con suavidad y en voz baja:

—¡Ay, bella adorada!, decidme, ¿qué os aterra, de qué os quejáis?

Isolda, el halcón del amor, respondió:

—*Lameir* es mi aflicción, *lameir* apesadumbra mi corazón, *lameir* es lo que me duele.

Al oírla decir tantas veces *lameir*, reflexionó él y consideró con detenimiento y precisión el significado de esa palabra. Entonces se percató de que *l'ameir* quiere decir «amor», *l'ameir* «amargo» y *la meir* «mar». Le pareció que tenía todo un batallón de significados. Pasó por alto uno de los tres y preguntó por los otros dos. No mencionó al amor, el señor de los otros dos, el consuelo y la meta de ambos. Habló acerca del mar y de lo amargo.

—Creo —dijo—, bella Isolda, que os inquietan el mar y la amargura. Os disgustan el mar y el viento. Creo que ambas cosas resultan amargas para vos.

—No, señor. ¿Qué decís? Ninguna de estas dos cosas me conmueve. Ni el aire ni el mar me disgustan. Solamente *lameir* me hace daño.

Cuando comprendió la palabra, descubrió que contenía el «amor» y le susurró a ella:

—En verdad, hermosa mía, a mí me ocurre lo mismo. Vos y *lameir* me asediáis. Queridísima señora, deliciosa Isolda, vos tan solo y vuestro amor habéis confundido del todo y tomado posesión de mis sentidos. Tanto me he apartado del camino que debí seguir, que no encuentro la senda para volver. Me causa dolor y pesadumbre, me parece sin valor y en contra mía todo lo que veo. Nada hay en el mundo que ame tan intensamente como a vos.

Isolda dijo:

—Señor, igual me pasa a mí[39].

Cuando cada uno de los amantes se dio cuenta de que el otro sentía lo mismo, de que tenían un solo corazón y un solo deseo, en ambos se atemperó la tortura y se hizo más patente. Cada uno miraba y hablaba al otro con mayor audacia, el hombre a la muchacha y la muchacha al hombre. El desconocimiento que había entre los dos se había esfumado. Él la besó a ella, y ella a él, con amor y ternura. Este fue un comienzo dichoso para aliviar sus penas de amor. Cada uno de los dos escanciaba y bebía de la dulzura que procedía del corazón. Siempre que encontraban la ocasión, se producía este intercambio entre los dos, en secreto y con gran sigilo, para que no hubiera nadie en el mundo que pudiera descubrir sus intenciones y sus inclinaciones, a excepción de la que no tenía más remedio que saberlo: la inteligente Branguena. Esta se los quedaba mirando muchas veces a escondidas, dándose cuenta de sus secretos y pensando para sí: «Ay, ahora me doy cuenta de que el amor comienza entre los dos». No tardó en notarles a los dos cuán en serio se lo tomaban, descubriendo en su aspecto exterior el tormento interno de sus sentimientos y de sus corazones. El dolor de ambos la entristecía, pues tenía que observar cómo sufrían impertérritos de amores, sollozando y penando, meditando y rompiéndose la cabeza, alterando el color del rostro. Estaban tan sumidos en sus pensamientos que no probaban bocado, hasta que la falta de alimento y la tristeza afectó tanto a sus cuerpos que Branguena se asustó enormemente y temió que el fin de los dos pudiera estar próximo. Pensó: «Ten valor y comprueba cómo están las cosas».

Un día se sentó junto a ellos con confianza y en silencio. La muchacha inteligente y distinguida dijo:

—Estamos los tres solos. Decidme los dos, ¿qué es lo que os hace padecer? Continuamente os veo sumidos en vuestras cavilaciones, sollozando, suspirando y quejándoos.

—Portentosa muchacha, si me atreviera a decíroslo, sin duda os lo diría —dijo Tristán.

—¡No lo dudéis, señor, decídmelo! Confiadme lo que vos queráis.

—Encantadora y bondadosa muchacha —le dijo él—, no me atrevo a seguir hablando si no nos dais antes seguridad mediante promesa y juramento de que los dos contaremos con vuestra benevolencia y vuestra misericordia. De lo contrario estamos perdidos.

Branguena lo prometió. Aseguró y juró por su lealtad y por Dios que se comportaría tal y como ellos deseaban. Tristán prosiguió diciendo:

—Bondadosa y fiel muchacha, pensad sobre todo en Dios y después en el bien de nuestras almas. Contemplad los sufrimientos de los dos y el triste apuro en el que nos encontramos. Yo, pobre de mí, y la pobre Isolda, sin que sepamos cómo nos ha sucedido, hemos perdido la razón en poco tiempo mediante una extraña aflicción. Nos morimos de amor. No podemos encontrar ni tiempo ni ocasión que dedicarle, porque vos nos lo impedís de la mañana a la noche. Es seguro que, si morimos, solo vos tendréis la culpa. Nuestra muerte y nuestra vida están en vuestras manos. Con esto os digo todo. Branguena, muchacha deliciosa, ¡ayudadnos ahora y tened misericordia de vuestra señora y de mí!

—Señora, ¿es vuestra aflicción tan dolorosa como él la describe? —dijo Branguena.

—Sí, queridísima sobrina —respondió Isolda.

—¡Quejémonos ante Dios de que el diablo se divierta de este modo a costa nuestra! —dijo Branguena—. Bien veo que no me queda otra alternativa sino la de actuar, por amor a los dos, de un modo que es doloroso para mí y vergonzante para vos. Antes que permitir vuestra muerte, prefiero daros una ocasión propicia para que hagáis lo que os proponéis. No prescindáis por mi causa de nada a lo que no estéis dispuestos a renunciar en razón de vuestro honor. Mas si sois capaces de

moderaros o podéis incluso distanciaros de ese acto, entonces os aconsejo que os distanciéis. Dejad que esta vergüenza quede entre nosotros tres, sin que volvamos a mencionarla. Si seguís difundiéndola, perjudicará vuestra honra. Si alguien más se entera aparte de nosotros tres, entonces estaréis perdidos y yo con vos. Queridísima señora, bella Isolda, vuestra vida y vuestra muerte dependen de vos. Dirigid vida y muerte como queráis. No tengáis miedo de mí a partir de ahora y haced lo que queráis.

Cuando la bella estaba acostada de noche, ocupada en sus tristes pensamientos acerca de su amado, entonces penetraron sigilosamente en la cámara su enamorado y su médico, Tristán y el amor. El médico amor llevaba de la mano a su paciente Tristán, y encontró también allí a su enferma Isolda. Cogió a los dos enfermos y les suministró el uno al otro como medicina. ¿Qué habría podido curar a estos dos de su común dolencia por separado mejor que la fusión de los dos, la atadura de sus sentidos? El amor, que todo lo enreda, ató los corazones de los dos utilizando las amarras de la dulzura con tanta perfección, con un poder tan prodigioso, que quedaron inseparablemente unidos para el resto de sus vidas.

Dedicar muchas palabras a hablar del amor no resulta grato a las personas distinguidas. Un discurso breve sobre un amor ejemplar hace bien a mentes exquisitas.

Por poco que en mi propio tiempo haya aprendido acerca de las penas de amor, el dulce dolor de corazón que se siente con tanta delicia en el interior del corazón, el sentido común, de quien me fío de buen grado, me revela que los dos amantes se alegraban y se sentían dichosos y exaltados de haberse quitado de en medio la molesta vigilancia, la verdadera enfermedad del amor y su enemiga. Mucho he reflexionado acerca de ellos dos y todavía hoy sigo pensando en ellos y lo seguiré haciendo siempre. Cada vez que tengo presente el amor y las penas de amor, y medito en mi fuero interno acerca de cómo están constituidos, mis pensamientos se elevan junto con mi compañera, la añoranza, como si quisiesen llegar hasta las nubes. Cuando tengo en cuenta detalladamente los muchos prodigios que se pueden encontrar en el amor si se sabe buscarlos acertadamente, entonces mi corazón en el acto se vuelve más grande de lo que podría contaros, y compadezco al amor desde lo más hondo de mi corazón, porque

la mayor parte de las personas dependen y están pegadas al amor sin hacerle, sin embargo, justicia. Todos nosotros albergamos el deseo de conocer el amor. No, el amor no es tal y como nosotros lo llevamos de manera falseada, lo juzgamos todo equivocadamente. Sembramos beleño venenoso y queremos entonces que nos depare lirios y rosas. Esto en modo alguno es posible. Hemos de recoger lo que hayamos sembrado antes, y aceptar lo que nos dé la semilla. Hemos de cortar y segar lo que hayamos sembrado. Plantamos el amor con ánimo bilioso, con engaños y falsedades, y confiamos entonces en que de él brote la dicha para el cuerpo y para el corazón. No da, sin embargo, más que sufrimientos, cosas malas, frutos podridos y malestar, tal y como fue plantado. Si entonces nos produce padecimientos y nos duele en el corazón, casi matándonos por dentro, entonces le echamos la culpa al amor y lo hacemos responsable de algo en lo que no lleva culpa alguna. Todos nosotros sembramos falsedad y cosechamos a cambio vergüenza y pesadumbre. Para que esta pesadumbre no nos duela intensamente, deberíamos antes tener en cuenta que sería mejor nuestra cosecha si sembrásemos mejor y mejor. Nosotros, que orientamos nuestros pensamientos, sean buenos o malos, hacia las cosas mundanas, ¡cómo malgastamos nuestras vidas, que tiramos por la borda y consumimos rápidamente en nombre del amor, sin encontrar nada en ellas más que los mismos sufrimientos que hemos depositado en las mismas, el infortunio y la desgracia! El bien que persigue cada uno de nosotros, y a todos nos está vedado, no está ahí. Me refiero a la amistad duradera, la que nos deleita incesantemente, la que porta rosas junto a las espinas y cosas gratas junto a las fatigas, que permanentemente concilia en sí misma las alegrías y las preocupaciones, que nos hace felices tantas veces como podemos verla perturbada. Esa no la encuentra ahora nadie. Así es como vamos hacia nuestra perdición.

Es completamente cierto lo que dicen: «El amor ha sido espantado y ahuyentado hasta el lugar más distante». Solo nos queda el concepto de lo que es el amor. Solo el nombre nos ha quedado. Pero incluso este lo hemos desgastado tanto a fuerza de mencionarlo, que el moribundo se avergüenza ahora de su nombre y siente que le resulta antipático. Está lleno de desprecio y de tristeza hacia sí mismo de ver su estado en el mundo. Sin

dignidad, sin ser respetado, se arrastra mendicante de una casa a la otra, sufriendo la humillación de portar un saco de muchos colores en el que lleva sus bienes robados y su botín, que niega a su propia boca y ofrece a bajo precio en la calle. ¡Ay, dolor! Nosotros mismos formamos el mercado. Cometemos villanías imperdonables con él, y encima pretendemos aún ser inocentes de las mismas. El amor, rey de todos los corazones, el más libre y único en su clase, resulta que se puede comprar con dinero. ¡Cómo lo hemos obligado a pagarnos tributo! Hemos ensartado una mala imitación como si fuese una piedra preciosa en el anillo y solo nos engañamos a nosotros mismos. Es una estafa lamentable, si se engaña a un amigo de tal forma que hagamos lo propio con nosotros mismos. Nosotros los falsos amantes, nosotros embaucadores del amor, ¡cómo se nos consumen nuestros días, sin que nuestros sufrimientos alcancen un buen final más que muy raras veces! ¡Cómo desperdiciamos nuestras vidas sin dicha y sin ganancia! Y a pesar de ello nos pone eufóricos lo que nada nos incumbe. Si alguien relata una bonita historia que trate de la amistad, cuando nos referimos a aquellos que vivieron en el pasado hace muchos cientos de años, entonces nuestros corazones se deleitan, y estamos tan llenos de tal circunstancia, que no hay persona sincera y honesta, sin falsedad ante el amigo, que no desee que tal felicidad se reproduzca también en su corazón. Y no obstante tenemos todo el rato a nuestros pies aquello que es el origen de todo: la lealtad que viene del corazón. Esta se nos ofrece inútilmente. Pues nosotros apartamos la vista de ella con desprecio y la pisoteamos. Sin valorarla, la aplastamos con los pies contra el suelo. Si quisiéramos buscarla, no sabríamos, en nuestra premura, dónde hacerlo. Si la lealtad es tan valiosa y beneficiosa entre los amigos, ¿por qué entonces no la amamos? Una mirada amorosa de los ojos del ser amado hace que desaparezcan con toda seguridad cien mil dolores del corazón y del cuerpo. Un beso de los labios del amado que venga del fondo del corazón, oh, ¡cómo puede poner fin a la añoranza y a los padecimientos del corazón[40]!

Yo sé bien que Tristán e Isolda, los dos impacientes, restaron también gran cantidad del dolor y de la aflicción que sentían cuando alcanzaron la meta de su común deseo. La añoranza que oprime los pensamientos se desvaneció. Aquello que ansían los enamorados lo hacían juntos a menudo,

cada vez que se les presentaba la oportunidad. Cada vez que se les ofrecía la posibilidad, entregaban y recibían con toda sinceridad el tributo debido a ellos mismos y al amor. Se sentían íntimamente bien durante el viaje. Ahora que su desconocimiento se había visto superado, su confianza era fuerte y poderosa. Esto era inteligente y razonable. Porque quienes se ocultan mutuamente sus sentimientos una vez que los han descubierto, concediendo entonces valor al pudor y enajenándose del amor, cometen un latrocinio contra ellos mismos y mezclan el amor con dolor. Estos dos enamorados no se ocultaban nada. Mediante conversaciones y miradas compartían la misma confianza.

Así pasaron el viaje, llenas sus vidas de alegría, si bien no sin dejar de tener un precio: tenían miedo de lo que se les venía encima. Ya antes les atemorizaba lo que luego habría de tener lugar, lo que les robaría mucha alegría y los pondría en grave peligro: el que la bella Isolda tuviera que ser entregada a un hombre al que no deseaba pertenecer. Además de esto había otra preocupación que inquietaba a los dos: la virginidad perdida de Isolda. Esto los apesadumbraba. Ambos sufrían por ello. Sin embargo, esta aflicción era para ellos ligera y soportable, porque se podían satisfacer mutuamente sus deseos con creces muy a menudo y una vez y otra. Cuando se hubieron acercado a Cornualles hasta el punto de que la costa era bien visible, todos se alegraron. Todos estaban contentos menos Tristán e Isolda. Para ellos era angustioso y opresivo. Si les hubieran permitido elegir, no habrían avistado nunca tierra. El temor por su fama les causaba gran dolor. No sabían cómo iban a arreglárselas para ocultarle al rey la virginidad perdida de Isolda. Pero por muy inermes que parezcan dos enamorados juveniles en su inexperiencia, había una salida en la que pensarían para sacar a la muchacha de su apuro.

Cuando el amor acierta a jugar su juego con jóvenes inexpertos, entonces es posible encontrar en esos jóvenes sentido común e inteligencia.

No vamos a dar muchos rodeos. Isolda encontró pese a su juventud una salida, la mejor que en ese momento se les ofrecía. No había más remedio que pedirle a Branguena que la primera noche yaciera sin decir nada al lado de su señor, Marc, haciéndole compañía. No había mejor manera de escatimarle su derecho, pues era hermosa y aún virgen. De este modo el

amor enseña a las personas honradas a estar preparadas para el engaño, cuando en realidad no habrían de tener conocimiento de lo que se requiere para tales ardides y falsedades. Los amantes hicieron lo siguiente. Le suplicaron a Branguena durante tanto tiempo y con tanta insistencia, hasta que arrancaron de ella la promesa de que lo haría. Pero lo juró bajo grandes estremecimientos. No solamente se puso roja y pálida ante tal petición, como consecuencia de la gran opresión que sentía en su interior, es que lo que le pedían era también algo muy poco habitual. Branguena dijo:

—Querida señora, vuestra madre, mi señora, la bondadosa reina, os ha encomendado a mi tutela. Yo misma debería haberos protegido de este infortunio durante el camino, durante este desgraciado viaje. Ahora por culpa de mi descuido ha caído sobre vos la vergüenza y la tristeza. Por eso no debo quejarme y compartir la humillación con vos. Sería incluso completamente justo que la soportara yo sola, si de ese modo os librarais vos de ella. ¡Dios misericordioso, cómo te has olvidado de mí!

Entonces Isolda le dijo a Branguena:

—Noble sobrina, dime, ¿qué piensas y qué te oprime? Me gustaría mucho conocer la causa de tus quejas.

—Señora, hace unos días arrojé una vasija de cristal del barco.

—Sí, ¿y eso qué tiene que ver?

—Ay —respondió ella—, esa vasija y la poción que contenía os costará la vida a los dos.

—¿Por qué, sobrina? —preguntó Isolda—. ¿Cómo puede ser eso?

—Es así.

Entonces Branguena les refirió a los dos toda la historia desde el principio.

—¡Quiéralo Dios! —dijo Tristán—. Tanto si es la muerte como si es la vida, en cualquier caso me ha envenenado gratamente. No sé cómo es la otra muerte; esta, en cualquier caso, me gusta mucho. Si la maravillosa Isolda ha de ser siempre mi muerte en esta forma, entonces me esforzaré con gusto por conseguir un morir eterno[41].

De nada sirve seguir hablando. Si buscamos diversión, no podemos evitar el tener que soportar también tristeza.

Por grato que nos parezca el amor, no podemos tampoco dejar de pensar en la fama. Quien solo quiere preocuparse por los placeres del cuerpo, acaba perdiendo su reputación. Por mucho que Tristán disfrutara de la vida que llevaba, su sentido del honor no dejaba de tirar de él. Su lealtad le oprimía para que se percatara de ella y entregara a Marc su mujer. Las dos cosas, sentido del honor y lealtad, oprimían con intensidad su corazón y su razón. Hasta entonces habían estado subordinados al amor, cuando él prefirió el amor antes que a ellos. Estos dos perdedores triunfaron ahora sobre el amor. Tristán envió inmediatamente mensajeros a tierra en dos barcas, haciendo saber a Marc cómo le habían ido las cosas con la bella en Irlanda. En seguida mandó llamar Marc a todos los que era posible llamar. No tardaron en salir corriendo mil mensajeros en busca de los caballeros del país. Un gran gentío recibió a los compatriotas y a los extranjeros. Lo mejor y lo peor que Marc recibía de manos de estos dos, con quienes pasaría sus días, lo tomó con tanta cordialidad como es posible cuando uno recibe algo que valora por encima de todo lo demás. Marc envió inmediatamente recado a todos los barones, haciéndoles saber que habrían de concurrir a la corte pasados dieciocho días, a fin de asistir como era debido a su boda. Todo fue preparado. Llegaron en espléndida comitiva. Muchos grupos elegantes de caballeros y damas llegaron para contemplar la dicha en los ojos de la luminosa Isolda. Con frecuencia y gran detenimiento era observada y admirada, y lo único que decían sobre ella era:

—Isolda, rubia Isolda, maravilla de todo este mundo. Isolda es especial, un prodigio en esta tierra. Como el sol, ella da alegría al mundo. Es cierto lo que se cuenta acerca de esta maravillosa doncella. No hay reino que posea una muchacha tan prodigiosamente hermosa.

Fue entonces desposada y confirmada en sus derechos a recibir en su mano Cornualles e Inglaterra. Se convino que, si ella no tuviera herederos, Tristán habría de ser el heredero. Entonces se le rindió pleitesía. Por la noche habría de dormir con Marc, su esposo. Entretanto, ella misma, Branguena y Tristán se habían ocupado activamente de averiguar con antelación el lugar y las circunstancias de lo que iba a ocurrir y de discutirlo entre sí. En el aposento de Marc estaban solamente ellos cuatro, el rey y ellos tres. Mientras tanto, el rey se había acostado. Branguena se había

puesto la ropa de la reina. Ambas habían intercambiado su vestimenta. Tristán condujo a Branguena hasta el lecho para que soportara la tortura y el martirio. Isolda, su señora, apagó las luces, Marc atrajo a Branguena hacia sí. Yo no sé qué le parecieron estas cosas al principio. Las toleró tan en silencio, que no produjo sonido alguno. Su compañero podía hacerle lo que quisiese, que ella accedía y pagaba en la moneda que él le pedía, con todo el cobre y el oro que él demandara. Yo estoy dispuesto a creer que solo en raras ocasiones pudo darse anteriormente un pago en un lecho con un cobre tan hermoso como el que allí se entregó en lugar del oro. En verdad apostaría mi vida a que desde los tiempos de Adán no se acuñó una moneda falsa tan valiosa, ni hubo falsificación más placentera acostada alguna vez al lado de un hombre.

Mientras los dos estaban en la cama, Isolda abrigaba grandes temores e inquietudes. Una vez y otra pensaba para sí: «Dios mío, protégeme y ayúdame a que mi sobrina no rompa la promesa que me ha hecho. Si estos juegos de amor se prolongan demasiado tiempo, temo que vaya a gustarle demasiado y quiera quedarse con él hasta que sea de día. Entonces nos convertiremos en un objeto de burla y difamación». No, sus intenciones y sus pensamientos eran puros y sinceros. Tan pronto como hubo cumplido en lugar de Isolda con lo que era su deber, y hecho lo que le correspondía, se levantó de la cama. Isolda estaba ahí mismo. Se sentó en la cama, como si fuera la misma persona. No tardó el rey en pedir vino, con lo cual seguía una vieja costumbre. Porque en aquella época se cumplía siempre la tradición de que, si alguien se había acostado con una muchacha y le había quitado la flor de la virginidad, había de mandar que se trajese vino para que bebieran los dos sin ninguna distinción. También aquí se cumplió esa costumbre inmediatamente. Tristán, el sobrino, trajo enseguida luces y vino. El rey bebió y también la reina. En muchas historias se dice que se habría tratado de la poción que hizo que Tristán e Isolda se precipitaran a tales tormentos del corazón. Pero no, de esa poción no quedaba ya nada, Branguena la había arrojado al mar. Cuando hubieron cumplido con la costumbre y bebido según esta exigía, la joven reina Isolda se acostó bajo una gran zozobra espiritual y con dolores secretos al lado del rey, su señor. Este volvió a iniciar su diversión y la abrazó estrechamente. A él una mujer

le parecía igual que la otra. Tampoco en esta tardó en encontrar grandes méritos. Le daba lo mismo una que otra. Cada una de las dos le daba cobre y oro. Ambas saldaban su deuda, la una igual que la otra, así que no se percató de nada.

Isolda era muy amada y respetada por Marc, su esposo, y elogiada y honrada por sus súbditos y por el reino. Pues se podían describir en ella muchos méritos y dones dignos de encomio. Entre tanto, ella y su amante tenían múltiples placeres y alegrías de la mañana a la noche, pues nadie podía sospechar nada de ellos. Ni el hombre ni la mujer pensaban nada malo al obrar así, pues ella estaba bajo su tutela siempre y en todas partes y vivía del modo que más le gustaba. Mientras tanto reflexionaba y consideraba todo el asunto. Dado que nadie a excepción de Branguena conocía su secreto y su engaño, no tendría motivo, si esta no existiera, para seguir preocupándose por su honra. Se preocupaba mucho y abrigaba grandes temores de que, si Branguena se enamorara de Marc, fuera a referirle su vergüenza y todo lo que había sucedido. La atemorizada reina dejaba patente de este modo que tenemos más miedo de la vergüenza y las humillaciones que del propio Dios. Hizo que vinieran dos escuderos, dos extranjeros procedentes de Inglaterra. Les ordenó que le hicieran innumerables promesas y que le juraran una obediencia absoluta. También les mandó que por sus propias vidas ejecutaran todo lo que ella les encomendara, fuera lo que fuese, y que lo mantuvieran en secreto. Entonces les desveló su tarea. La instigadora de un asesinato les dijo:

—Escuchad mi plan. Enviaré a que os acompañe una muchacha. Llevadla con vosotros y cabalgad los tres rápidamente y en silencio a cualquier parte del bosque, ya sea cerca o lejos, que os parezca apropiada por lo deshabitado. Allí cortadle la cabeza. Aprendeos todo lo que diga y contádmelo luego. No olvidéis traerme su lengua. Tened confianza en lo que hago, que mañana haré que os armen caballeros con gran esplendor y os daré feudos y regalos mientras viva.

Los dos se comprometieron a ello. Isolda fue a donde estaba Branguena y le dijo:

—Mira, Branguena. ¿No me notas espantosamente pálida? No sé lo que me pasa. Me duele mucho la cabeza. Tienes que traernos hierbas

medicinales, porque si no hacemos algo contra ello, me moriré.

La fiel Branguena respondió:

—Señora, vuestro malestar me entristece profundamente. No os entretengáis por más tiempo. Haced que me lleven a un lugar en el que pueda encontrar algo que os traiga alivio.

—Mira, aquí hay dos escuderos. Ve a caballo con ellos. Ellos te guiarán.

—Eso haré con todo gusto, señora.

Montó y se fue a caballo con ellos. Cuando llegaron al bosque, a un punto en el que había gran abundancia de raíces, plantas y hierbas de las que ella buscaba, quiso descender de su montura. Pero ellos la condujeron más adentro de la espesura. Cuando se hubieron alejado mucho del campo abierto, cogieron a la muchacha portentosa, sincera y distinguida y la depositaron en el suelo. Con gran dolor y tristeza desenfundaron sus espadas. Branguena se asustó tanto que dio con su cuerpo en la tierra y se quedó allí tirada largo tiempo. Con el corazón estremeciéndose y los miembros temblorosos levantó aterrada la vista y suplicó:

—¡Tened compasión, señores! ¿Qué vais a hacer, por el amor de Dios?

—Habéis de morir aquí.

—¡Ay! ¿Por qué? ¡Decídmelo!

—¿Qué mal le habéis hecho a la reina? Fue ella quien nos ha ordenado mataros —le respondió uno de ellos—. Ello ha de cumplirse ahora. Isolda, vuestra señora y la nuestra, ha ordenado vuestra muerte.

Branguena juntó las manos y dijo llorando:

—No, señores, por vuestra bondad y por el amor de Dios, postergad esta orden y dejadme vivir el tiempo suficiente para poder responderos. Luego podéis darme muerte rápidamente. Decidle a mi señora, y sabedlo vos, que nunca hice nada en contra de su voluntad que pudiera permitirme suponer que le disgustaría, a no ser que se trate de una cosa en la que no quiero creer. Cuando nos fuimos de Irlanda, teníamos cada una de las dos un vestido. Cada una había elegido el suyo y lo mantenía separado de los demás vestidos. Los llevamos con nosotras: eran dos camisas blancas como la nieve. Cuando íbamos por el mar de camino hacia acá, ella sintió que el sol le daba tanto calor que apenas podía soportar nada encima a excepción de esa sola camisa, tan limpia y tan blanca. Así le cogió gran cariño.

Entonces comenzó a usarla, hasta que a través de un uso excesivo empezó a desgastarse y a mancharse su blancura. Yo, en cambio, aún conservaba la mía escondida en secreto en mi cofre, envuelta en paños limpios y blancos. Y cuando mi señora llegó aquí, tomó como su señor al rey y quiso dormir con él, su camisa no tenía la belleza que debía tener y que ella deseaba. El que yo le prestara entonces la mía, bien es verdad que negándome al principio y siendo en ese sentido la causante de su posible disgusto, es lo único en lo que he podido ofenderla. Aparte de esto, Dios sabe que jamás, en ningún momento, he desatendido un ruego o una orden suya. Hacedme por el amor de Dios un último favor. Saludadla en mi nombre con todo el afecto que debe profesarle una muchacha a su señora. ¡Que Dios en su misericordia cuide y proteja su fama, su salud y su vida! Séale perdonada mi muerte. Encomiendo a Dios mi alma y dejo mi cuerpo en vuestras manos.

Entonces los dos hombres se miraron con compasión, conmovidos de que la muchacha sin mácula llorara tan desgarradoramente. Los dos se arrepintieron en lo más profundo de haber prometido ejecutar ese asesinato y sintieron gran pesadumbre. Como no habían encontrado ni podían encontrar en ella nada que justificara su asesinato ni la hiciera merecedora de morir, los dos lo hablaron entre sí y decidieron que, independientemente de lo que pudiera ocurrirles a ellos, la dejarían con vida. Ataron a la fiel muchacha a la parte alta de un árbol para que no la tocaran los lobos antes de que volvieran, le cortaron la lengua a uno de sus lebreles y se alejaron del lugar en sus caballos. Ambos hombres le contaron a la instigadora del asesinato, Isolda, que le habían quitado la vida sintiéndolo mucho. Los dos le dijeron que aquella lengua era la de Branguena. Isolda preguntó:

—Decidme, ¿qué os contó la muchacha?

Ellos repitieron, tal y como se les había encomendado, todo lo que ella había dicho, sin omitir nada. Ella volvió a preguntar:

—Y bien, ¿no os dijo nada más?

—No, señora.

—¡Ay! —exclamó entonces Isolda—, ¡qué cosas tengo que escuchar! Asesinos malditos, ¿qué es lo que habéis hecho? ¡Os haré ahorcar por esto!

—Señora —exclamaron entonces ambos—, ¿qué significa esto? Isolda, señora inquietante, vos misma nos habéis inducido y suplicado con gran insistencia que le quitáramos la vida.

—No sé qué me dices ahí de suplicaros. Yo encomendé la muchacha a vuestra tutela y vuestra protección, para que la cuidarais durante el camino mientras ella iba a buscarme algo para curar mi malestar. Habéis de devolvérmela, u os irá en ello la vida. ¡Malditas serpientes asesinas, seréis los dos ahorcados o quemados en la hoguera!

—Verdaderamente —dijeron entonces los dos—, señora, vuestro corazón y vuestros pensamientos no son puros y sinceros. Vuestra lengua es extremadamente inconstante. Señora, podéis aplazar esa acción violenta. Antes de tener que entregar nuestras vidas preferimos devolvérosla sana y salva.

Inmediatamente dijo Isolda, prorrumpiendo en un intenso llanto:

—No me sigáis engañando. ¿Vive Branguena, o está muerta?

—Vive, extraña Isolda.

—Oh, entonces traédmela. Prometo que cumpliré todo lo que os había anunciado.

—Esto se hará, señora.

Isolda retuvo a uno de los dos consigo. El otro partió a caballo en el acto, dirigiéndose al lugar donde habían dejado a Branguena. Y cuando ella llegó ante Isolda, esta la estrechó en sus brazos, besándola en la boca y las mejillas una vez y otra. A los dos hombres les entregó como recompensa veinte marcos en oro, bajo la condición de que mantuvieran en secreto todo lo ocurrido[42].

Cuando por fin la reina Isolda se dio cuenta de que Branguena era honesta y fiel incluso bajo amenaza de muerte y que su disposición era intachable, y la hubo quemado y purificado en el crisol como si se tratara de oro, a partir de ese instante Branguena e Isolda quedaron unidas la una a la otra con tanto afecto y dedicación que nunca volvió a surgir la más leve diferencia entre ambas. Cada vez que estaban juntas se sentían animadas y contentas. Branguena se sentía a gusto en la corte, y la corte estaba llena de alabanzas dirigidas a ella. Todos la miraban con aprecio. Ella no le guardaba mal a nadie, ni en secreto ni abiertamente. Era consejera y sostén

del rey y de la reina. Nada sucedía, ni siquiera en el ámbito privado, sin que ella tuviera conocimiento de ello. Por lo demás, su mayor aspiración era servir a Isolda. Le hacía cuantos servicios podía esta desear en relación a su amante Tristán. Esto lo llevaban con gran secreto, para que nadie pudiese sospechar lo más mínimo. Su comportamiento, sus conversaciones y todo lo demás que hacían, de todo esto no se daba cuenta nadie. Nadie abrigaba sospecha alguna en este sentido. Ellos estaban felices y contentos como dos enamorados que pueden decidir y escoger el momento y la oportunidad para dar rienda suelta a su amor. El amante y la amante permanecían inamovibles en el territorio de caza del amor. Había a menudo ocasiones durante el día en las que sus ojos se enredaban con miradas intensas y recíprocas, tanto entre la multitud como en sociedad, momentos en los que las miradas han de tener significado y expresar conversaciones, miradas a través de las cuales es posible comunicarse el amor mutuamente sentido. Esto lo hacían de día y de noche y sin caer en grandes peligros. Tanto en su conversación, como en su conducta, los dos eran francos y abiertos, ya estuvieran caminando, sentados o de pie. Sus conversaciones en público, que dominaban con singular perfección, solían entreverarlas ocasionalmente con palabras llamativas. A menudo se podía percibir que de sus frases se desprendían juegos de palabras de enamorados, como si tuvieran ribetes de oro. Nadie, empero, pensaba que sus palabras y sus actos pudieran denotar un afecto distinto al que se deriva del parentesco, dado que este era singularmente próximo en el caso de Tristán y Marc. De este modo tenían a muchos confundidos y ocultaban su relación amorosa. Esta era la manera en la que el amor engañaba los sentidos de muchos corazones, de los cuales ninguno comprendía cuál era la índole de su afecto. Este era sincero y bueno entre ellos. Los sentimientos y los deseos de ambos coincidían completamente: sí y sí, no y no. Sí y no, no y sí, eso sí que no existía entre los dos. No había entre ellos ninguna diferencia. Estaban totalmente de acuerdo. Así los dos pasaban juntos el tiempo de manera agradable, unas veces de un modo y otras de otro. Había ocasiones en las que estaban contentos, y otras en las que se sentían abatidos, tal y como el amor ejerce su ley sobre los enamorados. Este hace que en sus

corazones habite la diversión al lado del sufrimiento, la tristeza y el dolor junto con la alegría.

Si Tristán y su señora Isolda no lograban hallar la ocasión para una cita, entonces esto los atormentaba. Con unas cosas y otras, estaban unas veces afligidos y otras, animados. En ocasiones uno podía ver también en ellos cómo se enfadaban el uno con el otro, enfado sin ningún odio, quiero decir. Mas si alguien dice que las peleas son inapropiadas en el caso de tales enamorados, entonces estoy verdaderamente seguro de que no ha estado jamás auténticamente enamorado. Porque esta es la costumbre del amor, con este recurso hace que se inflamen los amantes y enardece sus corazones. Pues por mucho dolor que les cause una pelea, la lealtad acaba siempre reconciliándolos. Mas entonces el amor se ha renovado y la lealtad es más firme que antes. El modo, en cambio, en que se origina una pelea y alcanza su final sin ayuda exterior, lo habéis oído mencionar muchas veces. Es muy fácil que haya amantes, de entre los que pueden estar juntos con frecuencia, que piensen que alguien es más atractivo y gentil que uno mismo, motivo por el cual desatan una tremenda pelea a partir del recelo más nimio, y llegan a una gran reconciliación después de una pequeña tristeza. Es justo concederles el que hagan esto. Así debe crecer el amor, rejuvenecer y renovarse dando mayor vigor a la lealtad. El amor disminuye y envejece, se enfría y se hiela si carece de ardor. Si se omiten las peleas, cesa en el acto de reverdecer. Cada vez que brota entre enamorados cualquier pequeña pelea, entonces la lealtad es siempre quien los reconcilia, prestándoles frescor y renovación perennes. Esto hace que el cariño resulte siempre nuevo y purifica el amor como si fuera oro.

De esta suerte transcurrirá el tiempo para Tristán e Isolda con alegría y tristeza. La alegría y la tristeza estaban con ellos en intercambio incesante. Me refiero a una alegría sin tormento en el corazón. Aún no padecían tormento en el corazón y tampoco una desgracia tal que fuera capaz de penetrar hasta el corazón. Mantenían silenciada su relación y ocultaban su secreto con temor y con empeño, haciendo esto durante largo tiempo. Ambos se sentían exaltados, felices y contentos. Isolda, la reina, era querida en el reino y entre el pueblo. También de Tristán se contaban cosas entre el

pueblo y por todos los lugares del país. Era famoso y conocido y prodigiosamente temido en la totalidad del reino.

Tristán estaba lleno de afán de heroísmo. Dedicaba mucho tiempo al combate y los torneos caballerescos. Los días libres los entretenía cazando con halcones. Iba a caballo a cazar, según lo mandaba la estación. En ese tiempo llegó un barco a Cornualles, atracando en el puerto de Marc. De él descendió un caballero a caballo, un noble barón de Irlanda llamado Gandín, y que era distinguido, magnífico y señorial, conformando una imagen tan viril que toda Irlanda hablaba de sus gestas. Iba magníficamente vestido con suntuosidad caballeresca, y cabalgó solo y con porte distinguido hasta la corte de Marc, sin portar escudo ni lanza. Sobre sus espaldas llevaba una pequeña cítara, bellamente adornada con oro y piedras preciosas y dotada de cuerdas portentosas. Cuando hubo descendido, entró en el palacio y saludó a Marc e Isolda del modo en que debía. Ya anteriormente y de muy diversas maneras había sido caballero y admirador de ella. A causa de ella había dejado Irlanda para dirigirse a Cornualles. Ella le reconoció inmediatamente.

—¡Que Dios os salude, don Gandín! —dijo la educada reina.

—Gracias —replicó Gandín—, bella Isolda, bella y más bella aún que el oro sois a los ojos de Gandín.

Isolda le dijo al rey en secreto de quién se trataba. A este le pareció un disparate y se mostró muy sorprendido de que llevara una cítara en la espalda. Todos se maravillaron de ello. No había quien no se pusiera a pensar al respecto. Sin embargo, Marc se esforzó mucho en confirmar la honra de Gandín, en parte a causa de su propia fama, y en parte también por acceder a las peticiones de Isolda. Esta le rogó con insistencia que le otorgara honores, dado que era compatriota suyo. Esto no hubo que decírselo dos veces. Le sentó enseguida a su lado y le preguntó esto y aquello acerca del reino y de la población, sobre las damas y la vida cortesana. Cuando la comida estuvo preparada, mientras el séquito se lavaba las manos y le ofrecían agua a él también, empezaron a solicitarle una vez y otra que depusiera su cítara. Pero no había quien le convenciera. El rey y la reina lo dejaron estar con buena disposición. Pero había muchos que lo tenían por mal educado e inadecuado. De ahí que no pasara más

tiempo sin que empezaran a reírse y a burlarse entre ellos. El caballero de la cítara, el barón con su carga, no les prestó atención. Estaba sentado al lado de Marc y comía. Comía y bebía según le iba apeteciendo.

Cuando se dio por terminada la comida, Gandín se puso en pie y fue a sentarse entre los vasallos de Marc. Estos le hicieron compañía, entreteniéndole con muchas historias de la corte. El rey educado y cortesano, el portentoso Marc, le rogó públicamente ante todos que, si sabía tocar la cítara, les diera gusto a todos permitiéndoles escuchar su interpretación. El extranjero dijo:

—Señor, no estoy dispuesto a ello a menos que no sepa de antemano lo que se me va a dar a cambio.

—¿Qué queréis decir, señor? Si tengo alguna cosa que deseéis poseer, entonces será vuestra. Escuchemos ahora vuestro arte, que más tarde os daré lo que queráis.

—¡Sea! —dijo el que venía de Irlanda.

Enseguida les interpretó un lay, que fue del agrado de todos. Inmediatamente, el rey le solicitó otra pieza. El estafador se rió para sus adentros y afirmó:

—La recompensa me dice que os interprete cuanto me pidáis.

Y tocó con mucha más belleza que antes. Cuando el segundo lay hubo concluido, Gandín se presentó ante el rey.

—Bien, señor —dijo—, permitidme que os recuerde lo que me habéis prometido.

El rey le respondió:

—Con mucho gusto. Decidme, ¿qué es lo que queréis?

—Dadme a Isolda —replicó el otro.

—Amigo mío —dijo Marc—, cualquier cosa que me pidáis aparte de ella, será vuestra. Pero lo que me solicitáis no puede dárseos de ninguna forma.

—En verdad, señor —dijo Gandín—, no deseo ninguna otra cosa, por grande o pequeña que sea. Quiero solamente a Isolda.

—Pues eso sí que no es posible —dijo el rey.

—Señor, ¿no vais entonces a cumplir vuestra palabra? Si se puede demostrar que habéis roto una palabra dada, entonces no habrá pronto

ningún reino sobre el que podáis ser rey. Haced que os lean el derecho de los reyes. Si no lo encontráis allí, prescindo de mi reclamación en el acto. Mas si, por el contrario, vos o cualquier otra persona se atreve a sostener que no me habéis prometido nada, entonces defenderé mi pretensión ante vos y cualquier otro, independientemente de lo que estime la corte en relación conmigo. Estoy dispuesto a arriesgar mi vida en un duelo, si no se me hace justicia. En el momento en que queráis, me dirigiré a caballo al lugar del combate, con vos mismo o con otra persona.

El rey miró en derredor y hacia todos los rincones, para ver si encontraba a alguien que se atreviera a enfrentarse con él. Pero no había nadie dispuesto a poner en juego su vida, y el propio Marc tampoco quería luchar por Isolda, pues Gandín era tan poderoso, tan masculino y valiente, que como el resto no quería enfrentársele. Se daba la circunstancia de que Tristán se había ido a cazar al bosque. Él no habría vuelto con tanta rapidez desde el bosque nuevamente a la corte, si no fuera porque se enteró por el camino de que Isolda estaba en manos de Gandín. Esta infausta novedad era correcta. Gandín se había llevado a la bella, que lloraba de modo desgarrador y mostraba una honda pena, desde la corte a la playa. Allí le habían levantado una tienda de campaña, equipada con gran lujo y belleza. A ella se dirigió con la reina, para aguardar en su interior la subida de la marea, a fin de alejarse en su barco una vez que este, que permanecía varado en la arena junto a la orilla, estuviera de nuevo en una corriente navegable.

Cuando Tristán estuvo de vuelta y hubo escuchado más y más cosas acerca de la cítara, montó en seguida sobre su caballo, no sin antes haber cogido su arpa, y cabalgó apresuradamente hacia las proximidades del puerto. Una vez allí, se desvió astutamente hacia un lado, dirigiéndose hacia un arbusto, en una de cuyas ramas ató su caballo. También colgó de ella su espada. Con su arpa corrió entonces hacia la tienda de campaña. Allí encontró en brazos del barón a la pobre desconsolada, a la sollozante Isolda. Gandín se esforzaba en consolarla por todos los medios. Pero no servía de nada, hasta que vio al hombre que venía solo con su arpa. Gandín le saludó y le dijo:

—¡Dios te guarde, bello arpista!

—Gracias, noble caballero. Señor —prosiguió diciendo—, me he apresurado a venir hasta aquí. Me acaban de decir que venís de Irlanda. También yo procedo de allí. Por vuestro honor, llevadme de regreso a casa con vos.

El irlandés le respondió al punto:

—Te lo prometo, amigo, siéntate e interpreta algo. Si logras consolar a mi señora hasta lograr que deje de llorar, te daré el mejor vestido que es posible encontrar en esta tienda.

—Prometo hacerlo, señor —dijo Tristán—, y tengo una fundada esperanza de que, si existe alguna posibilidad de que ella interrumpa su llanto gracias a la música de alguien, ello se producirá ahora.

Comenzó a tocar e interpretó una melodía tan deliciosa, que llegó hasta el corazón de Isolda, atravesando sus pensamientos hasta el punto de que dejó de llorar y empezó a pensar en su amante.

Cuando el lay hubo concluido, la marea había subido ya, de manera que el barco estaba en disposición de partir. Entonces los del barco gritaron en dirección al puerto:

—¡Señor, señor, venid a bordo! Si aparece don Tristán mientras estáis aún en tierra, las cosas nos irán mal. Tiene completamente en sus manos a la población y al reino. Y él mismo es, según dicen, tan increíblemente osado, tan valiente y animoso, que no sería difícil que os causara perjuicio.

Esto no le agradó a Gandín, quien respondió de muy mala gana:

—¡Que Dios me castigue si subo hoy a bordo antes de lo previsto a causa de este motivo! Amigo, tócame antes el lay de doña Dido. Lo haces tan bien, que te estoy agradecido por ello. ¡Haz música bella para mi señora! En recompensa te llevaré con ella y conmigo de aquí, dándote además en el acto el premio prometido: ese vestido del que te hablé, el mejor que poseo.

Tristán estuvo de acuerdo:

—Ello se hará, señor.

De nuevo comenzó a tocar el juglar. Su música volvió a sonar con tanta delicadeza que Gandín escuchaba su arte con total entrega, percatándose también de que Isolda estaba completamente sumergida en la melodía. Cuando la pieza hubo terminado, Gandín agarró a la reina y se disponía a

subir a bordo con ella. Mas la corriente que había ante el pontón flotante era tan poderosa, que no había quien en ese momento pudiese llegar hasta el embarcadero sin contar con un caballo bastante alto.

—¡Y ahora qué! —exclamó Gandín—, ¿qué puedo hacer para subir a bordo a mi señora?

—Mirad, señor —dijo el juglar—, puesto que estoy seguro de que vais a llevarme con vos, no ha de quedarse aquí en Cornualles lo que me pertenece. Tengo conmigo un caballo alto, que es justamente de la estatura adecuada para que yo pueda trasladar a mi señora y amiga vuestra hasta el embarcadero. De esta manera irá segura y el mar no la tocará.

Gandín respondió:

—Querido juglar, date prisa y trae aquí tu caballo, y coge también rápidamente tu vestido.

Tristán fue a buscar aprisa su caballo y, cuando estuvo de vuelta, se puso el arpa en la espalda y dijo:

—Bien, señor de Irlanda, ayudad a subir a mi señora. La sentaré delante de mí en la silla y la trasladaré al barco.

—No, juglar —le contradijo Gandín—, tú no debes tocarla, seré yo mismo quien la lleve.

—Ay, señor —dijo la bella Isolda—, eso es una tontería, decir que no debe tocarme. Dejadme que os asegure que nunca subiré a bordo, si no es el juglar quien me lleva.

Así que Gandín le entregó a Isolda diciendo estas palabras:

—Ten cuidado, amigo, y llévala con tanta delicadeza como te sea posible, que yo te estaré eternamente agradecido.

Cuando él tuvo a Isolda consigo, se alejó un poco al galope. Al ver esto Gandín, le gritó con ira:

—¡Eh, necio! ¿Qué significa esto?

—No, no —dijo Tristán—, es Gandín el tonto. Vos mismo sois el engañado, amigo. Porque lo que le habéis arrebatado al rey Marc con vuestra interpretación de la cítara a través de una argucia, eso mismo os lo quito yo con el arpa. Habéis estafado y os habéis dejado confundir ahora. Tristán fue tras vuestros pasos y ha sido más astuto que vos. Regaláis lujosos vestidos, amigo. Yo tengo el mejor que pude encontrar en la tienda.

Tristán se alejó cabalgando. Gandín estaba triste y apesadumbrado más allá de toda medida. La derrota y la humillación le dolían en lo más profundo. Regresó cruzando el mar avergonzado y abatido. Los dos compañeros, Tristán e Isolda, se encaminaron hacia casa. No quiero hacer suposiciones acerca de si se causaron mutuamente placer en el camino o si se detuvieron a descansar un rato entre las flores. Yo quiero dejarme de suposiciones y de conjeturas. Tristán trajo a Isolda de vuelta a donde estaba su tío Marc, a quien recriminó con severidad:

—Señor —le dijo—, Dios sabe que, por mucho que améis a la reina, no es menor la imprudencia que cometéis al cambiarla con ligereza por una interpretación de cítara o de arpa. Ahora sí que puede burlarse todo el mundo. ¿Dónde se había visto antes una reina que se puede conseguir a cambio de tocar la cítara? Absteneos de ello en lo sucesivo, y cuidad mejor de mi señora[43].

La fama y la honra de Tristán florecieron aún más en la corte y en el país. La gente alababa en Tristán sus aptitudes y su inteligencia. La reina y él estaban nuevamente contentos y animados, haciéndose felices mutuamente cada vez que se les presentaba una buena ocasión. Por aquel tiempo tenía Tristán un camarada. Se trataba de un barón distinguido, vasallo del rey y su más importante senescal, llamado Maryodo. Era amigo de Tristán y le guardaba afecto a causa de la reina encantadora, que veneraba en silencio tal y como lo hacen muchos hombres ante muchas damas que no se inmutan por ello. El senescal y Tristán compartían alojamientos comunes y les gustaba estar juntos. También era costumbre del senescal, dado que Tristán sabía contar hermosas historias, el estar acostado de noche a una distancia de este que le permitiera hablar cómodamente con él. Una noche sucedió, después de que hubo hablado largo y tendido con Tristán, que se quedó dormido. El enamorado Tristán se marchó de allí furtivamente, propiciando un cambio que significaría un gran dolor de corazón para él y para la reina. Al creerse libre de toda sospecha y muy seguro de sí mismo, ocurrió que el infortunio le puso lazos, trampas y fatigas en el mismo camino que transitaba en algunas ocasiones para dirigirse alegremente hasta Isolda. Esa noche, la nieve había cubierto todo. Además, por esos días, la luna relucía con claridad. Tristán no se olió

ningún peligro ni ninguna denuncia. Se limitó a caminar con celeridad al lugar en el que se le había organizado un encuentro secreto. Cuando llegó al aposento, Branguena tomó un tablero de ajedrez y lo colocó tapando la luz. No sé por qué se olvidó de cerrar la puerta, antes de volverse a acostar.

Mientras esto ocurría, el dormido senescal vio en un sueño a un jabalí que salía del bosque, horrible y espantoso. Llegaba hasta la corte del rey, echando espuma por la boca y afilando los remolones, y atacaba todo lo que se le ponía por delante. En seguida llegaba corriendo gran cantidad de servidumbre y gente de la corte. Muchos caballeros corrían en torno al jabalí, mas sin que hubiera ninguno entre ellos que se atreviera a luchar contra él. Así corría gruñendo por todo el palacio. Al llegar al aposento de Marc, derribaba la puerta. Revolvía violentamente toda su cama. Con sus espumarajos ensuciaba el lecho y toda la ropa que es propia de una cama real. Esto lo contemplaban todos los miembros del séquito de Marc, sin que ninguno emprendiera nada para impedirlo.

Cuando Maryodo se despertó, volvió a repasar el sueño en su imaginación, pues le atormentaba mucho. Llamó a Tristán con intención de contarle todo lo que había soñado. Pero nadie le respondió. Lo llamó una vez y otra, extendiendo finalmente la mano hacia él. Y cuando no tocó nada y no encontró tampoco a nadie en la cama, sospechó de inmediato la existencia de algún secreto. Pero nada sospechaba de un secreto con la reina, del que no tenía ni la más mínima idea. A pesar de ello le asaltó una furia moderada y amistosa, no obstante el aprecio que le tenía, por no haberle contado nada acerca de ese secreto. Maryodo se puso en pie en el acto y se vistió. Se deslizó sigilosamente hasta la puerta, contempló desde ahí el panorama y descubrió el rastro de Tristán. Entonces se puso a seguir sus huellas a través de un pequeño jardín. La luz de la luna le señalaba el camino por la hierba y la nieve, mostrándole por dónde este había caminado para dirigirse a la puerta que daba a un aposento. Ante esta se detuvo temeroso, pues no le gustó nada encontrarla abierta. Así que pasó largo rato considerando adónde podía haberse dirigido Tristán. Se le ocurrieron explicaciones tanto inocentes como graves. Primero pensó que Tristán habría penetrado allí a causa de cualquier muchacha. Pero aunque fuera esta su primera conjetura, no tardó en sospechar que se encontraba allí por la

reina. Sopesó esta posibilidad desde varios ángulos, hasta que finalmente tomó una determinación y entró sin hacer ruido. Dentro no encontró ni luz ni el resplandor de la luna, pues no veía nada de las velas que allí ardían. Un tablero de ajedrez las tapaba. Así que siguió avanzando, tanteando su camino con las manos a lo largo de muros y paredes, hasta que llegó a su lecho y escuchó a los dos, enterándose de todo cuanto estaban haciendo. Esto le hizo mucho daño y atormentó su corazón, pues hasta ese instante había sentido amor e inclinación hacia Isolda. Todo esto hallaba ahora término en el odio y el dolor. Ella le hizo sentir odio y dolor, dolor y odio. Le apesadumbraba esto y lo otro. No sabía cómo podía comportarse en esta situación de un modo que fuera adecuado y conveniente. El odio y el dolor le tentaban a cometer la bajeza de dar a conocer su relación, haciéndola pública ante todo el mundo. Mas lo impedían Tristán y el miedo que le tenía para el caso de que llegara a perjudicarle. Así que dio media vuelta y se marchó. Ofendido regresó a su cama y se acostó. No tardó en volver Tristán. Sin hacer ningún ruido se encaminó a su cama. Él callaba y aquel callaba también. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra, lo cual ocurría solo en raras ocasiones y a lo que no estaban acostumbrados en el pasado. La extrañeza del caso permitió a Tristán reconocer que el otro sospechaba en silencio alguna cosa, por lo cual se volvió aún más prudente en sus manifestaciones y en su conducta. Pero era demasiado tarde. Su secreto había sido conocido y desvelado.

El celoso Maryodo hizo un aparte en secreto con el rey, y le contó que había surgido un rumor en la corte acerca de Tristán y de Isolda, que resultaba extremadamente desagradable para el reino y para el pueblo. Le aconsejó que iniciara averiguaciones y que meditara lo que podría hacer en contra de ello, puesto que el asunto perjudicaba sensiblemente a su matrimonio y su fama. Mas no le dijo que conocía perfectamente la verdad. El infinitamente leal y bondadoso, el ingenuo Marc, se sorprendió mucho ante lo que oía. Se resistía a aceptar la idea de que Isolda, la persona que era el norte de su dicha, había de caer ahora bajo la sospecha de maldad alguna. Pero la impresión quedó adherida a sus pensamientos con dolor y opresión. A partir de ese momento empezó a estar siempre alerta, pendiente de descubrir cualquier prueba. Sometió las conversaciones y la conducta de

ella a un escrupuloso análisis, mas sin poder corroborar en esas la verdad. No en vano, Tristán había rogado a Isolda que tuviera precaución, poniéndola sobre aviso de las sospechas del senescal.

Ello no obstante, Marc siguió examinando la cuestión con gran cuidado y los observaba de día y de noche[44]. Una noche en que Marc estaba acostado con ella y mantenían una conversación, preparó y le tendió con astucia una trampa a la reina, con la que no tardó en atraparla.

—Decidme, señora —le dijo—, ¿qué creéis y qué me aconsejáis? Quiero irme pronto a hacer una peregrinación y es probable que esté fuera bastante tiempo. ¿Bajo la tutela y protección de quién os gustaría estar?

—¡Por Dios! —respondió la reina—. ¡Cómo podéis preguntarme eso! ¿Bajo qué tutela estaría yo mejor protegida, al igual que vuestro reino y vuestro pueblo, si no es bajo la mano de vuestro sobrino, que tan capaz es de darnos esa protección? El hijo de vuestra hermana, el señor Tristán, es valiente e inteligente, y está bien dispuesto a ello.

Esta respuesta le pareció a Marc extremadamente sospechosa y le desagradó mucho. La empezó a acechar y observar cada vez más de cerca, vigilándola más estrechamente que nunca. Enseguida le comunicó al senescal lo que había averiguado. El senescal le contestó:

—Ciertamente, señor, así es. Vos mismo podéis ver en ello que no puede ocultar el gran amor que siente por él. Es una gran locura que toleréis la presencia de él en la corte. Si dais valor a vuestra esposa y a vuestra honra, no le toleréis por más tiempo.

Esto entristeció mucho a Marc. Las sospechas que había de abrigar en relación a su sobrino le atormentaban incesantemente, si bien todavía no le había demostrado con pruebas y datos la más mínima falta.

La engañada Isolda se alegraba. Le informó a Branguena riendo alegremente y con gran júbilo acerca de la peregrinación de su señor, contándole también cómo le había preguntado bajo la tutela de quién le gustaría estar. Branguena preguntó:

—Señora, no me mintáis y decidme, ¿a quién nombrasteis, por Dios?

Isolda le refirió cómo se había producido todo haciendo honor a la verdad.

—¡Qué ingenua sois! —exclamó entonces Branguena—. ¿Cómo habéis podido decir eso? Lo que habéis estado hablando no es sino una trampa, bien claro lo veo. Y además estoy segura de que ha sido el senescal quien aconsejó que se hiciera. De este modo quieren sondearos. A partir de ahora deberéis prestar más atención. Si él vuelve a mencionar el tema, haced lo que os voy a proponer ahora. Decid esto que os voy a contar.

Y le mostró a su señora qué respuestas eran las más adecuadas frente a esa argucia.

Entretanto, Marc se sentía bajo una fuerte opresión inconmovible, que tenía dos vertientes. Le hacían daño la sospecha y la desconfianza que sentía y que debía sentir. Desconfiaba de su amada Isolda. Sospechaba de Tristán, en quien no percibía nada que contuviera engaño o indicara una falta de lealtad. Su amigo Tristán y su dicha, Isolda, ambos eran su mayor dolor. Oprimían su corazón y su ánimo. Desconfiaba de ella y de él y sospechaba de ambos. Este doble sufrimiento lo soportaba del mismo modo que lo hacen todos los que están en su situación. Cuando quería lograr su propio placer con Isolda, la desconfianza se lo impedía. Siempre quería llegar al fondo de esta y averiguar la verdad. Mas si esta se le ocultaba, la sospecha volvía a hacerle daño. Entonces estaba igual que al principio.

¿Qué puede perjudicar más al amor que la desconfianza y la sospecha? ¿Qué oprime a un enamorado con la misma fuerza que demuestra la sospecha? No sabe así hacia qué dirigirse. De momento juraría que ha llegado ya al fondo de la injusticia que ve o de la que le hablan. Pero en un abrir y cerrar de ojos esto cambia, y vuelve a descubrir algo que le hace abrigar nuevas sospechas y le confunde otra vez. Aunque lo haga todo el mundo, es una insensatez y una gran tontería dudar del amor. Porque no es posible amar a alguien de quien a su vez sospechamos. Pero es un error aún mayor si alguien quiere convertir en certeza su desconfianza y sus sospechas. Porque si logra confirmar sus sospechas, siguiendo la pista de aquello que nos interesa hasta tener un conocimiento seguro, entonces el dolor de corazón que se produce es más intenso que cualquier otro. Las preocupaciones que anteriormente le afligieron le parecen ahora livianas. Si pudiera recobrarlas, escogería la desconfianza y las sospechas, sin querer averiguar jamás la verdad. Así es que el mal produce el mal, hasta que se

producen cosas peores. Si luego el dolor es más intenso, el mal primero se nos antoja grato. Por dolorosas que sean las sospechas en el amor, no lo son tanto como para que no se las soportara con mayor agrado que un engaño demostrado. Nadie puede hacer nada, por lo demás, contra el hecho de que el amor sea susceptible de despertar sospechas. La duda es parte del amor. Aquella lo mantiene vivo. Mientras se siga dudando, aún hay motivo para la esperanza. Cuando la verdad se hace patente, ya no hay salvación posible. Además tiene el amor una propiedad que es la que más hace y más ha hecho por ocasionar confusión. Cuando todo sale de acuerdo con sus deseos, no concede ningún valor a la permanencia y se cansa muy pronto. Cuando se suscita la duda, en cambio, no quiere separarse de ella y se precipita rápidamente y como un poseso hacia allá. Empieza a acecharla, empeñando todos sus esfuerzos en experimentar su pena más honda, antes que en gozar de la dicha que allí podría encontrar y disfrutar. Este hábito insensato lo cultivó Marc también. De la mañana a la noche ponía en juego toda su inteligencia para liberarse de la desconfianza y la sospecha, aspirando a corroborar las causas de su dolor de corazón mediante pruebas seguras. Esta era una verdadera obsesión para él.

Volvió a suceder que, una noche, tal y como él y Maryodo lo habían planeado juntos, quiso probar su astucia con Isolda, intentando seguir sondeándola con argucias. Pero las cosas le saldrían al revés. En esa misma trampa que él le tendía y había ideado para su perdición, cazó la reina al rey, su esposo, siguiendo las instrucciones de Branguena. Aquí le fue de gran ayuda Branguena. A las dos les ayudó el oponer una argucia frente a otra argucia. El rey abrazó a la reina atrayéndola hacia su pecho y empezó a besar una vez y otra su boca y sus ojos.

—No hay nada, bella —le dijo—, que ame tanto como a vos. El tener que separarme ahora de vos, Dios en el cielo lo sabe, casi me roba la razón.

La reina, que estaba preparada para esto, enfrentó su inteligencia a la de él. Entre sollozos le respondió:

—¡Ay dolor, qué desgracia tan espantosa! Hasta ahora creí que tan infausta noticia no era más que una broma. Ahora me entero y comprendo que va en serio.

Empezó a mostrar en sus ojos y su boca un profundo dolor y a llorar tan lastimeramente que le robó toda sospecha a este hombre crédulo, y él habría jurado que ella pensaba así sinceramente. Porque en las mujeres no hay otra maldad (para decirlo con sus propias palabras) ni tienen más perfidia o engaño que la aptitud de llorar sin motivo alguno cada vez que lo deseen. Isolda lloró a raudales. El crédulo Marc preguntó:

—Decidme, bella, ¿qué os aqueja, por qué lloráis así?

—Tengo buenas razones para llorar —contestó Isolda—. No tengo más alternativa que quejarme. Soy una mujer en un país extranjero, y no poseo más que mi vida y mi inteligencia. Ambas cosas las he entregado tan completamente a vos y a vuestro amor que mis pensamientos no pueden valorar ni amar nada que no seáis vos. Nada me es más querido que vos, y yo bien sé que no me amáis tanto como decís y dais a entender. El hecho de que pudieseis llegar a decidir marcharos y dejarme aquí en este país desconocido para mí, me permite ver con claridad que os soy del todo indiferente. De ahí que mi corazón y mi ánimo no puedan volver a alcanzar el contento.

—¿Por qué, hermosa? —preguntó él entonces—. Tenéis a vuestra disposición el reino y el pueblo, que os pertenecen a vos tanto como a mí. Sois soberana sobre ellos y han de obedeceros a vos. Lo que vos ordenéis, será hecho. Mientras yo esté fuera, os protegerá alguien que puede hacerlo bien: mi sobrino, el cortés Tristán. Él es inteligente y cauteloso y se preocupa por todos los medios imaginables de producir y acrecentar vuestra dicha y vuestro honor. No confío en que él haga otra cosa, pues tengo buenas razones para pensar así. Él os tiene el mismo afecto que me tiene a mí, y lo hará por servirnos tanto a vos como a mí.

—¿Don Tristán? —interpuso la bella Isolda—. Ciertamente, me gustaría más estar muerta y enterrada antes que quedar bajo su tutela con mi beneplácito. Este hipócrita no cesa de arrimarse a mí con engaños y de adularme, diciéndome cuánto me aprecia. Pero Dios conoce su verdadera disposición y sabe cuán poco sincero es. Yo misma lo sé exactamente. Puesto que dio muerte a mi tío y tiene miedo de mi odio, por causa de este temor se hace siempre el simpático conmigo, adulándome con hipocresía y lleno de falsedad, creyendo poder ganar mi afecto por tales medios. Pero

todo eso no tiene ningún efecto, su adulación de poco le sirve. Y bien sabe Dios que si vos no existierais, pues es por vos antes que por mi propia fama por lo que le demuestro cierta consideración, nunca le miraría con ojos amistosos. Y ya que no puedo impedir escucharle y verle, por lo menos habrá de ser de manera que mi corazón y mi inclinación permanezcan ausentes. No puedo negar haberle concedido a menudo mi atención con ojos poco partícipes y una boca dada a la mentira, única y exclusivamente por sustraerme a tal reproche. Se dice de las damas que odian a los amigos de sus esposos. De ahí que con frecuencia ocupara el tiempo con miradas engañosas y conversaciones triviales, que él habría podido jurar participaban de mi corazón. Señor, no os guiéis por ello. Vuestro sobrino, el señor Tristán, no debe protegerme ni un solo día. Si puedo pediros algo, os ruego que ordenéis que seáis vos mismo quien me dé protección durante el camino. Allá donde vayáis quiero ir yo también, a menos que seáis vos mismo quien me lo prohibáis o me lo impida la muerte.

De esta forma engañó la inteligente Isolda a su señor y esposo, despejando astutamente con sus fingimientos su sospecha y su ira. Él habría jurado que ella hablaba en serio. El oscilante Marc había recobrado el equilibrio. Su compañera le había robado la duda y la sospecha. Todo estaba en orden, lo que ella decía y hacía. Enseguida el rey informó detenidamente al senescal, contándole lo mejor que supo lo que ella le había dicho y respondido, y diciéndole que no había en ella falsedad alguna. El senescal lamentó esto, que le dolía en el corazón. Sin embargo, volvió a aconsejar al monarca, indicándole que pusiera a prueba otra vez a Isolda.

Cuando de nuevo estaba Marc otra noche acostado hablando con ella en la cama, volvió a tenderle con preguntas sus lazos y sus trampas, atrayéndola una vez más al interior de estas.

—Ved —le dijo—, real señora, me temo que vamos a entrar en dificultades. Dejadme analizar la cuestión y ver cómo una dama puede proteger el reino. Señora, he de partir y vos debéis permanecer aquí con las personas de confianza que tengo. Tanto mis parientes como también mis vasallos, que me quieren bien, os darán riquezas y honra en la medida en que vos lo deseéis. Y a todo el que no os resulte grato y no guste a vuestros ojos, mandadle lejos de aquí. No habéis de sentiros en la obligación de ver

o escuchar a personas o cosas que puedan disgustaros. Tampoco yo valoraré, ya sea con el corazón, ya con la razón, a quienes vos no queráis. Esto puedo asegurároslo. Estad alegre y contenta, y vivid como queráis. Para ello tenéis mi aprobación. Y ya que mi sobrino Tristán no resulta grato a vuestro corazón, le separaré en poco tiempo de la corte y de sus servidores, en cuanto se presente una ocasión. Se marchará a Parmenia y atenderá sus propios asuntos. Esto es necesario tanto para él como para el reino.

—Gracias, señor —le respondió Isolda—, habláis con honestidad y sentido común. Puesto que me habéis dado a entender que estáis dispuesto a rechazar de buen grado lo que me cause pesadumbre, me parece correcto que también yo ceda en todo lo que os agrada y causa alegría del modo mejor que pueda, propiciando y apoyando de la mañana a la noche cuanto resulte beneficioso para vuestra honra. Ved ahora, señor, lo que deberíais hacer. Ni ahora ni en el futuro propondré o tendré la intención de alejar a vuestro sobrino alguna vez de la corte, pues ello disminuiría vuestra fama. Haría que se dijera al punto en la corte y en el reino que yo os lo habría aconsejado a causa de mi odio y como castigo por haber matado él a mi tío. Así se daría origen a muchas murmuraciones que me humillarían y perjudicarían vuestra honra. Nunca consentiré que por mi culpa lleguéis a expulsar de aquí a vuestro amigo, o que tengáis que apesadumbrar u odiar a alguien por instigación mía. Tened en cuenta además lo siguiente: si vos os marcháis, ¿quién protegerá vuestros dos reinos? En manos de una mujer no están ni bien guardados ni seguros. Quien ha de preocuparse por dos reinos con justicia y con honor, precisa inteligencia y valor. En ambos reinos, sin embargo, no hay, a excepción del señor Tristán, nadie que, si le dierais la oportunidad, pudiera actuar en beneficio del reino. Aparte de él, no existe nadie bajo cuyas órdenes se hagan o dejen de hacerse las cosas. Entonces la ausencia del señor Tristán se me achacaría a mí con maliciosos reproches. Entonces dirán invariablemente: «Si Tristán hubiera estado aquí, no nos habría ido tan mal como nos ha ido». Y todos me echarán con grito unánime a mí las culpas, por haberle robado el favor que gozaba con vos para perjuicio de vos y de ellos. Es mejor que no lo hagáis, señor. Pensad todo con más detenimiento. Considerad esto y aquello. O bien me permitís viajar

con vos, o dejáis que él proteja el reino. Independientemente de mi actitud frente a él, preferiría tenerle aquí antes que ser testigo de que alguien nos decepcione y nos cause perjuicio.

El rey se dio cuenta enseguida de que las consideraciones de ella giraban en torno a la fama de Tristán, y se entregó de nuevo a la duda y la sospecha que le habían asediado antes. Ello hizo que se hundiera profundamente en el pasado, precipitándose otra vez en una ira amarga. Isolda informó a Branguena con todo detalle de la conversación, repitiendo esto y lo otro a fin de no olvidar ni una sola palabra. A Branguena le dolió mucho que hubiese hablado así y que la conversación hubiera discurrido por esos derroteros. Le volvió a aconsejar lo que debía decir. Cuando al anochecer la reina fue a acostarse con su esposo, le cogió en sus brazos. Empezó a abrazarle y a besarle, apretándolo estrechamente contra sus pechos tiernos y deliciosos, e inició una vez más su conversación capciosa con preguntas y respuestas.

—Señor —dijo—, tened la bondad de decirme: ¿habéis planeado verdaderamente en serio todo lo que dijisteis respecto al señor Tristán, el enviarle de regreso a su casa por mi causa? Si pudiese estar segura de ello, os habría de estar agradecida ahora y por toda la eternidad. Señor, ciertamente confío en vos, tal y como puedo y debo hacerlo. Pero a la vez abrigo el temor de que no queráis sino ponerme a prueba. Y si pudiera estar segura de que, como me habéis expuesto, queréis alejar de aquí todo lo que me disguste a mí, entonces eso me permitiría darme cuenta de que me amáis. Si no me hubiese repugnado hacerlo, os habría presentado ya hace mucho mi petición de buen grado. Pues demasiado bien soy consciente de lo que podría aún ocurrirme si sigo teniendo trato con él durante mucho más tiempo. Tenedlo en cuenta, señor, pero no a causa de mi rechazo hacia él. Si ha de proteger estos reinos mientras estáis ausente, y algo os sucediera a vos, como fácilmente puede ocurrir en cualquier viaje, entonces me robará la honra y el país. Ahora, pues, os he dado a conocer el perjuicio que él me puede ocasionar. Pensad en ello con benevolencia y como lo haría un amigo. Si me liberarais, cometeríais una buena acción. Enviadle de vuelta a casa, o haced que viaje con vos, y que me proteja entretanto el senescal Maryodo. Mas si os sentís inclinado a dejarme viajar con vos, cualquiera

que lo desee podría, en lo que a mí respecta, proteger y administrar las tierras, con tal de que pudiera irme con vos. Haced con todo esto lo que a vos os parezca correcto, tanto en relación con los feudos como conmigo. Esta es mi intención y no es otro mi convencimiento. No en vano solo pienso en satisfacer vuestra voluntad. Ello hace que parezca que me resulten indiferentes el país y el pueblo.

De tal suerte halagó a su señor, hasta provocar de nuevo que él desechara una vez más sus sospechas en lo que se refiere a los sentimientos y al amor de ella, y la creyera inocente por completo de cualquier fechoría. El senescal Maryodo le pareció ahora un mentiroso, si bien este le había relatado la verdadera situación y toda la verdad acerca de ella.

Cuando el senescal reconoció que las cosas no se desarrollaban conforme a sus deseos, lo intentó por otras vías. Había en la corte un enano, llamado, según le decían, el pequeño Melot de Aquitania[45]. Este, según cuentan, era un experto en leer cosas por la noche en las estrellas. Pero me limitaré a contar sobre él únicamente lo que he leído en las fuentes. Mas en la historia auténtica no encuentro nada acerca de él, aparte del hecho de que era astuto, ingenioso y elocuente. Era un hombre que gozaba de la confianza del rey y tenía también acceso a los aposentos de las mujeres. Con él acordó este que, si iba a donde estaban las damas, prestara atención a Tristán y a la reina. Si pudiera facilitarle pruebas auténticas de que existía amor entre ellos, entonces Marc le recompensaría y honraría para siempre.

De la mañana a la noche empeñaba en ello todas sus mañas y dotes de espía. No dejaba de tender sus trampas mediante sus palabras y su conducta, y no hubo de pasar mucho tiempo antes de que hubiera averiguado el amor que unía a los dos amantes. Ellos se comportaban con tanta ternura el uno en relación con el otro que Melot descubrió pronto las pruebas de su amor, informando rápidamente a Marc de que era verdad que se amaban. Así siguieron los tres, Melot, Marc y Maryodo, con estas actividades, hasta que cayeron todos en que sería fácil ver la verdad reflejada en ambos si se alejaba a Tristán de la corte. Tan pronto como se planteó esto, fue llevado a la práctica. El rey rogó a su sobrino de inmediato que, por respetar su propia reputación, se abstuviera en lo sucesivo de ir a los aposentos de las mujeres o de permanecer en lugares en los que

estuviera alguna de las damas. Le dijo también que corría por la corte el rumor, ante el que tendrían que protegerse, de que la reina y él podrían sufrir dolor y humillación. Inmediatamente se cumplió lo que él ordenaba y pedía. Tristán evitó todos aquellos lugares en los que las damas solían estar en privado. No volvió a entrar en los aposentos de las mujeres o en el palacio. El séquito le contempló a él y su extrañamiento con sorpresa. Para mortificación suya, decían cosas muy desagradables que eran todo menos amistosas. Sus oídos empezaron a escuchar con frecuencia cada vez mayor muestras de denostación.

Isolda y él estaban pasando por momentos difíciles. Su ocupación principal eran la tristeza y la queja. Sentían dos clases de dolor: dolor debido a la desconfianza de Marc, y dolor de no poder hallar una oportunidad para hablar a solas entre sí. A cada uno de los dos le abandonaban de hora en hora toda su fuerza y confianza. El color de sus rostros y piel palidecía. El hombre se ponía pálido a causa de la mujer, la mujer se ponía pálida a causa del hombre, Tristán a causa de Isolda, Isolda a causa de Tristán. A los dos les atormentaba. A mí no me extraña que su tormento fuera compartido y su dolor el mismo. Al fin y al cabo, ambos no tenían más que un solo corazón y un solo sentir. La dicha y la tristeza de los dos, la muerte y la vida de ambos, todo ello estaba tan estrechamente entretejido que lo que el uno padecía el otro lo sentía. Lo que alegraba a uno, el otro lo percibía. Los dos eran completamente una sola persona para lo malo y para lo bueno. Su tormento común era tan claramente visible en sus rostros que se podían descubrir indicios seguros de su amor en su aspecto exterior. Marc se percató en el acto, pues a los dos se les notaba, de que la separación y la distancia los atormentaba mucho. Si hubiesen sabido dónde o cómo hacerlo sin duda les habría gustado volver a encontrarse. Él ideó una estratagema e hizo que los cazadores se prepararan con sus perros para ir al bosque inmediatamente. Mediante un emisario hizo que se les comunicara, haciendo difundir la misma noticia en la corte, que iba a dedicar veinte días a la caza. Quien entendiera algo del arte de cazar y quisiera entretenerse de ese modo, debería estar preparado. Se despidió de la reina y le dijo que permaneciera en casa contenta y animada según sus propios deseos. En secreto le ordenó entonces al enano Melot que espiara

con mentiras y con trampas a Tristán e Isolda en todos sus secretos. Él le estaría por ello eternamente agradecido. Entonces cabalgó hacia el bosque con gran estruendo. Su compañero de caza, Tristán, se quedó en casa, habiendo dicho a su tío que estaba enfermo. Y es que el cazador enfermo deseaba dirigirse a su dehesa. Isolda y él estaban aferrados a su propia tristeza, y buscaban con temeroso afán una ocasión que les permitiera, no sabían muy bien cómo, encontrarse otra vez.

Pero no se les ocurría nada. Entre tanto, Branguena vino a ver a Tristán, pues bien sabía que el dolor de corazón le atormentaba mucho. Los dos se quejaron al unísono.

—Ay, noble muchacha —suspiró él—, dime, ¿cómo voy a poder salir de esta situación desesperada? ¿Qué podemos hacer Isolda y yo para no perecer? No sé lo que hemos de hacer para que podamos conservar nuestras vidas.

—¿Qué puedo aconsejaros? —exclamó la fiel muchacha—. ¡Dios se arrepienta siempre de que alguna vez llegáramos a nacer! Los tres hemos perdido nuestra dicha y nuestra fama. Nunca más volveremos a disfrutar de tanta libertad como antes. ¡Pobre Isolda! ¡Pobre Tristán! ¡Que os llegara a ver y que toda vuestra desgracia se produjera por mi culpa! No se me ocurre ningún consejo ni escapatoria mediante los que pudiera ayudaros. Nada puedo encontrar que os fuera de utilidad. Estoy completamente segura de que os veréis en un grave apuro si tenéis que permanecer mucho tiempo más bajo vigilancia y coerción. Puesto que de momento no se ofrecen mejores alternativas, seguid mi consejo, quiero decir ahora y mientras sigáis separado de nosotras. Cuando veáis que se presenta una ocasión, tomad una rama de olivo, cortad la misma en astillas alargadas, y limitaos a grabar en ellas por un lado una T y por el otro una I, a fin de que no sean sino las iniciales de vuestros nombres las que aparezcan en ellas. No añadáis nada más, ni omitáis tampoco nada. Dirigíos entonces al jardín. Conocéis el pequeño arroyo que fluye allí del manantial hasta los aposentos de las mujeres. Echad una astilla al agua y dejad que la corriente la lleve hasta la puerta de nuestro aposento. Ante ella permanecemos siempre yo y la afligida Isolda para llorar nuestro dolor de corazón. Cuando veamos allí la astilla, sabremos enseguida que estáis junto al manantial. Aguardad a la

sombra del olivo y prestad atención. Cuando sea posible y lo deseéis, la enferma de amor vendrá a veros siempre, y yo con ella. Señor, el poco tiempo que me queda por vivir lo quiero consagrar a ambos, a fin de vivir para vos y ayudaros a vivir. Si tuviera que sacrificar, por una hora de dicha de los dos, mil horas mías, sacrificaría toda mi vida para aliviar vuestros sufrimientos.

—¡Gracias, bella! —le contestó Tristán—. No ha habido jamás más lealtad y honorabilidad unidas en un mismo corazón. Si alguna vez fuera a sonreírme la suerte, de buen grado la utilizaría en beneficio de vuestra felicidad y de vuestra honra. Por mal que se vean en este momento mis cosas, por atascada que se encuentre mi rueda de la fortuna, estaría bien dispuesto a acortar mi tiempo de vida si supiera cómo emplear mis días y mis horas para daros alegría. En ello podéis confiar y creer —entre sollozos prosiguió—: ¡Muchacha leal y bondadosa!

Entonces la apretó hacia sí con sus brazos, abrazándola estrechamente. Besó sus ojos y mejillas una vez y otra con gran dolor en el corazón.

—Bella —le dijo—, mostraos ahora bondadosa y actuad como alguien que es merecedor de confianza. Dejadme que me encomiende a vos con la que sufre enferma de amor, la encantadora Isolda. Pensad siempre en nosotros dos, en ella y en mí.

—Esto lo hago con gusto, señor. Dejadme ahora marchar. Debo partir. Haced lo que os he recomendado y no os preocupéis demasiado.

—¡Que Dios proteja vuestra fama y vuestro hermoso cuerpo!

Branguena se inclinó llorando y se fue de ahí con gran tristeza. El apesadumbrado Tristán cortaba y arrojaba al agua astillas, tal y como su consejera Branguena le había recomendado ante su situación. Así fue que él e Isolda, su señora, se encontraron junto al manantial a la sombra del árbol, confiados y aprovechando una buena ocasión, por lo menos ocho veces en el plazo de ocho días, y ello sin que nadie se diera cuenta ni hubiera ojo que lo viera. Pero una noche ocurrió, cuando Tristán volvía a dirigirse ahí, que Melot, el enano maldito e instrumento del demonio, no sé cómo notó, desafortunadamente, su presencia y se arrastró tras él. Le vio ir hacia el árbol y aguardar allí breve rato, hasta que una dama llegó a donde él estaba

y él la abrazó estrechamente. No logró, sin embargo, averiguar la identidad de la dama.

Al día siguiente, Melot volvió a ponerse en movimiento poco antes del mediodía. Había inflado su pecho con falsos lamentos y una traición maliciosa y se presentó ante Tristán.

—En verdad —le dijo—, he venido, señor, lleno de miedo hasta aquí, pues estáis tan rodeado de guardianes y acechadores, que solo con muchos apuros he logrado llegar aquí con sigilo, y únicamente porque me causa una honda pena la leal Isolda, la reina portentosa, que para mi dolor está sumida en graves preocupaciones por vuestra causa. Ella me ha pedido que venga a veros, al no poder encontrar a nadie que le pareciera apropiado para ello. Me rogó y me encargó que os saludara de parte de ella. Me dijo que lo hiciera de corazón y os pidiera con insistencia que fuerais a hablar con ella, a un lugar que desconozco pero que vos sabéis cuál es, el mismo en el que os reunisteis con ella recientemente. Me encargó que fuerais exactamente a la misma hora en que soléis hacerlo. No sé de qué os quiera ella prevenir. Y creedme, el dolor de ella y el infortunio vuestro es lo único que me preocupa en todo esto. Bien, Tristán, mi señor, debo irme, permitidme que me marche. Le haré saber a ella lo que vos me digáis. No me atrevo a permanecer aquí por más tiempo. Si la corte se enterara de mi presencia aquí, podría perjudicarme. No en vano todos sostienen y creen que cuanto sucedió entre los dos fue debido a mis intervenciones. Mas yo quiero jurar solemnemente ante Dios y ante vos que ello ocurrió sin ningún apoyo de mi parte.

—¿Estáis soñando, amigo mío? —preguntó Tristán—, ¿qué cosas me estáis contando? ¿Qué es lo que cree la corte? ¿Qué hemos hecho mi señora y yo? ¡Fuera de aquí! Alejaos rápidamente con el odio de Dios. Y dejadme que os asegure con claridad meridiana: sea lo que sea lo que piensen o afirmen, si yo no me contuviera por consideración a mi propia honra, entonces no volveríais a tener oportunidad de relatarle a la corte lo que aquí ha ocupado vuestros sueños.

Melot se marchó y cabalgó inmediatamente hacia el bosque, donde buscó a Marc. Le informó que había llegado al fondo del asunto, refiriéndole detalladamente lo que había ocurrido junto al manantial.

—Vos mismo podéis convenceros —dijo Melot—. Si queréis, señor, cabalgad allá conmigo esta noche. De nada estoy tan completamente seguro como de que irán a parar allí esta misma noche, sea como sea el modo que tienen de arreglárselas. Entonces vos mismo podréis comprobar las cosas que hacen cuando están a solas.

El rey se dirigió allí a caballo con Melot, para estar al acecho de la tristeza de su corazón. Cuando penetraron de noche en el jardín, dispuestos a ejecutar su plan, ni el rey ni el enano encontraron un lugar o escondrijo que les pareciera adecuado para lo que tenían en mente. Sin embargo, había un olivo de tamaño considerable que se erguía cerca del manantial, de ramas suficientemente bajas y no obstante de una buena anchura. Los dos se encaramaron al mismo con alguna dificultad. Una vez arriba, guardaron silencio.

Cuando se hubo hecho de noche, Tristán se deslizó sigilosamente hasta allí una vez más. Al entrar en el jardín, llevaba consigo sus mensajeros, que depositó en el agua, dejando que se fueran a la deriva. Eran ellos los que comunicaban siempre a Isolda, la enferma de amor, que su amante estaba allí. Tristán se inclinó sobre el manantial en el lugar en que la sombra del olivo se recortaba en la hierba. Así permaneció en actitud pensativa, meditando en su corazón acerca de su secreto infortunio. De este modo sucedió que pudo divisar las sombras de Marc y de Melot, dado que la luna era clara y lucía a través del árbol. Cuando hubo reconocido las sombras de los dos con total nitidez, le asaltó un gran temor, pues vio inmediatamente cuál era la trampa y la emboscada a la que había ido a parar. Pensó calladamente para sí: «¡Dios y Señor mío, protégenos a Isolda y a mí! Si ella no se da cuenta de esta trampa a tiempo por la sombra, vendrá hasta aquí. Si esto se produce, entonces caeremos en la pena y el dolor. Dios y Señor, concédenos Tu bondad y haz que gocemos de Tu protección. Cuida de Isolda en su camino acá, guía cada uno de sus pasos. Busca el modo de prevenir a la intachable de esta emboscada y de este engaño que aquí se nos ha preparado, antes de que ella diga o haga algo que pudiera ser utilizado en su contra. ¡Sí, Señor, apiádate de ella y de mí! ¡Que nuestra honra y nuestras vidas sean encomendadas a Ti esta noche!».

Su señora, la reina, y la compañera de los dos, la distinguida Branguena, fueron juntas al jardín de sus tristezas para aguardar el mensaje de Tristán. Allí, cuando podían atreverse a ello a pesar de ser espiadas, se confesaban sus penas mutuamente. Fueron caminando arriba y abajo, bajo sollozos y lamentos, hablando de su amor añorante. En ese instante Branguena divisó en la corriente el mensaje que traían las astillas. Llamó con una seña a su señora. Isolda las cogió y las miró. Leyó Isolda, leyó Tristán. En el acto tomó su capa, se la echó por encima de la cabeza y se deslizó entre las flores y hierbas hasta el árbol y el manantial. Cuando se hubo acercado hasta el punto de que podían verse el uno al otro, Tristán permaneció completamente inmóvil, algo que nunca había hecho hasta entonces. Antes ella nunca se había aproximado hacia él sin que él no hubiese ido a su encuentro. Isolda se maravilló mucho, preguntándose lo que esto podría significar. Su corazón se llenó de tristeza. Bajó la cabeza y caminó temerosa en dirección a él. Dar estos pasos para vencer el miedo le costaba un gran esfuerzo. Cuando se iba acercando así de lentamente al árbol, percibió las sombras de tres hombres, cuando sabía a ciencia cierta que él estaba solo allí. Entonces se percató de inmediato de la emboscada y la trampa que les estaban tendiendo, comprendiendo también la conducta que Tristán observaba en relación con ella[46]. Ella pensó: «¡Ay, qué intento criminal! ¿En qué acabará? ¿Qué ha motivado esta emboscada? Sin duda está presente mi esposo, escóndase donde se esconda. Me temo que alguien nos ha delatado. ¡Protégenos, Dios nuestro Señor! Ayúdanos a salir de aquí con nuestro honor intacto. Señor, ¡mantennos a salvo a él y a mí!». Y entonces pensó: «¿Sabrá Tristán de este infortunio, o no?». Pero entonces le pareció en el acto que él debía de haber reconocido la trampa, tal y como revelaba su conducta.

Ella se quedó parada a cierta distancia y dijo:

—Señor Tristán, lamento mucho que os sintáis tan seguro de mi debilidad, creyéndome capaz de mantener una conversación con vos a estas horas. Sería más propio que mantuvierais vuestra reputación ante vuestro tío y ante mí, como debería ser adecuado a vuestra lealtad y con tanto secreto. Decidme, ¿qué es lo que queréis? Yo estoy aquí aterrada, pero Branguena no cejaba en su empeño, rogándome y aconsejándome, después

de visitaros hoy, que fuera a encontrarme con vos y escuchara vuestra queja. El que haya seguido su consejo me hace cometer una gran injusticia. Ella está sentada aquí cerca. Por segura que ahora pueda encontrarme, ciertamente preferiría —pues temo la perversidad de las malas personas— dar un dedo de esta mano antes que hacer que alguien se enterara de que estoy aquí con vos. Son muchos los rumores que se han difundido sobre vos y yo. Todos se quedarían muy convencidos de que estamos profundamente implicados en una relación amorosa clandestina. La corte entera está llena de esa misma sospecha. Pero el propio Dios sabe con exactitud lo que yo siento por vos. Y dejadme que añada otra cosa: Dios es mi testigo, y Él hará que no se me perdonen mis pecados, si aquí no expreso fidedignamente cuál es mi actitud respecto a vos y qué es lo que me hacéis sentir. Doy fe ante Dios de que jamás me sentí atraída hacia ningún hombre y que tanto hoy como en el futuro he excluido de mi corazón a todos los hombres a excepción de aquel al cual regalé la primera rosa de mi doncellez. Si Marc, mi señor, abriga sospechas tan graves contra mí en relación con vos, comete —Dios lo sabe— una injusticia, toda vez que sabe exactamente lo que siento por vos. Dios sabe que los que han lanzado estas habladurías sobre mí son de lo más imprudente. No conocen mis sentimientos ni por asomo. Cien mil veces os he tratado amistosamente por amor a aquel a quien debo amar, y no por falta de fidelidad. Dios lo sabe con exactitud. Trátese de caballeros o de servidores, me parece correcto, y acrecienta también mi honor, el dispensar honores a todo el que está emparentado con mi esposo Marc o goza de su favor. Ahora quieren volver todo esto en contra mía. Y a pesar de ello no deseo odiaros, pues todos ellos mienten. Lo que queráis decirme, señor, decídmelo rápido, pues quiero alejarme de aquí. No puedo seguir aquí por más tiempo.

—Graciosa señora —respondió Tristán—, no pongo en duda que, si encontrarais apoyo, hablaríais y actuaríais como os mandan la distinción y el honor. Mas los mentirosos os lo impiden, aquellos que han hecho recaer la sospecha sobre vos tanto como sobre mí, robándonos sin motivo el favor de nuestro señor sin que tengamos en ello, como el propio Dios debe reconocer, ninguna culpa. Considerad, reina espléndida y portentosa, y sopesadlo en vuestro corazón, que soy completamente inocente en relación

con vos y con él. Aconsejad a mi señor, apelando a su refinada educación cortesana, que esconda el odio y la ira que me tiene sin ningún motivo apenas hasta la semana entrante. Hasta entonces os ruego a él y a vos que os comportéis conmigo como si no estuvierais en mi contra. En ese tiempo quiero prepararme para dejar este país, pues de lo contrario perderemos nuestra reputación el rey, mi señor, vos y yo. Si seguís comportándoos en relación conmigo como hasta ahora en el tiempo que falte hasta mi partida, entonces nuestros enemigos opinarán lo siguiente: «Ciertamente, ahí había algo de verdad. Ved cómo el señor Tristán se ha marchado después de caer en desgracia con el rey».

—Señor Tristán —replicó Isolda—, antes preferiría morir que pedirle al rey que haga algo por mí que os afecte. Sabéis bien que hace mucho que no gozo de su favor por vuestra culpa. Si llegara a enterarse de que estoy sola con vos a estas horas de la noche, serían tantas las habladurías que se desencadenarían que nunca más me otorgaría su amistad o su honor. Aunque así haya ocurrido, es verdad que no sé y muchas veces me pregunto cómo sería que Marc, mi señor, fuera a desembocar en esa sospecha, y quién sería el que le influiría. Y sin embargo nunca comprobé, como puede hacerlo cualquier mujer rápidamente, que os comportarais con relación a mí con falsedad, y yo misma nunca he actuado con ligereza o engaño en lo que a vos respecta. No sé qué puede habernos hecho adquirir tan mala fama. Mas las perspectivas son tristes y lamentables para los dos. ¡Ojalá Dios con su poder altere su opinión a tiempo, cambiando y mejorando nuestra situación! Ahora, señor, os ruego que me dejéis. Quiero marcharme. Haced lo mismo vos. Vuestro dolor y vuestra tristeza, Dios lo sabe, me duelen a mí también. Tendría buenos motivos para estar en contra vuestra. Sin embargo, quiero dejar de odiaros. Se me antoja que estáis ahora harto apenado por mi causa sin que os asista culpa alguna. De ahí que quiera perdonaros. Que cuando llegue el día de vuestra partida quiera Dios protegeros, señor. Yo os encomiendo a la reina de los cielos. En cuanto a vuestra petición y vuestro mensaje, si yo supiera que mi apoyo fuera a resultarles útil, entonces prestaría mi ayuda y haría lo que me permitiera confiar en que os fuera a ser provechoso. Mas mucho me temo que él lo llegue a utilizar en contra de mí. Pero sea cual sea el desenlace de todo esto, y por peligroso que ello sea para

mí, quiero recompensaros por no haberos comportado incorrectamente hacia mi señor y hacia mí. Aunque no sé cuál será la fortuna que vaya a tener, intentaré dar expresión a vuestra petición lo mejor que sepa.

—Gracias, señora —dijo Tristán—. Y sea cual sea la respuesta que recibáis, hacédmela saber cuanto antes. Pero si yo percibo algo y me marcho quizás sin haberos siquiera visto otra vez, sea lo que sea lo que me ocurra, yo os bendigo, reina maravillosa, e invoco para ello a todos los ejércitos celestiales. Pues Dios sabe que el mar y la tierra no han contenido jamás a una mujer más intachable. Señora, vuestra alma y vuestro cuerpo, vuestro honor y vuestra vida encomiendo a Dios para toda la eternidad.

Así se separaron. La reina se alejó bajo suspiros y quejas, llena de penas de amor, con tormentos secretos en el cuerpo y en el alma. Tristán, el triste, se fue también muy afligido y sollozando intensamente. El triste Marc, que estaba sentado en el árbol, sintió y se tomó muy a pecho el haber dudado tan gravemente de su sobrino y de su esposa. Maldijo una y mil veces a quienes le habían inducido a ello con el corazón y la boca. De ahí que recriminara enérgicamente al enano Melot, echándole en cara el haberle engañado difamando a su esposa inmaculada. Descendieron del árbol y retornaron a caballo a la caza entre quejas y una gran pesadumbre. Marc y Melot padecían dos clases de aflicción. Melot a causa del engaño del que le culpaba, Marc debido a la desconfianza con la que había preocupado a su sobrino y a su esposa, y más aún a sí mismo, volcando sobre sí todas las malas lenguas de la corte y del país.

Ya a la mañana siguiente mandó decir Marc a todos los cazadores que permanecieran ahí cazando, mientras que él regresó a casa.

—Decidme, real señora —quiso saber de ella—, ¿en qué habéis entretenido en este intervalo vuestro tiempo?

—Señor, mi única ocupación fue una pena innecesaria, mientras que hallé placer en el arpa y la lira.

—¿Una pena innecesaria? —preguntó entonces Marc—. ¿De qué se trata y cómo llegó a producirse?

Isolda sonrió y contestó:

—Fuera lo que fuera lo que sucedió, el caso es que ocurrió, como ocurre siempre igual que hoy. La tristeza y la queja sin motivo es mi modo de ser y

el de todas las mujeres. Así limpiamos nuestros corazones y nuestros ojos. A menudo llegamos a sentir a partir de una nimiedad gran tristeza, que al poco tiempo abandonamos completamente.

De esta forma bromeó. Marc, sin embargo, sopesó todo y se fijó en sus palabras y en su significado. Le preguntó:

—Bien, señora, decidme, ¿hay alguien aquí que sepa o sabéis vos cómo está Tristán? Me han dicho que estaba triste cuando me fui de aquí a caballo no hace mucho.

—Os informaron correctamente, señor —repuso la reina. Esto lo decía en relación con el amor, pues sabía que la tristeza de él provenía del amor.

El rey prosiguió:

—¿Qué es lo que sabéis y quién os lo dijo?

—Yo solo sé lo que deduzco y lo que Branguena me contó hace poco acerca de su enfermedad. Ella le vio ayer durante el día y él me hizo saber que me rogaba os transmitiera sus palabras y su lamento, pidiéndoos por el amor de Dios que no le negarais su honor con tanta determinación y que moderaseis vuestra enemistad hacia él durante una semana más, hasta que tuviera todo preparado. Que luego querría que le permitierais abandonar vuestra corte y el país con honor. Es un ruego que nos dirige a los dos.

Y le repitió toda la petición, tal y como Tristán la había expresado junto al manantial y el propio Marc tuvo ocasión de escuchar en el transcurso de la conversación. El rey volvió a tomar la palabra:

—Real señora, maldito sea quien me indujo alguna vez a tomar este camino. Me arrepiento profundamente de haber llegado a dudar de él. Porque hace muy poco me he enterado de que es inocente. He examinado todo. Reina encantadora, si me amáis, seréis vos quien ponga fin a esta desavenencia. Se cumplirá lo que vos digáis. Cogednos a los dos, a él y a mí, y acallad las diferencias que hay entre nosotros.

La reina respondió:

—No, señor, no quiero cargar con esa responsabilidad, pues si hoy interviniera, mañana volveríais a empezar con vuestra desconfianza igual que antes.

—Estoy seguro de que no, señora, nunca más. Jamás volveré a menoscabar su honor, y en lo que a vos respecta, real señora, no volveré a

sospechar de vos si en el futuro le dispensáis un trato externo amistoso.

Esto se lo juró. Mandaron entonces a buscar a Tristán y la sospecha fue desechada de buen grado y con una convicción pura. Isolda fue entregada a Tristán de una mano a la otra para que la tomara nuevamente bajo su tutela. Volvió a preocuparse de ella en todos los sentidos, protegiéndola y ayudándola. Ella y los aposentos de las mujeres hacían otra vez lo que él ordenaba. Tristán y su señora Isolda vivían de nuevo en amor y alegría. La dicha de los dos era completa. Una vez más les fue regalada una vida maravillosa después de toda su aflicción, aunque aquella fuera a durar poco antes de que volviera a instaurarse el sufrimiento.

No me duelen prendas al afirmar que no ha habido ortiga más quemante y áspera que un vecino malicioso, y que no hay mayor amenaza que la que proviene de una persona falsa que habita en nuestra misma casa. Con falsedad me refiero a lo siguiente: el que finge guardarle amistad al amigo mientras en su corazón le odia, este es un tipo pernicioso, pues lleva siempre la miel en la boca, pero veneno en el aguijón. La envidia venenosa le produce entonces al amigo una desgracia en cada ocasión que vea o escuche algo, y nadie está a salvo ante esto. Pero cuando alguien le prepara y le tiende sus trampas al adversario abiertamente, yo no hablaría de falsedad. Mientras se dé a conocer como adversario, no causa mucho daño. Mas si finge amistad hipócritamente, entonces uno debe andar con cuidado.

Eso es lo que hacían Melot y Maryodo. Otra vez estaban al lado de Tristán con mucha frecuencia, pero llenos de falsedad. Los dos le servían con engaño y traición, ofreciéndole su ayuda y su amistad exteriormente. Tristán, sin embargo, se comportaba siempre con precaución extrema y previno también a Isolda.

—Ved —le dijo—, reina de mi corazón, tenednos presentes a vos y a mí en todo lo que digáis y hagáis. Grandes peligros nos asedian y nos amenazan. Dos serpientes venenosas con forma de paloma están siempre dando vueltas a nuestro alrededor, adulándonos con sus dulces modales. ¡Guardaos de ellos, reina prodigiosa! Porque cuando los que habitan con nosotros tienen aspecto de palomas y portan en el cuerpo la marca de las crías de serpiente, uno ha de santiguarse contra el pedrisco y la muerte

repentina. Encantadora señora, bella Isolda, cuidaos al máximo de la serpiente Melot y del perro Maryodo.

Eso es lo que eran: aquel una serpiente, este un perro. Pues incesantemente estaban tendiendo a los dos enamorados sus trampas, consagrando a ello toda su conducta y cada una de sus acciones, como el perro y la serpiente. De la mañana a la noche ensayaban con reproches y proposiciones su maldad ante Marc, hasta que este comenzó de nuevo a titubear en su amor, sospechando de los amantes, y empezó otra vez a intentar descubrir sus secretos mediante trampas.

Un día fue a hacerse una sangría, tal y como estos le habían aconsejado hipócritamente, junto con Tristán e Isolda. Ellos no sospechaban que a través de ello se les ocasionaría pena alguna y no percibieron ninguna trampa. De modo que el pequeño y confiado grupo permaneció durante el día cómodamente tendido en el aposento y en reposo total. Al anochecer del día siguiente, cuando el séquito se hubo dispersado y Marc se hubo acostado, solo quedaban en la habitación, como había sido acordado, Marc e Isolda, Tristán y Melot, así como Branguena y una doncella del séquito. Las luces habían sido amortiguadas con cortinas debido a su excesivo resplandor. Cuando tocaron temprano para la misa, el suspicaz Marc se vistió en silencio y le dijo a Melot que se levantara para ir con él a los maitines. Cuando Marc hubo abandonado la cama, Melot cogió un saco de harina y cubrió con ella el suelo de tal suerte que, si alguien se acercaba a la cama o la abandonaba, su llegada o su partida pudieran ser reconocibles por las huellas. Entonces los dos se marcharon. Su devoción tenía poco que ver con los rezos. Branguena se dio cuenta inmediatamente de la trampa de la harina. Se deslizó hasta donde estaba Tristán, le previno y regresó para volverse a acostar. Esta asechanza supuso para Tristán una honda humillación. Su corazón deseaba a la mujer y estaba envuelto en pensamientos acerca del modo de llegar hasta ella. En él hallaba confirmación el dicho de que el amor no tiene ojos y la pasión no conoce el temor cuando es verdadera. «¡Ay!», pensó para sí, «Dios y Señor nuestro, ¿qué debo hacer ante esta maldita asechanza? El riesgo es demasiado grande». Se levantó de la cama y miró pensativo a su alrededor, buscando el modo de llegar hasta ella. La luz era ya suficiente como para que pudiese

darse cuenta de la harina. Pero la distancia le parecía demasiado larga para dar un salto. Por otra parte, no se atrevía a cruzarla caminando. Y sin embargo, tenía que decidirse por la alternativa que le parecía la más ventajosa. Así que juntó los pies y tomó un fuerte impulso. A Tristán, que estaba ciego de amor, le resultaron excesivos el salto y el impulso para sus pobres fuerzas. Su salto le llevó hasta la cama, pero perdió la apuesta, pues le estalló la vena, lo cual le ocasionaría más tarde mucha tristeza y dolor. La cama y la ropa de cama se vieron cubiertas de sangre, pues sabido es cómo la sangre se extiende. Por todas partes había manchas. No llevaba allí sino un corto espacio de tiempo, cuando ya los tejidos de púrpura y seda, la cama y la ropa de cama, se vieron ensuciados por todas partes. Saltó entonces de vuelta a su cama y permaneció acostado, sumido en profundos pensamientos hasta que se hizo completamente de día.

Marc no tardó en regresar y contempló el suelo. Analizó su trampa y no encontró nada. Pero cuando se acercó y examinó la cama, vio que había sangre por todas partes. Esto le preocupó.

—¿Qué es esto? —preguntó—, real señora, ¿qué significa esto? ¿Cómo ha llegado aquí toda esta sangre?

—Mi vena se reventó, esta es la razón. Todavía apenas se me ha cortado la hemorragia.

Entonces él se dirigió a Tristán, a fin de averiguar si se trataba de una broma. Exclamó:

—¡Arriba, arriba, señor Tristán! —y quitó de pronto la colcha. Vio que allí había también sangre. Entonces enmudeció y no dijo nada más. Le dejó allí acostado y se apartó de la cama. Sus pensamientos y su ánimo se vieron entristecidos por lo que había visto. Empezó a cavilar como alguien que ha empezado con tristeza un día. Había perseguido con fogosidad lo que era su aflicción más grave. Y, sin embargo, nada sabía de lo que ambos llevaban en secreto y de la verdadera historia, a excepción de lo que pudiera leer en la sangre. Mas esta prueba de poco le servía. Sus dudas y su desconfianza, de las que antes se había desprendido, volvieron a tomar posesión de él. Al haber encontrado sin pisar el suelo delante de la cama, creyó a su sobrino ajeno a toda transgresión. Mas cuando descubrió a la reina y su cama llenas de sangre, su sospecha y su ira volvieron a asaltarle tal y como les ocurre a

todos los que titubean. Ante esta incertidumbre no sabía a qué atenerse. Se encaminaba aquí y allá, sin saber lo que quería o lo que debía pensar. Allí en su cama había descubierto la huella de un amor culpable, pero sin encontrar ninguna en el camino que conducía hasta ella. Con esto, la verdad se le revelaba y ocultaba a la vez. Ambas cosas hacían que se sintiera engañado. Las dos cosas, la verdad y la mentira, las sospechaba sin poseer ninguna de las dos. Él no quería echarles la culpa, pero tampoco podía librarles de ella. Todo esto le suponía a quien tantas dudas abrigaba una aflicción que le desgarraba el corazón[47].

El confundido Marc había llegado ahora a sentirse más oprimido que nunca por sus cavilaciones, deseando obtener certeza y poner fin a sus suposiciones. No sabía cómo despejar la carga de la incertidumbre, ni tampoco cómo apartar a la corte de la sospecha que él mismo, Marc, abrigaba de manera inamovible en contra de su esposa Isolda y de Tristán, su sobrino. Hizo que vinieran los príncipes cuya lealtad le merecía confianza, y les comunicó su desgracia, contándoles el modo en que este rumor había surgido en la corte y cuánto temía por su fama y por su reputación. También declaró (aunque no creía en ello) que, puesto que la acusación contra ellos dos era de dominio público en todo el reino, en modo alguno estaría dispuesto a dispensarle a la reina un trato amoroso o de confianza en tanto que ella no hubiese dado pruebas de su inocencia y de su fidelidad marital en público. A todos les pidió consejo acerca de la manera en que podría despejar las dudas respecto al crimen de ella de un modo adecuado a su dignidad, ya fuera de una forma o de otra. Sus amigos y vasallos le recomendaron en el acto que convocara un concilio en Londres, en Inglaterra, consultándose allí al clero, a los sabios prelados que conocían a la perfección el derecho canónico, todo lo que le inquietaba. Este concilio fue convocado en seguida en Londres para después de la Semana Santa, a finales de mayo. Religiosos y laicos concurrieron a la reunión en gran número aceptando la invitación del rey, tal y como él pedía y ordenaba. También Marc e Isolda se dirigieron juntos allí, oprimidos por el temor y la tristeza. Isolda temía perder la vida y la reputación. Marc, por su parte, estaba triste ante la posibilidad de que su dicha y su fama se vieran disminuidas por intermedio de Isolda, su mujer.

Cuando Marc hubo tomado asiento en el concilio, se quejó ante los nobles de su país de lo afligido que estaba por culpa de ese rumor humillante, rogándoles encarecidamente, por Dios y por su honor, que buscaran la manera de hallar una salida o un consejo, a fin de que él pudiese vengar y castigar con justicia esa falta, dándola por concluida de una manera o de otra. Muchos hombres manifestaron de formas diversas sus opiniones al respecto, unos bien, otros mal, estos de una forma y aquellos de otra. Entonces se puso en pie uno de los príncipes pertenecientes al consejo. Por su edad e inteligencia estaba bien cualificado para emitir un consejo sabio. Su aspecto exterior era el de un hombre distinguido y entrado en años, con cabellos blancos y una gran experiencia. El obispo de Támesis se apoyó sobre su bastón y dijo:

—Rey y señor, escuchadme. Nos habéis convocado aquí a nosotros, príncipes de Inglaterra, porque os somos fieles y para oír nuestro consejo del que tan necesitado estáis. Yo soy uno de esos príncipes, señor, y ocupo mi lugar entre ellos. Por añadidura tengo una edad que me permite bajo mi propia responsabilidad hacer, omitir y decir lo que es mi obligación decir. Que cada uno hable en su propio nombre. Yo, señor, os diré por mi parte lo que pienso y opino. Si mis consideraciones os parecen correctas y son de vuestro gusto, seguidme entonces a mí y mi recomendación. Mi señora y el señor Tristán han sido acusados de graves delitos, y sin embargo no se les ha podido probar aún nada de manera terminante según he oído. ¿Cómo podéis pretender ahora borrar con malicia una sospecha tan alevosa? ¿Cómo podéis someter a juicio a vuestro sobrino y a vuestra esposa, decidiendo sobre su fama y sus vidas, cuando no se les ha sorprendido en ninguna falta, ni parece fácil demostrar que la hayan cometido? Aquí hay alguien que denuncia a Tristán por su delito, pero no lo demuestra como sería de rigor. Del mismo modo hay quien con gran facilidad desata rumores sobre Isolda, mas sin poder tampoco aportar las pruebas. Pero ya que la corte tiene aparentemente sospechas tan fundadas respecto a ella, no debéis estar vinculados a la reina ni en la cama ni en la mesa hasta que llegue el día en el cual ella pueda demostrar su inocencia ante vos y ante el pueblo, que conoce este rumor y lo difunde cada vez más. Porque desgraciadamente el oído está siempre bien abierto para tales habladurías,

ya sean mentira o verdad. Sea cierto o infundado, cada vez que brota un rumor sobre algo en el que se reclama una culpa, nos sentimos inducidos y tentados a la interpretación más favorable. Independientemente del caso que se dé aquí, de que sea mentira o verdad, es un hecho que el rumor y las acusaciones han sido difundidos hasta un grado tal que vos mismo habéis sido perjudicado y la corte lo ha tomado a mal. Ahora lo que os recomiendo es esto, señor, he aquí mi propuesta. Puesto que mi señora, la reina, es acusada de una acción tan vergonzosa, recomiendo que sea llamada ante nosotros, a fin de que podamos todos escuchar vuestra acusación y sus respuestas, tal y como le corresponde a la corte.

—Eso haré, señor —contestó el rey—. La propuesta y el consejo me parecen buenos y apropiados.

Se mandó llamar a Isolda, y ella vino al concilio en el palacio. Cuando se hubo sentado, el obispo de blanca cabellera, el sabio de Támesis, hizo lo que el rey le había ordenado. Se puso en pie y dijo:

—Señora Isolda, reina portentosa, lo que voy a decir no debe afligiros. Mi señor, el rey, me ordena que hable por él. Ahora debo ejecutar su mandato en relación con vos. Pero Dios ha de saber que solo con grandes reticencias saco a la luz del día todo esto que puede atentar contra vuestra dignidad y enturbiar vuestra intachable fama. ¡Ojalá me fuera ahorrada esta tarea! Reina encantadora y buena, vuestro señor y esposo me hace acusaros en relación con un delito del que públicamente se os considera culpable. Ni yo ni tampoco él sabemos cuál es su procedencia, solamente conocemos el hecho de que la opinión pública y la corte os relacionan ilegítimamente con su sobrino Tristán. Si Dios lo quiere, real señora, deberéis ser inocente de este crimen. Sin embargo el rey sospecha de vos, al hablar tanto de ello la corte. Mi señor mismo solo encuentra en vos cosas buenas. Son únicamente los rumores que circulan por la corte los que han hecho recaer su desconfianza sobre vos, pero no existen pruebas. Por este motivo os denuncia, para que sus amigos y vasallos puedan oírlo y percibirlo y pueda él con toda nuestra ayuda destruir el rumor y la mentira. De ahí que me parezca bien que ahora os dejéis interrogar en relación con esa sospecha bajo la presencia de todos nosotros.

La prudente Isolda, la inteligente reina, llegado el momento en que debía hablar, se levantó por sí misma y dijo:

—Señor, señor obispo, barones y señores de la corte, todos debéis saber lo siguiente: si es menester que tome postura para defender a mi esposo y a mí misma de la vergüenza, me encontraréis dispuesta para ello ahora y siempre. Señores todos, no ignoro en absoluto que se me atribuye esta vileza desde hace un año en la corte y en el reino. Pero todos sabéis con exactitud que a nadie se le da la felicidad de que su vida discurra de un modo que agrade a todo el mundo, sin que se le tilde de una cosa o de otra. Por eso no me sorprende el que también yo me vea en apuros a causa de habladurías. Yo no podía librarme, debo ser culpada de un crimen y de un delito tales, pues soy extranjera en esta tierra y carezco de amigos y parientes a los que pudiera llamar. No hay nadie aquí que pueda dolerse de mis sufrimientos. Todos y cada uno de los que estáis aquí, ya seáis pobres o ricos, todos me atribuís tranquilamente una bajeza así. Si yo supiera qué hacer y cuál es la mejor solución, a fin de que demostrara mi inocencia de un modo que contara con el beneplácito de todos y fuera adecuado a la fama de mi señor, entonces lo haría de buen grado. ¿Qué me aconsejáis? Sea cual sea el procedimiento judicial al que se me destine, estoy dispuesta a someterme a él con placer, para que así se despejen vuestras sospechas y pueda en lo sucesivo conservar no solo la reputación de mi esposo, sino también la mía propia.

—Real señora, con esto tengo suficiente —respondió el rey—. Si puedo obtener satisfacción de vos en la manera en que habéis sugerido, comprometeos a realizarlo. Venid aquí de inmediato y confiaos a las ordalías enfrentándoos al hierro candente del modo que aquí os indicaremos[48].

La reina accedió. Se sometió al veredicto, cuya ejecución se fijó en el plazo de seis semanas en la ciudad de Caerleón. El rey, los barones y la totalidad del concilio se separaron entonces. Isolda se quedó a solas con su preocupación y su tristeza. La preocupación y la tristeza la perturbaban mucho y temía por su reputación. La oprimía la congoja oculta de tener que convetir en verdad su mentira. Ante estas dos aflicciones no sabía qué hacer. Encomendó sus dos preocupaciones al Jesucristo misericordioso, que

ayuda en los momentos de apuro. A Él encomendó con fervor mediante la oración y el ayuno todo su temor y su necesidad. Estando en esa situación, Isolda había ideado una argucia confiando en la concepción cortesana de Dios[49]. Escribió y envió una carta a Tristán en la que le decía que viniera, por el medio que fuera necesario, a Caerleón en la mañana en que ella llegaría allí, y que permaneciera en la orilla pendiente de que apareciera ella.

Así sucedió. Tristán llegó allí con el hábito de un peregrino. Había alterado el color de su rostro haciéndolo más abultado, y transformado su aspecto y su indumentaria. Cuando arribaron allí Isolda y Marc y hubieron tocado tierra, la reina le divisó y reconoció enseguida. Al chocar el barco contra el fondo, Isolda ordenó, si es que el peregrino se sentía con fuerza suficiente, que por el amor de Dios le pidieran que la llevara en brazos desde el pontón flotante hasta el puerto. No quería que en esos días fuera ningún caballero quien la llevara. Así que todos le dijeron a voces:

—¡Acercaos, hombre piadoso, y llevad a mi señora a la orilla!

Él hizo lo que se le solicitaba. Tomó a su señora, la reina, en sus brazos y la trasladó a tierra. Isolda se apresuró a susurrarle que, una vez que llegara a la playa, se dejara caer con ella al suelo, sin pararse a pensar en las posibles consecuencias de ello. Él lo hizo. Cuando pisó el suelo de la orilla, el peregrino se desplomó, haciendo que se caía sin querer y organizándolo de tal modo que él quedó en posición ladeada y en brazos de la reina. Esto duró un breve instante. Un gran grupo de gente salió de entre el séquito con barras y con palos, dispuestos a jugarle una mala pasada al peregrino.

—No, estaos quietos —dijo entonces Isolda—, el peregrino no podía hacer otra cosa. Está débil y enfermo, y se vino abajo sin que fuera su culpa.

Esto le deparó gran agradecimiento y honor, y todos la elogiaron calladamente, por no vengarse con castigos de un pobre desgraciado. Isolda dijo sonriente:

—¿No sería verdaderamente inusitado que este peregrino quisiese bromear conmigo justo en estos momentos?

Esto hizo que los presentes veneraran aún más su educación y disposición refinada. Mucho se habló entonces acerca de su dignidad, y

muchos la elogiaron. Marc lo observaba todo, escuchando esto y lo otro. Isolda prosiguió diciendo:

—Ahora sí que no sé lo que va a ocurrir. A ninguno de los que estáis aquí se os oculta que no puedo demostrar que no he tenido a ningún hombre aparte de Marc en mis brazos ni que ninguno ha descansado junto a mí.

Con esto se pusieron en marcha en sus caballos, dirigiéndose entre bromas hacia Caerleón. Allí había muchos barones, religiosos y caballeros, así como mucho pueblo llano. Los obispos y prelados que tenían que decir misa y bendecir al tribunal hubieron concluido pronto sus preparativos. El hierro fue puesto al fuego. La reina Isolda había regalado su plata y su oro, sus alhajas y cuantos caballos y vestidos poseía, a fin de ganar el favor de Dios, induciéndole a cerrar los ojos ante su verdadera culpa y a ayudarla a recomponer su fama. Ella había llegado ya a la catedral y escuchado el oficio solemne con fervor. Como era inteligente y buena, guardaba una piadosa devoción. Pegada al cuerpo llevaba una camisa de tejido áspero, y encima de esta un vestido de lana que era corto y dejaba libre más de un palmo por encima de sus tobillos. Iba remangada hasta los codos. Brazos y pies los llevaba desnudos. Muchos ojos y corazones la contemplaron con tristeza y compasión. No apartaban la vista de su aspecto e indumentaria. Entretanto fue traída la reliquia sobre la que debía jurar. Este era el modo en el que Isolda debía revelar a Dios y al mundo el grado de su culpa en esos pecados. Isolda había confiado su honor y su vida por entero a la misericordia de Dios. Su corazón y su mano los ofreció temerosa, como era propio, a la reliquia y al juramento. La mano y el corazón los encomendaba a la piedad divina para su protección y tutela. Había allí muchos que eran tan maliciosos, que le habrían prescrito de mil amores a la reina su juramento de modo que este redundara en su perjuicio y perdición. La bilis amarga de la envidia, el senescal Maryodo, emprendía esto y lo otro, procurando hacerle daño de cualquier manera. Pero por otra parte había también muchos que la trataban con una educación refinada y le deseaban un buen desenlace. Así fueron discutiendo unos y otros la fórmula del juramento. Estos la querían mal, aquellos bien, tal y como es habitual en estos casos. La reina dijo:

—Rey y señor, mi juramento, digan lo que digan, ha de estar articulado de tal forma que os guste y lo aprobéis vos. Sed vos mismo quien juzgue si con lo que digo y hago formulo mi juramento a vuestra entera satisfacción. Ellos hacen demasiadas proposiciones. Escuchad lo que quiero juraros: que no hubo jamás hombre que conociera mi cuerpo, y que jamás ha habido hombre vivo que haya estado en mis brazos o yacido junto a mí, a excepción de aquel a quien no puedo incluir ni negar, el mismo a quien visteis en mis brazos, ese pobre peregrino. ¡Que Dios nuestro Señor quiera ayudarme junto con todos los santos que han sido, para que estas ordalías se resuelvan para mi dicha y salvación! Si ello no es suficiente, señor, perfeccionaré el juramento del modo en que vos digáis, de una manera o de otra.

—Señora —respondió el rey—, me parece suficiente hasta donde a mí se me alcanza. Coged ahora el hierro con la mano. Y que, a la vista de todo lo que nos habéis dicho, Dios os ayude en este trance.

—¡Amén! —dijo la bella Isolda.

En el nombre de Dios lo agarró y lo sostuvo sin quemarse. Entonces fue patente y quedó demostrado ante el mundo que Jesucristo todopoderoso es flexible como una capa expuesta al viento. Él se acopla y sabe adaptarse si uno acierta en la manera de pedírselo, comportándose con tanta condescendencia y bondad como debe con toda legitimidad. A todos sirve con honestidad y con engaño. Ya sea en serio, ya en broma, siempre lo encontramos como es nuestro deseo[50]. Ello se vio claramente en el caso de la habilidosa reina. Ella se salvó mediante el engaño y el juramento envenenado que formuló ante Dios para que Este le restituyera su honra. Una vez más fue muy amada y venerada por Marc, su señor, amada y venerada, elogiada y respetada por el pueblo y por el reino. Cada vez que el rey se percataba de que su corazón codiciaba algo, él lo hacía coincidir con sus propios deseos. La cubrió de honores y de posesiones. Todo su corazón y pensamiento estaban dirigidos solamente hacia ella, sin ninguna reserva. Sus dudas y sus sospechas habían sido despejadas otra vez.

Después de que Tristán, el compañero de Isolda, la hubiera trasladado hasta la orilla en Caerleón, cumpliendo así su deseo, viajó inmediatamente desde Inglaterra hasta Swales[51], donde vivía el duque Guilán. Este estaba

todavía soltero, era joven y poderoso, libre y con muchas ganas de vivir. Tristán le fue muy bienvenido. Ya antes había oído hablar Guilán de las audaces hazañas de Tristán y de sus éxitos irrepetibles. Estaba extremadamente pendiente de su honra, su dicha y su diversión. Todo cuanto creía que pudiera causarle alegría trataba de obtenerlo para él sin rehuir ningún esfuerzo. Pero el afligido Tristán estaba siempre sumido en sus cavilaciones, dándole vueltas y más vueltas a su destino.

Un día sucedió que, estando Tristán sentado al lado de Guilán, sumido en sus melancólicos pensamientos, emitió un suspiro sin querer. Guilán se percató de ello. Mandó que le trajeran a su perrillo Petitcreiu, que procedía de Avalón y era la dicha de su corazón y la luz de sus ojos. Se hizo lo que él ordenaba. Colocaron delante de él en la mesa un paño de púrpura distinguido y valioso, de rara procedencia extranjera, y que se correspondía con el tamaño de aquella. Encima pusieron a un perrillo. Era, según he oído, encantador, y le había sido enviado al duque desde Avalón, el reino de las hadas, por una diosa que le profesaba amor y simpatía. Estaba configurado con tal arte en cuanto a color y poderes mágicos, que no existía una lengua lo suficientemente elocuente ni un corazón lo suficientemente inteligente como para poder describir y relatar la belleza de su ser. Sus colores se fundían unos con otros de una manera tan extraña y artística que nadie sabía a ciencia cierta de qué color era. Su piel resplandecía en múltiples tonalidades. Cuando se contemplaba su pecho, nadie podía dejar de sostener que era tan blanco como la nieve, mientras que el lomo era más verde que el trébol, un costado más rojo que la escarlata, y el otro más amarillo que el azafrán. La parte inferior era azul como el lapislázuli, y en la superior, los colores estaban mezclados con tanta perfección, que ninguno de ellos resaltaba por encima de los demás. No era verde, ni rojo, ni blanco, ni negro, ni amarillo, ni azul, y sin embargo tenía un poco de todo y un brillo que era verdaderamente púrpura. Si se miraba a esa extraña criatura de Avalón a contrapelo, entonces no había nadie lo bastante listo como para decir cuál era su color. Este era tan variado e indeterminado como no ha habido otro color. De su cuello pendía una cadenita de oro. A ella estaba sujeto un cascabel tan delicioso y claro que, cuando sonó, hizo que el apesadumbrado Tristán ahí sentado dejara de prestar atención a sus

pensamientos tristes y preocupados y se olvidara por entero del dolor que le oprimía a causa de Isolda. La campanilla tenía un sonido tan delicioso que nadie podía escucharla sin que le robara y destruyera su aflicción y todo su dolor.

Tristán vio y escuchó este prodigio sorprendente. Analizó y observó el perro y la campanilla, cada cosa por separado, el perro y su extraña piel, la campana y su sonido delicioso. Las dos cosas le sorprendieron mucho, pareciéndole que el prodigio del perrillo era mucho más sorprendente que el de la dulce resonancia de la campana, que cantaba en sus oídos despojándole de toda tristeza. Le parecía prodigioso que, no obstante mirar con atención, sus ojos pudieran ser confundidos con todos esos colores sin que pudiera reconocer uno solo aisladamente, por mucho que se esforzara con la vista. Alargó la mano con cuidado hacia él y lo acarició. Tristán creyó al tocarlo que se trataba de seda de Palma, tal era su suavidad en todas partes. No gruñía ni ladraba, ni tenía mala disposición alguna, por mucho que se jugara con él. Tampoco comía ni bebía nada, según cuentan de él. Cuando se lo hubieron llevado, las penas y las quejas de Tristán volvieron a cobrar la intensidad de antes, y eran incluso más intensas, en la medida en que toda la sagacidad que poseía se orientó a considerar qué feliz circunstancia o buena idea podría ayudarle a conseguir el perrillo Petitcreiu para dárselo a su señora, la reina, y aliviar así las penas de amor de ella. Pero no veía la manera de lograrlo mediante súplicas o gracias a la astucia. Porque sabía exactamente que Guilán no estaría dispuesto a cambiarlo por nada —a no ser su propia vida— que se le pudiera presentar. Estas consideraciones y su propia tristeza pesaban siempre sobre su espíritu, pero él no dejaba que se le notara.

Según nos cuenta la verdadera historia acerca de las audaces hazañas de Tristán, vivía en aquella época en las proximidades de Swales un gigante que era muy arrogante y vanidoso. Vivía a orillas de un río y se llamaba Urgán el Velludo. Guilán y su país, Swales, eran vasallos de este gigante y tenían que pagarle tributo, a fin de que dejara vivir a la población sin peligro ni sufrimientos. Por aquel tiempo se anunció en la corte que Urgán, el gigante, había llegado para llevarse lo que le correspondía como tributo, vacas, ovejas y cerdos. Estos se los estaba llevando consigo. Entonces le

contó Guilán a su amigo Tristán cómo estaba este impuesto basado en la violencia y la maldad desde sus inicios. Tristán le preguntó:

—Decidme, señor, si puedo libraros de ello y conseguir en poco tiempo que dejéis para el resto de vuestra vida de veros atado por este tributo, ¿me recompensaréis entonces?

—Ciertamente, señor —le respondió Guilán—, os daré con gusto lo que posea.

—Señor —siguió diciendo Tristán—, si me prometéis eso, y aunque aún no sepa cómo voy a lograrlo, voy en verdad a ayudaros, a fin de que en breve plazo os libréis de Urgán para siempre, o perderé la vida en el empeño.

—No tengáis ninguna duda, señor, os daré aquello que me pidáis —prometió Guilán—, se hará lo que vos deseéis.

Le dio la mano en señal de promesa. Enseguida mandaron traer el caballo y las armas de Tristán. Entonces él rogó que le mostraran adónde se dirigiría este hijo del diablo con su botín.

Inmediatamente indicaron a Tristán con precisión cuál era el camino de Urgán, que conducía hacia un bosque extremadamente salvaje, colindante con el territorio del gigante, por el que llevaba siempre su botín a través de un puente. Pronto llegó el gigante con su botín. Pero Tristán había llegado antes que él, y no dejaba que el botín siguiera adelante. Cuando el maldito gigante Urgán notó que había un impedimento en el puente, se precipitó hacia delante con una barra de acero muy larga que blandía ante sí. Al ver delante de él al caballero completamente armado, le preguntó en tono despectivo:

—Amigo que estáis ahí sobre el caballo, ¿quién sois? ¿Por qué no me dejáis pasar con lo que es mío? Vive Dios, por haber hecho esto tendréis que pagar con vuestra vida, a menos que os declaréis rendido.

El que estaba sobre el caballo le respondió:

—Amigo mío, me llamo Tristán. Déjame que te revele que tanto tu barra como tú no me dais ni pizca de miedo. Date, por ello, prisa en alejarte de aquí, y ten por seguro que este botín no pasará de aquí mientras yo pueda impedirlo.

El gigante repuso:

—Sí, don Tristán, os preciáis de haber vencido a Moroldo de Irlanda, con quien de manera harto injusta iniciasteis un combate sin ningún motivo, matándolo por soberbia. Mi caso no es el de aquel irlandés de quien os burlasteis, quitándole la hermosa dama, la resplandeciente Isolda, que él reclamaba para sí. No, no, la ribera de este río es mi territorio, y yo soy Urgán el Velludo. ¡Alejaos de inmediato de mi camino!

Y diciendo esto apuntó con las dos manos directamente hacia Tristán, arrojándole el arma con gran fuerza. Había calculado el impulso y la dirección con la intención precisa de acabar con la vida de Tristán. Pero cuando la barra salió disparada hacia él, Tristán se echó a un lado. Sin embargo, no se apartó lo suficiente. La barra le partió el caballo en dos desde la grupa. El horrible gigante emitió un bramido y le gritó a Tristán entre grandes risotadas:

—¡Que ahora os ayude Dios, señor Tristán! No os marchéis cabalgando, tened la consideración de esperarme, a fin de que pueda suplicaros que os dignéis permitirme seguir mi camino junto con mi impuesto feudal.

Tristán dio un salto hasta la hierba, pues su caballo estaba muerto. Giró sobre sí mismo con su lanza y se la clavó a Urgán en un ojo. Con ello le había dado un golpe decisivo al condenado. El salvaje gigante Urgán cabalgó apresuradamente al lugar donde había caído la barra. Cuando extendió la mano para cogerla, Tristán ya había tirado su lanza y llegaba hasta él con la espada. Le dio el golpe que pretendía, pues de un tajo le seccionó la mano, que al ir a coger la barra, cayó al suelo. Entonces le propinó otro golpe en el muslo y se apartó de un salto. El herido Urgán agarró la barra con su mano izquierda y corrió en pos de su enemigo. Persiguió a Tristán por entre los árboles de un lado a otro. Pero el diabólico empezó a temer que con la sangre podría perder rápidamente también su vigor y su audacia. De ahí que abandonara su botín junto con el caballero. Después de haberla encontrado, agarró su mano y, dando la vuelta, regresó apresuradamente a su fortaleza.

Tristán se quedó completamente solo en el bosque con el botín. Tenía mucho miedo, pues Urgán había escapado con vida. Se sentó sobre la hierba, sumido en profundos pensamientos y cavilaciones. Empezó a pensar que, puesto que no tenía ninguna prueba aparte del botín, no le servirían

absolutamente de nada los temores y esfuerzos que había empeñado. Y continuó considerando que entonces Guilán no cumpliría la promesa que había acordado con él. Así que se puso de inmediato en camino y empezó a seguir las huellas que había dejado Urgán, un rastro que el suelo y la hierba manchados de sangre hacían perfectamente visible. Cuando llegó al castillo, buscó a Urgán por todas partes. Pero no lo encontró ahí, ni a ningún otro ser vivo. Y es que el herido, según nos cuenta la historia, había depositado la mano seccionada encima de la mesa de la sala y se había ido corriendo del castillo al valle para cavar en busca de hierbas que pensaba colocar sobre sus heridas y que sabía poseían las propiedades necesarias para su curación. Además había llegado a la conclusión de que, si unía la mano al brazo con el saber y la habilidad que dominaba, haciéndolo a tiempo y antes de que murieran ambas partes, podría salir del apuro salvando, bien es verdad que no el ojo, pero sí la mano. Pero las cosas no llegarían hasta ese punto, pues Tristán entró rápidamente en el castillo y vio la mano allí. Y puesto que no había nadie vigilándola, la cogió y se alejó con ella por el mismo camino que había venido.

Urgán regresó y se dio cuenta de que había perdido la mano. Esto le dolió y encolerizó. Arrojó al suelo sus medicinas y volvió a concentrar su atención en Tristán. Este ya había cruzado el puente y se había percatado con claridad de que corría tras él. Tomó con rapidez la mano del gigante y la escondió bajo el tronco de un árbol. Solo entonces sintió un miedo inmenso ante este hombre espeluznante, pues no había duda de que uno de los dos habría de morir ahora, o él o el gigante. Se encaminó hacia el puente blandiendo su lanza. Se la clavó hasta que esta se quebró. Y apenas hubo hecho esto, el maldito Urgán ya estaba listo con su barra. Le dirigió golpes tan tremendos que, caso de haber recibido su impacto, solamente habría podido sobrevivir si hubiese estado hecho de bronce. Pero el que Urgán sintiera tanta ira hacia él le ayudó a salvarse. Pues el gigante se le había acercado demasiado, y el golpe que le dirigió fue a parar detrás de él. Antes de que el espantoso hombre tuviera ocasión de levantar de nuevo la barra, Tristán hizo una finta y le volvió a dar en un ojo. Esta vez el tajo fue a dar en el otro ojo, de modo que Urgán comenzó a dar auténticos palos de ciego. Se puso a dar golpes sin ton ni son, bastando que Tristán se retrasara un

poco y le fuera haciendo girar con su mano izquierda mientras le iba repartiendo golpes. Así ocurrió que Urgán se acercó demasiado al borde del puente. Tristán corrió hacia él con toda la fuerza y todo el vigor de que era capaz. Aproximándosele velozmente le dio un empujón con las dos manos, tirándole del puente. Dejó así que el gigante se precipitara al abismo y que su cuerpo poderoso se estrellara contra las rocas de abajo.

Acto seguido Tristán, el feliz triunfador, agarró la mano del gigante y se marchó cabalgando, no tardando en encontrarse con Guilán, el duque, que había ido a caballo a su encuentro. Este había lamentado mucho que Tristán hubiese emprendido este combate y que ello hubiera llegado a producirse. Porque no podía figurarse que fuera a sobrevivir del modo en que verdaderamente ocurrió. Cuando le vio acercarse le dijo con gran alegría:

—¡Sed cordialmente bienvenido, querido Tristán! Decidme, portentoso amigo, ¿cómo os ha ido? ¿Os encontráis bien?

Entonces Tristán le dejó ver enseguida la mano muerta del gigante y le contó lo que había sucedido, acerca de su suerte y de su éxito en esa empresa. Guilán se alegró mucho de ello. Regresaron hasta el puente y encontraron, tal y como había predicho Tristán en su informe verídico, al hombre hecho trizas, lo cual fue motivo de gran asombro. Regresaron entonces, llevando consigo el botín, alegremente hasta su casa. Esto se convirtió en materia de conversación en todo Swales. Tristán fue objeto de fama, elogios y honores. Estas tres cosas no se habían dispensado nunca con tanta generosidad a un hombre en razón a su valor.

Cuando Guilán y Tristán, el feliz triunfador, estuvieron de regreso en casa y reanudaron sus historias en relación con la dicha que los embargaba, el Tristán capaz de obrar prodigios no tardó en decirle al duque:

—Señor duque, permitidme que os recuerde la promesa y el juramento que existe entre nosotros y que me habéis garantizado.

Guilán le contestó:

—Señor, eso lo cumpliré de mil amores. Decidme, ¿qué es lo que queréis, qué codiciáis?

—Señor Guilán, me gustaría que me dieseis a Petitcreiu.

Guilán, sin embargo, repuso:

—Tengo algo mejor que proponeros.

—Oigámoslo —dijo Tristán.

—Dejadme a mi perrillo y tomad a mi hermana y con ella la mitad de mis posesiones.

—No, señor duque Guilán, recordad nuestro acuerdo. Pues no tomaría todos los reinos y todos los países si se me ofreciera la alternativa. Si he matado a Urgán el Velludo ha sido solamente por Petitcreiu.

—Ciertamente, señor Tristán, si ello os gusta más que lo que os acabo de proponer, entonces estoy dispuesto a cumplir mi promesa y a daros lo que os apetece. No haré uso de la falsedad ni de la astucia. Por mucho que me duela, se hará lo que vos ordenéis.

Con esto hizo que trajeran el perrillo a donde estaban ellos. Dijo:

—Ved, señor, quiero deciros y juraros que no poseo nada que ame más, a excepción de mi honor y de mi vida, y que no prefiriera entregaros antes que a mi perro Petitcreiu. Pero tomadlo ahora y conservadlo. Que Dios os conceda la alegría de disfrutar de él. En verdad me quitáis con él la dicha más alta de mis ojos y de mi corazón.

Cuando Tristán hubo ganado el perrillo, sin duda habría considerado sin ningún valor a Roma y todos los reinos, y a todos los mares y países en comparación con él. Nunca antes había estado tan contento, a excepción de con Isolda. Otorgó su confianza a un juglar de Gales que era inteligente y hábil, indicándole la manera adecuada de llevarle el perrillo a la reina, la bella Isolda, para darle así placer. Con inteligencia se lo ocultó al galés en su cítara. Entonces escribió cartas, que le envió contándole cómo y dónde lo había ganado para ella. El juglar, tal y como se le había encomendado e instruido, se puso pues en camino, llegando de esta forma a Tintayol al castillo de Marc, sin que hubiese tenido ningún contratiempo en el camino. Habló con Branguena y le hizo entrega de las cartas y del perro. Esta pasó las dos cosas a Isolda. Isolda observó una vez y otra la imagen global y cada detalle del sorprendente prodigio que significaba el pequeño perro. Como soldada y recompensa le dio enseguida al juglar diez marcos en oro. Escribió y envió cartas a Tristán en las que le decía insistentemente que Marc, su señor, estaba bien dispuesto en relación con él y que ya no le guardaba rencor por los acontecimientos del pasado, añadiendo que era imprescindible que volviera, pues ella había reconciliado todo.

Tristán hizo lo que se le decía. Regresó a casa de inmediato. El rey y la corte, el pueblo y el país le tenían en alta estima igual que antaño. Nunca antes le habían sido conferidos tantos honores como ahora, si exceptuamos que Maryodo solamente lo honraba exteriormente, igual que su camarada el pequeño Melot. Lo que le dispensaban en punto a honores los que habían sido antes sus enemigos no tenía nada que ver con el honor. Decidme todos ahora cómo podía ser así la cosa. Donde solo subsiste la apariencia externa, ¿se puede hablar aún de honor, o no? Yo opino que sí y no. El no y el sí están los dos contenidos en ello. No para aquel que lo dispensa, sí para aquel a quien le es dispensado. Ambas cosas están así incluidas, encontramos tanto el sí como el no. ¿Qué otra cosa cabe añadir? Se trata de un honor sin honor.

La reina Isolda le contó a su señor, acerca del perrillo, que se lo había mandado su madre, la inteligente reina de Irlanda. Mandó que le construyeran con valiosos materiales, con oro y joyas, una caseta encantadora como no había una más hermosa, dentro de la que fueron a extender una lujosa manta de seda para que se acostara encima. Así estaba siempre, de día y de noche, a solas o en sociedad, ante los ojos de Isolda. Ella se acostumbró a no perderlo nunca de vista, dondequiera que estuviera o a donde cabalgara. Siempre lo llevaba consigo o hacía que se lo llevaran a donde ella pudiera contemplarlo. Pero ella no lo hacía por su comodidad. Lo hacía, como nos cuenta la historia, por renovar sus penas de amor en nombre del amor que le tenía a Tristán, puesto que él la había amado hasta el punto de enviárselo. A ella el perrillo no le daba descanso, ni su consuelo dependía de él. Porque al poco de recibir el perrillo la fiel reina, y una vez que hubo escuchado por primera vez el cascabel que la hacía olvidar su dolor, pensó de inmediato que, por su causa, su amado Tristán estaría muy afligido y pensó:

—Ay, si yo me alegro, ¿cómo no faltar entonces a la lealtad? ¿Cómo puedo llegar a estar dichosa alguna vez, siquiera sea por una hora o solo un instante, mientras él se siente deprimido a causa mía, después de que por mí trocara su alegría y su vida por tristeza? ¿Cómo puedo yo reír cuando su corazón no es capaz de sentir placer alguna vez, hasta tanto yo no lo comparta? Él no tiene otra vida aparte de mí. ¿He de vivir yo sin él alegre y

contenta, mientras él está apesadumbrado? Que Dios en su bondad me impida sentir alguna vez una alegría en la que él no intervenga.

Con esto arrancó el cascabel, dejando solo la cadena. Así perdió la campanilla toda su fuerza y su sentido. Nunca más volvió a sonar con el tono de antaño. Se afirma que nunca volvió a apagar o disipar, por mucho que se la escuchara, ninguna pena de amor. Esto le era indiferente a Isolda. Ella en modo alguno quería ser feliz. La amante sincera y fiel había entregado su dicha y su vida a la añoranza y a Tristán[52].

Una vez más, Tristán e Isolda habían superado su tristeza y el peligro, y volvían a sentirse a gusto en la corte. La corte los tenía en alta estima. Nunca ambos habían sido tan elogiados. Nuevamente estaban como antes muy próximos a Marc, su señor. Cuando no lograban hallar la ocasión para un encuentro sin peligro, entonces les bastaba el mero hecho de desearlo, lo cual a menudo causa dicha a los enamorados. La esperanza y la confianza de que es posible poner en práctica aquello que el corazón ansía es siempre capaz de conceder al corazón una viva alegría y un vigor floreciente. Este es el amor integral, es lo mejor del amor y el afecto. Cuando no es posible actuar del modo que sería útil para el amor, prescindimos bien dispuestos de ello y aceptamos las buenas intenciones de realizar esa acción. Donde existe una firme voluntad, pero falta una ocasión propicia, es conveniente aliviar la añoranza mediante esa misma voluntad. Los enamorados no deberían jamás desear aquello para lo que no tendrán ocasión, pues de lo contrario solo desean su desgracia. Si uno quiere lo que no puede hacer, está practicando un juego poco ventajoso. Deberíamos desear lo que podemos hacer. Este sí es un juego grato, que no trae consigo el atormentarse el corazón. Cuando los enamorados Tristán e Isolda no podían utilizar una oportunidad propicia, la dejaban pasar de largo siendo conscientes de su voluntad común. Su añoranza iba del uno al otro con encanto y dulzura, con energía incansable. Amor en común, deseo en común, esto les parecía grato y bueno. Los enamorados ocultaban siempre su amor ante Marc y la corte, tanto y con tal temor como se lo permitía su amor ciego, el que los dominaba a los dos.

Ahora bien, con las sospechas de amor y su semilla ocurre lo siguiente: dondequiera que se siembre y eche pequeñas raíces, resulta tan fecunda,

crece y se da tan bien, en tanto encuentre suficiente humedad, que prácticamente nunca llega a perecer, y es muy improbable que lo haga. La incansable sospecha empezó de nuevo a crecer con diligencia junto a Tristán e Isolda, ejerciendo sus malos oficios. Había ahí demasiada humedad a base de gestos enamorados, que permitían ver en ellos siempre la marca del amor. Mucha razón tenía aquel que dijo: Por mucho que se los vigile, siempre tienden el uno al otro, el ojo al corazón, el dedo a la tristeza. Las guías del corazón tienen preferencia por lo que ansía el corazón. También el dedo y la mano se extienden con frecuencia hacia el lugar donde habita el dolor. Así había sido siempre para los enamorados. A pesar de todas sus preocupaciones no podían evitar alimentar la sospecha con sus miradas enamoradas, que se producían a menudo y con demasiada frecuencia. Porque desgraciadamente, como acabo de decir, el ojo, el amigo del corazón, estaba siempre orientado hacia el corazón, haciendo que la mano se extendiera siempre hacia el dolor. Muchas veces ocurría que, estando juntos, sus ojos y sus corazones se entremezclaban tanto a través de las miradas, que a menudo no se podían sustraer a estas con la rapidez suficiente como para que Marc no hubiera hallado en ellas el bálsamo del amor. Gracias a esto se dio cuenta de todo. Siempre los estaba observando. Frecuentemente veía la verdad con disimulo en sus ojos y en ninguna otra cosa aparte de la expresión de sus rostros. Esta era de tanto amor, tan delicada y añorante, que le llegaba al corazón, indignándole y tornándolo tan celoso e iracundo que dudas y sospechas le fueron indiferentes, el dolor y la ira le habían robado el sentido y la moderación. Atacaba su inteligencia el que su amada Isolda amara con entrega a alguien que no fuera él. Porque no había nada que estimara más alto que a Isolda. En esto su opinión permanecía inalterable. Por rabioso que estuviera, su amada esposa le era muy valiosa, más que su propia vida. Pero por mucho que la amara, esta amargura y este dolor brutal despertaban en él una furia tal que se olvidaba de su afecto por completo, para verse dominado por la ira exclusivamente. Ya le importaba poco si se trataba de una mentira o de una cosa cierta.

En la ceguera de su dolor, hizo que los dos vinieran de la corte hasta el palacio en el que se encontraba todo el séquito. Díjole abiertamente a Isolda, de modo que toda la corte pudo verlo y escucharlo:

—Mi señora Isolda de Irlanda, el país y la gente saben perfectamente cuán insistentemente se sospecha de vos en relación con mi sobrino Tristán. Hasta ahora os he sometido a muchas trampas y exámenes, por ver si erais capaz de abandonar esta locura por mí. Yo no soy tan estúpido como para no saber y notaros, tanto en público como en privado, que vuestros ojos y vuestro corazón se inclinan de manera decidida hacia mi sobrino Tristán. En relación con él observáis y dais pruebas de un comportamiento mucho más tierno que conmigo. De vuestra conducta deduzco que le amáis a él más que a mí. Por mucho que os vigile tanto a vos como a él, no me sirve de nada. Todo carece de objeto, por mucho que me empeñe. Os he separado en lo externo tantas veces ya, que estoy sorprendido de que tras tanto tiempo sigáis siendo interiormente y sin ninguna interrupción una misma persona. Con frecuencia he separado vuestras miradas cariñosas, pero no soy capaz de separar de vos el amor. Demasiado tiempo he venido soportando esto. Ahora quiero comunicaros mi determinación. Ya no deseo seguir soportando con vos esta humillación y esta vergüenza, que vos me habéis acarreado y que tanto me duele. Estoy cansado de aguantar este desplante. Pero no por ello voy a vengarme de vos, como me estaría legítimamente permitido, si es que deseara vengarme. Sobrino Tristán, mi señora Isolda, para quitaros a los dos la vida o causaros algún daño os amo demasiado, aunque me cueste reconocerlo. Pero como no ceso de constatar cómo los dos continuáis amándoos contra mi voluntad expresa más de lo que me amáis a mí, habréis de estar los dos juntos tal y como es vuestro deseo. No dejéis de acceder a ello por temor a mí. Puesto que vuestro amor es tan poderoso, de ahora en adelante no quiero ya molestaros ni demandar nada de vos en lo que respecta a vuestros asuntos. Cogeos de la mano y abandonad la corte y el país. Si debo sufrir por vuestra causa, entonces al menos quiero dejar de veros y de oíros. Los tres no podemos seguir conviviendo juntos. Con gusto quiero dejar las cosas como están y marcharme solo, que ya veré cómo separo mi destino del vuestro. Nuestra convivencia es mala. Pongo fin a ella gustoso. Cuando un rey comparte su amor con otros a sabiendas, la humillación resulta gigantesca. ¡Id con Dios los dos! Vivid y amaros de la manera que queráis. Nuestra convivencia ha llegado a su fin.

Todo sucedió tal y como Marc había dicho. Tristán y su señora Isolda se inclinaron con tristeza comedida, con tibio dolor de corazón, ambos ante el rey, su señor, y después ante los miembros de la corte. Los dos fieles compañeros se cogieron rápidamente de la mano y salieron afuera. Le formularon toda clase de buenos deseos a su amiga Branguena y le rogaron que se quedara ahí y permaneciera en la corte hasta que le llegaran noticias de ellos y supiera cómo les iban las cosas. Tristán tomó veinte marcos del oro de Isolda para que él e Isolda tuvieran medios de adquirir lo más necesario y pudieran comer. Aparte de esto, hizo que le trajeran lo que quería llevarse en el viaje: su arpa y su espada, su ballesta de caza y su cuerno. Además escogió de entre sus perros de caza a uno que era hermoso y pequeño y se llamaba Huidán. Él mismo lo llevaría de su mano. Encomendó su séquito a la tutela de Dios y les ordenó que regresaran a casa, al lado de su padre Rual. Conservó consigo solo a Curvenal. A él le dio el arpa. Él mismo tomó la ballesta, el cuerno y el perro ya citado, me refiero a Huidán, no a Petitcreiu. De esta forma se marcharon los tres a caballo de la corte.

La portentosa Branguena se quedó atrás a solas llena de dolor y tristeza. El desconsolador acontecimiento y la despedida dolorosa de sus dos amigos la oprimía con tal tormento, y le llegaba tan hondo en su corazón, que fue un gran prodigio que lograra sobrevivir a toda esta tristeza. Pero también ellos dos se separaron de Branguena con gran dolor. El único motivo por el que se debía quedar un poco más, aguantando al lado de Marc, era a fin de propiciar una nueva reconciliación de ellos dos con él al cabo de un tiempo.

Así que los tres se encaminaron directamente hacia la selva, cruzando el bosque y la campiña hasta alejarse a una distancia de casi dos días de viaje. Ahí conocía Tristán desde hacía mucho una cueva que había encontrado una vez por casualidad. Había estado cazando por esa zona y su camino le llevó hasta ella. Esta gruta había sido abierta en la montaña salvaje en la era pagana anterior al tiempo de Corineo[53], cuando aún imperaban allí los gigantes. Ese era su refugio para cuando deseaban retirarse y entregarse al amor. Dondequiera que encontraban una gruta así, la cerraban con puertas de bronce y la consagraban al amor: la grotte des amants, esto es, la gruta del amor[54]. El nombre encajaba bien con su verdadera naturaleza.

También nos cuenta la historia que la gruta era redonda, amplia, de paredes altas y verticales, blanca como la nieve, uniforme y lisa por todas partes. La bóveda cerraba a la perfección en lo alto. La clave de la bóveda tenía forma de corona y estaba primorosamente ornada con un trabajo de orfebrería y salpicada de piedras preciosas. Y abajo, el suelo era liso, limpio y valioso, labrado en mármol verde, que daba la impresión de ser hierba. En el centro había situada una cama, tallada en cristal con gran esplendor y pureza, que era alta y ancha, bellamente levantada y con letras grabadas a su alrededor, de las cuales se desprendía que estaba consagrada a la diosa del amor. En la parte alta de la gruta se habían abierto pequeñas ventanas para tener luz, que resplandecían aquí y allá. En el lugar donde se entraba y se salía había una puerta de bronce. Al otro lado de la puerta, por el exterior, había tres tilos con frondosa hojarasca, sin que existieran otros más arriba. Alrededor y subiendo por la montaña, había innumerables árboles, que regalaban con su follaje y sus ramas su sombra a la montaña. Un poco más allá se encontraba una llanura de la que brotaba un manantial, una fuente limpia y refrescante que era clara como el sol. También allí había tres tilos, hermosos y festivos, que protegían el manantial de las lluvias y el sol. Flores resplandecientes, hierba verde, que hacían que brillara la llanura, competían entre sí con gran delicia. Cada cosa brillaba en competición con las otras. Igualmente se escuchaba por aquel entonces el bello canto de los pájaros. Sus trinos eran allí maravillosos y más bonitos que en cualquier otro sitio. Ojos y oídos tenían ahí su delicia y su deleite. Había sombra y sol, la brisa y el viento eran suaves y benignos. Alrededor de esa montaña y de esta cueva no había, a un día de viaje a la redonda, más que rocas sin campo, solamente desierto y tierras salvajes. No existían accesos a través de caminos o pasadizos. Sin embargo, las dificultades para llegar hasta ahí no eran insuperables hasta el punto de que Tristán no fuera a dirigirse a ese lugar con su amada. En esas rocas y en esa montaña fijaron su residencia.

Cuando se hubieron establecido allí, mandaron a Curvenal de regreso, con objeto de que contara en la corte y por todas partes si fuera necesario que Tristán y la bella Isolda se habían marchado a Irlanda entre grandes sufrimientos, para así demostrar su inocencia ante el país y sus gentes. Le mandaron también que se estableciera seguidamente en la corte, siguiendo

las instrucciones de Branguena, y que asegurara insistentemente a la fiel muchacha, su amiga común, de su amistad y de su amor. Además había de obtener conocimiento acerca de las intenciones de Marc, comunicándoles en seguida si concebía algún plan malévolo encaminado a atentar contra sus vidas. Le pidieron que tuviera presentes en sus pensamientos a Tristán e Isolda, viniéndoles a visitarles cada veinte días para traerles novedades que alegraran sus ánimos. ¿Qué más puedo contaros al respecto? Él hizo cuanto se le encargó. Entretanto, Tristán e Isolda ocuparon su vivienda en este retiro salvaje.

Muchos se han quedado sorprendidos ante esto y sienten curiosidad y ganas de saber cómo se alimentaban Tristán e Isolda, los dos amantes, en este yermo solitario. Se lo voy a decir y a satisfacer su curiosidad. Se miraban el uno al otro, y de esto vivían. La cosecha de sus ojos era el alimento de los dos. No comían otra cosa más que amor y deseo. Los dos enamorados no se inquietaban lo más mínimo en relación con la comida. Llevaban consigo, oculto bajo sus vestidos, el mejor alimento que cabe encontrar en el mundo. Este lo tenían, sin necesidad de pagar nada, a su disposición, siempre fresco y nuevo. Se trataba de la fidelidad incondicional, el dulce amor balsámico, que confiere tanta dicha al cuerpo y al alma, que nutre el corazón y el espíritu. Este era su mejor manjar. Y en verdad no tuvieron en consideración ningún otro alimento aparte de este, del que el corazón extraía su deseo y los ojos su dicha, haciéndole bien también al cuerpo. Esto les bastaba. El amor, la ocupación que habían heredado, les acompañó en cada uno de sus pasos, estando en todo tiempo con ellos. Les daba cuantos medios son necesarios para llevar una vida magnífica. No les perturbaba tampoco el tener que vivir en un páramo salvaje sin compañía de otros seres humanos. ¿Quién les habría hecho falta y qué iba a hacer alguien con ellos? Formaban un número par: solamente uno y uno. Si además de ellos se hubiera sumado otra persona a la pareja, entonces su número se habría vuelto impar y ellos se habrían visto muy inquietos y entristecidos por el que sobraba. El grupo que formaban les parecía a los dos tan numeroso, que el portentoso rey Arturo nunca llegó a celebrar en cualquiera de sus castillos un gran festejo que les hubiera producido mayor diversión y alegría. No había en todo el mundo dicha

alguna que los dos hubiesen deseado comprar a cambio de un pequeño anillo de cristal en esos días. Todo lo que podamos imaginarnos y considerar una vida magnífica en cualquier lugar del mundo lo tenían ellos allí consigo. No habrían dado un comino por mejorar la vida que llevaban, a no ser para su buen nombre. ¿Qué más necesitaban? Allí tenían una corte, tenían todo lo que es capaz de obrar la felicidad. Su fiel séquito lo componían el verde tilo, la sombra, el sol, el arroyo, el manantial, las flores, la hierba, el follaje y los capullos, que deleitaban la vista. Les servía el canto de los pájaros, el pequeño ruiseñor inmaculado, el tordo, el mirlo y otras aves del bosque. El verderón y la alondra habían establecido una competencia mutua. Los miembros de esta corte servían incesantemente a sus oídos y al resto de sus sentidos. Su festejo era el amor, la dicha más alta de todas. En su deseo de servirles, les ofrecía mil veces cada día los placeres de la mesa del rey Arturo junto con toda su comitiva. ¿Para qué precisaban un alimento mejor para el cuerpo y el espíritu? Ahí estaba el hombre con la mujer, la mujer con el hombre. ¿Qué más necesitaban? Tenían lo que necesitaban, y estaban donde deseaban estar[55].

Muchos hay, sin embargo, que cuentan historias disparatadas, que yo no quiero hacer mías. Dicen que junto a estas ocupaciones debe haber también otra clase de alimento. Yo no sé si esto es cierto. A mí me parece que es suficiente. Mas si hay alguien que haya encontrado un manjar mejor en esta vida, que hable según él lo haya experimentado. También yo viví de esta manera en algún momento de mi vida. En aquel entonces me pareció suficiente.

No debe contrariaros el que yo ahora os explique cuáles eran las razones por las que la cueva en la roca estaba configurada del modo en que lo estaba. Era, como ya he dicho, redonda, amplia, de paredes altas y verticales, blanca como la nieve, uniforme y lisa por todas partes. La redondez interior significa la sencillez del amor. La sencillez encaja bien con el amor, que no debe tener recovecos. Si existen recovecos en el amor, se trata de engaños y traiciones. La amplitud significa la fuerza del amor, pues su fuerza es ilimitada. La altura equivale a la cualidad elevada del ánimo, que se levanta hacia las nubes. Nada le resulta difícil, mientras quiera levantarse y llegar hasta el lugar en el que la imagen de la perfección

se yergue hasta alcanzar la cúspide. No puede ser de otro modo. La perfección está siempre adornada de piedras preciosas y tan engalanada con elogios que nosotros, que no disponemos de un ánimo elevado, y cuya disposición anímica se mantiene baja y roza los suelos sin lograr alzarse, aunque sin quedarse tampoco pegada a ellos, levantamos todos la vista para contemplar en lo alto la obra que ha realizado allí la perfección y que desciende hasta nosotros en homenaje a aquellos que se mecen en las nubes por encima de nosotros y envían su luz hasta nosotros. Es a ellos a quienes miramos extasiados. Esto hace que nos crezcan alas, gracias a las cuales el sentido levanta el vuelo alabando mientras tanto esa perfección. La pared era blanca, lisa y uniforme. Esta es la esencia de la honestidad. Su claridad inmensamente blanca no debe ser empañada por color alguno. La desconfianza no ha de encontrar en ella ni zanjas ni montículos. El suelo de mármol se identifica con la constancia en su firmeza eternamente verde. Este significado es el que mejor se le adapta debido a su color y su esencia. La constancia ha de ser en verdad tan verde como la hierba, tan uniforme y transparente como el cristal. En el centro, la cama del amor cristalino portaba tal nombre con pleno derecho. Aquel que talló el cristal del modo correcto para acogerlos y acomodarlos conocía muy bien la ley de ese amor. Pues el amor debe ser transparente como el cristal, claro y de una pureza absoluta[56].

En la parte interior de la puerta de bronce se habían colocado dos cerrojos. Por dentro había también una cerradura de resorte encajada con gran habilidad en la pared, que Tristán encontró allí. Se accionaba mediante un picaporte, situado en la parte de fuera y que servía para abrir y cerrar. No había ahí ni cerradura ni llave, y os voy a decir por qué. No existía cerradura, porque cuantos dispositivos se instalen en una puerta por la parte de fuera para abrir o cerrar, al cabo solo significan falsedad. Pues si alguien traspasa las puertas del amor sin que se le franquee la entrada desde dentro, entonces no se trata de amor, sino de falsedad y violencia. Por eso está ahí la entrada del amor, con esa puerta de bronce delante que nadie puede traspasar a no ser mediante el amor. Esta es la razón por la cual es de metal, para que no haya artilugio que pueda dañarla, ya sea por la fuerza o la violencia, ya por la inteligencia o el saber, ya por el engaño y la mentira. En

la parte de dentro, los dos cerrojos, cada uno un sello del amor, estaban orientados el uno hacia el otro desde los dos lados de la pared. Uno era de madera de cedro, el otro de marfil. Escuchad ahora su interpretación: el sello de cedro significa en el amor la sabiduría y la razón, el de marfil, la castidad y la pureza. Con estos dos sellos, con estos dos cerrojos sin tacha, la casa del amor está protegida y a salvo de la falsedad y la violencia. El picaporte escondido, que accionaba desde fuera la cerradura de resorte, era una barra de estaño, mientras que la cerradura en sí era de oro, tal y como debía ser. No puede haber mejor manera de acentuar las peculiaridades tanto de la cerradura como del picaporte. El estaño encarna esa tendencia constante en pos del misterio del amor. El oro designa la consumación. Estaño y oro encajan aquí muy bien. Cada uno puede dar forma a su tendencia hacia algo según su propia voluntad, estrechándola o ensanchándola, acortándola o alargándola, liberándola o encajonándola, de un modo o de otro, hacia aquí o hacia allá, sin grandes fatigas, como el estaño, y ello no le perjudica. Pero quien puede tender del modo adecuado hacia el amor, se dejará llevar por este picaporte de estaño, el metal sin valor, hasta el éxito dorado y la vivencia gozosa.

En la parte superior de la gruta había solamente tres pequeñas ventanas bellas y escondidas, talladas en la piedra, por las que penetraba el sol. Una era la bondad, otra la humildad y la tercera la distinción en el comportamiento. A través de estas tres entraban rientes los rayos del sol, trayendo su brillo bienhechor: la fama, la luz más resplandeciente, iluminando esta cueva de felicidad terrenal. Tiene también su buen sentido el que la gruta estuviera tan aislada en unos parajes tan salvajes y desérticos. Ello es fácilmente comparable con el hecho de que el amor y sus circunstancias no están tirados en la calle o en cualquier lugar en campo abierto. Están escondidos en un páramo salvaje. Hasta llegar a esa cueva, el camino es arduo y difícil. Hay montañas que circundan con muchas vueltas escarpadas, esparcidas aquí y allá. Los caminos que ascienden y descienden están, para nosotros que los padecemos, tan obstruidos por rocas, que si no seguimos con absoluta precisión el camino acertado y damos un solo paso en falso, jamás seremos capaces de regresar felizmente. Mas quien tiene la fortuna de ir a dar a este desierto, ha encaminado sus fatigas a la

consecución de la dicha y encuentra allí la alegría de su corazón. Todo lo que los oídos quieran escuchar y da deleite a la vista está ahí, colmando ese desierto. Llegado a ese punto, uno ya no desea estar en otra parte.

Yo lo sé exactamente, pues estuve allí. También yo fui al desierto en pos de los pájaros y los animales del bosque, del ciervo y del corzo, persiguiéndolos a través de muchos parajes del bosque, desperdiciando mi tiempo sin cazar nunca nada. Mis fatigas y mis esfuerzos no se vieron acompañados por la suerte. Al llegar a la cueva encontré el picaporte y vi también la cerradura de resorte. También he ido alguna vez hasta el cristal. Bailando he saltado a menudo hasta él y me he vuelto a marchar. Pero nunca he descansado encima. Mas el suelo que hay cerca de él, por duro que fuera el mármol del que estaba hecho, lo llegué a pisar con tal furia, que, de no haberlo protegido ese color verde que es su mayor mérito y que hace siempre crecer, aún deberían ser en él reconocibles las huellas del amor verdadero. También se deleitó mi vista con frecuencia en la pared de claridad luminosa. Muchas veces se prendaron mis ojos de la bóveda, la cúpula y la clave con gran atención, desgastándose con los adornos que hay ahí arriba, tan estrellados de elogios. Las ventanitas que dejan pasar el sol enviaron muchas veces su luz hasta mi corazón. Conozco esta gruta desde que cumplí los once años, y sin embargo no he estado nunca en Cornualles[57].

La leal sociedad, Tristán y su amada, había instituido en estos bosques y campos salvajes sus períodos de descanso y de trabajo muy agradablemente. Siempre estaban el uno al lado del otro. Por las mañanas, pisando el rocío, paseaban gustosos en dirección al prado, en el que las flores y la hierba habían sido refrescadas por el rocío. La fresca pradera les servía entonces para recrearse. La cruzaban de un lado a otro, hablando entre ellos y escuchando mientras caminaban el delicioso canto de los pájaros. Entonces cambiaban de dirección, dirigiéndose a donde murmullaba el fresco manantial. Escuchaban su murmullo, su chapoteo y su manar. En el lugar donde salía a la luz en la llanura, se sentaban siempre a descansar. Allí atendían a su murmullo, contemplaban su corriente y hallaban siempre un motivo de gozo en ello. Cuando el sol resplandeciente comenzaba a levantarse entonces y el calor descendía hacia ellos, se

encaminaban en dirección a los tilos debido a sus suaves aires. Estos les daban nuevo placer para el cuerpo y el alma. Les regocijaban la vista y el espíritu. El tilo delicioso les endulzaba con sus hojas el aire y la sombra. A su sombra eran los vientos deliciosos, suaves y frescos. El banco donde descansaban junto a los tilos estaba hecho de flores y de hierba. Era el césped más bellamente pintado que haya tenido jamás un tilo. Allí se sentaban muy pegados el uno al otro, los fieles amantes, y se contaban historias de amores añorantes acerca de quienes habían muerto antes del tiempo de su propio amor. Hablaban y contaban, entristecían y se lamentaban a propósito de lo que en nombre del amor les sucedió a Filis de Tracia y a la pobre Cánace. Cómo se quebró el corazón de Biblis por amor hacia su hermano. Cómo desembocó en la desgracia la reina de Tiro y Sidón, Dido, la enferma de amor, a causa de su añoranza. Con estas historias solían pasar siempre enfrascados mucho tiempo[58].

Pero cuando deseaban olvidar estas historias, regresaban a su cueva y reemprendían aquello que sabían les daría placer. Entonces dejaban que sonara su música al arpa y su canto de manera añorante y placentera. Alternativamente utilizaban en su entretenimiento manos y voces. Tocaban el arpa y cantaban canciones y melodías acerca del amor. Al hacerlo intercambiaban su diversión del modo que más les apetecía. Cuando uno de ellos tocaba el arpa, era costumbre que el otro cantara la melodía correspondiente de modo delicado y añorante. El sonido del arpa y del canto reverberaba allí tan deliciosamente cuando hacían música juntos, que la gruta del amor maravilloso había sido legítimamente consagrada como la grotte des amants. Y todo cuanto se había dicho anteriormente respecto a lo ocurrido desde antiguo en esta gruta, hallaba su confirmación ahora en ellos. Su verdadero señor se entregaba en cuerpo y alma a su tarea sobre todo en ese instante. Lo que hasta entonces le había sido ofrecido para pasar el rato o como un juego no era lo mismo. No fue en su significado tan puro e inmaculado como el juego de amor de ellos dos. Dedicados al amor pasaban su tiempo, sin que hubiera amantes que lo hicieran mejor alguna vez. Hacían solamente aquello a lo que les impulsaba el corazón. Tenían muchas ocupaciones a las que se entregaban durante el día. En ocasiones salían a caballo, cuando les apetecía, para cazar con la ballesta,

persiguiendo pájaros y otros animales por esos páramos. Había muchos días en los que iban a cazar venados llevando a su perro Huidán, quien por aquel entonces aún no sabía correr sin emitir algún que otro sonido. Pero Tristán no tardó en enseñarle a seguir portentosamente la pista de ciervos y de corzos, y de todas las especies de la montería, a través de bosques y campos, sin hacer el más mínimo ruido. Así pasaban muchos días, no tanto por los trofeos que se obtienen en la caza como por el entretenimiento que esta proporciona. Sé con toda exactitud que, si se dedicaban a cazar con perro y ballesta, era más debido a la diversión y al placer que extraían que en orden a la obtención de alimento. Sus actividades y sus actos eran siempre y en todo momento acordes con su rango y con sus propios deseos[59].

Mientras todo esto sucedía, el apesadumbrado rey Marc se veía siempre dominado por una gran tristeza. Se dolía mucho a causa de su fama y de su mujer. Cada día estaba más deprimido en cuerpo y en espíritu. La honra y las posesiones le eran más indiferentes cada día. Así ocurrió que decidió en esos días ir a cazar al mismo bosque aquel, más por pura tristeza que para divertirse. Cuando llegaron al bosque, los cazadores congregaron a sus perros y espantaron a una manada de venados. Entonces soltaron a la jauría. Los perros no tardaron en separar a un ciervo maravilloso de los demás. Tenía unas crines igual que un caballo, era fuerte y grande y blanco, con una cornamenta pequeña, corta, apenas desarrollada, como si la hubiese mudado hacía muy poco tiempo. Lo persiguieron en mutua competición y con todas sus fuerzas hasta que empezó a anochecer. Entonces le perdieron la pista, de modo que el ciervo logró escapar y huir al mismo lugar del que había venido, en dirección a la gruta. Hasta allí escapó y pudo salvarse. Marc estaba muy decepcionado y los cazadores aún más, al ver que se les había ido de las manos este ciervo que tan excepcional les había parecido en cuanto a color y crines. Todos se sintieron molestos por ello. Volvieron a reunir a sus perros y acamparon para pasar allí la noche, pues necesitaban todos descanso. También Tristán e Isolda habían oído con claridad durante el día el ruido que los cuernos y los perros de caza habían producido en el bosque. Enseguida pensaron que no podía tratarse sino de Marc. Esto los

entristeció mucho. Los dos temieron al punto que alguien los hubiese delatado.

A la mañana siguiente, el montero mayor se puso en pie aun antes de que amaneciera. Ordenó a sus ayudantes que se quedaran ahí hasta que se hubiera hecho de día y que luego le siguieran apresuradamente. En la traílla puso un perro que le pareció adecuado y le hizo seguir la pista. El perro no tardó en guiarle hacia delante, a través de muchos obstáculos que le llevaron por rocas y piedras, campos secos y praderas, que el ciervo había atravesado la noche anterior al escapar corriendo de ellos. Siguió su rastro con precisión, hasta un punto en el que el valle encajonado se abría y vio al sol levantarse. Estaba junto al manantial en la llanura de Tristán.

Esa misma mañana, Tristán y su compañera habían salido también. Cogidos de la mano habían llegado muy temprano y aún con la escarcha de la mañana al prado floreciente y al valle delicioso. La alondra y el ruiseñor comenzaron a cantar saludando así a sus amigos. Siempre saludaban a Tristán e Isolda. Los pajarillos silvestres del bosque les daban la bienvenida con extremada dulzura en el latín que ellos conocían. A muchos de estos preciosos pajarillos su visita les resultaba muy grata. Todos ellos se esforzaban muy dulcemente en saludar a los dos enamorados. Desde las ramas cantaban sus maravillosas melodías en infinidad de variaciones. Allí había muchas lenguas maravillosas, que cantaban a varias voces sus canciones y estribillos para gozo de los dos amantes. El fresco manantial que brotaba ante sus ojos deliciosamente y resonaba en sus oídos con una delicia aún mayor, les dio la bienvenida. En suave murmullo fluía directamente a su encuentro el agua, recibiéndolos mientras murmuraba. Chapoteaba deliciosamente a modo de saludo para los enamorados. Saludaban ellos también a los tilos y a sus vientos benignos. Estos les regocijaban en cuerpo y espíritu, en el oído y los sentidos. Los capullos de los árboles, el prado resplandeciente, las flores, la hierba verde y jugosa y todo lo que allí florecía, les sonreía. Además de ellos les saludaba el agradable rocío, que refrescaba sus pies y recreaba sus corazones. Cuando todo esto les pareció suficiente, regresaron a su gruta y cambiaron impresiones para ver qué podían hacer en su situación. Pues tenían miedo y temían, como efectivamente ocurrió luego, aun sin saber cómo podría

suceder, que de algún modo pudiera alguien ir a dar a ese lugar guiado por los perros y descubrir su escondrijo. Entonces Tristán encontró una solución, ante la cual los dos estuvieron de acuerdo. Regresaron a su cama y se acostaron en ella, separados el uno del otro como si se tratara de dos hombres y no de un hombre y una mujer. Ahí sí que había dos cuerpos tendidos en una posición desacostumbrada. Además Tristán había colocado una espada desnuda entre ellos. A un lado de la misma yacía él, al otro ella. Estaban acostados separados, cada uno por su cuenta. De esta guisa se quedaron dormidos[60].

El cazador del que acabo de hablar, que había llegado al manantial, encontró en la escarcha las huellas que habían dejado Tristán y su señora al caminar delante de él. Entonces se le ocurrió que solo se podía tratar de la pista del ciervo. Desmontó y prosiguió su camino a pie, siguiendo la senda que le iba indicando el rastro, hasta llegar a la puerta de la gruta. La encontró cerrada con dos cerrojos que le impedían el paso. Al ver que le estaba vedado este acceso, intentó dar un rodeo. Buscó por todas partes hasta encontrar por casualidad una ventana escondida en la parte alta de la gruta. Miró a través de ella con temor y vislumbró en el acto el séquito del amor en el interior: solamente una mujer y un hombre. Se los quedó mirando sorprendido. La mujer le hizo pensar que nunca había visto el mundo nacer antes que ella una criatura tan selecta. Pero no la estuvo contemplando mucho rato, pues descubrió al punto la espada desenvainada que había entre los dos, y que le hizo estremecerse asustado. Le daba miedo, pues parecía sugerir que allí ocurrían cosas tremendas. Ello hizo que creciera su pavor. Descendió rápidamente de las rocas y regresó cabalgando a donde estaban los perros.

Entretanto también Marc había ido tras sus huellas incluso antes que los cazadores, marchando velozmente a su encuentro. El cazador le dijo:

—Ved, real señor, vengo a deciros que acabo de descubrir un prodigio maravilloso.

—¿De qué prodigio se trata, dime?

—Una gruta de amor.

—¿Dónde y cómo la has encontrado?

—Aquí en este páramo, señor.

—¿En este páramo salvaje?

—Sí.

—¿Hay alguien viviendo en ella?

—Sí, señor, en su interior hay un hombre y una diosa. Están acostados en una cama y duermen como si les fuera la vida en ello. El hombre tiene el aspecto de un hombre corriente. Pero me atrevo a poner en duda el que su compañera de lecho sea igualmente humana. Es más hermosa que un hada. No puede haber nada más bello en la tierra hecho de carne y hueso. Tampoco sé por qué hay una espada dispuesta entre los dos, clara, brillante y desnuda.

—¡Guíame hasta allá! —dijo el rey.

El montero mayor le llevó por el camino que conducía de vuelta a ese páramo, hasta llegar al lugar donde había desmontado. El rey se bajó del caballo y siguió el rastro a pie. Cuando el cazador se detuvo, Marc llegó hasta la puerta. Al verla cerrada, se apartó de ella. Por la parte exterior y por un camino tortuoso, llegó finalmente a la cumbre que le había indicado el cazador, en donde encontró la pequeña ventana. Miró a través de ella para su dicha y su dolor. Vio allí a los dos acostados sobre la cama de cristal y dormidos como hace un momento. Los halló igual que los había encontrado antes el cazador, apartados el uno del otro y mirando cada uno en una dirección, este hacia un lado, aquel hacia el otro, con la espada desnuda entre ambos. Reconoció a su sobrino y a su mujer. Su cuerpo y también el corazón que había en su interior se helaron de dolor y también de dicha. El verlos allí tan separados le alegraba y le entristecía. Quiero decir que le alegraba porque pensaba que no había falsedad en ellos. Le entristecía, en cambio, por haber sospechado de ellos. Se dijo para su corazón:

—Dios misericordioso, ¿qué puede significar esto? Si ha sucedido algo entre los dos, como durante tanto tiempo he estado sospechando, ¿por qué se acuestan así estos dos amantes?

Y continuó diciéndose a sí mismo:

—¿Habrá no obstante alguna culpa? ¿Hay motivos de sospecha o no?

Con esto volvieron a aflorar las dudas:

—¿Culpa? —dijo—. Desde luego que sí.

—¿Culpa? —se contradecía a sí mismo—. Desde luego que no.

Entre estas dos posibilidades oscilaba, hasta que una vez más este hombre confundido, Marc, comenzó a dudar del amor de ella. El amor, el reconciliador, se acercó sigiloso, arreglado y adornado de forma sorprendente. Encima de la blancura de su rostro se había pintado con un engaño dorado, escogiendo su mejor color: «no». La palabra brillaba resplandeciente en el corazón del rey. La otra, su dolor, la palabra contraria: «sí», esa ya no la veía. Todo eso había desaparecido, las dudas y las sospechas se habían esfumado. El sobredorado del amor, la dorada inocencia, arrastró sus ojos y su razón mediante sus atractivos tentadores, llevándole a donde estaba el día de Resurrección de su alegría. No cesaba de contemplar una vez y otra a Isolda, la dicha de su corazón, quien nunca antes le había parecido tan preciosa. Yo no sé cuáles eran las fatigas de que esta historia cuenta y habla, que la habían acalorado hasta el punto de que el color de su rostro y todo su talle resplandecieran encantadores y tiernos como una rosa multicolor directamente hacia el lugar donde se encontraba el hombre. Su boca brillaba y ardía como un carbón al rojo vivo. Sí, ahora me acuerdo de qué esfuerzo se trataba. Isolda había caminado, como antes mencioné, por la mañana pisando la escarcha hasta el prado, y por eso estaba así de acalorada. El sol enviaba un pequeño rayo al interior, que vertía su luz sobre su mejilla, la barbilla y su boca. Dos bellezas jugaban allí entre sí, dos luces relucían juntas en ese lugar. El uno y el otro sol habían preparado ahí una fiesta y una gran diversión en homenaje a Isolda. Su barbilla, su boca, su aspecto, su talle, todo ello era tan encantador, tan bello y delicioso, que Marc sucumbió ante ella. Ansiaba y deseaba poder besarla. El amor desató su fuego, inflamando al hombre con la belleza del cuerpo de ella. La belleza de la mujer atraía sus sentidos hacia su cuerpo, provocando una amorosa pasión por ella. Él la contemplaba arrobado. Conmovido veía qué maravillosamente brillaban, entre sus vestidos, su cuello y su pecho, sus brazos y sus manos. Ella llevaba, en lugar de un tocado para la cabeza, una corona de trébol sobre sus cabellos. Nunca se le había antojado ella a su señor tan encantadora y atractiva. Cuando se percató del sol que entraba desde la parte alta por entre las rocas, cayéndole sobre el rostro, temió que pudiera perjudicarla y causarle algún daño. Cogió hierba, flores y hojas, taponando con ellas la apertura, y bendijo a la bella.

Pidió al Dios misericordioso que la protegiera, y se alejó llorando. Con una gran tristeza regresó al lugar donde estaban los perros y dio por concluida la caza. Inmediatamente hizo que regresaran a casa los cazadores y los perros. Esto lo hacía con el único objetivo de que nadie más fuera a parar a donde estaban ellos y pudiera encontrarlos. Apenas se había marchado el rey, cuando se despertaron Tristán e Isolda. Miraron en derredor suyo en busca de la luz del sol, pero esta solo penetraba a través de dos de las ventanitas. Miraron hacia la tercera, y se quedaron muy sorprendidos al darse cuenta de que esta no daba ninguna luz. No lo dudaron por más tiempo y se pusieron los dos en pie, dirigiéndose hacia la parte exterior de la roca. En seguida encontraron las hojas, las flores y la hierba que había ante la ventana. También notaron que en la arena delante de la cueva y en otros puntos había pisadas y el rastro de un hombre, que conducía hacia la gruta y volvía a alejarse de ella. Esto los atemorizó y asustó mucho. Pensaron inmediatamente que Marc había llegado hasta allá de alguna manera y que se había dado cuenta de su presencia. Eso es lo que imaginaban, mas sin tener certeza al respecto. Su mayor consuelo, sin embargo, era el que, fuera quien fuera el que los había encontrado, lo había hecho en un momento en el que estaban acostados de esa forma, apartados el uno del otro.

El rey convocó sin dilación por toda la corte y el reino a su consejo y parientes, a fin de escuchar sus recomendaciones y conocer su opinión. Les habló y les informó, tal y como os acabo de explicar, de qué forma los había encontrado, diciéndoles que de ahí en adelante no quería ya volver a suponer a Tristán y a Isolda culpables de delito alguno. El consejo se percató de inmediato de cuáles eran sus intenciones y de que sus palabras señalaban su deseo de volver a tenerlos a su lado. Por eso, siguiendo una norma que dicta la experiencia, le recomendaron aquello a lo que aspiraba su propio corazón y que él mismo deseaba: que mandara volver a su esposa Isolda y a su sobrino, puesto que no sabía de nada que se opusiera a su honra, y que no volviera a dar crédito a ningún rumor malicioso que circulara respecto a ellos. Hicieron que viniera Curvenal, y lo enviaron como mensajero a donde estaban ellos dos, dado que él conocía las circunstancias. El rey aseguraba a Tristán y también a la reina su favor y su amor. Debían regresar y no guardarle ya ningún rencor. Curvenal fue hasta

ellos y les comunicó cuál era el deseo de Marc. Esto les pareció espléndido a los enamorados, que se alegraron de todo corazón. Esta alegría la sintieron con mayor fuerza más por Dios y por su propia fama que por cualquier otra cosa. Regresaron y reemprendieron su vida maravillosa igual que antes. Pero jamás volvieron a ser, en lo que les quedaba por vivir, tan confiados como lo habían sido antes, ni encontraron ocasiones tan buenas para su felicidad como las que antaño habían disfrutado. Por otra parte, tanto Marc como la corte y sus miembros estaban siempre pendientes de acrecentar su honor. Ellos no obstante, no volvieron a ser abiertos o a sentirse libres en su ánimo. Marc, en quien no se habían acallado las dudas, les ordenó y les pidió encarecidamente a Tristán y a Isolda que por amor de Dios y a él mismo se comportaran con propiedad, evitando y omitiendo en lo sucesivo los lazos deliciosos de sus miradas tan lánguidas. Tampoco habían de volver a hablar juntos ni con tanto secreto ni con tanta confianza. Esta orden hizo mucho daño a los enamorados.

Marc había recobrado la felicidad. Para gozo suyo volvía a tener con su esposa Isolda aquello que su corazón reclamaba, si no en cuanto a la fama, sí al menos en sus aspectos físicos. No poseía en la persona de su esposa ni amor ni afecto, como tampoco ninguna de esas ventajas honorables que Dios creara antaño, a excepción de que ella fuera llamada, de acuerdo con el rango de él, «reina» y «señora» allí donde él reinaba como rey legítimo. Todo esto él lo aceptaba, tratándola siempre con gran afecto como si ella lo amara realmente. Este era un caso de esa ceguera estúpida e insensible de la que dice un refrán: «La ceguera del amor nos vuelve ciegos por fuera tanto como por dentro». Ciega, efectivamente, tanto la vista como la razón. Lo que la gente ve con claridad, no quiere verlo. Así le sucedía a Marc. Sabía con total certeza, y lo podía ver con claridad meridiana, que Isolda, su mujer, se deshacía en cuerpo y alma de amor por Tristán. Y, sin embargo, no quería darse por enterado. ¿A quién hay que achacarle la culpa de esa vida sin honor que él llevaba con ella? Porque sin duda cometería una injusticia aquel que le reprochara a Isolda el haberle engañado. Ni ella ni Tristán le engañaban. Él podía verlo con sus propios ojos y lo sabía también sin necesidad de mirar: ella no le amaba a él. Y, sin embargo, él la amaba. «¿Por qué, Señor, por qué motivo la amaba tan fervientemente?». Por la

misma razón por la que lo siguen haciendo muchos hoy en día: el deseo apasionado hace sufrir mucho a aquellos que han de padecer de él. ¡Ay, cuántos existen, aun hoy en día, que son como ellos, cuántos Marcs e Isoldas, si nos está permitido hablar de ello, que están igual o todavía más ciegos, tanto en sus ojos como en su razón! No hay alguna que otra persona de esa clase, sino muchas, tan afectadas de esa misma ceguera, que no quieren saber lo que se desarrolla ante sus propios ojos, y que toman por falso espejismo lo que ven y saben con exactitud. ¿Quién tiene la culpa de su ceguera? Si analizamos la cuestión con justicia, no podemos echarle la culpa a las damas. Ellas son completamente inocentes ante sus maridos si les permiten ver con claridad lo que hacen y se traen entre manos. Allí donde el delito resulta claramente visible, no podemos decir que el hombre haya sido burlado o engañado por su mujer. Ahí ha sido el deseo el que le ha invertido los ojos. El deseo es el engaño que el mundo encuentra en todo momento en ojos de penetrante mirada. Digan lo que digan acerca de la ceguera, no hay ceguera que ciegue tan radical y espantosamente como el deseo apasionado. Por mucho que nos neguemos a admitirlo, es cierto ese dicho que afirma: «Belleza es peligro». La portentosa belleza de la luminosa Isolda cegó completamente al rey Marc por dentro y por fuera, en los ojos y en la razón. Él no podía descubrir en ella nada que hubiera querido reprocharle. Cuanto de ella sabía no eran sino las cosas mejores. Pero diré lo siguiente para zanjar esta cuestión: le gustaba estar junto a ella tanto, que pasaba por alto todo aquello que se veía forzado a padecer por causa de ella[61].

Lo que permanece siempre sellado y encerrado en el corazón no resulta sencillo de ocultar. Tendemos con todas nuestras fuerzas a hacer realidad aquello que obsesiona nuestro pensamiento. Los ojos desean ver lo que les causa gran contento. El corazón y la vista se detienen arrobados a menudo ante aquellas cosas que fueron antes motivo de regocijo. Y si hay alguien que quiera malograrles esa diversión, solo consigue, Dios lo sabe, hacérsela más apetecible. Cuanto mayor severidad pone en prohibírsela, tanto más les agrada el juego y mayor ahínco ponen en su consecución. No les fue de otro modo a Tristán e Isolda. Poco después de que su alegría y su dicha empezaran a estarles vedadas a causa de la vigilancia y les fueran robadas

mediante prohibiciones, sintieron debido a ello gran dolor y opresión. El deseo tentador les comenzó a atormentar con verdadera fuerza, mucho más que en el pasado. Se sentían atraídos el uno al otro de una manera más acuciante e intensa que en ningún momento anterior. Pesada como una montaña gravitaba sobre su ánimo la carga de la maldita vigilancia. Era como una pesadísima montaña de plomo. La custodia, esa costumbre maldita, la enemiga del amor, atacaba sus sentidos. Especialmente Isolda padecía este desasosiego. Estar separada de Tristán era la muerte para ella. Cuanto más le prohibía su señor toda muestra de confianza hacia él, tanto más se orientaban sus sentidos y sus pensamientos en dirección a él. También hay que decir lo siguiente acerca de la vigilancia: allí donde es alimentada solamente ofrece y genera púas y espinas. Se trata de la ira indignada, que ataca la fama y el prestigio y deshonra a muchas mujeres, que habrían conservado muy gustosamente su reputación, si se las hubiera tratado con justicia. Si nos comportamos injustamente con ellas, esto hace trizas su honor y por añadidura su voluntad. Así el acecho las transforma en lo que respecta a su buen nombre y sus intenciones. Y si aun así se la practica, hay que decir que toda vigilancia carece de sentido en el caso de una mujer, pues no hay hombre capaz de guardar a una mala mujer. La buena, empero, no precisa custodia, pues, como bien dicen, ella misma se vigila. Y si hay alguien acechándola, atraerá sobre sí el odio de ella con completa seguridad. Este perjudicará a esa mujer en lo que atañe a su cuerpo y a su sentido del honor, llegando muy probablemente hasta el punto de lograr que ella deje de atenerse a las reglas del decoro, sin que por tanto quede en ella nada de aquello que en un principio dio origen a este zarzal. Porque una vez que este zarzal puntiagudo ha llegado a echar raíces en tierra tan fértil, es más difícil de destruir que si estuviera en un suelo seco o en cualquier otro lugar. Yo sé muy bien que la de buena intención, si se la trata injustamente hasta que ella misma da frutos podridos, llega a causar un mal mucho mayor que aquella que era mala desde el principio. Esto es cierto, pues lo he leído. De ahí que todo hombre inteligente, o al menos aquel que le conceda su honra a la mujer, no deba someter su buena intención a ninguna vigilancia, durante sus secreteos, que no sea la del consejo y la instrucción, la ternura y la bondad. Con estos medios debe

cuidar de ella, teniendo la seguridad de que no hay mejor manera de hacerlo. Porque tanto si es mala como si es buena, existe la posibilidad de que ella se vuelva recalcitrante si la tratamos injustamente con demasiada frecuencia, y ese es un mal que todos deseamos evitar a toda costa. Sí, todo hombre recto y todo aquel que quiera llegar a serlo debería confiar en su mujer y confiarse a sí mismo que ella se abstendrá de cometer actos impropios por el amor que le tiene. Pues por mucho que lo intentemos, no hay manera de obligar a una mujer a que nos dé su amor por las malas. En todo caso, lo único que lograremos será asfixiar el amor. Despierta una ira que resulta muy dañina. Con ello se pervierte por completo a la mujer.

Aquel que omitiera toda prohibición, actuaría a mi entender correctamente. La práctica de la prohibición solamente acarrea grandes humillaciones para las mujeres. Muchas hacen justamente a causa de la prohibición aquello de lo que se abstendrían por completo si no estuviera prohibido. Dios sabe que este cardo y esta espina son innatos en ellas. En su forma de ser las mujeres son hijas de su madre Eva. Fue ella quien quebró la primera prohibición. Nuestro Señor le había permitido que hiciera lo que quisiese con los frutos, las flores y la hierba, con todo lo que había en el paraíso. Solamente una cosa le prohibió bajo pena de muerte. Los curas nos dicen que fue el higo, que ella arrancó, quebrando con ello el mandato de Dios[62]. Así ella se perdió a sí misma y perdió a Dios. Es mi firme convicción: Eva en modo alguno lo habría hecho si no se lo hubieran prohibido. Con esta primera acción en la que ella intervino expresó su forma de ser e hizo lo que no debía. Pero si uno reflexiona acerca del asunto, Eva bien podría haber prescindido de ese solo fruto. Al fin y al cabo, tenía todos los demás a su disposición, y sin embargo no quería ninguno a excepción de aquel con el que acabaría consumiendo toda su reputación. De este modo son hijas de Eva todas las que están hechas a la manera de Eva. Sí, si uno pudiera seguir prohibiendo, ¡cuántas Evas no encontraría incluso hoy, capaces de renunciar por culpa de la prohibición a ellas mismas y a Dios! Y puesto que es algo que se origina en su forma de ser y lo ha depositado en ellas la naturaleza, aquellas que saben abstenerse se hacen merecedoras de gran elogio y de fama. Porque si una mujer es virtuosa en contra de su manera de ser, y preserva alegremente su buen

nombre, su honra y su personalidad en contra de su predisposición natural, entonces es una mujer solo en cuanto al nombre, pero un hombre en lo que se refiere a su actitud. Cuanto esta haga se debe enjuiciar favorablemente, elogiándolo y honrándolo. Cuando una mujer prescinde de su naturaleza femenina y de su predisposición natural y adopta la del hombre, entonces el abeto da miel y la cicuta, bálsamo, y las raíces de las ortigas hacen que florezcan rosas sobre la tierra.

¡Qué puede haber más dotado de perfección en una mujer, sino es la batalla que libra contra su cuerpo con ayuda de su sentido de la fama, a fin de dar a cada uno lo que es suyo, tanto al cuerpo como al buen nombre! Pero ella debe llevar este combate de tal modo que haga justicia a ambos, organizando cada uno de los dos de una forma que evite que el otro se sienta menospreciado. No es una mujer como es debido la que perjudica la reputación por culpa del cuerpo, o el cuerpo por culpa de la fama, si se presenta una ocasión propicia para conservar las dos cosas. Ella no debe prescindir ni de una cosa ni de la otra, sino conservar ambas en la alegría y el dolor según se tercie. Dios sabe que así pueden ganar todas mucho en dignidad a través de un gran esfuerzo. Ella debe encomendar y consagrar a la vida la medida adecuada. Que ocupe con ello sus pensamientos y con ello se orne a sí misma y su conducta. El noble término medio dignifica a la persona y la fama. Nada hay bajo el sol más encantador que una mujer que se somete a sí misma y su vida a la medida adecuada, que se respeta a sí misma convenientemente. Mientras continúe respetándose a sí misma, se dará por añadidura el que todo el mundo la respete. Una mujer que actúe en contra suya, que tiene como su objetivo el odiarse a sí misma, ¿quién puede amarla a pesar de todo? Quien se opone a sí mismo y lo muestra ante todo el mundo, ¿qué amor y qué honor puede esperar que le den? Uno satisface su deseo nada más aparecer este, y quiere luego darle a este movimiento sin sentido el nombre más distinguido. Pero no, eso no es amor. Se trata de su enemigo, el desenfreno despreciable, ruin e indigno. Este no honra a las mujeres, como dice un refrán verdadero: «La que quiere amar a muchos, dejará de ser amada por muchos». La mujer que aspire a ser amada por todos, debe en primer lugar amarse a sí misma, mostrándoles así a todos los

signos de su amor. Si es la verdadera huella del amor, todo el mundo la acabará amando[63].

Una mujer que tenga en alta estima ante sí misma su propio carácter a fin de agradarle al mundo, ha de ser honrada y celebrada por el mundo. Todos los hombres deberían otorgarle adornos y coronas, concederle honores a diario, para elevar así con su fama la suya propia. Aquel hacia quien ella se oriente, a quien ella entregue por completo su corazón y a sí misma, sus sentimientos y su amor, ese ha nacido para ser feliz, ha sido escogido ya desde su nacimiento para la dicha eterna, porta el paraíso terrenal dentro de su corazón. Ese no ha de temer que le pinchen las puntas cuando vaya a coger las flores, o que se le claven las espinas cuando vaya a recolectar las rosas. Ahí no hay ni puntas ni espinas. La ira, que arde como un cardo, no tiene ahí nada que hacer. La rosada reconciliación ha destruido ahí todas las espinas, los cardos y las puntas. En este paraíso no brota nada de la rama, no reverdece ni crece nada, a excepción de lo que alegra la vista. Por todas partes florece la perfección femenina. No hay ahí otros frutos más que los de la fidelidad y el amor, de la honra y el reconocimiento terrenal. Sí, en un paraíso así, tan lleno de alegrías y tan al modo de mayo, podría encontrar un hombre afortunado la dicha de su corazón y el gozo de sus ojos. ¿Cómo le iban a ir entonces las cosas peor que a Tristán e Isolda? Quien esté de acuerdo conmigo en esto, no tiene necesidad de entregar su vida a cambio de la de Tristán. Porque es bien cierto que aquel a quien la mujer como debe ser le entrega su reputación y a sí misma, decidiéndose por él en ambas cosas, ¡ay, con qué alegría le entrega las dos! ¡Con cuánta delicadeza se preocupa ella de él! ¡Cómo limpia todos sus caminos de cardos y de espinas, de todas las tribulaciones del amor! ¡Cómo le libra de los tormentos del corazón, mejor que lo hiciera nunca ninguna Isolda por su Tristán! Estoy firmemente convencido de que, si uno sabe buscar, quedan aún vivas muchas Isoldas en las que es posible encontrar todo aquello que uno pueda buscar.

Vamos ahora a volver con la vigilancia. Según habéis escuchado, los amantes, Tristán e Isolda, sufrían dolorosamente dicha vigilancia. La prohibición los atormentaba tanto, que nunca antes habían puesto tanto empeño en urdir una oportunidad que les permitiera encontrarse después de

todo su dolor. Esto les producía una gran tristeza y un sufrimiento mortal. Ocurrió un mediodía en el que el sol lucía con fuerte calor, por desgracia para su fama. Dos clases de rayos solares caían sobre la reina en su corazón y su ánimo: el sol y el amor. La añoranza y el calor la perturbaban en mutua competencia. Entonces quiso escapar a este conflicto entre su estado de ánimo y el momento del día mediante una argucia, y se metió en grandes dificultades. Buscó una ocasión en el jardín. Buscó una sombra que fuera adecuada a lo que pretendía: una sombra que le ofreciera protección y ayuda para llevar a cabo su plan, y que le permitiera gozar del fresco y de la soledad. En cuanto la hubo encontrado, hizo que arreglaran allí una espléndida y hermosa cama. Almohadas y sábanas, púrpura y seda, ropa de cama principesca fueron generosamente extendidas sobre la cama. Cuando el lecho estuvo preparado tan bien como supo, la rubia Isolda se acostó encima en camisa. Hizo entonces que se retiraran todas sus doncellas a excepción de Branguena. Entonces envió a Tristán un mensaje en el que le decía que no dejara por ningún concepto de hablar de inmediato con Isolda en ese lugar. Él actuó del mismo modo que Adán. El fruto que su Eva le ofrecía lo cogió, y comió con ella la muerte[64]. Él llegó y Branguena se marchó a donde estaban las otras damas, sentándose con ellas con gran temor y angustia. Ordenó a los criados que cerraran todas las puertas y no dejaran entrar a nadie si no lo autorizaba ella misma. Las puertas fueron cerradas. Y cuando Branguena se hubo sentado, pensó y lamentó para sí que ni el miedo ni la vigilancia tuvieran ningún efecto sobre su señora.

Mientras ella iba dándole vueltas a ese asunto, uno de los criados cruzó la puerta, y apenas la hubo atravesado cuando el rey pasó junto a él y le preguntó por la reina con nerviosa precipitación. Cada una de las mujeres le respondió:

—Creo que duerme, señor.

Branguena, que estaba profundamente sumida en sus pensamientos, se asustó enormemente y guardó silencio. La cabeza se le hundió sobre los hombros, sus manos y su corazón se negaban a obedecerla. El rey prosiguió diciendo:

—Entonces, decidme dónde está durmiendo la reina.

Le señalaron hacia el jardín. Marc penetró en él inmediatamente, dirigiéndose al lugar en el que encontró la tristeza de su corazón. Vio a sobrino y esposa fundidos en un abrazo estrecho y apretado, la mejilla de ella pegada a la de él, su boca en la de ella. Todo lo que podía ver, lo que descubría la sábana, lo que asomaba de la sábana por la parte superior, sus brazos y sus manos, sus hombros y sus pechos, estaban tan apretujados y arrimados los unos a los otros, que, incluso si se hubiera fundido una estatua en acero o en oro, no habría sido posible un ensamblaje mejor. Tristán y la reina dormían muy plácidamente, después de haber realizado no sé qué actividades.

Cuando el rey vio su desgracia de manera tan patente, un dolor de corazón infinito tomó verdaderamente posesión de él. Ahora tenía la certeza. Las sospechas y las dudas se habían desvanecido, las que antaño habían pesado tanto sobre su alma. Ya no abrigaba sospechas, sino que tenía pleno conocimiento. Aquello por lo que siempre se había esforzado se le concedía ahora. Pero yo estoy bastante seguro de que su sospecha le habría sentado mucho mejor que su certeza. Aquello que había perseguido siempre para desprenderse del tormento de la duda le acarreaba ahora la muerte en vida. Se marchó de allí en silencio. Convocó por separado al consejo de la corona y a sus vasallos. Tomó la palabra y les dijo que había sido informado de que era verdad que Tristán y la reina estaban juntos. Les mandó que fueran todos hasta ellos para verlo. Y que si los encontraban de tal guisa, habrían de concederle una satisfacción y una venganza en el sentido que preveían las leyes del país.

Apenas se había alejado Marc de la cama una corta distancia, cuando se despertó Tristán y le vio abandonando el lugar.

—¡Ay! —exclamó—, ¡qué es lo que habéis hecho, leal Branguena! Dios sabe, Branguena, y mucho me lo temo, que el haber estado aquí dormidos nos costará la vida. ¡Isolda, despierta, mujer desgraciada! Me temo que estamos perdidos.

—¿Perdidos, señor? —dijo ella—, ¿cómo es eso?

—Mi señor acaba de estar parado a nuestro lado. Nos vio a los dos y yo le vi a él. Se acaba de marchar de aquí y sé con exactitud que he de morir ahora. Traerá testigos y ayudantes, pues lo que pretende es nuestra muerte.

Amadísima señora, bella Isolda, tenemos que separarnos ahora, pues es probable que a ambos no se nos vuelva a ofrecer una oportunidad de ser dichosos como hasta ahora. Conservad en vuestra memoria cuán puro fue nuestro amor, el que nos mantuvo unidos. Cuidad de que lo sea siempre. Mantenedme en vuestro corazón. Porque sea lo que sea lo que le pase al mío, vos estaréis eternamente dentro de él. Isolda ha de vivir siempre en el corazón de Tristán. Preocupaos de que la distancia y el extrañamiento no me perjudiquen ante vuestros ojos. No me olvidéis ni siquiera ante la necesidad más espantosa. Dulce amada, bella Isolda, ¡dejadme que me vaya y besadme!

Ella se echó hacia atrás un poco y le dijo suspirando:

—Señor, nuestros corazones y nuestras mentes han estado unidos demasiado tiempo, demasiado estrecha e intensamente, como para que nos fuera dado alguna vez experimentar lo que significa la palabra «olvido» aplicada a ellos. Tanto si estáis lejos de mí como a mi lado, no habrá de cualquier modo en mi corazón vida o cosa viva alguna que no sea Tristán, que es mi cuerpo y mi vida. Señor, a vos he confiado hace mucho mi cuerpo y mi vida. Cuidaos de que ninguna mujer os separe alguna vez de mí. Entonces conservaremos siempre confiados nuestro amor y nuestra fidelidad perennemente nuevos, después de haberlos guardado con tanta perfección entre los dos. Tomad este anillo. Que sea para vos un testimonio de mi amor y mi fidelidad. Si alguna vez llegáis a decidiros a amar a alguna otra, él habrá de recordaros en qué estado se encuentra ahora mi corazón. Pensad en esta separación, en lo que nos duele a ambos en cuerpo y alma. Pensad en las muchas horas tristes que he tenido que soportar por vuestra causa, y no permitáis nunca que nadie se acerque a vuestro corazón tanto como lo estuve yo, Isolda, vuestro ser más querido. No os olvidéis nunca de mí por causa de otra. Hasta este preciso instante hemos sabido compartir la alegría y el dolor. Debemos preservar este recuerdo hasta la muerte como debe ser. Señor, está de más que os advierta todo esto con tanta insistencia. Si Isolda llegó a formar con Tristán alguna vez un solo corazón y una sola lealtad, entonces ello seguirá siendo así eternamente, y durará por los siglos de los siglos. Sin embargo hay una cosa que os tengo que pedir: allá donde vayáis en este mundo, conservad vuestra vida, pues es también mi vida.

Porque si yo quedo huérfana de ella habré —siendo vuestra vida— de morir. De mí misma —de vuestra vida— cuidaré con gran cuidado y protección, no por mí, sino por vos. Porque vos y vuestra vida están, lo sé exactamente, en mis manos. Somos una sola persona y una sola vida. Pensad en mí incesantemente, en vuestra vida, en Isolda. Permitidme que vea en vos a mi vida de la mejor manera posible, y ved también vos la vuestra en mí. Las vidas de los dos están en vuestras manos. Venid ahora y besadme, Tristán e Isolda, vos y yo, ambos somos ya para la eternidad un solo ser sin diferencia alguna. Que este beso selle el que sea yo vuestra y vos mío, fieles hasta la muerte, solamente un Tristán y una Isolda[65].

Cuando hubieron sellado estas palabras, Tristán se marchó bajo grandes dolores y una inmensa tristeza. Su amada, su segunda vida, Isolda, quedó atrás en un enorme desconsuelo. Los dos amantes no se habían separado nunca bajo tales tormentos como los de ahora. Entretanto el rey volvió también, trayendo consigo un grupo numeroso de sus consejeros. Pero llegaban demasiado tarde, solamente encontraron a Isolda. Estaba acostada en la cama igual que antes, sumida en profundos pensamientos. Cuando el rey no pudo descubrir allí a nadie más que a Isolda, su consejo real le llamó aparte de inmediato.

—Señor —le dijeron—, aquí estáis cometiendo una injusticia, acusando una vez y otra tanto a vuestra esposa como a vuestro honor, unas veces de un modo y otras de otro, de delitos vergonzantes que carecen por completo de base. Odiáis vuestra honra y a vuestra mujer y, muy especialmente, os odiáis a vos mismo. ¿Cómo queréis llegar a alcanzar alguna vez la felicidad, si mancilláis así vuestra dicha en la persona de vuestra esposa, poniendo en circulación habladurías por la corte y el país, sin que hayáis descubierto en ella nada que pudiera perjudicar vuestra honra? ¿De qué acusáis a la reina? ¿Por qué difamáis a la que nunca os engañó? Señor, por amor a vuestro honor, ¡no lo volváis a hacer nunca más! ¡Evitad tal vergüenza, por Dios y por vos mismo!

Con estas palabras le indujeron a seguir su consejo, convenciéndole para que reprimiera una vez más su ira y se alejara de allí sin haberse cobrado su venganza.

Tristán llegó a sus aposentos. Convocó a todo su séquito y se dirigió acto seguido con ellos al puerto. Se marchó con el primer barco que encontró, navegando en dirección a Normandía con los suyos. Pero no se quedó allí mucho tiempo, pues sentía la necesidad de buscar una vida que le concediera descanso y consuelo para su dolor. Fijaos en una circunstancia bastante extraña: Tristán huía de la fatiga y la tristeza, y sin embargo iba en busca de la tristeza y la fatiga. Huía de Marc y de la muerte, y sin embargo buscaba un tormento mortífero que le mataba el corazón: la separación de Isolda. ¿De qué le servía huir allí de la muerte para seguirla hasta aquí? ¿De qué le servía librarse del tormento de su alma en Cornualles, y portarlo sin embargo sobre sus espaldas, día y noche, incesantemente? Por causa de la mujer salvaba su propia vida, pero esta vida resultaba envenenada única y exclusivamente a través de esa mujer. Para su cuerpo y su alma no existía cosa viva que pudiera constituir su muerte, a excepción de Isolda, que era su vida mejor. De este modo lo hostigaban la una y la otra muerte. Entonces pensó que si estos suplicios terrenos le llegaban alguna vez a resultar soportables hasta el punto de poder sobrevivir a ellos, ello habría de producirse como resultado de haber llevado a cabo hazañas caballerescas. Por aquel entonces se difundió por todas partes la noticia de que había estallado una gran guerra en Alemania. Entonces se encaminó hacia Champaña y desde ahí pasó a Alemania. Ahí sirvió al cetro y la corona con tanta valentía, que el Imperio romano nunca tuvo bajo su bandera a un hombre que alcanzara jamás tal fama por su audacia caballeresca. La suerte lo acompañó en sus acciones heroicas y sus hazañas de guerra, alcanzando numerosos éxitos que no quiero enumerar. Porque si hubiera de reproducir una por una cada acción de las que se le atribuyen, esta se convertiría en una historia increíble. Las historias inventadas que se incluyen entre ellas no me merecen la más mínima atención. Solamente con atenerme al relato verdadero ya cargo sobre mis espaldas con una tarea agotadora.

La vida y muerte de Tristán, su muerte en vida, la rubia Isolda, se sentía triste y colmada de dolor. Si el día en que vio a Tristán marcharse en el barco no se le partió el corazón, ello fue solo debido a que él estaba con vida. La vida de él le ayudó a ella a sobrevivir. Sin él no podía ni vivir ni morir. Su muerte y su vida habían resultado envenenadas. Ya no podía morir

ni seguir viviendo. La luz de sus ojos claros se apagó para siempre. Dentro de su boca, su lengua enmudecía ante esta aflicción. Para ella no había ni vida ni muerte, y sin embargo ambas estaban presentes. A través del dolor, sin embargo, habían perdido su poder y eficacia hasta tal punto, que ella no se percataba de ninguna de las dos. Cuando vio la vela en movimiento, se dijo para su corazón:

—¡Ay qué dolor, señor Tristán! Mi corazón entero está prendado de vos, mis ojos se van de aquí junto con vos, y vos os alejáis, ¡ay!, tan velozmente. ¿Por qué me abandonáis tan aprisa? ¿Acaso no tengo plena certeza de que es vuestra vida la que estáis abandonando al escapar de Isolda? Pues yo soy vuestra vida. Sin mí ni podéis vivir un solo día más, como tampoco puedo hacerlo yo sin vos. Nuestro ser y nuestra vida están tan íntimamente entretejidos, tan completamente entrelazados, que os lleváis con vos mi vida y me dejáis aquí atrás la vuestra. Nunca antes estuvieron dos vidas tan inseparablemente unidas. Juntos portamos los dos la vida y la muerte para el otro. Pues ninguno de nosotros puede acertar a morir o a vivir si no es el otro quien se lo posibilita. Por tanto, la pobre Isolda no está ni viva ni verdaderamente muerta. No puedo irme hacia un lado ni hacia otro. Bien, Tristán, mi señor, puesto que formáis conmigo para toda la eternidad una sola persona y una sola vida, debéis entonces decirme cómo puedo conservar mi persona y mi vida, en primer lugar para vos, y después también para mí. ¡Empezad ya a darme lecciones! ¿Por qué guardáis silencio? Necesitamos un buen consejo urgentemente. ¿Pero qué cosas insensatas son las que estoy diciendo? La lengua de Tristán y mi entendimiento se están marchando en esa dirección. Y el cuerpo y la vida de Isolda están entregados a la voluntad de las velas y del viento. ¿Dónde podré encontrarme ahora? ¿Dónde podré buscarme ahora, dónde? Ahora estoy aquí y allá, y sin embargo no estoy ni allá ni aquí. ¿Quién estuvo alguna vez tan confundido? ¿Quién estuvo alguna vez tan desgarrado? Me veo allá sobre el mar y no obstante estoy aquí en tierra. Navego allá con Tristán y no obstante estoy sentada aquí con Marc y en mí combaten con intensidad la muerte y la vida. Las dos me han envenenado. Moriría alegremente si pudiera. Pero no me lo permite aquel de quien depende mi vida. Sin embargo, ahora ya no puedo vivir de un modo que sea adecuado ni

para él ni para mí, dado que tengo que vivir sin él. Él me deja atrás aquí sola y se marcha, sabiendo perfectamente que sin él estoy muerta en lo más hondo de mi corazón. Dios sabe que es innecesario todo lo que estoy diciendo. Mi tristeza es compartida, no la soporto yo sola. Es suya tanto como mía, y acaso incluso más. Su aflicción y su dolor son mayores que los míos. El haberse tenido que despedir de mí entristece mi ánimo, pero mucho más aún el suyo. Si a mí me duele el corazón de no poder tenerle aquí conmigo, a él le duele aún mucho más. Si me quejo por su causa, él hace lo mismo por mí, si bien tiene motivos menos buenos que los míos para quejarse. Yo puedo afirmar con toda razón que mis lamentos y mis quejas por Tristán están justificados, pues mi vida depende de él. Por otra parte, su muerte está aquí conmigo. De ahí que me queje sin motivo. Con gran alegría le dejo marcharse de aquí a fin de que conserve su vida y su honra. Pues si permaneciera más tiempo conmigo, no habría para él salvación posible. Por eso debo prescindir de él. Por mucho que me oprima, él no debe tener que temer nada por mi causa. Bien es cierto que le echo en falta bajo grandes sufrimientos, pero aun así prefiero que esté muy lejos de mí, en lugar de tenerle a mi lado, sumido en un miedo incesante, para que le sucediera luego cualquier mal. Porque, Dios lo sabe, quien adquiere su provecho a cambio del infortunio del amigo, demuestra que no le ama. Sea cual sea el infortunio que yo padezca, quiero ser la amada de Tristán sin que ello le perjudique. Solo con que él llegue a ser feliz, no me importa en absoluto sufrir por toda la eternidad. Alegremente quiero obligarme en todo cuanto haga y renunciar a mí misma, con tal de que él permanezca a salvo para mí y para sí mismo[66].

Cuando Tristán llevaba, como ya he indicado, medio año o más en Alemania, empezó a sentir grandes deseos de regresar a su patria, a fin de poder tener alguna noticia de lo que se comentaba en el país acerca de su señora. Decidió abandonar Alemania y volver a emprender el camino por el que había venido, dirigiéndose hacia Normandía y desde allí a Parmenia, adonde estaban los hijos de Rual. Confiaba en poder encontrarle a él mismo y quería hablarle de su desdicha. Pero por desgracia había muerto ya, él y su esposa Floreta. Los hijos que tenía se alegraron, debéis saberlo, de todo corazón de la llegada de Tristán. La bienvenida que le dieron fue cordial y

sincera. Besaron una vez y otra sus manos y sus pies, sus ojos y su boca, y le dijeron al punto:

—Señor, Dios ha enviado con vos de regreso a nuestro padre y a nuestra madre. Buen y fiel señor, asentaos ahora aquí y volved a recuperar todo aquello que os pertenece a vos y a nosotros. Permitid que encontremos la felicidad a vuestro lado, tal y como hizo nuestro padre, que fue vuestro vasallo, cosa que nos gustaría ser a nosotros también para toda la eternidad. Nuestra madre, vuestra amiga, y nuestro padre están muertos los dos. Ahora Dios se ha apiadado de nuestra necesidad y nos ha concedido la gracia de teneros otra vez junto a nosotros.

Esto hizo que el tristísimo Tristán se viera asaltado por nuevos dolores y grandes sufrimientos. Rogó que le condujeran hasta sus tumbas. Con mucha tristeza fue hasta allí y permaneció largo rato junto a ellas, llorando y quejándose y dando expresión a su pesar. Con gran veneración dijo:

—Dios todopoderoso sabe que, si como he venido oyéndolo desde mi niñez, fuera posible llegar a enterrar en la tierra la lealtad y el honor, ambos están entonces enterrados aquí. Y si, como se dice, la lealtad y el honor están reservados para pasar a integrar un día la comunidad de Dios, entonces no me cabe duda, y no hay quien pueda negarlo, de que están los dos ante Dios. Rual y Floreta, que Dios hizo para que fueran tan dignos y magníficos sobre la tierra, han sido coronados allá también, en el lugar donde son coronados los hijos de Dios.

Los portentosos hijos de Rual ofrecieron entonces a Tristán sus casas, sus posesiones y a sí mismos, y se declararon asimismo dispuestos a servirle lo mejor que supieran. Estaban a sus órdenes incondicionalmente. Cuanto él mandara sería ejecutado con cuantos medios estuvieran a su alcance. Visitaron con él a caballeros y damas. A menudo le servían con torneos, mediante la caza y con todas aquellas cosas que valían para hacerle pasar el tiempo entretenido. Existía un ducado entre Bretaña e Inglaterra que se llamaba Arundel y lindaba también con el mar. Allí reinaba un duque que era audaz, distinguido y bastante anciano. Según nos cuenta la historia, sus vecinos le habían destruido parte de su jurisdicción despojándole de un fragmento de su territorio. Le habían infligido una completa derrota por mar y por tierra. Mucho le habría gustado a él defenderse, pero le resultó

imposible. Su esposa le había dado un hijo y una hija. Ambos eran perfectos tanto en méritos como en belleza. El hijo había sido ya armado caballero y desempeñaba su función con gran actividad. Hacía ya tres años que gozaba de gran fama y alta estima como caballero. Su hermana era hermosa y estaba soltera. Se llamaba Isolda la de las manos blancas, y su hermano era el noble Kaedín, hijo como ella del duque Jovelín. La duquesa, su madre, se llamaba Karsía. Cuando informaron a Tristán en Parmenia de que reinaba la guerra en Arundel, le vino a la mente la idea de olvidar allí un poco su tristeza. En el acto se desplazó de Parmenia a Arundel, llegando a un castillo en el que encontró al amo del país y que llevaba el nombre de Karke. Ese fue el primer sitio al que se dirigió. El señor y su séquito le dieron el recibimiento que le corresponde a un hombre de bien. Le conocían de haber oído hablar de él. Tristán, según nos cuenta la historia, era famoso por su valentía en todas las islas que hay en el océano. Por eso se alegraron mucho de su llegada. El duque se sometió a sus consejos e indicaciones. Le pidió que dispusiera como quisiera de su reino y su fama. Su hijo, el noble Kaedín, se puso completamente a sus órdenes. Todo lo que le decían que podría resultar beneficioso para su dignidad y su prestigio, él se esforzaba en conseguirlo, concentrando en ello todos sus pensamientos. Los dos estaban enzarzados en una mutua competencia, esforzándose cada uno en servir al otro. Se juraron mutuamente su amistad sincera y guardaron este juramento hasta el fin de sus días.

Tristán, que desconocía el país, llevó consigo a Kaedín y fue a ver al duque. Le formuló preguntas a fin de averiguar cómo había transcurrido la guerra contra sus enemigos y cuál era el daño mayor que le causaban y con el que seguían amenazándole. Le informaron detalladamente de cómo iba la guerra y le explicaron exactamente cuáles eran las posiciones del enemigo y hacia dónde estaban moviendo sus tropas. El duque, sin embargo, conservaba una importante fortaleza en su poder, situada en el camino por el que avanzaba el enemigo. Hacia allá se dirigieron Tristán y su compañero Kaedín con un pequeño grupo de caballeros. No estaban equipados como para poder en algún momento atreverse a presentar batalla en campo abierto. Apenas disponían de la fuerza suficiente para ir causando daño en los territorios enemigos mediante el robo y el incendio, furtivamente y sin

ser vistos. Tristán mandó en secreto un mensaje a Parmenia. Hizo saber a sus vasallos favoritos, los hijos de Rual, que necesitaba con urgencia caballeros, con más urgencia que nunca. Les pedía que le demostraran su generosidad y su honorabilidad aportándole su apoyo. Le enviaron una fuerza de quinientos caballeros, portentosamente pertrechados y con grandes provisiones de alimentos. Cuando Tristán se enteró de que venía ayuda en camino desde su país, cabalgó él mismo a su encuentro y los introdujo en el reino en el transcurso de la noche, evitando que nadie se diera cuenta de ello, a excepción de quienes eran sus aliados y le ayudaron en la empresa. Hizo que la mitad se quedara en Karke, ordenándoles que se establecieran allí y no prestaran atención a nadie que llegara hasta allí con intención de combatir, en tanto no tuvieran la seguridad de que Kaedín y él estaban también luchando allí. Entonces habrían de atacar por el frente y probar fortuna de ese modo. Luego tomó a la otra mitad y se puso con ellos en camino. Durante la noche los llevó al castillo que le había sido confiado, haciendo que sus fuerzas se escondieran allí tan bien como lo había hecho el resto en Karke.

Cuando se hizo de día a la mañana siguiente, Tristán escogió de entre los caballeros a no menos de cien. Los demás los dejó allí. Rogó a Kaedín que dijera a sus hombres que, en el supuesto de que le persiguieran hasta allá, estuvieran atentos para salir en su auxilio desde allí y también desde Karke. Entonces cruzó a caballo la frontera. Se dedicó abiertamente al pillaje y a desatar incendios por el país, dondequiera que conocía la existencia de fortalezas y campamentos de sus enemigos. Incluso antes de caer la noche, corrió por todo el reino, llegando a todos los rincones la noticia de que el noble Kaedín había emprendido una ofensiva abierta. Rugier de Doleis, Nautenís de Hantes y Rigolín de Nantes, los jefes del enemigo, se vieron muy afectados ante esta noticia. Cuantas fuerzas auxiliares y de combate estaban disponibles esa misma noche, fueron llamadas. Al día siguiente, a eso del mediodía, cuando hubieron reunido sus tropas, se encaminaron hacia Karke. Llevaban cuatrocientos caballeros o más. Contaban con establecer su campamento en Karke con toda seguridad, tal y como lo habían hecho con frecuencia anteriormente. Pero Tristán y su camarada Kaedín estaban esta vez sobre sus pasos. Cuando los otros se

creían a salvo de que se presentara alguien dispuesto a luchar contra ellos, les cayeron encima desde todos los ángulos. Ninguno de ellos había previsto que el enemigo se lanzaría contra ellos tan pronto. Así, cuando el enemigo se dio cuenta de que el combate iba en serio, iniciaron de inmediato la batalla. Se aproximaron cabalgando en cerrada formación; caballo con caballo, hombre con hombre, lanza volando contra lanza, se enfrentaron con tal enemistad que hubo numerosas pérdidas. Aquí y allá causaron mucho daño. A un lado Tristán y Kaedín, al otro Rugier y Rigolín. Aquí siempre se encontraba lo que con la espada o la lanza se estuviera buscando. Cada uno iba emitiendo su grito. «¡Caballeros Hantes, Doleis y Nantes!», se escuchaba de un lado, «¡Karke y Arundel!», desde el otro.

Cuando los hombres que permanecían en el castillo vieron que la batalla les estaba siendo favorable, atravesaron a caballo sus puertas y arremetieron contra las tropas enemigas por el flanco. Los fueron empujando a un lado y a otro en una lucha encarnizada. Al cabo de poco tiempo, habían roto y atravesado sus líneas por los dos lados. Dando golpes en todas direcciones, sembraron la destrucción entre sus enemigos como un jabalí entre ovejas. Ahora Tristán y Kaedín se disponían a ir a por los pendones y las armas de sus enemigos principales. Rugier y Rigolín y Nautenís fueron hechos prisioneros después de haber sufrido graves pérdidas en su ejército. Tristán de Parmenia y sus compatriotas cabalgaban aún por todas partes, derribando a sus enemigos para darles muerte o capturarlos. Al percatarse el enemigo de que no les servía de nada defenderse, cada uno intentó salvarse o ponerse en un lugar seguro a través de la huida o la astucia. No era otra la pretensión inmediata de cada cual. La huida, la rendición y la muerte decidieron la suerte de la batalla en beneficio de un bando. Cuando la victoria estuvo, pues, claramente decidida en favor de uno de los lados, y los enemigos hubieron sido puestos a buen recaudo y bajo vigilancia como debía ser, Tristán y Kaedín cogieron a todos sus caballeros, su ejército y sus tropas de combate, y emprendieron el camino en dirección a lo que verdaderamente era la tierra de sus enemigos. Dondequiera que encontraran a un enemigo o se enteraran de la existencia de posesiones suyas, ya fueran bienes, ciudades o fortalezas, este podía darlo por perdido. Su botín y su ganancia la enviaron a Karke. Cuando hubieron sometido por entero el país de sus

enemigos a su voluntad y dado satisfacción a su ira, teniendo también todo el territorio bajo su poder, Tristán no dejó pasar mucho tiempo antes de enviar a las tropas procedentes de su país de regreso a Parmenia. Les expresó su sentido agradecimiento por haber podido contar con su ayuda en la consecución de gran honra y una feliz victoria. El cauteloso Tristán, una vez que se hubieron marchado sus vasallos, aconsejó con relación a los prisioneros que fueran acogidos con piedad. Ellos habrían de recibir de manos de su señor lo que este les devolvía como feudo, a la vez que les daba seguridad de que los había perdonado. Prometieron luego solemnemente que esta culpa y esta violencia no le causaría ningún perjuicio al país para toda la eternidad, al menos en lo que a ellos respectaba. Todos ellos fueron puestos en libertad otra vez, tanto los jefes como sus vasallos.

Entonces Tristán se hizo una vez más acreedor, tanto en la corte como en el reino, de gran prestigio y alta honra. La corte y el país elogiaban su inteligencia y su valor. Ambos se guiaban única y exclusivamente por sus deseos. Isolda, la hermana de Kaedín, la de las manos blancas, la flor más bella del país, era distinguida y culta. Había destacado tanto gracias a su prestigio y a los elogios a los que se había hecho merecedora, que se había ganado a todo el país para sí y no se hablaba en él de otra cosa que no fuera su perfección. Al ver Tristán que era tan hermosa, sintió renovarse su dolor. Sus viejas penas de amor revivieron entonces nuevamente. Ella le recordaba vivamente a la otra Isolda, la espléndida mujer de Irlanda. Y como se llamaba Isolda, cada vez que él la veía, el nombre le robaba su dicha y su alegría, hasta el punto de que en su rostro se reflejaba el tormento de su corazón. No obstante amaba estos tormentos y era muy adicto a ellos. Le parecían agradables y buenos. Amaba este dolor, porque le daba mucho gusto verla. La razón por la que le gustaba verla era la de que la tristeza que sentía por la rubia Isolda le era más grata que cualquier otra alegría. Isolda era su dicha y su dolor. Sí, Isolda, su confusión, le hacía bien y mal. Cuanto más le quebraba el corazón una Isolda en nombre de la otra, tanto más le gustaba verla.

A menudo exclamaba para sí:

—¡Ay Dios, apiádate de mí! ¡Cuán confundido me deja este nombre! Trastoca y confunde la verdad y el error en mi razón y en mis ojos. Me somete a un extraño aprieto. Isolda resuena entre risas de un modo incesante en mis oídos y, sin embargo, no sé dónde se encuentra Isolda. Mi vista, que ve a Isolda, no ve a Isolda. Isolda está lejos de mí y, sin embargo, cerca. Me temo que he sido hechizado por Isolda por segunda vez. Creo que Cornualles se ha convertido en Arundel, Tintayol en Karke, e Isolda en Isolda. Cada vez que escucho a alguien hablar de ella como de «Isolda», pienso siempre que he encontrado a Isolda. Esto me confunde por completo. ¡Qué destino tan curioso el mío! Volver a ver a Isolda es algo que codicio desde hace mucho tiempo. Ahora me encuentro donde está Isolda y, sin embargo, no estoy junto a Isolda, por cerca que me encuentre de Isolda. A diario veo a Isolda y no la veo sin embargo. Esta es mi aflicción. He encontrado a Isolda, pero no a la rubia, la que con tanto deleite me atormenta. Es Isolda la que ha despertado en mí estas ideas sobre las que cavila mi corazón. Es la de Arundel, y no Isolda la bella. Para mi dolor, no es esa la que veo. Pero la que mis ojos divisan siempre y lleva el sello de su nombre, a esa quiero estar rendido para siempre con todo mi corazón. Quiero expresar mi agradecimiento a ese nombre bendito que tantas veces me ha entregado alegría y una vida dichosa.

Estas reflexiones acudían muchas veces a Tristán, cada vez que vislumbraba su deleitosa desgracia, a Isolda la de las manos blancas. Ella inflamó una vez más su corazón con su ardor incandescente, que en cualquier caso estaba día y noche oculto siempre en su corazón. Ya no pensaba él en el combate o en las hazañas caballerescas. Su corazón y su mente estaban ya solo orientadas hacia el amor y el placer. Buscaba su placer de manera extraña. Andaba detrás de sentir amor y la esperanza de un amor por esta muchacha llamada Isolda. Estaba dispuesto a forzar sus sentimientos para amarla, confiando en disminuir así la carga de sus penas de amor a través de ella[67]. Con mucha frecuencia le lanzaba miradas amarteladas, obsequiándola con tantas de esa especie, que ella hubo de percibir con claridad que estaba enamorado de ella. Ya desde antes había ella pensado mucho en él. Él había estado muchas veces en sus pensamientos. Desde que había escuchado y visto cómo se le elogiaba en la

corte y el país, su corazón se había inclinado hacia él. Y cuando Tristán dejó caer en un momento cualquiera su mirada casualmente sobre ella, le respondió al hombre con otra mirada tan intensa, que él se quedó pensando cómo podría arreglarlo para poner fin a todas sus penas de amor gracias a ella. Se esforzó por verla en todo momento, de la mañana a la noche, siempre que fuera posible.

No pasó mucho tiempo antes de que Kaedín se diera cuenta de las miradas que discurrían entre ambos y empezara a llevar a Tristán a donde estaba ella con más frecuencia que antes. Porque abrigaba la esperanza de que, si ella lograba ganar su corazón, él la tomaría y se quedaría allí. Entonces Kaedín tendría la posibilidad de poner fin a la guerra en todo el país con su ayuda. De ahí que le pidiera encarecidamente a Isolda que hablara con Tristán de la manera que él mismo le indicaría, y que no hiciera jamás nada sin consultar antes con él o con su padre. Isolda accedió a esta petición, pues coincidía con sus propios deseos. Volvió a incrementar la amistad que le dispensaba a Tristán. Le hizo partícipe de todo lo que puede enredar el pensamiento y despertar el amor en el corazón. Con palabras y actos de toda índole fue persiguiéndole por todas partes, hasta que al final le inflamó, logrando que el nombre de ella resonara con dulzura en sus oídos, los mismos en los que había producido antes dolor. Escuchaba y veía a Isolda con mayor placer del que había previsto. Lo mismo le ocurría a Isolda con respecto a él. Ella lo veía con agrado y le profesaba afecto. Él pensaba en ella y ella en él. Entonces se juraron mutuamente amor y amistad, y empezaron a cuidar estos sentimientos con ahínco y en cualquier momento, siempre y cuando lo permitiese el decoro.

Un día estaba sentado Tristán pensando acerca de su vieja aflicción. Reflexionaba para sí sobre los muchos y muy diversos sufrimientos que su otra vida, Isolda, la reina rubia, la llave que llevaba a su amor, había padecido por su causa y cómo a pesar de ello había permanecido constante en su desdicha. Le oprimía y le llegaba muy hondo el que hubiera sido capaz de incluir a otra mujer con amor en su corazón además de Isolda o llegado incluso a poder considerar tal posibilidad. Apesadumbrado se dijo:

—¡Infiel de mí, qué es lo que estoy haciendo! De una cosa estoy seguro: mi corazón y mi vida, Isolda, con quien me he portado con tal confusión en

mis sentidos, no ama o valora en el mundo nada que no sea yo, ni existe cosa que pueda llegar a serle más cara. Yo, en cambio, amo y deseo una vida que es incomparable con la de ella. No sé lo que ha podido confundirme hasta ese punto. ¡Qué habrá podido sucederte, Tristán, para que seas tan infiel! Amo a dos Isoldas, siento afecto hacia las dos, y no obstante mi otra vida, Isolda, solamente le guarda su afecto a un Tristán. Esta otra no quiere a ningún otro Tristán a excepción de mí, y sin embargo yo me esfuerzo por conseguir a otra Isolda. ¡Pobre de ti, estúpido y desorientado Tristán! ¡Abandona esta locura y renuncia a esa intención aviesa!

De este modo renunció a sus intenciones. Reprimió su amor y los deseos que, a pesar de todo, sentía hacia la muchacha Isolda. Ello no obstante, le siguió mostrando con frecuencia un comportamiento tierno, con lo que ella se creyó segura de poseer las pruebas de su amor. Pero las cosas eran diferentes. Eran como debían ser: Isolda había despojado a Tristán de Isolda en su interior. En su corazón, Tristán había vuelto a su amor original. Su corazón y sus pensamientos no experimentaban nada más que su dolor de antaño. Sin embargo, él mostraba su educación cortesana. Cuando se dio cuenta de que en la muchacha comenzaban a moverse las penas de amor, se esforzó por todos los medios en darle motivos de alegría. Le contaba a Isolda bonitas historias, le cantaba, le componía versos y le leía. Todo lo que le causara regocijo, él se esforzaba en realizarlo para ella. Le hacía compañía, la entretenía con canciones y a veces también con interpretaciones musicales. Tristán hacía uso de su inventiva componiendo para todos los posibles instrumentos de cuerda canciones y muchas bellas melodías que gozan de gran aprecio desde entonces. Por aquel tiempo escribió también el maravilloso lay de Tristán, que será tan amado y estimado en todas partes mientras haya vida en este mundo. A menudo se daba la circunstancia, cuando estaba sentada toda la corte junta, él, Isolda y Kaedín, el duque y la duquesa, las damas y los barones, de que él compusiera entonces canciones, rondós y pequeñas melodías cortesanas, a las que siempre añadía este estribillo: «Isolda, mi amada, Isolda, mi amiga, en vos mi muerte, en vos mi vida». Y puesto que lo cantaba con tanto sentimiento, todos ellos creían, y estaban firmemente convencidos, de que

se refería con ello a Isolda. Todos se alegraban mucho de ello, pero ninguno tanto como su amigo Kaedín. Era él quien le hacía entrar y salir, sentándolo siempre al lado de su hermana. Ella se alegraba a causa de él de todo corazón. Siempre se estaba ocupando de él y le consagraba su tiempo con devoción. Sus ojos claros y sus pensamientos solamente se preocupaban por él. En ocasiones ocurría también que su débil doncellez dejaba momentáneamente de lado su castidad y su vergüenza. Entonces Isolda ponía ante todo el mundo sus manos en las de él, tal y como si lo hiciera para darle gusto a Kaedín. Pero por mucho que este se las prometiera muy felices, ella no dejaba por ello de disfrutar al hacerlo.

La muchacha se comportaba ante el hombre con tanto cariño, reía y sonreía, charlaba y comentaba, adulaba y bromeaba tanto, que volvió una vez más a inflamarle, haciéndole oscilar nuevamente, tanto en su ánimo como en su pensamiento, en relación con su amor. Ya no estaba seguro de sí mismo en lo que respectaba a Isolda, si quería o no quería. Además, le inquietaba mucho el que ella fuera tan extremadamente cariñosa para con él. Con frecuencia pensaba para sí: «¿Quiero o no quiero? Creo que sí, creo que no». Pero entonces se alzaba en él la constancia y decía:

—No, señor Tristán, contempla tu lealtad para con Isolda, piensa una y otra vez en la fiel Isolda, que no se apartó de ti ni un palmo.

Así volvía a renunciar a estos pensamientos, yendo a parar de nuevo a su vieja desdicha a causa del amor que le guardaba a Isolda, la reina de su corazón, alterando su conducta y su forma de ser hasta tal punto que lo único que hacía era lamentarse. Y cuando regresaba junto a Isolda, iniciando una conversación con ella, se olvidaba por completo de sí mismo y se limitaba a estar sentado a su lado suspirando. De esta forma se hizo patente su aflicción secreta, y toda la corte pensó que su dolor y sus quejas eran únicamente a causa de Isolda. No les faltaba razón, verdaderamente. La tristeza y los sufrimientos de Tristán procedían tan solo de Isolda. Isolda era su desgracia. Pero en modo alguno era la que ellos creían, la de las manos blancas. Era Isolda la bella, no la de Arundel. Mas eso es lo que todos pensaban. La propia Isolda lo creía también y andaba por tanto completamente descaminada. Porque Tristán deseaba a su Isolda con tanta vehemencia, que ella no habría sido capaz de desearle a él con más fuerza.

De este modo transcurrió para ellos el tiempo con dos clases distintas de sufrimiento. Ambos deseaban y sentían una tristeza que era, sin embargo, muy poco semejante. El amor y los deseos de ella eran irreconciliables con los de él. No marchaban juntos por la senda del amor en común, ni Tristán ni la muchacha Isolda. Tristán quería para su dolor a otra Isolda, e Isolda no quería a ningún otro Tristán. La de las manos blancas amaba y pensaba solo en él. Con él estaban su corazón y sus pensamientos. La aflicción de él era el dolor de ella. Y si en alguna ocasión ella le veía con el rostro tan pálido y le escuchaba entonces emitir un hondo suspiro, se lo quedaba mirando con fervor y suspiraba con él. Con gran sentido de compañerismo portaba siempre con él su sufrimiento, cuando a ella nada le incumbía. El sufrimiento de él la oprimía tanto, que a él le hacía daño, más por verla a ella que por él mismo. El amor y la amistad que ella le profesaba con tanta constancia le oprimían mucho. Lamentaba él que ella confiara en su amor teniendo tan poco motivo, y que le hubiese dado su corazón con una esperanza tan carente de futuro. Sin embargo, no dejó de mostrar su educación cortesana, esforzándose incesantemente y del modo mejor que sabía para arrancarla de ese dolor mediante su conducta y sus conversaciones. Mas ella había ido a parar a una aflicción demasiado ancha y profunda. Y cuanto más porfiaba y se esforzaba él por ella, tanto más inflamaba a Isolda, la muchacha, de hora en hora, hasta que hubo llegado finalmente al punto de verse dominada por el amor. Entonces orientaba hacia él su conducta, sus palabras y sus miradas con tanto fervor y dulzura, que él cayó por tercera vez en la tortura de la indecisión, permitiendo que la nave de su corazón fuera otra vez a la deriva y oscilara en un mar de pensamientos procelosos. Esto no resultaba sorprendente. Pues Dios sabe que el placer que está siempre sonriéndole al hombre ante su vista acaba cegando sus ojos y su razón, y atrayendo por fin su corazón.

Quienes amen podrán deducir de la historia en este punto que es decididamente más fácil soportar un dolor distante a causa de un amor distante, que amar estando cerca sin tener ningún amor cercano. Sí, ciertamente, hasta donde a mí se me alcanza, es más fácil para un hombre desear y prescindir de un amor tierno a distancia que desear y prescindir desde cerca, y le resultará menos difícil renunciar al amor en la lejanía que

abstenerse del que tiene cerca. Fue así como Tristán se enmarañó. Añoraba un amor distante y padeció gran sufrimiento por aquel que no podía ver ni escuchar, mientras que se abstenía de gozar del amor cercano que sus ojos podían contemplar a menudo. Sin cesar ansiaba estar con la luminosa y rubia Isolda de Irlanda, y evitaba a la de las manos blancas, la distinguida muchacha de Karke. Padecía intensos tormentos por aquella y se mantenía apartado de esta. Así le volvieron loco las dos. Quería y a la vez no quería a Isolda y a Isolda. Evitaba a una y buscaba a la otra. Isolda, la doncella, le había hecho entrega por completo de su añoranza, su fidelidad y su sinceridad. Ella deseaba estar con quien la evitaba, persiguiendo al que de ella huía. Era culpa de él: ella había sido engañada. Tristán la había confundido de tal modo con el comportamiento de sus ojos y su lengua, que ella creía poder sentirse completamente segura del corazón y las intenciones de él. Mas de todos los equívocos a los que Tristán la sometía, el más importante, el que penetraba con más fuerza en su corazón, impulsándola a amarle, era el que a él le gustara tanto cantar:

—Isolda, mi amada, Isolda, mi amiga, en vos mi muerte, en vos mi vida.

Esto atraía el corazón de ella enteramente hacia él. Era esto lo que inflamaba su amor. Estas palabras hacían mella en su corazón, y seguía al hombre que huía con tanto encanto, que le alcanzó a la cuarta tentativa por obtener su amor mientras él escapaba de ella, logrando así que se volviera hacia ella y empezara otra vez a cavilar de día y de noche, reflexionando angustiado sobre sí mismo y su vida.

—Ay, señor —pensaba—, cuán confundido estoy a causa del amor. Si este amor, que tanto me confunde, que me roba la vida y la razón, ha de recibir alivio alguna vez en este mundo, ello ha de suceder a través de un amor nuevo. He leído muchas veces, y lo sé exactamente, que un amor es capaz de robarle al otro su poder. El río y la corriente del Rin no son en ningún lugar tan poderosos como para que no pudieran ser diversificados en afluentes aislados hasta el punto de que disminuyera su poder. De esta forma, el gran Rin se queda en algo apenas mayor que una pequeña acequia. No hay fuego tan vigoroso que, si uno lo intenta, no pueda ser dividido en hogueras separadas, hasta que solo siga ardiendo débilmente. Igual le

ocurre al amante. Puede llevar a cabo un juego similar. Puede ir derivando sus sentimientos en afluentes separados tantas veces como quiera, dividiendo y bifurcando sus afectos en tantas direcciones, que lo que quede al final será tan poco que no pueda ya hacerle daño. Sin duda puede sucederme a mí lo mismo. Si divido y bifurco mi amor y mi añoranza entre más de una mujer, si oriento mis ideas hacia más de un amor, entonces acaso me convierta en un Tristán sin tristeza. Lo voy, pues, a intentar. Si la suerte me es favorable, es tiempo de que lo haga. Porque la fidelidad y el amor que le guardo a mi señora de poco pueden servirme. En ella dilapido mi vida y me dilapido yo, y sin embargo, no me ayuda en nada a vivir. Padezco inútilmente este dolor y esta aflicción. Ay, dulce amada, queridísima Isolda, esta vida nuestra está demasiado separada. Las cosas ya no son como antes, cuando los dos portábamos unidos un solo bienestar y un solo pesar, una sola dicha y un solo sufrimiento. Para dolor mío las cosas ya no son así. Ahora yo estoy triste, y vos estáis contenta. Mis sentidos ansían vuestro amor, y vuestros sentidos ansían algo que, supongo, no soy yo. La dicha a la que por vos renuncio, ay, dolor, la disfrutáis vos con tanta frecuencia como queráis. Además estáis casada. Marc, vuestro esposo, y vos estáis siempre juntos en casa. Yo, en cambio, estoy en un país extranjero sin compañía. Me temo que no será mucho el consuelo que vaya a recibir de vos, y sin embargo, no podré nunca separaros de mi corazón. ¿Cómo habéis podido enajenarme de mí mismo así, puesto que no ansiáis ya estar conmigo y sois capaces de prescindir así de bien de mi compañía? Ay, deliciosa reina Isolda, ¡con qué hondo tormento del corazón transcurre mi vida por vos! Y, sin embargo, no me amáis hasta el punto de que hayáis preguntado hasta ahora por mí, a fin de averiguar algo sobre mi vida aquí. ¿Ella preguntar por mí? Ay, ¡pero qué cosas estoy diciendo! ¿Cómo iba a preguntar por mí, cómo averiguar algo sobre mi vida? Hace ya tanto tiempo que estoy en manos de vientos harto imprevisibles. ¿Cómo podría alguien encontrarme? No puedo figurarme la manera. Si me buscan allá, estoy aquí. Si me buscan aquí, estoy allá. ¿Cómo van a buscarme, y dónde? ¿Que dónde se me encuentra? Donde estoy. Los países no se marchan corriendo. Yo al fin y al cabo estoy en estos países. Ahí se debe encontrar a Tristán. Sí, si hubiera alguien dispuesto a ponerse a ello, buscaría hasta encontrarme.

Pues quien desea encontrar al que anda errante, no tiene meta fija para su búsqueda, y ha de aplicar su entusiasmo para bien o para mal, si es que quiere obtener algún resultado. Mi señora, de la que depende mi vida, debería, Dios lo sabe, haber hecho entretanto averiguaciones discretas por todo Cornualles e Inglaterra, Francia y la Normandía, mi propio reino, Parmenia, o cualquier lugar en donde le dijeran que estaba su amado Tristán, ella debería haber mandado explorar todos esos territorios, si yo le siguiera importando. Pero ya nada significo para ella, la mujer a quien amo y venero más que a mi cuerpo y mi alma. Por ella evito a todas las demás mujeres, teniendo que prescindir también de ella. No puedo demandar de ella lo que en este mundo me otorgaría la alegría y una vida dichosa[68].

Bibliografía

Ediciones de Eilhart von Oberg

Eilhart von Oberge, ed. Franz Lichtenstein, Trübner, Estrasburgo 1877 (reimpresión: Olms, Hildesheim/Nueva York 1973).

—, *Tristrant. Synoptischer Druck der ergänzten Fragmente mit der gesamten Parallelüberlieferung*, ed. Hadumod Bußmann, Niemeyer, Tubinga 1969.

—, *Tristrant. Édition diplomatique des manuscrits et traduction en français moderne*, ed. Danielle Buschinger, Kümmerle, Göppingen 1976.

—, *Tristrant und Isalde. Prosaroman*, ed. Alois Brandstetter, Niemeyer, Tubinga 1966.

Ediciones de Gottfried von Strassburg

Gottfried von Straßburg, *Tristan und Isold*, ed. Friedrich Ranke, Weidmann, Dublín/Zúrich 1978 (1.ª ed. 1930).

—, *Tristan*, ed. Karl Marold. Unveränderter vierter Abdruck nach dem dritten mit einem auf Grund von Friedrich Rankes Kollationen verbesserten Apparat besorgt von Werner Schröder, W. de Gruyter, Berlín/Nueva York 1977.

—, *Tristan*, nach der Ausgabe von Reinhold Bechstein herausgegeben von Peter Ganz, Brockhaus, Wiesbaden 1978.

—, *Tristan*, nach dem Text von Friedrich Ranke neu herausgegeben, ins Neuhochdeutsche übersetzt, mit einem Stellenkommentar und einem

Nachwort von Rüdiger Krohn, Reclam, Stuttgart 1980.

Otros textos

De Riquer, Isabel (ed.), *Tristán e Iseo*, Siruela, Madrid 2001.

Marchello-Nizia, Christiane y otros (eds.), *Tristan et Yseut: les premières versions européennes*, Gallimard, París 1995.

Crítica e interpretación

Baisch, Martin, *Textkritik als Problem der Kulturwissenschaft. Tristan-Lektüren*, W. de Gruyter, Berlín 2006.

Chinca, Mark, *Gottfried von Strassburg: Tristan*, Cambridge Univ. Press, Cambridge 1997.

Ferrante, Joan M., *The Conflict of Love and Honor. The Medieval Tristan Legend in France, Germany and Italy*, Mouton, The Hague/París 1973.

Grimbert, Joan Tasker, *Tristan and Isolde. A Casebook*, Taylor & Francis, Nueva York / Londres 1995.

Gruenter, Rainer, *Tristan-Studien*, C. Winter, Heidelberg 1993.

Hasty, Will, *A Companion to Gottfried von Strassburg's 'Tristan'*, Camden House, Rochester 2003.

Haug, Walter, *Der Tristanroman im Horizont der erotischen Diskurse des Mittelalters und der frühen Neuzeit*, Universitätsverlag, Friburgo (Suiza) 2000.

Huber, Christoph, *Gottfried von Straßburg: Tristan*, Schmidt, Berlín 2000.

— **y Millet, Victor**, *Gottfrieds von Straßburg: Tristan. Kolloquium Santiago de Compostela, 5.-8. April 2000*, Niemeyer, Tubinga 2001.

Jackson, W. T. H., *The Anatomy of Love. The Tristan of Gottfried von Strassburg*, Columbia University Press, Londres/Nueva York 1971.

Jaeger, C. Stephen, *Medieval Humanism in Gottfried von Strassburg's Tristan und Isolde*, C. Winter, Heidelberg 1977.

Keck, Anna, *Die Liebeskonzeption der mittelalterlichen Tristanromane. Zur Erzähllogik der Werke Bérouls, Eilharts, Thomas' und Gottfrieds*, W. Fink, Múnich 1998.

Mertens, Volker, «Eilhart, der Herzog und der Truchseß. Der Tristrant am Welfenhof», en *Tristan et Iseut, mythe européen et mondial*, ed. Danielle Buschinger, Kümmerle, Göppingen 1987, págs. 262-281.

Mieth, Dietmar, *Dichtung, Glaube und Moral. Studien zur Begründung einer narrativen Ethik mit einer Interpretation zum Tristanroman Gottfrieds von Straßburg*, Gruenewald, Maguncia 1976.

Müller, Jan-Dirk, «Die Destruktion des Heros oder wie erzählt Eilhart von passionierter Liebe?», en *Il romanzo di Tristano nella letteratura del Medioevo-Der «Tristan» in der Literatur des Mittelalters*, ed. Paola Schulze-Belli y Michael Dallapiazza, Associazione di cultura medioevale, Trieste 1990, págs. 19-37.

Schnell, Rüdiger, *Suche nach Wahrheit. Gottfrieds «Tristan und Isold» als erkenntniskritischer Roman*, Niemeyer, Tubinga 1992.

Stevens, Adrian / Wisbey, Roy, *Gottfried von Strassburg and the Medieval Tristan Legend. Papers from an Anglo-North American Symposium*, University Press, Cambridge 1990.

Strohschneider, Peter, «Herrschaft und Liebe. Strukturprobleme des Tristanromans bei Eilhart von Oberg», en *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, 122 (1993), págs. 36-61.

Tomasek, Tomas, *Die Utopie im «Tristan» Gottfrieds von Straßburg*, Niemeyer, Tubinga 1985.

Wolf, Alois, *Gottfried von Straßburg und die Mythe von Tristan und Isolde*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 1989.

Eilhart Von Oberg fue un poeta alemán de finales del Siglo XII. Se le conoce exclusivamente por su glorioso romance escrito, la fabulosa *Tristán e Isolda*.

Gottfried von Straßburg (muerto ca. 1215) fue uno de los poetas alemanes más importantes de la Edad Media. Vivió a finales del siglo XII y principios del siglo XIII. Fue contemporáneo de Hartmann von Aue, Wolfram von Eschenbach y Walther von der Vogelweide. Una de sus más afamadas obras fue *Tristán*, uno de los caballeros de la mesa redonda en la narración arturiana. La leyenda cuenta el idilio del caballero Tristán con una princesa irlandesa llamada Isolda, aunque es mejor conocida como «Isolda la Bella».

Notas

[1] Véanse el clásico estudio de Theodor Frings y Max Braun, *Brautwerbung*, Leipzig 1947 (Berichte über die Verhandlungen der Sächsischen Akademie der Wissenschaften, Philologisch-historische Klasse 96/2); así como la obra de referencia de Friedmar Geißler, *Brautwerbung in der Weltliteratur*, Niemeyer, Halle 1955. <<

[2] Gertrude Schoepperle, *Tristan and Isolt. A Study of the Sources of the Romance*, 2.ª ed., Columbia Univ. Press, Nueva York 1960. Cf. también el artículo de Rachel Bromwich, «Some remarks on the celtic sources of *Tristan*», en *Transactions of the Honourable Society of Cymmrodorion*, 1953, págs. 32-60. <<

[3] Hugo Kuhn, Tristan, Nibelungenlied, Artusstruktur, Múnich 1973 (Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, phil.-hist. Klasse 1973/5). <<

[4] Walter Haug, «Die Tristansage und das persische Epos *Wîs und Râmîn*», en *Germanisch-romanische Monatsschrift*, 54 (1973), págs. 404-423. <<

[5] Samuel Singer, *Arabische und europäische Poesie im Mittelalter*, Berlín 1918 (Abhandlungen der preussischen Akademie der Wissenschaften, philosophisch-historische Klasse 1918/13); véase también su posterior artículo «Arabische und europäische Poesie im Mittelalter», en su libro *Germanisch-romanisches Mittelalter*, Niehans, Zúrich/Leipzig 1935, págs. 151-169. <<

[6] Betty C. Bushey (ed.), *Tristan als Mönch*, Kümmerle, Göppingen 1974. <<

[7] Volker Mertens, «Intertristanisches. Tristan-Lieder von Chrétien de Troyes, Bernger von Horheim und Heinrich von Veldecke», en *Kultureller Wandel tages* 1991, vol. 3, ed. Johannes Janota, Niemeyer, Tubinga 1993, págs. 37-55. <<

[8] Quiero expresar mi cordial gratitud a todos los que me han ayudado en la preparación de este volumen con sus críticas o sugerencias, proporcionándome bibliografía o, sencillamente, dejándome tiempo para terminarlo: tanto a mi familia, en primer lugar, como a mis amigos, sobre todo Rafael, mi lector más fiel e *interactivo*, mis maestros, mis alumnos y el equipo editorial. <<

[1] Ludwig Wolff y Werner Schröder, «Eilhart von Oberg», en *Die deutsche Literatur des Mittelalters. Verfasserlexikon*, ed. Kurt Ruh y otros, vol. 2, de Gruyter, Berlín 1979, cols. 410-418. <<

[2] Heinrich von Veldecke, *Eneasroman. Die Berliner Bilderhandschrift mit Übersetzung und Kommentar*, ed. Hans Fromm, Deutscher Klassiker Verlag, Frankfurt 1992. <<

[3] Dieter Kartschoke, «Eneas-Erec-Tristrant. Zur relativen Chronologie der frühen höfischen Versromane», en *Philologische Untersuchungen gewidmet Elfriede Stutz zum 65. Geburtstag*, ed. Alfred Ebenbauer, W. Baumüller, Viena 1984, págs. 212-222. <<

[4] Dieter Kartschoke (ed.), *Das Rolandslied des Pfaffen Konrad*, 2.ª ed., Reclam, Stuttgart 1996; Bernhard Sowinski (ed.), *Herzog Ernst. Ein mittelalterliches Abenteuerbuch*, 2.ª ed., Reclam, Stuttgart 1979. <<

[5] James Schlutz, «Why Do Tristan and Isolde Leave for the Woods? Narrative Motivation and Narrative Coherence in Eilhart von Oberg and Gottfried von Straßburg», en *Modern Language Notes*, 102 (1987), págs. 586-607. <<

[6] Sobre este asunto véase el estudio de Peter Strohschneider citado en la Bibliografía. <<

[7] Este aspecto ha sido puesto de relieve por Jan-Dirk Müller en el trabajo mencionado en la Bibliografía. <<

[8] Véase la edición de Danielle Buschinger citada en la Bibliografía. <<

[1] La figura de Tinas, el senescal de la corte del rey Marc, recibe un tratamiento muy destacado en el texto de Eilhart; compárese si no con la total desaparición de este personaje en la obra de Gottfried. Se ha señalado que este hecho podría deberse a la posición ocupada por Jordan von Blankenburg, senescal en la corte del duque güelfo Enrique el León y de su hijo, Enrique de Brunswick. Jordan von Blankenburg estuvo al servicio de los duques nada menos que desde 1161 hasta 1221 y fue el primer senescal de la corte de Sajonia, pero —como en el caso de Tinas— el cargo parece haber sido solo honorífico, pues se trataba de una de las personas más ricas e influyentes del país. Como consejero del duque, fue uno de los pocos que lo acompañaron al exilio en Normandía e Inglaterra entre 1182 y 1189, donde pudieron conocer la materia tristaniana. Incluso hay motivos para pensar que fue Jordan mismo, y no el duque, quien actuara como mecenas de Eilhart. Para estos detalles, véase el artículo de Volker Mertens citado en la Bibliografía. <<

[2] En Eilhart es frecuente el salto del estilo indirecto al directo, o viceversa, en mitad del discurso. En la traducción, este cambio suele quedar mitigado por las exigencias estilísticas del castellano moderno. En cambio, en los casos en que eso ocurre en mitad de una oración, como el presente y algún otro que aparecerá más adelante, he procurado mantener la brusca ruptura de la frase, porque me parece un rasgo propio del autor y característico de la representación oral de la obra. <<

[3] En el manuscrito H, Tristán es más preciso y dice venir de Inglaterra; en el manuscrito D afirma ser de Jemsetir, lugar inexistente que con toda probabilidad parte de una lectura corrompida. <<

[4] Un marco es media libra de oro (en algunos casos también de plata). Mil marcos son, pues, unos 250 kilos de oro. <<

[5] En el siglo XII el herraje de los caballos todavía no estaba extendido por todos los países; según este texto, esa práctica no habría sido introducida en Irlanda en la época en que se sitúa la historia, de modo que las huellas del corcel de Tristán podían llamar la atención. Al contrario de los fragmentos antiguos, a los que sigo, los manuscritos D y H hablan de distintos modos de herraje en Irlanda y en Cornualles, motivo a todas luces menos plástico y efectivo. <<

[6] Nótese que, según Eilhart y como ya se ha señalado en el Prólogo, el bebedizo produce un doble efecto. De una parte induce el amor en quienes lo toman; de la otra despierta en ellos un deseo erótico irreprimible. Esta pasión tiene una duración limitada, pero a pesar de ello es la que en verdad creará problemas a los amantes porque los obliga a permanecer juntos en la corte. El amor, en cambio, no está sujeto a una limitación temporal y sobrevivirá a la separación. Esto implica una distinción entre un aspecto del amor que resulta problemático y otro que no. <<

[7] A partir de aquí, Isolda apela repetidas veces al amor como personificación de un concepto abstracto. Dado que en altoalemán medio el sustantivo *minne* (amor) es femenino, la apelación se dirige a *vrouwe Minne* (doña Minne). Para no disociar la personificación de aquello que representa, masculinizo esta figura para adaptarla al género del sustantivo castellano, y la traduzco siempre por «don Amor». La misma solución adopta Bernd Dietz en la traducción de la obra de Gottfried. Sobre el monólogo de Isolda en general, véase Hadumod Bußmann, «Der Liebesmonolog im frühhöfischen Epos. Versuch einer Typenbestimmung am Beispiel von Eilharts IsaldeMonolog», en *Werk-Typ-Situation. Festschrift Hugo Kuhn*, ed. Ingeborg Glier, Metzler, Stuttgart 1969, págs. 45-63. <<

[8] Esta interrupción del relato para apelar al oyente —junto con otra que aparece más adelante—, no solo refleja que la obra se concibió para ser recitada en público, sino que exige al receptor abandonar la mera atención pasiva, e intervenir para dirigir la acción de la obra; el autor involucra al receptor en el intento de mantener a los amantes unidos, ahora que por primera vez tienen que separarse. En este sentido, se trata de una estrategia más para conseguir la inclinación del público en favor de la pareja, sin que ello conlleve una visión negativa del rey. <<

[9] La frase de Marc resulta suficientemente unívoca, sobre todo cuando se comprueba —en las líneas siguientes— que ante Branguena y en público el rey insiste en autorizar y tolerar explícitamente la proximidad entre Tristán e Isolda en los propios aposentos reales. Pero este permiso verbal del rey para consumar el adulterio es mucho más contundente en el manuscrito H, donde Marc utiliza un eufemismo diáfano al afirmar: «Te autorizo a mostrarle afecto y a que él comparta tu intimidad y yazca contigo». <<

[10] El significado de esta espada colocada entre los amantes, que obviamente es un símbolo visual, resulta de difícil comprensión, dada su falta de lógica en el contexto narrativo. Nada explica por qué los amantes colocan entre sí una espada en la soledad del bosque y en un tiempo de total entrega el uno al otro; de hecho, Eilhart mismo se extraña de este detalle, aunque lo conserva porque lo va a necesitar. El gesto de Tristán parece indicar una relación de derecho entre los amantes, pues la espada es símbolo del juez. Ahora bien, tanto podría entenderse que Tristán pretende expresar su derecho sobre Isolda como conquistador fáctico de la mujer, como podría tratarse también, por el contrario, de un recuerdo del símbolo utilizado hasta el siglo XII por los procuradores que conducían a la futura esposa al lugar en que se encontraba el rey, quienes yacían al lado de la dama con la espada entre ambos para indicar una *consumación* jurídica del matrimonio. Véase Wolfgang Mohr, «Tristan und Isolde», en *Germanisch-romanische Monatsschrift*, 26 (1976), págs. 54-83. <<

[11] Tristán es desterrado sin poder siquiera regresar a la corte. La versión de Béroul, donde el héroe primero entra en palacio y luego es expulsado del país, tiene menos lógica narrativa y no parece tan coherente con el episodio del juicio. A diferencia de las demás versiones tristanianas, Eilhart no narra el episodio de la ordalía de Isolda, que debería aparecer, estructuralmente hablando, en esta posición. El motivo consiste en que la reina, antes de ser reintegrada a la corte, debe demostrar que no ha estado con ningún otro hombre. Solo un engaño urdido con la ayuda de Tristán le permite formular el juramento y pasar la prueba de fuego pertinente. Más que un desinterés de Eilhart por el personaje femenino, como afirma Jan-Dirk Müller (cf. el artículo citado en la Bibliografía), creo que la causa reside en que el autor no quiso entrar en el delicado asunto del juramento ambiguo, sobre todo teniendo en cuenta la relación de complicidad que el senescal guarda con los amantes —y con sus engaños— en ese episodio según la versión de Béroul (que presuponemos fuente de Eilhart o próximo a la misma). <<

[12] El *wulfesîsen* es una trampa para lobos, consistente en clavar en el suelo unas cuchillas camufladas para que, a su paso, el lobo se corte con ellas y quede incapacitado. <<

[13] Como siempre, Tristán va acompañado de Curneval. <<

[14] El nombre parece una adaptación del topónimo La Reole (Garonne), donde Ricardo Corazón de León convocó cortes en repetidas ocasiones y donde estuvo, en febrero de 1190, Enrique de Brunswick, el hijo del duque de Sajonia Enrique el León. <<

[15] El rey ostrogodo Teodorico, conocido en la literatura alemana como Dietrich von Bern (Teodorico de Verona), es el personaje principal de la leyenda heroica germánica continental más famosa de la Edad Media, que cuenta los sucesivos intentos del protagonista para regresar de su largo exilio en la corte huna y reconquistar el trono de Italia que le fue usurpado por Ermanarico. Hildebrando es el protagonista de una historia que, ya en época temprana, debió de fusionarse con el otro relato y que narra cómo este héroe, presentado como el fiel compañero de Teodorico y único hombre que sobrevive todo el exilio y los tres intentos de regreso a la patria, se enfrenta en el campo de batalla a un paladín de Ermanarico, del que, tras matarlo, descubre que es su hijo, que hizo carrera militar con el enemigo. Ambos héroes aparecen juntos en numerosos textos épicos del siglo XIII como paradigma de luchadores incansables. Véase Joachim Heinzle, *Einführung in die mittelhochdeutsche Dietrichepik*, De Gruyter, Berlín 1999. <<

[16] En dos ocasiones, Tristán e Isolda se encuentran en el bosque de Blancatierra (*Blankenlande* en el original) y puede pensarse que la repetida aparición de este nombre de lugar, situado en la proximidad del castillo del senescal Tinas, sea un homenaje a la tierra de procedencia del senescal güelfo Jordan von Blankenburg (véase la nota 1). Si bien es cierto que en la versión de Béroul aparece una *Blanche lande* en el episodio de la ordalía de Isolda, de donde Eilhart podría haber tomado este nombre, el autor alemán no incluyó el pasaje del falso juramento en su poema (véase la nota 11), de modo que no había tampoco necesidad de adoptar el topónimo. Además, la traducción del francés blanche lande no es *Blankenlande*, sino que sería algo así como *wîze heide* (blanca landa). <<

[17] Para este salto abrupto del estilo indirecto al directo, que se produce otra vez unas líneas más abajo, véase la nota 2. <<

[18] El 29 de septiembre. <<

[19] En torno a 1200, el chelín de oro correspondía a cuarenta peniques, el de plata a doce y el «chelín largo» a treinta. El texto no especifica qué clase de chelines dio Tristán a Piloís, pero por el adjetivo «buenos» parece seguro que no se trataba de los de plata. Para estimar el valor real de un chelín «largo» (y, en consecuencia, de los demás), puede señalarse que en las cuentas de viaje del arzobispo de Passau, Wolfger von Erla, uno de los más importantes mecenas de la literatura alemana medieval, figura un registro de gasto para el día 12 de noviembre del año 1203, según el cual a Walther von der Vogelweide, uno de los principales trovadores de la época, le fueron entregados cinco chelines «largos» para la adquisición de un abrigo de piel. Véase Manfred Günter Scholz, *Walther von der Vogelweide*, Metzler, Stuttgart 1999. <<

[20] Se trata del Mont St. Michel, en Normandía, y de St. Michael's Mount, en Cornualles. La pequeña historia que Eilhart construye a partir de la coincidencia de ambos nombres para permitirle a Piloís esconder su procedencia hace pensar en un conocimiento directo de estas poblaciones por parte del autor o de su público. Téngase en cuenta que el duque de Sajonia estuvo exiliado primero en Normandía y luego en Inglaterra; allí pudieron conocerse estos detalles geográficos. Además, los duques sajones fundaron, cerca de Blankenburg, el monasterio de Michaelstein (Roca de San Miguel), cuyo nombre sin duda está tomado de las poblaciones anteriormente citadas. Recuérdese, por último, el ermitaño Miguel que aparece a la llegada de Tristán al reino de Havelín. <<

[21] No está muy claro lo que significa el término *schurpe* (v. 7448), que aparece en dos manuscritos (D y St), pues solo está documentado en este texto. Los diccionarios señalan que, por su proximidad a *schorpe* (tortuga, escorpión), podría indicar una concha de peregrino. En tal caso, se trataría de la primera referencia en la literatura alemana a la costumbre de los peregrinos de Santiago de Compostela de llevar conchas en su camino de vuelta, y de una de las primeras documentaciones en general de esta costumbre, después del *Liber Sancti Iacobi* del Códice Calixtino (trad. española de A. Moralejo, C. Torres y J. Feo, Santiago de Compostela 1951). Sin embargo, Lichtenstein argumenta que *schurpe* podría entenderse también como una variante de *scherpe* (faja), que también es una pieza típica del atuendo de peregrino. Por último, los manuscritos B y H coinciden en hablar de un zurrón (*tasche*), que junto con el bastón es un atributo más frecuente y genérico del peregrino. <<

[22] Sobre la apelación al oyente, véase lo dicho en la nota 8. La función de este diálogo ficticio entre narrador y público es más lúdica que la de aquel, y su efecto retardador sirve para generar expectación. <<

[23] Este es el único diálogo de despedida entre los amantes en esta versión. Desde luego, no admite comparación con la profundidad que alcanza el de la obra de Gottfried. Obsérvese también que la mención del anillo como señal de identificación parece aquí fuera de lugar, pues la joya ya ha sido utilizada en más de una ocasión. Esto lleva a pensar que Eilhart podría haber situado en este punto un diálogo que en su fuente figuraba en una posición anterior. <<

[24] Se trata del mayordomo enviado por Tristán, de quien hay que suponer que fue a Cornualles como mercader, dado que como forastero no podía acceder a la reina pero con este fingimiento podía lograr que ella bajara hasta el puerto a contemplar sus mercancías. El motivo está muy divulgado en la literatura medieval. <<

[25] Son notables los problemas que Eilhart tiene a la hora de narrar el motivo de los dos arbustos plantados sobre las tumbas de los amantes. Primero duda acerca de si hacerlo o no y luego lo justifica por la fuerza del bebedizo, la cual, sin embargo, ya hace tiempo que ha desaparecido. Véase Gesa Bonath, «Nampetenís-Tristan der Zwerg. Zum Schluß von Eilharts Tristan und dem Tristan-Roman des Thomas», en *Germanistik in Erlangen*, ed. Dietmar Peschel, Universitätsverlag, Erlangen 1983, págs. 41-60. En el mismo contexto llama la atención cómo en este final incluso el rey Marc ha obtenido la posibilidad de justificar su actuación por el desconocimiento de la existencia del bebedizo. Ambas cosas muestran un esfuerzo por lograr un final plenamente conciliador. Cf. William C. McDonald, «King Mark, The Holy Penitent. On a Neglected Motif in the Eilhart Literary Tradition», en *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, 120 (1991), págs. 393-418. <<

[1] Wolfram von Eschenbach, *Parzival*, ed. Karl Lachmann y Bernd Schirok, de Gruyter, Berlín 1998, verso 115, 27 (trad. española de Antonio Regales, Siruela, Madrid 1999). <<

[2] Robert Glendinning, «Gottfried von Strassburg and the School-Tradition», en *Deutsche Vierteljahrsschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte*, 61 (1987), págs. 617-638; véase también el libro de Stephen Jaeger citado en la Bibliografía. <<

[3] Christoph Huber, *Die Aufnahme und Verbreitung des Alanus ab Insulis in mittelhochdeutschen Dichtungen*, Artemis, Múnich 1988. <<

[4] Peter K. Stein, «Die Musik in Gotfrids von Straßburg *Tristan*. Ihre Bedeutung im epischen Gefüge. Vorstudien zu einem Verständnishorizont des Textes», en *Sprache-Text-Geschichte*, ed. Peter K. Stein y Renate Hausner, Kümmerle, Göppingen 1980, págs. 569-694; Herbert Kolb, «Ars venandi im Tristan», en *Medium aevum deutsch. Festschrift für Kurt Ruh*, ed. Dietrich Huschenbett, Niemeyer, Tubinga 1979, págs. 175-197. <<

[5] Bernd Schirok, «Zu den Akrosticha in Gottfrieds *Tristan*. Versuch einer kritischen und weiterführenden Bestandsaufnahme», en *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, 113 (1984), págs. 188-213; Gesa Bonath, «Nachtrag zu den Akrosticha in Gottfrieds Tristan», en *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, 115 (1986), págs. 101-116. <<

[6] Franziska Wessel, *Probleme der Metaphorik und die Minnemetaphorik in Gottfrieds von Straßburg «Tristan und Isolde»*, Fink, Múnich 1984. <<

[7] *Tristrams saga ok Ísondar*, ed. Eugen Kölbing, Henninger, Heilbronn 1878 (reimpresión: Olms, Hildesheim 1978); trad. española de Álfrún Gunnlaugsdóttir, *Tristán en el norte*, Stofnun Árna Magnússonar, Reykjavík 1978. <<

[8] Véanse los trabajos de Walter Haug, «Erzählen als Suche nach personaler Identität, Oder: Gottfrieds von Straßburg Liebeskonzept im Spiegel des neuen Tristan-Fragments von Carlisle», en *Erzählungen in Erzählungen. Phänomene der Narration in Mittelalter und früher Neuzeit*, ed. de Harald Haferland y Michael Mecklenburg, Fink, Múnich 1996, págs. 177-187; de Peter Wapnewski, «Tristans Abschied. Ein Vergleich der Dichtung Gotfrits von Straßburg mit ihrer Vorlage Thomas», en *Festschrift für Jost Trier zum 70. Geburtstag*, Böhlau, Colonia 1964, págs. 335-363; y de Nicola Zotz, «Programmatische Vieldeutigkeit und verschlüsselte Eindeutigkeit. Das Liebesgeständnis bei Thomas und Gottfried von Straßburg», en *Germanisch-romanische Monatsschrift*, 50 (2000), págs. 1-19. <<

[9] Walter Haug, «*Aventiure* in Gottfrieds von Straßburg *Tristan*», en *Festschrift für Hans Eggers*, ed. Herbert Backes, Niemeyer, Tubinga 1972, págs. 88-125. <<

[10] Sobre este problema véase la monografía de Rüdiger Schnell citada en la Bibliografía. <<

[11] Traducción española de Pedro Rodríguez Santidrián: Boecio, *La consolación de la filosofía*, Alianza, Madrid 1999. <<

[12] Franz Josef Worstbrock, «Der Zufall und das Ziel. Über die Handlungsstruktur in Gottfrieds *Tristan*», en *Fortuna*, ed. Walter Haug y Burghart Wachinger, Niemeyer, Tubinga 1995, págs. 34-51. <<

[13] James F. Poag, «Entzauberte Heilsmuster. Zur Vorgeschichte von Gottfrieds Tristan», en *Entzauberung der Welt. Deutsche Literatur 1200-1500*, ed. James F. Poag y Thomas C. Fox, Niemeyer, Tubinga 1989, págs. 19-33. <<

[14] Rüdiger Schnell, *Causa amoris. Liebeskonzeption und Liebesdarstellung in der mittelalterlichen Literatur*, Francke, Berna/Múnich 1985. <<

[15] Hugo Moser y Helmut Tervooren (eds.), *Des Minnesangs Frühling*, vol. I, 38.ª ed., Hirzel, Stuttgart 1988, estrofa 58,35. <<

[16] Traducciones españolas de Joaquín Rubio Tovar: Chrétien de Troyes, *Cligés*, Alianza, Madrid 1993; y de Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual: Chrétien de Troyes, *El Caballero de la Carreta*, Siruela, Madrid 2000. Sobre la relación entre Chrétien y la historia de Tristán cf. Rudolf Baehr, «Chrétien de Troyes und der Tristan», en *Sprachkunst*, 2 (1971), págs. 43-58; Xenja von Ertzdorff, «Tristan und Lanzelot. Zur Problematik der Liebe in den höfischen Romanen des 12. und frühen 13. Jahrhunderts», en *Germanisch-romanische Monatsschrift*, 33 (1983), págs. 21-52. <<

[17] James A. Schultz, «Why Does Mark Marry Isolde? And Why Do We Care? An Essay on Narrative Motivation», en *Deutsche Vierteljahrsschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte*, 61 (1987), págs. 206-222. <<

[18] Octavio Paz, *La llama doble. Amor y erotismo*, Seix Barral, Barcelona 1993, pág. 35. <<

[19] Peter Wapnewski, *Tristan, der Held Richard Wagners*, Berlín 1981. <<

[20] C. Stephen Jaeger, «The Crown of Virtues in the Cave of Lovers Allegory of Gottfried's *Tristan*», en *Euphorion*, 67 (1973), págs. 95-116. <<

[21] Es la tesis fundamental del libro de Tomas Tomasek recogido en la Bibliografía. <<

[22] Walter Haug, *Literaturtheorie im deutschen Mittelalter*, 2.ª ed., Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 1992. <<

[23] William T. H. Jackson, «Tristan the Artist in Gottfried's Poem», en *Publications of the Modern Language Association of America 77* (1962), págs. 364-372. <<

[24] René Wetzel, *Die handschriftliche Überlieferung des «Tristan» Gottfrieds von Straßburg*, Universitätsverlag, Friburgo (Suiza) 1992. <<

[25] Ulrich von Türheim, *Tristan*, ed. Thomas Kerth, Niemeyer, Tubinga 1979; Heinrich von Freiberg, *Tristan und Isolde*, ed. Danielle Buschinger y Wolfgang Spiewok, Reineke, Greifswald 1993. <<

[26] Peter Strohschneider, «Gotfrid-Fortsetzungen. Tristans Ende im 13. Jahrhundert und die Möglichkeiten nachklassischer Epik», en *Deutsche Vierteljahrsschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte*, 65 (1991), págs. 7098; Jan-Dirk Müller, «Tristans Rückkehr. Zu den Fortsetzern Gottfrieds von Straßburg», en *Festschrift Walter Haug und Burghart Wachinger*, ed. Johannes Janota, Niemeyer, Tubinga 1992, págs. 529-548. <<

[1] Esta primera parte del prólogo, compuesta en estrofas de cuatro versos con una única rima en lugar de versos pareados, revela una compleja estructura retórica y múltiples alusiones a los más diversos autores clásicos y medievales. Comienza hablando de lo bueno en general, aunque referido a lo terrenal e inmanente, y estableciendo que no existe en sí, sino que depende de su valoración como tal por las personas (resuena el concepto de intencionalidad que Abelardo introdujo en la ética del siglo XII; cf. Hans Fromm, «Gottfried von Straßburg und Abaelard», en *Beiträge zur Geschichte der deutschen Sprache und Literatur*, 95 [1973/cuaderno especial], págs. 196-216). En consecuencia, la ruptura del consenso sobre la bondad de una cosa se inicia en el sujeto valorador y en su capacidad de juicio: no hay una bondad objetiva. A continuación, estas reflexiones éticas se trasvasan al plano estético, a la obra de arte. Aquí, el trabajo del artista y su valoración por parte del público se condicionan mutuamente y solo puede haber una buena obra artística si en el sujeto evaluador no hay odio o envidia. Estas consideraciones iniciales, que sin duda buscan establecer un contacto y una base de acuerdo con el público, no se deben proyectar sin más sobre la novela a la que dan inicio, porque todavía no hablan de ella, pero sin duda alguna reaparecerán, adaptadas a las situaciones respectivas, a lo largo del relato. <<

[2] Siguiendo la retórica tradicional (cf. Hennig Brinkmann, «Der Prolog im Mittelalter als literarische Erscheinung. Bau und Aussage», en *Wirkendes Wort*, 14 [1964], págs. 1-21), Gottfried señala el público ideal al que se dirige su obra, pero en lugar de hablar solo de quien tiene buena disposición, como hace Eilhart, el alsaciano define a un nuevo tipo de personas, los corazones nobles, que son aquellos con una actitud ante la vida y el amor consistente en aceptar de igual manera el placer y el dolor, la dicha y el infortunio. El término «corazón gentil», a pesar de tener antecedentes clásicos y alguna resonancia mística, sin duda ha sido tomado de la lírica provenzal. La principal diferencia, sin embargo, reside en el hecho de que Gottfried no lo limita al amor, sino que lo proyecta sobre toda la persona, convirtiéndolo en una actitud vital. Esta identificación entre las maneras de vivir, de amar y de entender la literatura sienta las bases para la noción de Gottfried del relato como alimento esencial para la salvación de la vida y del amor (véase la nota 5). <<

[3] Uno de los preceptos más populares de Ovidio (*Remedia amoris*, vv. 757 y siguientes) es que la literatura amorosa profundiza el sufrimiento de los amantes. Gottfried no contradice esa máxima, pero sí señala que ese dolor es precisamente el que convierte a alguien en un «corazón noble», exponiendo así con carácter programático su posición con respecto a Ovidio. <<

[4] Gottfried nombra su fuente principal y descarta las otras dos versiones porque solo la de Thomas es la adecuada para ese selecto público al que se dirige el alemán. Y no esconde tampoco que lo que presenta es su propia lectura del *Tristán* anglonormando. Cf. Werner Schröder, «*Die von Tristande hant gelesen*. Quellenhinweise und Quellenkritik im Tristan Gottfrieds von Straßburg», en *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, 104 (1975), págs. 307-338. <<

[5] La metáfora del relato de amor como pan para los vivos remite tanto al *panis vitae* del Evangelio (Io. 6,48 ss.), como al sacramento de la eucaristía. La narración sobre los amantes permite revalidar su amor más allá de su muerte y se convierte así en portadora del alimento espiritual. En la medida en que el gentil público absorbe la experiencia de este relato en su corazón, la literatura cumple una función redentora y vitalizadora semejante al sacramento. <<

[6] Esta frase alude a una trampa para la captura de osos. Frente a una colmena ubicada en un hueco de algún tronco de árbol se colgaba una pesada maza fijada a un muelle, de manera que, cuando el oso la apartaba para acceder a la miel, la maza cedía primero, pero luego lo golpeaba, y lo hacía más violentamente cuanto mayor era la vehemencia con que el animal la apartaba. Al cabo de varios golpes y sus consiguientes rechazos, este quedaba aturdido y podía ser apresado. A Gottfried le importa el principio de esta trampa: un primer movimiento inconsciente, casi imperceptible, pone en marcha un mecanismo de respuesta y contrarrespuesta que crece en violencia y termina con la captura o muerte. La metáfora define con precisión algunos principios que rigen la acción de la obra, como se verá en las notas sucesivas. <<

[7] Los principales hechos que conducen la acción al menos hasta el episodio del bebedizo están causados por pequeños movimientos azarosos, a menudo muy anteriores al suceso en sí. Aquí es la casualidad de que, en el enredo de gente que se produce una vez finalizado el torneo, Rivalín pase junto a Blancaflor. Con anterioridad fue la disputa entre Rivalín y Morgan, de la que el autor dice que las causas de su inicio ya nadie las recuerda. Este principio tiene una clara relación con el mecanismo de la trampa, pues del mismo modo que esta se pone en marcha por un movimiento causalmente injustificable y luego sigue una mecánica infalible que conduce a la muerte, esas acciones aparentemente sin importancia inician una secuencia de acontecimientos que conducen a Tristán hacia Isolda y hacia su muerte. El azar no es aquí un recurso del autor para no tener que explicar algunos detalles, sino que se convierte en elemento esencial de la vida. <<

[8] Esta antigua trampa para capturar pájaros se basa en un mecanismo muy similar a la de los osos: cuanto más trata de liberarse el animal, más apresado queda. Sin embargo, la descripción del ave que va quedando atrapada con todo su plumaje es propia de Gottfried. Con ella ha aproximado la imagen de la trampa a una metáfora de la patrística neoplatónica. El pájaro es allí el alma que es apresada por la pez de los pecados terrenales y no puede proseguir el vuelo hacia las alturas con sus compañeras, a menos que se despoje de todo pensamiento pecaminoso. En Gottfried, la pez es el amor y por tanto adquiere connotaciones ambivalentes, porque esclaviza y da vida a la vez, y la presa no consigue librarse nunca, ni lo desea. <<

[9] El autor ha creado aquí un término nuevo para designar la *melancolia* que produce el *studium*. El esfuerzo y el trabajo intelectuales son una bendición que no produce solo alegría, sino también tristeza. Véase el estudio de C. Stephen Jaeger, «Melancholie und Studium. Zum Begriff *arbeitsaelikeit*, seinen Vorläufern und seinem Weiterleben in Medizin und Literatur», en *Literatur, Artes und Philosophie*, ed. Walter Haug y Burghart Wachinger, Niemeyer, Tubinga 1992, págs. 117-140. <<

[10] La estampida es un género de canción que acentúa el aspecto musical y está basado en complejas combinaciones de repetición y variación de frases. Véase la nota 32. <<

[11] Aquí y en lo que sigue, Tristán esconde su identidad y miente a las personas que encuentra, pero estas mentiras se convierten en verdades y lo obligan a reaccionar, como en esta escena. Cf. Siegfried Grosse, «*Vremdiu maere*. Tristans Herkunftsberichte», en *Wirkendes Wort*, 20 (1970), págs. 289-302. La relación entre la mentira y la manera en que esta se convierte en verdad de manera casual combina uno de los principios de acción con la temática que más adelante adquirirá una importancia de primer orden. <<

[12] La extensa descripción del modo *moderno* de desollar un ciervo no debe ser entendida como realista, sino como reflejo del gusto por los rituales elaborados y exquisitos de la sociedad cortesana. Mientras la sofisticación de la coreografía con que Tristán deslumbra a la corte de Marc, así como las explicaciones prácticas, simbólicas y etimológicas convierten la caza del ciervo en un acto cultural (cf. Burkhardt Krause, *Die Jagd als Lebensform und höfisches Spiel. Mit einer Interpretation des «bast» in Gottfrieds von Straßburg Tristan*, Helfant, Stuttgart 1996), por el otro lado, y dado que la caza es metáfora habitual del amor, Tristán se está presentando implícitamente como el amante superior. En este sentido es relevante un detalle: el héroe se encuentra con la presa ya cazada y lo que importa es lo que hace con ella a partir de ese momento. Véase sobre esto último la nota 40. <<

[13] El *Lai de Guirún* parece haber gozado de cierta popularidad en Francia y Alemania al menos desde mediados del siglo XII, pues lo mencionan tanto Thomas como Gottfried. Aunque no se nos ha conservado ningún testimonio escrito de él, gracias a las breves indicaciones del autor anglonormando (fragmento Sneyd 1, vv. 781-790) sabemos que se trata de la primera manifestación conocida del motivo del «corazón comido»: el amante es asesinado por el esposo de la amada, a quien este sirve el corazón del primero como vianda; al enterarse de cuál ha sido su dulce y sabrosa comida, ella fallece. <<

[14] Tres autores alemanes de la primera mitad del siglo XIII mencionan un Grâland como protagonista de una historia de «corazón comido» (véase la nota 13), de manera que Tristán parece retomar en su primera pieza la temática presentada por el músico galés, lo que por el contraste en las reacciones del público pondría de manifiesto su superioridad artística. Sin embargo, el nombre de Grâland podría remitir también al anónimo lai francés de Graelent (trad. española de Isabel de Riquer en *Nueve Lais Bretones* y *La Sombra* de Jean Renart, Siruela, Madrid 1987) que narra la relación amorosa entre un caballero y una dama de otro mundo y que obviamente pertenece al mismo tipo narrativo que el lai de *Lanval*, de María de Francia (trad. española de Luis Alberto de Cuenca en los *Lais* de María de Francia, Siruela, Madrid 1987). Pero en este caso estaríamos ante una excepción, pues todas las historias de amor que se cantan en la obra de Gottfried tienen un final trágico: véanse las notas 13, 15 y 58. <<

[15] Píramo y Tisbe (Ovidio, *Metamorfosis*, IV, vv. 53-166) son dos jóvenes enamorados que crecen en casas vecinas. Pero dado que los padres respectivos no toleran esa relación ni acceden a permitirles el matrimonio, ellos deciden huir de casa una noche. Tisbe es la primera en llegar al sitio convenido, pero debe esconderse porque se acerca una leona de fauces ensangrentadas que acude a beber a una fuente cercana; al huir, ella pierde un velo que la leona rasga y deja manchado de sangre. Llega Píramo, ve las huellas de la fiera y el velo destrozado y, creyendo que su amada ha sido devorada por la leona, se suicida. Entonces regresa Tisbe para no fallar a su amado, lo halla moribundo y se mata también. <<

[16] El afecto que Marc le profesa a Tristán no tiene nada que ver con una inclinación homosexual, como se sugirió una vez, sino que responde al concepto de amistad noble y profunda propio de la cultura altomedieval, aunque de claras raíces ciceronianas. En este contexto muestras de aprecio como estas palabras públicas del rey resultan del todo normales. Véase el libro de C. Stephen Jaeger, *Ennobling Love. In Search of a Lost Sensibility*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia 1999. <<

[17] Hartmann von Aue es uno de los grandes clásicos de la literatura alemana. Autor de cinco poemas narrativos —entre los que se encuentran las dos primeras novelas artúricas alemanas, *Erec* e *Iwein* (trad. española de Victor Millet, PPU, Barcelona 1989), refundiciones de sendas obras de Chrétien de Troyes— y de dieciocho canciones trovadorescas. Su etapa creativa puede situarse entre los años 80 del siglo XII hasta 1203/1205. Para Gottfried (ca. 1210) parece haber seguido con vida. <<

[18] El anónimo colega (o colegas) contra el que arremete Gottfried en estos versos, justo después de elogiar a Hartmann, ha sido objeto de muchas especulaciones. Aunque no hay ninguna referencia explícita, es muy probable que se trate de Wolfram von Eschenbach, autor del *Parzival* y del *Willehalm*, que escribió entre 1203 y 1220, aproximadamente. Se ha constatado que Gottfried construye su crítica con citas verbales muy precisas del Parzival, cuyo estilo es, en efecto, todo lo contrario de la brillantez retórica del maestro alsaciano, aunque no por ello menos efectivo y cautivador. Véase Eberhard Nellmann, «Wolfram und Kyot als *vindaere wilder maere*. Überlegungen zu *Tristan* 4619-88 und *Parzival* 453, 1-17», en *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, 117 (1988), págs. 31-67. <<

[19] Conocemos a Bligger von Steinach únicamente por tres canciones de amor trovadorescas, que aun siendo excelentes no suelen considerarse la cumbre del arte poético del momento. En cambio, no tenemos ninguna referencia de una obra narrativa suya. Además de no haberse conservado resto alguno, no hallamos en toda la literatura de la época una sola mención de una obra literaria que, aunque perdida, pudiera identificarse con la que tanto elogia Gottfried. Cf. Herbert Kolb, «Über den Epiker Bligger von Steinach. Zu Gottfrieds Tristan vv. 4691-4722», en *Deutsche Vierteljahrsschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte*, 36 (1962), págs. 507-520. <<

[20] A Heinrich von Veldeke se le considera uno de los principales impulsores de la literatura en lengua vulgar de la época, pues tanto en sus canciones trovadorescas como en su *Eneasroman* (compuesto entre 1174 y 1185, aproximadamente) logró desarrollar un lenguaje literario no determinado por ninguno de los dialectos de la época y cuyas rimas eran, en consecuencia, igualmente consonantes en todas las variantes geográficas. Sus sucesores, comenzando por Hartmann, se esmeraron en seguir su ejemplo. Por eso Gottfried puede decir que «injertó el primer vástago de la lengua alemana». <<

[21] Los ruiseñores son los *Minnesänger* o trovadores. Gottfried elogia a uno que llama «el de Hagenau», del que lamenta que haya fallecido. Pero los cancioneros no nos han transmitido textos de ningún poeta con ese gentilicio; el único que, por lo que sabemos, podría haber sido encomiado de este modo junto a Walther von der Vogelweide, es Reinmar, uno de los pocos de los que no conocemos el lugar de procedencia y que murió en torno a 1200. La identificación entre Reinmar y «el de Hagenau» es muy verosímil, y por este motivo antiguamente la crítica hablaba de «Reinmar von Hagenau», pero hoy en día, a la vista también de lo que ocurre con la obra de Bligger (véase la nota 19), preferimos no darla por segura. <<

[22] Walther von der Vogelweide es quizás el *Minnesänger* más relevante de los siglos XII y XIII, tanto por la extensión del corpus conocido como por la calidad y variedad de su producción —que abarca todos los géneros líricos e introduce importantes novedades temáticas y formales—, pero también porque es el trovador alemán que más supo independizarse de los cauces de la tradición trovadoresca franco-occitana. Su producción se extiende desde antes de 1200 hasta 1230, aproximadamente. <<

[23] Gottfried mezcla el monte Citerón, uno de los hogares de las musas, con Citera, emplazamiento cretense en donde se practicaba el culto a Afrodita. Sin duda se trata de un juego intencionado para señalar la doble inspiración de Walther: las musas y el amor. <<

[24] Este extenso discurso sobre los principales poetas de su época es único en la literatura alemana hasta el momento, y sin duda se le puede considerar, tanto por las ausencias como por las presencias, un primer ensayo de historia literaria. Una pretendida incapacidad (el tópico de la inenarrabilidad) ha dado pie a hablar de los autores que han realizado tareas poéticas como la que aquí haría falta. Obsérvese una serie de motivos recurrentes: la transparencia del lenguaje en relación con el significado (caso de Hartmann y —por negación— de Wolfram), las metáforas del telar y la jardinería para el trabajo de composición literaria (caso de Bligger y Heinrich), y las repetidas menciones de la inspiración en fuentes clásicas (Bligger, Heinrich, Reinmar y Walther). <<

[25] La argumentación de esta segunda parte del discurso literario resulta algo compleja. Es obvio que los poetas coetáneos que ha elogiado Gottfried no le sirven para desarrollar la descripción requerida, de modo que considera buscar inspiración en las fuentes clásicas (Apolo y las musas). Allí, donde también los colegas citados antes han hallado inspiración, él espera obtener siquiera una gotita para con ella recuperar todo su arte y oficio, sin duda una velada declaración de superioridad a Hartmann y los demás. Pero luego descubre un segundo nivel al explicar que las palabras inspiradas por las musas deben ser diáfanas a la luz del significado, la cual proviene de un segundo cielo, el «verdadero Helicón». La instancia mitológica es superada por la platónica, y esta a su vez descarta la alegórica mediante el postulado de la identidad entre palabra y sentido. Pero al final todo ello queda solo como posibilidad no realizada («debo prescindir de ello»), y son las virtudes internas del héroe las que acaban distinguiéndolo. Con las fuentes de inspiración desaparece también la instancia que garantiza la verdad de la palabra, para la cual se remite, como en el prólogo, a la postura ética del individuo. Sobre la poética de Gottfried cf. Mark Chinca, *History, Fiction, Verisimilitude. Studies in the Poetics of Gottfried's Tristan*, Bithell, Londres 1993; sobre su teoría del lenguaje cf. Christoph Huber, «Wort-Ding-Entsprechungen. Zur Sprachund Stiltheorie Gottfrieds von Straßburg», en *Befund und Deutung. Festschrift Hans Fromm*, ed. Klaus Grubmüller, Niemeyer, Tubinga 1979, págs. 268-308. <<

[26] El brutal asesinato de Morgan vierte sobre Tristán una luz muy distinta de aquella a la que hasta ahora estaba acostumbrado el lector, pues revela la desconsideración con la que es capaz de lograr sus intereses. <<

[27] Se trata sin duda de un juego de palabras, pues *guot* puede ser tanto sustantivo plural («los bienes») como adjetivo («bueno»). <<

[28] Obsérvese que Gottfried refunde completamente el trasfondo mítico del combate contra Moroldo (Tristán como mítico salvador, Moroldo como la bestia antropófaga del ultramar), para aproximarlo al modelo bíblico de David y Goliat, que a su vez tiene una lectura político-jurídica, porque Goliat representa el poder malvado, y otra teológica, pues como salvador David es la figura tipológica que remite a Cristo. La distinción entre fuerza física y actitud interna prosigue el modelo desarrollado al final del discurso literario. <<

[29] Mientras Eilhart y Thomas (según se desprende de la *Tristrams saga* islandesa) narran el primer viaje a Irlanda como una travesía hacia lo desconocido, manteniendo el sustrato mítico del relato, Gottfried lo racionaliza de manera radical, evitando todo elemento de azar en este episodio; con posterioridad incluso anotará que Tristán escondió la herida ante el séquito de Moroldo para que en Irlanda no la reconocieran si finalmente tenía que ir allí a curarla. Recuérdese que en la obra de Gottfried el azar no actúa de modo directo y mucho menos para salvación del héroe, sino de forma más velada, pero con efectos negativos irremediables. <<

[30] En Salerno había una de las escuelas de medicina de mayor fama en todo el occidente medieval. <<

[31] Como en el caso de Rivalín, la herida «en el muslo» es tradicionalmente una castración simbólica que solo puede ser curada por la pareja predestinada. Sin embargo, tanto Eilhart como Gottfried evitan el contacto con la mujer: en la obra del primero, ella cura al héroe sin llegar a verlo y basándose únicamente en los informes que recibe; en el texto presente, en cambio, se introduce la figura de la madre, disociando así a la mujer de virtudes curativas de aquella con cualidades artísticas, que será alumna de Tristán. <<

[32] La discusión en torno a si ha habido un inicio de amor entre Tristán e Isolda antes del bebedizo ha ocupado muchas páginas. Lo cierto es que, si bien Gottfried no evita aproximar a los protagonistas y mostrar hasta qué punto están hechos el uno para el otro, también elimina cuidadosamente cualquier palabra o gesto que pudiera ser interpretado como afecto incipiente, de modo que puede afirmarse que el amor no se presenta hasta que toman la poción. Cf. Günther Schweikle, «Zum Minnetrank in Gottfrieds Tristan. Ein weiterer Annäherungsversuch», en *«Ûf der mâze pfat». Festschrift für Werner Hoffmann*, ed. Waltraud Fritsch-Rößler, Kümmerle, Göppingen 1991, págs. 135-148. <<

[33] La pastorela es una canción que describe el encuentro entre el sujeto lírico (un caballero) y una pastora que es requerida de amores por aquel. La *rotruwange* designa una pieza con estribillo que se caracteriza por la repetición de partes del mismo interrumpiendo las estrofas; el género más parecido en la lírica románica sería la balada. El término *folate* solo está documentado aquí y se desconoce su significado. Cf. Martin van Schaik, «Musik, Aufführungspraxis und Instrumente im Tristan-Roman Gottfrieds von Straßburg», en Lambertus Okken, *Kommentar zum Tristan-Roman Gottfrieds von Straßburg*, Rodopi, Amsterdam 1985, vol. II, págs. 163-224. <<

[34] Si bien Helena es hija de Leda, y no de Aurora, Gottfried ha modificado este detalle para asimilarlas a la pareja formada por Isolda madre e Isolda hija, a las que dará el calificativo de «alba» y «sol», respectivamente. <<

[35] De nuevo, Gottfried ha racionalizado la justificación y el procedimiento del viaje, pero esta vez añade una crítica a las versiones de Thomas y Eilhart por la escasa verosimilitud del motivo de las golondrinas que ambos utilizan. Con el cambio de explicación no solo logra una mayor consistencia del relato, sino que sobre todo subraya la mecánica inexorable de la acción, pues la brillante y atrevida estrategia del héroe para no ser víctima de la intriga palaciega tiene éxito, pero conllevará problemas aún mayores. <<

[36] Hay que subrayar que Gottfried presenta el amor provocado por el bebedizo como algo completamente alejado de lo que podría ser un afrodisíaco y, pese a su carácter mágico, apunta directamente a sus valores internos y a la unión sentimental que induce. La limitación temporal de los efectos queda descartada por la afirmación de que los amantes tendrán «una sola muerte y una sola vida». Esta formulación, además, identifica el amor desde un principio con el dolor. <<

[37] Es indudable que el movimiento gestual de la consumición del bebedizo sigue el prototipo escénico de la caída en pecado (Gn 3,6 ss.): ella bebe y le da a él y él bebe. Pero esto no debe entenderse como una asimilación entre el amor y la tentación; nada más lejos de Gottfried que hacer una valoración negativa. La alusión al pecado original debe verse desde la perspectiva inmanente: al igual que Adán y Eva se convirtieron en seres humanos (mortales) debido a que tomaron del fruto prohibido, el amor generado por el bebedizo logra que Tristán e Isolda alcancen un nuevo y más verdadero nivel de humanidad. La confusión de la pócima por vino la aproxima —por la cercanía cotidiana y litúrgica del pan y el vino— al pan de la vida del prólogo (véase la nota 5) y le confiere también a ella una connotación eucarística. <<

[38] Cuando el amor se presenta en los corazones, los vence inmediatamente. Lo que sigue no es un proceso de enamoramiento, ni siquiera es —en sentido estricto— una psicomaquia, sino una toma de conciencia del amor. Por eso y dado que no hubo amor previo, el bebedizo no es símbolo del amor en sí, sino de su aparición súbita, azarosa, incontrolable e inconsciente, que no deja lugar a la voluntad. <<

[39] La comparación con el texto de Thomas, que aquí es posible gracias a un fragmento recientemente descubierto, permite constatar que, mientras la Isolda del poema francés utiliza el juego de palabras en torno a *lameir* (la mar, lo amargo, el amar) para encubrir el tercer significado con los dos primeros, Gottfried va en la dirección contraria y subraya que el amor y la amargura son lo mismo, y que ambos se iniciaron en el mar. Cf. Nicola Zotz, «Programmatische Vieldeutigkeit und verschlüsselte Eindeutigkeit. Das Liebesgeständnis bei Thomas und Gottfried von Straßburg», en *Germanisch-romanische Monatsschrift*, 50 (2000), págs. 1-19. <<

[40] Este «breve discurso» sobre el amor —cuya extensión es idéntica a la del prólogo y que podría haber sido concebido como centro de la obra— adopta claramente un tono de sermón. Aunque se dirige al público para criticar su concepción equivocada del amor, no cabe duda de que también se refiere al relato. Mediante la metáfora bíblica de la siembra y la cosecha por un lado y la crítica o alabanza de los valores que los amantes establecen en su relación, Gottfried perfila la idea de que la calidad del amor depende del esfuerzo de las personas que aman y de su actitud ética. Téngase en cuenta que este discurso tiene lugar mientras los protagonistas están gozando de su primera noche juntos, de manera que mientras con exquisito tacto deja a los amantes entregarse a la dulzura recuerda a la vez que lo fundamental en todo ello es la postura abierta al esfuerzo que haya detrás. Ante el amor impuesto por el azar —representado por el bebedizo— lo que cuenta es qué hacen los protagonistas con él. Cf. Karl Bertau, *Über Literaturgeschichte. Literarischer Kunstcharakter und Geschichte in der höfischen Epik um 1200*, Beck, Múnich 1983. <<

[41] Esta famosa frase de Tristán es importante en dos aspectos. En primer lugar, dado que el héroe acepta aquí el amor impuesto por la poción (como siempre ha asumido las situaciones que la fortuna le ha ido deparando), esta se ha vuelto irrelevante a partir de ahora. Los amantes desean su amor y su adulterio se convierte en algo completamente distinto que la grotesca indefensión de los protagonistas de las versiones de Eilhart y Béroul. En segundo lugar, con su deseo de un morir eterno, además de declarar su fidelidad imperecedera, Tristán hace suya también la ambivalente conjunción de muerte y vida, de sufrimiento y dicha que conlleva esta pasión. Cf. Walter Haug, «Der *Tristan* Gottfrieds von Straßburg: eine narrative Philosophie der Liebe?», en *Brechungen auf dem Weg zur Individualität. Kleine Schriften zur Literatur des Mittelalters*, Niemeyer, Tubinga 1995, págs. 171-183. <<

[42] En la literatura satírica sobre relaciones adúlteras, es un motivo tradicional que la doncella que ha entregado su virginidad para cubrir a la esposa infiel quiera abusar luego de su conocimiento del secreto y tenga que ser eliminada. En este sentido, y aunque nos encontramos en un género narrativo muy distinto, el intento de asesinato de Branguena (que solo es el primero de los motivos procedentes de relatos de adulterio de los que se compone la segunda parte de la historia de Tristán e Isolda) debe probar, de un lado, la lealtad inquebrantable de la doncella. Del otro, en cambio, demuestra el sacrificio de que es capaz Isolda para mantener a salvo su relación con Tristán; a pesar de ello, sin embargo, su plan modifica la imagen que de ella se hace el lector en el mismo sentido que el asesinato de Morgan cambió la de Tristán. <<

[43] El episodio de Gandín recoge un motivo tradicional que adquirió gran difusión también por la historia de Lanzarote y Ginebra, narrada por Chrétien de Troyes en *El Caballero de la Carreta* (trad. española de Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual, Siruela, Madrid 2000). Además de reforzarse el derecho implícito de Tristán sobre Isolda, es significativo el hecho de que no la recupere en combate, sino con su superioridad artística y con ambigüedades lingüísticas. Cf. Gerd Dicke, «*Gouch Gandin*. Bemerkungen zur Intertextualität der Episode von "Rotte und Harfe" im *Tristan* Gottfrieds von Straßburg», en *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, 127 (1998), págs. 121-148. <<

[44] A partir de este momento, el tema del conocimiento de la verdad y la mentira, que acompaña el relato al menos desde el rapto de Tristán, pasa a un primer plano. Fundamentalmente, se trata de mostrar que a los amantes les une una realidad sutil y etérea que no se puede confirmar o desmentir con los recursos habituales. Pero el autor aprovecha para llevar la discusión a un nivel más generalizado, introduciendo conceptos y problemas de los debates intelectuales del siglo XII. Ello abarca tanto las dificultades para conocer la realidad o para distinguir entre hechos e intenciones (tema con el cual comienza el prólogo), como la inescrutabilidad de los designios divinos (tema del azar), la instrumentalización de la imagen de Dios (tema de la ordalía) o la problemática del lenguaje y de su univocidad. La intención de Gottfried es siempre la de mostrar la ambivalencia de todos los fenómenos, desde los personajes (de Tristán a Dios), pasando por el amor hasta llegar al propio lenguaje con que todo ello se expresa. Véase la monografía de Rüdiger Schnell citada en la Bibliografía. <<

[45] Obsérvese cómo Gottfried ha modificado esta figura: si en la obra de Eilhart es un astrólogo que vive en la profundidad del bosque, en este texto se trata de alguien integrado en la corte (y con un papel negativo). <<

[46] La imagen de los amantes parados a uno y otro lado del árbol, con las sombras de los espías reflejadas en el manantial, no solo es manifiestamente platónica, sino que se corresponde con la tradición iconográfica con la que se representaba el pecado original, con Adán y Eva a cada lado del árbol, en el cual se halla enroscada la serpiente. <<

[47] Siguiendo a Thomas, Gottfried ha modificado un detalle pequeño pero sustancial de este episodio frente a la tradición que representa Eilhart: Tristán no deja rastro alguno en la harina. De esta manera, Marc se enfrenta nuevamente a dos signos contradictorios, el de la sangre hallada en ambos lechos y el de la harina inmaculada. Esto, unido al hecho de que Tristán ha volado por el aire, apunta a que la relación que refleja la sangre está a un nivel superior al de la materialidad del suelo y la harina. <<

[48] La ordalía con la prueba del hierro candente parte de la idea fundamental de que Dios hace sufrir daño al culpable y deja indemne al inocente. En la literatura, donde este motivo, junto al del juramento ambiguo que lo acompaña, tiene una larga tradición, se trata únicamente de agarrar el hierro candente y llevarlo unos pasos sin quemarse. En la realidad histórica el juicio no terminaba aquí, sino que se esperaba a comprobar si la herida se infectaba o no, y se consideraba este factor decisivo para una condena o absolución. Las ordalías de este tipo siempre fueron objeto de vivo debate en el seno de la Iglesia. Durante las persecuciones de los cátaros en Estrasburgo en 1211 y 1212, ochenta personas fueron sometidas a esa prueba y a casi todas se las declaró culpables. Ante estos hechos, el 9 de enero de 1212 el papa Inocencio III remitió una carta al obispo de aquella ciudad prohibiendo tales procedimientos, decreto que fue confirmado con carácter general en el cuarto concilio lateranense de 1215. <<

[49] No se trata de que Dios tenga sentido de la cortesía, sino de que la cultura cortesana tiene una concepción rígida de Dios, a la cual se le exige un comportamiento maniqueo y que, en consecuencia, resulta manipulable, especialmente para personas con una demostrada habilidad para el lenguaje ambiguo, como Tristán e Isolda. A partir de esta indicación del autor, pues, todo el comportamiento de la reina se convierte en figuración. Véase el estudio de Klaus Grubmüller, «*ir unwarheit warbaeren*. Über den Beitrag des Gottesurteils zur Sinnkonstitution in Gotfrids Tristan», en *Philologie als Kulturwissenschaft. Festschrift Karl Stackmann*, ed. Ludger Grenzmann, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga 1987, págs. 149-163. <<

[50] El Jesucristo «flexible como una capa expuesta al viento» es, como el «Dios» de la nota anterior, el que la sociedad cortesana concibe, no el verdadero. La crítica y el sarcasmo no se dirigen, pues, a la divinidad, sino a la idea que de ella se hacen los hombres. Por el otro lado, Gottfried no defiende el juramento de Isolda ni el engaño cometido por los amantes, pues en todo momento presenta también las miserias del amor (la expresión «juramento envenenado» es indiscutible), pero deja claro que la verdad es, también a este nivel, una cuestión del punto de vista. Cf. Irene Lanz-Hubmann, *«Nein unde jâ». Mehrdeutigkeit im «Tristan» Gottfrieds von Straßburg: Ein Rezipientenproblem*, Lang, Berna/Frankfurt 1989. <<

[51] Probablemente se refiera al sur de Gales, aunque la forma también podría haber sido derivada de un plural *les Wales*. <<

[52] Que Tristán le haya remitido a su amada un perro mágico que hace desaparecer las penas no significa, como se puede leer ocasionalmente, que busque el olvido. Por el contrario, todo el episodio demuestra que el héroe está completamente dominado por el recuerdo de su amada y dispuesto a emprender los mayores riesgos y a hacer grandes sacrificios con tal de aliviar el sufrimiento de Isolda. En cambio, la reacción de esta es la única imaginable para este amor: no tolera la magia y no hay tampoco olvido posible, pues el amor se acepta con todo el dolor que comporta. Cf. Werner Schröder, «Das Hündchen Petitcreiu im Tristan Gotfrids von Straßburg», en *Dialog. Festschrift Josef Kunz*, ed. Rainer Schönhaar, Schmidt, Berlín 1973, págs. 32-42. <<

[53] Corineo es un combatiente troyano de la *Eneida* de Virgilio. *La Historia de los Reyes de Bretaña* de Geoffrey de Monmouth (trad. española de Luis Alberto de Cuenca, Siruela, Madrid 1984), cap. 21, lo convierte en epónimo de Cornualles. Gottfried aprovecha la obra de Geoffrey (quien también explica que antes de la llegada de los romanos la isla estaba habitada por gigantes) para otorgarle a la gruta un origen mítico y atemporal. <<

[54] El exilio de Tristán e Isolda no se debe, como en Eilhart y Béroul, a su huida ante la amenaza de ejecución inmediata, sino a un destierro con una justificación algo débil; de ahí que se mantenga abierta la posibilidad de una reconciliación. Otra diferencia entre ambas versiones reside en el hecho de que el exilio se lleva a cabo en una cueva presentada como *locus amoenus* que brinda a los amantes todas las comodidades necesarias, y no en algún claro del bosque, donde sufren la mayor de las miserias. Esto demuestra que Eilhart y Béroul son mucho más críticos con el deseo de los amantes de vivir su amor sin impedimentos; aunque tampoco para Gottfried se trata de una idea realizable, pues todo el episodio tiene claras señales de irrealidad o *utopía* (véanse las notas 55 y 56) y al final el autor hacer regresar a los amantes debido precisamente a su necesidad de integración social. <<

[55] Mientras las descripciones del *locus amoenus* siguen las pautas clásicas, la capacidad de prescindir de alimentos y de entorno social demuestra que Gottfried también ha utilizado el tópico del paraíso de la literatura clerical, aunque sustituyendo la contemplación de Dios por el amor. Esta combinación de elementos paganos y cristianos es, como se ha visto, una de las características de Gottfried. Véanse los trabajos de Rainer Gruenter «Bauformen der Waldleben-Episode in Gotfrids *Tristan und Isold*» y «Das *wunnecliche tal*» recogidos en el volumen citado en la Bibliografía. <<

[56] La interpretación alegórica de la cueva parece inspirada en la simbología de la arquitectura catedralicia, aunque tiene también paralelismos muy precisos con poemas alegóricos franceses (pero más tardíos) sobre la maison d'amour (cf. Friedrich Ranke, *Die Allegorie der Minnegrotte in Gottfrieds Tristan*, Königsberg 1925 [Schriften der Königsberger Gelehrten Gesellschaft, Geisteswissenschaftliche Kl. 2]; Herbert Kolb, «*Der minnen hus*. Zur Allegorie der Minnegrotte in Gottfrieds Tristan», en *Euphorion*, 56 [1962], págs. 229-247). Es de clara tradición neoplatónica la diáfana piedra preciosa que cierra el centro de la cúpula y hace a las personas mirar hacia arriba para crecerse y elevarse gracias a la contemplación de la luz de la perfección. Pero obsérvese que el lecho que se erige en el centro de la gruta significa una poderosa provocación del modelo platónico, pues sitúa la unión física de los amantes en el lugar de una liberación progresiva de las ataduras de la carne (cf. el estudio de Walter Haug citado en la Bibliografía). Por último, el carácter facticio de esta cueva hace que el amor que representa adquiera también una connotación artística, de que existe gracias a la obra de arte, lo que implica una reflexión metaliteraria. <<

[57] Esta referencia pseudo-autobiográfica, además de resaltar nuevamente el carácter alegórico del pasaje, deja claro que el autor no está hablando solo del amor de los protagonistas, sino de algo que sigue siendo válido en la actualidad. Asimismo —y esto me parece lo más importante— indica que hay distintos grados de realización del amor, pues el narrador sostiene haber entrado en la gruta con amor verdadero y sin embargo nunca ha ascendido hasta el lecho. <<

[58] Se trata de cuatro historias de amor de origen clásico. Filis, reina de Tracia, es la autora de la segunda carta de las *Heroidas* de Ovidio (trad. española de Francisco Moya del Baño, Ovidio, *Heroidas*, CSIC, Madrid 1986). Al recabar Demofonte, hijo de Teseo, en su tierra, se enamora de él, quien a su vez le promete tomarla por esposa. Antes del matrimonio, sin embargo, él viaja a Atenas y tarda en volver mucho más de las cuatro semanas que prometió. Cuando ella comprueba que tras cuatro meses no ha regresado aún, se suicida y se convierte en un almendro desfoliado; al cabo de mucho tiempo, Demofonte logra por fin regresar, oye lo sucedido, abraza el árbol y este vuelve a brotar. Cánace, autora de la undécima carta de la misma obra ovidiana, ama a su hermano Macareo y, siendo correspondida, concibe de él un hijo. Cuando su padre Éolo descubre el incesto el día en que nace el niño, manda abandonarlo a las fieras y le entrega a la hija una espada para que se suicide. Biblis (Ovidio, *Metamorfosis*, IX, vv. 453 ss.; edición española de Antonio Ruiz de Elvira, CSIC, Madrid 1992) también ama a su hermano, Cauno, pero este la rechaza y, ante la insistencia de ella, se marcha a fundar nuevos reinos. Ella, enloquecida, sale en su búsqueda, pero desfallece exhausta en un bosque y se convierte en un manantial. Dido, por último, personaje de la *Eneida* de Virgilio (trad. de Javier Echave-Sustaeta, Gredos, Madrid 1997), se enamora de Eneas cuando este llega a Cartago huyendo de Troya; pero antes del matrimonio, los dioses obligan al héroe a proseguir su viaje, y ante la visión de las naves alejándose, la amante abandonada se suicida. El carácter trágico de estos cuatro relatos no se debe a que pretendan remitir al fin de Tristán e Isolda, sino que se trata de insistir en la idea del prólogo de que las historias de amor crean mayor dicha cuanto más intenso sea el dolor que produzcan. <<

[59] En la cueva alcanzan su realización máxima las habilidades que los protagonistas han demostrado con anterioridad: la música y la caza, que combinan ambas aspectos artísticos con connotaciones eróticas. Dado que esta misma mezcla se produce en la recitación de historias de amor, todo el quehacer de los amantes subraya la observación anterior de que son precisamente las cualidades relacionadas con el arte las que permiten a los protagonistas esa sublimación del amor que los caracteriza. En última consecuencia, es en la obra de arte literaria donde mejor se realiza este ideal de amor. <<

[60] Frente a lo que ocurre en el poema de Eilhart (véase la nota 10 a ese texto), aquí el motivo de la espada sí tiene una función lógica. <<

[61] Tras haber descrito extensamente la relación entre Tristán e Isolda como un sentimiento profundo y trascendente que toca las más altas esferas del ser y la realidad, aparece ahora en primer plano el deseo erótico, que afecta primero a Marc desde que contempló a la reina en la cueva. A continuación se mostrará cómo mueve a Isolda a cometer una imprudencia que será la causante indirecta de su separación (nótese el contraste con la versión de Eilhart, donde la separación solo es posible gracias al fin de la mutua dependencia física), y luego asolará a Tristán en relación con Isolda de las Blancas Manos. <<

[62] Existe una tradición exegética muy marginal según la cual el fruto prohibido era un higo, porque nada más tomar de él Adán y Eva se cubrieron con hojas de higuera. Probablemente Gottfried la utilice aquí debido a su mayor connotación erótica. <<

[63] Este extenso discurso sobre la celosa vigilancia y la esencia de lo femenino es uno de los pasajes más debatidos de la obra. Comienza con una crítica de la vigilancia de las mujeres por parte de maridos celosos, no solo por su inutilidad, sino incluso por su potencial incitación a la transgresión. De ahí que recomiende el respeto de la mujer para que se establezca una confianza mutua. A continuación, sin embargo, recurre a la explicación histórica sobre la base del ejemplo de Eva, y aparecen ahora todos los argumentos de la tradición misógina medieval, aunque con modificaciones sustanciales. Efectivamente, fue la propensión al pecado lo que condujo a Eva a seducir a Adán, pero Gottfried hace desaparecer al Maligno para sustituirlo por la prohibición de Dios. No exculpa a Eva, pero sí la descarga, buscando un equilibrio. La tesis no es una herejía, pues la discusión no se mueve en el ámbito teológico, sino en el antropológico o psicológico. Además, ese carácter negativo de la mujer puede ser superado por ella mediante un acto de liberación propia: por un lado puede desprenderse de su debilidad adoptando las virtudes masculinas (otro tópico habitual desde la Antigüedad hasta la época moderna), pero de esta manera invertiría las leyes de la naturaleza y se convertiría en un hombre. Por este motivo, el autor lleva esta teoría más allá de la tradición misógina exigiendo la recuperación del corazón: solo es verdaderamente mujer aquella que sabe atender tanto a su naturaleza como a su fama, sin abandonar a ninguna de las dos más que de forma circunstancial. Esta actitud es la que Gottfried denomina mâze (medida adecuada, término medio), lo que no expresa la moderación sensual ni la mesura del comportamiento cortés, sino un aristotélico camino medio entre dos extremos. Cf. Ingrid Hahn, «*Daz lebende paradis* (Tristan 17858-18114)», en *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, 92 (1963), págs. 184-195. <<

[64] La reaparición de la imagen de la caída no es casual y refleja las múltiples posibilidades de estos motivos bíblicos. Como la Eva del discurso sobre las mujeres, la prohibición fuerza a Isolda a atender ahora las necesidades de su naturaleza humana. Más adelante tendrá ocasión de hacer valer su virtud y de reavivar el amor espiritual en su corazón. Porque no cabe duda de que ella cumple el ideal de mujer visionado por Gottfried. <<

[65] Como se desprende del breve fragmento de la obra de Thomas que permite aquí la segunda comparación directa, Gottfried da más espacio a la mujer que el anglonormando. El paso atrás de la mujer da inicio a reflexiones que nuevamente sitúan al amor en su nivel más elevado. La expulsión del paraíso que supone su descubrimiento no impide que su afecto se mantenga en el interior de cada uno. Las palabras de Isolda son inequívocas: no hay olvido posible y si realmente se amaron ese sentimiento perdurará para siempre. A partir de aquí, el amor se traslada al recuerdo y deja de ser lo que los amantes hacen para convertirse en lo que sienten y piensan. Sin embargo, Isolda insiste en la necesidad de que ambos salvaguarden su cuerpo y su persona para el otro; reafirma su corporalidad solicitando a Tristán que cuide de sí, y la deniega al mismo tiempo declarando que su vida no está con ella. La mención a la posibilidad de que Tristán encuentre a otra mujer, y el anillo que ella le entrega al amado preparan escenas futuras. Cf. Peter Wapnewski, «Tristans Abschied. Ein Vergleich der Dichtung Gotfrits von Straßburg mit ihrer Vorlage Thomas», en *Festschrift für Jost Trier zum 70. Geburtstag*, Böhlau, Colonia 1964, págs. 335-363. <<

[66] Isolda retoma en este monólogo la posición de la despedida para desarrollarla. Su desorientación inicial y el dolor por la marcha del amado (asunto que para Eilhart no mereció siquiera una mención) dan paso a la conciencia de la necesidad del destierro para conservar el amor evitando la muerte. Desde aquí da el paso argumentativo final para llegar a la renuncia de sí misma y la completa entrega al amado, de manera que su vida solo tenga sentido en cuanto permite hacer vivir el amor y al amado. Tal grado de espiritualización del amor es único en la literatura laica medieval y solo encuentra paralelismos en algunos textos místicos. Con todo, esto no significa que el amor se haya desprendido de la realidad terrenal, pues para Gottfried la trascendencia no resta importancia al erotismo; los amantes se reencontrarán para yacer juntos. <<

[67] A partir de aquí, Tristán se debate entre el deseo erótico por una mujer que se encuentra en su proximidad y el fiel recuerdo de la verdadera amada que tuvo que dejar atrás. Dado que también en Marc se ha despertado el deseo por Isolda, la nueva situación presenta a dos hombres en relación erótica con sus esposas sin que, por motivos distintos, haya amor. Pero no se trata de mostrar una independencia de amor y erotismo, ni de presentar un amor que va en contra de una situación dinásticamente correcta; lo más importante —y la identidad del nombre de ambas mujeres lo recalca— es que el héroe no se entrega al placer fácil (aunque está tentado de hacerlo), sino que se mantiene comprometido con el sufrimiento que implica el verdadero amor. <<

[68] Aquí finaliza el texto conservado. Gracias a la obra de Thomas es posible a grandes trazos hacerse una idea de cómo lo habría podido continuar Gottfried. Tristán acaba contrayendo matrimonio con la nueva Isolda, pero en la noche de bodas, al desnudarse, ve el anillo que le entregó su amada en la despedida y se da cuenta de que no ama a la de las manos blancas, de manera que no consuma el matrimonio (el recuerdo le causa impotencia). Más tarde construirá en una cueva una imagen de Isolda y acudirá a ella con frecuencia para hablarle y recordar a su amada (es la memoria plasmada en arte). Luego viaja de incógnito a Cornualles para reunirse con ella. De regreso, participa en el rescate de la enamorada de otro caballero y recibe una herida con veneno; tras el fracaso de todos los intentos por curarla, manda llamar en secreto a Isolda, conviniendo con el emisario la consabida señal de la vela negra o blanca. Cuando la esposa engaña a Tristán sobre el color del paño izado, el héroe muere creyendo que su amada no ha venido; luego la reina fallece también, consciente de que él ha llegado a creer que ella podía dejar de venir. Solo el lector sabe que ambos seguían amándose y que murieron porque sin el otro y sin el amor no podían mantenerse con vida. Cf. Christoph Huber, «Spiegelungen des Liebestodes im Tristan Gottfrieds von Straßburg», en *Tristan und Isolde. Unvergängliches Thema der Weltliteratur/Tristan et Iseut. Un thème éternel dans la culture mondiale*, ed. Danielle Buschinger, Reineke, Greifswald 1996, págs. 127-140. <<

Document Outline

- Cubierta
- Tristán e Isolda
- Introducción. Victor Millet
- Tristán e isolda. De Eilhart von Oberg
  - Prólogo
  - Tristán e Isolda
- Tristán e isolda. De Gottfried von Strassburg
  - Prólogo
  - Tristán e Isolda
- Bibliografía
- Autor
- Notas